OTRAS OBRAS

DE LA VEN.

SOR MARIA DE JESÚS DE ÁGREDA

IV

LEYES DE LA ESPOSA

CONCEPTOS Y SUSPIROS DEL CORAZÓN

PARA ALCANZAR EL ÚLTIMO

Y VERDADERO FIN DEL BENEPLÁCITO Y AGRADO

DEL ESPOSO y SEÑOR

No me arrojes de tu rostro, y el Espíritu Santo tuyo no le quites de mi. -Psalmo 50.

Sacaréis aguas de las fuentes del Salvador.- Isaías, 12.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

BARCELONA

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A.

SUCESORES DE JUAN GILI, EDITORES

Cortes, 581 1920

Observaciones Preliminares

Indica Sor María de Jesús de Agreda en la Introducción a la Mística Ciudad de Dios, núm 19, que después de escribir segunda vez esta divina Historia, había de componer otro libro con el título de *Leyes de la esposa, ápices de su casto amor y fruto cogido del árbol de la vida de María Santísima Señora nuestra*.

«Después que quemé esta Sagrada Historia,-dice, -tuve asperísimas reprensiones de los prelados y confesor que sabía toda mi vida; y de nuevo me intimaron censuras, para que la escribiese otra vez; y el Altísimo y la Reina del cielo repitieron nuevos mandatos para que obedeciese. Y esta segunda vez fue tan copiosa la luz que del ser divino tuve, los beneficios que la diestra del Altísimo me comunicó, tan abundantes, encaminados a que mi pobre alma se renueve y vivifique en las enseñanzas de su divina Maestra, las doctrinas tan perfectas y los sacramentos tan encumbrados, que es forzoso hacer libro aparte, y será perteneciente a la misma Historia, y su título: Leyes de la esposa, ápices de su casto amor, y fruto cogido del árbol de la vida de María Santísima Señora nuestra».

Lo mismo vuelve a manifestar ([1]) en los tratados que empezó a escribir en los últimos años de su edad (1661 a 1665). «Empiezo a escribir lo que se me ha mandado, que son los tratados siguientes... Cuarto tratado; se intitulará: «Leyes de la esposa, ápices de su casto amor, enseñanza de la divina ciencia. Comprende la disposición activa que se me pidió, y la pasiva que me concedieron para escribir y declarar los encumbrados y escondidos sacramentos de la emperatriz del cielo Maria Santísima: lo que me sucedió en esta ocupación: el estado en que me pusieron cuando la concluí».

La muerte, empero, no le permitió terminar esta obra, y nos dejó escritos solamente el tratado l.º y parte del 2.º ([2]) . Quedóse, por lo tanto, sin hacer el libro anteriormente citado.

Al suponer el R. P. Fr. Andrés Ivars, O. Fr. M., en Archivo Ibero Americano, n. XVIII, págs. 462-7, que el libro a que se refiere la Venerable en la segunda Mística y en los tratados de los últimos años de su vida, es el denominado: «Leyes de la Esposa entre las Hijas de Sión dilectísima, ápices de su casto amor...», publicado por nosotros en 1916, evidentemente se equivoca, y sin verdadero fundamento impugna la relación que establece el P. Samaniego sobre el tiempo en que fueron escritas las Leyes que entonces dimos a luz, y las que publicamos hoy, llamadas aquéllas, acertadamente, por el P. Samaniego, *primeras Leyes*, por haber sido escritas antes; y *segundas Leyes*, éstas, como posteriormente compuestas.

Y creemos evidente la equivocación del P. Ivars, primero, porque la forma de letra que empleó la Venerable en las primeras Leyes es conforme a la que usaba en 1634 a 1637, y diferente de la que tenía en 1654 y siguientes; y segundo, porque la misma Madre afirma que, cuando compuso estas *primeras Leyes*, no había aún escrito la *Mística Ciudad*. «Aunque la explicación de este Cántico, de los Cánticos,-dice ([3]), -pudiera ser larga, con los tres sentidos, de la Iglesia, de mi Madre y Virgen, y del alma, explicarás sólo el espiritual y moral, que pueda pertenecer a ti, dejando los demás *para cuando escribas la Vida de la Madre de piedad y misericordia*».

Nos parece pues, indubitable, que Sor María no escribió las Leyes que anuncia en la segunda Mística y en el título del tratado cuarto, y que las editadas hace tres años, fueron compuestas por ella antes de 1637.

Mas si no existió el libro que intentó escribir después de la segunda Mística, tenemos, en cambio, otro que compuso, relacionado con la primera; y éste es el que ahora publicamos.

([1]) Biogr. Preámb. Núms.. 1 y 22.
([2]) Ob. c. p. 101.
([3]) Leyes de la Esposa entre las Hijas... pág. 28.

El libro actual es un autógrafo de la Venerable Agreda, escrito en 1641 y 42, que comprende principalmente cuatro tratados, y que, aprobado por la Sagrada Congregación de Ritos y por varios pontífices, arzobispos, obispos etc., sale hoy a luz enteramente conforme al original, menos las notas, bajo los auspicios del prelado diocesano.

Un autógrafo de la Ven. Agreda, perteneciente al archivo del convento de la misma Escritora, de 472 páginas dobles, con el índice, que mide 170 x 123 x 50 milímetros, encuadernado en pergamino y cubierto éste de terciopelo, con botones engarzados en oro y presillas de cordón de oro.

Escrito en 1641 y 42, según se lee en el texto, esto es, inmediatamente después de haber escrito casi toda la primera Mística. Unas diecinueve veces menciona su Autora que ha sacado *Las Leyes* de la Historia y Vida santísima de la Reina del Cielo que dejó escrita; y sólo una vez en el tratado cuarto, indica que dicha Historia no la tiene del todo acabada. Por esto decimos, que las presentes *Leyes* fueron escritas inmediatamente después de componer casi toda la primera Mística, al menos después de hacer los seis libros primeros, como del texto se desprende.

Pero, aunque al redactar las *Leyes*, le faltara de la Mística algo que terminar, ésta, la primera vez, estaba concluida en 1643.

Existe en este convento una copia de la Carta que Sor María dirige a sus religiosas dedicándoles la divina Historia; y esta carta, que en la primera *Mística* debió poner la Venerable como introducción a la obra, y en la segunda está al fin ([4]) con algunas variantes, claramente manifiesta, que la Sierva de Dios llevaba dieciséis años de prelada cuando tenía ya acabada la primera *Mística*, esto, es, en 1643, porque: «el año octavo de esta fundación, -se lee en el 1er tomo, página 17- a los veinte y cinco de mi edad y del Señor de mil seiscientos y veinte y siete, me dio la obediencia el oficio de prelada». Y en conformidad con esto, se dice al fin de la copia... « Año 1643 ».

Del mismo modo en la carta que dirige Sor María a Felipe IV en 25 de Octubre de 1643 ([5]) se patentiza que el rey, antes de aquella fecha, sabía que la Venerable había compuesto toda la Mística, pues le habla al monarca de un suceso que refiere la Mística en su última parte: « El deseo del alivio de V. M., -1e dice, -me hace ser larga, y el que consiga V. M. consuelo, decir lo que *dejo escrito en un capítulo de la Historia que V. M. sabe de la Madre de Dios*; es que cuando la divina Providencia dispuso que esta gran Señora, viviendo en carne mortal, viniese de Jerusalén a esta ciudad de Zaragoza, a visitar al Apóstol Santiago, le prometió Dios a la divina Reina, que todos los que devotamente invocaren su intercesión en aquel lugar donde puso sus Santísimas plantas, ofreciéndoseles por siervos e hijos fieles, los favorecería con liberal mano. Hame parecido buena ocasión para, cuando vaya V. M. a aquella santa capilla, que derrame su corazón en presencia de la consoladora de los afligidos, y ponga V. M. en sus preciosas manos sus reinos, haciéndola dueña de ellos, patrona, protectora, amparadora, defensora y abogada, con todo afecto ejecutándola para que dé buena cuenta de todo».

Nos extraña, pues, que el P. Ivars ([6]) señale a la composición de la primera *Mística*, otra fecha posterior; que afirme que «Felipe IV no fue del todo ajeno a 1a composición de tan famosa obra, sino que influyó con sus instancias y ruegos a su pronta terminación»; y, sobre todo, que apoye sus asertos en «muchos lugares de sus cartas a la V. Madre, con que el Monarca la impelía a proseguir la obra empezada. Merced a ellas puede seguirse paso a paso lo referente a la composición de las diferentes partes de la citada obra ».

Nos extraña la fecha de composición señalada por el P. lvars. Porque, aun cuando este ilustre escritor no hubiera leído las *Leyes* que ahora publicamos ni la copia de la exhortación o carta dedicatoria que la Ven. dirige a sus religiosas, por la Correspondencia epistolar entre Sor María y Felipe IV, coleccionada por el Sr. Silvela, en la que y en todo lo concerniente a las cosas de esta

([4]) T. IV, pág. 679.
([5]) Silvela. Car. pág. 10.
([6]) Algunas Car. Autógr. De la Ven. Sor Mar. De J. de Ágreda, págs. 9 y sig. –Archivo Ibero Americano, núm. IX, X, XV y XIX.

Sierva de Dios lo creemos muy versado, podía haberse dado cuenta de que la primera *Mística* estaba ya totalmente compuesta en 1643. ([7])

Nos sorprende lo del influjo que el P. Andrés atribuye a Felipe IV en 1a composición de 1a *Mística*. Precisamente el rey conoció por vez primera a la Ven. y entabló correspondencia con ella después de haber escrito la obra, o, por conceder más, en el tiempo en que la terminó. «Pasó por este lugar,-escribe Sor María ([8]) ,- y entró en nuestro convento el Rey nuestro Señor, a 10 de julio de 1643, y dejóme mandado que le escribiese». Y en 25 de Octubre del mismo año consigna la Ven.([9]), que el rey sabía ya *antes de esta fecha*, que estaba escrita la Historia.

Y más aún nos llaman la atención estas palabras del P. lvars: "Que [el rey] influyó... a su pronta terminación, demuéstranlo muchos lugares de sus cartas a la V. Madre, con que el Monarca la impelía a proseguir la obra empezada. Merced a ellas puede seguirse paso a paso lo referente a la composición de las diferentes partes de la citada obra". Porque, en realidad, ninguna de las cartas citadas por el docto franciscano, se ocupan *de la obra compuesta por la Ven., del autógrafo*, sino que todas ellas hablan *de la copia, del traslado* de la obra que Sor María había de mandar al rey, traslado o copia que efectivamente se iba haciendo por «unos religiosos mozos y sin experiencia», y sin ser leído por la Ven. ([10]) , en los tiempos que fija el P. lvars, pero dicho traslado se tomaba de la *obra, del autógrafo* compuesto, y terminado años atrás por la Venerable Madre ([11]) .

Que comprende principalmente cuatro tratados: las Leyes de la esposa, Disciplina de la divina ciencia por la Madre de piedad, Descripción breve de la mística y verdadera Ciudad de Dios María Santísima, Ejercicio cotidiano para ocupar bien las horas del día, y algunos documentos para apartarse de los peligros de esta vida.

Las Leyes de la Esposa, intimadas por el Esposo y Señor, con los cargos y amonestaciones que la hace para que sea perfecta en su estado y obligaciones; y el adorno que la pone para que entre en el tálamo e íntimo del amor. Tratado primero, que desarrolla la Venerable en siete parágrafos y una introducción.

Disciplina de la divina ciencia por la Madre de piedad, para informar a su indigna esclava de la disposición que ha de tener para entrar en el tálamo del Señor. Quiere el divino Esposo que, antes de entrar Sor María en el tálamo y escrituras del desposorio místico, pase a la escuela y enseñanzas de, su purísima Madre, para que Ella la instruya en lo que debe hacer, y le manifieste el adorno que ha de tener, y cómo ha de guardar los votos de su profesión. Tratado segundo, de importantísima Mística Mariana, distribuido en cinco parágrafos.

Descripción breve de la mística y verdadera Ciudad de Dios, María Santísima, sacada de la Historia de la misma Reina que dejó escrita la Venerable, para espejo sin mácula donde el alma componga su gracia y hermosura con que agrade a su Esposo y Señor. A mi purísima Madre, le dice el Altísimo: «has de tener por maestra, por madre, y a sus virtudes y vida por dechado para copiarla según tus flacas fuerzas ayudadas de la gracia alcanzaren; y también ha de ser tu espejo adonde te mires y adornes para entrar en lo escondido del amor. Este bien y fruto quiero que saques de haber escrito la Vida de mi Santísima Madre». Tratado tercero, compuesto, de una introducción y veintinueve parágrafos.

Salta a la vista la suma importancia de este tratado; pues además de tener en él un Compendio de la Mística Ciudad de Dios hecho por su misma Autora, podemos ahora muy bien estudiar las relaciones de mayor o menor discordancia entre el texto de la Mística muchas veces publicado, pero

([7]) Silvela. Car. pág. 10.
([8]) Silv. Car. pág. 1.
([9]) Silv. Car. pág. 10.
([10]) Cart. de Sor María al rey, 23 de marzo de 1650.
([11]) Y no sería difícil demostrar que la Mística mandada al rey ni fue toda copiada por los mismos amanuenses ni tomada en todas sus partes inmediatamente del autógrafo, sino algunos libros de traslados o copias.

sólo una vez (1911-12) enteramente conforme al original, y el texto de la que quemó por obediencia.

De la que quemó por obediencia. Y aquí hemos de refutar también las sospechas y juicios que emite el P. Ivars ([12]) acerca de la obediencia de Sor María al quemar la Mística.

La Sierva de Dios con toda claridad nos refiere lo sucedido. En la *Mística Ciudad de Dios*, tom. 1, Intr. n. 19, dice así: «El año octavo de la fundación, a los veinte y cinco de mi edad y del Señor de mil seiscientos y veinte y siete, me dio la obediencia el oficio de prelada que hoy indignamente tengo. Pasaron diez años de prelacía, en los cuales tuve muchos mandatos del Altísimo y de la gran Reina del cielo, para que escribiese su vida santísima, y con temor y encogimiento resistí todo ese tiempo a estos órdenes divinos, hasta el año de mil seiscientos y treinta y siete, que comencé a escribirla la primera vez; y en acabándola, *por los temores y tribulaciones dichas, y por consejo de un confesor que me asistía en ausencia del principal que me gobernaba, quemé todos los papeles y otros muchos, así de esta sagrada Historia, como de otras materias graves y misteriosas; porque me dijo que las mujeres no habían de escribir en la santa Iglesia. Obedecíle pronta*, y después tuve asperísimas reprensiones de los prelados y confesor que sabía toda mi vida; y de nuevo me intimaron censuras, para que la escribiese otra vez; y el Altísimo y la Reina del cielo repitieron nuevos mandatos para que obedeciese».

De lo expuesto por Sor María, evidentemente se deduce la exactitud de lo que, siguiendo al P. Samaniego, a los confesores de la Ven., a cuantos declararon en los Procesos, a los que compusieron el oficio divino y misa para cuando fuera beatificada esta Sierva de Dios, y lo que se halla consignado sobre el particular en los libros y documentos oficiales de la Sagrada Congregación de Ritos, tenemos expuesto en *Reconocimiento y Traslación del Cuerpo de la Ven.*», págs. 54-5, *y en la Biografía de Sor María*, n. 226-8. «Habiéndose ausentado, -decimos en esta última,- de la villa de Agreda el P. Fr. Andrés de la Torre, confesor ordinario de Sor María de Jesús, quedó encargado de confesarla un religioso anciano que ya en la niñez le había confesado; y éste, opinando que las mujeres no habían de escribir en la santa Iglesia, le mandó quemar la divina Historia y los demás tratados y papeles que, escritos por ella, tenía en su poder. Y la Sierva de Dios, con la prontitud de obediencia que tenía a los confesores, y por los temores y tribulaciones que continuamente padecía, arrojó, al fuego todos los papeles así de la Mística como de otras materias graves y misteriosas».

Pero el P. lvars, pareciéndole que había contradicción entre lo que la Venerable y sus biógrafos habíamos escrito, con lo que él, en sus investigaciones sobre documentos de Sor María, había visto, rechaza lo de quemar 1a *Mística*, por obediencia, en ausencia del P. Andrés de la Torre, y sospecha que el temor al Tribunal de la Inquisición movería a la Sierva de Dios a quemarla. ([13])

"Mal podía la Venerable Madre, -escribe dicho Padre ([14]),- quemar el original de la *Mística Ciudad* por mandato del que la confesó interinamente en 1645, en ausencia del P. Francisco Andrés de la Torre, cuando ella misma dice en la carta núm. III, que más adelante publicamos, que el original de dicha obra lo pudo recobrar después de la muerte de su confesor ordinario, Padre Francisco Andrés de la Torre, acaecida el 19 de Marzo de 1647, aparte de que en 1645 no lo tenía todavía terminado, como se deduce de la carta del Rey fecha a l1 de Julio de l646 de que hemos tratado hablando de la carta núm. II». ([15])

([12]) Algunas Car. aut. De la Ven., pág. 12 y sig. –Arch. Iber. Maer, lug. Cit. y núm. XIV.

([13]) No estamos conformes tampoco con lo que escribe este Padre sobre la idea del perfeccionamiento de la Mística: en ocasión oportuna expondremos el por qué.

([14]) Alg. Cart., página 12, not. 3, y Arch. Ib. A. lug. Cit.

([15]) Repetimos que esta carta y las demás que menciona el P. Ivars sólo se ocupan del tiempo en que se hacía y se mandaba al rey o él recibía traslado o copia de la Mística, no del tiempo en que escribía la Ven. El original, pues éste ya en 1643 estaba acabado, como evidentemente se dice en la carta de 25 de Octubre de 1643, y consta también por otros documentos, sobre todo por el texto de Las Leyes que hoy publicamos.

«Sospechamos, -añade el mismo Padre ([16])- si el temor al Santo Tribunal de la Inquisición, influiría el ánimo de Sor María para tomar el partido de quemarlos».

Aquí tampoco tiene el P. Andrés lvars sólido fundamento para ir en contra de lo que consignó la Ven. en su *Mística* y sus biógrafos hemos escrito. Veámoslo.

El único apoyo que te queda al P. lvars en pro de su sentencia, es la Carta de la Ven. que él publica en las Obras citadas, págs. 24-7; puesto que la razón del tiempo en que fue compuesta la Mística, hemos visto que es infundada.

La renombrada Carta (pág. 26), dice lo siguiente: «Luego sucedió provincial el R. P. Fr. *Francisco Andrés de la Torre*, grande y piadoso sujeto, y me asistió veinticuatro años con grande trabajo suyo, por la descomodidad de la tierra. Y en este tiempo Su Paternidad, por sí, escribió mucho, y yo, por ordenación divina y de los prelados, escriví la *Istoria y vida de la Madre de Dios*. Sacaron traslados, y estoy temerosa si alguno se a quedado por ay. Todos los que an llegado a mi noticia los e recogido, y al punto que murió el P. Fr. Francisco Andrés granjeé la voluntad de un compañero suyo, lego, y una arca de papeles, los quemé al punto, y el original y traslados de la *Vida de nuestra Señora*, creyendo que ningún prelado me obligaría a escribir. Y esto mismo tengo declarado y dicho todo en el Santo Tribunal de la Inquisición, debajo de juramento y censuras, que abrá diez o once años que me esaminó, de que la bondad de Dios, por sola su misericordia me sacó bien...»

La dificultad que en esta carta ve el P. Andrés, es aparente. -La Venerable escribió primera vez la *Mística* lo más tarde en 1643, según arriba queda demostrado. -Después, *por los años de 1645*, en ausencia del confesor ordinario, *del P. Francisco Andrés de la Torre*, obedeciendo al confesor interino, que le dijo que las mujeres no debían escribir, quemó el autógrafo de la *Mística*. Volviendo el P. Latorre a confesar a la Sierva de Dios, reprendióla por haber quemado la Mística, y le mandó escribirla de nuevo. -Obedeciendo Sor María al P. Andrés de la Torre (o Latorre, como escriben algunos), *comenzó a escribirla*, pero sobreviniendo la muerte de este padre, no la terminó, no ejecutó totalmente, sino en la parte que pudo, el mandato del confesor principal u ordinario.-El *autógrafo u original* de la parte de la Mística que escribió Sor Maria antes de la muerte del P. Andrés y después de haber quemado el *otro autógrafo completo*, pasó a manos de este Padre, poco antes de morir.-Y fallecido el referido P. Latorre, la Venerable consiguió que el *autógrafo* de la parte de la *Mística* que había vuelto a escribir, y otros papeles se los entregaran a ella.-Y ésta, teniéndolos en su poder, los quemó también.

Luego, según todo esto, resulta; primero, que la Venerable, en ausencia del P. Latorre y obedeciendo al confesor substituto, quemó la *Mística*; segundo, que el *original* de lo que Sor María había vuelto a escribir de la Mística por nuevo mandato del P. Andrés, lo recuperó después de la muerte de éste; y tercero, que no hay contradicción alguna entre lo que la Ven. nos refiere en la Mística sobre la quema de la primera obra y sus biógrafos tenemos escrito, con lo que dice la carta autógrafa, o mejor, borrador autógrafo, que publica el P. Ivars.

Y precisamente la verdad histórica de estos hechos está fundada en lo que se lee en la misma carta o borrador autógrafo que al P. lvars ha hecho pensar equivocadamente. «Y esto mismo tengo declarado -dice Sor María en el citado autógrafo- y dicho todo en el Santo Tribunal de la Inquisición, debajo de juramento y censuras, que abra diez o once años que me esaminó...»

Pues efectivamente, «en la villa de Agreda y convento dicho de la Concepción, miércoles, a las ocho de la mañana, veintiséis de Enero de dicho año (1650)... repreguntada por dicho Padre Calificador (el P. Presentado Fr. Antonio Gonzalo del Moral), que para mayor averiguación de lo que el Santo Oficio pretende averiguar, conviene diga y declare los ejercicios en que se ha ocupado en lo exterior y los favores que Nuestro Señor le ha comunicado en lo interior, y en qué ha ocupado y empleado su vida después de pasados los tres años primeros que hablan de las conversiones y otras materias exteriores, y últimamente el estado presente en que se ocupa y se halla al presente».

([16]) Ob. c. pág. 13.

Habiendo contestado Sor María largamente a los primeros extremos de la repregunta, en cuanto al punto que nos interesa, dijo:

«Los favores que ha recibido del Señor desde que se le quitaron las exterioridades han sido intelectuales y otras veces imaginarios y muy pocas veces corporales de la vida de Cristo nuestro Señor y su Santísima Madre; y de algunas cosas que obraban muy memorables ha tenido inteligencias muy frecuentes y grandes, y por esto le mandaban los superiores que ha tenido, que escribiese la vida de nuestra Señora. Hízolo obedeciendo, y se la dio al Padre Fray Francisco Andrés, y la examinó él y el Padre Palma, confesor de la Señora Infanta y otras personas doctas a quien ellos la enseñaron y no se los nombraba, pero le aseguraron que la doctrina era santa, pura y buena. Con sus continuos temores y deseos de ([17])
quemó el original de esta historia, de que tuvo reprensión interior. Le mandaron volverla a escribir el Señor y los Prelados; *comenzó a hacerlo, y luego murió el Padre Fray Francisco Andrés*, con que cesó todo, porque después acá no ha tenido persona con quién comunicar ni que se lo mandase sino es el Padre Palma, que también lo vía. Y confiesa su flaqueza, que *cuando se levantaron tantas tribulaciones con lo del Duque de Hijar por una carta que le escribió, determinó dejarlo todo en cuanto a la manifestación, y quemó lo poco que tenía trabajado de esta materia* con otros papeles». ([18])

Y como la carta que escribió Sor María al Duque de Hijar fué en 20 de julio de 1648, y las tribulaciones que se levantaron con motivo de esta carta comenzaron en 21 de Noviembre de 1648, día en que se presentó en el convento de la Venerable el Comisario del Santo Oficio de la Inquisición de Navarra, D. Diego de Ijea, con D. Bartolomé Barea, notario, a examinarla sobre ocho capítulos ([19]), la Sierva de Dios, después de 21 de Noviembre de 1648, y por las tribulaciones indicadas *quemó el original de lo que había vuelto a escribir de la Mística, el cual había recuperado después de la muerte del Padre de la Torre*. Pero el autógrafo, repetimos, de la Mística entera lo quemó, por los años de 1645, obedeciendo al Padre, que interinamente la confesó, en ausencia del P. Andrés de la Torre.

Ejercicio cotidiano para ocupar bien las horas del día, con algunas devociones y oraciones, el ejercicio de la cruz y la pasión de Cristo Nuestro Señor. Tratado cuarto, de unas ciento treinta hojas del original.

Varias de las devociones y ejercicios de este tratado se hallan también, aunque con alguna diferencia, en otras obras de la Ven. que iremos editando; pero la Pasión de N. S. J., que es lo más saliente en esta parte, sólo se encuentra aquí y en la *Mística*, pero con notable variedad. «Pon aquí - le dice el Maestro- la pasión del Señor como la has escrito en la Historia de la Reina; y sea tu continua consideración y el pan de tu entendimiento, el consuelo de tu alma, el sustento de tu espíritu. Y mira que leas muchas veces esta divina lección, que es la mayor enseñanza de los mortales, el libro cerrado que no le sabe abrir sino el limpio de culpa y afectuoso de corazón; no quites tu atención de este noble objeto, y te aseguro de parte de Dios que, si lo hicieres, conseguirás copiosísimos frutos para tu alma y alcanzarás lo que deseas de la amistad del Señor».

Y algunos documentos para apartarse de los peligros de esta vida. En esta última parte de la obra, de unas cincuenta páginas, escribe la Ven. oraciones, ejercicios, propósitos y sentencias de mucho provecho para el alma, extendiéndose particularmente en un ejercicio de la muerte, el cual con el de la cruz, constituye uno de los ejercicios especiales y característicos en el convento de la Venerable.

([17]) Aquí falta una palabra.
([18]) Causa formada por la Inquis. a Sor Mar. de Agr., pret. 77.
([19]) Caus. form. a S. M., págs. 128-143.

Y que aprobado por la Sagrada Congregación de Ritos y varios pontífices, arzobispos, obispos, ect. El Decreto que sobre las obras de la Venerable dio la Sagrada Congregación de Ritos en 20 de Marzo de 1762 y que en parte transcribimos en «Leyes de la Esposa entre las Hijas de Sión dilectísima, ápices de su casto amor», pág. 4, dice así:

TIRASONEN.

Beatificationis et Canonizationis VEN. SERVAE DEI MARIAE A JESU Abbatissae Monasterii CONCEPTIONIS Oppidi de Agreda Ordinis Sancti Francisci.

Postquam Reverendissimus Archiepiscopus Caesaraugustanus, Reverendissimi Episcopi Tirasonen., Oscen., Pampilonen, Placentinus, Calaguritanus, Corduben., necnon Reverendissimi Episcopi Suffraganei jam Serenissimi Domini Cardinalis Archiepiscopi Toletani originaliter transmiserant ad Sac. Rituum Congregationem omnia Scripta VEN. SERVAE DEI MARIAE A JESU DE AGREDA in eorum respective Dioecesibus perquisita, tum penes loca et personas particulares, tum per Edictorum publicationem in vim Litterarum particularium ejusdem Sacrae Congregationis, et ad formam Instructionis R. P. D. Fidei Promotoris eisdem adnéxae; Cl. Me. Cardinalis Portocarrero Causae Ponens Theologos Censores deputavit, ut ad tramites Decretorum generalium Sa. Me. Urbani Papae VIII, diligenter examinarent omnia eadem Scripta authographa SERVAE DEI ad Sac. Congregationem transmissa, quae in sequenti Cathalogo enunciantur, videlicet...

II. Leyes de la Esposa, Conceptos y Suspiros del corazón para alcanzar el último y verdadero fin del beneplácito y agrado del Esposo y Señor...

Horum autem Scriptorum omnium Copia legitime collationata asservatur in actis ejusdem Sacrae Congregationis una cum eorum Repertorio, in quo latius recensentur.

Relato deinde ab eodem Cl. Me. Cardinali Portocarrero in Congregatione Ordinaria Sacrorum Rituum, habita die 13 Januarii 1753, unanimi eorumdem Theologorum judicio, quamquam illud fuisset, nihil in praefatis Servae Dei Scriptis reperiri, quod Fidei, aut bonis moribus adversaretur, neque ullam contineri Doctrinam novam, vel peregrinam, atque a communi sensu Ecclesiae et consuetudine alienam; Nihilominus Sac. Congregatio ut majori, qua fieri posset maturitate, in re tam gravi procederet, censuit, audiendum etiam esse Promotoren Fidei. Hinc Eminentissimus et Reverendissimus D. Cardinalis Joannes Franciscus Albani Episcopus Sabinen. Causae Ponens suffectus Cl. Mem. Cardinali Portocarrero jam defuncto, cum examen instauraverit eorumdem Scriptorum Servae Dei, iterum referendo dictorum Theologorum censuras super illis exaratas, auditus fuit R. P. D. Cajetanus Forti Fidei Promotor, qui cum suum et ipse sensum eidem Sacrae Congregationi voce aperuerit, tum de dictorum Scriptorum qualitate, tum de rebus in illis contentis; Sac. eadem Congregatio re bene discussa, omnibusque illius circunstantiis accurate perpensis, rescribendum censuit:

Posse procedi ad ulteriora juxta modum; et modus est, ut opusculum cui titulus: Le Leggi della Sposa, Concetti e Sospiri, ect., =in ea parte, quae ad compendium alterius Operis inscripti: La Mistica Citta di Dio =debeat subesse eidem judicio, cui Sa. Me. Benedictus XIV, decreto edito die 16 Jannuarii 1748 subesse voluit alterum suprascriptum Opus=Mysticae Civitatis Dei =reservato insuper jure D. Promotori Fidei opponendi quoad omnia, quae existimabit suo tempore animadversione digna, et praesertim quoad revelaciones et alia, quae coinciderent cum doctrinis controversis alterius praedicti Operis Mysticae Civitatis Dei, et ad Eminentissimum Ponentem juxta mentem; Et mens, ut facta legitima collatione Scriptorum authographorum cum eorum exemplis per

Notarium Sacrae Congregationis, exempla collationata retineantur in actis Sacrae Congregationis, et restituantur authographa, si SSmo. Dno. Nostro videbitur. Die 20 Martii 1762.

Factaque deinde per R. P. D. Scipionem Burghesium Sac. Rituum Congregationis Protonotarium Apostolicum et Pro-Secretarium de praedictis eidem Sanctissimo Domino Nostro relatione, SANCTITAS SUA benigne annuit. Die 3 Aprilis 1762.

Joseph. María Card. Feroni Praefectus.

Loco Sigilli,

S. Burghesius Prot. Apost., et Pro-Secretarius.

REVISA

Joannes Prunetus Sub-Promotor Fidei.

(Está autenticado).

Y en cuanto a la doctrina que de la Mística Ciudad de Dios compendió la Ven. Madre en las presentes *Leyes*, éstas tienen las mismas aprobaciones y elogios con que fue distinguida la Mística, a saber, de los congresos, tribunales de la fe, universidades, religiones, teólogos y doctores, personas nobles, príncipes y reyes, obispos y arzobispos, cardenales y sumos pontífices, que se mencionan en el *Proemio* del tomo l.º *Mística Ciudad de Dios*, edición de 1911, y más extensamente se consignaran en el tomo VI.

Sale hoy a luz enteramente conforme al original, menos las notas. Todo lo del texto, división de tratados y parágrafos, títulos de éstos e índice, son escritos por Sor María: y si para aclarar los conceptos se han añadido algunas letras, sílabas o palabras, que no se encuentran en el autógrafo, éstas van colocadas entre paréntesis agudo: <>. Las notas del margen inferior han sido escritas teniendo a la vista, principalmente: Grandeus et Apostolat de Mariae on la Cité Mystique de la Venerable Maríe de Jesús, por el R. P. Serafín, pasionista (París, 1863); Mística Citta di Dio, scritta da Sour María di Gesu, publicada por el presbítero D. J. Jacinto Cereseto (Turín, 1881); y las notas del P. Samaniego.

Bajo los auspicios del Prelado diocesano. Murió en el Señor, el 10 de Octubre de 1916, aquel prelado de esta diócesis que tanto amaba a la Venerable y cuyos escritos tan a fondo conocía, el Excmo. Sr. Don Santiago Ozcoidi y Udave. Un mes antes de morir deseaba vivamente ver publicadas más obras de Sor María, especialmente, en edición económica, la Correspondencia Epistolar entre la Ven. Madre y Felípe IV, cuyo mérito histórico, literario, político y moral, altísimamente ponderaba. Pero quiso el Señor premiarle ya lo que había trabajado por su Sierva, y lo llamó al cielo, en donde, piadosamente pensando, goza de la vista de Dios, en unión de su amada Madre Agreda.

Mas la empresa tan conveniente y necesaria, y tan difícil en estos tiempos, de publicar los escritos de Sor María, reclamaba imprescindiblemente el amparo y dirección del Superior diocesano. Y, ¡oh providencia admirable!, fallecido el Sr. Ozcoidi, viene a Tarazona el Excmo. Sr. Dr. D. Isidro Badía y Sarradell, quien, después de leer casi todas las obras de la Ven. Agreda y estas Leyes, acepta bajo sus auspicios la publicación de las composiciones inéditas de Sor María de Jesús. Un obispo vino, en tiempos de la Venerable, de la Sede de Barbastro a la de Tarazona, el Excmo. Sr. D. Miguel Escartín; y este prelado llegó, durante su pontificado, al trato confidente con la esclarecida religiosa, al entusiasmo santo por sus escritos, y al trabajo constante en defensa de ellos y en la causa de su

beatificación y canonización, cuales, caber pudieran en los más devotos de Sor María, como en alguna ocasión veremos. Otro prelado acaba de llegar a la diócesis de Tarazona de la de Barbastro, el doctísimo Sr. Badía, y a juzgar por sus primeros pasos en el episcopado turiasonense y en las cosas de la Venerable, vislumbramos que este bondadoso Prelado dejará huellas muy gloriosas en la Sede de Tarazona y en lo perteneciente a la Madre Agreda, la cual también, en su vida, defendió, protegió y enalteció la Silla episcopal turiasonense y, durante su muerte, sigue siendo una de sus glorias más preciadas y estimables.

Bajo los auspicios, pues, del Revdmo. Sr. Obispo, Dr. D. Isidro Badía y Sarradell, nos daremos prisa en el cumplimiento de lo que ya creemos un deber, en la publicación de todos los admirables escritos de la Monja Agredana, para gloria de Dios y de su Madre Purísima, bien de la Santa Iglesia Católica, y honor y veneración de la misma Venerable Madre, Sor María de Jesús de Agreda.

Lic. EDUARDO Royo.

INTRODUCCIÓN A LAS LEYES DE LA ESPOSA

Altísimo Señor mío, criador y vivificador del universo, conservador de todo lo que tiene ser. Vos me le disteis y me formasteis con vida para que os conociese y amase, me compusisteis de espíritu y cuerpo en el vientre de mi madre, del cual nací para morir, y no sé cuándo, porque la hora es incierta, y Job[20] me dice, que son mis días breves, que se marchitan como la flor, que pasan como la sombra, y que estoy repleta de muchas miserias y no en un estado permanente. Y a esto que en todos es natural, he acrecentado yo muchas culpas por mi flaqueza y héchome esclava de mis pasiones, he viciado mis obras ofendiendo a Vuestra Majestad; debiéndoos vida y misericordia[21], he pasado mis días vacíos sin darles el lleno de perfección que debía y para la que Vuestra Alteza me llamaba y encaminaba; torcí mis caminos y no enderecé mis pies a vuestro querer y agrado, y erré como oveja que perece[22]; he recibido mucho con que ha crecido a gran número el cargo y empeño, y no he hecho obras dignas de alabanza para descargo, ni he sabido obligar a Vuestra Alteza, siendo el juez que me ha de tomar cuenta. Y acordándome, Señor, que Vos decís[23], no queréis la muerte del pecador sino que se convierta y viva, he querido arrojarme a vuestros pies, y suplicaros que me dejéis[24] un poco para que llore mi dolor antes que vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa, cubierta de la oscuridad de la muerte, tierra de miseria, donde habita la sombra del pecado y de la muerte; dejadme un poco que os ofrezca un corazón contrito y humillado, para que no le despreciéis[25]; ea, Señor, dejadme un poco, para que restaure lo perdido, con vuestro favor y amparo, y para que lo poco que le falta a mi cautiverio viva según el espíritu y muera a la carne. Suplícoos, Dueño mío, me deis la mano y que me tengáis fuerte, porque el impetuoso río de mis miserias, pasiones, tentaciones y persuasiones mundanas me llevan volando; dadme, Señor, dadme la mano, que me anego, para que yo salga victoriosa y triunfante de vuestros enemigos y míos, y para que vuestras misericordias no se pierdan en la que más ha recibido y menos lo ha merecido. Mi padre sois y yo hija pródiga, pero ya vengo a Vos conociendo firmemente que fuera de vuestra casa y obediencia no hay consuelo ni vida, sino muerte y miserias; no merezco llamaros padre, ni el título estimable de hija[26], porque pequé contra Vos y contra el cielo, y he sido la peor de los hijos de Adán; pero siquiera como a uno de vuestros mercenarios, como a la menor esclava de las que comen vuestro pan, recibidme[27]; no me arrojéis adonde merezco ni adonde no os alaban los muertos[28]. Mirad, Señor, que vengo perseguida y acosada como la avecilla que siguen hasta darle alcance los cazadores y como paloma engañada; acogedme en el nido escondido de vuestro costado, y allí dadme habitación alta y segura adonde no llegan las olas de 1as tribulaciones que me cercan. Señor, los pocos días de mi vida os consagro y dedico, y yo me ofrezco por vuestra, con propósito firmísimo de no salir más de vuestro amparo.

Y para que yo en todo me ajuste a vuestro querer, os suplico alumbréis mi entendimiento para que en este librillo escriba las leyes que he de observar y los órdenes de vuestra voluntad, la fealdad del pecado y su abominación para que huya de él y no os ofenda, que es mi más eficaz deseo, aunque no le ejecuto como quiero; y que me deis luz de los beneficios que he recibido para agradecerlos; y que me señaléis las obligaciones de esposa para guardarlas, y los oficios que he de ejercitar en este

---

[20] Job. XIV, 1, 2, 5.
[21] Jb. X, 12.
[22] Ps. CXVIII, 176.
[23] Ezech. XXXIII, 11.
[24] Job. X, 20, 21, 22.
[25] Ps. L. 19.
[26] Luc. XV, 11-19.
[27] Hasta aquí convienen en lo sustancial y casi en lo literal esta Introducción y el Preámbulo de "Ejercicio cotidiano y doctrina para hacer las obras con mayor perfección" de la misma Sor María, publicado por el P. Fr. Ramón Buldú en 1879.
[28] Ps. CXIII, 17; Bar. II, 17.

valle de lágrimas. Y también deseo un espejo sin mácula, para que, teniéndole delante los ojos adorne mi alma para entrar en vuestro tálamo, y un ejercicio cotidiano para ocuparme todas las horas del día, y algunos documentos que me aparten de los peligros de esta vida.

Este tratado será las tablas donde escriba vuestra ley el despertador de mis afectos, el recuerdo de mis deseos, el fomento de mi amor, el fin de mis ansias y una suma de lo que Vuestra Alteza me ha ilustrado y de lo que mi Señora y Maestra la Reina del cielo me ha enseñado; y añadiré de lo que yo hubiere oído o visto y moviere más mi afecto para amaros; de todo haré un hacecito de flores para traerle en mi pecho. Dadme luz y encaminad mi pluma según vuestra voluntad; y mis ansias y suspiros miradlos, pues a Vos, dueño mío, no son escondidos; oídlos y dilatad mi ánimo y corazón, porque corra por el camino de vuestros mandamientos[29].

[29] Ps. CXVIII, 32.

TRATADO PRIMERO

Leyes de la esposa
intimadas y puestas por su dulce Esposo y Señor:
cargos y amonestaciones que la hace
para que sea perfecta en su estado y obligaciones:
el adorno que la pone
para que entre en el tálamo e íntimo del amor

PARÁGRAFO PRIMERO

Da el Altísimo al alma luz para que vea el mal y la fealdad del pecado: amonéstala que huya de él y obre el bien.

Levántate, paloma mía, amiga mía y ven[30]; oye e inclina tu oreja[31] a la voz de tu pastor, apártate del mal y obra el bien[32], niégate a ti misma y levántate sobre ti, toma tu cruz, y crucificada a todo lo terreno, sígueme [33]. Cordero sin mancilla soy, y el que abrí el libro cerrado de los siete sellos[34] para la salud eterna de los vivientes; soy luz y camino para mi Padre, y el que me sigue no anda en tinieblas[35]: pues a la claridad que doy en tu interior e infundo en tu alma, advierte que soy el que descendí del pecho de mi Padre, y, siendo tan infinito en perfecciones y atributos como El, tomé carne humana para buscar a las ovejas perdidas; y para más obligarlas, me vestí de su misma naturaleza, y para enseñarlas, industriarlas y regalarme con ellas: soy el que abrí las sendas y caminos para que los mortales tuviesen conocimiento de la Divinidad, el que obré la virtud y la comuniqué a los hijos de la luz: soy el que conozco y comprendo los pensamientos humanos, el que reduzco los corazones, el que mortifico y vivifico, el que premio y castigo, el que santifico y justifico: en mi diestra están las llaves del Altísimo, la virtud, potestad, poder y mando sobre todos los nacidos; impero, y a mi disposición se rinde todo: soy el Sol de justicia que entro en los corazones; si me abren las puertas de sus almas, las vivifico e ilumino.

Pues, tú, paloma, ponme patente tu interior, y advierte que soy el que te crié, conservé, llamé, busqué y el que te sustenté, el que te justifiqué y llené de bienes, soy el que te perdoné tantas veces y libré de infinitos peligros: pues oblíguente, amiga mía, para que me escuches y oigas, los innumerables beneficios que te he hecho, el amor con que te los he comunicado, la perseverancia que en darte luz para que del todo no te perdieses he tenido; y pon fin a tus descuidos, acábense ya tus culpas, no seas más ingrata, determínate y sé fuerte en la ejecución que tomares; y con la lumbre de claridad que doy a tu espíritu como lucerna de vida eterna, mira el camino que quieres elegir de dos que pondré delante tu entendimiento.

En mi ser inmutable y eterno me estaba Yo antes que criase a las criaturas, sin haberlas menester para ser tan eternamente bienaventurado e infinito en perfecciones y atributos como lo soy hoy, y por sola mi bondad crié a las criaturas para comunicarles el impetuoso raudal de mis riquezas y tesoros, y, para tratar con los ángeles y los hombres y tener mis delicias con ellos, les di ser haciéndolos capaces de mi gracia y misericordias. Levantóse contra la razón y justicia Lucifer, y sus secuaces le siguieron, y no quisieron, debiéndome su ser y hermosura, sujetarse a que fuese levantada mi humanidad purísima sobre todas las criaturas, y que cuerpo y alma humano fuese unido a mi Divinidad, porque pretendían que la naturaleza angélica fuese preferida a la humana de que me había de vestir Yo. Y porque desobedeció y pecó, fue convertida la mayor de las hermosuras en la más abominable fealdad, fue arrojado desde las alturas a las profundas cavernas y despojado de la gloria y premios eternos y de mi vista beatífica. Y es tan grande la horrenda fealdad de este dragón, que, si una criatura humana le viese sin ser confortada de mi virtud, al punto moriría.

Pues esta antigua serpiente, envidiosa de que otras criaturas inferiores a él en naturaleza gozaran lo que él perdió, se enfureció y levantó banderas de maldad y perdición para los hombres; de manera que el demonio es autor del pecado y el que arrojó la semilla de él en los corazones de los

---

[30] Cant. II, 10.
[31] Ps. XLIV, 11.
[32] Ib. XXXIII, 15.
[33] Mat. XVI, 24; Luc. IX, 23.
[34] Apoc. V.
[35] Joan. VIII, 10.

primeros padres. Ordenó y levantó siete legiones de los que le siguieron, y a cada una les encargó que persuadiesen y tentasen a los hombres en los siete pecados capitales, soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza: y esto ejecutan con tan grande crueldad que llevan tras sí a muchas almas y las convierten en el más desdichado estado que hay ni puede haber.

Y los que obedecen a este cruel dragón, siguen el camino del vicio, en el cual se halla fabulación, maldad, fraude, precipitación, temeridad, inconsideración, terribilidad, inconstancia, ignorancia, astucia, dolo, hipocresía, jactancia, solicitud y cansancio, amargura y llanto; en este camino están todos los males juntos. Y porque quiero que en tu consideración desciendas en particular para que conozcas la fealdad y miseria del pecado, advierte que el que le comete, su faz se denegrece más que el carbón, y su alma es a mis ojos más abominable que todas las cosas horribles, y tan espantable a la vista de los hombres, si la viesen, como los demonios, y más contagiosa que el basilisco. Todas las enfermedades, calamidades, angustias, desprecios, tormentos y martirios que han padecido los hombres en lo temporal y corpóreo, no es tanto mal para la criatura como un pecado venial solo. Y si le comete mortal, es sin comparación mayor su dato, sujétase a los demonios, entra debajo de su jurisdicción y a ser tratada con su fiereza y crueldad, a experimentar su ira insaciable y a que le traiga como una rueda de molino o de tahona a la disposición de su perversa voluntad; la cual siempre está inclinada a que el hombre obre lo peor, y más vehemencia tiene en quererle destruir, aniquilar, condenarle a pena eterna y apartarle de su único y verdadero fin y bien que soy Yo, que tiene el fuego para subir a su esfera y la piedra para bajar a su centro; y más impetuoso y rabioso está para perder a las almas, que estuviera todo el corriente del mar, si le soltaran de un monte abajo. Por lo cual, el que por el pecado se le sujeta y a Mí me ofende, tiene sobre sí la rabiosa crueldad de los demonios, que, como alguaciles, están vengando mi causa y con que a ellos les es violento castigar a los que desobedecieron mis leyes y quebrantaron mis mandatos: son tan crueles contra los hombres que, por hacerles mal, se hacen con gusto ministros de mi justicia.

Es el pecado una carga inmensa que siempre tiene al hombre tan inclinado para el infierno y pena eterna que, si no se enmendare, caerá sin remedio y se le seguirá ese fin, como al fuego el calentar, y entrará en las cavernas eternales con ímpetu furioso, y nadie le podrá librar, si mi gran piedad no le detiene: y para que Yo lo haga, me tiene desobligado, porque el pecador es aborrecible y abominable a mis ojos y siempre está irritando mi justicia. Son los pecados en el hombre una cadena de hierro de muchos eslabones con que está atado y encadenado; y esta cadena llega hasta el infierno, y de ella está siempre tirando Lucifer y diciendo en su afecto, perezca, perezca, perezca para ín aeternum la hechura del que nos rindió, perezca el que se nos sujetó por el pecado, nuestro es, destruido sea el que en nosotros no escarmentó para aborrecer el pecado, nuestro es, nuestro es, aniquilémosle, pierda lo que se nos quitó de premio y gloria, y pues los pecados que nosotros cometimos, fueron maromas que tiraron de nosotros hasta lanzarnos en los infiernos, vengan con nosotros los que nos imitaron en aborrecer al Altísimo; que aunque hubiera estado en el cielo de la más alta perfección, si pecó y no se enmienda, ha de caer y seguirme a mi.

Considera, alma, qué maromas serán las de los pecadores de muchos años y de muy reiteradas culpas; que los malos hábitos que han adquirido con los viciosos actos, los tienen atados, oprimidos y sujetos a una esclavitud infernal, y están cercados de muchedumbre de males, como de ejércitos de leones, serpientes, toros, perros, basiliscos, tigres, sapos y otras muchas fieras que le atormentan con sus aullidos y bramidos, y le despedazan con sus bocas, le desgarran con sus uñas, como abejas le punzan, como gusanos le muerden, como polilla le roen; y todos estos animales, con la fortaleza de su fiereza mayor y más irritada, no pueden hacer tanto mal al cuerpo del hombre como un pecado solo a su alma.

Finalmente le sucederá lo que al siervo malo que debía a su señor diez talentos, y era tan grande deuda que, aunque vendiera a su mujer e hijos y a sí mismo, no bastara para pagar la mínima parte; pues es de infinito valor lo que el cristiano recibe, y no sólo no lo paga sino que en lugar de agradecimientos, da ofensas; es forzoso, según mi equidad y justicia, si no hace penitencia, que sea lanzado en las cavernas eternales, en las cuales los rodearán unas llamas crueles y lamedoras que se

ajunten y conglutinen con sus almas y cuerpos, como sí fueran una misma cosa, y tendrán un fuego que los abrase, un frío que los penetre, la vista de los demonios que los atormente, y la conciencia del bien perdido que los desesperes; y sellados y cerrados en aquellas cavernas estarán para siempre sin fin, porque en aquel lugar ninguna redención hay. Pues, atiende, hija, a todos estos males para que hagas penitencia de lo que me has ofendido y propongas firmísimamente la enmienda no sólo de culpas graves, sino de la más pequeña culpa e imperfección.

PARÁGRAFO SEGUNDO

Muestra el Altísimo al alma el efecto del pecado por una consideración de San Bernardo, y la inconstancia de las cosas terrenas, para que de todas se desnude, aunque sean lícitas y honestas.

Mi siervo Bernardo dice, que vio cinco hombres que vorazmente comían y que trabajaban sin cesar ni sosegar por hartarse y satisfacerse.

El primero tragaba y engullía arena del mar con grande agonía. Y significa los que se entregan a la codicia de las riquezas, a procurarlas y congregar tesoros; comen de ellos y, por más que tragan, no se sacian ni satisfacen su apetito.

El segundo comía humo corrompido empleando sus cinco sentidos en hartarse. Y son los que se dan y entregan a las sensualidades y gustos terrenos,.que comen y no los sacia, porque su sustento es corrupción y gravamen de pensiones.

El tercero comía llamas de la boca de un horno hasta hartarse. Y significa los que quieren venganza, y la toman de sus prójimos con el fuego de ira terrible y mordaz que arde en sus entrañas.

El cuarto estaba en el pináculo del templo engullendo y sustentando su apetito de todos los vientos con deseo de hartarse sin poderlo conseguir: que son los que apetecen dignidades y procuran dignidades y, aunque más tienen, no se hartan, y son esclavos de su deseo y de quien se le ha de cumplir y del demonio, alcanzándole por medios ilícitos.

El quinto comía de sus carnes mordiendo, cuando de sus brazos, cuando de sus manos y pies: que significa el que murmura de sus enemigos, y no se contentando con eso, detrae y dice mal de sus hermanos, amigos, de sus padres y prelados, aunque los hayan menester como a los pies y manos, porque este vicio a nadie perdona. Y dice Bernardo, que con comer estos hombres tan desmedidamente, estaban flacos, macilentos y hechos una ariesta.

Hija mía, no se saca otro fruto del pecado aun en esta vida, que el que por esta consideración puedes ver. Huye de cometerle, y antes mueras mil muertes que peques, y no te contentes con sólo no cometer pecados graves, pero ni veniales ni imperfección: toda quiero que seas limpia y pura, y que dejes y renuncies todo lo terreno que te puede impedir para el empleo de mi amor. Y advierte, que el camino del vicio su vista es amena, su senda anchurosa, promete gustos aparentes, deleites fingidos, regalos inconstantes, y sus dejos son amargos y lastimosos; tiene este valle de lágrimas riquezas, tesoros, plata, oro y piedras preciosas, pero todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu: el que no tiene los bienes riquezas que el mundo estima, las desea con fatiga, las envidia con amargura y las busca con su perdición, es mártir de su apetito, y el castigo de su afán se prepara en el infierno, si no hace penitencia: el que ya posee tesoros, desea más, y nunca su ambición y apetito se sacia, y todo es una tahona turbulenta porque nada da gusto adecuado, y tanto le falta al que lo tiene todo, como al que no tiene nada, y si por imposible pudiera ser que una criatura tuviera a su satisfacción y posesión todos los regalos, delicias, riquezas y gustos del mundo, aun no quedara satisfecha y, menos pagada, porque todo es humo, que presto desaparece lo que place, y queda lo que amarga y aflige.

Todo es falaz, mentiroso, y está sujeto a corrupción y putrefacción. El hombre lo está a morir, a faltar en lo que promete por la inconstancia de su dictamen, y a la mudanza de su parecer porque nunca está en un estado permanente; hoy ama lo que mañana aborrece, y muchas veces persevera en amar lo que debe aborrecer; y está sujeto a mentir, porque todos los hombres lo hacen, como dice mi siervo David[36]; todos miran a sus particulares gustos y fines, porque se aman mucho a sí mismos, y por conseguirlos fingen los medios de amor y buena correspondencia con quien se los ha

[36] Ps. CXV, 11.

de cumplir, y en alcanzándolos le aborrecen, y más, si se los niegan, sean lícitos o ilícitos: conque andan las criaturas en una tahona miserable, embebecidos y ocupados.

Si quieres verdaderamente seguirme, niega todo lo momentáneo, porque no se pueden compadecer en un sujeto la luz y las tinieblas, el pecado y la gracia. Yo te conjuro y amonesto, que en ti no haya descuido por pequeño que sea, niega tus gustos, apetitos y voluntad, y todo me lo sacrifica y ofrece a Mí; niega lo momentáneo, y si quieres ser perdonada de tus pecados y vuelta a la primera gracia, ha de ser ley inviolable para ti los documentos que en este librillo te daré. Y no has de hacer como hasta aquí, prometer y quebrantar, sino que con fuerza eficaz has de cumplir mis consejos con aseguración de mi palabra, que si no lo haces, serás repudiada y arrojada de mis regalos y delicias, y apartada de mi rostro, y te quedarás en un estado miserable y sólo natural, y te suspenderé la luz abundantísima que te comunico. Y para que no venga sobre ti este castigo en esa vida mortal y en la eterna el de la condenación, has de observar lo siguiente.

Lo primero has de renunciar de todo corazón y afecto lo terreno, sin exceptuar cosa humana ni por razón de conveniencia ni por causa justa a tu parecer, porque en tu natural blando es fácil pasar de lo bueno a lo malo, de lo perfecto a lo imperfecto, de lo que es según razón a lo que es muy sin ella.

Y, después que hayas vuelto las espaldas a todo lo criado y puesto los pies sobre ello, te has de negar a ti misma protestando de no tener inclinación ni apetito cumplido, ni a ninguna criatura humana has de amar particularmente, sino a todas en general con caridad perfecta y bien ordenada, quita el afecto de quien te le ha llevado. Yo te pongo precepto de esposo de que no ames jamás íntimamente a nadie, y, si por obligación honesta y loable no pudieres dejar de agradecer lo que te han beneficiado, remíteme a Mí que se lo pague, y tú no quieras empeñarte ni obligarte con criaturas; no te lleve objeto ninguno más atención y voluntad, que la razón bien ordenada enseña: para ti no ha de haber ya criatura señalada que te lleve el afecto, ni a ninguna inviolablemente has de tocar ni aun con las manos; ni por ninguna causa ni razón, aunque sea mujer, la has de mirar al rostro, y mucho menos a hombres; ni has de atender a ellos, pues, según tu estado, es obligación hacerlo, y en esto no has de tener dispensación ni descuido con ninguna condición de personas: y advierte que estos documentos y doctrina los has tenido muchas veces[37], ejecútalos y acaba ya de ser fiel a tu Esposo y Señor.

[37] Véanse estos documentos y doctrina en “Leyes de la Esposa entre las Hijas de Sión dilectísima...”, publicadas en 1916.

PARÁGRAFO TERCERO

Amonesta el Señor al alma a que se 1evante de lo terreno y trabaje por las culpas que ha cometido, para obligar a Su Majestad a que la perdone y libre del peligro del pecado y miserias de esta vida.

Hija mía, que por tus culpas te saliste de mi casa y protección no una vez sola, como el hijo pródigo, sino muchas, disipando y perdiendo muchas riquezas, levántate y ponte en pie, quita las cataratas de tus ojos, desengaña tu entendimiento, alienta a la esperanza, fervoriza la voluntad, sacude de ti la tibieza y confiere en tu interior qué estado y vileza es el de la culpa, determínate con fortaleza a huir de él y obrar el de la virtud, aprecia el bien, aborrece el mal, qué te detiene, qué aguardas. Advierte y mira, que tienen número los pecados de los hombres, y está señalado, para que llegue a ellos mi ira e indignación, y el que más beneficios ha recibido, antes se le cumplirá, porque en el más beneficiado de mi mano es mayor la culpa y mi enojo contra él, cuando la comete. Pesa lo que me has ofendido con lo que de Mí has recibido, y teme, y mira bien la gravedad de tus pecados y lo que es justo trabajar para aplacarme, obra el bien con fortaleza y magnanimidad sin retroceder atrás un punto, ya basta lo que te he perdonado, no me enojes más, ábreme la puerta de tu corazón, pues tantas veces he llamado a ella tan misericordiosamente, mita no te suceda que me vaya y que, cuando me busques, no me halles; advierte que tu natural pide cuidado, tu ignorancia advertencia, tu descuido fervor, tu flaqueza fortaleza, tu inconstancia perseverancia.

Pues considera, alma, 1os daños y desdichas que se les siguen a las culpas, que por mucho que lo consideres y mires, no conocerás su gravedad; llora tus pecados y, para que mejor lo hagas, numéralos, y añade las circunstancias que los agravan más, de haber reincidido muchas veces y vuelto a cometer lo que tantas te he perdonado, andando como en porfía, tú en ofenderme y Yo en perdonarte, imitando como dice Pedro mi apóstol[38], al perro que lo que vomitó, vuelve a comer, y al gruñente que vuelve a revolcar en el cieno de que se lavó.

Advierte, alma, que soy juez severo y que te he obligado perdonándote, llamándote, acariciándote, buscándote y llevándote como buen pastor sobre mis hombros. Ya es tiempo que me respondas, y que creas y esperes de mi bondad, que prendas bastantes te tengo dadas de mi amor, para que me correspondas con afecto de hija fiel; mira que no te suceda lo que al infiel siervo[39] que lo ataron de pies y manos y lo echaron en las tinieblas eternales entregándole a los verdugos infernales: advierte, si pecas, la fealdad en que te convertirás, pues, siendo criada a mi imagen y semejanza y de rara hermosura, estando en gracia, si la pierdes, te harás bestia y con costumbres de animal y hábitos viciosos y movimientos feos, prevaleciendo el vicio contra la razón, la carne contra el espíritu, levantaráse la esclava contra la señora, y, si tú te rindieres a las pasiones y al vicio, sierva serás del que te sujetó. Humíllate de corazón, clama a Mí de lo profundo de tu alma para que te tenga de manera que no caigas, llega a mi piedad contrita y deseosa de enmendarte: y también te has de humillar a mis criaturas, porque pecaste y faltado a mi fidelidad, considerando que el que comete sólo un pecado, por rigor de justicia, es merecedor de todas las deshonras que han tenido los hijos de Adán, y de todos los trabajos de los vivientes y de cuantas calamidades han padecido, y de las enfermedades y aflicciones que han pasado. Pues, según esto, saca de tus culpas algún bien, humillándote hasta el polvo, ofreciéndote a padecer con gusto todo lo que se te ofreciere, juzgándote por merecedora de mucho más, y advierte que no hay cosa más aborrecible a mis ojos que el pecador sea soberbio, y el que ha sido muchas veces perdonado sea altivo, y el rescatado muchas veces de las cavernas eternales sea vengativo.

Alégrate con las contumelias y desprecios, arrójate a los pies de todos y tente por indigna de tan eminente lugar para ti; pégate con el polvo porque seas perdonada, y, aunque los pecados que

[38] 2 Petri, II, 22.
[39] Mat. XXII, 13.

conoces, te pueden hacer este efecto, cree que tienes otros muchos que no conoces, a los cuales llama David[40] ocultos, pero no lo son para Mí que te he de juzgar; y son ocultos, o porque te olvidaste de ellos por ser muy sutiles, interiores y de vanidad, soberbia, juicios faltos de caridad y movimientos siniestros; y de todo te quiero limpia y pura, y que de tu parte trabajes por no cometer falta por pequeña que sea. Y, aunque en tu vida no me hubieras hecho ninguna ofensa, sólo por ser Yo quien soy y haberte dado el ser, debieras trabajar sin cesar y amarme sin medida; pues habiendo pecado, debes trabajar hasta fatigarte, y no cesar hasta que mueras, padecer sin quejarte, no juzgar te hacen agravio aunque todo lo criado se levante contra ti, y te persigan, destruyan y maltraten.

[40] Ps. XVIII, 13.

PARÁGRAFO CUARTO

Muestra el Altísimo al alma la suavidad de su yugo, la hermosura de su ley, la verdad, pureza y feliz fin del camino de la virtud.

Esposa y paloma mía, para rescate de las almas y libertad de las criaturas que Yo crié a mi imagen y semejanza, para destrucción del pecado y quebranto de los demonios bajé del cielo a la tierra, descendí del pecho de mi Padre a tomar carne en las entrañas purísimas de mi Madre, haciéndome pasible para satisfacer a la divina justicia, que como la ofensa fue hecha a Dios eterno, había de ser la satisfacción infinita. Y, aunque es verdad que el primero motivo[41] de tomar forma humana fue la unión de las dos naturalezas, divina y humana, y que hubiese una persona perfecta e inculpable por naturaleza que fuese cabeza de los demás hombres, el descender de las alturas pasible fue por remediar el pecado y sus efectos padeciendo, y para abrir las puertas del cielo a los que la culpa se las habían cerrado, vestí mi Divinidad con la humanidad y fue unida hipostáticamente a mi ser inmutable. Y en contraposición del dragón de las siete cabezas y para desvanecer y destruir su soberbia y los efectos viciosos que causó en los corazones de los primeros padres y sus descendientes, elegí la pobreza, desnudez, desprecio, abatimiento, angustias, trabajos, penas y muerte ignominiosa de cruz. Y pudiendo satisfacer a mi Padre por los pecados de los hombres con el primero acto que hice en tomando forma humana, quise hacer tantos y tan penosos, por ser verdadero ejemplar a mis amigos y siervos, porque no careciesen de los copiosos frutos que en el cielo y patria celestial se les da a los que padecen. Cargué sobre Mí todo lo áspero y penoso de los dolores por suavizárselos a los hombres, y les enseñé ley pura, limpia, inmaculada y perfecta; abrí sendas y caminos para el descanso eterno de verdad y dulzura, áspero pero seguro, porque mi reino padece fuerza[42].

En este camino se halla descanso en el trabajo, alegría en la tristeza, vida en la mortificación, consuelo en la tribulación, en las lágrimas pan y en el sembrar con ellas coger con alegría[43]; es camino estrecho para la carne, para el espíritu dilatado, muerte para lo imperfecto y vida para lo bueno; en este camino hallarás suavidad, alegría, seguridad, gusto, agrado, satisfacción y todos los bienes juntos, mi amistad, protección y amparo. Soy todopoderoso y todo lo que quiero puedo ejecutar sin que nadie me lo contradiga, y quiero siempre lo mejor para mis amigos, y con ellos tengo mis regalos y delicias[44] ; si sigues este camino de la virtud y mis pisadas, hallarás en Mí padre, esposo, amigo, protector, defensor y fiel amante, porque soy fino en afectos, fiel en mis promesas, liberal en enriquecer, poderoso en favorecer, justo en premiar, misericordioso en perdonar, para los soberbias soy fuerte, para los flacos benigno. ¡Oh alma! si me sigues con fervor y perseverancia, cómo hallarás en mi amistad abundantes tesoros. ¡Oh, si creyeses, cómo serías prósperamente enriquecida de mis dones, iluminada de mi sabiduría, ¡oh, si murieses a todo y de corazón te entregaste a Mí como a tu dulce esposo y amante, gozarías de mis estrechos abrazos! y ¡qué gusto y agrado me darías!

Mira este camino que pongo delante de los ojos de tu entendimiento, que es santo, cierto, aceptable, deleitable, honesto, loable, hermoso, seguro; el que camina por él no anda en tinieblas. Advierte, que te espero, y si como te llamo me respondieses, y si como te quiero fueses, qué grandes y heroicas obras harías, qué hermosos serían tus pasos, hija del príncipe[45], qué altos tus pensamientos, qué dulces tus palabras. Mira, amiga mía, que soy tu querido y amado, y te espero; advierte para el fin que te quiero, y el que tiene el camino que te represento, que es el descanso eterno, y en ese valle de lágrimas que halles el centro último del amor, que es la unión Conmigo,

---

[41] Véase el parág. III del Trat. Tercero.
[42] Mat. XI, 12.
[43] Ps. CXXV, 31.
[44] Prov. VIII, 31.
[45] Cant. VII, 1.

que soy todopoderoso, santo, perfecto, hermoso, escogido entre millares[46] y mi forma especiosa entre los hijos de los hombres[47]. Acaba ya, camina, llega, llega a tu fin, que para grosera e ingrata bastan las culpas que has hecho, acaba con ellas, y renuévate en las cenizas de tu conocimiento y levántate a la esperanza de mi amor y regalo.

Y si dices quieres responder a la fineza de mi amistad, advierte que te conjuro y amonesto, que en ti ha de haber grande estima de lo que te favorezco y humildísimo agradecimiento, y en esto jamás has de tener descuido ni inadvertencia, ni imperfección voluntaria, ni duda de la luz que te doy, con juzgarte por indigna por tus muchos pecados, que, aunque han sido grandes, hoy los aborreces y estás dispuesta a la enmienda; Yo, si la tuvieres, a perdonarte, para que resplandezca mi piedad en favorecer a la que menos lo merece y más poco vale entre los hijos de Adán.

Niégate a ti, a tus apetitos, gustos, inclinaciones y pasiones, y, si lo hicieres, en esa vida hallarás satisfacción de conciencia, poseerás el testimonio de ella, y en la eterna premio copiosísimo tan grande y abundante que no puede caer en entendimiento humano, y todas las lenguas de ángeles y de hombres son tartamudas para explicarlo.

[46] Ib. V, 10.
[47] Ps. XLIV, 3.

PARÁGRAFO QUINTO

Declara el Altísimo al alma que la quiere levantar a estado de perfección: pónela una parábola para que conozca lo que debe a Su Majestad y lo mucho que la ha favorecido y regalado.

Amiga y esposa mía, aunque tu flaqueza es grande, quiero en ella hacer un ostentoso asombro de mi gran piedad y misericordia, y levantarte a gran perfección, si de tu parte trabajares, a una habitación alta y encumbrada, adonde no alcancen la malicia de los hombres ni la sagacidad de los demonios, si tú no te bajas y arrojas de ella. Pero primero que subas allá, quiero que veas claro, quién he sido para contigo y quién tú para Conmigo, mi liberalidad y tu cortedad, mi fineza y tu grosería, lo que te he favorecido y lo mal que me has retribuido, para que en el estado que te quiero poner, estés pegada con el polvo y humilde hasta la tierra, y que, aunque te veas levantada del estiércol, no olvides de dónde viniste a tan grande altura. Pues, oye una parábola que te ha dicho el Padre espiritual que te gobierna, y con la luz que alumbro tu entendimiento, conocerás su interpretación.

Érase una mujer pobre, desandrajada, leprosa, rota, llena de llagas y miserias, arrojada en el rincón de un muladar, sin quien hiciese caso de ella, ni se dignase ni atreviese a mirarla, porque no los inficcionase. Fue su buena dicha, que un señor muy rico y poderoso la miró, y compadecido de ella, la curó sus llagas y lepra, la limpió, vistió, aliñó, y la enriqueció y adornó con grandes y ricas joyas, le hizo copiosas limosnas y mercedes con que pudiese remediar a otros pobres de su linaje, y mandó a los criados de su casa, que la regalasen, sirviesen y asistiesen, de suerte que todos se maravillaban y conocían estaba enamorado de ella y que quería hacerla gran señora y esposa suya, y que olvidase las antiguas miserias, condiciones y vilezas de costumbres en que se había criado, y deprendiese a ser honrada y parecerlo.

Esta tal pobre, llena de tantos favores, por inducción de un falso, envidioso enemigo del señor y suyo juntamente, por la inclinación a groserías que no había acabado de perder, dio en avarienta con otros pobres hermanos suyos y en desagradecida e ingrata al señor que la curó y benefició, negándole los beneficios recibidos, haciendo poco aprecio de ellos y olvidándolos como ingrata, dudándolos por hallarse indigna de ellos sin advertir la misericordia y piedad del que se los dio, de que le nació el aborrecer el ser privilegiada. Con todo eso, el señor que la quiere bien y desea que ella se deje amar y enriquecer, persevera en acariciarla y solicitarla, y lo haría mucho más si ella le escuchase y correspondiese, venciendo a su enemigo que pretende lo contrario. Pero viendo que siempre se muestra grosera, ha querido despreciarla y dejarla despidiéndola de sus favores, y lo hubiera hecho, si una señora, que llaman todos reina, no se lo hubiera estorbado saliendo ella fiadora de esta pobre desagradecida. Tú, alma, eres ésta; pues pondera lo que me debes y trabaja por el cumplimiento de mi voluntad.

PARÁGRAFO SEXTO

Da el Todopoderoso al alma luz de la perfección y alteza del estado de religiosa, y amonéstala a cumplir con las obligaciones de él.

Querida y amiga mía, advierte que entre los beneficios que te he hecho, quiero ponderes por grande el de la vocación y llamamiento a la religión, y te mando no olvides las circunstancias que has tenido, más que otros, para que lo ejecutares, que son ponderables, dignas de admiración y agradecimiento. Y el mayor que me puedes dar, es que cumplas con las obligaciones de este estado y de fiel esposa mía. Y para que lo hagas, te quiero decir brevemente qué es ser perfecta religiosa y según mi agrado y beneplácito.

Lo primero, es un sacudir los pies del polvo de Babilonia y de la terrenidad humana, dejar lo momentáneo y transitorio y pasar a buscar el bien eterno: es una división de la luz y las tinieblas, y elegir la lumbre de la verdad reprobando la oscuridad de la mentira: es una dejación del castigo dado por el pecado y huir de la miseria de la propagación humana, y salir de la servidumbre merecida por el primer pecado y subir a la libertad de hija adoptiva de la primera gracia: es dejar de ser animal en la generación humana y alcanzar costumbres angélicas, sacudir el entendimiento de la oscuridad, de los movimientos terrenos y disponerle para la ciencia divina y resplandores de la lucerna que Yo doy a los limpios, como Cordero sin mácula. Es el estado de perfecta religiosa cumplir en parte con la primera voluntad que tuvimos las tres divinas Personas de que la criatura se conservase en alma en gracia y el cuerpo en pureza, y para ser esposa mía así quiero lo procures con todo cuidado y veras: Es el estado religioso una renunciación de cuidados, afanes y codicias mundanas, un morir a la terrenidad grave y a la carne y vivir según el espíritu, resucitando a una vida espiritualizada y celestial; es volver las espaldas al mundo y mirar al cielo, y pasar a una habitación alta y encumbrada, y sentarse en soledad en los atrios y zaguanes de la casa de mi eterno Padre, y estar a la vista de sus lumbrares; es un estado levantado de todos los moradores de Babilonia y una región longíncua de los parientes; es un morir en vida, y mortajarse con el hábito, y enterrarse en la clausura del monasterio, y resucitar al espíritu para vivir una vida celestial e imitadora de mi humanidad, que como Esposo se han de seguir mis pasos. Es el estado religioso renunciación de todas las operaciones de hija de Adán, y donde no es razón que haya irascible, ni concupiscible, ni efectos de pecado, pasiones, ni apetitos cumplidos, sino muertos, y tan mortificados que no se turbe ni inquiete el alma por suceso humano, sino que en tranquilidad goce de mis regalos y caricias.

Esto es, esposa mía, ser perfecta religiosa, ejecútalo todo en agradecimiento de que te elegí para serlo. Observa con gran puntualidad todos los institutos de tu regla y constituciones, sin jamás dejar ninguno, pues por ellos te prometen la vida eterna; y, si los guardares, de nuevo te la prometo y aseguro Yo. Observa las leyes de tu profesión sin faltar a la menor, aunque sea besar la tierra; y en esto has de ser fuerte y obligarme como a tu Esposo amado; y quiero que muestres en su ejecución el afecto que me tienes y el que quieres que desde hoy te tenga, que es cuando quiero principies a ser mi fiel esposa y amiga, cumpliendo con la observancia de lo poco y de lo mucho; ninguna ceremonia, mandatos de regla ni de constituciones tengas por pequeño ni los desprecies por tal, que en el menor están encerrados grandiosos premios y mucho de mi sagrado y gusto. No hagas las ceremonias religiosas por sola costumbre ni con poco afecto, sino con fervor y devoción, considerando que está tu aprovechamiento y merecimiento en eso.

Y pues te he puesto por custodia de mis esposas y por prelada suya, guarda tu viña y la suya y no dejes la una por las otras y n faltes a la humildad y observancia de tu obligación particular por la general de tus súbditas. Sé sierva de todas y la menor entre ellas; jamás por ser prelada rehúses los actos humildes y oficios bajos, pues es mejor enseñanza la del ejemplo que la de querer dominar con. superioridad; y en las ocasiones que no puedas excusar el presidir, está con la consideración y

afecto a los pies de todas; y en tu corazón júzgate por la menor. Ámalas como a ti misma y procura su salud espiritual y corporal como la tuya, y los medios que pones para tu salvación les amonesta los ejecuten ellas.

No te señales con ninguna, sino con igualdad grande las gobierna, que la parcialidad es viciosa y destruidora de las comunidades, y no amando a ninguna en particular, se le quita el fomento a la concupiscible, y la ocasión a la irascible. Haz que se amen unas a otras y que se ayuden con caridad fraternal, y, si en esto faltaren, castígalas con vara de hierro de manera que ellas entiendan les procuras su paz y frustrar los intentos del enemigo, que las desea ver discordes más de lo que ellas conocen; y por esto infundí en tu corazón, cuando te dieron el oficio, tanto amor a 1a paz de tu comunidad. Y te advierto que lo que más desea el infierno de los religiosos y religiosas es la discordia, y lo que Yo más quiero de todos es la paz, como lo manifesté en la doctrina que di a mis Apóstoles.

No dispenses en la Regla y Constituciones con tus súbditas por ningún caso, razón, ni calidad de personas, porque a ninguna deberás lo que a tu Esposo. Y el día que por las criaturas faltas a las observancias de la Religión y obligaciones de tu oficio, cometes traición a mi amor. Ya sabes que no se puede servir a dos señores, y que mis pensamientos son muy distantes de los de los mortales. Si te mueve caridad, de ti ha de nacer la bien ordenada; y para con los seglares se puede ejercitar esta virtud sin faltar al coro y comunidades; y mejor es obligarme a Mí que soy el que mueve los corazones que contemplar con las criaturas inconstantes e imperfectas que prometen y faltan, y si quieren favorecer, no pueden lo que conviene. Y Yo te doy mi real palabra que si, por acudir a mis alabanzas y tus obligaciones, faltas a los seglares y dilatas el consolarlos a tiempo desocupado, Yo supliré en ellos lo que tú por Mí no hiciste; y después te daré más abundante luz para que les digas lo que les conviene, en premio de que en primer lugar y sin atender a respetos humanos miraste mi causa.

Si lo haces por interés y porque te sustenten con limosnas tus religiosas, porque el convento es pobre, y esto te facilita más el faltar por las criaturas a tus comunidades, advierte que Yo soy el que concurre a las causas naturales y el que doy el incremento para que los frutos crezcan, y quien los conserva, y mueve las voluntades de los hombres para que hagan bien; y lo dispondré de manera que a ti ni a tus súbditas no os falte, si me fuereis fieles. Y cumpliré lo que tengo prometido, que, si cuidáis vosotras de servirme, Yo cuidaré de ampararos; y esto mejorar es de procuradores y de dueños que los favorezcan, pues los hombres son coartados y de virtud limitada, quieren y no pueden, y Yo puedo todo lo que quiero. Y no te aflijas porque tu convento sea pobre, ni te afanes porque sea rico, que mi voluntad es que no os falte lo necesario, y también de que no os sobre, porque la abundancia no os haga soberbias, y la riqueza de bienes temporales pobres de espíritu.

PARÁGRAFO SÉPTIMO

Da el Señor doctrina al alma para que mejor observe los documentos que le ha dado, y los oficios que ha de ejercitar en este valle de lágrimas para alcanzar la perfección.

Esposa y amiga mía, para que mejor ejecutes mis documentos y el beneplácito de mi voluntad, quiero que hagas en tu persona tres distinciones y modos de obrar, para que con más facilidad y perfección puedas gobernarte y cumplir con las obligaciones en que te he puesto y quiero de nuevo ponerte.

La primera es el buen empleo de tus potencias interiores.

La segunda el buen uso de los sentidos exteriores.

La tercera la puntualidad en cumplir con los ejercicios de penitencia y ceremonias de la Religión.

La primera, que es el empleo de las potencias interiores, cosa humana, ni los demás ejercicios exteriores, le han de pervertir ni inquietar. Tú has de poner tu vista interior en mi ser; tu entendimiento por fe le ha de mirar, y contemplar todos mis atributos y perfecciones, verdades católicas, misterios de la Iglesia santa, mi ley y preceptos; y la memoria los ha de tener presentes, y la voluntad amarme por ellos; en esto íntimo y superior del alma has de estar siempre atenta y recogida. En este sagrado y lugar oculto te enseñaré mi ciencia infusa y de lo que de ti gusto y quiero, y allí ordenaré en ti la caridad; de esta habitación alta jamás has de descender, que es en lo superior de tu alma, desde donde Yo pongo una senda oculta para que camines por ella a mi divinidad, y Yo me comunique contigo sin estorbos de los enemigos envidiosos; aquí has de enderezar tu intención, hacer en todo lo más perfecto, santo y puro; has de estar como los bienaventurados a mi vista, haciéndote patente la fe e inteligencia, lo que a ellos la visión beatífica, y Yo enviaré mi iluminación para que sepas qué quiero de ti y lo que te amo, y obres después como esposa carísima; este ha de ser tu propiciatorio adonde acudas con tus deseos y ansias afectuosas, con tus tribulaciones y dudas; que me hallarás propicio para obrar en ti lo mejor y más santo, si tú no me lo impides; éste ha de ser el sancta sanctorum adonde Yo solo he de entrar como sacerdote sumo y dueño de tu alma; en este secreto has de conservar el fuego del santuario con que cebes y fomentes mi amor; donde conocerás de Mí lo que no te es posible escribir; entenderás de mi sabiduría lo que los oídos materiales no pueden percibir; y allí me dirás lo que tus ansias desean, y tu lengua no puede formar; y te reclinarás sobre mi mano siniestra, que es la humanidad, y con la diestra, que es la divinidad, te recrearé, iluminaré, favoreceré e ilustraré.

Para estos ejercicios espiritualísimos y operaciones de tus potencias no ha de haber ocupación humana que te estorbe, ni ángel, ni potestad, ni los demonios, ni hombres amigos, ni enemigos, ni la altura, ni lo profundo, lo próspero ni lo adverso, la pobreza ni la abundancia, las enfermedades ni la salud, la flaqueza ni las fuerzas, el oficio ni las súbditas, nada te ha de impedir ni obligar a perder tu paz, porque a todo puedes acudir sin perder de vista este norte, y, si no es por culpa tuya, no será, porque a esta habitación alta no llega criatura angélica ni humana, pero si de ella te salieses tú y te arrojases a lo terreno dejándote engañar y persuadir de los enemigos, qué castigo merecerías a más de los bienes y tesoros que perderías; no hagas tal absurdo, no te aborrezcas tanto, ni a Mí me seas tan ingrata e infiel.

Y para que a esta senda oculta, por donde me he comunicar contigo y tú has de conocer lo escondido de mi amor, no lleguen los enemigos, y te turben y roben tu tesoro, es necesario que ejecutes la segunda orden del buen empleo de los sentidos. Cierra estas ventanas a los tres enemigos, demonio, mundo y carne, y ponles muro de la verdadera mortificación de tus sentidos. Y para decirte brevemente la que has de tener, te amonesto y mando que no uses de ellos, si no es lo que no puedas excusar para vivir y ser conversable entre criaturas, pero a ninguna has de ver, ni hombre ni mujer, ni especies, ni imaginaciones suyas han de entrar en tu interior, ni hablarlas si no

eres preguntada o fuera menester para amonestar, consolar o reprender alguna, ni has de oír a hombre si no fuere para reprenderte, gobernarte, enseñarte o injuriarte, que esto quiero oigas con mansedumbre; y a todas las lisonjas, caricias, agasajos y alabanzas vanas has de cerrar tus oídos y, como dice la Sabiduría[48], cerca tus orejas de espinas, porque todos sepan que no te han de contar fabulaciones que disuenan de mi ley y no son como ella. Los olores buenos han de perecer para ti; los malos no has de rehusar por padecer por Mí. El tacto no ha de tocar sino cosas ásperas, groseras, y jamás has de llegar a criatura humana, hombre, mujer, ni niños, ni ellos a ti, porque en todo quiero obres lo mejor y más perfecto.

La tercera distinción y orden es que no faltes a ninguna de las ceremonias de la Orden ni al culto exterior que se le debe a mi ser inmutable; y en esto jamás ha de haber dispensación por ningún caso ni suceso, sino que quiero que cumplas con la menor ceremonia con toda perfección y que a ninguna faltes, sino que con afecto devoto las hagas, negándole a tu natural y concupiscencia todo el descanso que apetece.

En el culto y reverencia cristiana exterior has de ser tan especial y devota que quiero des grande ejemplo a tus súbditas, y al infierno y todos los demonios hagas temblar. Siempre has de estar en mi presencia en pie o de rodillas, sino es cuando toda la comunidad se asienta, y no arrimada ni recostada, que es grande desacato. En los ejercicios de cruz, mortificaciones exteriores del refectorio, oraciones, jaculatorias, disciplinas y penitencias, guardarás inviolablemente el orden que en el ejercicio cotidiano pondrás al fin de este librillo, y, si por flaqueza o enfermedad hubieres de dejar de hacer algo, no sea por tu parecer, porque el amor propio y la atención no te persuada a que es necesidad verdadera la que es falsa y fingida, sino déjalo por quien te gobierna y rige. Y mira cómo informas, porque la concupiscencia busca muchas excusas, y pide con humildad que te señalen alguna cosa que hagas para que suplas por la obediencia lo que dejas de tus devociones.

Los oficios que has de tener, como esposa mía, son amar y padecer; amarme a Mí sobre todas las cosas y con todas tus fuerzas y afecto, y padecer la violencia que padece el reino de mi Padre, y las persecuciones que tendrás de los demonios, y las persuasiones de los hombres, para apartarte de tu paz. Y siempre quiero, que estés crucificada con mi temor, y puesto tu corazón en una prensa, y 1a tabla de abajo de ella ha de ser tus muchas culpas e imperfecciones, y la de arriba los beneficios recibidos, la llave que ha de dar vueltas el tiempo pasado malogrado y perdido y el futuro en que esperas la muerte, y así prensado el corazón ha de dar olor de humildad y despedir el bálsamo del agradecimiento para mi agrado y beneplácito.

Y antes de entrar en mi tálamo y escrituras de mis desposorios contigo, quiero que entres a la escuela y enseñanza de mi purísima Madre, que Ella te instruirá en lo que debes hacer, y te manifestará el adorno que has de tener, cómo has de guardar los votos de tu profesión. A Ella has de tener por maestra, por madre, y a sus virtudes y vida por dechado para copiarla, según tus flacas fuerzas ayudadas de la gracia alcanzaren; y también ha de ser tu espejo adonde te mires y adornes para entrar en lo escondido de mi amor. Este bien y fruto quiero que saques de haber escrito la vida de mi Santísima Madre.

[48] Eccli. XXVIII, 28.

TRATADO SEGUNDO [49]

Disciplina de la divina ciencia por la
Madre de Piedad y Reina del cielo y tierra
para informar a su indigna enclava de la disposición
que ha de tener para entrar en
el tálamo del Sector y Dios.

[49] En el autógrafo, la religiosa que solía poner los títulos a las divisiones y parágrafos de esta obra, escribió "Segunda Parte."

PARÁGRAFO PRIMERO

Amonesta la Emperatriz de las alturas al alma para la verdadera renunciación de todo y para la eficacia de los impulsos divinos.

Ven, hija mía, óyeme e inclina tu oreja a mis palabras y tu voluntad a mi obediencia; advierte atenta, y discurre codiciosa los afectos que la divina providencia ha despertado en tu alma, para que, desnuda de todo lo momentáneo y terreno, busques la verdad eterna, la abraces y la obres con fortaleza. Y cuántas veces, compelida de la luz que alumbra tu entendimiento para conocer que todo lo criado es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu, has conferido en lo escondido de tu corazón y en lo superior de tu espíritu, que todo es engaño y que sólo en amar a Dios y obrar la virtud se halla descanso y verdadero gozo. Y obligada de estas verdades has afirmado en presencia del Señor muchas veces que sólo a Su Alteza quieres amar, buscar y servir; y a Su Majestad y a Mí nos has dicho con afectos muy repetidos, que ya es tiempo de que sigas la luz y dejes las tinieblas. Y también has discurrido en lo escondido de tu interior con la divina inspiración, que en este valle de lágrimas toda criatura tiene alguna ocupación u objeto a quien amar y entregarse de voluntad; unos, padres a quienes reverencian y estiman; otros, hijos a quienes tienen en sus entrañas; otros, hermanos que de corazón aman; otros, amigos con quienes se hacen una misma cosa par afición; otros, tesoros y riquezas, honras y vanidades, de que se hacen esclavos y siervos. Y viendo tú con luz infusa, cuán lleno de falacia y mentira está todo lo terreno y cuán engañoso es, has dicho, volviéndole las espaldas y causándote horror su falsedad e inconstancia, ya, ya tengo amparo y ocupación en que emplearme, y objeto a quien amar; y pues es de tan noble condición, tan excelente y altísimo, quiero entregarme al más fino y ardiente afecto. Hiciste elección tan acertada, porque la lucerna del Cordero te alumbró, para que sin engaño eligieses al Criador del universo para dueño de tu voluntad; y porque, enamorada y llevada de algún objeto criado, quedases más presa y dulcemente cautiva, te dedicaste a amar a la humanidad santísima de mi Hijo y también a Mí. Y te has aficionado de la doctrina que los Evangelistas escriben en los Evangelios del Salvador del mundo, y el corazón se te inclina a seguir sus pisadas divinas y las mías; pues ya, hija mía, llegó el tiempo de que ejecutes estos deseos y pongas por obra tus ansias; ya te salimos al encuentro, y porque nos buscaste, nos hallas; porque llamaste, te respondemos; porque pediste, te damos.

Pero quiero, que adviertas y mires en la obligación que te ponemos y lo que de ti queremos. Bien sabes que, oyendo con la perfección que mi siervo Francisco negó y renunció todo lo terreno en manos del Obispo de Asís, arrojando hasta el vestido que llevaba y desnudándose aún del afecto natural que tenía a su padre, dijo, ya desde hoy diré, Padre nuestro que estás en los cielos; de todo esto fuiste movida fuertemente y de que tan perfectamente siguieses las pisadas de tu Redentor; y con lágrimas te convertiste al Señor, y le representaste tus ardientes deseos de seguir esta desnudez evangélica; y Su Majestad te oyó y dijo.

Ven, esposa mía, que Yo seré el obispo en cuyas manos renuncies todas las cosas del mundo; y lo hiciste con veras diciendo, dueño y Señor mío, renuncio con eficacia a Babilonia, sus riquezas y tesoros, y cuanto hay debajo del sol, las criaturas, sus voluntades y afectos, el amor, honras y buenas correspondencias que me pueden dar, todos los gustos, descansos y cuanto hay inferior a vos, Dios y Señor mío.

Hija mía, todo lo terreno renunciaste; a tus padres, aunque difuntos, porque sus memorias no te estorbasen; tus hermanos, parientes, amigos y todo lo que te llevaba el afecto, y a ti misma, tu voluntad, y dijiste; en vuestras manos, Señor, me pongo desnuda de todo y de mi mismo afecto y voluntad, rindiéndome a la disposición de la vuestra; y el Altísimo te respondió: Yo te admito esta renunciación, pero advierte, que la has hecho en mis manos, y querer volver los ojos a lo que has despreciado, sería atrevimiento cruel e inaudita insensibilidad. Pues ahora quiero Yo, que en mi presencia vuelvas a renovar esta dejación de todo, y que quedes desnuda y sin amparo humano, que

desde hoy nazcas a la gracia y quedes desposada, te presentes a Dios eterno que te crió, y sacude los pies del polvo de los mortales, y las especies de las criaturas que has conocido has de perder de vista; en ti no ha de haber resabios de hija de Adán, porque todos los has de dejar, y tus potencias y sentidos no han de tener operación humana sino es para ejercitar la caridad con Dios y con los prójimos, y para padecer y vivir muriendo.

Y si con la perfección que te mando, haces esta negación, a más del premio eterno que a ella se te seguirá, tendrás en este valle de lágrimas al Altísimo por padre, a mi Hijo Santísimo por esposo y por el objeto único de tu voluntad, al Espíritu Santo por consolador, a Mí por madre y maestra, y toda la Santísima Trinidad vendrá a morar en tu alma y a estar contigo por gracia y asistencia particular, y todo lo que es suyo que es cuanto tiene ser, será tuyo, porque lo que es del esposo es de la esposa y lo del padre del hijo; y negándolo todo, lo poseerás todo en Dios, tu Señor. Y ya que mi Hijo Santísimo se constituye por tu esposo y por el blanco de tu amor, y Yo por tu madre, amiga y maestra, sin merecerlo tú, quiero que escribas en tu corazón lo que Su Majestad y Yo te amonestamos e inspiramos en tu interior; que no lo olvides, ni recibas tanta gracia vacía, basta la que has malogrado; pesa con prudencia y discreta consideración lo que debes obrar por el título de esposa del Altísimo, y que es corno evacuarse la palabra del Señor, si Su Majestad te llama y admite por esposa y tú no correspondes a las obligaciones de serlo; y si Yo te llamo hija y degeneras de la enseñanza y ser de tu Madre, qué dirá el cielo, la tierra y sus moradores y el mismo Señor, si tú no correspondes a estos nombramientos?

Porque esposa quiere decir algún linaje de igualdad y asimilación con el esposo, y claro está que no la has de tener en cuanto Dios ni en sus maravillosas obras, sino en aprender de Su Alteza, en cuanto hombre, a ser mansa y humilde de corazón, a desnudarte de todo y negar lo que tiene ser. Y pues el Verbo humanado lo dejó todo siendo suyo, y nació en un pesebre, vivió pobre y murió en una cruz, no es mucho tú lo hagas no debiéndosete nada; y el que cumple cabalmente con la justicia, no se puede decir ha hecho más de lo que debe; pues, qué derecho debe pedir ni podrá demandar el que fue formado de nada ni qué posesión será la que pretende, pues cuando la pidiese de algo, porque Dios se la dio, debe retorno doblado por lo que recibió?; y supuesto eso, rara es que todo lo renuncies, porque te dio tan abundantemente lo que has menester.

Y te advierto, que con el primero pecado que cometiste, perdiste el derecho de todas las gracias y beneficios espirituales y temporales que Dios te había dado graciosamente; y de justicia se te debían quitar, porque ofendiste al Criador de todo, y te hiciste merecedora de todos los tormentos y penas del mundo, y de las calamidades y enfermedades que han padecido los hombres. Pues advierte las razones que tienes para renunciar todo deleite y descanso, pues has pecado mucho y debes pagar mucho; y para tener con tu Esposo algún linaje de imitación y asimilación, lo has de renunciar todo y negar las honras, deleites, favores humanos; y has de desear, admitir, solicitar los trabajos, angustias, persecuciones, penas y tribulaciones que tu Esposo admitió por ti. Y no llegarás a cumplir con las obligaciones de verdadera amadora y esposa de tu Esposo y Señor, si no mueres a todo y eres despreciada, ultrajada y abatida de todos y crucificada, ya que no con efecto, en el afecto; pues lo fue de verdad tu Amado, muere a todas tus pasiones y apetitos, y clávate en la cruz de tu Esposo con los clavos de los votos de tu profesión.

Y tampoco cumplirás con el empeño en que te pongo por elegirte por mi hija, si no eres muy perfecta, porque Yo te concibo y engendro a la vista y aceptación del Altísimo y por la sangre derramada e infinitos merecimientos de mi divino Cordero. Y quien es tan inmaculada y espiritualizada, no puede producir sino cosas puras y espirituales, pues si mi hija legítima has de ser, como lo deseas, siendo Yo concebida sin pecado original, limpia y pura has de ser tú y toda espiritual y espaciosa; ya no has de vivir según la carne sino según el espíritu; y desde hoy has de renacer a nueva vida tan inmaculada y espiritualizada que Yo te pueda llamar mi hija, y en todas tus acciones y movimientos te has de asimilar cuanto pudieres a Mí, y ser, según tus fuerzas alcanzaren, un retrato de tu Esposo y de tu Madre. Concurra tu voluntad a la concepción que de nuevo hace el Altísimo en Mí de ti, formándote en cuanto al espíritu, dándote luz infusa y hábitos de las virtudes,

para que seas mi hija; y si de afecto no renunciares los efectos de descendiente de hija de Eva, no conseguirás el serlo mía.

PARÁGRAFO SEGUNDO

Renueva la Reina del cielo en el alma una muerte a lo terreno que tuvo, y la da doctrina para las propiedades de muerta.

Advierte, alma, que ya no has de vivir tú sino en Cristo y Su Majestad en ti[50], siendo vida de tu alma y alma de tu vida. Acuérdate de la muerte que en cierta ocasión obró en ti la divina providencia; pues ahora ordena y quiere que la renueves en mis manos, y que del todo mueras con más eficacia que hasta aquí. Y quiero, que sea manifiesto a todas las criaturas del cielo y de la tierra, que, a 19 de Mayo del año de 1641, murió al mundo Sor María de Jesús, mi hija y sierva; y es mi voluntad que, ayudada de la divina gracia, haga con afecto amoroso de su Esposo lo que la fe le enseña ha de ser fuerza con la muerte de dejarlo todo. Hizo testamento y ofreció su alma a Dios eterno que la crió y redimió, su cuerpo a la tierra del propio conocimiento y al padecer sin rehusarlo más que muerta; hizo dejación y renunciación de todo lo criado, fueron sus testamentarios mi Hijo Santísimo y Yo, y nos encargamos de su alma, si nos obedeciere pronta; celebramos las exequias con los cortesanos de nuestra corte, enterróse en el costado abierto del Verbo humanado que es el verdadero sepulcro de los que mueren en vida; desde esta hora ya no vive en sí ni para sí, todas sus operaciones han de ser en Jesús, su esposo, donde descanse en paz. Y suplico al Todopoderoso, mire a esta difunta para comunicarse con ella como muerta al mundo, con frecuencia y aumento de amor, como peregrina en Babilonia y moradora más en lo superior y divino que en la tierra. A los ángeles ordeno la reconozcan por compañera, que la asistan y conversen, como si estuviera desnuda de la carne mortal. A los demonios mando, que dejen a esta nuestra difunta como dejan a los muertos, que no son de su jurisdicción ni esclavitud, pues es nuestra voluntad; que está más muerta a todo que los difuntos. Y a los hombres conjuro, para que la dejen descansar en paz y vivir sola para el Señor, que la olviden y pierdan de vista, como lo hacen con los muertos.

Y a ti, alma, te mando, encargo y amonestó que mueras y acabes ya, y te consideres como los que dieron fin a los días de este siglo, que tus operaciones sean como los muertos que viven sólo para ver a Dios, conocerle y amarle; pues la fe te le manifestará tan cierto como los que le gozan en la gloria. Y te encargo no le pierdas de vista, y que tu conversación sea en las alturas[51], pues ya no has de ser de este siglo; tu trato con tu Esposo y Señor, con los ángeles y Santos y Conmigo, que soy tu maestra y madre, y todo lo demás criado has de arrojar, negar y perder de vista sin usar más de ello que un cuerpo muerto; y como él calla con los vituperios y ofensas que le dicen, así has de callar tú y no te has de levantar más que él con las lisonjas y honras humanas.

Ya para ti no ha de haber más irascible ni concupiscible que para un difunto, ni más presunción y vanidad has de tener tú que él; todo te ha de sobrar como al que muere, y nada te ha de faltar como a él; aunque carezcas de todo, no te has de quejar ni juzgar mal más que muerta; ni del mundo has de esperar mejor correspondencia que la que dan al que acabó sus días, que no ven la hora de quitarle de delante, y aunque sea padre o hermano con gran presteza le olvidan y hacen poco caso de él, pero menos los muertos de los vivos ni de todo lo que el mundo posee. Pues de la misma manera quiero que estés, y que ya tus ojos no vean, ni los oídos oigan, que tu lengua no hable, ni tus narices huelan cosa deleitable, ni tu tacto toque; todo ha de estar muerto a lo imperfecto, y tus potencias ocupadas en solo Dios; que te pisen, que te abatan, que te desprecien y olviden, aunque te mal correspondan, no has de hacer más que muerta. Y siempre te considera manjar de gusanos y tan metida en la tierra de tu conocimiento propio, que jamás tengan osadía las pasiones de dar mal olor al Señor ni a los vivientes por descubiertas y mal rendidas, como lo da el cuerpo muerto que no está harto profundo en la tierra; pues más horror causarán a Dios las criaturas mal mortificadas y vivas

[50] Gal II, 20.
[51] Philip. III, 20.

en sus pasiones, que los cuerpos muertos a los hombres cuando están ya podrecidos, y si así murieres, conseguirás tu deseo de ser esposa de mi Hijo Santísimo y hija carísima[52].

[52] Véase M. C. de Dios, lib 7º. Intr. nn. 11 y sig.

PARÁGRAFO TERCERO

Amonesta la Madre de Dios al alma para que se lave y purifique y que se desnude de las vestiduras viles, sucias y antiguas.

Hija mía, después de muerta a todo lo terreno, te has de levantar para resucitar a la vida dulce del amor, para la cual has de entrar en el tálamo del Señor. Pero Yo te mando que, al poner los pies en esta alta habitación, sacudas de ti todas las imaginaciones, especies, imágenes que has recibido del trato que has tenido con las criaturas, de manera que a todas las pierdas de vista y de tu imaginación; y también has de perder los malos hábitos que has adquirido con las culpas y reiteración de ellas, y las malas costumbres de tus pasiones mal mortificadas. Y para entrar en este tálamo confiésate con fervor, dolor y propósito de la enmienda, haz actos de contrición eficaces y pide al Altísimo con humildad, te lave ampliamente[53] y que purifique de toda mancha a tu alma, que te adorne de las virtudes y de sus hábitos, y que te ponga la estola y vestidura primera de su gracia y amistad. Y después de adornada y compuesta, considérate en ese valle de lágrimas metida y depositada, por ordenación de tu Esposo, en un castillo, que es tu cuerpo, cárcel y morada bien peligrosa; pero el Todopoderoso que te puso en ella, te dará lo necesario para su habitación, que es rico en sus despensas, y es su voluntad que Yo te manifieste las leyes de su amor y los preceptos de esposo, para que obedeciéndome en cumplirlos, consigas el ser su carísima y amantísima y su esposa querida, que son los siguientes:

Después que hayas cumplido perfectamente con lo que te dejo amonestado, y sacudídote de todo y destituida de las consolaciones terrenas, te has de levantar sola del mar tempestuoso de miserias, y caminar con veloz vuelo y con alas de paloma a una habitación alta y encumbrada, en que el Altísimo te quiere poner, para que en ella habites, que como esposo celoso y que su amor y emulación es fuerte como la muerte[54], quiere cercarte y guarnecerte y depositarte en parte segura, señalarte el sitio donde has de morar, para que no salgas de él, y privarte del que no has de andar, darte con quien has de hablar, y señalarte con quien no lo has de hacer; y esta es ley justa, la cual deben observar las esposas del gran Rey, cuando aún las de los hombres mundanos lo hacen.

Y es debido a la nobleza de tu Esposo, que tú estés con decencia y sin que atiendas a cosa imperfecta e indigna de tu estado y profesión, pues tu dulce Dueño y Señor te admite para su esposa, y te llama que entres en su tálamo, pero te manda primero que te desnudes de las vestiduras viles y de baja suerte de que estás vestida, que son pobres, rotas y manchadas por tus culpas, abominables por tu condición, sucias por tus defectos, hediondas por la torcida intención. Y quiere Su Alteza, que después de desnuda, te limpies de tu bascosidad, te laves y purifiques, que te perfumes bien toda con el conocimiento humilde. Y estas malas y viles vestiduras las has de tener a la vista mientras te durase la vida, para que frecuentemente las mires, y conozcas el bien que te han hecho y del mal que te han librado, y lo que debes a tu Esposo, el cuál quiere curar tus llagas con el preciosísimo bálsamo de su sangre, lavarte, purificarse, iluminarte con su luz divina.

---

[53] Ps. L. 4.
[54] Cant. VIII, 6.

PARÁGRAFO CUARTO

Manifiesta la Reina del cielo al alma las vestiduras que el Señor la pone y el cuidado de no mancharlas.

Después de todo esto, quiere tu Esposo y Señor ponerte una vestidura más blanca que la nieve, más resplandeciente que el sol, más refulgente que el diamante, riquísima y preciosa, pero delicadísima, porque si no vives advertida, con gran facilidad la mancharás, y si lo hicieres, te aborrecerá tu Esposo, y si la conservares pura y limpia, el Rey codiciará tu hermosura[55].

Por ceñidor riquísimo de piedras preciosas te pone su temor santo; por collar, con tres piedras ricas, que son fe, esperanza y caridad engastonadas en el culto, que a Dios eterno has de dar, por el conocimiento que de Su Majestad has de alcanzar: por eminentes y hermosos cabellos, santos pensamientos y altísimas inteligencias de los sacramentos ocultos del gran Rey: apretador que los coja, la ciencia infusa y santa sabiduría: por bordadura y resaltes de la vestidura todas las virtudes y sus hábitos y los actos que con ellas ejercitares: por sandalias, la diligencia y presteza en el bien obrar, y por cintas que cojan el calzado, grillos y encogimiento para lo malo: anillos de los siete dones del Espíritu Santo, con que adornes tus dedos: por agua de rostro y de resplandor la iluminación divina: por color, la sangre del Cordero divino y la confusión que has de tener de haberle desagradado, y que te salgan colores a la cara confiriendo el feo adorno que te han quitado, con el hermoso que te han puesto.

Para tu dotación ofrece tu Esposo infinitos merecimientos suyos, dándolos tan para ti como si fueras sola la que los habías menester; te hace participante de su hacienda y tesoros, y es tan rico este desposorio de su parte que todo el cielo y la tierra y lo que en estos dos lugares se encierra, es suyo, y de tu parte es tan pobre, que si no es miserias y desnudez, no tienes otra cosa: pues considera qué debes hacer, y pésalo bien porque no tendrás palabras para escribirlo ni capacidad para entenderlo. Las condiciones que te pide tu hermosísimo y altísimo Esposo, son que por ningún caso manches la vestidura, ni por ningún suceso borres la hermosura que te ha puesto; y mira que lo harás con la más pequeña imperfección, y si como flaca la cometieres, levántate como fuerte, y llórala como agradecida.

Manda Su Alteza que te retires y recojas a tu interior, y que allí habites sin jamás salir, que tu pensamiento, imaginación y atención la tengas siempre sin mirar al mundo ni volver la cabeza a él, sino que le pierdas de vista, sus especies imagines como si jamás lo hubieses visto. Y en tu recogimiento no ha de entrar imagen de ninguna criatura ni figura de cosa humana y terrena, las ventanas de este castillo se han de cerrar, que son tus sentidos, con fuertes cerraduras y candados, y por ningún caso se han de abrir sino es para ejercitar la caridad. Jamás has de mirar a criatura humana, ni hablarle ni oírle palabra por tu voluntad, ni has de inquirir ni preguntar por curiosidad, ni oler buenos olores por deleites, y mucho menos tocar a nadie, como el Señor y Yo te lo tenemos muchas veces amonestado, ni a hombre, mujer, ni niños: y esto es de lo que tu Esposo te manda privar y abstener, y que, cerradas puertas y ventanas de tu habitación, te conviertas sola y solísima a la soledad interior.

Y en ella te manda tu Dios y Señor que pelees varonilmente, porque muchos enemigos te perseguirán y darán batería a tu castillo, pero si tú no te quieres dejar vencer, será inexpugnable por el muro de los mandamientos del Señor y antemuralla de los consejos, reglas y constituciones de tu profesión. Y ten cuidado de no quebrantar ninguno, porque a cualquiera portillo que abras, por pequeño que sea, harán asalto los enemigos, los cuales envidiosos y fuertes estarán rodeándote y te darán cruel batería. Sé fuerte y mira lo que haces y lo que perderás, vela sobre tu daño, no mires a los enemigos, no los creas, no los oigas sino anatematízalos, y a todos di que ya no vives tú sino

[55] Ps. XLIV, 12.

Cristo en ti, que ya para ellos acabaste la vida, y que no hay morador en tu castillo para que les responda, y repite muchas veces el verso de David, que dice: Declinad de aquí, malignos; dejadme escudriñar y mirar los mandatos de mi Señor[56] .

Y no juzgues, que tu Esposo te da lugar y habitación estrecha, ni que es riguroso en eso, pues sólo te priva de lo terreno, momentáneo, fatigable, terrible y mentiroso, y del peligro de condenarte: y te concede te pasees, y dilates, y ensanches, y entretengas en su huerto de deleites, en los espacios y ensanches sin término de su divinidad, en aquel campo sin término, en las florestas siempre amenas de su paraíso; que mires y atiendas a sus grandezas y a sus atributos y perfecciones divinas, que es la ocupación que ha de tener la verdadera esposa meditando las gracias perfectas de su Amado; éstos son los deleites sin pena, los gustos sin amargura; te quita tu dulce Dueño lo limitado, te da y ofrece el todo y más perfecto.

Quiere Su Alteza, que tu trato sea con los Ángeles, y que sean tus compañeros, que los imites, y procures en tu naturaleza la perfección de la suya, te da el muy alto por amigos a todos los Santos para que trates y converses con ellos y copies sus virtudes con grandes veras: y Yo te adopto por hija amantísima, y te admito por mi discípula, y me constituyo por tu madre y maestra; el Eterno Padre te elige por esposa de su Hijo y mío, y el Espíritu Santo para comunicarte sus influencias, y el Hijo Santísimo para sus estrechos abrazos de esposa.

Las escrituras de estos desposorios y contratos son en esta forma: el papel blanco y puro, en que se has de escribir, Yo y mi corazón, donde se han de grabar las letras, porque trabajaste en escribir mi Vida y en cantar mis alabanzas; la pluma el dedo de Dios y su poder; la tinta la sangre de mi Cordero; el ejecutor el Padre Eterno, y el Vínculo que te ha de ajustar a Jesucristo y a Mí el Espíritu Santo, consolador de las almas; fiadores el Redentor del mundo y sus infinitos merecimientos, y Yo con los míos; porque si los dos no te fiamos, qué has de hacer tú, pobre y vil gusanillo, que no tienes ni puedes nada?

Lo que de tu parte ofreces es la voluntad firme y entera, y esa se te pide; pero para que mejor sea recibida, ofrece con ella el nacimiento, vida, predicación, milagros y muerte de mi Santísimo Hijo: y también se te pide, porque es lo que más de ti quiere el muy alto, una pureza grandiosa de conciencia, procurándola limpia sin caer voluntariamente en la más pequeña imperfección; y en esto has de ser extremada, porque así lo queremos mi Hijo y Señor y Yo. Testigos de estas escrituras son tus devotos y mis siervos queridos San Miguel y el serafín Francisco. Jueces las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad.

Trabaja fiel y devotamente para obedecer a lo que se te ha mandado, y, porque la principal obligación de tu profesión son los cuatro votos que en ella haces, quiero amonestarle a la perfección con que los has de guardar y a la estimación que de ellos has de tener.

[56] Ps. CXVIII, 115.

PARÁGRAFO QUINTO

Doctrina de los cuatro votos de la profesión por la Madre de Piedad.

Hija y amiga mía, no quiero negarte la enseñanza que con deseo me has pedido, pero recíbela con aprecio y ánimo devoto y pronto para ejecutarla. El Sabio[57] dice: Hijo, si prometiste par tu amigo, tu mano clavaste acerca del extraño, con tu boca te ligaste y con tus palabras quedas atado. Conforme a esta verdad, quien a Dios ha hecho votos, ha clavado la mano de la propia voluntad, para no quedar libre ni tener elección de otras obras fuera de aquellas que se obligó, según la voluntad de aquél a quien quedó obligado y atado por su misma boca y palabras de la profesión: antes que hiciera los votos en su mano estaba elegir camino, pero habiéndose atado el alma religiosa, sepa que perdió totalmente su libertad y se la entregó a Dios en su prelado. Toda la ruina o remedio de las almas consiste en el uso de su libertad, pero como los más usan mal de ella y se pierden, ordenó el Altísimo el estado fijo de las religiones mediante los votos, para que usando de una vez la criatura de su libertad, con prudente y perfecta elección entregase a Su Majestad en aquel acto lo que con muchos perdiera, si quedara libre y suelta para querer y no querer.

Piérdese dichosamente en estos votos la libertad para lo malo, y asegúrase para lo bueno, como con una rienda que desvía del peligro y adiestra por el camino llano y seguro; pierde el alma la servidumbre y sujeción a sus propias pasiones, y adquiere sobre ellas nuevo imperio, como señora y reina en el dominio de su república, y sólo queda subordinada a la gracia y movimientos del Espíritu Santo, que la movería en sus operaciones si ella destinase toda su voluntad para solo obrar aquello que prometió a Dios. Pasaría la criatura con esto del estado y ser de esclava a la excelente dignidad de hija del Altísimo, y de la condición terrena a la angélica, y los defectos corruptibles y el castigo del pecado no le tocarían de lleno. Y no es posible que en la vida mortal puedas alcanzar ni comprender cuáles y cuántos bienes y tesoros granjea el alma que se dispone con todas sus fuerzas y afectos a cumplir perfectamente con los votos de su profesión, porque aseguro, carísima, que pueden las religiosas puntuales y perfectas llegar al mérito de los mártires y aún excederles.

Hija mía, tú conseguiste el dichoso principio de tantos bienes el día que elegiste la mejor parte, pero advierte mucho, que te obligaste a un Dios eterno y poderoso a quien lo más oculto del corazón es manifiesto, y si el mentir a los hombres terrenos faltarles en las promesas justas es cosa tan fea y aborrecida de la razón, ¿cuánto pesará el ser infiel a Dios en las promesas justísimas y santísimas? Por tu criador, conservador y bienhechor le debes la gratitud, por padre la reverencia, por esposo la lealtad, por amigo la buena correspondencia, por fidelísimo le debes la fe y esperanza, por sumo y eterno bien el amor, por omnipotente el rendimiento y por justísimo juez el temor santo y humilde; pues contra todos estos y otros muchos títulos cometerás traición y alevosía, si faltas y quebrantas lo que tienes prometido en tu profesión. Y si en todas las religiosas que viven en obligación de trato y vida espiritual es tan formidable monstruo llamarse esposa de Cristo y ser miembro y esclava del demonio, mucho más feo sería en ti que has recibido más que todas[58] y se te ha perdonado más; debes, pues, excederlas en el amor, en el trabajo y en el retorno de tan incomparables beneficios y favores.

Advierte, pues, alma, cuán aborrecible te haría esta culpa para con el Señor, para Conmigo, con los ángeles y santos, porque todos somos testigos de su amor y fidelidad que contigo ha mostrado como esposo rico, amoroso y fidelísimo. Trabaja, pues, con sumo desvelo para que no le ofendas en lo mucho ni en lo poco, y no le obligues a que desamparándote te entregue a las bestias de las pasiones del pecado, pues no ignoras que sería esto mayor desdicha y castigo que si te entregaran al furor de los elementos y de todas las fieras y animales brutos y al de los mismos demonios, para que

[57] Prov. VI, 1. –Nota Cereseto (Míst. Citta di Dio. Vol. II, pág. 300) que la Ven., en este texto traduce literalmente el original hebreo, con lo cual hace sentir toda la fuerza nativa de la expresión.
[58] Véase la nota adicional al fin de este parágrafo.

todas estas cosas ejercitaran en ti su ira, y el mundo todas las penas y deshonras que puede haber; todo fuera menor daño para ti, que cometer sola una culpa venial contra Dios, a quien debes servir y amar en todo y por todo; cualquiera pena de esta vida es menos que la culpa, ya que ellas en esta vida se acabarán y la culpa puede ser eterna y con ella lo será la pena.

En la vida presente atemoriza mucho a los mortales y les espanta cualquiera pena o tribulación, porque la tienen presente al sentido y les toca en él, pero no les altera ni atemoriza la culpa, porque embarazándose en lo visible no pasan a lo inmediato de la culpa, que es la pena eterna del infierno y con estar embebida y unida con el mismo pecado, es tan grave y tardo el corazón humano, que se deja embriagar de la culpa y no toca en la pena, porque no sienten al infierno por el sentido y cuando la podía ver y tocar con la fe, la deja ociosa y muerta como si no la tuviera. ¡Oh infelicísima ceguedad de los mortales! ¡Oh torpeza y negligencia que a tantas almas capaces de razón y de glorias tienes engañosamente oprimidas! No hay palabras ni razones suficientes para encarecer este formidable y tremendo peligro. Hija mía, huye, aléjate con el temor santo de tan infeliz estado, y entrégate a todos los trabajos y tormentos de la vida que luego pasa, primero que te acerques a él, pues nada te falta si a Dios no perdieres. Muy poderoso medio será para asegurarte, el que no imagines hay culpa pequeña para ti ni para tu estado; lo poco has de temer mucho, porque el Altísimo conoce que en despreciar las pequeñas culpas abre el corazón la criatura para admitir otras mayores, y no es amor loable el que no cela cualquier disgusto de la persona que ama.

El orden que las almas religiosas deben guardar en obrar sus deseos, ha de ser que, en primer lugar, sean solícitas y puntuales en cumplir con las obligaciones de los votos y todas las virtudes que en sí contienen, y, sobre esto, en segundo lugar entran las obras voluntarias que llaman de supererogación. Este orden suelen pervertir algunas almas engañadas del demonio con indiscreto celo de la perfección que, faltando en culpas graves a las cosas obligatorias de su estado, quieren añadir otras acciones y ocupaciones voluntarias, que de ordinario son párvulas o inútiles y originadas de espíritu de presunción y singularidad, deseando ser miradas y señaladas entre todas por muy celosas y perfectas, y estando muy lejos de comenzar a serlo. No quiero Yo en ti esta mengua tan reprensible, mas antes gusto que en primer lugar cumplas con la observancia de tus votos y vida común, y después añadas lo que pudieres con la divina gracia según tus fuerzas, que todo junto hermosea el alma y la hace perfecta.

El voto de la obediencia es el mayor de la Religión, porque contiene una renunciación y negación total de la propia voluntad, de suerte que a la religiosa no le queda jurisdicción ni derecho alguno sobre sí misma para decir quiero o no quiero, haré o no haré; todo esto lo puso y renunció por la obediencia dejándolo en manos de su prelado. Y para cumplirlo es necesario que no seas sabia contigo misma, ni te imagines señora de tu gusto ni de tu querer ni entender, porque la obediencia verdadera ha de ser de linaje de fe, que lo que manda el superior se ha de estimar, reverenciar y creer, sin pretender examinarlo ni comprenderlo. Y conforme a esto para obedecer, te debes juzgar sin razón ni vida ni discurso, antes como un cuerpo muerto te deja mover y gobernar, estando viva sólo para ejecutar con presteza todo lo que fuere voluntad del superior. Nunca discurras contigo lo que has de obrar y sólo piensa cómo ejecutarás lo que te mandaren. Sacrifica tu querer propio y degüella todos tus apetitos y pasiones, y después que con esta eficaz determinación quedes muerta a tus movimientos, sea la obediencia alma y vida de tus obras. En la voluntad y gusto de tu superior ha de estar sepultada la tuya con todos tus movimientos, palabras y obras; y en todo pide que te quiten el ser propio y te den otro de nuevo, que nada sea tuyo y todo sea de la obediencia sin contradicción ni resistencia alguna.

En el modo de obedecer también advierte, que no ha de reconocer el superior disonancia que le disguste, antes se le debe obediencia con satisfacción, y que le conste se cumple con prontitud lo que manda, sin replicar ni remurmurar con palabras ni otros desiguales movimientos. El superior hace las veces de Dios, y quien obedece a los prelados, obedece al mismo Señor, que está en ellos, y los gobierna e ilustra en lo que mandan a los súbditos para el bien de sus almas, y el desprecio que

se hace del prelado pasa a Dios[59], que por ellos y en ellos está ordenándose, y mandándose su voluntad; y has de entender que el mismo Señor les mueve su lengua o que es lengua del mismo Dios omnipotente.

Hija mía, trabaja por ser obediente para que cantes victorias[60], y no temas en obedecer, porque este es el camino seguro, y lo es tanto, que los yerros de los obedientes no los pone Dios por memoria para el día de la cuenta, antes borra los demás pecados por solo el sacrificio de la obediencia. Y mi Hijo Santísimo ofreció al Eterno Padre su preciosa pasión y muerte con particular afecto por los obedientes, y que por esta virtud fuesen mejorados en el perdón y en la gracia y en el acierto de todo lo que obrasen por obedecer, y ahora muchas veces representa al Padre, para aplacarle con los hombres, que murió por ellos obedeciendo hasta la cruz[61], y por esto se aplaca el mismo Señor. Y por lo que se agrada de la obediencia, de Abraám y su hijo Isaac se dio por obligado[62] no sólo para que no muriese el hijo que tan obediente se mostraba, mas para que fuese padre del Unigénito humanado y señalado entre los demás por cabeza y fundamento de tantas bendiciones.

El voto de la pobreza es un generoso ahorro y desembarazo de la pesada carga de las cosas temporales, es un desahogo del espíritu, alivio de la humana flaqueza y libertad de la nobleza del corazón capaz de bienes eternos y espirituales, es una satisfacción y hartura en que sosiega el apetito sediento de tesoros terrenos y un dominio o posesión y uso nobilísimo de todas las riquezas: todo esto, hija mía, y otros mayores bienes contiene la pobreza voluntaria. Y todo lo ignoran porque de todo carecen los hijos del siglo amadores de la riqueza y enemigos de la rica y santa pobreza; y no advierten, aunque la padecen y sufren, cuán pesada es la gravedad de las riquezas que los bruma hasta el suelo y aun hasta las entrañas de la tierra a buscar el oro y la plata con cuidados, desvelos, trabajos y sudores, no de hombres de razón, sino de brutos irracionales que ignoran lo que hacen y lo que padecen. Y si antes de adquirir las riquezas son tan pesadas, ¿cuánto lo serán después de conseguidas? Díganlo cuantos con esta carga han caído hasta los infiernos, díganlo los desmedidos afanes en conservarlas, y mucho más las intolerables leyes que han introducido en el mundo las riquezas y los ricos que las poseen.

Si todo esto ahoga el espíritu, y oprime tiránicamente su flaqueza, y envilece la nobilísima capacidad que tiene el alma de bienes eternos y del mismo Dios, cierto es que la pobreza voluntaria restituye a la criatura a su generosa condición, y la alivia de vilísima servidumbre y la pone en la libertad ingenua en que fue criada para señora de todas las cosas. Nunca es más señora que cuando las desprecia, y entonces tiene la mayor posesión y el uso más excelente de las riquezas cuando las distribuye o las deja de voluntad, y sacia el apetito cuando tiene gusto de no tenerlas; y sobre todo, dejando desocupado el corazón, le tiene capaz de que deposite Dios en él los tesoros de su divinidad, para los cuales le crió con capacidad casi infinita.

Hija mía, Yo deseo que tú estudies esto mucho y que discurras en esta filosofía y ciencia divina que tan olvidada tiene el mundo, y no sólo los moradores de Babilonia sino muchas almas religiosas que la prometieron a Dios, cuya indignación es grande por esta culpa, y de contado reciben un pesado castigo en que no advierten los trasgresores de este voto, pues con haber desterrado la pobreza voluntaria, han alejado de sí el espíritu de Cristo, mi Hijo Santísimo, y el que venimos a enseñar a los hombres con desnudez y pobreza, y aunque ahora no lo sienten porque disimula el justo juez, y ellos gozan de la abundancia que desean, pero en la cuenta que les aguarda, se hallarán confusos y desimaginados del rigor que no pensaban en la divina justicia.

Los bienes temporales criólos el Altísimo para que sirviesen a los hombres sólo de sustentar la vida y, conseguido este fin, cesa la causa de la necesidad, y siendo ésta limitada y que en breve se acaba y con poco se satisface, y restando el alma que es eterna, no es razón que el cuidado del alma

---

[59] Luc. X, 16.
[60] Prov. XXI, 28.
[61] Philip. II, 8.
[62] Gen. XXII, 16.

sea temporal y como de paso, y el deseo y afán de adquirir las riquezas venga a ser perpetuo y eterno en los hombres. Suma perversidad haber tocado los fines y los medios en cosa tan distante y tan importante, que le dé el hombre ignorante a su breve y mal segura vida del cuerpo todo el tiempo, todo el cuidado, todo el trabajo de sus fuerzas y desvelo de su entendimiento, y a la pobre alma en muchos años de vida no quiera darle más de una hora, y aquélla muchas veces la última y la peor de la vida.

Aprovéchate, pues, hija mía carísima, de la verdadera luz y desengaño que de tan peligroso error te ha dado el Altísimo, renuncia toda afición y amor a cosa alguna terrena, y aunque sea con pretexto y color de que tienes necesidad y que tu convento es pobre, no seas solícita desordenadamente en procurar las cosas necesarias para el sustento de la vida; y, cuando pusieres el cuidado moderado que debes, sea de manera que ni te turbe cuando te falte lo que deseas con afición, ni lo desees con ansia, aunque te parezca es para el servicio de Dios; pues tanto menos le amas cuando con El quieres amar otras cosas. Lo mucho debes renunciarlo, porque es superfluo, y no lo has menester, y es delito tenerlo vanamente; lo menos también se debe estimar poco, porque será mayor error embarazar el corazón con lo que nada vale y estorba mucho. Si todo lo que a tu juicio humano pide tu necesidad y lo consigues, no eres con verdad pobre, porque la pobreza, en rigor y propiedad, es tener menos de lo que es menester, y sólo se llama rico el que nada le falta; porque el tener más, antes desasosiega y es aflicción de espíritu, y desearlo y guardarlo sin usar de ello, viene a ser una pobreza sin quietud ni sosiego.

De ti quiero esta libertad de espíritu, que a cosa ninguna te aficiona, sea grande o pequeña, superflua o necesaria; y lo que para la vida humana hubieres menester, debes admitir sólo aquello que es preciso para no morir ni quedar indecentemente, pero sea lo más pobre y remendado para tu abrigo; y en la comida lo más grosero, sin antojo de gusto particular, ni pedir más de aquello en que tienes menos gusto, para que antes te den lo que no deseas, y te falte lo que pide el apetito, y hagas en todo lo más perfecto.

El voto de la castidad contiene la pureza de alma y cuerpo; es fácil el perderla, y difícil y aun imposible repararla, según como se pierde. Este gran tesoro está depositarlo en castillo de muchas puertas y ventanas, que si no están bien guarnecidas, no tiene seguridad. Hija mía, para guardar con perfección este voto, es preciso que hagas pacto inviolable con tus sentidos de no moverse para lo que no fuere ordenado por la razón y a la gloria del Criador: muertos, fácil es el vencimiento de los enemigos, que sólo con los sentidos te pueden vencer a ti misma, porque los pensamientos no reviven ni se despiertan, si no les entran especies e imágenes por los sentidos exteriores que los fomenten. No has de tocar, ni mirar, ni hablar a persona humana de cualquier condición que sea, hombre ni mujer, ni a tu imaginación entren sus especies o imágenes. Y no te admires, que este documento te le repita tantas veces como lo he hecho, que lo ha menester tu natural, y me obliga amonestarte el deseo que de tu pureza tengo. En este cuidado que te encargo, consiste la guarda de esta pureza que de ti quiere mi Hijo, y si por la caridad, por obediencia hablares, que sólo por estas dos causas debes tratar con criaturas, sea con toda severidad, modestia y recato.

Para con tu persona vive como peregrina y ajena del mundo, pobre, mortificada, trabajada y amando la aspereza de todo lo temporal, sin apetecer descanso ni regalo, como quien está ausente de su casa y patria propia, conducida para trabajar y pelear con fuertes enemigos. Y porque el más pesado y peligroso es la carne, te conviene resistir a tus naturales pasiones sin descuido, y en ellas a las tentaciones del demonio. Levántate a ti sobre ti y busca una habitación muy encumbrada sobre todo lo terreno, para que vivas debajo de la sombra del que deseas[63], y en su protección goces de tranquilidad y verdadero sosiego; entrégate de todo tu corazón y fuerzas a su casto y santo amor sin que imagines hay para ti criaturas más de en cuanto te ayudan y obligan a que ames y sirvas a tu Señor, y para todo lo demás han de ser para ti aborrecibles.

[63] Cant. II, 3.

A la que se llama esposa de Cristo y lo tiene por oficio, aunque ninguna virtud le ha de faltar, pero la castidad es la que más la proporciona y asimila a su Esposo, porque la espiritualiza y aleja de la corrupción terrena y la levanta al ser angélico y a una cierta participación del mismo ser de Dios: es virtud que hermosea y adorna a todas las demás, y levanta el cuerpo a superior estado, ilustra el entendimiento y conserva a las almas en su nobleza superior a todo lo corruptible: y porque esta virtud fue especial fruto de la redención, merecida por mi Hijo Santísimo en la cruz, donde quitó los pecados del mundo, por eso singularmente se dice que las vírgenes acompañan y siguen al Cordero[64].

El voto de la clausura es el muro de la castidad y de todas las virtudes, el engaste donde se conservan y resplandecen, y es un privilegio del cielo para eximir a las religiosas esposas de Cristo de los pesados y peligrosos tributos que paga la libertad del mundo al príncipe de sus vanidades. Con este voto vencen las religiosas en seguro puerto, cuando las otras almas en la tormenta de los peligros se marean y zozobran a cada paso: y con tan grandes intereses no es lugar angosto el de la clausura, donde a la religiosa se le ofrecen los espaciosos campos de las virtudes y del conocimiento de Dios, de sus infinitas perfecciones y misterios, y admirables obras que hizo y hace por los hombres. En estos dilatados campos se puede y debe esparcir y recrear, y de no hacerlo viene a parecer estrecha cárcel la mayor libertad; para ti, hija, no hay otro ensanche ni quiero que te estreches tanto como lo es el mundo entero, súbete a lo alto del conocimiento y amor divino donde sin términos ni límites que te angosten, vivas en libertad espaciosa, y desde allí conocerás cuán estrecho, vil y despreciable es todo lo criado para ensanchar tu alma en ello.

A esta clausura forzosa del cuerpo añade tú la de tus sentidos, para que guarnecidos de esta fortaleza, conserven tu pureza interior y en ella el fuego del santuario[65], que siempre debes fomentar y guardar que no se apague. Y para la guarda de los sentidos y lograr la clausura, nunca llegues a la puerta, red, ni ventanas, ni te acuerdes de que las tiene el convento si no fuere para cumplir con lo preciso de tu oficio y por la obediencia. Nada apetezcas, pues no lo has de conseguir, ni trabajes por lo que no debes apetecer; en tu retiro, recato y cautela estará tu bien, tu paz y darme gusto y merecer en el copioso fruto y premio de amor y gracia que deseas[66].

Nota adicional al parágrafo quinto, pág. 84

Que has recibido más que todas... Tal vez algunos, al leer estas palabras, llegarán a formar mal concepto de la humildad de la Venerable y de su doctrina, fundándose en que ese elogio que Sor María escribe de sí misma, aunque con palabras que le dirige la Santísima Virgen, parece temerario e inexacto, y el referirlo ella misma envuelve alabanza propia y presunción. Sin embargo no hay motivo para ese mal concepto, porque, como se dirá extensamente en la nota XXVIII que a la Iª Parte de la «Mística Ciudad de Dios» se pondrá en el VI tomo de la nueva edición, las palabras "has recibido más que todas", contienen la verdad llana, y en escribirlas la Venerable, observó todas las leyes de buen espíritu.

La misma Madre de Dios, que habla en esta cláusula, declaró por qué género de beneficios se verifica principalmente el elogio de haber recibido esta criatura más que todas; pues en la 2ª parte, n. 806, haciéndose cargo de la ciencia que se le había comunicado acerca de cómo Su Majestad entendió y ejecutó la doctrina evangélica de Su Hijo en esta vida mortal, le dice: "Y si en esto no has podido conocer todo lo que Yo obraba y entendía (que no es posible a tu capacidad), por lo menos con ninguna nación he mostrado mi dignación más que contigo en este beneficio". Y lo mismo indica en otras muchas partes de la doctrina que le da al fin de cada capítulo.

De aquí se ve la verdad llanísima de aquel elogio, manifestado en esta Historia y todo su progreso: porque haberse constituido la Madre de Dios por maestra especial de esta criatura revelándole todo el orden de su vida, sin reservar aún los más ocultos sacramentos y misterios de ella, instruyéndola, exhortándola y alentándola a su imitación en cada uno de sus pasos para formar en ella, en la distancia proporcionada, una perfecta discípula e. imitadora de su vida; son

[64] Apoc. XIV, 4.
[65] Levit. VI, 12.
[66] Véase el tomo I de la Mística C. de Dios (edic. nueva) nn. 444 al 462.

beneficios tan singulares, que hasta ahora no tienen en la Iglesia de Dios semejante; y así en ese género de favores es cierto que esta criatura recibió incomparablemente más que todas las almas que hasta esto tiempo han florecido en la Iglesia, después del de los Apóstoles. Y esto basta para que en la cláusula se dijese absolutamente que había recibido esta alma más que todas, a semejanza de lo que se dice (Eccli. XLIV, 20) de Abrahám, según declaran los sagrados intérpretes, y de lo que aplica la Iglesia a cada uno de los confesores pontífices.

Es cierto que no necesita defensa la acción absoluta de escribir la Venerable Madre en esta Obra muchos de los favores que recibió de la divina mano, y las palabras que la Reina del Cielo le decía, aunque en ellas se incluyesen cosas que pueden ceder en alabanza propia. Lo uno, porque está calificada con tantos ejemplares de personas santas que merecieron la aprobación de la Iglesia, que sería temeridad impugnarla. Lo otro, por la razón con que se prueba su conveniencia y utilidad; pues no pudiendo negarse que es de gran provecho a los fieles saber los especiales beneficios que Dios hace a las almas que del todo se entregan a servirle; y no pudiendo éstos regularmente saberse por otro medio que refiriéndolos las mismas almas que los reciben, es sin duda conveniente y utilísimo lo hagan; y más teniendo en Dios el ejemplo, el cual, porque las criaturas no pueden conocer especialmente sus perfecciones, sin que Su Majestad las revele, las dice y manifiesta para el bien de sus criaturas.

Que en esta acción de sí honesta y utilísima observase nuestra Escritora las leyes del buen espíritu, se ha de mostrar por las que observaron los Santos en casos semejantes. San Pablo, por ejemplo, guardó las siguientes: el fin de engrandecer a Dios que tuvo refiriendo sus trabajos, la modestia humilde en contarlos, la violencia con que se resolvió a ello por el provecho ajeno, la moderación que usó y el contrapeso de miserias que puso a los elogios, recordando las tentaciones con que lo aquejaba Satanás y juntando la historia de las empresas que llevó a cabo, mayores que las de otros Apóstoles, con la confesión de sus deméritos y pecados. Pues todas éstas observó la Venerable, según puede verse en los primeros capítulos de la "Mística Ciudad de Dios", especialmente en la siguiente frase: "El mismo Señor sabe por qué y para qué a mí, la más vil criatura, me despertó, llamó y levantó, me dispuso y encaminó, me obligó y compelió, a que escriba la Vida de su digna Madre, Reina y Señora nuestra". (Introd. Parte, Iª, n. 3.)

Y el P. Fr. Antonio Arbiol en su Certamen Marianum Parisiense (Caesaraugustae 1698, Conert. 4 págs., 128-131) con más erudición que el P. Samaniego, cuya es la doctrina precedente, prueba que Sor Maria pudo loablemente hablar de las gracias y favores que Dios y su Madre le habían dispensado, alegando catorce autoridades de Santos de la Sagrada Escritura y veinticinco testimonios de vidas de Santos, que sin defecto y aún con mérito hablaron bien de sí mismos.

TRATADO TERCERO

Descripción breve de la Mística y verdadera Ciudad
de Dios, María Santísima, Reina del cielo y
tierra, sacada de la Historia que dejó
escrita de la misma Reina para
espejo sin mácula donde el alma componga
su gracia y hermosura para el agrado
de su Esposo y Señor.

INTRODUCCIÓN A LA MISTICA CIUDAD DE DIOS

Oí una vez en lo superior de mi alma que me decía a mí: Oye, oye, oye; hija, inclina tu oreja, mira al fin para que fuiste criada, que es el conocimiento del Altísimo Señor y Dios, para amarle y alabarle, y, si cumplieres sus mandamientos, para gozarle después en la gloria. Pues, considérate peregrina, ausente de tu patria, moradora en el pueblo desierto; pueblo, porque muchos ayudan al peligro y a caer; y desierto, porque pocos favorecen para levantar.

Asiéntate sobre las corrientes de las aguas de Babilonia, y allí te acuerda de Sión: cuelga en los sauces en medio de ella los instrumentos músicos, renunciando todo gusto y contento humano de esa Babilonia; y aunque en tu cautividad seas preguntada, persuadida e inclinada a que cantes y gustes de sus deleites, y a que les digas una canción de las que cantan en Sión, respóndeles: ¡Cómo cantará la que es moradora en tierra ajena! ¡Cómo la que es peregrina y camina a su patria de Sión, tendrá gusto de Babilonia, no siendo el día del descanso sino el del trabajo! ¡Y cómo el cantar de Sión y del Señor lo oirán los que se naturalizan en las vanidades de Babilonia adonde yo estoy desterrada y cautiva! Nadie se acuerde de mi mano derecha, que son mis obras buenas, que no las hago para que sean premiadas en Babilonia; déjenme los mortales y olvídense todos de mí, que desde hoy no soy para atender a ellos sino que les vuelvo las espaldas efectivamente[67].

Todo esto les has de decir, y sobre todo obrarlo; y no te olvides de Jerusalén, tu patria, ponla por principio de tu alegría[68]; mira que te has de salir de ese cautiverio y del poder de Faraón, tu cuerpo, y no tardarás; pero mientras llega la hora, camina al desierto de la renunciación y negación de todo lo terreno. Y para esto necesitas de capitán y caudillo, de Moisés que manifieste la voluntad divina y su ley santa y las tablas escritas con el poder de su divina diestra[69]. Has menester quien te hiera en la piedra de la humanidad de Cristo y en la divinidad, para que salgan las aguas[70] de las fuentes del Salvador que salten hasta la vida eterna en la eficacia de tus obras, y para que en tu destierro sea saciada tu sed, alumbrado tu entendimiento y reducida tu voluntad. Has menester columna de fuego que en la noche de la peregrinación te dé luz, y nube que te dé sombra[71], defensa y amparo con particular protección en las inclemencias de los tiempos y enemigos nocturnos y meridianos; ángel que te guíe y lleve lejos de los sodomitas pecadores de Babilonia[72], porque el castigo y azote del Muy Alto no te caiga y su maldición no te alcance. Has menester maestra que te guíe, madre que te ampare, amiga que te consuele, señora a quien obedezcas, reina de quien seas esclava, imagen en quien tengas escrita la virginidad, retrato en quien esté dibujada la especie y hermosura de la virtud, ejemplo de vivir a donde halles los expresos magisterios de probidad o bondad, en que conozcas qué debes abrazar y qué arrojar y repeler, dechado de todas las virtudes para que como pudieres con la gracia divina las copies y saques.

Ea, alma, toma norte por donde te guíes, lucero que te anuncie el día claro de la eternidad, nivel con que vayan medidas tus obras, arancel para que te gobiernes, camino para la divinidad, puerta para el cielo, espejo que tengas delante los ojos del entendimiento adonde veas tu faz interior y te adornes como esposa para entrar en el tálamo del Esposo. Aquí se ha de componer tu hermosura y gracia, mirando a la de María Santísima, Madre del Unigénito del Padre, en quien hallarás expresado el mapa de las maravillas de Dios, el ejemplar de tus deseos. Y pues el primer estímulo del aprender es la nobleza del maestro, qué cosa más noble que la Madre de Dios, qué cosa más eficaz que las virtudes de la Reina del cielo, qué luz más resplandeciente que Aquella a quien escogió el mismo resplandor para su morada, qué cosa más casta que Aquella que engendró cuerpo

---

[67] Hermosísima aplicación del salmo 136 al alma.
[68] Ib. 6
[69] Ex. XXXI, 18
[70] Ib. XVII, 6: Joan. IV, 14.
[71] Ex. XIII, 22: I Cor. X, 1: Deut. I, 33.
[72] Gen. XIX.

sin mancha de otro cuerpo, qué objeto mejor de tu entendimiento que aquella que es Madre de tu Esposo Cristo[73] ? Pues oye su origen, virtudes y grandezas, y síguela fervorosa.

[73] Con esta Introducción, casi literalmente, empieza Sor María el tratadito "Lucerna encendida para caminar en la noche de esta mortalidad al día eterno de la Patria celestial", que escribe al final de "Ejercicio cotidiano" y doctrina para hacer as obras con mayor perfección.

PARÁGRAFO PRIMERO

Del decreto que tuvo el Altísimo de criar todas las cosas.

Estábase el Todopoderoso en su ser inmutable antes de criar lo que tiene existencia y forma; y es digno de reparo dónde tenía su asiento, porque no había cielo empíreo ni los demás inferiores, ni sol, luna ni estrellas, ni elementos, animales, ni hombres ni ángeles. Todo estaba desierto, y sólo estaba el Criador sin haberlo criado; por lo cual de necesidad se ha de conceder, que Dios estaba en su mismo ser, y que de ninguna manera criatura alguna de las que crió, la necesitó Dios ni la hubo menester, porque, tan infinito era en atributos antes de criarlas como después, y en toda su eternidad los tuvo y los tendrá por estar como en sujeto infinito e independiente e increado. Y ninguna perfección perfecta y simple puede faltarle a su divinidad, porque ella sola es el que es, y contiene todas las perfecciones que se hallan en todas las criaturas por inefable y eminente modo: y están en este ser infinito como efectos en su causa.

En el estado de su mismo ser estaba el Altísimo, cuando entre las tres Divinas Personas (a nuestro entender) se decretó el comunicar sus perfecciones de manera que hiciesen dones de ellas. Y es de advertir para mejor inteligencia de lo que se ha de decir, que Dios entiende todas las cosas con un acto en sí mismo indivisible y simplicísimo y sin discurso; y no procede del conocimiento de una cosa a conocer otra, como los hombres proceden discurriendo y conociendo primero una con un acto de entendimiento y luego otras con otros; porque Dios todas las conoce juntamente de una vez, sin que haya en su entendimiento infinito primero ni postrero, que allí todas están juntas en la noticia y ciencia divina increada, como lo están en el ser de Dios donde se encierran y contienen como en primera causa[74].

En esta ciencia, que primero se llama de simple inteligencia[75], según la natural precedencia del entendimiento a la voluntad, se ha de considerar en Dios un orden, no de tiempo, mas de naturaleza, según el cual orden primero entendemos que tuvo acto de entendimiento que de voluntad, porque primero consideramos sólo el acto de entender, sin decreto de querer criar alguna cosa. Pues en este estado o instante confirieron las tres Personas, con aquel acto de entender, la conveniencia las obras ad extra, y de todas las criaturas que han sido y serán futuras.

El orden que tuvo el Todopoderoso, y el que tú debes entender en la determinación de criar todas las cosas para saber el lugar que en la mente divina tuvo la Madre de Dios y nuestra Reina, diré el orden que tuvo en estas ideas y decretos el Todopoderoso reduciéndolo a instantes, porque sin esto no lo alcanzara tu limitada capacidad la noticia de esta ciencia divina, ya de visión, adonde pertenecen las ideas o imágenes de las criaturas que decreto criar y tiene en su mente divina ideadas, conociéndolas infinitamente mejor que nosotros las vemos y conocemos ahora[76].

---

[74] S. Tom. Sum. Teolog. I, p. q. 14. a, 7, o, y en otros lug.

[75] Silv. in I p. Sum. Th. q. 14. a 8

[76] Con más claridad expone Sor María en la "Mística Ciudad de Dios", t. I, n.33, la doctrina de este punto: "Y porque Su Majestad, (escribe allí) quiso dignarse de responderme al deseo que le propuse, indigna de saber el orden que tuvo, o el que nosotros debemos entender en la determinación de criar todas las cosas, y yo lo pedía para saber el lugar que en la mente divina tuvo la Madre de Dios y Reina nuestra, diré, como pudiere, lo que se me respondió y manifestó, y el orden que entendí en estas ideas en Dios, reduciéndolo a instantes; porque sin esto no se puede acomodar a nuestra capacidad la noticia de esta ciencia divina, que ya se llama aquí ciencia de visión, adonde pertenecen las ideas o imágenes de las criaturas que decretó criar y tiene en su mente ideadas, conociéndolas infinitamente mejor que nosotros las vemos y conocemos ahora. »

Las criaturas que decretó criar... En virtud de este decreto, las criaturas ideadas, del estado de posibles pasaron al de futuros reales, y por esto la ciencia divina fue ya de visión, como dice la Venerable «Hoc ipso, (escribe Billuart, De Deo, Diss. V. art. III. R. ad obj. 5.), quo concipitur decretum quo scientia quae erat de possibilibus et indifferens (nempe simplicis intelligentiae) determinatur ad existentiam seu futuritionem alicujus effectus, ipsa transit in scientiam visionis.»

Pues aunque esta divina ciencia es simplicísima e indivisible, como las cosas que mira son muchas y entre ellas hay orden, que unas son primero que otras y otras después, unas tienen ser o existencia por otras con dependencia de las unas a las otras; por esto es necesario dividir la ciencia de Dios, y lo mismo la voluntad, en muchos instantes o en muchos actos que correspondan a diversos instantes, según el orden de los objetos[77]; y así decimos que Dios entendió o determinó primero esto que aquello y lo uno por lo otro; y que si primero no quisiera o conociera con ciencia de visión una cosa, no quisiera la otra; sin que por esto se haya de entender que tuvo Dios muchos actos de entender ni querer: mas queremos decir que las cosas están entre sí encadenadas y sucediendo unas a otras; que imaginándolas con este orden objetivo, refundimos para nuestro mejor entender el mismo orden en los actos de la divina ciencia y voluntad[78].

La proposición de la Ven. «Adonde (a la ciencia de visión) pertenecen las ideas o imágenes de las criaturas que decretó criar», es de una exactitud rigurosamente teológica. Según S. Tomás, (I p. q. 15, art. 3. o) la idea divina se divide en especulativa y práctica. La primera es aquella forma de la obra que está en la mente del Artífice, a cuya similitud puede obrar, aunque no se ha determinado a hacerlo, ni la tiene como señalada o escogida para obrar conforme a ella, y esta idea especulativa se llama razón. La segunda es aquella forma de la obra en la mente del Artífice, a cuya similitud tiene determinado eficazmente obrar, y así la tiene ya como señalada y escogida para obrar conforme a ella; y esta idea práctica se llama ejemplar. En cuanto es ejemplar o idea practica, pertenece a la ciencia de visión. «Secundum ergo, dice, quod exemplar est, secundum hoc se habet ad omnia quae a Deo fiunt secundum aliquod tempus». Y en cuanto es razón o idea especulativa, pertenece a la ciencia de simple inteligencia. «Secundum vero quod principium cognoscitivum est, se habet ad omnia quae cognoscuntur a Deo, etiamsi nullo tempore fiant, et ad omnia quae a Deo cognoscuntur secundum propriam rationem, et secundum quod cognoscuntur ab ipso per modum speculationis ».

La Venerable, en la cláusula notada habla manifiestamente de las ideas prácticas, que propiamente se llaman también ejemplares, o como dijo S. Juan Damasceno, imágenes, pues dice las ideas o imágenes de las criaturas que decretó criar, es decir, que señaló y escogió para obrar eficazmente conforme a ellas. Y de éstas dice que pertenecen a la ciencia de visión; lo cual es enteramente conforme al modo de hablar enseñado por San Dionisio, como dijo el Damasceno, introducido en las Escuelas por el Angel de ellas y abrazado de los Coros de sus Discípulos.

[77] Casi literalmente conviene con la Venerable Billuart (Tract. de Inc. Diss 3, a 3 –Conf. Suárez in 3 p., q 1, a. 6, disp. 5, sect. I): "Propter imbecillitatem nostram distingui solent in Deo diversa instantia seu signa rationis, quae quidem non diversificantur ex parte Dei, sed ex parte objectorum, idque juxta modum nostrum concipiendi, et prout alia ab aliis aliquam habent depentiam".

[78] V. Místic. Ciu. de Dios, 1. I, cap. III.

PARÁGRAFO SEGUNDO

Distribúyense por instantes los divinos decretos acerca de la comunicación de Dios ad extra.

Este orden se debe distribuir para mejor entenderle por los instantes siguientes:

1. El primero es en el que conoció Dios, sus divinos atributos y perfecciones con la propensión e inefable inclinación a comunicarse fuera de Sí; y éste fue el primer conocimiento de ser Dios comunicativo ad extra. Mirando Su Alteza la condición de sus infinitas perfecciones, la virtud y eficacia que en sí tenían para obrar magníficas obras, vio, que tan suma bondad era de suyo comunicativa y que en su equidad era convenientísimo y como debido y aun forzoso para ejercer el atributo de su misericordia o liberalidad, comunicar tanta plenitud de perfecciones, bienes y grandezas, y que su magnificencia distribuyera fuera de Sí los infinitos tesoros de su Divinidad; y siendo todo infinito, le es más natural[79] el hacer dones y gracias que a la piedra correr a su centro y al fuego subir a su esfera, enfriar al hielo y derramarse el ímpetu del mar soltando su corriente; este mar profundo de perfecciones, este ímpetu de gracias, esta abundancia de tesoros, esta infinidad de bienes e inmensidad de bondad, todo se encamina a comunicarse por su misma inclinación y por el querer divino, que los comprendía y sabía que el hacer dones y comunicarlos no era disminuirlos, mas en el modo posible acrecentarlos dando despidiente aquel manantial inextinguible de riquezas. Todo esto miró Dios en el primero instante después de la comunicación ad intra, y mirándolo, se halló como obligado de Sí mismo a comunicarse ad extra, conociendo ser santo, justo, misericordioso y piadoso el hacerlo, pues nadie se lo podía impedir; y conforme a nuestro modo de entender, podemos imaginar no estaba Dios quieto ni sosegado, harto naturalmente, hasta llegar al centro de las criaturas, donde y con quien tiene sus delicias[80], en hacerlas participantes de su Divinidad y perfecciones. Dos cosas son dignas de admiración, suspensión y de llorar con lágrimas de sangre: la primera es aquel peso e inclinación que tiene Dios y la fuerza de su voluntad para comunicar su Divinidad y tesoros de su gloria; la segunda, la inmensidad inefable e incomprensible de los bienes y dones que quiere Su Majestad dar, que los señaló para esto, destinándolos para los hombres, y quedándose con infinito más como si nada diera. Y en esta inclinación y deseo que su grandeza tenía, estaba dispuesto para santificar, justificar y llenar de dones y perfecciones a todas las criaturas y a cada una de por sí, dándole a una sola y a todas de por sí más que tienen todos los santos y ángeles y serafines todos juntos, aunque las gotas del mar y sus arenas, las plantas, elementos y todas las estrellas del cielo fueran racionales y capaces, como de su parte se dispusieran o no pusieran impedimento. ¡Oh terribilidad del pecado y malicia cruel, que sola tú bastas a detener la impetuosa corriente de tantos bienes eternos!

2. El segundo instante fue conferir y determinar esta comunicación de la divinidad con la razón y motivos de que fuese para mayor gloria ad extra, y exaltación de Su Majestad con la manifestación de su grandeza. Y esta exaltación miró Dios en este instante como fin de darse a conocer y comunicar sus atributos y usar de su omnipotencia para ser conocido, alabado y glorificado.

3. El tercer instante fue conocer y determinar el orden y disposición, o el modo de esta comunicación, en la forma que se consiguiese el más glorioso fin[81] de obra tan ardua, determinando

---

[79] S. Clemente Alejand. (1. Strom. c. 8) había escrito: "Bona facere est, ut semel dicam, Dei natura, ut ignis calefacere, et lucis illuminare. Véase también San Juan Damasceno (L. 2, de Ortod. Fid. c. 2). Pero estos santos y la Venerable no quieren decir que Dios obre en esto por necesidad, como las causas naturales, sino que tomando la palabra natural como consentáneo a la naturaleza, o según su inclinación, quieren significar la inclinación que Dios tiene a comunicarse a las criaturas, innata a su infinita bondad. Véase a este propósito con qué precisión y sabiduría explica la Venerable estos conceptos en el n. 520 del primer tomo de la "Místic. C. de Dios", V. S. Tom., S. Teolog. I p. q. 19 a 2, o.

[80] Prov. VIII, 31.

[81] Este lenguaje de la Venerable es el mismo que emplean los teólogos al explicar estas materias. (Billuart, de Deo, dissert. 5 a 3.)

el orden que había de haber en los objetos y el modo y diferencia de comunicárseles la Divinidad y atributos; de suerte, que aquel como movimiento del Altísimo tuviese honesta razón y proporcionados objetos, y que entre ellos se hallase la más hermosa y admirable disposición, armonía y subordinación. En este instante se determinó en primer lugar, que el Verbo divino tomase carne y se hiciese visible, y se decretó la compostura de la humanidad santísima de Cristo, y quedó fabricada en la mente divina; y en segundo, para los demás a su imitación, ideando la mente divina la armonía de la humana naturaleza con su adorno y compostura de cuerpo orgánica y alma para él, con sus potencias para conocer y gozar de su Criador, discerniendo entre el bien y el mal, con voluntad libre para amar al mismo Señor. Y esta unión hipostática de la segunda persona de la Santísima Trinidad con la naturaleza racional humana era como forzoso fuese la primera obra y objeto adonde primero saliese el entendimiento y voluntad divina ad extra, por altísimas razones que no todas se pueden explicar. Una es porque, después de haberse Dios entendido y amado en Sí mismo, el mejor orden era conocer y amar a lo que era más inmediato a su Divinidad, que es la unión hipostática. Otra razón es, porque también debía la Divinidad substancialmente comunicarse ad extra, habiéndose comunicado ad intra, para que la intención y voluntad divina comenzasen por el fin más alto sus obras, y se comunicasen sus atributos con hermosísimo orden, y aquel fuego de la Divinidad obrase primero y todo lo posible en lo que estaba más inmediato a él, que era la unión hipostática, y primero comunicasen su Divinidad a quien hubiese de llegar al más alto grado después del mismo Dios, de conocimiento, amor, méritos y gloria de su misma Divinidad; porque no se pusiese Dios (a nuestro bajo modo de entender), como en peligro de quedarse sin conseguir este fin, que él solo era el que podía tener proporción y como justificación de tan maravillosa obra. También era conveniente y necesario[82], si Dios quería criar muchas criaturas, que las criase con armonía y subordinación, y que ésta fuese la más admirable y gloriosa que pudiese ser. Y conforme a esto había de tener una que fuese cabeza y suprema a todas, y cuanto fuese posible, inmediata y unida con Dios, y que por ella pasen todos y llegasen a su Divinidad. Y por estas y otras razones que no se pueden explicar, sólo en el Verbo humanado pudo satisfacer a la dignidad de las obras, y con El había hermosísimo orden en la naturaleza, y sin El no le hubiera.

4. El cuarto instante fue decretar los dones y gracias que se le habían y debían dar a la humanidad de Cristo Señor Nuestro unida con la divinidad. Aquí desplegó el Altísimo la mano de su liberal omnipotencia y atributos para enriquecer aquella humanidad santísima y alma de Cristo con la abundancia de dones y gracias en la plenitud y grado posible. Y en este instante se determinó lo que dijo después David[83]: El ímpetu del río de la divinidad alegra la ciudad de Dios, encaminándose el corriente de sus dones a la humanidad del Verbo, comunicándole toda la ciencia infusa y beata, gracia y gloria de que su alma santísima era capaz y convenía al sujeto, que juntamente era Dios y hombre verdadero y cabeza de todas las criaturas capaces de la gracia y gloria, que de aquel impetuoso corriente había de resultar en ellas con el orden que resultó.

A este mismo instante consiguientemente y como en segundo lugar pertenece el decreto y predestinación de la Madre del Verbo humanado; porque aquí fue ordenada esta pura criatura antes que hubiera decreto de criar otra alguna. Y así fue primero que todas concebida en la mente divina como y cual convenía y pertenecía a la dignidad y excelencia y dones de la humanidad de su Hijo Santísimo; y a Ella se encaminó luego inmediatamente con El todo el ímpetu del río de la divinidad y sus atributos, cuanto era capaz de recibirle una pura criatura, y como convenía para la dignidad de Madre.

En la inteligencia que el Altísimo te da de estos eminentes misterios y decretos altísimos, alábale, engrandécele, magnifícale y produzcan tus ojos abundantísimas lágrimas a la vista de esta santísima y purísima criatura, formada y criada en la mente divina desde ab initio y antes que todos los siglos, con alborozo y júbilo de tu espíritu ensalza al Todopoderoso por el admirable y misterioso decreto que tuvo de criarnos tan pura, grande, mística y divina criatura, más para ser admirada con alabanza

[82] S. Tom. Sum. Teológ. 3. p., q. 1 a. 2.
[83] Psal. XLV, 5.

de todas las demás, que para ser descrita de ninguna[84]; y en esta admiración puedes decir lo que San Dionisio Areopagita[85], que si la fe no te enseñara en la inteligencia que estás mirando, que es Dios quien la está formando en su idea, y que sola su omnipotencia podía y puede formar tal imagen de su divinidad, si no se te manifestara todo esto a un tiempo, pudieras dudar si la Virgen Madre tenía en sí divinidad.

¡O cuán dolorosa admiración puede y debe sentir tu alma de ver que este divino prodigio no sea conocido, ni esta maravilla del Altísimo manifestada a todos los mortales! Mucho se conoce, pero ignórase mucho más; porque este libro sellado no ha sido abierto[86]. Y puedes reconocer a su autor por más admirable en la formación de esta mística criatura que en el resto de todas las demás inferiores a Ella[87]; y aunque la diversidad de sujetos criados manifiestan con admiración el poder de su Hacedor, pero en sola esta Reina de todos se encierran y contienen más tesoros que en todos sus vasallos juntos[88].

Aquí, a nuestro modo de entender, se le dio palabra al Verbo, y se le hizo como contrato de la santidad, perfección y dones de gracia y gloria que había de tener la que había de ser su Madre, y la protección, amparo y defensa que se tendría con esta verdadera Ciudad de Dios, en quien contempló Su Majestad la gracia y merecimientos que por sí había de adquirir esta Señora, y los frutos que había de granjear para su pueblo con el amor y retorno que daría a Su Majestad. En este mismo instante, y como en tercero y último lugar, determinó Dios criar lugar y puesto donde habitasen conversables el Verbo humanado y su Santísima Madre: y en primer lugar, para ellos y por ellos solos crió el cielo, la tierra, con sus astros y elementos, y lo que en ellos se contiene[89]; y en segundo intento y decreto fue para los miembros de quien fue cabeza y rey Cristo; y con providencia real se dispuso y previno de antemano todo lo necesario y conveniente.

5. Paso al quinto instante, aunque ya te he declarado lo que deseabas del origen y principio de tu Señora y Maestra. En este instante fue determinada la creación de la naturaleza angélica, que por ser más excelente y correspondiente en ser espiritual a la divinidad, fue primero prevista y decretada su creación y disposición admirable de los nueve coros y tres jerarquías. Y siendo criados de primera intención para gloria de Dios y asistir a su divina grandeza, que le conociesen y amasen, consiguiente y secundariamente fueron ordenados para que asistiesen, glorificasen, honrasen, reverenciasen y sirviesen a la humanidad deificada en el Verbo Eterno, reconociéndola por su cabeza, y en su Madre María Santísima, Reina de los mismos Ángeles, y les fuese dada comisión para que por todos sus caminos los llevasen en las manos[90]. Y en este instante les mereció Cristo Nuestro Señor, con sus infinitos merecimientos, presentes y previstos, toda la gracia que recibieron; y fue instituido por su cabeza, ejemplar y supremo Rey, de quien eran vasallos: y aunque fuera

---

[84] Así se expresan los santos Padres al hablar de María. "Major est, dice santo Tomás de Villanueva, quam excogitari potest, aut intuitu mentis describi". –SanEpifanio: "Solo Deo excepto, cunctis superior". –S. Buenaventura: "Opus Domini mirabile". Y San Juan Damasceno: "Abyssus miraculorum".

[85] Epist. Ad. Paulum.

[86] Ya San Bernardo, o, según otros, Bernardo, arzobispo de Toledo, hizo esta aplicación: "Nemo neque in coelo, neque in terra inventus est dignus aperire librum praerogativarum tuarum et digne solvere septem signacula ejus". (Serm. 2. super Salve Reg.

[87] "Quantus sit Deus, satis ignorat ille qui hujus Virginis mentem non stupet, animum non miratur." (S. Pedro Cris. Ser. 140 de Annunt. M. B.)

[88] "Multae fiiliae congregaverunt divitias, tu supergressa es universas." (Prov. XXXI, 29) Ocupándose de este texto S. Buenaventura (in spec. c. 2) observa: "Si filias istas intelligamus animas sanctas, vel intelligentias angelicas, numquid non supergressa est divitias omnium. cum Ipsa sit primitiva Virginum, speculum Confessorum, rosa Martyrum, registrum Apostolorum, oraculum Prophetarum, filia Patriarcharum, Regina Angelorum? Quid enim de divitiis omnium horum ei defuit? S. Hieron. Enim ait: "Mariam si diligentius aspicias, nihil virtutis est, nihil speciositatis, nihil candoris et gloriae, quod in Ea non resplendeat." Lug. cit cap. 10 –S. Pedro Damiano (serm. de Assumpt). – S. Alfonso M. de Ligorio (Glorias de María, De la Nativ.)

[89] "Propter hanc Mariam totus mundus factus est" (Bernard. Arc. Tolet, serm 3. in Salv Reg. Inter opera S. Bernardi.) – "Propter Sapientiam, hoc est, amore intemeratae Virginis quae est mundi Sapientia, creavit Deus hunc mundum, et amore Messiae Filii sui, cui in divinis sapientia tribuitur". Rab. Onkelos, Glos. Chald.)

[90] Psal. XC, 12.

infinito[91] el número de los ángeles, fueron suficientísimos los méritos de Cristo Nuestro Señor para merecerles la gracia[92].

A este instante toca la predestinación de los buenos y reprobación de los malos ángeles; y en él vio y conoció Dios con su infinita ciencia todas las obras de los unos y de los otros con el orden debido, para predestinar con su libre voluntad y liberal misericordia a los que le habían de obedecer y reverenciar, y para reprobar con su justicia a los que se habían de levantar contra Su Majestad en su desobediencia y soberbia por su desordenado amor propio. Y al mismo instante fue la determinación de criar el cielo empíreo, donde se manifestase su gloria y premiase con ella a los buenos, y la tierra y lo demás para otras criaturas, y en el centro profundo de ella el infierno para castigo de los malos ángeles[93].

6. En el sexto instante fue determinado criar pueblo y congregación de hombres para Cristo (ya antes predeterminado en la mente y voluntad divina, y a cuya imagen y semejanza se decretó la formación del hombre) para que en el Verbo humanado tuviese hermanos semejantes e inferiores, y pueblo de su misma naturaleza, de quien fuese cabeza. En este instante se determinó el orden de la creación de todo el linaje humano, que comenzase de uno solo y de una mujer, y de ellos se propagase hasta la Virgen y su Hijo por el orden que fue concebido: ordenóse por los merecimientos de Cristo la gracia y dones que se les había de dar, y la justicia original, si querían perseverar en ella; vióse la caída de Adán y de todos en él, fuera de la Reina que no entró en este decreto; ordenóse el remedio y que fuese pasible la humanidad santísima; fueron escogidos los predestinados por liberal gracia, y reprobados los prescritos por la recta justicia[94]; ordenóse todo lo necesario y conveniente a la conservación de la naturaleza y a conseguir el fin de la predestinación y redención, dejando su voluntad libre a los hombres, porque esto era más conforme a la naturaleza y a la equidad divina; y no se les hizo agravio, porque si con el libre albedrío pudieron pecar, con la gracia y luz de la razón pudieron no hacerlo, y Dios a nadie había de violentar, como tampoco a nadie falta ni le niega lo necesario; y si escribió su ley en los corazones humanos[95], ninguno tiene disculpa en no le reconocer y amar como a sumo bien y autor de todo lo criado[96].

---

[91] Esto es, innumerable.

[92] Que Jesucristo es cabeza de los Ángeles, lo dice S. Tomás, 3 p. q 8. a. 4 V. S. Pablo (ad Ep. I, 20 22). Y que les mereció la gracia y la gloria consta del Apóstol. (Coloss. I, 15, seq.) V. Suarez. 3 p. disp. 42, secc. I ap. Tirin. in C. I, Ephes. y Corn. A. Lapid. Ib.

[93] El infierno para castigo de los malos ángeles. "Ite in ignem aeternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus" (Mat. XXV, 41.) –En el centro profundo de ella (tierra) el infierno. De Datán y Abirón dice la Escritura: "Et descenderunt vivi in infernum operti humo." (Núm. XVI, 33). – De Cristo: "Descendit in inferiores partes térrea." (Eph. IV, 9) – In nomine Jesu omne genuflectatur coelestium, terrestrium et infernorum (Phil. II, 10.) –In Apocalip. V, 13 laudem Deo dederunt "omnes creaturae in coelo, in terra et sub terra." Y esta es la opinión de San Basilio (in Jes. V.) y la más común de los teólogos.

[94] He aquí la predestinación gratuita y la reprobación ex praevisis demeritis.

[95] Ps. IV, 7.

[96] Véa. Míst. C. de Dios, I. I, cap. IV.

PARÁGRAFO TERCERO

De una duda que el alma propuso al Señor sobre la doctrina antecedente, y su respuesta.

Sobre la inteligencia y doctrina de los parágráfos antecedentes se me ha ofrecido una duda, ocasionada de lo que muchas veces he oído y entendido de las personas doctas, que se disputa en las escuelas. Y aunque sea polvo y ceniza, la presentaré al Muy Alto para que me la disuelva y dé luz en ella.

Y es, que si la causa y motivo principal para que el Verbo divino se humanase fue el hacerle cabeza y primogénito de las criaturas[97], y por medio de la unión hipostática con la humana naturaleza comunicar sus atributos y perfecciones en el modo conveniente por gracia y gloria a los predestinados, y el tomar carne pasible y el morir por el hombre fue decretado como fin secundario; siendo esto verdad, ¿cómo en la santa Iglesia hay tan diversas opiniones sobre ello, y la más común es que el Verbo Eterno descendió del cielo, como de intento, para remediar a los hombres por medio de su pasión y muerte santísimas?[98]

Esta duda propuse al Señor, y por su bondad se dignó de responderme a ella, dándome una inteligencia y luz muy grande, en que conocí y entendí muchos misterios que no podré explicar, porque comprenden y suman mucho, y más dilatadamente los dejo escritos en la Vida de la Reina del cielo. Las palabras que de esta inteligencia se formaron en mis oídos interiores, son las siguientes:

-Esposa y paloma mía, oye, que, como padre y maestro tuyo, quiero responder a tu duda y enseñarte en tu ignorancia. Advierte, que el fin principal y legítimo del decreto que tuve de comunicar mi divinidad en la persona del Verbo, unido hipostáticamente a la humana naturaleza, fue la gloria que de esta comunicación había de redundar para mi nombre y para las criaturas capaces de la que les quisiere Yo dar: y este decreto se ejecutara sin duda en la Encarnación, aunque el primero hombre no hubiera pecado, porque fue decreto expreso y sin condición en lo substancial, y así debía ser eficaz mi voluntad, que en mi primer lugar fue comunicarme al alma y humanidad unida al Verbo. Y esto era así conveniente a mi equidad y rectitud de mis obras; y aunque esto fue postrero en la ejecución, fue primero en la intención[99]: y si tardé en enviar a mi Unigénito fue, porque determiné prepararle antes una congregación en el mundo, escogida y santa de justos, que supuesto el pecado común, serían como rosas entre las espinas de los otros pecadores. Y vista la caída del linaje humano, determiné con decreto expreso, que el Verbo descendiese en forma pasible y mortal para redimir a su pueblo, de quien era cabeza, para que más se manifestase y conociese mi amor infinito para con los hombres, y a mi equidad y justicia se le diese debida satisfacción; y que, si fue hombre y el primero en el ser el que pecó, fuese hombre[100] y el primero en la dignidad, el Redentor; y los hombres conociesen en esto la gravedad del pecado, y el amor de todas las almas fuese uno solo, pues su criador y vivificador, redentor y quien los ha de juzgar es uno solo. Y también quise compelerles a este agradecimiento y amor no castigando a los mortales como a los apóstatas ángeles, que sin apelación mostré con ellos el rigor de mi justicia, y al hombre perdoné, aguardé y le di oportunos remedios, ejecutando mi indignación en mi unigénito Hijo[101], y pasé al hombre la piedad de mi gran misericordia.

---

[97] Colos. I, 15

[98] S. Francisco de Sales (Tetó. L. 2, c. IV) sostiene la misma doctrina de nuestra Ven. Y a la Ven. Royer, salesiana, muy célebre por la santidad de vida y por sus profecías en gran parte ya cumplidas, reveló el Señor también esta verdad. (La Voce del Cielo, lib. 1º, capo, 20. –Piacenza, tip. Bertola, 1874).

[99] Estas mismas palabras usa S. Francisco de Sales. (Tetó. Libro 2, c. V.).

[100] I Cor. XV, 21.

[101] Rom. VIII, 32.

Y para que mejor entiendas la respuesta de tu duda, debes advertir, que como en mis decretos no hay sucesión de tiempo, ni Yo necesito de él para entender ni obrar, los que dicen que encarnó, el Verbo para redimir el mundo, dicen bien; y los que dicen que encarnara si el hombre no pecara, también hablan bien, si con verdad se entiende; porque si no pecara Adán, descendiera del cielo en la forma que para aquel estado conviniera, y porque pecó, tuve aquel decreto segundo, que bajara pasible, porque visto el pecado, convenía que le reparase en la forma que lo hizo. Y porque deseas saber cómo se ejecutara este misterio de encarnar el Verbo, si conservara el hombre el estado de la inocencia, advierte, que la forma humana fuera la misma en la sustancia, pero con el don de la impasibilidad e inmortalidad, cual estuvo mi Unigénito después que resucitó hasta que subió a los cielos; viniera y conversara con los hombres, y los misterios y sacramentos fueran a todos manifiestos, y muchas veces hiciera patente su gloria, como lo hizo sola una vez cuando vivió mortal[102]; y delante de todos hiciera en aquel estado de inocencia lo que hizo delante de tres apóstoles, en el que fue mortal; y vieran todos los viadores a mi Unigénito con grande gloria, y con su conversación se consolaran, y no pusieran óbice a sus divinos efectos, porque estuvieran sin pecado: pero todo lo impidió y estragó la culpa, y por ella fue conveniente que viniera pasible y mortal.

Y el haber en estos sacramentos y en otros misterios diversas opiniones en mi Iglesia, ha nacido de que a unos maestros les manifiesto y doy luz de unos misterios, y a otros se la doy de otros, porque los mortales ni son capaces de recibir toda la luz, ni era conveniente que, a uno se le diese toda la ciencia de todas las cosas, mientras son viadores; pues aun cuando son comprensores, la reciben por partes, y se la doy proporcionada, según el estado y merecimientos de cada uno y como conviene a mi providencia distribuirla, y la plenitud sólo se le debía a la humanidad de mi Unigénito y a su Madre respectivamente. Los demás mortales ni la reciben toda, ni siempre tan clara que puedan asegurarse en todo; y por esto la adquieren con el trabajo y uso de las letras y ciencias. Y aunque en mis Escrituras hay tantas verdades reveladas, como Yo muchas veces los dejo en la natural luz, aunque otras se la doy de lo alto, de aquí se sigue que se entiendan los misterios con diversidad de pareceres, y se hallen diferentes explicaciones y sentidos en las Escrituras; y cada uno sigue su opinión como la entiende. Y aunque el fin de muchos es bueno, y la luz y verdad en sustancia sea una, se entiende y se usa de ella con diversidad de juicios e inclinaciones, que unos tienen a unos maestros, y otro a otros; de donde nacen entre ellos las controversias.

Y de ser más común la opinión de que el Verbo bajó del cielo de principal intento a redimir el mundo, entre otras causas, una es, porque el misterio de la Redención y el fin de esta obra es más conocido y más manifiesto por haberse ejecutado y repetido tantas veces en las Escrituras; y al contrario, el fin de la impasibilidad ni se ejecutó ni se decretó absoluta y expresamente; y todo lo que perteneciera a aquel estado, quedó oculto, y nadie lo puede saber con seguridad, si no fuere a quien Yo diere en particular luz y revelare lo que conviene de aquel decreto y amor que tenemos a la humana naturaleza. Y si bien esto pudiera mover mucho a los mortales, si lo pesaran y penetraran y ponderaran; pero el decreto y obras de la redención es más poderoso y eficaz para moverlos y traerlos al conocimiento y retorno de mi inmenso amor, que es el fin de mis obras; y por eso tengo providencia de que estos motivos y misterios estén más presentes y sean más frecuentados porque así es conveniente. Y advierte, que en una obra bien puede haber dos fines, cuando el uno se supone debajo de alguna condición, como fue, que si el hombre no perdiera la justicia y gracia, no descendiera el Verbo en forma pasible; y si la perdiese y pecase, que fuese pasible y mortal, y así en cualquiera suceso no se deja de cumplir el decreto de la Encarnación. Yo quiero, que los sacramentos[103] se reconozcan y estimen y que siempre los tengan presentes para darme el retorno, pero quiero asimismo que los mortales reconozcan al Verbo humanado por su cabeza y causa final de su creación y de lo restante de la naturaleza, porque El fue, después de mi propia benignidad, el primer motivo para dar ser a las criaturas; y así debe ser reverenciado, no porque redimió al género humano tan solamente, sino también porque dio motivo para su creación.

---

[102] Mat. XVII, 2.

[103] de la Redención, añádase en "Mística C. de Dios".

Y advierte, esposa mía, que Yo permito y dispongo, que muchas veces los doctores y maestros tengan diversas opiniones, para que unos digan lo verdadero, y otros con lo natural de su ingenio digan lo dudoso; y otras permito, digan lo que no es verdad, aunque no disuena luego a la verdad obscura de la fe, en la que todos los fieles están firmes; y otras veces dicen lo que es posible, según ellos entienden. Y con esta variedad se va rastreando la verdadera luz, y se manifiestan más los sacramentos escondidos, porque la duda sirve de estímulo al entendimiento para investigar la verdad; y en esto tienen honesta y santa causa las controversias de los maestros. Y también lo es, que, después de tantas diligencias y estudios de grandes y perfectos doctores y sabios, se conozca que en mi Iglesia hay ciencia que los hace eminentes en sabiduría sobre todos los sabios del mundo; y que hay sobre todos un enmendador de los sabios[104] que soy Yo, que sólo lo se todo y comprendo, lo peso y mido[105], sin poder ser medido ni comprendido de los hombres; y aunque más escudriñen mis juicios y testimonios, no los podrán alcanzar sino les diere Yo la inteligencia y luz[106], que soy el principio y autor de toda sabiduría y ciencia: y conociendo esto los mortales, quiero me den alabanza, magnificencia, confesión, superioridad y gloria eterna[107].

[104] Sap. VII, 15.
[105] Ibid. IX, 13.
[106] Job. XXXII, 8, 9.
[107] Míst. C. de Dios, 1. I, cap. VI.

PARÁGRAFO CUARTO

Da el Altísimo principio a sus obras: Y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para el Verbo divino.

Causa de todas las causas fue Dios, y criador de todo lo que tiene ser; y con el poder de su brazo quiso dar principio a todas sus maravillosas obras ad extra, cuando y como fue su voluntad. El orden y principio de esta creación refiere Moisés en el 1.er cap. del Génesis, y porque el Señor me ha dado su inteligencia, diré aquí lo conveniente para ir buscando desde su origen las obras y misterios de la Encarnación del Verbo y de nuestra redención.

La letra del capítulo 1º del Génesis dice de esta manera:

-En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Y estaba la tierra sin fruto[108] y vácua, y las tinieblas estaban sobre el haz del abismo, y el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas. Y dijo Dios: sea hecha la luz, y fue hecha la luz. Y vio Dios la luz que era buena y dividióla y apartóla de las tinieblas; y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche; y fue hecho día de tarde y mañana. -En este día primero, dice Moisés, que en el principio crió Dios el cielo y la tierra, porque este principio fue el que dio el poderoso Dios estando en su ser inmutable, como saliendo de él a criar fuera de Sí mismo a las criaturas, que entonces comenzaron a tener ser en sí mismas, y Dios como a recrearse en sus hechuras, como obras adecuadamente perfectas. Y porque el orden fuese también perfectísimo, antes de criar criaturas intelectuales y racionales, formó el cielo para los ángeles y hombres, y la tierra donde primero los mortales habían de ser viadores; lugares tan proporcionados para sus fines, y tan perfectos que, como David[109] dice, los cielos publican 1a gloria de Dios, y el firmamento y la tierra anuncian las obras de sus manos. Los cielos con su hermosura manifiestan la magnificencia y gloria, porque son depósito del premio prevenido para los santos; y el firmamento de la tierra anuncia que ha de haber criaturas y hombres que la habiten[110] y por ella caminen a su Criador. Y antes de criarlos, quiere el Altísimo prevenirles y criarles de nuevo para esto y para la vida que les había de mandar vivir, lo necesario, para que por todas partes se hallen compelidos a obedecer y amar a su Hacedor y Bienhechor, y que por sus obras[111] conozcan su nombre admirable e infinitas perfecciones.

De la tierra, dice Moisés, que estaba vacía, y no lo dice del cielo, porque en éste crió los ángeles[112] en el mismo instante que Moisés dice: Dijo Dios, sea hecha la luz, y fue hecha la luz, -porque no habla sólo de la luz material, sino también de las 1uces angélicas o intelectuales. Y no hizo más clara memoria de ellos que significarlos debajo de este nombre, por la condición tan fácil de los hebreos en atribuir la divinidad a cosas nuevas y de menos aprecio que los angélicos espíritus; pero fue muy legítima la metáfora de la luz para significar la naturaleza angélica, y místicamente la luz de la ciencia y gracia con que fueron iluminados en su creación.

Y crió Dios con el cielo empíreo la tierra juntamente, para formar en su centro el infierno; porque en aquel instante que fue criada, por la divina disposición quedaron en medio de este globo cavernas muy profundas y dilatadas, capaces para infierno, limbo y purgatorio; y en el infierno, al

---

[108] La Venerable traduce aquí según el texto hebreo, pues la palabra tohu significa estéril, sin fruto.

[109] Ps. XVIII, 2.

[110] Como una tienda cualquiera indica que el lugar cubierto por ella está destinado a habitación de vivientes, así el firmamento, que es como la tienda o el pabellón de la tierra, manifiesta que el lugar tapado por él está destinado para la habitación de criaturas u hombres.

[111] Rom I. 30.

[112] Así creen también San Agustín (De Civit. I. C. 33), Teodoreto (Gen. q. IV) y San Epifanio (Haeres LXV 4. 5) y San Beda (initio Hexameron) escribe las mismas palabras de la Ven. "Ubi moisés dixit: In principio creavit Deus coelum et terram, statim subjungit: Terra autem erat inanis et vacua; suple, non autem coelum, "quod fuit creatum, plenum angelis."

mismo tiempo, fue criado fuego[113] y las demás cosas que allí sirven ahora de pena a los condenados. Había de dividir luego el Señor la luz de las tinieblas, y llamar a la luz día, y a las tinieblas noche; y no sólo sucedió esto entre la noche y día naturales, pero entre los ángeles buenos y malos, que a los buenos dio la luz eterna de su vista, y la llamó día, y día eterno, y a los malos llamó noche de pecado[114], y fueron arrojados en las eternas tinieblas del infierno; para que todos entendamos cuán juntas anduvieron la liberalidad misericordiosa de criador y vivificador, y la justicia de rectísimo juez en el castigo.

Fueron los ángeles criados en el cielo empíreo[115] y en gracia[116], para que con ella precediera el merecimiento al premio de la gloria[117], que aunque estaban en lugar de ella, no se les había mostrado la divinidad cara a cara[118] y con clara noticia, hasta que con la gracia lo merecieron los que fueron obedientes a la divina voluntad. Y así estos santos ángeles, como los demás apóstatas, duraron muy poco en el primer estado de viadores, porque la creación y estado y término fueron en tres estancias o mórulas divididas con algún intervalo en tres instantes[119]. En el primero fueron todos criados y adornados con gracia y dones, quedando hermosísimas y perfectas criaturas. A este instante siguió una mórula, en que a todos les fue propuesta e intimada la voluntad de su Criador, y se les puso ley y precepto de obrar, reconociéndole por su primero Señor, y para que cumpliesen con el fin para que les había criado. En esta mórula, estancia o intervalo sucedió entre San Miguel y sus ángeles con el dragón y los suyos aquella gran batalla, que dice San Juan en el cap. XII del Apocalipsis; y los buenos ángeles, perseverando en gracia, merecieron la felicidad eterna, y los inobedientes, levantándose contra Dios, merecieron el castigo que tienen.

Y aunque en esta segunda mórula pudo suceder todo muy brevemente, según la naturaleza angélica y el poder divino, pero entendí, que la piedad del Altísimo la detuvo algo, y con algún intervalo les propuso el bien y el mal, la verdad y falsedad, lo justo y lo injusto, su gracia y amistad y la malicia del pecado y enemistad de Dios, el premio y el castigo eterno y la perdición para Lucifer y los que le siguiesen, y les mostró Su Majestad el infierno, sus penas, y ellos las vieron y todo lo dicho, que en su naturaleza tan superior y excelente todas las cosas se pueden ver, como ellas son en sí mismas, siendo criadas y limitadas; de suerte que, antes de caer de la gracia, vieron claramente el lugar del castigo. Y aunque no vieron por este modo el premio de la gloria, pero tuvieron de ella otra noticia, y la promesa manifiesta y expresa del Señor, con que el Altísimo justificó su causa y obró con suma equidad y rectitud. Y porque toda esta justificación no bastó para detener a Lucifer y a sus secuaces, fueron castigados como pertinaces y lanzados en el profundo del infierno[120], y los buenos confirmados en gracia y gloria. Y esto fue todo en el tercero instante, en que se conoció de hecho, que ninguna criatura, fuera de Dios, es impecable por naturaleza; pues el ángel, que la tiene tan excelente y la recibió adornada de tantos dones de ciencia y gracia, al fin pecó y se perdió: ¿qué hará la fragilidad humana, si el poder divino no la defiende, y si ella obliga a que la desampare?

---

[113] En la Mística C. de Dios dice: "fue criado fuego material." Puesto el infierno en el centro de la tierra, como se ha dicho en el par. 2º, nada tiene de extraño que allí haya fuego material, pues pasan de 700 los volcanes que en distintas partes del globo vomitan llamas de aquel centro. Y los físicos modernos admiten comúnmente que el centro de la tierra es todo fuego inmensamente más intenso que el que hay sobre la tierra. Aunque la Iglesia no ha definido como de fe que el fuego del infierno sea material o corpóreo, sin embargo es común sentencia de los Teólogos contra Calvino. Véase Santo Tomás, Suplem. q 96, a. 5 y 2. c.; y Deut. XXXII. 22; Judit. XVI, 21; Job XX. 26; Ps. X, 7 – XX, 10; Is. XXX, 33 – XXXIV, 9 – XXXIII, 14 – LXVI, 24; Mat. III, 12 – VIII, 12 – X, 28 – XXV. 41; Mar IX, 42. 43; Luc. XVI, 24 – III, 9; Joan XV, 6; II Tres I, 8; Heb X, 27; Apoc XX, 9, 15 – XXI, 8; etc.

[114] Esta misma idea trae Hugo de San Victor, (I. 1, de Sacr. p. I. c. 10. ap. Tir.)

[115] S. Tom. Sum. Teol. I. p. q. 61 a. 4.

[116] S. Tom. ib. 62, a. 3.

[117] S. Tom. ib. a. 4.

[118] "Angeli creati fuerunt a Deo beati beatitudine naturali, non autem beatitudine supernaturali quae in visione divinae essentiae consistit." S. Tom. I p. q 62. a 1.

[119] Es doctrina común de los teólogos. S. Tom. I p. q 62. a 5. ad 2; -q. 63, a. 5, ad 4 –q. 63, a. 6 ad 4; -q. 62, a. 5. ad 2 – Escoto. Sent. II, dis. 6. q. 2

[120] II Ep. Petri, II, 4.

Resta saber el motivo que Lucifer y sus confederados tuvieron en su pecado (que es lo que voy buscando), y de qué tomaron ocasión para su inobediencia y caída. Y en esto entendí, que pudieron cometer muchos pecados secundum reatum[121] aunque no cometieron los actos de todos; pero de los que cometieron con su depravada voluntad, les quedó hábito para todos los malos actos, induciendo a otros y aprobando el pecado que por sí mismos no podían obrar. Y según el mal afecto que de presente tuvo entonces Lucifer, incurrió en desordenadísimo amor de sí mismo[122]; y le nació de verse con mayores dones, hermosura de naturaleza y gracias que los otros ángeles inferiores[123]. En este conocimiento se detuvo demasiado, y el agrado que de sí mismo tuvo, le retardó y entibió en el agradecimiento que debía a Dios, como a causa única de todo lo que había recibido. Y volviéndose a remirar, agradóse de nuevo de su hermosura y gracias[124], y adjudicóselas y amólas como suyas[125]; y este desordenado afecto, perverso y propio, no sólo le hizo levantarse con lo que había recibido de otra superior virtud, pero también le obligó a envidiar[126] y codiciar[127] otros dones y excelencias ajenas que no tenía. Y porque no las pudo conseguir, concibió mortal odio[128] e indignación contra Dios, que de nada le había criado y contra todas sus criaturas.

De aquí se originaron la desobediencia, presunción, injusticia, infidelidad, blasfemia y aun casi alguna especie de idolatría[129], porque deseó para sí la adoración y reverencia debida a Dios. Blasfemó de su divina grandeza y santidad, faltó a la fe y lealtad que debía, pretendió destruir todas las criaturas, y presumió que podría todo esto y mucho más; y así siempre su soberbia sube[130] y

---

[121] Del mismo modo habla Santo Tomás (I. q 63, a 2.) "Quaevis peccata in angelis esse possunt secundum reatum..." Peccata esse in aliquo secundum reatum et non secundum affectum, est ipsi impurari malitiam peccatorum. Atque peccata in eo esse secundum maculam et culpam, etiamsi peccatis illis non sic afficiatur ut actu proprio illa commitat; veluti dum quispiam alteri suadet furtum ant homicidium, ipse autem neutrum perpetrer, imo nec perpetrare velit; peccatum fruti et homicidii est in eo secundum reatum. Esse vero in aliquo peccata secundum affectum est eum peccatis ita affici, ut actu proprio illa commitat, sicut dum aliquis irascitur, furatur, vel occidit, peccata irae, fruti, vel homicidii sunt in ipso, secundum affectum, vel ut alii loquuntur, formaliter." Silvio.

[122] Desordenadísimo amor de sí mismo. He aquí el primer pecado de Lucifer, la soberbia. "Initium omnis peccati est superbia" (Ecli. X, 15). "Angeli ab Illo, qui summus est, aversi, (dice San Agustín, De Civ. Dei, 1. XII, c. VI.), ad seipsos conversi sunt; et hoc vitium quid aliud nuncupatur, quam supervía?" "Secundum affectum primum peccatum aliud esse (in angelis) non potuit quam superbía" S. Tom. 1. c.

[123] "Elevatum est cor tuum in decore tuo" dice de Lucifer la Escritura (Eze. XXVIII) bajo la figura del rey de Ciro; y él fue llamado "rex super omnes filios superbiae". (Job XLI.) Y San Metodio, con quien concuerdan los demás Padres, añade. "Eminentiam suae naturae et profunditatem suae scientiae perpendens, Lucifer in suum Creatorem superbivit" (in lib. Antiquity.)

[124] Aquí hay cierta especie de *lujuria espiritual*, como la llaman los escotistas, consistente en un desordenado deleite o complacencia morosamente detenida sobre sí mismo. Ya hace siglos el Papa Gelasio había escrito: "Quadam spirituali fornicatione motus Ángelus a divina gratia et participatione dilapsus est." In ep. advers. haer. Pelag. y por eso "propriae potestatis delectatione corruptus", como dice S. Ag. (Gen. ad litt. 1. XI, cap. 23.)

[125] Aquí *avaricia espiritual*, uno de los efectos de la soberbia, como escriben San Agustín (De Civ. 1. XIV, c. 13) y San Ambrosio (ep. 33 ad Demetriad.) Amó como suyos propios y no recibidos de Dios los dones que tenía. Así lo dicen tambien S. Ireneo cont. her. 1. IV. C. 78), San Agustín (De Gen. ad litt. 11, 13) y otros San Ignacio mártir (ep. 8. ad Philad.) afirma expresamente de Lucifer, que "ipse per ambitionem et avaritiam in impietatem fuit deductus."

[126] La *envidia*, otro efecto de la soberbia de Lucifer. San Cipriano escribe (Opus de zebo et livor.) que la envidia es aquel pecado, "quo Ángelus cecidit." Y San Pedro Crisólogo (serm. 172) "invidia coelum tentat, ibie nim diabolum fecit ex Angelo." Por lo cual dice la Escrit. (Sap. II, 24) "Invidia diaboli mors introivit in orbem terrarum.

[127] La *gula espiritual*, de la cual dice San Pablo (1. Tim. VI) y se aplica muy bien aquí, que "radix omnium malorum cupiditas" La avaricia, la lujuria y la gula espiritual son sustancialmente una misma pasión, que comienza de la demasiada afición o excesivo apego a los bienes finitos, se extiende después a la inmoderada deleitación en ellos, y termina con la codicia o gula de otros nuevos. –Que Lucifer codició mayores dones que los que Dios le había dado, lo escribieron San Juan Crisóstomo (hom. 22 in Gen.), Anastas Nic. (q 61. in. Scrip.), San Fulgencio (1. ad Monim. c. 17), Teodoreto (lib IV de diabolo), y otros.

[128] La *ira*, sexto pecado capital de Lucifer. Este su odio es el primogénito de la envidia, como enseña San Gregorio (L. 31. Mor. C. 31.)

[129] "Sub invidia et supervía (escribe S. Tomás 1. p. q. 63. a. 2. ad 3) comprehenduntur omnia peccata quae ab illis derivantur, prout in demonibus ponuntur; et propterea, añade Silvio, possunt esse in demonibus peccata idololatriae, infidelitatis, blasphemiae, inobedientiae: dique non modo secundum reatum, sed etiam formaliter et secundum affectum."

[130] Psal. LXXIII, 23.

persevera, aunque su arrogancia es mayor que su fortaleza[131], porque en ésta no puede crecer y en el pecado un abismo llama a otro abismo[132]. El primer ángel que pecó, fue Lucifer, como consta del capítulo XIV de Isaías[133], y éste indujo a otros a que le siguiesen, y así se llama príncipe de los demonios, no por naturaleza, que por ella no pudo tener este título, sino por la culpa. Y no fueron los que pecaron de solo un orden y jerarquía, sino que de todas cayeron muchos[134].

Y para manifestar, como se me ha mostrado, qué honra y excelencia fue la que con soberbia apeteció y envidió Lucifer, advierto que, como en las obras de Dios hay equidad[135], peso y medida, antes que los ángeles se pudiesen inclinar a diversos fines, determinó su providencia manifestarles, inmediatamente después de su creación, el fin para que los había criado de naturaleza tan alta y excelente. Y de todo esto tuvieron ilustración y clara revelación en esta manera. Lo primero tuvieron inteligencia muy expresa del ser de Dios, uno en sustancia y trino en personas, y recibieron precepto de que le adorasen y reverenciasen como a su criador y supremo señor, infinito en su ser y atributos. A este mandato se rindieron todos y obedecieron, pero con alguna diferencia, porque los ángeles buenos obedecieron por amor y justicia, rindiendo su afecto de buena voluntad, admitiendo y creyendo lo que era sobre sus fuerzas, y obedeciendo con alegría; pero Lucifer se rindió por parecerle ser lo contrario imposible; y no lo hizo con caridad perfecta, porque dividió la voluntad en sí mismo y en la verdad infalible del Señor; y esto le hizo, que el precepto se le hiciese algo violento y dificultoso, y no cumplirle con afecto lleno de amor y justicia; y así se dispuso para no perseverar en él. Y aunque no le quitó la gracia esta remisión y tibieza en obrar estos primeros actos con dificultad, pero de aquí comenzó su mala disposición, porque tuvo alguna debilidad y flaqueza en la virtud y espíritu[136], y su hermosura no resplandeció como debía. Y, a mi parecer, el efecto que hizo en Lucifer esta remisión y dificultad, fue semejante al que hace en el alma un pecado venial advertido, pero no afirmo que pecó venial ni mortalmente por entonces, porque cumplió el precepto de Dios; pero fue remiso, imperfecto este cumplimiento, y más por compe1erle la fuerza de la razón que por amor y voluntad de obedecer; y así se dispuso para caer.

En segundo lugar les manifestó Dios había de criar una naturaleza humana y criaturas racionales inferiores, para que amasen, temiesen y reverenciasen a Dios, como a su autor y bien eterno, y que a esta naturaleza había de favorecer mucho, y que la segunda persona de la misma Trinidad Santísima se había de humanar y hacerse hombre, levantando a la naturaleza humana a la unión hipostática y persona divina, y que aquel supuesto, hombre y Dios, habían de reconocer por cabeza, no sólo en cuanto Dios pero juntamente en cuanto hombre, y le habían de obedecer, servir, reverenciar y adorar; y que los mismos ángeles habían de ser sus inferiores en dignidad y gracias, y sus siervos. Y se les dio inteligencia de la conveniencia y equidad y justicia que en esto había, porque en la aceptación de los merecimientos previstos de aquel hombre y Dios les había merecido la gracia que poseían y la gloria que esperaban, y que para gloria del mismo habían sido triados ellos y todas las otras criaturas[137], porque a todas había de ser superior; y todas las que fuesen capaces de conocer y gozar de Dios, habían de ser pueblo y miembros de aquella cabeza para reconocerle y reverenciarle. Y todo esto se les dio a entender, que se les ponía con precepto y mandato.

Al cual todos los obedientes y santos ángeles se rindieron y prestaron asenso y obsequio con humilde y amoroso afecto de toda su voluntad; pero Lucifer, con soberbia y envidia, resistió, y provocó a los ángeles, sus secuaces, a que hicieran lo mismo, como de hecho lo hicieron, siguiéndole a él y desobedeciendo al divino mandato. Persuadióles el mal príncipe, que sería su

---

[131] Is. XVI, 6.
[132] P. XLI, 8.
[133] v. 12.
[134] S. Tom. 1 p. q. 63. a. 9.
[135] Sap. XI, 21.
[136] Otro de los pecados capitales que también tuvo Lucifer, la acidia. A ésta se aplica aquello de San Agustín: "Si voluntas in amore superioris immutabilis boni stabilis permaneret, non inde ad sibi placendum averteretur, et ex hoc tenebresceret, et frigesceret." De Civ. Dei 1. XIV, c. 11.
[137] En "Mística C. de Dios" (n. 88) dice: Y que para gloria de El mismo habían sido criados ellos, y todas las otras criaturas lo serían.

cabeza y que tendrían principado independiente y separado del de Cristo. Tanta ceguera pudo causar en un ángel la envidia y soberbia y un afecto tan desordenado, que fuese causa y contagio para comunicar a tantos el pecado.

Aquí fue la gran batalla que, San Juan dice[138], sucedió en el cielo, porque los santos ángeles, obedientes y perfectos, con ardiente celo de defender la gloria del Altísimo y la gloria del Verbo humanado previsto, pidieron licencia y como beneplácito al Señor para resistir y contradecir al dragón y les fue concedido este permiso. Pero sucedió en esto otro misterio; que cuando se les propuso que habían de obedecer al Verbo humanado, a todos los ángeles se les puso otro tercer precepto, de que habían de tener juntamente por superior a una mujer, de cuyas entrañas tomaría carne humana este Unigénito del Padre, y que esta mujer había de ser su reina y señora y de todas las criaturas, y que se había de señalar y aventajar a todas las angélicas y humanas en los dones de gracia y gloria. Los buenos ángeles, en obedeciendo a este precepto del Señor, adelantaron y engrandecieron su humildad, y con ella le admitieron y alabaron al poder y sacramentos del Altísimo; pero Lucifer y sus confederados, con este precepto y misterio, se levantaron en mayor soberbia y desvanecimiento, y con desordenado furor apeteció para sí la excelencia de ser cabeza de todo el linaje humano y órdenes angélicos, y que, si había de ser mediante la unión hipostática fuese con él[139].

Yen cuanto al ser inferior a la Madre de Dios, lo resistió con horrendas blasfemias, convirtiéndose en desbocada indignación contra el Autor de tan grandes maravillas[140]; y provocando a los demás, dijo este dragón: -Injustos son estos preceptos, y a mi grandeza se les hace agravio; y esta naturaleza, que tú, Señor, miras con tanto amor y propones tan liberalmente favorecerla, yo la perseguiré y destruiré, y en esto emplearé todo mi poder y cuidado; y a esta mujer, Madre del Verbo, la derribaré del estado en que la prometes poner, y a mis manos perecerá tu intento.-

Este soberbio desvanecimiento enojó tanto al Señor que, humillando a Lucifer, le dijo: -Esta Mujer, a quien tú no has querido respetar, te quebrantará la cabeza[141], y por Ella serás vencido y aniquilado: y si por tu soberbia entrare la muerte en el mundo[142], por la humildad de esta Mujer entrará 1a vida y la salud de los mortales, y de su especie y naturaleza de estos dos gozarán el premio y coronas que tú y tus secuaces habéis perdido.- Y a todo esto replicaba el dragón con indignada soberbia contra lo que entendía de la divina voluntad y sus decretos, amenazando al linaje humano. Y los ángeles buenos conocieron la justa indignación del Altísimo contra Lucifer y los demás apóstatas, y con las armas de los entendimientos pelearon contra ellos[143]. Y San Miguel dijo: -quién como Dios:- y armándose del azote de su poder los lanzó en el profundo infierno.

Obró aquí el Todopoderoso otro misterio maravilloso: que, habiéndoles manifestado por inteligencia a todos los ángeles el sacramento grande de la unión hipostática[144], les mostró a la Virgen Santísima en una señal o especie, al modo de nuestras visiones imaginarias, según nuestro modo de entender. Y así les dio a conocer y representó la humana naturaleza pura en una mujer perfectísima, en quien el brazo poderoso del Altísimo había de ser más admirable que en todo el resto de las criaturas, porque en Ella depositaba las gracias y dones de su diestra en modo superior y eminente. Esta señal y visión de la Reina del cielo y Madre del Verbo humanado fue notoria a todos los ángeles buenos y malos: y los buenos quedaron a su vista en admiración y cánticos de alabanza,

---

[138] Apoc. XII.

[139] Que Lucifer apeteció la unión hipostática, lo han dicho también gravísimos autores citados por Suárez (I. Lib. VII, c. 13), el cual añade: "Nulla est opinio quae in Scriptura et Patribus magis insinuetur aut verbis eorum magis accomedetur, vel tot conjecturis et congruentiis verisimiliter fiat" V. También el lib. v. De Eng. c. 6. –Silv. (a. 5. q. 57 p. 1). Contenson, lib. 4. disp. 4 c. 2, secc. 3) y Billuart (de Ang. dis v. a. 3.)

[140] Aquí está el origen de la famosa enemistad de que nos habla la Escritura, entre la serpiente y la Mujer.

[141] Gen. III, 15.

[142] Sap. II, 24.

[143] En la Míst. se omite desde "Y San Miguel" hasta "del infierno".

[144] El Apóstol (1 Tim. 111, 16) llamó expresamente Sacramento a la Encarnación. Y que este misterio había sido revelado a los Ángeles, o dado ocasión a la soberbia de Lucifer para rebelarse contra Dios, es sentencia común de los teólogos y exegetas, como puede verse en los lugares citados en la nota 1ª de la página precedente.

y desde entonces comenzaron a defender la honra de Dios humanado y de su Madre Santísima, armados con este ardiente celo y con el escudo inexpugnable de aquella señal; y por el contrario el dragón y sus aliados concibieron implacable furor y saña contra Cristo y su Madre Santísima[145].

[145] V. Míst. C. de Dios, 1. I, c. VI.

PARÁGRAFO QUINTO

Que en la creación de todas las cosas tuvo el Señor presentes a Cristo Nuestro Señor y a su Santísima Madre.

En el capítulo 8º de los Proverbios dice la Sabiduría de sí misma, que en la creación de todas las cosas se halló presente con el Altísimo componiéndolas todas. Esta Sabiduría es el Verbo humanado, que con su Madre Santísima estaba presente, cuando en su mente divina determinaba Dios la creación de todo el mundo; porque en aquel instante no sólo estaba el Hijo con el Eterno Padre y el Espíritu Santo en unidad de la naturaleza divina, pero también la humanidad que había de tomar, estaba en primer lugar de todo lo criado prevista e ideada en la mente divina del Padre, con la humanidad[146] la Madre Santísima que la había de administrar de sus purísimas entrañas. Y en estas dos personas estuvieron prevista todas sus obras, de que se obligaba el Altísimo para no atender, a nuestro modo de hablar, a todo lo que el linaje humano podía desobligarle, y los mismos ángeles para que no procediese a la creación de todo lo demás y restante de él y de 1as criaturas que para servicio del hombre estaba previniendo.

Miraba el Altísimo a su Hijo unigénito humanado y a su Madre Santísima, como ejemplares que había formado con la grandeza de su sabiduría y poder, para que le sirviesen como de originales por do iba copiando todo el linaje humano, y para que, asimilándole a estas dos imágenes de su divinidad, todos los demás saliesen también, mediante estos ejemplares, semejantes a Dios. Crió también las cosas materiales necesarias para la vida humana, pero con tal sabiduría, que también algunas sirviesen de símbolos que representasen en algún modo a los dos objetos a quien principalmente El miraba y ellos servían, Cristo y María. Por esto hizo las dos lumbres del cielo, sol y luna[147], que en dividir la noche, y el día, señalasen al sol de justicia Cristo y a su Madre Santísima, que es hermosísima como la luna[148], y dividen la luz y día de la gracia de la noche del pecado[149], y con sus continuas influencias iluminan el sol a la luna[150], y entrambos a todas las criaturas, desde el firmamento y sus astros y los demás hasta el fin de todo el universo.

Crió las demás cosas y les añadió más perfección mirando que habían de servir a Cristo y a María Santísima, y por ellos a los demás hombres, a quienes, antes de salir de su nada, les puso mesa gustosísima, abundante, segura y más memorable que la de Asuero[151], porque los había de criar para su regalo y convidados a las delicias de su conocimiento y amor; y como cortés señor y generoso no quiso que el convidado aguardase, mas que fuese todo uno el ser criado y hallarse sentado a la mesa del divino conocimiento y amor, y no perdiese tiempo en lo que tanto le importaba, como reconocer y alabar a su Hacedor.

Al sexto día de la creación[152] formó y creó[153] a Adán como de treinta y tres años, (la misma edad que Cristo había de tener en 1a muerte), y tan parecido a su humanidad santísima, que en el cuerpo

---

[146] Alguna diferencia se nota en "Míst. C."
[147] Gen. I. 16.
[148] Cant. VI, 9.
[149] Inoc. III escribió de María: "Qui jacet in nocte culpae, respiciat Lunam, deprecetur Mariam." (Serm. 2. de Ass) –S. Buenaventura añade: "Sicut Luna Inter. Corpora caelestia et terrestia est media, et quod ab illis accipit ad inferiora refundit, sic et Virgo regia inter nos et Deum est media, et gratiam ipsa nobis refundit." (Ser. 74 de Nat. Dom.) Y más expresamente el Cardenal Hugo (S. Lig. Glor. de Mar. III. 52.) "Luminare majus Christus qui praeesset justis: luminare minus María, quae praeesset peccatoribus."
[150] San Antonio (4. p. t. 15. c. 33.) dice: "Aliqui, ut refert B. August super psalmos, dicunt Lunam habere lumen suum non a se, sed a Sole... Ista igitur Luna (María) lumen suum gratiae utique a Sole justitiae recipit, ut ipsa ait (Luc. I): fecit mihi magna Qui potens est, et Sanctum nomen Ejus; Luna est spiritualiter María, de qua dicitur (Cant. IV) Pulcra ut Luna, illuminans viatores qui sunt in nocte hujus mundi tenebrosi."
[151] Est. I, 3.
[152] Gen. I, 27.

apenas se diferenciaban, y el alma también le asimiló a la suya. De Adán formó a Eva tan semejante a la Virgen, que la imitaba en todas sus facciones y persona. Miraba el Señor con sumo agrado y benevolencia estos dos retratos de los originales que había de criar a su tiempo, y por ellos les echó muchas bendiciones, como para entretenerse con ellos y sus descendientes, mientras llegaba el día que había de formar a Cristo y a María.

Pero el feliz estado en que Dios había criado a los dos primeros padres del género humano, duró muy poco, porque luego la envidia de la serpiente se despertó contra ellos, como quien estaba a la espera de su creación; aunque Lucifer no pudo ver 1a formación de Adán y Eva, como vio todas las otras cosas al instante que fueron criadas, porque el Señor no le quiso manifestar la obra de la formación[154] del hombre ni tampoco la creación de Eva de la costilla (que todo esto se lo ocultó su Majestad por algún espacio hasta que ya estaban los dos juntos). Pero cuando vio el demonio la compostura admirable de la naturaleza humana sobre todas las demás criaturas, la hermosura de las almas y también la de los cuerpos de Adán y Eva, y conoció el paternal amor con que los miraba el Señor, y que los hacía señores de todo lo criado, y les dejaba esperanzas de la vida eterna, aquí fue donde se enfureció más la ira de éste dragón; y no hay lengua que pueda manifestar la alteración con que se conmovió aquella bestia fiera, ejecutándole su envidia para que les quitase la vida, y, como un león, lo hiciera, si no conociera que le detenía otra fuerza más superior; pero confería y arbitraba modos cómo los derribaría de la gracia del Altísimo y los convertiría contra El.

Aquí se alucinó Lucifer, porque el Señor misteriosamente como desde el principio le había manifestado que el Verbo había de hacerse hombre en el vientre de María Santísima y no le declarando dónde y cuándo ni cómo, por eso le ocultó la creación de Adán y formación de Eva, para que desde luego comenzase a sentir esta ignorancia del misterio y tiempo de la Encarnación. Y como su ira y desvelo estaban prevenidos señaladamente contra Cristo y María Santísimos, sospechó si Adán había salido de Eva y ella era madre, y él el Verbo humanado en sus entrañas. Y crecía más esta sospecha en el demonio[155] por sentir aquella virtud divina que le detenía para que no los ofendiese en la vida. Mas como por otra parte conoció luego los preceptos que Dios les puso (que éstos no se le ocultaron, porque oyó la conferencia que tenían sobre ello Adán y Eva) salía poco a poco de la duda, y fue escuchando las pláticas de los dos padres y tanteando sus naturales, comenzando luego, como hambriento león, a rodearlos[156] y buscar entrada por las inclinaciones que conocía en cada uno de ellos. Pero hasta que se desengañó del todo, siempre vacilaba con ira contra Cristo y María Santísimos, y el temor de ser vencido de ellos, por la confusión de que le venciesen, que era lo que más sentía, particular de la Reina del Cielo por ser criatura pura y no Dios.

Reparando, pues, en el precepto que tenían Adán y Eva, armado de la engañosa mentira entró por ella a tentarlos, comenzando a oponerse y contravenir a la divina voluntad con todo conato. Y no comenzó acometiendo al varón sino a la mujer, porque la conoció de natural más delicado y débil, y porque contra ella iba más cierto que no era Cristo, y porque contra ella tenía suma indignación desde la señal que había visto en el cielo y la amenaza que Dios le había hecho con aquella mujer. Todo esto le arrastró y llevó primero contra Eva que contra Adán, y arrojóle muchos pensamientos o imaginaciones fuertes y desordenadas antes de manifestársele, para hallarla algo turbada y prevenida. Tomó forma de serpiente[157], y con ella habló a Eva trabando la conversación que no debiera, pues de oírle y responderle pasó a darle crédito, y de aquí a quebrantar el precepto para sí,

---

[153] Dice formó, en cuanto al cuerpo, y crió, en cuanto al alma. Y pone antes formó que crió, porque primeramente fue formado el cuerpo y después criada el alma.

[154] En "Míst." dice: "no le quiso manifestar la obra de la creación del hombre, ni tampoco la formación de Eva."

[155] Es doctrina común de los teólogos y de S. Tomás (I p. q. 64. a. 1; III p. 41. a. 1 y 5) y fundada en la Escritura, que el demonio, aun con alta ciencia natural de ángel, que conservó después de su caída, puede ignorar muchas cosas naturales, porque Dios se las oculte, y alucinarse con otras. De hecho el diablo dudó si Cristo era Dios, de lo contrario ni lo hubiera tentado en el desierto, ni hubiera inducido a los judíos a crucificarlo. Se alucinó también, cuando pensó vencer a Job, y no pudo conseguirlo. Y lo mismo le sucedió otras veces que señala la Escritura.

[156] I Pet. V, 8.

[157] Gen. III, 1.

y al fin persuadir a su marido que le quebrantase para sí y para todos, perdiendo ellos y nosotros el feliz estado en que los había puesto el Altísimo.

Cuando Lucifer vio la caída de los dos y la hermosura interior de la gracia y justicia original convertida en la fealdad del pecado, fue increíble el alborozo y triunfo que mostró a sus demonios; pero luego lo perdió, porque conoció cuán piadosamente se había mostrado el amor divino misericordioso con los dos delincuentes, y que les daba lugar de penitencia y esperanza del perdón y de su gracia, para la cual se disponían con el dolor y contrición. Y conoció Lucifer, que se les restituía la hermosura de la gracia y amistad de Dios; con que de nuevo se volvió a turbar todo el infierno, viendo los efectos de 1a contrición. Y creció más su llanto viendo la sentencia que Dios fulminaba contra los reos, en que se equivocaba el demonio; y sobre todo le atormentó oír, que se le volviese a repetir aquella amenaza: -La mujer te quebrantará la cabeza[158],como había oído en el cielo.

Los partos de Eva se multiplicaron después del pecado, y por él se hizo la distinción y multiplicación de buenos y malos, escogidos y réprobos, unos que siguen a Cristo nuestro redentor y maestro, y otros a Satanás. Los escogidos siguen a su Capitán por fe, humildad, caridad, paciencia y todas las virtudes; y para conseguir el triunfo son asistidos, ayudados y hermoseados con la divina gracia y dones que les mereció[159] por el mismo Señor y Reparador de todos. Pero los réprobos, sin recibir estos beneficios y favores de su falso caudillo ni aguardar otro premio más que la pena y confusión eterna del infierno, le siguen por soberbia, presunción, ambición, torpezas y maldades introducidas por el padre de mentira[160] y autor del pecado.

Con todo esto la inefable benignidad del Altísimo les dio su bendición, para que con ella creciesen y se multiplicasen el linaje humano[161]. Pero dio permiso su altísima providencia, para que el primer parto de Eva llevase las primicias del primer pecado en el injusto Caín, y el segundo señalase en el inocente Abel al reparador del pecado, Cristo Señor Nuestro, comenzando juntamente a señalarle en figura y en imitación, para que en el primer justo se estrenase la ley de Cristo y su doctrina, de que todos los restantes habían de ser discípulos padeciendo por la justicia[162] y siendo aborrecidos y oprimidos de los pecadores y réprobos y de sus mismos hermanos. Para esto se estrenaron en Abel la paciencia, humildad y mansedumbre, y en Caín la envidia y todas las maldades que hizo en beneficio[163] y en perdición de sí mismo, triunfando el malo y padeciendo el bueno, y dando principio en estos espectáculos a los que tendría el mundo en su progreso compuesto de las dos ciudades, de Jerusalén para los justos, y Babilonia para los réprobos, cada cual con su capitán y cabeza.

Quiso también el Altísimo que el primer Adán fuese figura del segundo[164] de la creación[165], pues como antes del primero le crió y ordenó la república de todas las criaturas de que le hacía señor y cabeza; y así con su Unigénito dejó pasar muchos siglos antes de enviarle para que hallase pueblo en la multiplicación del linaje humano, de quien había de ser cabeza, maestro y rey verdadero, para que no estuviese un punto sin república y vasallos; que éste es el orden y armonía maravillosa con que todo lo dispuso la divina sabiduría, siendo postrero en la ejecución el que fue primero en la intención.

---

[158] Ibid, 15.
[159] Míst. = que les mereció el mismo Señor...
[160] Joa. VIII, 44.
[161] Gen. IV, 3 y sig.
[162] Mat. X, 21. 22.
[163] Míst. = en beneficio del justo y en...
[164] "Adae, qui est forma futuri." (Rom. V, 14). Y como Adán fue figura de Cristo, así Eva de María. S. Epif. (Her. 48), S. Cipriano, (Ser. 2 de Nat. Virg.) y otros Padres. Eva (del hebreo hává, vixit) significa vida y madre de los vivientes por la naturaleza; como María saludada por el Angel Ave (vivi, voz hebrea también de hává, pero colocadas las letras de Eva a la inversa) es nuestra vida, y la madre de todos los vivientes por la gracia.
[165] Míst. = del segundo en el modo de la creación.

Y caminando más el mundo, para descender el Verbo del seno del Eterno Padre y vestirse nuestra mortalidad, eligió y previno un pueblo segregado y nobilísimo y el más admirable[166] que antes ni después hubo, y en él un linaje ilustre y santo, de donde descendiese, según la carne humana. Con este su pueblo obró el muy alto muchos favores y sacramentos y misterios altísimos, como después en su Iglesia santa se han ido manifestando, sin que jamás se haya dormido[167] ni dormitado el que se constituyó por guarda de Israel.

Hizo profetas y patriarcas santísimos, que en figuras y profecías nos evangelizasen de lejos lo que ahora tenemos en posesión, para que los veneremos, conociendo el aprecio que ellos hicieron de la ley de gracia, las ansias y clamores con que la desearon y pidieron. A este pueblo manifestó Dios su ser inmutable por muchas revelaciones, y ellos a nosotros por las Escrituras, encerrando en ellas inmensos misterios que alcanzásemos y conociésemos por la fe. Y todos los cumplió y acreditó el Verbo humanado, dejándonos con esto la doctrina segura y el alimento de las Escrituras santas para su Iglesia. Y aunque los profetas y justos de aquel pueblo no pudieron alcanzar la vista corporal de Cristo, pero fue liberalísimo el Señor con ellos, manifestándoles[168] en profecías y moviéndoles el afecto para que pidiesen su venida y la redención de todo el linaje humano. Y la consonancia y armonía de todas estas profecías, misterios y suspiros de los Padres antiguos eran para el Altísimo una suavísima música que resonaba en lo íntimo de su pecho, con que (a nuestro parecer) entretenía el tiempo y aun le aceleraba, de bajar a conversar con los hombres[169].

---

[166] Se entiende en el orden temporal, no en el espiritual. Que el pueblo hebreo, en cuanto a los beneficios temporales, fue el más admirable de todos los pueblos, fácilmente se puede probar. Empero en lo espiritual, fue superado por el pueblo cristiano, como la realidad supera a la figura, pues al fin no fue otra cosa que figura del cristianismo (I. Cor. X). Sin embargo, hablando con propiedad, los cristianos no son un pueblo; porque, si pueblo, según su verdadero significado, es una sociedad de hombres distinta de otra por el origen, lengua, etc.; los cristianos forman parte de todos los pueblos, aun de los primeros y de los mismos hebreos. De modo que no siendo propiamente los cristianos un pueblo distinto de los otros, no se puede establecer parangón entre ellos y un verdadero pueblo especialmente tal. Los cristianos, "non est judaeus, neque graecus" dice San Pablo (ad Gal. III, 28).

[167] Ps. 124.

[168] Míst. = manifestándoseles.

[169] Mística, cap. XI, 1. 1.

PARÁGRAFO SEXTO

Declárase cómo eligió y favoreció el Altísimo a su pueblo figurado en la ley de gracia.

Por no me detener mucho en llegar a lo que voy buscando de las preparaciones que hizo este Señor para enviar al mundo al Verbo humanado y a su Madre Santísima, las diré sucintamente por el orden de las divinas Escrituras.

El Génesis contiene lo que toca al exordio y creación del mundo para el linaje humano, la división de las tierras y gentes, el castigo y restauración, la confusión de las lenguas y origen del pueblo escogido, bajada a Egipto y otros muchos y grandes sacramentos que declaró Dios a Moisés, para que por él nos diesen a conocer el amor y justicia que desde el principio mostró con los hombres para atraerlos a su conocimiento y servicio, y señalar lo que tenia determinado hacer en lo futuro.

El Exodo contiene lo que sucedió en Egipto con el pueblo escogido, las plagas y castigos que envió para rescatarle misteriosamente, la salida y tránsito del mar, la ley escrita dada con tantas prevenciones y maravillas, y otros muchos sacramentos y misterios que Dios obró por su pueblo, afligiendo unas veces a sus enemigos, otras a ellos, castigando a unos como juez severo y corrigiendo a otros como padre amantísimo, enseñándoles a conocer beneficio en los trabajos. Hizo grandes maravillas por la vara de Moisés, en figura de la cruz, donde el Verbo humanado había de ser cordero sacrificado para unos remedio y para otros ruina[170], como lo era la vara, y lo fue el mar rubro que defendió al pueblo con murallas de agua, y con ellas anegó a los gitanos. Iba en todos estos misterios tejiendo la vida de los santos de alegría y de llanto, de trabajos y refrigerios, y todo con infinita sabiduría y providencia lo copiaba de la vida y muerte que había de tener Cristo Señor Nuestro.

En el Levítico describe y ordena muchos sacrificios y ceremonias legales para aplacar a Dios, porque significaban el Cordero que se había de sacrificar por todos y después nosotros a Su Majestad con la verdad ejecutada de aquellos figurativos sacrificios. También declara las vestiduras de Aarón, sumo sacerdote y figura de Cristo, aunque no había de ser él de orden tan inferior, sino según el orden de Melquisedech[171].

Los Números contienen las mansiones del desierto, figurando lo que había de hacer con la Iglesia santa y con su Unigénito humanado y su Madre Santísima, y también con los demás justos que según diversos sentidos todo se comprende en aquellos sucesos de la columna de fuego, del maná, de la piedra que dio agua, y otros misterios grandes que contiene en otras obras. Y encierra también los que pertenecen a la aritmética, y en todo hay profundos sacramentos.

El Deuteronomio es como segunda ley, y no diferente sino diverso modo repetida y más apropiadamente figurativa de la ley evangélica, porque habiéndose de alargar (por ocultos juicios de Dios y las conveniencias que su sabiduría conocía) el tomar carne humana, renovaba y disponía leyes que pareciesen a la que después había de establecer por su Unigénito.

Jesús Nave o Josué introduce al pueblo de Dios en la tierra de promisión, y se la divide pasado el Jordán, obrando grandes hazañas, como figura harto ex-presa de Nuestro Redentor en el nombre y en las obras; en que representó la destrucción de los reinos que poseería el demonio, y la separación y división que de buenos y malos se hará el último día.

Tras de Josué (estando ya el pueblo en la posesión de la tierra prometida y deseada, que primero y propísimamente[172] significa y representa 1a Iglesia adquirida por Jesucristo con el precio de su sangre) viene el libro de los Jueces que Dios ordena para gobierno de su pueblo, particularmente en

---

[170] Luc. II, 34.
[171] Ps. CIX, 4. –Hebr. VII, 4, 9.
[172] Mística C. = primera y propiamente representaba la Iglesia.

las guerras que por sus continuados pecados e idolatrías padecían de los filisteos y otros enemigos sus vecinos, de que los defendía y libraba cuando se convertían a El por penitencia y enmienda de la vida. En este libro se refiere lo que hizo Débora, juzgando al pueblo y libertándole de una grande opresión; y Jael también, que concurrió a la victoria; mujeres fuertes y valerosas. Y todas estas historias son expresa figura y testimonio de lo que pasa en la Iglesia.

Acabados los Jueces, son los Reyes que pidieron los Israelitas, queriendo ser como las demás gentes en el gobierno. Contienen los libros grandes misterios de la venida del Mesías. Helí, sacerdote, y Saúl, rey, muertos, dicen la reprobación de la ley vieja. Sadoc y David figuran el nuevo reino y sacerdocio de Jesucristo, y la Iglesia con el pequeño número que en ella había de haber en comparación del resto del mundo. Los otros reyes de Israel y Judá y sus cautividades señalan otros grandes misterios de la Iglesia santa.

Entre los tiempos dichos estuvo el pacientísimo del Señor Job[173], cuyas palabras son tan misteriosas, que ninguna tiene sin profundos sacramentos de la vida de Cristo Nuestro Señor, de la resurrección de los muertos y del último juicio en la misma carne en número que cada uno tiene, de la fuerza y astucia del demonio y sus conflictos. Y sobre todo le puso Dios por un espejo de paciencia a los mortales, para que en él aprendiésemos todos cómo debemos padecer los trabajos después de la muerte de Cristo que tenemos presente, pues antes hubo santo que, vista tan de lejos, la imitó en tanta paciencia.

Pero en los muchos y grandes profetas que Dios envió a su pueblo (en tiempo de sus reyes porque entonces necesitaba más de ellos) hay tantos misterios y sacramentos, que ninguno dejó el Altísimo de los que perteneciesen a la venida del Mesías y su ley, que no se lo revelase y declarase; y lo mismo hizo, aunque de más lejos, con los antiguos padres y patriarcas; y todo era multiplicar retratos y como estampas del Verbo humanado, y prevenirle y prepararle pueblo, y la ley que había de enseñar.

En los tres grandes patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, depositó grandes y ricas prendas para poderse llamar Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, queriendo honrarse con este nombre para honrarlos a ellos, manifestando su dignidad y excelentes virtudes, y los sacramentos que les había fiado para que diesen nombre a Dios tan honroso. Al patriarca Abrahán, para hacer aquella representación tan expresa de lo que el Eterno Padre había de hacer con su Unigénito, le tentó y probó mandándole sacrificar a Isaac[174]; pero cuando el obediente padre quiso ejecutar el sacrificio, lo impidió el mismo Señor que lo había mandado, porque sólo para el Eterno Padre se reservase la ejecución de tan heroica obra, sacrificando con efecto a su Unigénito, y sólo en amago se dijese lo había hecho Abrahán; en que parece fueron los celos del amor divino fuertes[175] como la muerte; pero no convenía que tan expresa figura quedase imperfecta, y así se cumplió sacrificando Abrahán un carnero, que también era figura del Cordero que había de quitar los pecados del mundo[176].

A Jacob le mostró aquella misteriosa escala llena de sacramentos y sentidos[177], y el mayor fue representar al Verbo humanado, que es el camino y escala por donde subimos al Padre, y de El bajó Su Majestad a nosotros; y por su medio suben y descienden ángeles que nos ilustran y guardan, llevándonos en sus manos para que no nos ofendan las piedras[178] de los errores, herejías y vicios de.

---

[173] Aunque la Ven. habla de Job inmediatamente después de ocuparse de los reyes de Israel y Judá y de sus cautividades, es evidente que no fija el tiempo de Job entre el de estos reyes, pues la expresión "Entre los tiempos dichos..." que usa, es genérica e igualmente puede abarcar en ella los tiempos de los Jueces, de Josué y de Moisés, como los posteriores. Además Sor María, al citar aquí los libros y hechos de la Escritura, no declara, ni se obligó a seguir exactamente el orden cronológico; al contrario, la vemos, después de haber hablado de la cautividad Babilónica, volver atrás, a hablar de los profetas que vivieron en tiempos de los reyes, y a remontarse seguidamente hasta los patriarcas.

[174] Gen. XXII, 1.
[175] Cant. VIII, 6.
[176] Joa. I, 29.
[177] Gen. XXVIII, 12.
[178] Ps. XC, 12.

que está sembrado el camino de la vida mortal; y en medio de ellos subamos seguros por esta escala con la fe y esperanza desde esta Iglesia santa, que es la casa de Dios, donde no hay otra cosa que puerta del cielo y santidad.

A Moisés, para constituirle Dios de Faraón y capitán de su pueblo, le mostró aquella zarza mística[179] que sin quemarse ardía, para señalar en profecía la Divinidad encubierta en nuestra humanidad, sin derogar lo humano a lo divino, ni consumir lo divino a lo humano. Y junto con este misterio señalaba también la virginidad perpetua de la Madre del Verbo, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, y que no la mancharía ni ofendería el ser hija de Adán ni venir vestida y derivada de aquella naturaleza abrasada con la primera culpa.

Hizo también a David a la medida de su corazón[180], con que pudo dignamente cantar las misericordias del Altísimo[181], como lo hizo comprendiendo en sus Salmos todos los sacramentos y misterios no sólo de la ley de gracia, pero de la escrita y natural. No se le caen de la boca los testimonios, los juicios y las obras del Señor, porque también los tenía en el corazón para meditar de día y de noche[182]. Y en perdonar injurias fue expresa imagen del que había de perdonar las nuestras; y así le fueron hechas las promesas más claras y firmes de la venida del Redentor del mundo.

Salomón, rey pacífico, y en esto figura del verdadero Rey de reyes, dilató su grande sabiduría en manifestar por diversos modos de escrituras los misterios y sacramentos de Cristo, especialmente en la metáfora de los Cantares, donde encerró los misterios del Verbo humanado de su Madre Santísima y de la Iglesia y fieles. Enseñó también la doctrina para las costumbres por diversos modos, y de aquella fuente han bebido el agua de la verdad y vida otros muchos escritores.

Pero, ¿quién podrá dignamente engrandecer el beneficio de habernos dado el Señor, por medio de su pueblo, el número loable de los profetas santos, donde la eterna Sabiduría copiosamente derramó la gracia de la profecía, alumbrando a su Iglesia con tantas luces, que desde muy lejos comenzaron a señalarnos el Sol de justicia y los rayos que había de dar en la ley de gracia con sus obras? Los dos grandes profetas, Isaías y Jeremías, fueron escogidos para evangelizarnos alta y dulcemente los misterios de la encarnación del Verbo, su natividad, vida y muerte. Isaías nos prometió[183], que concebiría y pariría una virgen y nos darían[184] un hijo que se llamara Emanuel, y que que un pequeñuelo hijo nacería para nosotros, y llevaría su imperio sobre sus hombros; y todo lo restante de la vida de Cristo lo anunció con tanta claridad, que parecía su profecía evangelio. Jeremías dijo[185] la novedad que Dios había de obrar con una mujer que tendría en su vientre un varón, que sólo podría ser Cristo, Dios y hombre perfecto[186]; anunció su venta, pasión, oprobios y muerte. Suspensa y admirada quedo en la consideración de estos profetas. Pide lsaías[187] que envíe el Señor al Cordero que ha de señorear al mundo, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión; porque este Cordero, que es el Verbo humanado, en cuanto a la divinidad estaba en el desierto del cielo, que faltándole hombres se llama desierto; y llámase piedra por el asiento, firmeza y quietud eterna de que goza. El monte, adonde pide que venga, en lo místico es la Iglesia santa, y primero María Santísima, hija de la visión de paz, que es Sión; y la interpone el profeta por medianera para obligar al Padre Eterno que envíe al Cordero, unigénito suyo, porque en todo el resto del linaje humano no había quien le pudiese obligar tanto como haber de tener tal Madre que le diese a este

[179] Ex. III, 2.
[180] I. Reg. XIII, 14.
[181] Ps. LXXXVIII, 1.
[182] Ps. CXVIII, XVIII.
[183] VII, 14; IX, 6.
[184] En la “Mística” dice “daría”.
[185] XXXI, 22.
[186] Th. III.
[187] XVI, 1.

Cordero[188] el vellocino de su humanidad santísima; y esto es lo que contiene aquella dulce oración y profecía de Isaías.

Y Ezequiel vio también esta Madre Virgen en la figura o metáfora de aquella puerta cerrada[189], que para solo el Dios de Israel estaría patente, y ningún otro varón entraría por ella. Habacuc[190], contempló a Cristo Señor Nuestro en la cruz, y con profundas palabras profetizó los misterios de la redención, y los admirables efectos de la pasión y muerte de Nuestro Redentor. Joel[191] describe la tierra de las doce tribus, figura de los doce apóstoles que habían de ser cabezas de todos los hijos de la Iglesia; también anunció la venida del Espíritu Santo sobre los siervos y siervas del muy alto, señalando el tiempo de la venida y vida de Cristo. Y todos los demás profetas por partes la anunciaron, porque todo quiso el Altísimo que quedase dicho y profetizado y figurado tan de lejos y tan abundantemente, que todas estas obras admirables pudiesen testificar el amor y cuidado que tuvo Dios para con los hombres, y cómo enriqueció a su Iglesia, y asimismo para culpar y reprender nuestra tibieza, pues aquellos antiguos padres y profetas sólo con las sombras y figuras se inflamaron en el divino amor, e hicieron cánticos de alabanza y gloria para el Señor; y nosotros, que tenemos la verdad y el día claro de la gracia, estamos sepultados en el olvido de tantos beneficios, y, dejando la luz, buscamos las tinieblas[192].

[188] Míst. = la piel y vellocino.
[189] XLIV, 2.
[190] III.
[191] II, 28.
[192] Míst. cap. XI, 1. 1.

PARÁGRAFO SÉPTIMO

Cómo habiéndose propagado el linaje humano, crecieron los clamores de los justos por la venida del Mesías, y los pecados para desobligar al Señor.

Dilatóse a gran número la posteridad y linaje humano, multiplicándose los justos y los injustos, los clamores de los santos por el Reparador y los delitos de los pecadores para desmerecer este beneficio. El pueblo del Altísimo y el triunfo del Verbo, que había de humanarse, estaban ya en las últimas disposiciones que la voluntad divina obraba en ellos para venir el Mesías; porque el reino del pecado en los hijos de perdición había dilatado su malicia casi hasta los últimos términos, y había llegado el término necesario del remedio y el tiempo oportuno para que el Todopoderoso lo ejecutara. Habíase aumentado la corona y méritos de los justos, y los profetas y santos padres con el júbilo de la divina luz conocían que se acercaba la salud y la presencia de su redentor, y multiplicaban sus clamores pidiendo a Dios se cumpliesen las profecías y promesas hechas a su pueblo; y delante el trono real representaban la prolija y larga noche[193] que había corrido en las tinieblas del pecado desde la creación del primer hombre y las idolatrías que había en el resto de los demás.

Cuando la antigua serpiente había inficionado con su aliento todo el orbe, y, al parecer, gozaba de la pacífica posesión de los mortales, y cuando ellos, desatinando de la luz de la misma razón natural[194] y de la que podían tener por la ley escrita, en lugar de buscar la Divinidad verdadera, fingían muchas falsas, y cada cual buscaba dios a su gusto, sin advertir que la confusión de tantos dioses, aun para perfección, orden y quietud era repugnante; cuando con estos errores se habían naturalizado en la malicia, ignorancia y olvido del verdadero Dios, y se ignoraba la mortal dolencia y el letargo que en el mundo se padecía, sin abrir la boca los míseros dolientes para pedir el remedio; cuando reinaba la soberbia, y el número de los[195] insipientes era sin número, y la arrogancia de Lucifer intentaba beberse las aguas puras del Jordán[196]; cuando Dios estaba con estas injurias más ofendido y menos obligado de los hombres, y el atributo de la justicia tenía más justificada su causa para aniquilar todo lo criado convirtiéndolo a su antiguo ser:

En esta ocasión (a nuestro entender) convirtió el Altísimo su atención al atributo de su misericordia, e inclinó el peso de su infinita e incomprensible equidad con la ley de la clemencia, y se quiso dar por más obligado de su bondad misma y de los clamores y servicios de los justos y profetas de su pueblo, que desobligarse de la maldad y ofensas de todo el resto de los pecadores; y, en aquella noche tan pesada de la ley antigua, determinó el Altísimo dar prendas ciertas del día de la gracia, enviando al mundo dos luceros clarísimos que anunciasen la claridad y venida del sol de justicia, Cristo Nuestro Salvador. Estos fueron San Joaquín y Santa Ana prevenidos y criados por la divina voluntad para que fuesen hechos a medida de su corazón. San Joaquín tenía casa, familia y deudos en Nazaret, pueblo de Galilea[197]; y fue siempre varón justo y santo, ilustrado con especial gracia y luz de lo alto. Tenía inteligencias de muchos misterios de las Escrituras, y con fe y perseverancia pedía por la venida del Mesías.

La felicísima Santa Ana tenía casa en Belén, y era doncella castísima, humilde y hermosa, y desde su niñez santa, compuesta y llena de virtudes. Tuvo también grandes y continuas ilustraciones del Altísimo, y siempre ocupaba su interior en grandiosa contemplación, siendo juntamente muy

---

[193] Sap. XVII, 20.
[194] Rom. I, 20. y sig.
[195] Eccl. I, 15.
[196] Job. XL, 18.
[197] La familia de San Joaquín, como la de San José, era descendiente de Judea, pero como se había establecido en Nazaret, pasaba como si fuese de Galilea. Así dice el P. Croiset, el que también de Santa Ana escribe que nació en Belén de Judá.

oficiosa y trabajadora, con que llegó a la plenitud de perfección de las vidas activa y contemplativa. Tenía noticia infusa de las Escrituras divinas y profunda inteligencia de sus escondidos misterios y sacramentos; y en las virtudes infusas fe, esperanza y caridad, fue incomparable. Con estos dones prevenida oraba continuamente por la venida del Mesías, y sus ruegos fueron tan aceptos al Señor para acelerar el paso, que singularmente le pudo responder había herido su corazón en uno de sus cabellos[198], pues sin duda alguna en apresurar la venida del Verbo tuvieron los merecimientos de Santa Ana altísimo lugar entre los de los santos del Testamento Viejo.

Hizo la bendita Matrona oración a Dios, para que le diese en el estado del matrimonio compañía a propósito para ser perfecta y observar los preceptos del Señor. Y la misma petición hizo San Joaquín; con que merecieron locución divina cada uno de por sí para que los dos tomaran el estado de matrimonio. Obedecieron a Su Majestad, y estuvieron casados veinte años viviendo en paz y tranquilidad quieta en Nazaret, procediendo y caminando por las justificaciones del Señor; y con rectitud y sinceridad dieron el lleno de las virtudes a sus obras, y se hicieron muy agradables y aceptos al Altísimo sin reprensión. De las rentas y frutos de su hacienda en cada año hacían tres partes: la primera ofrecían al templo de Jerusalén para el culto del Señor; la segunda distribuían a los pobres; y con la tercera sustentaban su casa y familia decentemente; y Dios les aumentaba los bienes temporales, porque los expendían con tanta largueza y caridad.

Los veinte años que he dicho estuvieron sin sucesión estos Santos casados[199]; cosa que en aquella edad y pueblo se tenía por más infelicidad y desgracia, por lo que padecieron entre sus vecinos, parientes y conocidos muchos oprobios, por lo cual pidieron con afecto fervoroso a Dios fruto de bendición[200]. Hicieron voto de dedicar al servicio y consagración del templo el hijo o hija que les diere Su Majestad; y fue providencia divina que, antes de conocerla, hicieran este voto, porque después, si no se hallaran compelidos los santos padres de la obligación del voto, no pudieran desasirse de la hermosísima y santísima hija que Dios les dio.

Oyó Su Majestad las súplicas de estos dos Santos, y envióles de las alturas al Arcángel San Gabriel[201], y les anunció que tendrían una hija, que sería bendita entre las mujeres. Y a Santa Ana le declaró había de ser madre del Mesías prometido, pero ella lo guardó en su pecho; y con fervor seráfico engrandeció al muy alto, por lo que la favorecía su diestra[202].

---

[198] Cant. IV, 19.

[199] S. Greg. de Niza (Or. In Nat. Dom.) escribe: "Pater Virginis expers sobolis senescebat, propterea quod conjux ejus ad liberorum procreationem apta non esset." S. Juan Damasc. (De FIDE Ort. I. IV, c. 15), S. Andr. de Creta y otros. (Cor. at. Lap. in Mat. XII, 46).

[200] San Juan Dam. (Or. I, in Deip. Nat.), Epifan. (Ora. de laud. Deip.), y la Ig. Grieg. (Antol. Die 9 dec. Ode aa 181).

[201] El embajador escogido por Dios para anunciar todos los misterios pertenecientes a la Redención, primero en tiempo de Daniel (IX, 24 y sig.) después a Zacarías (Luc. I, 15) y más tarde a la Santísima Virgen (ib. 26).

[202] Este parág. es un extracto del cap. XII del lib. 1º de la Mística.

PARÁGRAFO OCTAVO

De la inmaculada concepción de María Santísima por la virtud del poder divino y altísimo.

Prevenidas tenía la divina Sabiduría todas las cosas, para sacar en limpio del borrón de toda la naturaleza a la Madre de la gracia. Estaba ya junta y cumplida la congregación y número de los patriarcas antiguos y profetas, y levantados los altos montes sobre quien se debía edificar esta ciudad mística de Dios[203]. Habíale señalado con el poder de su diestra incomparables tesoros de su Divinidad para darle y enriquecerla. Teníale mil ángeles aprestados para su guarnición y custodia, y que la sirviesen como vasallos fidelísimos a su Reina y Señora[204]. Preparóle un linaje real y nobilísimo de quien descendiese, y escogióle padres santísimos y perfectísimos de quien inmediatamente naciese, sin haber otros más santos en aquel siglo, que si los hubiera, a ellos escogiera la divina providencia.

Dispúsolos con abundante gracia y bendición de su diestra, y los enriqueció con todo género de virtudes y con iluminación de la divina ciencia y dones del Espíritu Santo. Y después de haberlos evangelizado a los dos Santos Joaquín y Ana, que se les daría una hija admirable y bendita entre las mujeres[205], se ejecutó la obra de la primera concepción, que era la del cuerpo purísimo de María. Tenían los padres de edad, cuando se casaron, Santa Ana 24 años y Joaquín 46. Pasáronse veinte años después del matrimonio sin tener hijos, y así tenía la madre al tiempo de la concepción de la de la hija 44 años, y el padre 66. Y aunque fue por el orden común de las demás concepciones, a ésta la virtud del Altísimo le quitó lo imperfecto y desordenado, y le dejó lo necesario y preciso de la naturaleza para que se administrase la materia debida, de que se había de formar el cuerpo más excelente que hubo ni ha de haber en pura criatura[206].

Puso Dios término a la naturaleza en los padres[207], y la gracia previno que no hubiese culpa ni imperfección por virtud y merecimiento y toda medida en el modo que, siendo natural y común, fue

---

[203] Ps. LXXXVI, 2.

[204] Ha sido siempre uña creencia piadosa que la Santísima Virgen fue asistida de gran número de ángeles. San Bernardino de Siena (in Biblioth.) escribió: "Assistebant illi (Mariae) innumerabiles multitudines Angelorum in ejus protectionem: pie enim creditur quod plurimus legiones Angelorum habuit ad, custodiam et protectionem suam, cum et Eliseus, ut legitur (4 Reg. VI) Angelorum multítudinem habuerit ad sui defensionem." V. San Buen. (in. c. I. Luc).

[205] Es tradición antiquísima de los Padres que San Joaquín y Santa Ana habían recibido de parte del Señor promesa de tener descendencia. S. Epif. (adv. collyr. haer. 79), Suárez (3 p. q. 27. d. 2 & 1.) S. Jerón. (de ortu Virg.); Greg. Niz., Nicef. Damasc., San Germ., San Fulgerto, etc.

[206] Pura criatura no quiere decir limpia de mancha, sino simple, mera criatura. Jesucristo, siendo Dios y hombre, no era una pura, es decir, simple criatura, sino una criatura divinizada con la unión hipostática En cambio la Santísima Virgen, a pesar de ser tan superior a las demás criaturas y tan vecina a la Divinidad, es llamada muchas veces por la Venerable pura criatura, es decir, no más que criatura.

Que la virtud del Altísimo quitó lo imperfecto y desordenado, esto es, el fomes y la concupiscencia, a los padres de la Virgen María en la concepción de su cuerpo, se confirmará muchas veces después. Aquí bastará aducir las palabras de Isidoro Arzobispo de Tesalónica, el cual en el sermón 2º de la Pres. de la Virg. Mar. n. 12 y 13 dice "Oh vere justas preces. ¡Oh pura labia propter Deum mota, et veluti ad hoc condita, ut praefinitum mysterium ad eorum petitionem impleretur!... Oportebat ut ad congresum illum (maritalem) unde Virginis conceptio processit, non aliud quidquam quam congressus cum Deo (per orationem) impelleret; ut purissima Illa sola etiam propheticum illud evitaret, ac de ipsa affirmare posset "in iniquitatibus concepta non fui:" et rursus "solum non concepit in peccatis me mater mea"... quod quidem ostenderunt Genitores ipsi per ea quae praestiterunt"

[207] "Natura gratiae cedit ac tremula stat, progredi non sustinens Quoniam itaque futurum erat ut Dei Genitrix ac Virgo ex Anna oriretur, natura gratiae foetum antevertere mínime ausa est; verum tantisper expectavit, dum gratia fructum, suum produxisset" S. Juan Dam. (Serm. I. de Nativ. Virg.)- Focio obíspo de Constant. (Hom. de Nat. Virg.)- S. Germán (Orat. 2. de Praes. Virg.) Y otros de gravísima autoridad.

Es doctrina antiquísima, apoyada por muchos Padres y teólogos, que "in Conceptione Virginis non habuisse Ejus Parentes illum motum concupiscentiae" Galatino (lib. 7 de Arcan. c. 8), Juan María Zamoro (L 2 de Emin. Deip. perfec. c. 17. n. 19) Franc. Guerra, ob. de Cádiz (Maj. grat et virt. Deip. t. I, disc. 2, fragm 3, punct. 2), Fernández (in c 26 Gen.

gobernado, corregido y perfeccionado con la fuerza de la divina gracia, para que ella hiciese su efecto sin estorbo de la naturaleza. Y en la santísima Ana resplandeció más la virtud de lo alto por la esterilidad que tenía; con lo cual de su parte el concurso fue milagroso en el modo, y en la sustancia más puro; y sin milagro no podía concebir, porque la concepción que se hace sin é1 y por sola natural virtud y orden, no ha de tener recurso ni dependencia inmediata de otra cosa sobre-natural más que de sola la de los padres; y así como concurren naturalmente al efecto de la propagación, así también administran la materia y concurso con imperfección y sin medida.

Pero en esta concepción, aunque el padre no era naturalmente infecundo, por la edad y templanza estaba ya la naturaleza corregida y casi atenuada, y así fue por la divina virtud animada y preparada y prevenida, de suerte que pudo obrar y obró de su parte con toda perfección y tasa de las potencias y proporcionadamente a la esterilidad de la madre. Y en entrambos concurrieron la naturaleza y la gracia, aquella cortés, medida y sólo en lo preciso e inexcusable, y ésta superabundante, poderosa y excesiva para absorber a la misma naturaleza, no confundiéndola pero realzándola y mejorándola con modo milagroso de suerte que se conociese cómo la gracia había tomado por su cuenta esta concepción, sirviéndose de la naturaleza lo que bastaba para que esta inefable hija tuviese padres naturales[208].

Y el modo de reparar la esterilidad de la santísima madre Ana no fue restituyéndole el natural temperamento que le faltaba a la potencia natural para concebir, para que así restituido concibiese como las demás mujeres sin diferencia, antes bien el Señor concurrió con la potencia estéril con otro modo más milagroso, para que administrase materia natural de que se formase el cuerpo; y así la potencia y la materia fueron naturales, pero el modo de moverse fue milagroso concurso de la virtud divina[209]. Y cesando el milagro de esta admirable concepción, se quedó la madre en su antigua esterilidad para no concebir más, por no habérsele quitado ni añadido nueva calidad al temperamento natural[210]. Este milagro me parece se entenderá con el que hizo Cristo Señor Nuestro[211], cuando Pedro anduvo sobre las aguas, que para sustentarlo no fue necesario endurecerlas ni convertirlas en cristal o hielo, sobre que anduviese naturalmente, y pudieran andar otros sin milagro más del que se hiciera en endurecerlas, pero sin convertirlas en duro hielo pudo el Señor hacer que sustentasen al cuerpo del apóstol concurriendo con ellas milagrosamente[212], de suerte que, pasado el milagro, se hallaron las aguas líquidas, y aun lo estaban también mientras San Pedro corría por ellas, pues comenzó a zozobrar y anegarse; y sin alterarlas con nueva calidad se hizo el milagro.

---

sect. 14. n. 4 et sect. 9 n. 15), Novarino (in Umb. Virg. c. 35, n. 1220); Espinelo (L de Throno Dei, c. 18), Juan Vatu. Novato (tom. I, de Emin. Deip. c. 3. q. 2) y otros.

[208] "Decuit ut ad summum miraculum via per miracula sterneretur; et ut in fabricanda Virgine, gratia naturam juvaret ac praeveniret. et ut parentes Virgínis ad talem fructum suscipiendum sese desideriis, et orationibus disponerent." (S. Juan Dam. Orat de Nat Virg. apud. Suar 3 p. q. 27, disp. 2. & l.) S. Ans (Libr. de Conc. Virg. p. 1) y otros. Si en la concepción del profeta Samuel y en la del Bautista intervino milagro, como nos lo asegura la Escritura, ¿por qué no lo ha de haber igual y todavía mayor en la concepción de la Madre del Hijo de Dios?

[209] Si la materia en potencia fue natural, y puesta en acto o movimiento no por la fuerza de la naturaleza, sino por virtud divina, como dice aquí admirablemente Sor María, en cierto modo puede aplicarse también a este caso el principio de Santo Tomás (1-2. q. LXXXI, a. 4) "si aliquis formaretur virtute divina ex carne humana, vis activa non derivaretur ab Adam, unde non contraheret peccatum originale: sicut nec actus manus pertineret ad pecatum humanum, si manus non moveretur a voluntate hominis, sed ab aliquo extrínseco movente" "Etiamsi vis activa esset aliquater ex potentia humana, attamen si modus quo potentia movetur sit ex virtute divina, semper verum est foetum formari virtute divina."

[210] Luego el moviente principal de la concepción non fue "vis activa seminis, secus enim posset et aliis vicibus concipere", sino la virtud divina.

[211] Mat. XIV, 29.

[212] Acertadísima comparación, para demostrar cómo "mater potuit concipere virtute divina, permanente sterilitate naturali, nempe etsi impotentia naturae in ea non fuerit ablata, sed tantummodo supleta potentia activa divina."

Muy semejante a éste (aunque mucho más admirable), fue el milagro de concebir Ana, madre de María Santísima; y así estuvieron sus padres en esto gobernados con la gracia, tan abstraídos de la concupiscencia y delectación, con que le faltó a la culpa original[213] la forma del instrumento[214] con que se ejecuta y comunica, quedando sólo la materia de él, con que ni pudo resultar el pecado ni sus efectos en esta concepción[215]. Y este milagro reservó el Altísimo para sola aquella que había de ser su Madre dignamente, porque, siendo conveniente que en lo substancial de su concepción, fuese engendrada por él orden que los demás hijos de Adán, fue también convenientísimo y debido que, salvando la naturaleza, concurriese con ella la gracia en toda su virtud y poder, señalándose y obrando en Ella sobre todos los hijos de Adán y sobre el mismo Adán y Eva, que dieron principio a la corrupción de la naturaleza y a su desordenada concupiscencia.

En esta formación del purísimo cuerpo de María Santísima anduvo tan vigilante (a nuestro entender) la sabiduría y poder del Altísimo, que le compuso con gran peso y medida en la cantidad y cualidad de los cuatro humores naturales, sanguíneo, melancólico, flemático y colérico, para que con la proporción perfectísima de esta mezcla ayudasen sin impedimento las operaciones de alma tan santa como le había de animar y dar vida. Y este milagroso temperamento y compostura fue después como principio y causa en su género para la serenidad y paz que conservaron las potencias de la Reina del cielo toda su vida, sin que alguno de estos humores le hiciese guerra ni contradicción, ni predominase a los otros, antes bien se ayudaban y servían recíprocamente para conservarse en aquella bien ordenada fábrica sin corrupción ni putrefacción; porque jamás la padeció el cuerpo de María Santísima, ni le faltó ni sobró cosa alguna, pero todas las cualidades y cantidades tuvo siempre ajustadas en proporción, sin más ni menos sequedad o humedad necesaria para la conservación, ni más calor de lo que bastaba para la defensa y decocción, ni más frialdad de la que se pedía para refrigerar y ventilarse los demás humores.

Y no porque en todo era este cuerpo de tan admirable compostura dejó, de sentir la contrariedad de las inclemencias del calor y frío y de las demás, y las influencias de los astros, antes bien cuanto era más medido y perfecto, tanto la ofendía más cualquiera extremo por la parte que tiene menos del otro contrario con que defenderse; aunque en tan atemperada complexión los contrarios hallaban menos que alterar y en que obrar, pero por 1a delicadeza era lo poco más sensible que en otros cuerpos lo mucho. No era aquel milagroso cuerpo (que se formaba en el vientre de Santa Ana) capaz de dones espirituales antes de tener alma, mas lo era de los dones naturales, y éstos le fueron concedidos por orden y virtud sobrenatural con tales condiciones como convenían para el fin de la gracia singular a que se ordenaba aquella formación sobre todo orden de naturaleza y gracia; y así le fue dada una complexión y potencias tan excelentes que no podía llegar a formar otras semejantes toda la naturaleza por sí sola.

Y como a nuestros primeros padres Adán y Eva los formó la mano del Señor con aquellas condiciones que convenían para la justicia original y estado de la inocencia, y en este grado salieron aún más mejorados que sus descendientes, si los tuvieran (porque las obras del Señor sólo son más perfectas), a este modo obró su omnipotencia (aunque en más superior y excelente modo) en la formación del cuerpo virginal de María Santísima, y tanto con mayor providencia y abundancia en la gracia, cuanto excedía esta criatura no sólo a los primeros padres que habían de pecar luego, pero a todo el resto de las criaturas corporales y espirituales. Y a nuestro modo de entender puso Dios más cuidado en solo componer aquel cuerpecito de su Madre, que en todos los orbes celestiales, y

---

[213] Véase la nota I al fin del parágrafo.

[214] Así la llama también Santo Tomás, causa instrumental. “In semine autem corporali est peccatum originale sicut in causa instrumentali, eo quod per virtutem activam seminis traducitur peccatum originale in prolem sicut cum natura humana.”

[215] Para poder apreciar la vasta y profunda doctrina que se encierra en estas expresiones de la Venerable, es necesario formarse una idea lo más precisa que sea posible del pecado original, de las causas y del modo con que se transmite. Véase la nota XXIII, p. 1, t. VI Míst. C. de Dios.

cuanto se encierra en ellos[216]. Y con esta regla se han de comenzar a medir los dones y privilegios de esta Ciudad de Dios[217], desde las primeras zanjas y fundamentos sobre que se levantó su grandeza hasta llegar a ser inmediata y la más vecina a la infinidad del Altísimo.

Tan lejos como esto se halló el pecado, y el fomes de que resulta[218], en esta milagrosa concepción, pues no sólo no lo hubo en la Autora de la gracia (siempre señalada y tratada con esta dignidad), pero aun en sus padres para concebirla estuvo enfrenado y atado, para que no se desmandase y perturbase a la naturaleza, que en aquella obra se reconocía inferior a la gracia y sólo servía de instrumento al superior[219] Artífice, que es superior a las leyes de naturaleza y gracia. Y desde aquel principio comenzaba ya a destruir al pecado, y a minar y batir el castillo del fuerte armado[220], para derribarle y despojarle de lo que tiránicamente poseía.

El día en que sucedió la primera concepción del cuerpo de María Santísima, fue domingo, correspondiente al día de la creación de los ángeles, cuya Reina había de ser y Señora superior a todos. Y aunque para la formación y aumentó de los demás cuerpos son necesarios, por orden natural y común, muchos días para que se organicen y reciban la última disposición para infundirse en ellos el alma racional, y dicen que para los varones se requieren cuarenta y para las mujeres ochenta, poco más o menos, conforme al calor natural y disposición de las madres, pero en la formación corporal de María Santísima la virtud divina aceleró el tiempo natural, y lo que en ochenta (o los que naturalmente eran necesarios) se había de obrar, se hizo más perfectamente en siete, en los cuales fue originario[221] y preparado aquel milagroso cuerpo en el aumento y cuantidad debida en el vientre de Santa Ana, para recibir el alma santísima de su hija, Señora y Reina Nuestra[222].

Y el sábado siguiente y próximo a esta primera concepción se hizo la segunda, criando el Altísimo el alma de su Madre e infundiéndole en su cuerpo; con que entró en el mundo la pura criatura más santa, perfecta y agradable a sus ojos de cuantas ha criado y criará hasta el fin del mundo ni por sus eternidades. En la correspondencia que tuvo esta obra con la que hizo Dios criando todo el resto del mundo en siete días, como lo refiere el Génesis[223], tuvo el Señor misteriosa atención, pues aquí, sin duda, descansó con la verdad de aquella figura, habiendo criado la suprema criatura de todas, dando con ella principio a la obra de la encarnación del Verbo divino y a la redención del linaje humano. Y así fue para Dios este día como festivo y de pascua, y también para todas las criaturas.

Por este misterio de la Concepción de María Santísima ha ordenado el Espíritu Santo que el día del sábado fuese consagrado a la Virgen en la santa Iglesia, como día en que se le hizo para Ella el mayor beneficio criando su alma santísima y uniéndola con su cuerpo, sin que resultase el pecado original ni efecto suyo. Y el día de su concepción, que celebra hoy la Iglesia, fue no el de la primera de solo el cuerpo, sino el día de la segunda concepción o infusión del alma, con la cual estuvo nueve meses ajustados en el vientre de Santa Ana, que son los que hay desde la concepción hasta la natividad de esta Reina[224]. Y los siete días antecedentes a la animación estuvo solo el cuerpo

---

[216] Con razón, pués, llama San Juan Cris. (Hom. in Hippopantem Domini) a la SS. Virgen Magnum revera mundi Miraculum. Y otros, como Fulberto Carnoten. (Ser. de Ortu Virg.) atribuyeron al Espíritu Santo la formación de aquél cuerpecito: "Beata Virgo, tupote templum Dei, a Spíritu Sancto est cogmentata et sancte structa." V. S. Juan Dam. Or. de Nat. Virg.

[217] Suar, in 3 q. 27, disp. 3, sect 5. vat. 5.

[218] Como causa o condición sine qua non, no como causa eficiente. Véase la nota XXVIII antes citada.

[219] Míst. "al supremo..."

[220] Luc. XI, 22.

[221] Míst. C. de Dios "organizado".

[222] Véase la nota 2ª al fin del parágrafo.

[223] Gén. 1.

[224] Por las palabras que usa la Iglesia en el oficio de la Inmaculada consta evidentemente que el 8 de Diciembre intenta celebrar la concepción pasiva de la Virgen "Hodie concepta est Virgo María" "Conceptio est hodie Sanctae Mariae Virginis" "Conceptionem hodiernam perpetuae Virginis." Así como por éstas "Nativitas est hodie Sanctae Mariae Virginis" se significa que el 8 de Septiembre celebra la natividad de la Santísima Virgen.

disponiéndose y organizándose por la virtud divina[225] para que correspondiese esta creación a la que cuenta Moisés de todas las criaturas que compusieron y formaron el mundo en su principio. Y al instante de la creación e infusión del alma de María Santísima fue cuando la beatísima Trinidad dijo aquellas palabras con mayor afecto de amor que cuando las refiere Moisés: Hagamos a María a nuestra imagen y semejanza, a nuestra verdadera Hija y esposa para Madre del Unigénito de la sustancia del Padre.

Con la fuerza de esta divina palabra y del amor con que procedió de la boca del Omnipotente, fue criada e infundida en el cuerpo de. María Santísima su alma dichosísima, llenándola al mismo instante de gracia y dones sobre los más altos serafines del cielo[226], sin haber instante en que se hallase desnuda ni privada de la luz, amistad y amor de su Criador, ni pudiese tocarle la mancha y oscuridad del pecado original, antes en perfectísima y suprema justicia a la que tuvieron Adán y Eva en su creación. Fuéle también concedido el uso de la razón perfectísimo y correspondiente a los dones de la gracia que recibía, no para estar sólo un instante ocioso, más para obrar admirables efectos de sumo agrado para su Hacedor[227]. En la inteligencia y luz de este misterio grandioso me confieso absorta, y que mi corazón (por mi insuficiencia para explicarle) se convierte en afectos de admiración y alabanza, porque mi lengua enmudece. Miro la verdadera arca del testamento fabricada, y enriquecida, y colocada en el templo de una madre estéril con más gloria que la figurativa en casa de Obededón[228] y de David, y en el templo de Salomón[229]; veo formado el altar en el Sancta-Sanctorum[230], donde se ha de ofrecer el primero sacrificio que ha de vencer y aplacar a Dios, y veo salir de su orden a la naturaleza para ser ordenada, y que se establecen nuevas leyes contra el pecado no guardando las leyes comunes ni del pecado, ni de la naturaleza, ni de la misma gracia, y que se comienzan a formar otra nueva tierra y cielos nuevos[231], siendo el primero el vientre de una humildísima mujer, a quien atiende la Santísima Trinidad y asisten innumerables cortesanos del antiguo cielo, y se destinan mil ángeles para hacer custodia del tesoro de un cuerpecito animado de la cuantidad de una abejita[232].

Yen esta nueva creación se oyó resonar con mayor fuerza aquella voz de su Hacedor, que agradado de la obra de su omnipotencia, dice que es muy buena[233]. Llegue con humildad piadosa la flaqueza humana a esta maravilla, y confiese la grandeza del Criador, y agradezca el nuevo beneficio concedido a lodo el linaje humano en la Reparadora de él. Y cesen ya los indiscretos celos y porfías, vencidos con la fuerza de la luz divina, porque si la bondad infinita de Dios (como se me

---

[225] Por esto, San Gregorio Nazianceno escribió (Epist. Ad. Nemesium): "Beata Virgo, tupote templum Dei, a Spiritu Sancto est coagmentata, et Sancta structa." El Damasceno (Orat. 1 de Nat. Mar.): "O praeclaram Annae vulvam, in qua tacitis incrementis ex ea auctus et formatus fuit foetus sanctisimus!" Y Nicolás Paflag. (Or in Nat. Virg.) llama a la generación de la Santísima Virgen in Annae utero "generationem supernaturalem, novamque et inauditam conceptionem."

[226] Virgo sanctificata fuit in utero super omnes sanctos et angelos, dice San Vicente Ferrer. Y que la Santísima Virgen ya en el primer instante de su inmaculada concepción recibió gracia superior a la de todos los santos y ángeles justos, lo defiende Suárez, a quien siguen los PP. Spinelli, Recupito (T. 3. L. 136 del P. Fran.co Pepe) y la Colombiere (Pred. 29). Véase S. Alfonso, Glor. de María, del nacim. de María.

[227] No es una simple opinión privada, dice el P. La Colombiere, Serm. 31, sino sentencia universal que María Santísima, recibiendo en el útero de Santa Ana la gracia santificante, recibió al mismo tiempo el perfecto uso de razón, con una grande luz divina correspondiente a la gracia de que fue adornada. (San Alfonso 1. cit.) S. Bernardino de Sena (Serm. 51 de B. M. V. c. 2, a 1). El Card. Cayetano, y otros graves autores citados por Suárez (in 3 p. Thom. q. 27, disp. 4) sostienen que María desde el primer instante de su concepción tuvo el uso de razón.

[228] II Reg. VI, 11, 12.

[229] III Reg. VIII, 6.

[230] Ib. VI, 16.

[231] Isai. LXV, 17.

[232] A ninguno medianamente instruido en las Sagradas Letras pasará inadvertida la profunda doctrina teológica contenida en este párrafo de la Ven.: se necesitaba un tomo entero para comentar la extensión de los conceptos. Y por lo que toca al fin del párrafo, la Escritora está de perfecto acuerdo con la ciencia de todos los fisiólogos antiguos y modernos. Omitiendo otros, Chaussier dice: "Trigésimo die embrión volumen habet formica majoris, aut muscae ordinariae magnitudinis."

[233] Gen. I, 31.

ha mostrado) en la concepción de su Madre Santísima miró al pecado original como airado y enojado con él gloriándose de tener justa causa y ocasión oportuna para arrojarle y atacar su corriente, ¿cómo a la ignorancia humana le puede parecer bien lo que a Dios le fue tan aborrecible?[234]

Al tiempo de infundir el alma en el cuerpo de la divina Señora[235], quiso el Altísimo que su madre Santa Ana sintiese y reconociese la presencia de 1a Divinidad por modo altísimo, con que fue llena del Espíritu Santo y movida interiormente con tanto júbilo y devoción sobre sus fuerzas ordinarias, que fue arrebatada en un éxtasis soberano donde fue ilustrada con altísimas inteligencias de muy escondidos misterios, y alabó al Señor con nuevos cánticos de alegría. Y estos efectos le duraron todo el tiempo restante de su vida, pero fueron mayores en los nueve meses que tuvo en su vientre el tesoro del cielo, porque en este tiempo se le renovaron y repitieron estos beneficios mas continuamente con inteligencia de las Escrituras divinas y de sus profundos sacramentos. O dichosísima mujer, llámente bienaventurada y alábente las naciones todas y generaciones del orbe[236].

Notas adicionales al Parágrafo octavo.

Nota lª (pág. 161)

Declara mejor Sor María estos conceptos en la "Mística", (lib. I, n. 214), "tan abstraídos, (dice allí) de la concupiscencia y delectación, que le faltó aquí a la culpa original el accidente imperfecto, que de ordinario acompaña a la materia o instrumento con que se comunica. Quedó sólo la materia desnuda de imperfección, siendo la acción meritoria. Y así por esta parte pudo muy bien no resultar el pecado en esta concepción, teniéndolo por otra la divina Providencia así determinado."

"Le faltó aquí a la culpa original el accidente imperfecto," expresión exactísima. Este accidente imperfecto "est fomes, id est, concupiscentia ipsa, qua afficitur materia, id est, humanum semen (causa instrumentalis, justa S. Th. 1-2, q. LXXXIII, a. 1) quo peccatum originale communicatur toti supposito humano, statim ac anima rationalis infunditur in corpus; ex carne enim et anima fit aliquid unum, unde qualitas, seu infectio carnis participatur ab anima. Revera per generationem, virtute seminis, traducitur natura ab Adam seminaliter propagata, et consequenter per concomitantia seu resultantiam traducitur et culpa, quia traducitur natura privata justitia originali, in qua privatione consistit essentialiter peccatum originale (Billuart, Sum. sum. tr. de pec. dis. VI, ar. II). Cum igitur infectio seu corruptio originalis peccati traducatur per actum generationis, et ideo ea infectio sit praecipue in potentia generativa cui hujusmodi actus deservit (S. Th. ib. a. 4, ad 2): inde fit ut, purgata a tali infectione potentia generativa per absentiam concupiscentiae, desit medium quo peccatum originale traducitur. Quod autem absente omnino concupiscentia non posit non abesse peccatum originale in generatione, ex eo patet, quod juxta S. th. (I. p. q. XCV, a. 1) absentia concupiscentiae non potest haberi nisi per praesentiam gratiae supernaturalis gubernantis actum generationis; cum subjectio corporis ad animam et inferiorum virium ad rationem non sit naturalis, et ideo detur ad effectum plusquam naturale."

Y este es el sentido en el que los escolásticos, que explican la transmisión del pecado original por influjo físico, (con S. Tom. in 2 dist. 30, q. 1, a. 2 ad 4, -y 1-2, q. 83, a. 1, in c. et ad 5, -y San Buen. in 2 dís. 31, a. 1, q. 3) dicen que la concupiscencia es la causa de la transmisión del pecado original: y así, faltando, como dice la. Ven., este accidente imperfecto en la materia o causa instrumental de la trasmisión, necesariamente debía también faltar la transmisión del pecado. Libido est quae peccatum originale trasmittit in prolem, escribe S. Aug. (De nupt. Et concup.)

---

[234] Cuando escribía esto la Ven. había muchos teólogos demasiado celosos en querer incluir también a la Madre de Dios en el número de los manchados por el pecado original.
[235] Véase la nota nueva correspondiente a este lugar que se pone en VI tomo.
[236] V. Mís. C. de D., lib. I, cap. XV.

Y que la concepción de María Santísima faltase este accidente imperfecto, es el sentir de los Padres y Doctores. Así San Juan Da. (Or. I, de Nat. Virg.); San Jerón. (Ser. de nat. Mar.); Foc. Constant. (Hom. de Nat. Virg.); San Ildef. (Ser. de Nat. B. Mar.); Fulb. Carn. (Ser. de Ort. Virg.); San Germ. (Or. 2, de Praes. Virg.); San Ans. (Lib. de Conc. Virg. P. 1); la Iglesia Griega (in Maeneis die 25 jul. Od. 3, de obdorm. S. Annae) "Velut Sol quidam cum Luna conjunctus Joachimus cum Anna radium Virginis produxit"; y San Greg. Nac. Ep. ad Nemesi). Y con la autoridad de los Padres admirablemente concuerda la revelación hecha a Santa Brígida por la misma Madre de Dios: "Pro certo dico tibi, quod ex charitate divina, et ex verbo Angeli nuntiantis, non ex concupiscentia aliqua voluptatis, sed contra voluptatem suma ex divina dilectione convenerunt carne: et sic ex semini eorum per divinam charitatem caro mea compaginata est." (Lib. I, Rev. cap. 18.)

Nota 2.ª (pág. 165)

Gab. Vazquez (in 3 p. disp. 117), Aldret. de la Concep. (dip. 1, sec. 6) y otros enseñaron que el tiempo de la animación en la Santísima Virgen era incierto.-Calderón (in apolog. pro tit. Inmac. Concep. c. 7), Granado (disp. 3, c. 1, sec. 2) y Nieremberg (De obj. Fest. Conc.), sostienen que entre la concepción activa o del cuerpo y la pasiva o animación de la Santísima Virgen, sólo medió un espacio brevísimo de horas "brevissimo horarum intervallo conceptionem seminalem ab animatione Deiparae fuisse sejunctam". -Tirso González (Opusc. de Concept. n. 237) demuestra que él sigue enteramente la revelación de la Ven Madre: "Mihi maxime arridet, (dice) sententia illa quae modo circumfertur, affirmans "primam conceptionem" Beatae Virginis factam esse initio decembris, die dominica, per correspondentiam ad primum diem creationis in qua conditi sunt angeli in quorum Reginam electa fuerat Beatissima Virgo: "conceptionem vero secundam" factam esse septima die a prima, id est sabbato proxime sequenti, 8 decembris, per correspondentiam ad septiman diem in qua perfecta est creatio, et Deus quievit ab omni opere quod patraverat: et hoc eodem instanti in quo anima illa creata et infusa est corpori, eximiis gratiae dotibus fuisse ornatam, et ideo diem sabbati specialiter fuisse deputatum cultui Beatae Virginis; quia divina Omnipotentia septem illis diebus perfectius organizavit ac disposuit corpus ad infusionem animae, quam virtute solius naturae disponi solet corpus foemineum ad receptionem animae intra longum illud tempus quod medici et philosophi assignant vel 80, vel 50, vel 40 dierum."

Evidentemente, pues, consta que en tiempos pasados se disputó entre los teólogos acerca del tiempo de las dos concepciones de la Virgen María y que discreparon unos de otros. -Ahora bien, ¿pudo el Señor revelar a la Ven. Madre el día precisamente de la Concepción de la Virgen, y manifestarle cuál de las opiniones fuera la verdadera? Desde luego, tres circunstancias parece que dan la respuesta afirmativa. 1ª) que esta cuestión pudo muy bien ser objeto de revelación privada; 2ª) que ningún teólogo de los contendientes supo aducir en pro de su sentencia una razón de conveniencia tan ajustada como la de nuestra Venerable, y 3ª) que guarda perfecta conformidad esta revelación hecha a la Ven. con la que, según S. Anselmo, (epist. ad coepis, suos) dio origen en Occidente a la fiesta de la Concepción de la Bienaventurada Virgen María.

La manifestación del día de la concepción espiritual de la Santísima Virgen indudablemente puede ser objeto de revelación privada, como se prueba en la nota I a la lª P. de la Míst. t. VI.

La dilación de los siete días, según la Ven., fue un misterio, para que correspondiese el principio de la reparación del mundo a su primera construcción o creación. Los santos Padres, hablando de María Santísima en su concepción, la llamaron comúnmente Aurora, para significar que en Ella comenzó la regeneración del mundo. Así S. Bernardo (In deprecat. Ad glorios Virg.), S. Pedro Damiano (Serm. 4, de Assump. Virg.), Ricardo de San Lorenzo (L. 7, de laud Virg.), Felipe Abad (Cap. 10 in Cant.) y otros. Y Sergio de Jerusalén, ocupándose de la generación de María, dice expresamente: "Haec jam nascitur, et una cum Ipsa mundus renascitur ac renovatur." Renaciendo, pues, con María el mundo, era conveniente que correspondiese esta renovación a su primitivo nacimiento u origen; y por esto escribe Fulberto Carnot (Ser. de Ortu Virg.), al tratar de la formación del cuerpo de la Virgen: "Juxta mundi qualitates praeparatur vas virgineum, divinis charismatibus ut margaritis ineffabiliter ornatum". Y así como en la formación del mundo empleó Dios siete días y consagró el séptimo, en su descanso, para la celebración del complemento de esta obra, solemnizando en cierto modo el nacimiento, como dice Filón (Lib. de victimis): "quod septimus dies Mundi natalis est"; del mismo modo, habiendo Dios empleado otros siete días en la formación del cuerpo de María, pequeño mundo con que daba principio a la renovación del otro mundo grande, quiso también consagrar el día

séptimo, infundiéndole el alma santísima, en la que tuvo El su descanso. Por lo cual este día (el sábado) quedó dedicado a conmemorar el primer nacimiento de María, esto es, su concepción pasiva.

La concepción, que en la revelación hecha al abad Elsino de Reims se le encargaba celebrar, fue la creación de María, que en otra cosa no podía consistir que en la infusión del alma en el cuerpo. "Promitte Deo et mihi, (le dijo el Pontífice que se le apareció y que nadie duda fue San Nicolás) quod diem Conceptionis et creationis Matris Domini nostri J. C. solemniter celebrabis et celebrandum praedicabis." Y él respondió: "Ecquis dies in hoc festo celebrandus erit? Sexto, ait, idus decembris hoc festum solemnizandum tenebis." (Passaglia, de Imm. Virg. Concep. p. 3, sect. 7, cap. 2, a. 2).

PARÁGRAFO NONO

De los hábitos de virtudes con que dotó el Señor el alma de María Santísima, y las primeras operaciones que obró.

El impetuoso corriente de su divinidad[237] encaminó Dios a letificar esta mística ciudad del alma santísima de María, tomando su corrida desde la fuente de su infinita sabiduría y bondad, con que y donde había determinado el Altísimo depositar en esta divina Señora los mayores tesoros de gracia y virtudes que jamás se dieron ni se darán a otra alguna criatura. Y cuando llegó la hora de dárselos en posesión, que fue al mismo instante que tuvo el ser natural, cumplió el Omnipotente a su satisfacción y gusto el deseo que desde su eternidad tenía como suspendido hasta que llegase el tiempo oportuno de desempeñarse de su mismo afecto. Hízolo este fidelísimo Señor derramando todas las gracias y dones en aquella alma santísima de María en el instante de su concepción en tan eminente grado, cual ninguno de los santos ni todos juntos pudieron alcanzar ni con lengua humana se puede manifestar.

Pero aunque fue adornada entonces, como esposa que descendía del cielo[238], con todo género de hábitos infusos, no fue necesario que luego los ejercitase todos, más de solos aquellos que podía y convenían al estado que tenía en el vientre de su Madre. En primer lugar fueron las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objeto a Dios. Estas ejercitó luego, conociendo la Divinidad por altísimo modo de la fe, con todas las perfecciones y atributos que tiene, con la trinidad y distinción de las personas, y no impidió este conocimiento a otro que se le dio del mismo Dios, como luego diré. Ejercitó también la virtud de la esperanza, que mira a Dios como a objeto de la bienaventuranza y último fin, adonde luego se levantó y encaminó aquella alma santísima por intensísimo deseo de unirse con ella[239], sin haberse convertido a otra cosa ni estar sólo un instante sin este movimiento. La tercera virtud de la caridad, que mira a Dios como infinito y sumo bien, ejercitó en el mismo instante con tal intensión y aprecio de la Divinidad, que no podrán llegar todos los serafines a tan eminente grado en su mayor fuerza y virtud[240].

Las otras virtudes que adornan y perfeccionan la parte racional de la criatura, tuvo en el grado correspondiente a las teologales, y las virtudes morales y naturales en grado milagroso y sobrenatural, y mucho más altamente tuvieron este grado en el orden de la gracia los dones del Espíritu Santo y frutos suyos, tuvo ciencia infusa y hábito de todas ellas y de las artes naturales, con que conoció y supo todo lo natural y sobrenatural que convino a la grandeza de Dios, de suerte que desde el primer instante en el vientre de su Madre fue más sabia, más prudente, más ilustrada y capaz de Dios y de todas sus obras, que todas las criaturas (fuera de su Hijo Santísimo) han sido ni serán eternamente. Y esta perfección consistió no sólo en hábitos que le fueron infusos en tan alto grado, sino en los actos que correspondían a esos hábitos según su condición y excelencia, y según en aquel instante los pujo ejercer con el divino poder; que para esto ni tuvo límite, ni se sujetó a otra ley más de a su divino y justísimo beneplácito.

Y porque todas estas virtudes y gracias y de sus operaciones se dirá adelante, sólo explicaré aquí algo de lo que obró en el instante de su concepción con los hábitos que le infundieron y luz actual que con ellos recibió. Con los actos de las virtudes teologales (como he dicho) y la virtud de la religión y las demás cardinales que a éstas siguen, conoció a Dios como en sí es, y como criador y

---

[237] Ps. XLV, 5.
[238] Apoc. XXI, 2.
[239] En la Míst. se lee "con El".
[240] Del mismo modo se expresa Suárez (in 3 p. q. 27, disp. 4, sect. 1) "...Tertio addo, datam fuisse Virgini (in sua prima sanctificatione) intensiorem gratiam quam ulli hominum aut Angelorum in sua prima sanctificatione… Quarto addo, pium et verisimile esse credere gratiam Virginis in prima sanctificatione intensiorem fuisse quam supremam gratiam in qua consummantur Angeli et hominess."

glorificador; y con heroicos actos le reverenció, alabó, dio gracias porque la había criado, y le amó, temió y adoró, y le hizo sacrificio de magnificencia, alabanza y gloria por su ser inmutable. Conoció los dones que recibía (aunque alguno se le ocultase) y por ellos dio gracias con profundísimas humillaciones y postraciones corporales que luego hizo en el vientre de su Madre[241]. Y con aquel cuerpecito tan pequeño y con estos actos mereció más en aquel estado que todos los santos en el supremo de su santidad.

Sobre los actos de la fe infusa tuvo otra noticia y conocimiento del misterio de la Divina[242] y Santísima Trinidad. Y aunque no la vio intuitivamente como bienaventurada en aquel instante de su concepción, pero vióla abstractivamente por otra luz y vista inferior a la visión beatífica, más superior a todos los otros modos con que Dios se puede manifestar o se muestra al entendimiento criado; porque le fueron dadas unas especies de la Divinidad tan claras y manifiestas, que en ellas conoció el ser inmutable de Dios, y en El a todas las criaturas, con mayor luz y evidencia que ninguna otra criatura se conoce por otra[243]. Y fueron estas especies como un espejo clarísimo, en que resplandecía toda la Divinidad y en ella las criaturas; y así las vio y conoció todas en Dios con esta luz y especies de la divina naturaleza, con mayor distinción y claridad que por otras especies y ciencia infusa las conoció en sí mismas.

Y por todos estos modos le fueron luego patentes, desde el instante de su concepción, todos los hombres, los ángeles con sus órdenes, dignidad y operaciones, y todas las criaturas irracionales con sus naturalezas y condiciones. Y conoció la creación, estado y ruina de los ángeles; la justificación y gloria de los buenos y la caída y castigo de los malos; el estado primero de Adán y Eva con su inocencia, el engaño y la culpa y la miseria en que por ella quedaron los primeros padres y por ellos todo el linaje humano; la determinación de la divina voluntad para su reparo y cómo se lba acercando y disponiendo; conoció el orden y naturalezaa de los astros y planetas, la condición y disposición de los elementos; el purgatorio, limbo, e infierno y cómo todas estas cosas y las que dentro de sí encierran, habían sido criadas por el divino poder y por él mismo eran mantenidas y conservadas sólo por su bondad infinita, sin tener de ellas alguna necesidad[244]. Y sobre todo entendió rnuy altos sacramentos sobre el misterio que Dios había de obrar haciéndose hombre para redimir a todo el linaje humano, habiendo dejado a los malos ángeles sin este remedio.

Por todas estas maravillas que fue conociendo por su orden aquella santísima alma de María, en el instante que fue unida con su cuerpo, fue también obrando heroicos actos de las virtudes con incomparable admiración, alabanza, gloria, adoración, humillación, amor de Dios y dolor de los pecados cometidos contra aquel sumo bien que reconocía por autor y fin de tanta obras admirables. Ofrecióse luego en sacrificio aceptable para el Altísimo, comenzando desde aquel punto con fervoroso afecto a bendecirle y amarle por lo que conocía le habían faltado de amar y reconocer así los malos ángeles como los hombres. Y a los ángeles santos (la que era ya Reina suya) les pidió la ayudasen a glorificar al Criador y Señor de todos, y que pidiesen también por Ella.

---

[241] Supuesto el perfecto uso de la razón en la Santísima Virgen desde el instante de su concepción, bien pudo hacer en el seno de su Madre las inclinaciones y postraciones que dice Sor María. ¿No saltó de gozo el Precursor del Mesías en el seno de Santa Isabel? (Luc. I, 41). Y nótese con todos los Padres y Doctores ortodoxos, que el sobresalto del Bautista no fue movimiento puramente natural, sino sobrenatural, y que, según la opinión más probable y más común había recibido ya el uso de razón. ¿No podía, pues, hacer una cosa semejante la Santísima Virgen para adorar a Dios en la forma que escribe la Ven.?

[242] Míst. "de la Divinidad".

[243] Esta visión abstractiva es de las que los teólogos llaman "visiones extra Verbum". S. Bernardino de Sena, dice: "Tanto lumine illustrata fuit B. V. cum etiam esset in ventre matris, quod non tantum plena fuit lumine rationis, sed etiam altissimae contemplationis... Ad tantam contemplationem sublimata est ut perfectius, etiam in ventre matris, contemplaretur Deum, quam unquam contemplatus fuit aliquis in perfecta aetate." (Tom. I, Serm. 61).

[244] II. Mach. XIV, 35.

Manifestóle también el Señor en aquel instante los ángeles de guarda[245] que le daba, y los vio y conoció, y les hizo benevolencia y obsequio, y los convidó a que alternativamente con cánticos de loor alabasen al muy alto. Y los previno de que había de ser este oficio el que habían de ejercitar, con Ella todo el tiempo de la vida mortal, que la habían de asistir y guardar. Conoció asimismo toda su genealogía y todo lo restante del pueblo santo y escogido de Dios, los patriarcas y profetas, y cuán admirable había sido Su Majestad en los dones y gracias y favores que con ellos había obrado. Y es digno de toda admiración, que siendo aquel cuerpecito, en el primer instante que recibió el alma santísima, tan pequeño que apenas se pudieran percibir sus potencias exteriores, con todo eso, para que no le faltase alguna milagrosa excelencia de las que podían engrandecer a la escogida para Madre de Dios, ordenó su poder que con el conocimiento y dolor de la caída del hombre llorase y derramase lágrimas en el vientre de su madre, conociendo la gravedad del pecado contra el sumo bien[246].

Con este milagroso afecto pidió luego, en el instante de su ser, por el remedio de los hombres, y comenzó el oficio de su medianera, abogada y reparadora, y presentó a Dios los clamores de los santos Padres y de los justos de la tierra, para que su misericordia no dilatase la salud de los mortales, a quienes miraba ya como a hermanos. Y antes de conversar con ellos los amaba con ardentísima caridad, y tan presto como tuvo el ser natural tuvo el ser su bienhechora con el amor divino y fraternal que ardía en su divino corazón. Estas peticiones aceptó el Altísimo con más agrado que todas las oraciones de los santos y ángeles, y le fue manifestado a la que era criada para Madre del mismo Señor el afecto que Su Majestad tenía a los hombres y el deseo de bajar a redimirlos; con que despertó más las peticiones de aquella alma santísima para suplicárselo, y el muy Alto se daba por más obligado, para acelerar esta venida, de los ruegos y peticiones de esta criatura por quien principalmente venía y en quien había de recibir carne de sus mismas entrañas y obrar en Ella lo más admirable de todas sus obras y el fin de todas juntas; pero no conocía su dicha de que era la elegida para Madre.

Pidió también en el mismo instante de su concepción por sus padres naturales, Joaquín y Ana, que antes de verlos con el cuerpo los vio y conoció en Dios, y luego ejercitó con ellos la virtud del amor, reverencia y agradecimiento de hija, reconociéndolos por causa segunda de su ser natural. Hizo también otras muchas peticiones en general y en particular por diferentes causas. Y con la ciencia infusa que tenía, compuso luego cánticos de alabanza en su mente y corazón, por haber hallado a la puerta de la vida la dracma[247] preciosa que perdimos todos en nuestro primer principio. Halló a la gracia que le salió al encuentro[248], y la Divinidad que la esperaba en los umbrales de la naturaleza[249]. Y sus potencias toparon en el instante de su ser al nobilísimo objeto que las movió y estrenó, porque se criaban sólo para él; y habiendo de ser suyas en todo y por todo, se le debían las primicias de sus operaciones, que fueron en el conocimiento y amor divino, sin que hubiese en esta Señora ser sin conocer a Dios, ni conocimiento sin amor, ni amor sin merecimiento. Ni en esto hubo cosa pequeña, ni medida con leyes comunes y reglas generales. Grande fue todo y grande salio de la mano del Altísimo para caminar, crecer y llegar hasta ser tan grande que solo Dios fuese mayor. ¡Oh qué hermosos pasos[250] fueron los tuyos, Hija del Príncipe, pues con el primero llegaste a la Divinidad! Hermosa eres[251] dos veces, porque tu gracia y hermosura es sobre toda hermosura y

---

[245] S. Tomás, Arzob. de Valencia (in Con. B. M. V.) al hablar de María, dice: "In animatione tua acies validas spiritualium virtutum et innumerabilium beatorum spirituum militiam delegatam fuisse, nullatenus ambigimus; tupote qui custodiret lectulum Salomonis purissimum, ne praeparato, aeterno regi hospitium alienus hospes invaderet." Jorge de Nicomedia (Or. de praec. B. V.) "Oportebat, escribe –ut nedum unus ei ángelus ministraret sed et decies decem millia suo satellitio adessent." –Fulbert de Chartres (Or. de Virg. Nat.) insiste en lo mismo.

[246] Véase la nota al fin del parágrafo.

[247] Luc. XV, 9.

[248] Eccli. XV, 2.

[249] Sap. VI, 15.

[250] Cant. VII, 1.

[251] Ib. IV, 1.

gracia. Divinos son tus ojos[252], y tus pensamientos son como la púrpura del Rey, pues llevaste su corazón, herido[253] de estos cabellos 1e enlazaste y le trajiste preso de tu amor al gremio de tu virginal vientre y corazón[254].

Aquí fue donde verdaderamente dormía la esposa del Rey y su corazón velaba[255]. Dormían aquellos corporales sentidos, que apenas tenían su forma natural ni habían visto la luz material del sol, y aquel divino corazón, más incomprensible por la grandeza de sus dones que por la pequeñez de su ser natural, velaba en el tálamo de su madre con la luz de la Divinidad que le bañaba y encendía en el fuego de su inmenso amor. No era conveniente que en esta divina, criatura obrasen primero las potencias inferiores que las superiores del alma, ni que éstas tuviesen operación inferior ni igual a otra criatura, porque si el obrar corresponde al ser de cada cosa, la que siempre era superior a todas en la dignidad y excelencia, también había de obrar con proporcionada superioridad a toda criatura angélica y humana. Y no sólo no le había de faltar la excelencia de los espíritus angélicos, que luego usaron de sus potencias en el punto de su creación, pero esta misma grandeza y prerrogativa se le debía a la que era criada para su Reina y Señora. Y tanto con mayores ventajas[256], cuanto excede el nombre y oficio de Madre de Dios al de siervo suyo y el de Reina al de vasallo, porque a ninguno de los ángeles le dijo el Verbo, tú eres mi madre, ni alguno de ellos pudo decirle a El mismo, tú eres mi hijo; sólo entre María y el eterno Verbo hubo este comercio y mutua correspondencia, y por ella se ha de medir e investigar la grandeza de María, como el Apóstol la de Cristo.

He dicho que el alma santísirna de María, en el primer instante de su purísima concepción, vio abstractivamente la divina esencia, porque no se me ha dado luz de que tuviese[257] la gloria esencial, antes bien entiendo que éste fue privilegio singular del alma santísima de Cristo, como debido y consiguiente a la unión sustancial de la Divinidad[258] en la persona del Verbo, para que ni por solo un instante dejara de estar con ella unida por las potencias del alma por suma gracia y gloria. Y como aquel hombre, Cristo nuestro bien, comenzó a ser juntamente hombre y Dios, así comenzó a conocer a Dios y amarle como comprensor; pero el alma de su Madre Santísima no estaba unida sustancialmente a la Divinidad, y así no comenzó a obrar como comprensora, porque entraba en la vida a ser viadora. Mas en este orden, como quien era la más inmediata a la unión hipostática, tuvo también otra visión proporcionada, la más inmediata a la visión beatífica, pero inferior a ella, aunque superior a todas cuantas visiones y revelaciones han tenido las criaturas de la Divinidad fuera de su clara visión y fruición. Pero en algún modo y condiciones excedió la visión de la Divinidad que tuvo en el primer instante la Madre de Cristo, a la visión clara de otros, en cuanto conoció Ella más misterios abstractivamente que otros con visión intuitiva. Y el no haber visto la Divinidad cara a cara en aquel punto de la concepción, no impide que después la viese muchas veces por el discurso de su vida, como diré adelante[259].

---

[252] Ib. VII, 5.
[253] Ib. IV, 9.
[254] Con frases semejantes escriben; a) S. Tomás de Vill. (Ser. 4 in Nat. Dom.) "Beata Virgo nobis Deum protulit et hominem haec Eum sua pulchritudine et decore e coelis allexit; amore illius captus est, et humanitatis nostrae nexibus irretitus." b) S. Lor. Just. (De connub. An. c. 3): "Haec est Virgo Sanctisima quae… coelestium donorum irradiata fulgore coelorum Regem suo ad se traxit odore" c) S. Bern. de Se. (Tom. 2, ser. 61, a. 1, c. 4): O Virtus Virginis matris! Una puella vulneravit et rapuit divinum cor."
[255] Can. v, 2.
[256] Heb. I, 5
[257] Míst. "de que viese..."
[258] El conc. de Reims presidido por el Papa Eugenio III en el año de 1148 definió precisamente que la Divinidad se encarnó en el Hijo. "Credimus ipsam Divinitatem, sive substantiam sive naturam divinam dicas, esse incarnatam in Filio."
[259] Míst. C. de Dios, lib. 1, c. XVI.

Nota adicional a este parágrafo (pág. 178)

"Ordenó (el Señor) que (la SSma. Virgen) con el conocimiento y dolor de la caída del hombre llorase y derramase lágrimas en el vientre de su madre..."

Veamos cómo razona sobre estas palabras el P. Serafín. No se diga que el cuerpo de María, tan pequeñito en el primer instante de su concepción, era incapaz de derramar lágrimas; porque Dios obraba entonces en Ella fuera de todas las leyes ordinarias; y aunque sólo hubiera derramado una lágrima y la más pequeña que se puede imaginar, es suficiente para que se diga con la Madre Agreda, que lloró y derramó lágrimas estando en el seno de su madre. Pues qué, ¿hemos de creer que el poder de Dios esté limitado por la pequeñez de las cosas y que esta misma pequeñez le impida hacer lo que El quiera? Mirad esos animalillos microscópicos, esos volvox que giran sin cesar sobra sí mismos como las bolas de billar al rodar encima de un plano inclinado: mirad los vibriones, semejantes a agujas casi imperceptibles, ejecutando continuamente movimientos ondulatorios: ved esos proteos modificando, sin parar, su forma de la manera más curiosa: los rotíferos, que adan en los líquidos, al parecer, con dos ruedas como las de un vapor: mirad, finalmente, esas mónadas, los más pequeños de los átomos vivientes, que nos ha podido descubrir el microscopio y que parecen ser el término extremo de la existencia animal. Y ahora pregunto yo. ¿La omnipotencia de Dios se habrá visto atada, impedida y estorbada en su acción, cuando ella haya dado el ser, el movimiento y vida a esos animalillos infusorios, que nos serían completamente desconocidos, si el microscopio no hubiera venido en ayuda de la debilidad de nuestra vista? Y sin embargo, Dios, en todo esto, no ha obrado más que como autor de la naturaleza, según las leyes ordinarias de su divina providencia.

Y cuando nosotros vemos que estos animalitos, cuya pequeñez es tal que desafía nuestra fe al testimonio de los sentidos, están provistos de una organización admirablemente compuesta, y que tienen todo cuanto es necesario para vivir, para moverse y sentir, entonces comprendemos que la acción omnipotente de Dios, que da el ser al animal, no está circunscrita ni sujeta ni trabada por defecto de espacio, y que la ejecución de animales organizados, aunque fueran más pequeños que la mónada, si es que existen, no es para Dios más difícil que la creación de un perro, de un buey o de un elefante. ¿Qué dificultad, pues, puede haber para comprender que la acción de la omnipotencia de Dios esté todavía menos atada, menos contenida, cuando la ejerce sobre las cosas más pequeñas como autor sobrenatural, como autor de la gracia?

Acaso se nos dirá, que esto es querer multiplicar los milagros sin necesidad. Negamos rotundamente semejante réplica. Porque cuando Dios quiere hacer un milagro, sólo a El toca reconocer la necesidad o utilidad que de dicho milagro puede resultar; y a nosotros, en manera alguna pertenece medir con la pequeña medida de nuestra pobre inteligencia los motivos que haya tenido Dios para obrar tal milagro, o fijar el tiempo conveniente a las operaciones prodigiosas de su brazo todopoderoso, y el límite hasta el cual puede llegar aquella omnipotencia divina, que de una roca sacó abundantes manantiales.

Yo bien sé, que uno de los capítulos de acusación de que se han servido los enemigos de María de Agreda, principalmente Bossuet, para denigrarla públicamente, ha sido el decir con un tono bastante burlón: "Todo es extraordinario y prodigioso en esta pretendida historia. Créese no decir nada de la SSma. Virgen ni del Hijo de Dios, si por todas partes no se encuentran prodigios, tales, v. gr. como la subida de María Santísima al cielo en cuerpo y alma tan pronto como nació, y una infinidad de cosas análogas, las cuales jamás se han oído decir ni guardan conformidad alguna con la analogía de la fe".

Bossuet, al trazar estas líneas de una manera no poco ligera y atrevida, no tuvo tiempo de reflexionar que la Virgen Santísima es ella misma un tejido de prodigios, según el lenguaje de todos los Santos Padres, y que, por consiguiente, es no reconocerla tal como Dios la hizo, desde el momento que los prodigios, que de Ella se nos manifiestan por medio de una inspiración y luz divina, por sorprendentes y extraordinarios que sean, son rechazados por nuestra mente.

Y puesto que hemos llegado aquí, bueno será que oigamos cómo se han expresado los Santos Padres al hablar de la Madre de Dios. Su lenguaje, noble, sublime, nos demostrará claramente que, si María de Agreda presenta a la SSma. Virgen como una criatura en la que Dios no hace más que acumular prodigios sobre prodigios, su narración no puede parecer increíble sino a los que por razones humanas, o por falta de reflexión, no quieren de ninguna manera creer. Si escuchamos a San Juan Crisóstomo, él no sólo nos dirá que entre los siervos de Dios y María hay una distancia casi infinita, sino que añadirá, en términos bien expresivos, que Ella es el mayor de todos los prodigios que ha obrado el brazo del Señor: Dei matris et servorum Dei infinitum est discrimen (Or. I, de dorm. V); miraculum ómnibus miraculis excellentius (Or. I,

in nat. V). San Ignacio mártir, discípulo de los Apóstoles, llama a María un prodigio descendido del cielo: Coeleste prodigium (Epis. I, in Joan.). Según San Efrén (Or. de laud. V) la Virgen es el milagro por excelencia del universo: praestantissimum orbis terrarum miraculum. Según San Epifanio, María es un misterio para el cielo y para la tierra: Coeli terraeque mysterium est (de laud. B. M. V.). Para San Juan Crisóstomo, es el gran milagro de Dios: mágnum Dei miraculum (Hom. in Hyppap. Dom.). Para San Lorenzo Justiniano, la admiración de los Santos: sanctorum admiratio (Serm. de Ass.). San Bernardo dice, que María ha sido un prodigio que ha asombrado a los mismos ángeles: Ipsis quoque angelis lucis miraculo fuit (Sem. de Ass.). San Gregorio Niseno, que Ella sobrepuja a lo más alto que el hombre puede pensar: superat omnem cogitationem (Hom. 3, in Cant.). El abad Ruperto, que no hay nada semejante a María ni entre los ángeles ni entre los hombres: nec inter angelos nec inter homines similem vel primam habet, vel sequentem habitura est (lib. 6, in Cant.). Santo Tomás de Villanueva, después de haber llamado a María mujer prodigiosa, privilegiada, adornada de todos los dones de Dios, ómnibus charismatibus decoratam, prosigue: Aumentad tanto cuanto podáis, añadidle además todo lo que el pensamiento os pueda sugerir, nada es tan grande como esta Virgen, nada hay que la exceda entre todas las criaturas: Quantum potes tantum auge, quantum vales tantum adde, major est ista Virgo, superior est Virgo ista (Serm. de V, nat.). ¿Quién podrá, entonces, comprender vuestra grandeza, oh María, exclama San Germán, quién sabrá jamás medir vuestra altura, profundizar vuestros méritos, pesar los dones inefables y los señalados favores con que Dios os ha colmado? ¡Ah; bien lo veo, continúa el mismo Santo, que todo en Vos es admirable, oh Madre de mi Dios, todo en Vos excede a cuanto la naturaleza posee en su más amplia extensión, todo en Vos es grande, todo es sorprendente y superior a todo lo que hay criado en el cielo y en la tierra: Omnia tua sunt admirabilia, o Deipara! Omnia supra naturam, omnia ingentia et aliorum vires superantia (S. Germ. Patr. C. P. or. de Zona B. V.).

Este lenguaje unánime de los Padres de la Iglesia, en el que, sin ponerse antes de acuerdo, convienen todos, para tener y considerar a María como un verdadero prodigio de la omnipotencia divina, manifiesta hasta la evidencia, que Dios nada ha economizado, ni gracias, ni dones, ni prodigios, para hacer a su Madre Santísima como un prodigio viviente, que fuese, de alguna manera, la admiración del mismo Dios.

Pondérese, ahora, toda esta historia escrita por la pluma de María de Agreda, dirigida con la luz que Dios le había comunicado; pondérese, repito, toda esta historia y cuanto ella encierra de más prodigioso y admirable; examínese, después de este razonamiento y del lenguaje unánime de los Padre de la Iglesia, y no se verá en ella otra cosa que la aplicación exacta de los sentimientos de éstos. Véranse expresados los favores, las gracias y los privilegios que Dios concedió a su Madre, y esas gracias, esos privilegios, esos favores, por sosprendentes que nos puedan parecer, no son, después de todo, más que la expresión más natural y sencilla del amor inmenso, de la caridad sin límites que el Verbo Eterno tenía a su Madre, con preferencia a toda otra criatura: pues, como lo hace muy bien notar Suárez, con San Lorenzo Justiniano, desde el instante mismo de la concepción de María, el Verbo divino amaba a esta digna criatura más que a todos los ángeles y hombres juntos: Beata Virgo in instanti suae sanctificationis plus amabatur a Verbo quam ullus ángelus vet homo (In 3, p., q. 27., disp. 4, sect. 1). Se verán reunirse en esta historia los acontecimientos de tal forma, que seremos obligados a decir, que no podían suceder de otra manera ni más convenientemente para la gloria de la Santísima Virgen. Se encontrarán muchas cosas o expresamente dichas, o suficientemente significadas en los escritos de los Padres, quienes, por otra parte, han declarado que muchas prerrogativas y muchos hechos pertenecientes a la Madre de Dios, les fueron ocultos, y que son mayores en número que los que ellos o por sí mismos pudieron descubrir en la meditación y con las luces naturales.

Por lo tanto, si en esta historia se leen cosas nuevas y extraordinarias, relativas a la Santísima Virgen, las cuales antes no se habían conocido, ninguna extrañeza deberán causar, aun cuando sobrepujen a cuanto el entendimiento humano pueda comprender: pues esto es lo que, de común acuerdo, confiesan los Padres, al decir que las cosas que se refieren a la Madre de Dios están por encima de todo lo que el hombre pueda concebir; y por esto, Eutimio (Serm. de Zona Virg.) y Andrés de Creta, han prevenido nuestra admiración exclamando: “Si quid quod nos superat in ea (María) divina operata est gratia, nemo miretur intuens ad novum et ineffabile quod in ea peractum est mysterium, ab omni infinitate infinities infinite exceptum (Serm. de dorm. Deip.).”

PARÁGRAFO DÉCIMO

De algunos beneficios que recibió la Madre de Dios en el vientre de santa Ana: de su nacimiento y niñez.

Concebida María Santísima sin culpa original (como queda dicho), con aquella primera visión que tuvo de la Divinidad, quedó su espíritu todo absorto y llevado de aquel objeto de su amor, que comenzó en aquel estrecho tabernáculo del materno vientre en el instante que fue criada su alma santísima, para no interrumpirle jamás, antes para continuarle por toda la eternidad en la suma gloria de pura criatura, que goza en la diestra de su Hijo Santísirno, y para que en la contemplación y amor de la primera visión fuese creciendo, con la cual ejercitó muchos actos de las virtudes.

Renovó el Señor la maravilla de aquella visión y manifestación abstractiva de su Divinidad, concediéndosela otras dos veces, de suerte que se le manifestó la Santísima Trinidad tres veces por este modo antes de nacer al mundo, una en el instante que fue concebida, otra hacia la mitad de los nueve meses, y la tercera el día antes que naciera. Y no se entienda que por no ser continuo este modo de visión, le faltó otro más inferior, aunque superiorísimo y muy alto, con que miraba por fe y especial ilustración el ser de Dios; que este modo de contemplación fue incesante y continuo en María Santísima sobre toda la contemplación que tuvieron todos los viadores juntos.

La última de estas tres visiones fue con nuevos y más admirables favores del Señor, porque la manifestó como era ya tiempo de salir a la luz del mundo y conversación de los mortales. Y obedeciendo a la divina voluntad la Princesa del cielo, dijo al Señor:

Dios altísimo, infinito e incomprensible, poderoso y rico en misericordias, Rey y Señor mío, de nada me habéis dado el ser que tengo, y sin haberlo podido merecer me habéis enriquecido con los tesoros de vuestra divina gracia y luz, para que con ella conociera luego vuestro ser infinito y perfecciones, y conociéndole fuérais el primer objeto de mi vista y de mi amor para no buscar otro bien fuera de Vos, que sois el sumo y verdadero y todo bien. Mandáisme, Señor mío, que salga a usar de la luz natutral y conversación de las criaturas; y en vuestro mismo ser, donde todas las cosas se conocen como en clarísimo espejo, he visto el peligroso estado de la vida mortal y sus miserias. Si en ellas, por mi flaqueza natural, he de faltar por solo un punto a vuestro amor y allí he de morir, entonces muera aquí ahora, Señor mío, primero que pase a estado donde os pueda perder. Pero si vuestra voluntad santa se ha de cumplir remitiéndome al tempestuoso mar de este mundo, a Vos, altísimo y poderoso bien de mi alma, suplico que gobernéis mi vida, enderecéis mis pasos, que hagáis todas mis acciones a vuestro mayor agrado. Ordenad en Mí la caridad[260], para que con el nuevo uso de las criaturas con Vos y con ellas se mejore. He conocido en Vos la ingratitud de muchas almas, y temo con razón, pues soy de su naturaleza, si acaso Yo cometiere la misma culpa. En esta caverna estrecha del vientre de mi madre he gozado de los espacios infinitos de vuestra Divinidad, aquí poseo todo el bien, que sois Vos, amado mío; y siendo Vos solo ahora mi parte[261] y posesión, no sé si fuera de este encerramiento la perderé con la posesión de otra luz y de mis sentidos[262]. Si posible fuera y conveniente renunciar el comercio de la vida que me aguarda, Yo de mi voluntad lo negara todo y me negara a ella, pero no se haga mi voluntad sino la vuestra. Y pues así lo queréis, dadme vuestra bendición como vuestro beneplácito para nacer al mundo, y no apartéis de Mí en el siglo, donde me ponéis, vuestra divina protección.-

Hecha esta oración por la dulcísima niña María, el Altísimo la dio su bendición, y la mandó (como con imperio) saliese a la luz material de este sol visible, y la ilustró de lo que debía hacer en cumplimiento de sus deseos.

---

[260] Cant. II, 4.
[261] Ps. LXXII, 26.
[262] Míst. "perderé a la vista de otra luz y uso de mis sentidos."

En la inteligencia que de este parágrafo he tenido, se me ha ofrecido una duda, y es que si la Reina del cielo conoció, que era tan favorecida de la divina diestra, y con tan alta noticia de todas las cosas alcanzó el sumo bien y la felicidad de servirle, y amarle, ¿por qué temió tanto, y mas habiendo sido concebida sin pecado original? y ¿cómo se compadecía la visión abstractiva de la Divinidad con tantas ansias de no perder la gracia? Y a esta duda y pregunta me respondió la misma Señora.

Hija mía, oye cómo has de salir de tu duda. Cuando en la visión que tuve de la Divinidad en el primer instante de mi ser, hubiera conocido mi inocencia y que estaba concebida sin pecado, son de tal condición estos beneficios y dones de la mano del Altísimo, que cuanto más se aseguran y se conocen, tanto mayor cuidado y atención despiertan para conservarlos, y no ofenden a su Autor, que por sola su bondad los comunica a la criatura; y traen consigo tanta luz, de que se derivan de la virtud sola de lo alto y por los méritos de mi Hijo Santísimo, sin conocer la criatura más que su dignidad o insuficiencia, que con esto entiende muy claro recibe lo que no merece, y siendo ajeno no debe ni puede apropiárselo a sí misma; y conociendo que hay dueño y causa tan superior, que, como de liberalidad lo concede, puede asímismo quitárselo y darlo a quien fuere servido, de aquí nace forzomente la solicitud y cuidado de no perder lo que se tiene de gracia, antes obrar con diligencia para conservarlo y aumentar el talento[263], pues se conoce ser éste solo el medio para no perder lo que se tiene en depósito y que se le da a la criatura para que vuelva el retorno y trabaje en la gloria de su Hacedor; y el cuidar de este fin es precisa condición para conservar los beneficios de la gracia recibida.

A más de esto, se conoce allí la fragilidad de la humana naturaleza y su libre voluntad para el bien y el mal. Y este conocimiento no me le quitó el Altísimo, ni le quita a nadie cuando es viador, antes le deja a todos como conviene para que a su vista se arraigue el temor santo de no caer en culpa, aunque sea pequeña. Y en Mí fue mayor esta luz, porque conocí que una pequeña falta dispone para otra mayor, y la segunda es castigo de la primera. Verdad es, que por los beneficios y gracias que había obrado el Señor en mi alma, no era posible[264] caer en pecado con ellas, pero de tal suerte dispuso su providencia este beneficio, que me ocultó la seguridad absoluta de no pecar, y conocía que por Mí sola era posible caer, y sólo pendía de la divina voluntad el no hacerlo y así reservó para Sí el conocimiento de mi seguridad, y a mí me dejó el cuidado y temor santo de no pecar como viadora; y desde mi concepción hasta la muerte, no le perdí, mas antes creció en Mí con la vida. Dióme también el Altísimo discreción y humildad, para que no preguntase ni examinase este misterio, y sólo atendía a fiar de su bondad y amor que me asistiría para no pecar. Y de aquí resultaban dos efectos necesarios en la vida cristiana, el uno el tener quietud en el alma, el otro no perder el temor y desvelo de guardar mi tesoro; y como éste era temor filial, no disminuía el amor, antes le encendía y acrecentaba más. Y estos dos afectos[265] de temor y amor hacían en mi alma una consonancia divina para ordenar todas mis acciones en alejarme del mal y unirme con el sumo bien.

Amiga mía, éste es el mayor examen de las cosas del espíritu, que vengan con verdadera luz y sana doctrina, que enseñen la mayor perfección de las virtudes y con gran fuerza muevan para buscarla. Esta condición tienen los beneficios que descienden del Padre de las lumbres, que aseguran, humillan sin desconfianza y dan confiana con solicitud, y desvelo con sosiego y paz, para que estos afectos no le impidan en el cumplimiento de la voluntad divina. Y tú, alma, ofrece humilde y fervoroso agradecimiento al Señor.-

Con esta respuesta quedó mi duda satisfecha y mi alma consolada. Y sucedió el nacimiento de la divina Reina en esta manera. Llegó el día alegre para el mundo del parto felicísimo de Santa Ana y nacimiento de la que venia a él santificada y consagrada por Madre del mismo Dios. Sucedió este parto a ocho días de setiembre, cumplidos, nueve meses enteros después de la concepción del alma

---

[263] Mat. XXV, 16.
[264] Esta es sentencia también de San Buenaventura, Ricardo, Marsilio, Almaino y otros. V. A. Lapide in. c. 31. Prov. v. 22, y Suárez, in 3 p., q. 27, disp. 4, sect. 3.
[265] Míst. “estos dos efectos...”

santísima de nuestra Reina y Señora[266]. Fue prevenida su madre Ana con ilustración interior, en que el Señor la dio aviso cómo llegaba la hora de su parto. Y llena toda de gozo divino atendió a su voz y postrada en oración pidió a Su Majestad la asistiese su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a luz; y la más que dichosa niña María al mismo tiempo fué arrebatada por la virtud del Señor en un éxtasis altísimo, en el cual, absorta y extraída[267] de todas las operaciones sensitivas, nació al mundo sin percibirlo por el sentido; como pudiera conocerlo por ellos, si junto con el uso de razón que tenía, los dejaran obrar naturalmente en aquella hora, pero el poder del muy alto lo dispuso en esta forma, para que la Princesa del cielo no sintiese lo natural de aquel suceso del parto.

Nació pura, limpia, hermosa y llena en todo de gracias, publicando en ellas que venía libre de la ley y tributo del pecado; y aunque nació como los demás hijos de Adán en la sustancia, pero con tales condiciones y accidentes de gracias, que hicieron este nacimiento milagroso y admirable para toda la naturaleza y alabanza eterna del Autor. Salió, pues, este divino lucero al mundo a las doce horas de la noche, comenzando a dividir la de la antigua ley y primeras tinieblas del día nuevo de la gracia, que ya quería amanecer. Envolviéronla en paños, y fue puesta y aliñada como los demás niños la que tenía su mente en la Divinidad, y tratada como párvula la que en sabiduría excedía a los mortales y a los mismos ángeles. No consintió su madre que por otras manos fuese tratada entonces, antes ella por las suyas la envolvió en las mantillas sin embarazarle el sobreparto, porque fue libre de las pensiones onerosas que tienen de ordinario otras madres en sus partos.

Recibió Santa Ana en sus manos a la que, siendo hija suya, era juntamente el tesoro mayor del cielo y tierra en pura criatura, sólo a Dios inferior y superior a todo lo criado; y con fervor y lágrimas la ofreció a Su Majestad, diciendo en su interior: -Señor de infinita sabiduría y poder, criador de cuanto tiene ser, el fruto de mi vientre, que de vuestra bondad he recibido, os ofrezco con eterno agradecimiento de que me le habéis dado, sin poderlo yo merecer. De hija y madre haced a vuestra voluntad santísima, y mirad nuestra pequeñez desde lo alto de vuestra silla y grandeza. Eternamente seáis bendito, porque habéis enriquecido al mundo con criatura tan agradable a vuestro beneplácito, y porque en Ella habéis preparado la morada y tabernáculo[268] para que viva el Verbo Eterno. A mis santos padres y profetas doy la enhorabuena, y en ellos a todo el linaje humano, por la segura prenda que les dais de su redención. Pero ¿cómo trataré yo a la que me dáis por hija, no mereciendo ser su sierva? ¿Cómo tócaré la verdadera arca del testamento? Dadme, Señor y Rey mío, la luz que necesito para saber vuestra voluntad y ejecutarla en agrado vuestro y servicio de mi Hija.-

Respondió el Señor a la santa matrona en su interior, que tratase a la divina Niña como madre a su hija, y que en el exterior no le mostrase reverencia, pero que se la tuviese en el interior; y que en su crianza cumpliese con las leyes de verdadera madre, cuidando de su hija con solicitud y amor. Todo lo cumplió así la dichosa madre, y usando de este derecho y licencia, sin perder la reverencia debida, se regalaba con su Hija Santísima, tratándola y acariciándola como lo hacen las otras madres con las suyas; pero con el aprecio y atención digna de tan oculto y divino sacramento como entre hija y madre se encerraba. Los ángeles de guarda de la Niña con otra infinita multitud la adoraron y reverenciaron en los brazos de su madre, y la hicieron música celestial[269] oyendo algo de ella la dichosa Ana; y los mil ángeles señalados para su custodia singularmente se la ofrecieron para

---

[266] En sábado, según se le reveló a un Siervo de Dios, del que habla Durando (in ratione div. off. de Nat. B. M. V.); o mejor en la medianoche entre el sábado y domingo. Y nació, en opinión de Juan Damasceno (Serm. in Nat. Virg.), in domo Probateica Joachim cerca de Jerusalén, si bien otros dicen en Séforis, otros en Belén y otros, al parecer más ciertamente en Nazaret.

[267] Míst. "abstraída".

[268] Sap. IX, 8.

[269] Vadingo (ad ann. 1224, n. 8) refiere que San Francisco de Asís oyó varias veces cantos angélicos. Las historias eclesiásticas y las Vidas de los santos cuentan muchos hechos semejantes. Y el Evangelio habla del canto delos ángeles en el nacimiento del Salvador.

su ministerio; y fue esta la primera vez que la Reina del cielo los vio en forma corpórea con las divisas y hábito que diré adelante. La Niña les pidió alabasen al Altísimo con Ella.

En todo era la Niña reina agraciada, perfectísima y admirable; y si bien pasó en la infancia por las comunes leyes de la naturaleza, pero no impidieron a la gracia; y si dormía, no cesaba ni interrumpía las acciones interiores del amor y otras que no penden del sentido exterior. Y siendo posible este beneficio aun a otras almas con quien el poder divino lo habrá mostrado, cierto es que con la que elegía por madre suya y reina de todo lo criado, haría con Ella sobre todo otro beneficio y pensamiento de las demás criaturas. En el sueño natural habló Dios a Samuel[270] y a otros santos y profetas, y a muchos dio sueños misteriosos[271] o visiones, porque a su poder no le importa para ilustrar el entendimiento, que los sentidos duerman con el sueño natural o que se suspendan con la fuerza que los arrebata en el éxtasis, pues en uno y otro cesan, y sin ellos oye, atiende y habla el espíritu con sus objetos proporcionados. Esta fue ley perpétua en la Reina desde su concepción hasta ahora y toda 1a eternidad, que no fue su estado de viadora en estas gracias con intervalos como en otras criaturas. Cuando estaba sola o la recogían a dormir, como el sueño era tan medido, confería los misterios y alabanzas del Altísimo con ángeles, y gozaba de divinas visiones y hablas de Su Majestad.

Y el silencio forzoso en los años primeros de los otros niños, y ser torpes y balbucientes porque no saben ni pueden hablar, esto fue virtud heroica en nuestra Niña reina; porque si las palabra son parto del entendimiento y como índices del discurso, y le tuvo Su Alteza perfectísimo desde su concepción, no dejó de hablar desde luego que nació porque no podía, sino porque no quería. Y aunque a los otros niños les faltan las fuerzas naturales para abrir la boca, mover la tierna lengua y pronunciar las palabras, pero en Maria niña no hubo este defecto, así porque en la naturaleza estaba más robusta, como porque al imperio y dominio que tenía sobre todas las cosas, obedecerían sus potencias propias, si Ella lo mandara. Mas el no hablar fue virtud y perfección grande, ocultando debidamente la ciencia y la gracia, y excusando la admiración de ver hablar una recién nacida. Y si fuera admiración que hablara quien naturalmente había de estar impedida para hacerlo, no sé si fue más admirable que callase año y medio la que pudo hablar en naciendo.

Orden fue del Altísimo que nuestra Niña y Señora guardase este silencio por el tiempo que ordinariamente los otros ninos no pueden hablar. Sólo para los santos ángeles de su guarda se dispensó en esta ley, o cuando vocalmente oraba al Señor a solas, que para hablar con el mismo Dios, autor de aquel beneficio, y con los ángeles 1egados suyos, cuando corporalmente trataban a la Niña, no intervenía la misma razón de callar que con los hombres, antes convenía que orase con la boca, pues no tenía impedimento en aquella potencia, y sin él no había de estar ociosa tanto tiempo. Pero su madre Santa Ana nunca 1a oyó ni conoció que podía hablar en aquella edad; y con esto se entiende mejor, que fue virtud el no hacerlo en aquel año y medio de su primera infancia. Mas en este tiempo, cuando a su madre le pareció oportuno, soltó las manos y brazos a la niña María, y Ella cogió luego por las suyas a sus padres, y se las besó con gran sumisión y humildad y reverencia; y en esta costumbre perseveró mientras vivieron sus santos padres. Y con algunas demostraciones daba señal en aquella edad para que la bendijesen, hablándoles más al corazón para que lo hiciesen. Tanta fue la reverencia en que los tenía, que jamás faltó un punto en ella ni en obedecerlos; ni les dio molestia ni pena alguna, porque conocía sus pensamientos y prevenía la obediencia[272].

---

[270] Reg. III, 4.
[271] Gen. XXXVII, 5, 9.
[272] Míst. C. de Dios, L. I, cap. XX, XXI, XXII y XXIV.

PARÁGRAFO UNDÉCIMO

De algunos efectos del amor de la divina niña María, Nuestra Señora, y cómo comenzó a hablar, y otras perfecciones suyas.

En todas sus acciones y movimientos era gobernada nuestra grande Niña por el Espíritu Santo, con que siempre obraba lo perfectísimo; pero ejercitándolo no se satisfacía su ardentisinio amor, que de contínuo renovaba sus afectos fervorosos para emular mejores carísmatas[273]. Las revelaciones divinas y visiones intelectuales eran en esta Niña reina muy continuas, asistiéndola siempre el Altísimo: y cuando alguna vez suspendía su providencia un modo de visiones o intelecciones, atendía a otras, porque de la visión de la Divinidad, que he dicho tuvo, le quedaron especies de lo que conoció; y desde entonces quedó, como salió de la bodega del vino[274], ordenada la caridad y tan herido su corazón, que convirtiéndose a esta contemplación, era toda enardecida; y como el cuerpo era tierno y flaco, y el amor fuerte como la muerte[275], llegaba a padecer suma dolencia de amor, de que enferma muriera, si el Altísimo no fortaleciera y conservara con milagrosa virtud la parte inferior y vida natural. Pero muchas veces daba lugar el Señor para que aquel tierno y virginal cuerpecito llegase a desfallecer mucho con la violencia del amor, y que los santos ángeles la sustentasen y confortasen, cumpliéndose aquello de la Esposa: -Socorredme con flores que estoy enferma de amor[276]. -Y éste fue un nobilísimo género de martirio millares de veces repetido en esta divina Señora, con que excedió a todos los mártires en el merecimiento y aun en el dolor. Es la pena del amor tan dulce y apetecible, que cuanto mayor causa tiene, tanto más desea quien la padece que le hablen de quien ama, pretendiendo curar la herida con renovarla. Y este suavísimo engaño entretiene al alma entre una penosa vida y una dulce muerte. Esto le sucedía a la niña María con sus ángeles, que Ella les hablaba de su amado y ellos la respondían. Preguntábales Ella muchas veces y les decía: -Ministros de mi Señor y mensajeros suyos, hermosísimas obras de sus manos centellas de aquel divino fuego que enciende mi corazón, pues gozáis de su hermosura eterna sin velo ni rebozo, decidme las señas de mi amado, qué condiciones tiene mi querido. Avisadme si acaso le tengo disgustado, sabedme lo que desea y quiere de Mí, y no tardéis en aliviar mi pena, que desfallezco de amor.

Respondíanla los espíritus soberanos: -Esposa del Altísimo, vuestro amado es solo el que solo por sí es, el que de nadie necesita, y todo de El. Es infinito en perfecciones, inmenso en la grandeza, sin límite en el poder, sin término en la sabiduría, sin modo en 1a bondad, el que dio principio a todo lo criado sin tenerlo, el que lo gobierna sin cansancio, el que lo conserva sin haberlo menester, el que viste de hermosura a todo lo criado, y que la suya nadie la puede comprender y hace con ella bienaventurados a los que llegan a verle cara a cara. Infinitas son, Señora, las perfecciones de vuestro Esposo, exceden a nuestro entendimiento, y sus altos juicios son para la criatura investigables.

En estos coloquios y otros altísimos pasaba la Reina de las alturas las ansias de su amor encendiéndose de nuevo en él. Cuando era necesario en aquella niñez recibir algún obsequio y beneficio de sus santos padres o cualquiera otra criatura, siempre lo admitía con interior humillación y agradecimiento, y pedía al señor les premiase aquel bien que le hacían por su amor. Y con estar en tan alto grado de santidad y llena de la divina luz del Señor y sus misterios, se juzgaba por la menor de las criaturas, y en su comparación con 1a propia estimación se ponía en el último lugar de todas, y aun del mismo alimento para la vida natural se reputaba por indigna la que era Reina y Señora de todo lo criado.

---

[273] I Cor. 31.
[274] Cant. II, 4.
[275] Cant. VIII, 6.
[276] Ib. II, 5.

Llegó el tiempo de que el silencio santo de María perfectamente se rompiese y se oyese en nuestra tierra la voz de aquella tórtola divina[277], que fuese embajadora fidelísima del verano de la gracia. Pero antes de tener licencia del Señor para comenzar a hablar con los hombres (que fue a los diez y ocho meses de su tierna infancia), tuvo una intelectual visión de la Divinidad no intuitiva sino por especies, renovándole las que otras veces había recibido y aumentándole los dones de las gracias y beneficios. Y en esta divina visión pasó entre la Niña y el supremo Señor un dulcísimo coloquio que con temor me atrevo a reducir a palabras. Dijo la Reina a Su Majestad:

Altísimo Señor y Dios incomprensible, ¿cómo a la más vil y pobre criatura favorecéis tanto? ¿Cómo a vuestra esclava, insuficiente para el retorno, inclináis vuestra grandeza con tan amable dignación? ¿El Altísimo mira a la sierva, el poderoso enriquece a la pobre, el Santo de los santos se inclina al polvo? Yo, Señor, soy párvula y entre todas las criaturas soy la que menos merece vuestros favores; ¿qué haré en vuestra divina presencia? ¿Con qué daré la retribución de lo que os debo? ¿Qué tengo yo, Señor, que no sea vuestro, si Vos me dais el ser, la vida y movimiento[278]? Pero gozaréme, amado mío, y me alegro de que Vos tengáis todo lo bueno, y que nada tenga la criatura fuera de Vos mismo, y que sea condición y gloria vuestra levantar al que es menos, favorecer al más inútil y dar ser a quien no le tiene, para que así sea vuestra magnificencia más conocida y engrandecida.

El Señor respondió y dijo: Paloma mía y mi querida, en mis ojos hallaste gracia; suave eres, amiga y electa mía, en mis delicias. Quiérote manifestar lo que en Ti será de mi mayor agrado y beneplácito. -Estas razones del Señor herían de nuevo y desfallecían con la fuerza del amor el corazón tiernísimo, pero muy robusto de la Niña reina. El Altísimo agradecido[279] prosiguió y dijo: Yo soy Dios de misericordias y con mi inmenso amor amo a los mortales, y entre tantos que con sus culpas me han desobligado, tengo algunos justos y amigos que de corazón me han servido y sirven. He determinado remediarlos enviándoles a mi Unigénito para que no carezcan más de mi gloria ni Yo de su alabanza eterna.-

A esta proposición respondió la Santísima María: -Altísimo Rey poderoso, vuestras son las criaturas, vuestra la potencia: solo Vos sois el Santo y el supremo Gobernador de todo lo criado; obligaos, Señor, de vuestra misma bondad para acelerar el paso de vuestro Unigénito en la redención de los hijos de Adán; llegue ya el deseado día de mis antiguos padres y vean los mortales vuestra salud eterna. ¿Por qué, amado mío, sois padre piadoso de las misericordias, dilatáis lo que tanto esperan vuestros hijos cautivos y afligidos? Si puede mi vida ser de algún provecho, Yo la ofrezco pronta para ponerla por ellos.

Mandóla el Altísimo con grande caricia y benevolencia, que desde aquel día le pidiese muchas veces la aceleración de la encarnación del Verbo Eterno y el remedio del linaje humano, y que llorase por los pecados de los hombres. Y luego le declaró que ya era tiempo de ejercitar todos los sentidos, y que para mayor gloria suya convenía que hablase con las criaturas humanas. Y para cumplir con esta obediencia, dijo la Niña a Su Majestad:

Altísimo Señor mío de majestad incomprensible, ¿ cómo se atreverá el polvo a tratar misterios tan escondidos y soberanos, y en vuestro pecho de tan inestimable[280] precio? La que es menor entre los nacidos ¿cómo obligará por ellos, y qué puede alcanzar la criatura que en nada os ha servido? Pero Vos, amado mío, os daréis por obligado de la misma necesidad, y la enferma buscará la salud, la enferma sedienta deseará las fuentes de vuestra misericordia. Yo obedeceré a vuestra divina voluntad, y si la es de que desate mis labios para tratar y hablar con otros fuera de Vos mismo, que sois todo mi bien y mi deseo, atended, os suplico, a mi fragilidad y peligro. Muy dificultoso es en la criatura racional no exceder en las palabras y Yo callara por esto toda la vida, si fuera de vuestro beneplácito, por no aventurar el perderle; que si lo hiciese, sería imposible vivir un solo punto.

---

[277] Cant. II, 12.
[278] Act. XVII, 28.
[279] Míst. “agradado”
[280] Míst. “estimable...”

Esta fue la respuesta de la Niña Santísima, recelosa y temerosa del nuevo ministerio de hablar que la mandaban, y cuanto era de su voluntad propia (si lo consintiera Dios), tenía deseo de guardar inviolable silencio y enmudecer toda su vida. ¡Gran confusión y ejemplo para la insipiencia de los mortales, que temiese peligro de la lengua la que no podía pecar hablando, y los que no podemos hablar si no es pecando, rabiamos por hacerlo! Pero, dulcísima Niña y Reina mía, ¿cómo queréis dejar de hablar? ¿No atendéis, Señora, que vuestra mudez fuera ruina del mundo, tristeza para el cielo y, aun a nuestro corto entender, fuera gran vacío para el gusto de la Beatísima Trinidad? ¿No sabéis que en sola una razón que habéis de responder al Arcángel Santo, *Fiat mihi secundum verbum tuum*[281], daréis aquel lleno a todo lo que tiene ser?; al Padre Eterno, Hijo[282]; al Hijo eterno, Madre; y al Espíritu Santo, Esposa; reparo a los ángeles, remedio a los hombres, gloria a los cielos, paz a la tierra, abogada al mundo, salud a los enfermos, vida a los muertos; y cumpliréis la voluntad y beneplácito de todo lo que el mismo Dios puede querer fuera de Sí mismo. Pues si de esa vuestra palabra pende la mayor obra del poder inmenso y todo el bien de lo criado, cómo Señora y Maestra mía, queréis callar quien ha de hablar tan bien? Hablad, pues, Niña, y vuestra voz suene en todo el ámbito del cielo.

Del prudentísimo recato de su Esposa se agradó el Altísimo y fue su corazón herido de nuevo con el amoroso temor de nuestra Niña grande. Y como pagada la Beatísima Trinidad de su dilecta, y como confiriendo entre sí la petición, dijeron aquellas palabras de los Cantares[283]: Pequeña es nuestra hermana y no tiene pechos, ¿qué haremos para nuestra hermana en el día que ha de hablar[284]? Si es muro, edifiquemos en ella torres de plata. Pequeña eres, querida hermana nuestra, en tus ojos, pero grande eres y lo serás en los nuestros. En ese desprecio con uno de tus cabellos[285] has herido nuestro corazón. Párvula eres en propio juicio y estimación, y eso mismo nos aficiona y enamora. No tienes pechos para alimentar[286] tus palabras, pero tampoco eres mujer para la ley del pecado, que Contigo[287] no quiero que se entienda. Humillástete, siendo grande sobre todas las criaturas; temiste, estando segura; previenes el peligro que no te podrá ofender. ¿Qué haremos con nuestra hermana el día que por nuestra voluntad abre sus labios para bendecirnos, cuando los mortales los abren para blasfemar nuestro santo nombre? ¿Qué haremos para celebrar tan festivo día como el que ha de hablar? ¿Con qué premiaremos tan humilde recato de la que siempre fue deleitable a nuestros ojos? Dulce fue su silencio, y dulcísima será su voz en nuestros oídos. Si es muralla fuerte por estar fabricada con la virtud de nuestra gracia y asegurada con el poder de nuestro brazo, reedifiquemos sobre tanta fortaleza, nuevos propugnáculos de plata, acrecentemos nuevos dones sobre los pasados; y sean de plata para que sea más enriquecida y preciosa en sus[288] palabras, cuindo hubiere de hablar, sean purísimas, cándidas y sonoras a nuestros oídos, y tenga derramada en sus labios nuestra gracia[289], y sea con Ella nuestra poderosa mano y protección.

Al mismo tiempo que (a nuestro entender) pasaba esta conferencia entre las tres Divinas Personas, fue nuestra Reina niña confortada y consolada en su humilde cuidado de comenzar a hablar; y el Señor la prometió la gobernaría sus palabras y asistiría en Ella para que todas fuesen de su servicio y agrado. Con lo cual pidió a Su Majestad nueva licencia y bendición para abrir sus labios llenos de gracia. Y para ser en todo prudente y advertida, la primera palabra habló con sus padres San Joaquín y Santa Ana, pidiéndoles la bendición, como quien después de Dios le habían dado el ser que tenía. Oyéronla los dos santos padres y juntamente vieron que comenzaba a andar por Sí sola, y la dichosa madre Ana con grande alegría de su espíritu, tomándola en sus brazos, la dijo: -Hija mía y querida de mi corazón, sea enhorabuena y para gloria del Altísimo que oigamos vuestra voz y

---

[281] Luc. I, 38
[282] Míst. “al Eterno Padre, Hija.”
[283] Cant. VIII, 8, 9.
[284] El texto hebreo puede tomarse tanto en sentido activo como en pasivo.
[285] Ib. IV, 9.
[286] “con tus palabras.” Míst.
[287] Míst. “no quise ni quiero...”
[288] Míst. “y sus palabras,...”
[289] Ps. XLIV, 3.

palabras, y que también comencéis a andar y dar pasos en su mayor servicio. Sean vuestras razones y palabras pocas, medidas y de mucho peso, y vuestros pasos rectos y enderezados al servicio y gloria de nuestro Criador.-

Oyó la Niña Santísima estas y otras razones que su madre Santa Ana la dijo y escribiólas en su tierno corazón para guardarlas con profunda humildad y obediencia. Y hasta que fue presentada al templo, fueron muy pocas las palabras que habló, salvo cuando su madre Santa Ana, en ocasiones que por oírla hablar, la llamaba y mandaba que con ella hablase de Dios y de sus misterios, y la Niña divina lo hacía, oyendo y preguntando <a> Santa Ana. Y la que en sabiduría excedía a los nacidos, quería ser enseñada[290]; y en estas contiendas pasaban hija y madre grandes coloquios.

Eran las fuerzas tiernas de la Niña muy desiguales a los ejercicios de humildad que hacía, porque, juzgándose por más sierva que las criadas de su madre, les ayudaba a barrer y lavar los platos, y, porque no la dejaban, se adelantaba a hacerlo sola y antes que las criadas; y ayudábanla los ángeles[291], porque el cuerpecito santo no se fatigase tanto.

Postrábase muchas veces en cruz al día, porque en el Señor conoció que el Salvador del mundo había de morir en ella; y lloraba la pasión antes de pasar, e imitaba a Cristo antes de descender a la tierra; y en su soledad le suplicaba que acelerase su venida; y cuanto podía ahorrar de tiempo, le gastaba en alta contemplación en los rincones más escondidos de la casa de sus padres.

Los cuales no eran muy ricos ni tampoco pobres; y conforme al honrado porte de su familia, deseaba Santa Ana aliñar a su Hija con el vestido mejor que pudiese, dentro de los términos de la honestidad y modestia. La Niña humildisima admitió este afecto materno mientras no hablaba, sin resistir a ello, pero cuando comenzó a hablar, pidió con humildad a su madre no le pusiese vestido costoso ni de alguna gala, antes fuese grosero, pobre y traído por otros (si fuese posible), y de color pardo de ceniza, cual es el que hoy usan las religiosas de Santa Clara. La madre santa, que a su misma Hija miraba y respetaba como a señora, la respondió: -Hija mía, yo haré lo que me pedís en la forma y color de vuestro vestido, pero vuestras fuerzas de niña no lo podrán sufrir tan grosero como Vos le deseáis, y en esto me obedeceréis a Mí[292].

No replicó la grande Niña obedeciendo a la voluntad de su madre, y se dejó vestir de lo que ella la dio, aunque fue en el color y forma como lo pedía Su Alteza, semejante a los hábitos de devoción que visten a los niños. Y aunque deseaba más aspereza y pobreza, pero con la obediencia la recompensó, siendo esta virtud más excelente que el sacrificio[293]; y así quedó la Santísima Niña obediente a su madre y pobrísima en su afecto, juzgándose por indigna de lo que usaba para defender la vida natural. Y en esta obediencia de sus padres fue excelentísima y prontísima los tres años que vivió en su compañía, porque con la divina ciencia, que conocía sus interiores, estaba prevenida para obedecer al punto. Y para lo que Ella hacía por sí misma, pedía 1a bendición y licencia a su madre, besándole la mano con grande humillación y reverencia; pero aunque la

---

[290] Quería ser enseñada, no porque necesitara la enseñanza de otros, sino por practicar la virtud, principalmente, la humildad, Suárez (in 3 p. q 37, disp. 19. sect 2) escribe "Sicut ergo Apostoli non ab hominibus neque per hominem, sed per revelationem Spiritus Sancti, et Christi Dominí instructi sunt, ita multo potius B. Virgo.. Quod autem B. Virgo observaret verba quae audiebat, et in corde suo ea recogitaret, nullum argumentum est quod propterea ab hominibus aliquid disceret, sed solum quod audiendo hujusmodi verba, occasionem sumeret magis ac mages mysteria divina contemplandi."

[291] Si de los ángeles se ha escrito (Ps. xc): "Ut custodiant te in omnibus viis tuis, y que ellos comieron con Abrahán, lucharon con Jacob, trataron con Gedeón, sirvieron al hijo de Tobías, y a Nuestro Salvador en el desierto ministrabant ei, y a San Pedro soltaron en la cárcel las cadenas, y le abrieron las puertas y le guiaron por el camino, etc., etc ; si las vidas de los santos están llenas de servicios prestados por los ángeles, como arar en la vida de San Isidro, trabajar en la de San Homobono, amparar a la Beata María de Oigne, servir a Santa Coleta enferma, y por espacio de 30 años ayudar a Santa Liduvina y a otros muchos, como puede verse en Epitome historiae Angelorum, del P. Bonifacio Constantino, D. C, qué de extrañar tiene que la Madre de Dios y Reina de los ángeles, siendo niña, fuera ya asistida y servida de sus mismos vasallos los espíritus celestiales?

[292] San Epifanio (apud A. Lapide in Act. Apost. c. I, 14) describe la modestia ejemplar de la niña María conforme a lo que escribe nuestra Venerable.

[293] I Reg. XV, 22.

prudente madre lo consentía en lo exterior, con el interior reverenciaba la gracia y dignidad de su Santísima Hija.

En llegando a los dos años comenzó a señalarse mucho en el afecto y caridad con los pobres. Pedía a su madre limosna para ellos y 1a piadosa Santa satisfacía juntamente al pobre y a su Hija Santísima, y la exhortaba a que los amase y reverenciase a la que era madre de caridad y de perfección. Y a más de lo que recibía para distribuir a los pobres, se reservaba alguna parte de su comida para darles desde aquella edad, porque pudiese decir mejor que el santo Job: -Desde mi niñez creció la miseración conmigo[294]. Daba al pobre la limosna, no como quien le hacía beneficio de gracia, sino como quien pagaba de justicia 1a deuda; y decía en su corazón: -A este hermano y señor mío se le debe y no lo tiene, y Yo lo tengo sin merecerlo; y entregando la limosna besaba la mano del pobre, y si estaba a solas le besaba los pies, y si no podía hacerlo, besaba el suelo donde había pisado. Pero jamás dio limosna a pobre, que no se la hiciese mayor a su alma, pidiendo por ella: así volvían remediados de alma y cuerpo de su divina presencia.

No fue menos admirable la humildad y obediencia de la Santísima Niña en dejarse enseñar a leer y otras cosas, como es natural en aquella tierna edad. Hiciéronlo así sus padres santos, enseñándola a leer y hacer labor, y todo lo admitía y deprendía la que estaba llena de ciencia infusa de todas 1as cosas criadas, y callaba y oía a todos con admiración de los ángeles, que en una niña miraban tan peregrina prudencia. Su madre Santa Ana, según el amor y luz que tenía, estaba atenta a la divina Niña, y en sus acciones bendecía al Altísimo, pero como se iba acercando el tiempo de llevarla al templo, crecía con el amor el sobresalto de ver que, cumplido el plazo de los tres años señalado por el Altísimo, lo ejecutaría luego.

Y no parecía que esta verdadera Arca tenía el legítimo lugar que se le debía, si no era llevada al templo, donde los Padres y Profetas antiguos tenían depositado lo más precioso y misterioso. Y por esto dispuso la divina Providencia, que María Santísima fuese llevada al templo por sus santos padres Joaquín y Ana; y la piadosa matrona dijo estas palabras, presentándosela al Señor: -Altísimo Dios mío, ofrecida tengo a vuestro templo y servicio a mi Hija, que Vos con misericordia inefable me habéis dado. Vuestra es, y yo os la doy, Señor mío, con hacimiento de gracias por el tiempo que me la habéis fiado y por haberla concebido y criado. Pero acordaos, Dios mío, que con la guarda de vuestro inestimable tesoro estaba rica, tenía compañía entre las criaturas, alegría en mi tristeza, alivio en mis trabajos, espejo en quien regular mi vida, y por Esta sola criatura esperaba vuestra gracia y misericordias; todo temo me falte en solo un punto, hallándome sin Ella. Curad, Señor, la herida de mi corazón, y no hagáis conmigo según lo que merezco, pero miradme como Padre piadoso de misericordias; yo os traigo a mi Hija a vuestro templo como Vos, Señor, me lo mandáis.

El Altísimo favoreció liberalísimamente en el templo a María Santísima; le mostró 1a Divinidad, la enriqueció de bienes de su diestra, y Ella fue en el retorno admirable, en la obediencia puntualísima, como más largamente digo en su Vida que dejo escrita; y como esta suma de ella es tan breve y sólo para tener un breve compendio que me sirva de espejo, no he hecho sino coger de la Historia que he escrito, algunas flores para hacer un ramillete, y es fuerza no lleve el lleno de perfección que fuera razón, porque está entresacado y no se pone todo lo perteneciente a la Historia, pero para memorial de las cosas que me han movido más mi afecto, esto basta[295].

---

[294] Job. XXXI, 18.
[295] Míst. C. de D., Lib I, cap. 24 y 25. Lib. II, cap. 1 y 2.

PARÁGRAFO DUODÉCIMO

De algunas perfecciones en general de María Santísima y de su alto modo de proceder en todo.[296]

La meditación de Nuestra Reina, de día y noche, era en la Divinidad y cómo amaría a Su Alteza incesantemente, y con afecto humildísimo hacía actos fervorosos de todas las virtudes, y trabajó fielmente con ellas. Y aunque el Señor la adornó y dotó de todos los perfectos hábitos suyos, mereció más esta purísima criatura con los actos que hizo de las virtudes y afecto con que obraba lo perteneciente a ellas, que todos los Santos juntos han merecido para sí y merecerán. Era iluminada de la Divinidad, y su lucerna era el Cordero: fue sapientísima de la divina sabiduría, porque la dotó Dios de ciencia infusa, y conoció muchos de los secretos del Altísimo Señor y los sacramentos de las Escrituras, y con todo y de todo se aprovechaba, y granjeaba y adquiría muchos bienes y tesoros, y obligaba al Altísimo para que la favoreciese liberalmente.

Era en entender prudente, en amar única, en obrar fervorosa, en pensamientos altísima, especiosa en bondad, prudente en temer, fuerte en vencer, animosa en trabajar, constante en toda virtud, alentada en sujetar la flaqueza de la naturaleza humana. Jamás salió de sí misma, y nunca faltó a las obras de caridad; no le hacían perjuicio las obras de Marta para acudir a las de María, siempre eligió la mejor parte y nunca faltó al ministerio de servir como sierva a sus padres.

Escogióla el Altísimo para su tabernáculo y morada, y como ignoraba la dignidad que la daban y tenía ciencia de cuán grande era, cuando la pidieron el fiat para obrar este sacramento, fue su corazón como puesto entre la prensa del amor, del agadecimiento, de la humillación y de la admiración de que a Ella la eligiese el muy alto por madre, y oprimido el corazón de todas estas causas despidió de sí tres gotas de sangre, de que el Espíritu Santo formó el cuerpo de Nuestro Redentor Jesucristo, de manera que con fuerza de amor administró la materia de que el Verbo tomó carne[297]. Túvole en sus entrañas nueve meses, y nació de sus purísimas entrañas, saliendo como el sol por 1a vidriera sin herirla, y en adorando a su Dios y Señor, Su Majestad la dijo: -Madre mía, asimílate a Mí-; y desde esta hora le concedió un beneficio el Todopoderoso de los más ponderables que yo he conocido de esta divina Reina; y fue que todo el tiempo que trató con el Altísimo Señor, conocía los actos interiores que Su Majestad ejercitaba, las peticiones que hacía a su Padre, las obras que hacía en cuanto hombre; y en todas le imitaba sin perder punto, como más largo dejo dicho en la Vida de la Reina; y lo que granjeó con este beneficio no hay lengua humana para explicarlo.

En el ministerio de servir a su Hijo y Señor, y a su esposo San José, sin mandar a otra sierva, porque en la obediencia que tuvo a Dios fue rara admirable, y como Su Majestad le ordenó que sirviese a su Hijo y a su padre putativo en lo perteneciente y necesario en cuanto hombre y niño, y en la obligación de esposa, lo hizo tan cabalmente que jamás lo fió de otra mano; y su humildad no consintió tener sierva ni mandar a otra menor ni mayor en edad. Siempre fue reina y esclava, la mayor y la menor, la obediente a todos, tanto que no supo mandar a nadie.Tanto se humanó y humilló que, en la equidad y justicia de Dios, por <ser> según ella humillar a los soberbios y levantar a los humildes, que cuando no tuviera esta divina Señora la dignidad de Madre de Dios, la debía levantar Su Majestad sobre todas las criaturas y cortesanos del paraíso celestial, porque fue más humilde que todos, y con esta virtud le obligó más que ellos, y por el bajo concepto que hizo de sí misma, de sierva, que por la dignidad de Madre de Dios, porque el serlo no lo pudo adquirir por sí, y los actos de humildad los hizo Ella, aunque todo con favor de lo alto.

---

[296] Este parágrafo no se halla en la segunda Mística. Parte de él está en el "Ejercicio Cotidiano..." publicado por el P. Buldú, y en el folletito "Lucerna encendida..."

[297] Esto fue también revelado al Beato Amadeo y a Santa María Magdalena de Pazis, y lo sostienen graves teólogos. Véase el tomo VI de "Míst. C. de Dios" y Archivo Agredano, n. 14 y sig.

Lo superior de su alma siempre miró a la Divinidad, que desde que Su Majestad le dio conocimiento de ella, nunca apartó su contemplación del objeto que conoció. Asistió siempre al Sancta Sanctorum de su interior, adonde sólo el Sumo Sacerdote y Dios altísimo entraba, y en su presencia ofrecía los holocaustos de sus obras virtuosas, y el fuego del Espíritu Santo jamás le faltó, ni de su parte para conservarle nunca tuvo remision ni el más pequeño descuido. Salía a lo exterior de su templo <al> hacer los sacrificios de sus sentidos, de los cuales usó siempre prudentísimamente, mirando contínuamente al cumplimiento de la divina voluntad. Muchas veces la inquiría y buscaba, y fervorosamente pedía a Dios se la enseñase, y Su Majestad se la manifestaba, y santamente la ejecutaba, y esto era de ordinario.

Y como al agrado del Señor es lo más excelente la exaltación de su nombre y obrar con las criaturas magníficas obras favoreciéndolas, pedía muchas veces a Su Alteza lo hiciese, y como otra Ester clamaba por la libertad de su pueblo, y que de todo el linaje humano fuese conocido, amado y temido, reverenciado, honrado y glorificado; y para obligar a Su Majestad a que le concediese estas súplicas, se ofrecía a padecer muchos trabajos. Pedíale favoreciese a su pueblo escogido, y que conservase y aumentase los profetas, y de nuevo los levantase para manifestación de sus maravillas, que cumpliese lo que a los patriarcas y profetas tenía prometido, y que enviase al Mesías y redimiese el mundo; y en esto hizo tantas peticiones y tan maravillosas sumisiones y cándidas determinaciones, que hirió el corazón de Dios de amor, e hizo a Su Majestad acelerar el tiempo para enviar al Unigénito.

Para los prójimos hizo súplicas de tanta caridad en general, que muchos de los favores que en su tiempo les hizo, fue por su intercesión; y por ella muchos en particular se salvaron. Esto sólo pasaba en su interior, que era en pensamientos secretísima y altísima. Para sí misma pedía con tanto fervor y humildad que inclinaba a los atributos de misericordia y bondad para que la divina diestra la favoreciese con ella. Fue mártir en el afecto de amor, y la Providencia divina hacía continuos milagros conservándole la vida, porque muchas veces la hubiera perdido, si no le fuera restituida, porque estaba más donde amaba que donde animaba. En todas las virtudes fue prodigiosa: en la prudencia, admirable; en la humildad, profundísima; en la caridad, ardentísima; en la paciencia, sufridísima, pues jamás tuvo afecto a quejarse, ni lo hizo aunque fuera en cosa justa; y padeció muchos trabajos con ánimo constante. Fue virgen en el ama y en el cuerpo, y con ningún rodeo de engaño adulteró el sincero afecto; fue conversable con las criaturas con admiración, sacando de todo fruto; fue humilde de corazón, y sin parecer ajeno jamás hizo obra exterior; obedecía a los mayores, iguales y menores en edad en todo lo que no era imperfecto ni injusto: fue prudente en el ánimo, grave en las palabras; y de su mismo motivo ni inclinación de saber, jamás habló a nadie; ni a ninguna criatura miró al rostro, ni por él las conociera, sino es porque en Dios las vio, y con ciencia infusa que tenía, las pudiera conocer, pero no por haberlas mirado en sí mismas: y si alguna vez habló, fue para ejercitar la caridad, a la cual nunca faltó: fue escasa en hablar y más estudiosa en leer, y no reponía ni depositaba su esperanza en lo incierto de las riquezas y promesas humanas, sino en el ruego del pobre.

Era atenta a las obras, vergonzosa en las palabras, habituada a buscar y consultar por árbitro de su alma, no al hombre sino al Espíritu Santo. No hacía mal a nadie, antes bien respetaba a todos; huía de la arrogancia, seguía la razón y amaba la virtud. Nunca con el semblante agravió a nadie; obedeció y respetó a sus padres, no desistió de sus propíncuos, no enfadó al humilde, ni burló del débil, ni a sus ojos hubo ninguno despreciado. No envidió a nadie, no huyó del pobre, nunca se halló en las juntas de varones en las cuales ni la misericordia se corriera, ni la vergüenza las dejara pasar por alto. Ninguna cosa tuvo ofensiva en su mirar ni en sus palabras, ninguna descompuesta ni desigual; el rostro no altivo aunque grave, los pasos no acelerados, ni la voz apresurada. Suave en aconsejar, benigna en el reprender, prudente y detenida en el responder, especiosa en el proceder de manera que la misma hermosura del cuerpo y sus acciones fue un simulacro, retrato, imagen de su alma y figura de la perfecta virtud.

Fué hermosísima, y agraciada su forma y adecuadamente perfecta; y en llegando a los treinta años, en que quedó su naturaleza y persona perfectísima y en su vigor y fuerza, no declinó de ella, porque

no padeció la debilidad de la vejedad, ni tuvo canas, ni cansancios de ancianidad, sino que a los setenta años[298] estaba de la misma nanera que a los treinta y tres[299], porque su Hijo Santísimo dispuso y ordenó que su Madre Purísima se conservase en la perfección y fortaleza que tiene la naturaleza humana, cuando llega a la edad <en> que Su Majestad murió; porque la que fue exenta y libre del pecado, no había de pagar las pensiones de él[300].

[298] Véase en el tomo VI la nota al n. 742 del llib. VIII.

[299] Si el Señor concedió semejante privilegio a Sara, mujer de Abrahán, como se manifiesta en la Escritura y lo elogia San Juan Crisóstomo (in XII Gen hom. 32), y se lo concedió también a otras varias santas como a Santa Asela, la que por esto era considerada como la maravilla de Roma, según escribe San Jerónimo (in vita Asellae), qué inconveniente hay en admitir que le fuera otorgado a la que era Madre del mismo Señor y fue sobre todas las criaturas privilegiada?

[300] Míst. C. lib. VI, mm. 855 y 856; y lib. VIII. n 742.

PARÁGRAFO TERCIODÉCIMO

De las virtudes de María Santísima en común, y cómo 1as iba ejecutando altísima y eminentemente.

Es la virtud un hábito que adorna y ennoblece la potencia racional de la criatura y la inclina a la buena operación. Llámase hábito, porque es una cualidad permanente que con dificultad se aparta de la potencia, a diferencia del acto que se pasa luego y no permanece. Inclina y facilita a la virtud a las operaciones y las hace buenas, lo que no tenía por sí sola la potencia, porque es indiferente para las obras buenas y malas. Fue adornada María Santísima desde el primer instante de su vida con los hábitos de todas las virtudes en grado eminentísimo, y continuamente se fueron aumentando con nueva gracia y operaciones perfectísimas en que ejercitaba con altísimos merecimientos de todas las virtudes que la mano del Señor le había infundido.

Y aunque las potencias de esta soberana Princesa no estaban desordenadas, ni tuvieron repugnancia que vencer (como la tenemos los demás hijos de Adán), porque a Ella ni le alcanzó la culpa ni el fomes que inclina al mal y resiste al bien, pero tenían aquellas ordenadas potencias capacidad para que los hábitos virtuosos las inclinasen a lo mejor, más perfecto y santo. A más de esto, como era criatura pasible y pura, estaba sujeta a sentir pena, y a inclinarse al descanso licito, y dejar de hacer algunas obras (a lo menos de supererogación y menos perfección), y sin culpa pudiera sentir alguna propensión a no hacerlas. Para vencer, pues, esta natural inclinación y apetito le ayudaron los hábitos perfectísimos de las virtudes, a cuyas inclinaciones cooperó la Reina del cielo tan varonilmente, que en ningún afecto frustró la fuerza con que la movían y purificaban en todas la obras.

Con esta armonía y hermosura de todos los hábitos virtuosos estaba el alma santísima de María tan ilustrada, ennoblecida, enderezada al bien y al último fin de la criatura, tan fácil, pronta, eficaz y alegre en el bien obrar, que si fuera posible penetrar con nuestra flaca vista aquel secreto tan sagrado de su pecho, fuera el objeto más hermoso y admirable de todas las criaturas y de mayor gozo después del mismo Dios. Todo estaba en María como en su propio centro y esfera, y así tenían todas las virtudes su última perfección sin que se pudiese decir; -esto le falta para ser hermoso y perfumado. Y a más de las virtudes que recibió infusas, tuvo también las adquisitivas, que con el uso y ejercicio granjeó. Y si en las demás almas un acto se suele decir que no es virtud, porque son necesarios muchos repetidos para adquirirla, pero las obras de María Santísima fueron tan eficaces, intensas y perfectas, que cada una excedía a todas las de todas las demás criaturas: y conforme a esto, donde fueron tan repetidos los actos virtuosos, sin perder punto ni grado de perfectísima eficacia, ¿qué hábitos serían los que esta divina Señora adquirió pon sus propias obras? El fin del obrar que hace también al acto virtuoso (porque ha de ser bueno y bien hecho), fue en María el supremo de todas las obras, que es el mismo Dios; porque nada hizo que nola moviene la gracia a la mayor gloria y beneplácito del mismo Señor, mirándole como motivo y último fin.

Estos dos géneros de virtudes infusas y adquisitivas asientan sobre otra virtud que se llama natural, porque nace en nosotros con la misma naturaleza racional y tiene por nombre *sindéresis*. Este es un conocimiento que la luz de la razón tiene de los primeros fundamentos y principios de la virtud, y una inclinación a ella que a esta luz corresponde en nuestra voluntad, como conocer que debes amar a quien te hace bien; que no hagas con otro lo que no quieres que se haga contigo mismo. En la Reina Nuestra Señora fue esta virtud natural o sindéresis excelentísima, y de los principios naturales inferia con suma y profunda claridad las consecuencias de todo lo bueno, aunque fuese muy remoto, porque discurría con increíble viveza y rectitud. Para estos discursos se valía de la noticia infusa de las criaturas, especialmente de las más nobles y universales, los cielos, sol, luna, estrellas y disposición de todos los orbes y elementos; y en todo discurría desde el principio al fin, convidando a todas estas criaturas a que alabasen a su Criador y llevasen al hombre

tras de Sí hasta darles este mismo conocimiento que por ellas podía alcanzar, y no le tuviesen[301] hasta llegar al Criador y Autor de todo.

Las virtudes infusas se reducen a dos órdenes y clases. En la primera entra solamente los que tienen a Dios por objeto inmediato, y por esto se llaman teologales, que son fe, esperanza y caridad. En el segundo orden están todas las otras virtudes que tienen por objeto al prójimo[302] o algún medio y bien honesto que encamina el alma al último fin, que es el mismo Dios; y éstas se llaman virtudes morales, porque pertenecen a las costumbres, y aunque son muchas en número, se reducen a cuatro cabezas (que por esto se llaman cardinales), cuales prudencia, justicia, fortaleza y templanza. De todas estas virtudes y sus especies hablaré adelante en particular lo que pudiere, para declarar cómo todas y cada una estuvieron en las potencias de la soberana Reina. Ahora sólo advierto generalmente, que ninguna le faltó en grado perfectísimo, y con ellas tuvo todos los dones del Espíritu Santo, y los frutos y bienaventuranzas. Y ningún género de gracia ni beneficio necesario para perfección de su alma y potencias dejó de infundirle Dios desde el primer instante de su concepción, así en la voluntad como en el entendimiento, donde tuvo los hábitos y especies de las ciencias. Y para decirlo todo de una vez, todo lo bueno que pudo darle el Altísimo como a Madre de su Hijo, siendo Ella pura criatura, todo se lo dio en altísimo grado. Y sobre esto crecieron todas sus virtudes; las infusas, porque las aumentaba con sus merecimientos, y las adquisitas, porque las engendró y adquirió con los intensísimos actos que hacía[303].

[301] Míst. “detuviese...”
[302] Míst. “por objeto próximo algún medio o bien honesto...”
[303] Míst., Lib. II, c. 5.

PARÁGRAFO CUARTODÉCIMO

De la virtud de la fe y su ejercicio, que tuvo María Santísima.

En breves razones comprendió Santa Isabel (como lo refiere el evangelista San Lucas[304]) la grandeza de la fe de María Santísima, cuando la dijo: *Bienaventurada eres por haber creído; que por esto se cumplirán en ti las palabras y promesas del Señor*. Por 1a felicidad y bienaventuranza de esta gran Señora y por su inefable dignidad se ha de medir su fe; pues fue tal y tan excelente, que por haber creído llegó a la grandeza mayor después del mismo Dios. Creyó el mayor sacramento de los sacramentos y misterios que en Ella se habían de obrar: y fue tal la prudencia y ciencia divina de María, que para dar crédito a esta verdad tan nueva y nunca vista, trascendió sobre todo el humano y angélico entendimiento, y sólo en el divino se pudo fraguar su fe como en la oficina del poder inmenso del Altísimo, donde todas las virtudes de esta Reina se fabricaron con el brazo de Su Alteza. Yo me hallo siempre atajada y torpe para hablar de estas virtudes y mucho más para las interiores, porque es grande la inteligencia y luz que de ellas se me ha dado, pero muy limitados son los términos humanos para declarar los conceptos y actos de fe engendrados en elentendimiento y espíritu de la más fiel de todas las criaturas, o la que fue más que todas juntas: diré lo que pudiere, reconociendo mi incapacidad para lo que pedía mi deseo y mucho más el argumento.

Fue la fe de María Santísima un asombro de toda la naturaleza criada y un patente prodigio del poder divino; porque en Ella estaba la virtud de la fe en el supremo y perfectísimo grado que pudo tener, y en gran parte y por algún modo satisfizo a Dios la mengua que en la fe habían de tener los hombres. Dio el Altísimo a los mortales viadores esta excelente virtud, para que sin embarazo de la carne mortal tuviesen noticia de la Divinidad y sus misterios y obras admirables, tan cierta, infalible y segura en la verdad como si le vieran cara a cara, así como le ven los ángeles, bienaventurados: el mismo objeto y la misma verdad que ellos tienen patente con claridad, esa creemos nosotros debajo del velo y oscuridad de la fe santa.

Este grandioso beneficio, mal conocido y peor agradecido de los mortales, bien se deja entender (volviendo los ojos al mundo) cuántas naciones, reinos y provincias lo han desmerecido desde el principio del mundo; cuántas le han arrojado de sí infelizmente, habiéndoselo concedido el Señor con liberal misericordia; y cuántos fieles, habiéndole recibido sin merecerlo, le malogran y le tienen como de burlas y sin provecho ni efecto para caminar con él a conseguir el último fin adonde los endereza y guía. Convenía, pues, a la divina equidad, que esta lamentable pérdida tuviese alguna recompensa, y que tan incomparable beneficio tuviese adecuado y proporcionado retorno, en canto fuese posible a las criaturas, y que entre ellas se hallase alguna en quien estuviera la virtud de la fe en grado perfectísimo, como en ejemplar y medida de todos los demás.

Todo esto se halló en la gran fe de María Santísima, y sólo por Ella y para Ella, cuando fuera sola esta Señora en el mundo, hubiera Dios criado y fabricado la virtud excelente de la fe, porque sola María Santísima desempeñó a la divina Providencia para que (a nuestro modo de entender) no padeciera mengua de parte de los hombres, ni quedara frustrada en la formación de esta virtud y en la corta correspondencia que en ella le habían de mostrar los mortales. Este defecto recompensó la fe de la soberana Reina, y en Ella copió en si misma la divina idea de esta virtud con la suma posible perfección; y todos los demás creyentes se pueden regular y medir por la fe de esta Señora, y serán más o menos fieles, cuanto más o menos se ajustaren con la perfección de su fe incomparable. Y para esto fue elegida por maestra y ejemplar de todos los creyentes[305], entrando los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, y todos cuantos con ellos han creído y creerán los artículos de fe cristiana hasta el fin del mundo.

---

[304] Luc. 1, 45.
[305] Véase Suárez, in 3. p. q. 37, disp. 19. sect. 17.

Alguno podrá dificultar cómo se compadecía que la Reina del cielo ejercitase la fe, supuesto que tuvo muchas veces visión clara de la Divinidad, y muchas más la tuvo abstractiva, que también hace evidencia de lo que conoce el entendimiento, como queda dicho en la Historia que he escrito de la Reina[306]. Y la duda nacerá de que la fe es la sustancia de las cosas que esperamos y argumento de las que no vemos, como lo dice el Apóstol[307], que es decirnos, como de las cosas que ahora esperamos del último fin de la bienaventuranza, no tenemos otra presencia ni sustancia o ciencia (mientras somos viadores) más de la que contiene la fe en su objeto creído obscuramente y por espejo, si bien la fuerza de este hábito infuso con que inclina a creer lo que no vemos y, y la certeza infalible de lo creído hacen un argumento infalible y eficaz para el entendimiento y para que la voluntad segura y sin temor crea lo que desea y espera; y conforme a esta doctrina, si la Virgen Santísima en esta vida llegó a ver y tener a Dios (que todo es uno) sin el velo de la fe obscura, no parece que le quedaría obscuridad para creer por fe lo que había visto con claridad cara a cara, y más si en su entendimiento permanecían las especies adquiridas en la visión clara o en la evidente de la Divinidad.

Esta duda no sólo no impide la fe de María Santísima, pero antes la engrandece y levanta de punto, pues quiso el Señor que su Madre fuese tan admirable en el privilegio de esta virtud de la fe (y lo mismo es de la esperanza), que trascendiesen[308] a todo el orden común de los otros viadores, y que su excelente entendimiento, para ser maestra y artífice de estas grandes virtudes, fuese ilustrado unas veces con los actos perfectísimos de la fe y esperanza, y otras con la visión y posesión (aunque de paso) del fin y objeto que creía y esperaba, para que en su original conociese, gustase las verdades que, como maestra de los creyentes, había de enseñar a creer por virtud de la fe; y juntar estas dos cosas en el alma santísima de María era fácil al poder de Dios, y siéndolo, era como debido a su Madre Santísima, a quien ningún privilegio por grande desdecía, ni le debía faltar. Verdad es que con la claridad del objeto que conocemos, no se compadece la obscuridad de la fe con que creemos lo que no vemos, ni con la posesión la esperanza, ni María Santísima, cuando gozaba de estas visiones evidentes, ni cuando usaba de las especies (aunque abstractivas[309]) le manifestaban los objetos, ejercitaba los actos obscuros de la fe, ni usaba de su hábito sino de solo el de la ciencia infusa. Mas no por esto quedaban ociosos los hábitos de las dos virtudes teologales, fe y esperanza, porque el Señor, para que esta divina Señora usase de ellos, suspendía el concurso o detenía el uso de las especies claras y evidentes, con que cesaba la ciencia actual y obraba la fe obscura: en cuyo perfectísimo estado quedaba a tiempos la soberana Reina, ocultándose el Señor para todas las noticias claras, como sucedió en el misterio altísimo de la Encarnación del Verbo, de que he dicho en la Historia y Vida de la Reina.

No convenía que la Madre de Dios careciera del premio de estas virtudes infusas de la fe y esperanza, y para alcanzarle había de merecerle, y[310] para conseguirle había de ejercitar sus operaciones proporcionadas al premio; y como éste fue incomparable, así lo fueron los actos de fe que obró esta gran Señora en todas y en cada una de la verdades católicas; porque todas las conoció y creyó explícitamente con altísima y perfectísima creencia como viadora. Y claro está que, cuando el entendimiento tiene evidencia de lo que conoce, no aguarda para creer al consentimiento de la voluntad, porque antes que ella se lo manda, es compelido de la misma claridad a dar asenso firme; y por eso aquel acto de creer lo que no puede negar no es meritorio. Y cuando María Santísima asintió a la embajada del Arcángel, fue digna de incomparable premio por lo que en el asenso de tal misterio mereció; y lo mismo sucedió en los otros que creyó, cuando el Altísimo disponía que usase de la fe infusa y no de la ciencia, aunque también con esta tenía su mérito por el amor que con ella ejecutaba, como en diferentes lugares he dicho en la Vida de la Reina.

---

[306] Lib. I. nn. 229 y 237.
[307] Heb. XI, 1.
[308] Míst. "trascendiese..."
[309] Míst. "ni cuando usaba de las especies, que con evidencia (aunque abstractiva) le manifestaban los objetos, ejercitaba..." Véase la nota XXIX a la 1ª Parte de la Míst.
[310] Míst. "para merecerle, había..."

Tampoco le dieron el uso de la ciencia infusa cuando perdió el Niño (a lo menos para conocer aquel objeto donde estaba, como con aquella luz conocía otros muchos), ni tampoco usaba entonces de las especies claras de la Divinidad, y lo mismo fue al pie de la cruz, que suspendía el Señor la vista y operaciones que en el alma santísima de su Madre habían de impedir el dolor, porque entonces convenía que le tuviese y obrase la fe sola y la esperanza. Y el gozo que tuviera con cualquiera vista o noticia (aunque fuera abstractiva) de la Divinidad, naturalmente impidiera al dolor, si no hacía Dios un nuevo milagro para que estuviesen juntos pena y gozo. Y no convenía que Su Majestad hiciera esta maravilla, pues con el padecer se compadecía en la Reina el mérito e imitación de su Hijo Santísimo con las gracias y excelencias de su madre. Por esto buscó el Niño con dolor[311], como Ella lo dijo, y con fe viva y esperanza; y también las tuvo en la pasión[312] de la resurrección de su amado Hijo, que creía y esperaba, permaneciendo en Ella esta fe sola de la Iglesia, como reducida entonces esta virtud a su Maestra y Fundadora María Santísima.

Tres condiciones o excelencias particulares se pueden considerar en la fe de la Madre de Dios; la continuación, la intensión y la inteligencia con que creía. La continuación sólo se interrumpía, cuando con claridad intuitiva o evidencia abstractiva miraba a la Divinidad, como se ha dicho. Pero distribuyendo los actos interiores del conocimiento de Dios que tenía la Reina del cielo, aunque sólo el mismo Señor que los dispensaba, puede saber cuándo y en qué tiempo ejercitaba su Madre Santísima los unos actos o los otros, pero jamás estuvo ocioso su entendimiento, sin cesar solo un instante de toda su vida, desde el primero de su concepción, en que perdiese Dios de vista; porque si suspendía la fe, era porque gozaba de la vista de la Divinidad clara o evidente por ciencia altísima infusa; y si el Señor se ocultaba de este conocimiento, entraba obrando la fe; y en la sucesión y vicisitud de estos actos había una concertadísima armonía en la mente de María Santísima, a cuya atención convidaba el Altísimo a los espíritus angélicos, según aquello que dijo en los Cantares, cap. VIII: *La que habitas en los huertos, los amigos te escuchan, hazme oír tu voz*.

En la eficacia o intensión que tenía la fe de esta soberana Princesa, excedió a todos los apóstoles, profetas y santos justos, y llegó a lo supremo que pudo caber en pura criatura. Y no sólo excedió a todos los creyentes, pero tuvo la fe que faltó a todos los infieles que no han creído, y con la fe de María Santísima pudieran todos ser ilustrados. Por lo cual de tal suerte estuvo Ella firme, inmoble y constante cuando los apóstoles en el tiempo de la pasión desfallecieron, que si todas las tentaciones, engaños, errores y falsedades del mundo se juntaran, no pudieran contrastar ni turbar la invencible fe de la Reina de los fieles, y su Fundadora y Maestra a todos venciera y contra todos saliera victoriosa y triunfante.

La claridad o inteligencia con que creía explícitamente todas las verdades divinas, no se puede reducir a palabras sin oscurecerla con ellas. Sabía María Santísima todo lo que creía, y creía todo lo que sabía, porque la ciencia infusa teológica de la credibilidad de los misterios de la fe y su inteligencia estuvo en esta sapientísima Virgen y Madre en el grado más alto que a pura criatura fue posible. Tenía en acto esta ciencia y memoria de ángel sin olvidar lo que una vez aprendía, y siempre usaba de esta potencia y dones para creer profundamente (salvo cuando por divina dispensación[313] ordenaba Dios que por otros actos se suspendiese la fe como arriba dije). Y fuera de no ser comprensora, tenía en el estado de viadora para creer y conocer a Dios, la inteligencia más altá y mas inmediata (en la esfera de la fe) con la noticia clara de la Divinidad, con que trascendía el estado de todos los viadores, siendo Ella sola en otra clase y estado de viadora, a que ninguno otro pudo llegar.

Y si María Santísima, cuando ejercitaba los hábitos de fe y esperanza, tenía el estado más ordinario para ella, y por eso era el más inferior, y en él excedía a todos los santos y ángeles en merecimientos y fuerza del amor, ¿qué sería lo que obraba, merecía y amaba, cuando era levantada con el poder divino a otros beneficios y estado más alto de la visión beatífica o conocimiento claro

---

[311] Luc. 2, 48.
[312] Míst. “en la pasión y resurrección de su único y amado...”
[313] Míst. “por divina disposición”.

de la Divinidad? Si al entendimiento angélico le faltaran fuerzas para penetrarlo y entenderlo, ¿cómo tendrá palabras para explicarlo una criatura? Yo quisiera, a lo menos, que todos los mortales conocieran el valor y precio de esta virtud de la fe, considerándolo en este divino ejemplar donde llegó a los últimos términos de su perfección y adecuadamente tocó el fin para que fue fabricada. Lleguen los infieles, herejes, paganos, idólatras a la maestra de la fe, María Santísima, para que sean iluminados en sus engaños y tenebrosos errores, y hallarán el camino seguro para atinar con el último fin para quien fueron criados. Lleguen también los católicos, y conozcan el copioso premio de esta excelente virtud, y pidan con los apóstoles al Señor, que les aumente la fe[314], no para llegar a la de María Santísima, mas para imitarla y seguirla, pues con su fe nos enseña y nos da esperanza de alcanzar nosotros, por sus merecimientos, la que hemos menester.

Al patriarca Abrahán llamó san Pablo[315] padre de todos los creyentes, porque fue quien primero recibió las promesas del Mesías, y creyendo todo lo que Dios le prometió, creyó en esperanza[316] contra esperanza, que es decir cuán excelente fue la fe del Patriarca, pues el primero creyó las promesas del Señor, cuando no podía tener esperanza humana en la virtud de las causas naturales, así para que su mujer Sara le pariese un hijo ya estéril, como para que, ofreciéndosele después a Dios en sacrificio (como se lo mandaba), le quedase de él la sucesión infinitamente innumerable[317], que el mismo Señor le había prometido. Todo esto que naturalmente era imposible, y otras palabras y promesas creyó Abrahán que el poder divino haría sobrenaturalrnente, y por esta fe mereció ser llamado padre de todos los creyentes y recibir la señal de la fe en que se había justificado, que fue la circuncisión.

Pero nuestra preexcelsa Señora María tiene mayores títulos y prerrogativas que Abrahán, para ser llamada madre de la fe y de todos los creyentes, y en su mano está enarbolado el estandarte y vexilo de la fe y padre de todos los creyentes de la ley de gracia. Primero fue el patriarca en el orden del tiempo, y de primer intento fue dado por padre y cabeza del pueblo hebreo; grande y excelente fue su fe en las promesas de Cristo y en las palabras del Señor, pero en todas estas obras fue la fe de María Santísima más admirable sin comparación, y así es la primera en la dignidad. Mayor dificultad o imposibilidad era concebir y parir una Virgen que una vieja estéril, y no estaba el patriarca Abrahán tan cierto de que se ejecutaría el sacrificio de Isaac, como lo estaba María Santísima de que sería con efecto sacrificado su Hijo Santísimo; y Ella fue la que en todos los misterios creyó y esperó y enseñó a toda la Iglesia cómo debía creer en el Altísimo y las obras de la Redención. Y conocida la fe de María Santísima, Ella es la madre de los creyentes y el ejemplar de la fe católica y de la santa esperanza. Y para concluir con este parágrafo, digo que Cristo, nuestro redentor y maestro, como era comprensor y su alma santísima gozaba la suma gloria y visión beatífica, no tenía fe ni podía usar de ella, ni con sus actos pudo ser maestro de esta virtud; pero lo que no pudo hacer el Señor por Sí mismo, hizo por su Madre Santísima, constituyéndola fundadora, madre y ejemplar de la fe de su Iglesia evangélica, y para que el día del juicio universal sea esta soberana Reina juez que singularmente asista con su Hijo Santísimo a juzgar a los que después de este ejemplar no han creído en el mundo[318].

---

[314] Luc. XVII, 5.
[315] Rom. IV, 2.
[316] Rom. IV, 18.
[317] Gen. XV, 5.
[318] Míst. Lib. II, c. VI.

PARÁGRAFO QUINTODÉCIMO

De la virtud de la esperanza y el ejercicio que de ella tuvo María Santísima.

A la virtud de la fe sigue la esperanza, a quien ella se ordena, porque, si el áltísimo Dios nos infunde la luz de la fe divina con que todos sín diferencia y sin aguardar tiempo vengamos en el conocimiento infalible de la Divinidad y de sus misterios y promesas, es para que, conociéndole por nuestro último fin y felicidad y también los medios para llegar a El, nos levantamos en un vehemente deseo de conseguirla[319] cada uno para sí mismo. Este deseo, a quien se sigue como afecto[320] el conato de alcanzar el sumo bien, se llama esperanza, cuyo hábito se nos infunde en el bautismo en nuestra voluntad, que se llama apetito racional, porque a ella le toca apetecer la eterna felicidad como su mayor bien e interese y también el esforzarse con la divina gracia para alcanzarla y vencer las dificultades que en esta contienda se le ofreciere[321].

Cuán excelente virtud es la esperanza, se conoce de que tiene por objeto a Dios como último y sumo bien nuestro, aunque le mira y le busca como ausente, pero como posible o adquisible por medio de los merecimientos de Cristo y de las obras que hace quien espera. Regúlanse los actos y operaciones de esta virtud por la lumbre de la fe divina y de la prudencia particular con que aplicamos a nosotros mismos las promesas infalibles del Señor, y con esta regla obra la esperanza infusa tocando el medio de la razón entre los vicios contrarios de la desesperación y presunción, para que ni vanamente presuma el hombre alcanzar la gloria eterna con sus fuerzas o sin hacer obras para merecerla, ni tampoco, si quiere hacerlas, tema ni desconfíe que la alcanzará, como el Señor se lo promete y asegura. Y esta seguridad común y general a todos, enseñada por la fe divina, se aplica el hombre que espera por medio de la prudencia y sano juicio que hace de sí mismo para no desfallecer ni desesperar.

De aquí se conoce, que la desesperación puede venir de no creer lo que la fe nos promete, o en caso que crean, de no aplicarse asímismo la seguridad de las promesas divinas juzgando con error que él no puede conseguirlas. Entre estos dos peligros procede segura la esperanza, suponiendo y creyendo que no me negará Dios a mí lo que prometió a todos, y que la promesa no fue absoluta sino debajo de condición, que yo de mi parte trabaje y procure merecerlo en cuanto me fuere posible con el favor de su gracia divina, porque, si Dios hizo al hombre capaz de su vista y eterna gloria, no era conveniente que llegase a tanta felicidad por medio del mal uso de las mismas potencias con que le había de gozar, que son los pecados, sino usando de ellas con proporción al fin adonde con ellas camina. Y esta proporción consiste en el buen uso de las virtudes, con las cuales se dispone el hombre para llegar y gozar del sumo bien, buscándole desde luego en esta vida con el conocimiento y amor divino.

Tuvo, pues, esta virtud de la esperanza en María Santísima el sumo grado de perfección posible en sí y con todos sus afectos[322] y circunstancias y condiciones, porque el deseo y conato de conseguir el último fin de la vista y fruición divina tuvo en Ella mayores causas que <en> todas las criaturas, y esta fidelísima y prudentísima Señora no impedía sus efectos, antes los ejecutaba con suma perfección posible a pura criatura. No sólo tuvo Su Alteza fe infusa de las promesas del Señor, a la cual (siendo como fue la mayor) correspondía también proporcionadamente mayores esperanzas, pero tuvo sobre la fe la visión beatífica, en que por experiencia conoció la infinita verdad y fidelidad del Altísimo; y si bien no usaba de la esperanza, cuando gozaba de la vista y posesión de la Divinidad, pero después que se reducía al estado ordinario, le ayudaba la memoria del sumo bien

[319] Míst. “conseguirle”.
[320] Míst. “como efecto”
[321] Míst. “ofrecieren”.
[322] Míst. “efectos”.

que había gozado, para esperarle y apetecerle ausente con mayor fuerza y conato; y este deseo era un género de nueva y singular esperanza en la Reina de las virtudes.

Otra causa tuvo también la esperanza de María Santísima para ser mayor y sobre la esperanza de todos los fieles juntos, porque el premio y gloria de esta soberana Reina, que es el principal objeto de la esperanza, fue <sobre> toda la gloria de los ángeles y santos, y conforme al conocimiento de tanta gloria que el Altísimo le dio, tuvo la suma esperanza y afecto para conseguirla. Y para que llegase a lo supremo de esta virtud, esperando dignamente todo lo que el brazo poderoso de Dios quería obrar en Ella, fue prevenida con la luz de la fe suprema, con los hábitos, auxilios y dones proporcionados y con especial movimiento del Espíritu Santo. Y lo mismo que decimos de la suma esperanza, que tuvo del objeto principal de esta virtud, se ha de entender de los otros objetos (que se llaman secundarios), porque los beneficios, dones y misterios que se obraron en la Reina del cielo, fueron tan grandes, que no pudo extenderse a más el brazo del omnipotente Dios[323]. Y como esta gran Señora los había de recibir mediante la fe y esperanza de las promesas divinas proporcionándose con estas virtudes para recibirlas, por eso era necesario que su fe y esperanza fuesen las mayores que en pura criatura eran posibles. Y si (como queda dicho) de la virtud de la fe tuvo la Reina del cielo conocimiento y fe explícita de todas las verdades reveladas y <de> todos los misterios y obras del Altísimo, y a los actos de fe correspondían los de la esperanza, ¿quién podrá entender (fuera del mismo Señor) cuántos y cuáles serían los actos de esperanza que tuvo esta Señora de las virtudes, pues conoció[324] de todos los misterios de su propia gloria y felicidad eterna y los que en Ella y en el resto de la Iglesia evangélica se habían de obras por los méritos de su Hijo Santísimo? Por sola María, su madre, formara Dios esta virtud y la diera como la dio a todo el linaje humano, como antes dijimos de la virtud de la fe.

Por esta razón le llamó el Espíritu Santo Madre del amor hermoso y de la santa esperanza[325], y así como el darle carne al Verbo divino la hizo Madre de Cristo, así el Espíritu Santo la hizo Madre de la esperanza, porque con su especial concurso y operación concibió y parió esta virtud para los fieles de la Iglesia; y el ser Madre de la santa esperanza fue como consiguiente y anejo a ser Madre de Jesucristo Nuestro Señor, pues conoció que en Su Majestad nos daba toda nuestra segura esperanza. Y por estos concebimientos y partos adquirió la Reina Santísima cierto género de dominio y autoridad sobre la gracia y promesas del Altísimo, que con la muerte de Cristo Nuestro Redentor, Hijo de María, se habían de cumplir, porque todo nos lo dio esta Señora, cuando mediante su voluntad libre concibió y parió al Verbo humanado y en El todas nuestras esperanzas. Donde se cumplió legítimamente aquello que la dijo el Esposo: *Tus emisiones fueron paraíso*;[326] porque todo cuanto salió de esta Madre de la gracia, fue para nosotros felicidad, paraíso y esperanza cierta de conseguirle.

Padre celestial y verdadero tenía la Iglesia en Jesucristo, que la engendró, fundó y con sus rnerecimientos y trabajos la enriqueció de gracias, ejemplos y doctrinas, como era consiguiente a ser tal padre y autor de la admirable obra: parece que a su perfección convenía que juntamente tuviese madre amorosa y blanda, que con regalo y caricia suave y con maternal afecto e intercesiones criase a sus pechos a los hijos párvulos[327], y con tierno y dulce mantenimiento los alimentase, cuando por su pequeñez no pueden sufrir el pan de los robustos y fuertes. Esta dulce madre fue María Santísima, que desde la primitiva Iglesia, cuando nacía en los tiernos hijos de la ley de gracia, les comenzó a dar dulce leche de luz y de doctrina como piadosa madre, y hasta el fin del mundo continuará este oficio con sus ruegos en los nuevos hijos que cada día engendra Cristo Señor Nuestro con los méritos de su sangre y por los ruegos de la Madre de misericordia. Por Ella nacen, Ella los cría y alimenta y Ella es dulce madre, vida y esperanza nuestra, el original de la que nosotros tenemos, el ejemplar a quien imitamos, esperando por su intercesión conseguir la eterna

[323] De potencia ordinaria.
[324] Míst. "conoció todos los misterios".
[325] Eccli. XXIV, 24.
[326] Cant. IV, 13.
[327] I Cor. III, 2.

felicidad que su Hijo Santísimo nos mereció y los auxilios que por Ella nos comunica, para que la alcancemos[328].

PARÁGRAFO DECIMOSEXTO

De la virtud de la caridad de María Santísima Nuestra Señora.

La virtud sobreexcelentísima de la caridad es la señora, la reina, la madre, alma, vida y hermosura de todas las otras virtudes; la caridad es quien las gobierna a todas, las mueve y encamina a su verdadero y último fin; ella las engendra en su ser perfecto, las aumenta y conserva, las ilustra y adorna, y las da vida y eficacia. Si todas las demás causan en la criatura alguna perfección y ornato, la caridad se le da y[329] la perfección de ellas mismas, porque sin caridad todas son feas, obscuras, lánguidas, muertas y sin provecho, porque no tienen perfecto movimiento de vida ni sentido. La caridad es la benigna[330], paciente, mansísima, sin emulación, sin envidia, sin ofensa, la que nada se apropia, que todo lo distribuye, causa todos los bienes, y no consiente alguno de los males cuanto es de su parte, porque es la mayor participación del verdadero y sumo bien. ¡Oh virtud de las virtudes y suma de los tesoros del cielo! Tú sola tienes la llave del paraíso, tú eres la aurora de la eterna luz , sol del día de la eternidad, fuego que purificas, vino que embriagas dando nuevo sentido, néctar que letificas, dulzura que sacias sin hastío, tálamo en que descansa el alma, y vínculo tan estrecho que con el mismo Dios pos haces uno[331], al modo que lo son el Eterno Padre con el Hijo y entrambos con el Espíritu Santo. Tú eres la poderosa con mi dulce Esposo y la medianera de los dulces abrazos, la que llevas a ellos y a lo íntimo y escondido del amor, por ti hallan audiencia mis razones a los oídos de mi Amado[332].

Por la incomparable nobleza de esta señora de las virtudes el mismo Dios quiso (a nuestro entender) honrarse con su nombre, o quiso honrarla ella, llamándose caridad, como lo dijo San Juan[333]. Muchas razones tiene la Iglesia católica para que de las perfecciones divinas se la atribuya al Padre la omnipotencia, al Hijo la sabiduría y al Espíritu Santo el amor, porque el Padre es principio sin principio, el Hijo nace del Padre por el entendimiento y el Espíritu Santo procede de los dos por la voluntad; por el nombre[334] de caridad y esta perfección se la aplica el Señor a Sí mismo sin diferencia de personas, cuando de todas dijo el Evangelista sin distinción, Dios es caridad. Tiene esta virtud en el Señor ser como término y corno fin de todas las operaciones ad intra y ad extra, porque todas las divinas procesiones (que son las operaciones de Dios dentro de Sí mismo) se terminan en la unión del amor y caridad recíproca de las tres Divinas Personas, con que tienen entre sí otro vínculo indisoluble después de la[335] naturaleza indivisa, en que son un mismo Dios. Todas las obras ad extra, que son las criaturas, nacieron de la caridad divina y se ordenaron a ella, porque saliendo del mar inmenso de aquella bondad infinita, se vuelven por la caridad a su origen de donde manaron. Y esto es singular en la virtud de la caridad entre todas las virtudes y dones, que es una perfecta participación de la caridad divina, nace del mismo principio y mira al

---

[328] Míst. Lib. II, c. VII.
[329] Míst. “y las perfecciona;”.
[330] I Cor. XIII, 4.
[331] Joan, XVII, 21.
[332] Desde “Tú eres la poderosa... hasta “de mi amado” no se halla en la “Míst”.
[333] 1ª Joan, IV 16.
[334] Míst. “pero el nombre de...”
[335] Míst. “después de la unidad de la naturaleza indivisa”.

mismo fin, y se proporciona también con ella más que con[336] las otras virtudes. Y si a Dios le llamamos nuestra esperanza, nuestra paciencia, nuestra sabiduría, es porque la recibimos de su mano, y no porque estén en Dios estas virtudes como en nosotros. Pero la caridad no sólo la recibimos del Señor, ni El se llama caridad sólo porque nos la comunica, sino porque en Sí mismo la tiene esencialmente, y de aquella divina perfección que imaginamos como forma y atributo de su naturaleza divina, redunda nuestra caridad con más perfección y proporción que otra alguna virtud

Otras condiciones admirables tiene la caridad de parte de Dios para nosotros, porque siendo ella el principio que nos comunicó todo el bien de nuestro ser y después el sumo bien, que es el mismo Dios, viene a ser el estímulo y ejemplar de nuestra caridad y amor con el mismo Señor, porque si para amarle no nos despierta y mueve el saber que en Sí mismo es infinito y sumo bien, a lo menos nos obligue y atraiga el saber que es sumo bien nuestro. Y si no podíamos ni sabíamos amarle primero[337] que nos diera a su Hijo Unigénito, no tengamos excusa ni atrevimiento para dejarle de amar después de habérnosle dado, pues si tenemos disculpa para no saber granjear el beneficio, ninguna hallaremos para no agradecerle con amor, después de haberle recibido sin merecerle.

El ejemplar que en la divina caridad tiene la nuestra, declara mucho más la excelencia de esta virtud, aunque yo con dificultad, puedo declarar en esto mi concepto. Cuando fundaba Cristo Nuestro Señor su perfectísima ley de amor y de gracia, nos enseñó a ser perfectos a imitación de nuestro Padre celestial, que hace nacer el sol, que es suyo, sobre los justos e injustos[338] sin diferencia. Tal doctrina y tal ejemplo sólo el mismo Hijo del Eterno Padre le podía dar a los hombres. Entre todas las criaturas visibles ninguna como el sol nos manifiesta la caridad divina y nos le propone para imitarle, porque este nobilísimo planeta por su misma naturaleza, sin otra deliberación más que su inclinación innata, comunica su luz a todas partes y a todos aquellos que son capaces de recibirla sin diferencia, y cuanto es de su parte nunca la niega ni suspende[339]; y esto lo hace sin obligarse de nadie, sin recibir beneficio ni retorno de que tenga necesidad, y sin hallar en las cosas que ilumina y fomenta, alguna bondad antecedente que le muevan y le atraigan; ni esperar otro interese más que derramar la misma virtud que en sí contiene, porque todos la comuniquen y participen.

Considerando, pues, las condiciones de tan generosa criatura, ¿quién hay que no vea en ella una estampa de la caridad increada, a quien imitar? Y ¿quién hay que no se confunda de no imitarla? Y ¿quién imaginará de sí mismo que tiene caridad verdadera si no la imita? No puede nuestra caridad y amor causar alguna bondad en el objeto que ama, como lo hace la caridad increada del Señor, pero a lo menos si no podemos mejorar lo que amamos, bien podemos amar a todos sin intereses de mejorarnos y sin andar deliberando y escogiendo a quién amar y hacer bien con esperanza del retorno. No digo que la caridad no es libre, ni que hizo Dios alguna obra fuera de Sí por natural necesidad, ni corre en esto el ejemplo, porque todas 1as obras ad extra, que son las de la creación, son libres en Dios; pero la voluntad libre no ha de torcer ni violentar la inclinación e impulso de la caridad, antes debe seguirla a imitación del sumo bien que, pidiendo su naturaleza comunicarse, no le impidió la divina voluntad, antes se dejó llevar y mover de su misma inclinación para comunicar los rayos de su luz inaccesible a todas las criaturas según la capacidad de cada una para recibirla, sin haber precedido de nuestra parte bondad alguna, servicio ni beneficio, ni sin esperarle después, porque de nadie tiene necesidad.

Habiendo ya conocido en parte la condición de la caridad en su principio, que es Dios, donde, fuera del mismo Señor, la hallaremos en toda su perfección posible a pura criatura, es María Santísima, de quien más inmediatamente podemos copiar la nuestra. Claro está que, saliendo los rayos de esta luz y claridad del Sol increado (donde está sin término ni fin), se va comunicando a todas las criaturas hasta 1a más remota con orden, con medida y tasa, según el grado que tiene cada

---

[336] Míst. “más que las otras...”.
[337] I Joan., IV, 10.
[338] Mat. V, 45.
[339] Dion. De div. nom. cap. IV.

una por estar más cerca o más distante de su principio. Y este orden dice el lleno y perfección de la Divina Providencia, pues sin él estuviera como defectuosa, confusa y manca la armonía de las criaturas que había criado para la participación de su bondad y amor. El primer lugar en este orden había de tener, después del mismo Dios, aquella alma y aquella persona que juntamente fuese Dios increado y hombre criado, porque a la suma y suprema unión de naturaleza síguese la suma gracia y participación de amor, como estuvo y está en Cristo Señor Nuestro.

El segundo lugar toca a su Madre Santísima, en quien con singular modo descansó la caridad y amor divíno, porque (a nuestro modo de entender) no sosegaba harto la caridad increada sin comunicarse a una pura criatura con tanta plenitud, que en ella estuviese recopilado el amor y caridad de toda su generación humana, y que sola ella pudiese suplir por lo restante de su naturaleza pura y dar el retorno posible a la caridad increada sin las menguas y defectos que le mezclan los demás mortales infectos del pecado. Sola María entre todas las criaturas fue electa como el Sol de justicia[340], para que le imitase en la caridad y copiase de él esta virtud ajustadamente con su original; y sola Ella supo amar más y mejor que todas juntas, amando a Dios pura, perfecta, íntima y sumamente por Dios y a las criaturas por el mismo Señor y como El las ama. Sola Ella adecuadarnente siguió el impulso de la caridad y su inclinación generosa, amando al sumo bien por sumo bien, sin otra atención, amando a las criaturas por la participación que tienen de Dios, no por el retorno ni retribución: y para imitar en todo a la caridad increada, sola María pudo y supo amar para mejor <ar> a quien es amado, pues con su amor obró de suerte que mejoró el cielo y tierra en todo lo que tiene ser, fuera del mismo Dios.

Y si la caridad de esta gran Señora se pusiera en una balanza y la de todos los hombres y ángeles en otra, pesara más la de María Santísima que <la> de todo el resto de las otras criaturas, pues todas juntas no alcanzaron a saber tanto como Ella sola de la naturaleza y condición de la caridad de Dios, y consiguientemente sola María supo imitarla con adecuada perfección sobre toda la naturaleza de puras criaturas intelectuales[341]. Y en este exceso de amor y caridad satisfizo y correspondió a la deuda del amor infinito del Señor con 1as criaturas todo cuanto a ellas se les podía pedir, no habiendo de ser de equivalencia infinita, porque esto no era posible. Y como el amor y caridad del alma santísima de Jesucristo tuvo alguna proporción con la unión hipostática en el grado posible, así la caridad de María tuvo otra proporción con el beneficio de darle el Eterno Padre a su Hijo Santísimo para que Ella fuese madre suya y le concibiese y pariese para el remedio del mundo.

De donde entenderemos cómo todo el bien y felicidad de las criaturas se viene a resolver por algún modo en la caridad y amor que María Santísima tuvo a Dios. Ella hizo que esta virtud y participación del amor divino estuviese entre las criaturas en su última y suma perfección. Ella pagó esta deuda por todos enteramente cuando todos no atinaran a hacer la debida recompensa ni la alcanzaban a conocer. Ella con esta perfectísima caridad obligó en la forma posible al Eterno Padre para que le diese al Hijo Santísimo suyo para Sí y para todo el linaje humano, porque si María Santísima hubiera amado menos y su caridad tuviera alguna mengua, no hubiera disposición en la naturaleza para que el Verbo se humanara, pero hallándose entre las criaturas alguna que hubiera llegado a imitar la caridad divina en grado tan supremo, ya era consiguiente que descendiese a ella el mismo Dios, como lo hizo.

Todo esto se encerró en llamarla el Espíritu Santo *Madre de la hermosa dilección o amor*[342], atribuyéndole a Ella misma estas palabras (como en su modo queda dicho de la santa esperanza). Madre es la Reina del que es nuestro dulcísimo amor, Jesús, Señor y Redentor nuestro, hermosísimo sobre los hijos de los hombres por la Divinidad de infinita e increada hermosura, y por la humanidad que ni tuvo culpa, ni dolo[343], ni le faltó gracia de las que pudo comunicarle la Divinidad. Madre también es del amor hermoso, porque sola Ella engendró en su mente el amor y caridad

---

[340] Cant. VI, 9. San Francisco de Sales, Tetó. lib. 3. c 8.
[341] Suárez. in 3 p. q, 37, a 4. dis. 18, sect. 4. –P. Calderón, in n. 6. sup. P. 2, Myst. Civ. Dei.
[342] Eccli. XXIV, 24.
[343] 1 Pet. II, 22.

perfecta y hermosísima dilección, de que todas las demás criaturas no supieron engendrar con toda su hermosura y sin alguna falta, porque no se llamase absolutamente hermoso. Madre es de nuestro amor, porque Ella nos le trajo al mundo, Ella nos le granjeó y Ella nos le enseñó a conocer y obrar; que sin María Santísima no quedaba otra pura criatura en el cielo ni en la tierra de quien pudieran los hombres y los ángeles ser discípulos del amor hermoso. Y así es que todos los santos son como unos rayos de este sol y como unos arroyuelos que salen de este mar, y tanto más saben amar cuanto más participan del amor y caridad de María y la imitan y copian ajustándose con ella.

Las causas que tuvo esta caridad y amor de María Santísima, fueron la profundidad de su altísimo conocimiento y sabiduría, así por la fe infusa y esperanza como por los dones del Espíritu Santo, de ciencia, entendimiento y sabiduría, y sobre todo por las visiones intuitivas y las que tuvo abstractivas de la Divinidad. Por todos estos medios alcanzó el altísimo conocimiento de la caridad increada y la bebió en su misma fuente, y como conoció que Dios debía ser amado infinitamente por Sí mismo y la criatura por Dios, así lo ejecutó y obró con intensísimo y ferventísimo amor. Y como el poder divino no hallaba impedimento ni óbice de culpa ni de inadvertencia, ignorancia o imperfección y tardanza en la voluntad de esta Reina, por esto pudo obrar todo lo que quiso y lo que no hizo con las demás criaturas, porque ninguna otra tuvo la disposición que María Santísima, Reina nuestra.

Este fue el prodigio del poder divino y el mayor ensayo y testimonio de la caridad del Altísimo en pura criatura, y el desempeño de aquel gran precepto natural y divino: Amarás a tu Dios de todo tu corazón, alma y mente, y con todas tus fuerzas[344]: porque sola María Santísima desempeñó a todas las criaturas de esta obligación y deuda que en esta vida y antes de ver a Dios, no sabían ni podían pagar enteramente. Esta Señora lo cumplió siendo viadora más ajustadamente que los mismos Serafines siendo comprensores[345]. Desempeñó también a Dios en su modo en este precepto, para que no quedara vacío y como frustrado de parte de los viadores; pues sola María Santísima le satisfizo[346] y llenó por todos ellos supliendo abundantemente todo lo que a ellos les faltó. Y si no tuviera Dios presente a esta divina Señora para intimar a los mortales este mandato de tanto amor y caridad, por ventura no le hubiera puesto en esta forma; pero sólo por María Santísima se complació en ponerle, y a Ella se le debemos, así el mandato de la caridad perfecta, como su cumplimiento adecuado.

¡Oh dulcísima y hermosísima Madre de la hermosa dilección y caridad!, todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan, todas las criaturas te magnifiquen y alaben. Tú sola eres la perfecta, Tú sola la dilecta, Tú sola la escogida para tu madre la caridad increada; ella te formó única[347] y electa como el sol para resplandecer en tu hermosísimo amor. Lleguemos todos los míseros hijos de Eva a este Sol, para que nos ilustre y encienda. Lleguemos a esta Madre, para que nos reengendre en amor. Lleguemos a esta Maestra para que nos enseñe a tener el amor, dilección y caridad hermosa y sin defectos.

Amor dice un afecto que se complace y descansa en el amado; dilección añade alguna elección y separación de lo que se ama de todo lo demás; y caridad dice sobre todo esto un íntimo aprecio y estimación del bien amado. Todo esto nos enseñará la Madre de este amor hermoso, que por tener todas estas condiciones, viene a serlo. En Ella deprenderemos <a> amar a Dios por Dios, descansando en El todo nuestro corazón y afecto; a separarle de todo lo demás que no es el mismo sumo bien, pues le ama menos quien con El quiere amar otra cosa; a saberle apreciar sobre el oro y sobre todo lo precioso, pues en su comparación todo lo precioso es vil, toda la hermosura es fealdad, y todo lo grande y estimable a los ojos carnales viene a ser vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.

---

[344] Deut. VI, 5.
[345] "Actus amoris appretiativi Mariae erga Deum erant ita perfecti, ut perfectiores neque ab ipsis Seraphim unquam eliciti fuerint sed neque possent". Novato, (t. 2. c. 4. 9. 23):
[346] Míst. "le santificó y llenó..."
[347] Cant. VI. 9.

De los efectos de la caridad de María Santísima he dicho y declarado en su Historia, y de ellos está lleno el cielo y la tierra, y por eso no me detengo a contar en particular lo que no puede caber en lengua ni palabras humanas, ni mis flacas fuerzas alcanzar[348].

PARÁGRAFO DECIMOSÉPTIMO

De la virtud de la prudencia y comó la ejercitó la Reina del cielo.

Como el entendimiento precede en sus operaciones a la voluntad y la encamina en las suyas, así las virtudes que tocan al entendimiento son primero que las de la voluntad. Y aunque el oficio del entendimiento es conocer la verdad y entenderla, y por eso se pudiera dudar si sus hábitos son virtudes (cuya naturaleza consiste en obrar lo bueno), pero es cierto que también hay virtudes intelectuales, cuyas operaciones son loables y buenas, regulándose por la razón y la verdad, que conoce el entendimiento en[349] su propio bien[350]. Y cuando se le enseña y propone a la voluntad para que ella le apetezca, y le da reglas para hacerlo, entonces en el acto del entendimiento se obra bien y es virtuoso en el orden del objeto teológico, como la fe, o moral, corno la prudencia, que entendiendo endereza y gobierna las operaciones de los apetitos. Por esta razón la virtud de la prudencia es la primera[351] y pertenece al entendimiento, y es como la raíz de las otras tres virtudes morales y cardinales, que con la prudencia son loables sus operaciones, y sin ella son viciosas y vituperables[352].

Tuvo la soberana Reina María esta virtud de la prudencia en supremo grado proporcionado al de las otras virtudes que hasta ahora he dicho y adelante diré en cada una, y por la superioridad de esta virtud le llama la Iglesia Virgen prudentísima. Y como esta primera virtud es la que gobierna, endereza y manda todas las obras de las otras virtudes, iré en todo el discurso de está pequeña obra diciendo lo que pudiere de las demás que obraba María Santísima: en todas sus obras resplandeció la luz de esta virtud, con que las gobernaba. Por esto hablaré ahora más en general de la prudencia de la soberana Reina declarando por sus partes y condiciones la que tuvo, según la doctrina común de los doctores y santos, para que con esto se pueda entender mejor.

De los tres géneros de prudencia, que al uno llaman *prudencia política*, al otro *prudencia purgatoria* y al tercero *prudencia del ánimo purgado o purificado y perfecto*, ninguno le faltó a nuestra Reina en supremo grado, porque si bien sus potencias no necesitaban de purifícar porque estaban purificadísimas de culpa y de contradicción en la virtud, pero tenían que purificar en la natural nesciencia, y también caminar de lo bueno y santo a lo más perfecto y santísimo. Esto se ha de entender respeto de sus mismas obras, y comparándolas entre sí mismas y no con las de otras criaturas, porque en comparación de los demás santos no hubo obra menos perfecta en nuestra Ciudad de Dios, cuyos fundamentos estaban sobre los montes santos[353], mas en Sí misma, como fue creciendo desde el instante de la concepción en la edad y gracia, unas obras que fueron en sí perfectísimas y superiores a todas las de los santos, fueron menos perfectas respeto de otras más altas a que ascendía.

La prudencia política en general es la que piensa y pesa todo lo que se debe hacer, y reduciéndolo a la razón, nada hace que no sea recto y bueno. La prudencia purgatoria o purgativa es la que todo

---

[348] Míst. Lib. II, cap. VIII.
[349] Míst. "es su propio..."
[350] S. Tom. 1, 2. q. 58 a. 1; y 2, 2. q. 47. a. 1.
[351] S. Tom. 1, 2 q. 58 a. 3. ad 1; y 2, 2. q. 47. a. 1.
[352] S. Tom. 1, 2. q. 57. a. 5.
[353] Ps. LXXXVI, 2.

lo visible pospone y abstrae por enderezar el corazón a la divina contemplación y a todo lo que es celestial. La prudencia del ánimo purgado es la que mira al sumo bien y endereza a él el afecto para unirse y descansar allí, como si ninguna otra cosa hubiera fuera de él. Todos estos géneros de prudencia estaban en el entendimiento de María Santísima para discernir y conocer sin engaño y para dirigir y mover sin remisión ni tardanza lo más alto de estas operaciones. Nunca pudo el juicio de esta soberana Señora dictar ni presumir cosa alguna en todas las materias, que no fuese lo mejor y más recto. Nadie como Ella alcanzó (ni lo hizo) a posponer y desviar todo lo mundial y visible, para enderezar el afecto a la contemplación de las cosas divinas. Y habiéndolas conocido como las conoció con tantos géneros de noticias, de tal suerte estaba unida por amor al sumo e increado bien, que nada la ocupó ni impidió para descansar en este centro de su amor.

Las partes que componen la prudencia, claro está que con suma perfección estaban en nuestra Reina. La primera es la *memoria*, para tener presentes las cosas pasadas y experimentadas[354]; de donde se deducen muchas reglas de proceder y obrar en lo futuro y presente, porque esta virtud trata de las operaciones en particular, y como no puede haber una regla general para todas, es necesario deducir muchas y de muchos ejemplos y experiencias, y para esto se requiere la memoria. Esta parte tuvo nuestra Soberana Reina tan constante, que jamás padeció el defecto natural del olvido, porque siempre le quedó inmóvil y presente a la memoria lo que una vez entendió y aprendió. En este beneficio trascendió María Santísima todo el orden de la naturaleza humana y aun la angélica, porque en Ella hizo Dios un epílogo de lo más perfecto de entrambas. Tuvo de la naturaleza humana lo esencial, y de lo accidental lo que era más perfecto y lejos de la culpa y necesario para merecer; y de los dones naturales y sobrenaturales de la naturaleza angélica tuvo muchos, por especial gracia, en mayor alteza que los mismos ángeles. Y unos de estos dones fue la memoria fija y constante, sin poder olvidar lo que aprendía; y cuanto excedió a los ángeles en la prudencia, tanto se aventajó en esta parte de la memoria.

En una sola cosa limitó este beneficio misteriosamente la humilde pureza de María Santísima, porque, habiendo de quedarle fijas en su memoria las especies de todas las cosas, y entre ellas era inexcusable haber conocido muchas fealdades y pecados de las criaturas, pidió al Señor la purísima Princesa, que el beneficio de la memoria no se extendiese a conservar estas especies, más de en lo que fuese necesario para el ejercicio de la caridad fraternal con los prójimos y de las demás virtudes. Concedióle el Altísimo esta petición, más en testimonio de su candidísima humildad, que por el peligro de ella; pues al sol no le ofende lo inmundo que sus rayos tocan, ni tampoco a los ángeles los conturban nuestras vilezas, porque para los limpios todo es limpio[355]. Pero en este favor quiso privilegiar el Señor de los ángeles a su Madre más que a ellos, y sólo conservar en su memoria especies de todo lo santo, honesto, limpio y más amable a su pureza y más agradable al mismo Señor; con todo lo cual aquella alma santísima (aun en esta parte) estaba más hermosa y adornada de especies en su memoria de todo lo más puro y deseable.

Otra parte de la prudencia se llama *inteligencia*[356], que principalmente mira a lo que de presente se debe hacer; y consiste en entender profundamente y verdadera[357] las razones y principios ciertos de las obras virtuosas para ejecutarlas, deduciendo[358] de esta inteligencia, así lo que conoce el entendimiento de la honestidad de la virtud en general, como de lo que deben hacer en particular quien ha de obrar con rectitud y perfección, como cuando tengo profunda inteligencia de esta verdad: a nadie debes hacer el daño que tú no quieres recibir de otro; luego a este tu hermano no debes hacerle este agravio particular, que a ti te pareciera mal, si a ti te hicieran el mismo <u> otro cualquiera.

---

[354] S. Tom. 2, 2, q. 49. a. 1.
[355] Tit. 1, 15.
[356] S. Tom. 2, 2. q. 49. a. 2.
[357] Míst. “profunda y verdaderamente”.
[358] Míst. “deduciendo su ejecución de la inteligencia, así en lo que...”

Esta inteligencia tuvo María Santísima en tanto más alto grado que todas las criaturas, cuanto más verdades morales conoció y más profundamente penetró su infalible rectitud y participación de la divina. En aquel clarísimo entendimiento, ilustrado con los mayores resplandores de la luz divina, no había engaño, ignorancia, ni duda, ni oposiciones[359], como en las demás criaturas, porque todas las verdades (especialmente en las materias prácticas de las virtudes) las penetró y entendió en general y en particular, como ellas son en sí mismas; y en este grado incomparable tuvo esta parte de prudencia.

La tercera se llama *providencia*, y es la principal entre las partes de la prudencia[360], porque lo más importante en la dirección de las acciones humanas es ordenar lo presente a lo futuro, para que todo se gobierne con rectitud, y esto hace la providencia. Tuvo esta parte de la prudencia nuestra Reina y Señora en más excelente grado (si pudiera serlo) que todas las otras, porque, a más de la memoria de lo pasado y profunda inteligencia de lo presente, tenía ciencia y conocimiento infalible de muchas cosas futuras a que se extendía la buena providencia. Y con esta noticia y luz infusa de tal suerte prevenía las cosas futuras y disponía los sucesos que ninguno pudo ser para Ella repentino ni impensado. Todas las cosas tenía previstas, pensadas y ponderadas en el peso del santuario de su mente, ilustrada con la luz infusa; y así aguardaba (no con duda ni incertidumbre, como los demás hombres) todos los sucesos antes que fuesen, pero con certeza clarísima; de suerte que todo hallase su lugar, tiempo y coyuntura oportuna, para que todo fuese bien gobernado.

Estas tres partes de la prudencia comprenden las operaciones que con esta virtud tiene el entendimiento, distribuyéndolas en orden a las tres partes del tiempo pretérito, presente y futuro. Pero considerando todas las operaciones de esta virtud en cuanto conoce los medios de las otras virtudes y endereza las operaciones de la voluntad, en esta consideración añaden los doctores y filósofos otras cinco partes y operaciones a la prudencia, que son: *docilidad, razón, solercia, circunspección y cautela*. La *docilidad* es el buen dictamen y disposición para ser enseñada la criatura de los más sabios, y no serlo consigo misma, ni estribar en su propio juicio y sabiduría[361]. La *razón*, que también se llama raciocinación, consiste en discurrir con acierto, deduciendo de lo que se entiende como en general las particulares razones o consejos para las operaciones virtuosas[362]. La *solercia* es la diligente atención y aplicación advertida a todo lo que sucede (como la docilidad a todo lo que nos enseñan) para hacer juicio recto y sacar reglas de bien obrar nuestras acciones[363]. La *circunspección* es el juicio y la consideración de las circunstancias que ha de tener la obra virtuosa, porque no basta el buen fin para que sea loable, si le f altasen las circunstancias y oportunidad que se requieren en ellas[364]. La *cautela* dice la discreta atención con que se deben advertir y en evitar los peligros o impedimentos que pueden ocurrir con color de virtud o impensadamente, para que no nos hallen incautos o inadvertidos[365].

Todas estas partes de la prudencia estuvieron en la Reina del cielo sin defecto alguno y con su última perfección. La *docilidad* fue en Su Alteza como hija legítima de su incomparable humildad, pues habiendo recibido tanta plenitud de ciencia desde el instante de su inmaculada concepción y siendo la maestra y madre de la verdadera sabiduría, siempre se dejó enseñar de los mayores, de los iguales y de los menores, juzgándose por menor que todos y queriendo ser discípula de los que en su comparación eran ignorantísimos. Esta docilidad mostró toda la vida como una candidísima paloma, disimulando su sabiduría con mayor prudencia que de serpientes[366]. Dejóse enseñar de sus padres niña y de su maestra en el templo y de sus compañeras, de su Esposo, de San Juan

[359] Míst. "ni opiniones". Suar., in 3. p. q. 37. disp. 19, sec. 6.
[360] S. Tom. 2, 2. q. 49. a. 6.
[361] Ib. a. 3.
[362] Ib. a. 5.
[363] S. Tom. 2. 2, q 49. a. 4. La solercia puede llamarse también sagacidad.
[364] Ib. a. 7.
[365] Ib. a. 8.
[366] Mat. X, 16.

Evangelista, de los Apóstoles y de todas las criaturas quiso depremper para ser ejemplo portentoso de esta virtud y de la humildad.

La *razón* prudencial o raciocinación de María Santísima se infiere mucho de las veces que dice de Ella el evangelista San Lucas[367], que guardaba en su corazón y confería lo que iba sucediendo en las obras y misterios de su Hijo Santísimo. Esta conferencia parece obra de la razón, con que careaba unas cosas primeras con otras que iban sucediendo, y las confería entre sí misma para hacer en su corazón prudentísimos consejos, y aplicarlos, en lo que era conveniente, para obrar con el acierto que lo hacía. Y aunque muchas cosas conocía sin discurso y con una simplicísima vista o inteligencia que excedía a todo discurso humano, pero en orden a las obras que había de hacer en las virtudes podía raciocinar y aplicar con el discurso las razones generales de las virtudes a sus propias operaciones.

En la *solercia* y diligente advertencia de la prudencia también fue la soberana Reina muy privilegiada, porque no tenía el peso grave de las pasiones y corrupción, y así no sentía descaecimiento ni tardanza ni en las potencias, antes estaba fácil, pronta y muy expedita para advertir y atender a todo lo que podía, para hacer recto juicio y santo consejo en obrar las virtudes en cualquier caso ocurrente, atendiendo con presteza y velocidad al medio de la virtud y su operación. En la *circunspección* fue María Santísima igualmente admirable, porque todas sus obras fueron tan cabales, que a ninguna le faltó circunstancia buena, y todos tuvieron las mejores, que 1as pudieron levantar de punto. Y como eran la mayor parte de sus obras ordenadas a la caridad de los prójimos, y todas tan oportunas, por eso en el enseñar, consolar, amonestar, rogar o corregir, siempre se lograba la eficaz dulzura de sus razones y agrado de sus obras.

La última parte de la *cautela*, para ocurrir a los impedimentos que pueden estorbar o destruir la virtud, era necesario que estuviese en la Reina de los ángeles con más perfección que en ellos mismos, porque la sabiduría tan alta y el amor que le correspondía, le hacía tan cauta y advertida, que ningún suceso ni impediniento ocurrente la pudo hallar incauta, sin haberle desviado para obrar con suma perfección en todas las virtudes. Y como el enemigo (según queda dicho en la Historia que he escrito de su Santísima Vida), se desvelaba tanto en ponerle impedimentos exquisitos y extraños para el bien, (porque no los podía mover en sus pasiones), por esto ejercitó la prudencia en esta parte de la cautela muchas veces con admiración de todos los ángeles. Y de esta discreción cautelosa de María Santísima le cobró el demonio una temerosa rabia y envidia, deseando conocer el poder con que le deshacía tantas maquinaciones y astucias como fraguaba para impedirla o divertirla, y siempre quedaba frustrado, porque la Señora de las virtudes obraba lo más perfecto de todas en cualquiera materia y suceso.

Conocidas las partes de que la prudencia se integra y compone, se divide en especies según los objetos y fines para que sirve. Y como el gobierno de la prudencia puede ser consigo mismo o con otros, por eso se divide según que enseña a gobernarse a sí y a otros. La que sirve a cada uno para el gobierno de sus propias y especiales acciones, creo se llama *enárquica*, y de ésta no hay que decir más de lo que arriba queda declarado del gobierno que la Reina del cielo tenía principalmente Consigo misma. La que enseña el gobierno de muchos se llama *poliárquica*, y ésta se divide en cuatro especies, según las diferencias de gobernar diversas partes de multitud; la primera se llarna prudencia *regnativa*, que enseña a gobernar reinos con leyes justas y necesarias, y es propia de los reyes, príncipes y monarcas y de aquellos donde está la potestad suprema; la segunda se llama *política*, determinando este nombre a la que enseña el gobierno de las ciudades o repúblicas; la tercera se llama *económica*, que enseña y dispone lo que pertenece al gobierno doméstico de las familias y casas particulares; la cuarta es la prudencia *militar*, que enseña a gobernar la guerra y los ejércitos.

Ninguno de estos linajes de prudencia le faltó a nuestra gran Reina, porque todos se le dieron en hábitos en el instante que fue concebida y santificada juntamente, para que no le faltase gracia, ni

[367] Luc. II, 19 y 51.

virtud, ni perfección alguna que la levantase y hermosease sobre todas las criaturas. Formóla el Altísimo para archivo y depósito de todos sus dones, para ejemplar de todo el resto de las criaturas y para desempeño de su mismo poder y grandeza, y que se conociese enteramente en la Jerusalén celestial lo que pudo y quiso obrar en una pura criatura. Y no estuvieron ociosos en María Santísima los hábitos de estas virtudes, porque todas las ejercitó en el discurso de su vida en muchas ocasiones que se le ofrecieron. Y de lo que toca a la prudencia *económica*, sabida cosa es cuán incomparable la tuvo en el gobierno de su casa con su esposo José y con su Hijo Santísimo, en cuya educación y servicio procedió con tal prudencia, cual pedía el más alto y oculto sacramento que Dios ha fiado de las criaturas, que fue la Encarnación.

El ejercicio de la prudencia *regnativa* o monárquica tuvó como Emperatriz única de la Iglesia, enseñando, amonestando y gobernando a los sagrados Apóstoles en la primitiva Iglesia, para fundarla y establecer en ella las leyes, ritos y ceremonias más necesarias y convenientes para su propagación y firmeza. Y aunque les obedecía.en las cosas particulares y preguntaba especialmente a San Pedro como Vicario de Cristo y cabeza, y a San Juan, como a su capellán, pero juntamente la consultaban y obedecían ellos y los demás en las cosas generales y en otras del gobierno de la Iglesia. Enseñó también a los reyes y príncipes cristianos que la pidieron consejo, porque muchos la buscaron para conocerla después de la subida de su Hijo Santísimo a los cielos. Y especialmente la consultaron los tres Reyes Magos, cuando adoraron al Niño, y Ella les respondió y enseñó todo lo que debían hacer en su gobierno y en el de sus Estados, con tanta luz y acierto, que fue su estrella para enseñarles el camino de la eternidad; y volvieron a sus patrias ilustrados de la sabiduría de esta Reina y admirados de la eficacia dulcísinia de las palabras que la habían oído, siendo tan tierna doncella. Y para testimonio de todo lo que en esto se puede encarecer, basta oír a la misma Reina, que dice[368]: Por Mí reinan los reyes, mandan los príncipes y los autores de las leyes determinan lo que es justo.

Tampoco le faltó el uso de la prudencia política, enseñando a las repúblicas y pueblos ya de los primitivos fieles en particular, cómo habían de proceder en sus acciones públicas y gobierno, y cómo debían obedecer a los reyes y príncipes temporales y en particular al Vicario de Cristo y Cabeza de la Iglesa; y ya sus prelados y obispos, y cómo se debían disponer los concilios, definiciones y decretos que en ellos se hacían. La prudencia *militar* tuvo también su lugar en la soberana Reina, porque fue consultada sobre esto de algunos fieles, a quienes aconsejó y enseñó lo qué debían hacer en las guerras justas con sus enemigos, para hacerlas con mayor justicia y beneplácito del Señor. Y aquí pudiera entrar el valeroso ánimo y prudencia con que venció esta poderosa Señora al príncipe de las tinieblas y enseñó a pelear con él con suprema sabiduría y prudencia mejor que David con el Gigante[369], y Judith con Holofernes[370], ni Esther con Amán. Y cuando para todas estas acciones referidas no sirvieran estas especies y hábitos de prudencia en la Madre de la sabiduría, convenía que los tuviese todos (a más del adorno de su alma santísima) para ser medianera y abogada única del mundo, porque, habiendo de pedir todos los beneficios que Dios había de conceder a los mortales, sin venir alguno que no fuese por su mano e intercesión, convenía que tuviese noticia y perfecto conocimiento de las virtudes que pedía para los hombres, y que se derivasen de esta Señora como de original y manantial después del mismo Dios y Señor, donde están como en principio increado.

Otros adminículos se le atribuyen a la prudencia, que son como instrumentos suyos, y les llaman partes potenciales, con que obra. Estos son, la fuerza o virtud en hacer sano juicio y se llama *synesis*, y la que endereza y forma el buen consejo y se llama *ebulia*, y la que en algunos casos particulares enseña a salir de las reglas comunes y se llama *gnome*; ésta es necesaria para la epiquia o epiqueya, que juzga algunos casos por reglas superiores a las leyes ordinarias. Con todas estas perfecciones y fuerza estuvo la prudencia en María Santísima, pues nadie como Ella supo formar el

[368] Prov. VIII. 15.
[369] I Reg. VII, 50.
[370] Indit. XIII, 10.

sano consejo para todos en los casos contingentes, ni tampoco pudo nadie (aunque fuese el supremo ángel) hacer tan recto juicio en todas las materias. Y sobre todo alcanzó nuestra prudentísima Reina las razones superiores y reglas de obrar con todo acierto en los casos que no podían venir las reglas ordinarias y comunes, de que sería muy largo discurso quererlos referir aquí; mucho se entenderá en el discurso que dejo escrito de su Vida santísima. Y para concluir con esto, sea la regla por do se ha de medir, la prudencia del alma santísima de Cristo Señor Nuestro, con quien se ajustó y asimiló en todo[371], como formada para coadjutora semejante a El mismo en las obras de mayor prudencia y sabiduría que obró el Señor de todo lo criado y Redentor del mundo[372].

[371] Míst. "en todo respectivamente..."
[372] Míst.; Lib. II, c. IX.

PARÁGRAFO DECIMOCTAVO

De la virtud de la justicia y del ejercicio que de ella tuvo María Santísima.

La gran virtud de la justicia es la que más sirve a la caridad de Dios y del prójimo, y así es la más necesaria para la conversación y comunicación humana, porque es un hábito que inclina la voluntad a dar a cada uno lo que le toca, y tiene por matena y objeto la igualdad, ajustamiento o derecho que se debe guardar con los prójimos y con el mismo Dios. Y como son tantas las cosas en que puede el hombre guardar esta igualdad o violarla con los prójimos, y esto por tan diversos modos, por esto la materia de 1a justicia es muy dilatada y muchas las especies o géneros de esta virtud en cuanto se ordenan a la justicia. Y cuando se encamina al bien público y común, se llama justicia legal; y porque a todas las otras virtudes puede encaminar a este fin, se llama virtud general, aunque no participe de la naturaleza de las demás: pero cuando la materia de la justicia es cosa determinada y que sólo toca a personas particulares, entre quienes se guarda a cada una su derecho, entonces se llama justicia particular y especial.

Toda esta virtud con sus partes y géneros o especies que tiene, guardó la Emperatriz del mundo con todas las criaturas sin comparación de otra ninguna, porque sola Ella conoció con mayor alteza y comprendió perfectamente lo que a cada uno se le debía. Y aunque esta virtud de la justicia no mira inmediatamente a las pasiones naturales como lo hacen la fortaleza y templanza, según adelante se dirá, pero muchas veces y de ordinario sucede, que por no estar moderadas y corregidas las mismas pasiones, se pierde la justicia con los prójimos, como lo vemos en los que por desordenada codicia o deleite sensual usurpan lo ajeno. Pues como en María Santísima ni había pasiones desordenadas ni ignorancia para no conocer el medio de las cosas en que consiste la justicia, por eso la cumplía con todos obrando lo justísimo con cada uno y enseñando a que todos lo hiciesen cuando merecían oír su palabra y doctrina de vida. Y en cuanto la justicia legal, no sólo la guardó cumpliendo las leyes comunes, como lo hizo en la Purificación y en otros mandamientos de la ley, aunque estaba exenta como Reina y sin culpa, pero nadie (fuera de su Hijo Santísimo) ha atendido como esta Madre de misericordia al bien público y común de los mortales, enderezando a este fin todas sus virtudes y operaciones con que pudo merecerles la divina misericordia y aprovechar a los prójimos con otros modos de beneficios.

Las dos especies de justicia que son distributiva y conmutativa, estuvieron en la Reina del cielo en grado heróico. La distributiva ordena las operaciones y las gobierna[373] con que se distribuyen las cosas comunes a las personas particulares; y esta equidad guardó Su Alteza[374] que por su voluntad y disposición se hicieron entre los fieles de la Iglesia primitiva, como es distribuir los bienes comunes para el sustento y otras necesidades de las personas particulares; y aunque nunca distribuyó por su mano el dinero, porque nunca lo trataba, pero dábase por su orden y otras veces por sus consejos; pero en estas cosas y otras semejantes siempre guardó suma equidad y justicia, según la necesidad y condición de cada uno. Lo mismo hacía en la distribución de los oficios o dignidades o ministerios que se repartían entre los discípulos y primeros hijos del Evangelio, y en las congregaciones y juntas que se hacían para esto. Todo lo ordenaba y disponía esta sapientísima Maestra con perfecta equidad, porque todo lo hacía con especial oración <e> ilustración divina, a más de la ciencia y conocimiento ordinario que de todos los sujetos tenía. Y por esto acudían a Ella los Apóstoles para estas acciones, y otras personas que gobernaban, la pedían consejo; con lo cual todo cuanto por Ella era gobernado, se hacía y disponía con entera justicia y sin aceptación[375] de personas.

La justicia conmutativa enseña a guardar igualdad recíprocamente en lo que se le da y recibe entre las particulares personas, como dar dos por dos, o el valor de una cosa por otra guardando igualdad

---

[373] Míst. “distributiva gobierna las operaciones con que se...”
[374] Míst. “Su Alteza en muchas cosas que por su...”
[375] Míst. “acepción”.

en ello. De esta especie de justicia tuvo la Reina del cielo menos ejercicio que de las otras virtudes, porque ni compraba ni vendía cosa alguna por Sí misma, y si alguna cosa era necesario comprar o conmutar, esto lo hacía el Santo Patriarca José, cuando era vivo, y después lo hacía San Juan Evangelista, o alguno otro de los Apóstoles. Pero el Maestro de 1ª santidad que venía a arrancar y destruir la avaricia[376], raíz de todos los males, quiso alejar de Sí mismo y de su Madre Santísima las acciones y operaciones en que se suele encender y conservar este fuego de la codicia humana. Y por esto su providencia divina ordenó, que ni por su mano, ni por la de su Madre Santísima se ejerciesen las acciones del comercio humano de comprar y vender, aunque fuesen cosas necesarias para conservar la vida natural. Mas no por esto dejaba de enseñar la Reina soberana todo lo que pertenecía a esta virtud de la justicia conmutativa, porque la obrasen con perfección los que en el apostolado y en la Iglesia primitiva era necesario que usasen de ella.

Tiene otras acciones esta virtud que se ejercitan entre los prójimos, cuales son juzgar unos a otros con juicio público y civil, o con juicio particular, de cuyo contrario vicio habló el Señor por San Mateo, cuando dijo: No queráis juzgar y no seréis juzgados[377]. En estas acciones de juicio se le da a cada uno lo que se le debe, según la estimación del que juzga, y por esto son acciones justas si se conforman con la razón, y, si desdicen de ella, son injusticia. Nuestra Soberana Reina no ejerció el juicio público y civil, aunque tenía potestad para ser juez de todo el universo, pero con sus rectísimos consejos en el tienipo de su vida, y después, con su ntercesión y méritos, cumplió lo que está de Ella escrito en los Proverbios, 8 [378]. Yo ando en los caminos de la justicia, y por mí determinan los poderosos lo que es justo.

En los juicios particulares nunca pudo haber injusticia en el corazón purísimo de María Santísima, porque jamás pudo ser liviana en las sospechas, ni temeraria en los juicios, ni tuvo dudas, ni, cuando las tuviera, las interpretara con impiedad en la peor parte. Estos vicios son propios y como naturales en los hijos de Adán, en quienes dominan las pasiones desordenadas de odio, envidia y emulación en la malicia y otros vicios, que como a esclavos viles los supeditan. De estas raíces tan infectas nacen las injusticias, de las sospechas del mal con leves indicios y de los juicios temerarios y de atribuir lo dudoso a la peor parte, porque cada uno presume fácilmente de su hermano la misma falta que en sí mismo admite. Y si con odio y envidia le pesa del bien de sus prójimos y se alegra de su mal, ligeramente le da el crédito que no debía, porque se lo desea, y el juicio sigue al afecto. De todos estos achaques del pecado estuvo libre Nuestra Reina, como quien no tenía parte en él; todo era caridad, pureza, santidad y amor santo lo que en su corazón entraba y salía; en Ella estaba la gracia de toda la verdad[379] y camino de la vida. Y con la plenitud de ciencia y santidad nada dudaba ni sospechaba, porque todos los interiores conocía y miraba con verdadera luz y misericordia, sin que jamás sospechase mal de nadie, sin atribuir culpa a quien estaba sin ella, antes remediando a muchos las que tenían, y dando a todos y a cada uno con equidad y justicia lo que le tocaba, y estando siempre dispuesta con benigno corazón para llenar a todos los hombres de gracia y dulzura de la virtud.

En los dos géneros de justicia, conmutativa y distributiva, se encierran muchas especies y diferencia de virtudes, que no me detengo a referirlas, pues todas las que convenían a María Santísima, las tuvo en hábito y en actos supremos y excelentísimos; pero hay otras virtudes que se reducen a la justicia, porque se ejercitan con otros y participan en algo las condiciones de justicia, aunque no en todo, porque no alcanzamos a pagar adecuadamente todo lo que debemos, o porque, si podemos pagarlo, no es la deuda y obligación tan estrecha, como la induce el rigor de la perfecta justicia conmutativa o distributiva. De estas virtudes, porque son muchas y varias, no diré todo lo que contienen, pero por no dejarlo todo, diré algo en compendio brevísimo para que se entienda cómo las tuvo nuestra soberana Princesa.

---

[376] 1 Tim. VI, 10.
[377] Mat. VII, 1.
[378] Vv. 20. 16.
[379] Ecci. XXIV, 25.

Deuda justa es dar culto y reverencia a los que son superiores a nosotros; y según la grandeza de su excelencia y dignidad, y los bienes que de ellos recibimos, será mayor o menor nuestra obligación y el culto que les debemos, aunque ningún retorno sea igual con el recibo o con la dignidad. Para esto sirven tres virtudes, según tres grados de superioridad que reconocemos en los que debemos reverencia. La primera es la virtud de la *religión*[380], con la cual damos a Dios el culto y reverencia que le debemos, aunque su grandeza excede en infinito, y sus dones no pueden tener igualdad de retorno y agradecimiento ni alabanza. Esta virtud entre las morales es nobilísima por su objeto, que es el culto de Dios, y su materia es tan dilatada, cuantos son los modos y maneras con que Dios puede inmediatamente ser alabado y reverenciado. Compréndese en esta virtud de religión todo lo que toca a la oración, contemplación y devoción con todas sus partes y condiciones, causas, efectos, objetos y fin. De las obras exteriores se comprende aquí la adoración latría, que es la suprema y debida a solo Dios, con sus especies o partes que la siguen, como son el sacrificio, oblaciones, décimas, voto y juramento y alabanzas externas y vocales, porque con todos estos actos, si debidamente se hacen, es Dios honrado y reverenciado de las criaturas, y, por el contrario, con los vicios opuestos es muy ofendido.

En segundo lugar está la *piedad*[381], que es una virtud con que reverenciamos a los padres, a quienes después de Dios debemos el ser y educación, y también a los que participan esta causa, como son los deudos y la patria, que nos conserva y gobierna. Esta virtud de la piedad es tan grande, que se debe anteponer, cuando ella obliga, a los actos de supererogación de la virtud de la religión, como lo enseñó Cristo Nuestro Señor por San Mateo[382], cuando reprendió a los fariseos, que con pretexto del culto de Dios enseñaban a negar la piedad con los padres naturales. El tercero lugar toca a la *observancia*, que es una virtud con que damos honor y reverencia a los que tienen alguna excelencia y dignidad superior de diferente condición que la de los padres y natural patria. En esta virtud ponen los doctores la *dulía* y la *obediencia* como especies suyas. La dulía es la que reverencia a los que tienen alguna participación de la excelencia y dominio del supremo Señor, que es Dios, a quien toca el culto de la adoración latría[383]; por esto honramos a los Santos con adoración y reverencia dulía, y también a los superiores, dignidades, cuyos siervos nos manifestamos. La obediencia es con la que rendimos nuestra voluntad a la de los superiores, queriendo cumplir la suya y no la nuestra. Y porque la libertad propia es tan estimable y excelente entre todas las virtudes morales, porque deja la criatura en ella más por Dios que en otra ninguna[384].

Estuvieron estas virtudes *religión*, *piedad* y *observancia* en María Santísima con tanta plenitud y perfección que nada les faltó de lo posible a pura criatura. ¿Qué entendimiento podrá alcanzar la honra, veneración y culto con que esta Señora servía a su Hijo Santísimo, conociéndole, adorándole verdadero Dios y Hombre, Criador y Reparador, Glorificador, Sumo, Infinito, Inmenso en ser y bondad y todos sus atributos? Ella fue quien de todo conoció más entre todas las criaturas y quien más que todas ellas; y a este paso daba a Dios la debida reverencia, y la enseñó a los mismos serafines. En esta virtud fue maestra de tal suerte, que sólo verla, despertaba, movía y provocaba con oculta fuerza a que todos reverenciasen al Supremo Señor y Dios, autor de cielo y tierra, y sin otra diligencia excitaba a muchos para que alabasen con culto altísimo al Criador. Su oración, contemplación, devoción y la eficacia que tuvo y siempre tiene en sus peticiones, todos los ángeles y bienaventurados la conocen con admiración eterna y todos no la podrán explicar. Débenla todas las criaturas intelectuales el haber suplido y recompensado no sólo lo que ellos han ofendido a Dios, pero lo que no han podido alcanzar, ni obrar. Esta divina Señora adelantó el remedio del mundo, y si Ella no estuvira en é1, no saliera el Verbo del seno de su Eterno Padre. Ella trascendió a los

[380] S. Tom. 2, 2. q. 81.
[381] S. Tom. 2, 2. q. 101.
[382] Mat. XV, 3.
[383] S. Tom. 2, 2. q. 103, a. 1.
[384] Al tomar la Ven. de la primera "Mística C. de Dios" este último punto, debió pasar, sin darse cuenta, a otra línea que no correspondía, quedando, por consiguiente, cortado el sentido de la cláusula. En aquella "Mística" se leería lo mismo que se halla en la segunda, a saber. "Y porque la libertad propia es tan estimable, por eso esta virtud es tan admirable y excelente entre todas las virtudes morales, porque deja más la criatura en ella por Dios que en otra ninguna".

serafines desde el primer instante de su ser en contemplar, orar y pedir y en estar devotamente pronta en el obsequio divino. Ofreció sacrificios cual convenía, oblaciones, décimas y todo tan acepto a Dios, que por parte del oferente nadie fue tan aceptable después de su Hijo Santísimo. En las eternas alabanzas, himnos y cánticos y oraciones vocales que hizo, fue sobre todos los patriarcas y profetas y, si los tuviera la Iglesia militante como los conoce la triunfante, fuera nueva admiración del mundo.

Las virtudes de piedad y observancia tuvo Su Majestad, como quien más conocía la deuda a sus padres y más sabía de su heroica santidad. Lo mismo hizo con sus consanguíneos, llenándolos de especiales gracias, como al Bautista y su madre Santa Isabel y los demás del Apostolado. A su patria, si no lo hubiera desmerecido la ingratitud y dureza de los judíos, la hubiera hecho felicísima, pero en cuanto la divina equidad permite, la hizo muy grandes beneficios y favores espirituales visibles. En la reverencia de los sacerdotes fue admirable, como quien sola pudo dar el valor a la dignidad de los Cristos del Señor. Esto enseñó a todos, y después a reverenciar los patriarcas y profetas santos, y después a los señores temporales y supremos en la potestad. Y ningún acto de estas virtudes omitió sin que en diferentes tiempos y ocasiones los ejercitase y enseñase a otros, especialmente a los primeros fieles en el origen de la Iglesia evangélica, donde obedeciendo no ya a su Hijo Santísimo ni a su Esposo pero a los ministros de Ella, fue ejemplo de nueva obediencia al mundo, pues entonces con especiales razones se la debían todas las criaturas a la que en él quedaba por Señora y Reina que les gobernase.

Restan otras virtudes que también se reducen a la justicia, porque con ellas damos lo que debemos a otros con alguna deuda moral, que es un honesto y decente título. Estas son, la *gratitud*, que se llama gracia, la *verdad* o *veracidad*, la *vindicación* la *liberalidad*, la *amistad* o *afabilidad*. Con la *gratitud* hacemos alguna igualdad con aquellos de quien recibimos el beneficio, dándoles gracias por él, según la condición del beneficio y el afecto con que le hizo, que es lo principal del beneficio, y también según el estado y condición del bienhechor, que a todo esto se debe proporcionar el agradecimiento, y se puede hacer con diversas acciones. La *veracidad* inclina a tratar verdad con todos, como es justo que se trate en la vida humana y conversación necesaria de los hombres, excluyendo toda mentira (que en ningún suceso es lícita), toda engañosa simulación, hipocresía, jactancia[385], ironía, porque todos estos vicios se oponen a la virtud de la *veracidad*; y si bien es posible y aun conveniente declinar en lo menos, cuando hablamos de nuestra propia excelencia y virtud para no ser molestos con exceso de jactancia, pero no es justo fingir menos con mentira, imputándose lo que no tiene de vicio. La *vindicación* es virtud que enseña a recompensar y deshacer con alguna pena el daño propio o el del prójimo que recibió de otro. Esta virtud es dificultosa entre los mortales, que de ordinario se mueven con inmoderada ira y odio fraternal, con que se falta a la caridad y justicia, pero cuando no se pretende el daño ajeno, sino el bien particular o público, no es ésta pequeña virtud, pues usó de ella Cristo Nuestro Señor cuando expelió del templo[386] a los que le violaban con irreverencia; y Elías y EIiseo pidieron fuego del cielo[387] para castigar algunos pecados; y en los Proverbios[388] se dice: Quien perdona la vara del castigo, aborrece a su Hijo. La *liberalidad* sirve para distribuir conforme a razón el dinero o semejantes cosas, sin declinar a los vicios de avaricia y prodigalidad. La *amicicia* o afabilidad consiste en el decente y conveniente modo de conversar y tratar con todos, sin litigios ni adulación, que son los vicios contrarios a esta virtud.

Ninguna de todas estas (y si alguna otra hay que se atribuya a la justicia) faltó de la Reina del cielo; todas las tuvo en hábito y las ejercitó con actos perfectísimos, según ocurrían las ocasiones, y a muchas almas enseñó y dio luz con que las obrasen y ejerciesen con perfección, como maestra y señora de toda santidad. La virtud de la gratitud con Dios ejercitó con los actos de religión y culto que dijimos, porque éste es el más excelente modo de agradecer, y como la dignidad de María

[385] Véase la nota XXX de la 1ª Parte de "Mística C. de Dios".
[386] Joan. II, 15.
[387] IV Reg. 1. 20.
[388] Prov. XIII, 24.

Santísima y <su> proporcionada santidad se levantó sobre todo entendimiento criado, así dio el retorno esta Señora, proporcionándose al beneficio cuanto a pura criatura era posible; y lo mismo hizo en la piedad con sus padres y patria, como queda dicho. A los demás agradecía la humildísima Emperatriz cualquier beneficio, como si nada se le debiera, y debiéndosele todo de justicia lo agradecía con suma gracia y favor; pero sola Ella supo dignamente y alcanzó a dar gracias por los agravios y ofensas como por grandes beneficios, porque su incomparable humildad nunca reconocía injurias, y de todas se daba por obligada; y como no olvidaba los beneficios, no cesaba en el agradecimiento.

En la verdad que trataba María Santísima, todo cuanto se puede decir sería poco, pues quien estuvo tan superior al demonio, padre de la mentira y engaño, no pudo conocer en sí tan despreciable juicio[389]. La regla por donde se ha de medir en Nuestra Reina esta virtud de la verdad, es su caridad y sencillez columbina, que excluyen toda duplicidad y falacia en el trato de las criaturas. Y ¿cómo pudiera hallarse culpa ni dolo en la boca de aquella Señora, que con una palabra de verdadera humildad trajo a su vientre al mismo que es verdad y santidad por esencia? En la virtud que se llama *vindicación*, tampoco le faltaron a María Santísima muchos actos perfectísimos, no sólo enseñándola, como maestra, en las ocasiones que fue necesario en los principios de la Iglesia evangélica, pero por Sí misma celando la honra del Altísimo, y procurando reducir a muchos pecadores por medio de la corrección, como lo hizo con Judas muchas veces, o mandando a las criaturas (que todas le estaban obedientes) castigasen algunos pecados para el bien de los que con ellos merecían eterno castigo. Y aunque en estas obras era dulcísima y suavísima, por eso perdonaba al castigo, cuando y <con>quien era medio eficaz de purificar el pecado; pero con quien más ejecutó la venganza fue contra el demonio, para librar de su servidumbre al linaje humano.

De las virtudes de *liberalidad* y *afabilidad* tuvo asimismo la soberana Reina actos excelentísimos, porque su largueza en dar y distribuir era como de suprema Emperatriz de todo lo criado y de quien sabía dar la estimación a todo lo visible e invisible dignamente. Nunca tuvo esta Señora cosa alguna de las que puede distribuir la liberalidad, que juzgase por más propia que de sus prójimos, ni jamás a nadie las negó, ni aguardó que le costase el pedirlas, cuando pudo adelantarse a darlas. Las necesidades y miserias que remedió en los pobres, los beneficios que les hizo, las misericordias que derramó, aun en cosas temporales, no se pueden contar en inmenso volumen. Su afabilidad amigable con todas las criaturas fue tan singular y admirable, que si no lo dispusiera con rara prudencia, se fuera todo el mundo tras Ella, aficionado de su trato dulcísimo; porque la mansedumbre y suavidad, templada con su divina severidad y sabiduría, descubrían en Ella, en tratándola, unos asomos de más que humana criatura. El Altísimo dispuso esta gracia en su Esposa con tal providencia que, dando algunas veces indicios a los que la trataban del sacramento del Rey que en Ella se encerraba, luego corría el velo y la ocultaba, para que hubiese lugar a los trabajos, impidiendo el aplauso de los hombres; y porque todo era menos de lo que se decía[390], y esto ni lo alcanzaban los mortales, ni atinaban a reverenciar como a criatura a la que era Madre del Criador, y sin exceder o faltar, mientras no llegaba el tiempo de ser ilustrados los hijos de la Iglesia con la fe cristiana.

Para el uso más perfecto y adecuado de esta virtud grande de la justicia le señalan los doctores otra parte o instrumento que llaman *epiqueya*, con la cual se gobiernan algunas obras que salen de las reglas y leyes comunes, porque éstas no pueden prevenir todos los casos ni sus circunstancias ocurrentes, y así es necesario obrar en algunas ocasiones con razón superior y extraordinaria. De esta virtud tuvo necesidad y usó la Reina soberana en muchos sucesos de su vida santísima antes y después de la Ascensión de su Hijo Santísimo a los cielos, especialmente después, para establecer las cosas de la primitiva Iglesia[391].

---

[389] Míst. "despreciable vicio".
[390] Míst. "de lo que se le debía, y...".
[391] Míst. C. de Dios, lib. II, cap. X.

PARÁGRAFO DECIMONONO

De la virtud de la fortaleza y del ejercicio que de ella tuvo María Santísima.

La virtud de la *fortaleza*, que se pone en el tercer lugar de las cuatro cardinales, sirve para moderar las operaciones que cada uno ejercita principalmente consigo mismo con la pasión de la irascible. Y si bien es verdad que la concupiscible (a quien pertenece la templanza) es primero que la irascible, porque del apetecer la concupiscible nace el repeler 1a irascible a quien impide lo apetecido, pero con todo eso se tratará primero de la irascible y de su virtud, que es la fortaleza, porque en la ejecución de ordinario se alcanza lo apetecido, interviniendo la irascible, que vence a quien lo impide; y por esto la fortaleza es virtud más noble y excelente que la templanza, de quien diré en el capítulo siguiente.

El gobierno de la pasión de la irascible por la virtud de la fortaleza se reduce a las partes o especies de operaciones, que son usar de la ira conforme a razón y con debidas circunstancias que le hagan loable y honesta, y dejar de airarse reprimiendo la pasión, cuando es más conveniente detenerla que ejecutarla, porque lo uno y lo otro puede ser loable, y vituperable según el fin y las demás circunstancias con que se hace. La primera de estas operaciones o especies se quedó con el nombre de fortaleza, y algunos doctores la llaman *belicosidad*. La segunda se llama *paciencia*, que es la más noble y superior fortaleza y la que principalmente tuvieron y tienen los santos, aunque los mundanos, trocando el juicio y los nombres, suelen a la paciencia llamarla *pusilanimidad*, y a la presunción impaciente y temeraria llaman *fortaleza*, porque aun no alcanzan los actos verdaderos de esta virtud.

No tuvo María Santísima movimientos desordenados que reprimir en la irascible con la virtud de la fortaleza, porque en la ínocentísima Reina todas sus pasiones estaban ordenadas y subordinadas a la razón, y ésta a Dios, que la gobernaba en todas las acciones y movimientos; pero tuvo necesidad de esta virtud para oponerse a los impedimentos que el demonio por diversos modos le ponía, para que no consiguiese todo lo que prudentísima y ordenadamente apetecía para Sí y para su Hijo Santísimo. Y en esta valerosa resistencia y conflicto nadie fue más fuerte entre todas las criaturas, porque todas juntas no pudieron llegar a la fortaleza de María Santísima, pues no tuvieron tantas peleas ni contiendas o contradicciones del común enemigo, porque Ella le quebrantó la cabeza rnuchas veces[392]. Pero cuando era necesario usar de esta fortaleza o belicosidad con las criaturas humanas, era tan suave como fuerte, por mejor decir, era tan fuerte cuanto era suavísima en obrar; porque sola esta divinísima[393] Señora entre las criaturas pudo copiar en sus obras aquel atributo del Altísimo, que en las suyas junta la suavidad con la fortaleza[394]. Este modo de obrar tuvo Nuestra Reina con la fortaleza, sin reconocer su generoso y dilatado corazón desordenado temor, porque era superior a todo lo criado. Y tampoco fue impávida y audaz sin moderación, ni podía declinar a estos extremos viciosos, porque con suma sabiduría conocía los temores que se debían vencer, y la audacia que se debía excusar, y así estaba vestida por la divina diestra como única mujer fuerte de fortaleza y hermosura[395].

En la parte de la fortaleza que toca a la paciencia, fue María Santísima más admirable, participando sola Ella de la excelencia de la paciencia de Cristo su Hijo Santísimo, que fue padecer y sufrir sin culpa, y padecer más que todos los que las cometieron. Toda la vida de esta soberana Reina fue una continuada tolerancia de trabajos, especialmente en la vida y muerte del Redentor del mundo, donde su paciencia excedió a todo pensamiento de criaturas, y solo el mismo Señor que se la dio, pudo dignamente darla a conocer. Jamás esta candidísima paloma se indignó contra la

---

[392] En la Míst. se suprimen estas palabras. "porque Ella le quebrantó la cabeza muchas veces".
[393] Míst. "divina".
[394] Sap. VIII, 1.
[395] Prov. XXXI, 25.

paciencia con criatura alguna, ni le pareció grande algún trabajo y molestia de las inmensas que padeció, ni se contristó por él, ni dejó de recibirlos todos con alegría y hacimiento de gracias. Y si la paciencia, (según el orden del Apóstol) se pone el parto[396] de la caridad[397] y su primogénito siendo Nuestra Reina madre del amor[398], también lo fue de la paciencia, y se debe medir con él, porque cuanto más amamos y apreciamos el bien eterno sobre todo lo visible, tanto más nos determinamos a padecer, por conseguirle y no perderle, todo lo penoso que sufre la paciencia. Por esto fue la Reina del cielo pacientísima sobre todas las criaturas, madre y maestra de esta virtud para nosotros, que, acudiendo a Ella, hallaremos esta torre de David con mil escudos[399] pendientes de paciencia, con que se arman los fuertes de la Iglesia y de la milicia de Cristo Señor Nuestro

No tuvo jamás nuestra pacientísima Reina ademanes afeminados de flaqueza, ni tampoco de ira exterior, porque todo lo tenía prevenido con la divina luz y sabiduría, aunque ésta no excusaba el dolor, antes le añadía, porque nadie pudo conocer el peso de las culpas y ofensas infinitas contra Dios, como las conoció esta divina Señora. Mas no por eso se pudo alterar su invencible corazón; ni po las maldades de Judas, ni por las contumelias, desacatos de los fariseos, jamás mudó el semblante y menos el interior. Y aunque en la muerte de su Hijo Santísimo[400] todas las criaturas y elementos insensibles parece que quisieron perder la paciencia contra los mortales no pudiendo sufrir la ofensa de su Criador, sola María Santísima estuvo inmóvil y aparejada para recibir a Judas y a los fariseos, sacerdotes y escribas, si después de haber crucificado a Cristo, se volvieran a la Madre de misericordia.

Bien pudiera la mansísima Emperatriz indignarse y airarse con los que a su Hijo Santísimo daban tan afrentosa muerte, y no pasar en esta ira los límites de la razón y virtud, pues el mismo Señor ha castigado justamente este pecado. Y estando yo en este pensamiento me fue respondido, que el Altísimo dispuso cómo esta gran Señora no tuviese (aunque pudiera debidamente) estos movimientos y operaciones, porque no quería que Ella fuese instrumento y como acusadora de los pecadores, porque la eligió por medianera y abogada suya y madre de misericordia para que por Ella viniesen a los hombres todas las que el Señor quería mostrar con los hijos de Adán, y hubiese quien dignamente moderase la ira del justo Juez intercediendo por los culpados. Sólo con el demonio ejecutó la ira está Señora, y en lo que fue necesario para la paciencia y tolerancia y para vencer los impedimentos que le pudo oponer este enemigo para el bien obrar.

A la virtud de la fortaleza se reducen también la *magnanimidad* y la *magnificencia*, porque participan de sus condiciones en alguna cosa, dando firmeza a la voluntad en la materia que les toca. Consiste en obrar cosas grandes, a quienes sigue la honra grande de la virtud; y por eso se dice que tiene por materia propia los honores grandes, y de aquí le nacen a esta virtud muchas propiedades que tienen los magnánimos, como aborrecer las lisonjas y simuladas hipocresías[401], que amarlas es de ánimos apocados, o amigos de lo más útil sino de lo más honesto y grande, no hablar de sí mismo con jactancia, ser detenidos en obrar cosas pequeñas, reservándose para las mayores, ser más inclinados a dar que a recibir; porque todas estas cosas son dignas de mayor honra. Mas no por esto es contra la humildad esta virtud, que una no puede ser contraria de otra, porque la magnanimidad hace que con los dones y virtudes se haga el hombre benemérito de grandes honras sin apetecerlas ambiciosa y desordenadamente, y la humildad que las refiera a Dios, y se desestime a sí mismo por sus defectos o por su propia naturaleza. Y por la dificultad que tenemos para las obras grandes y honrosas de la virtud, piden especial fortaleza, que se llama *magnanimidad*, cuyo medio consiste en proporcionar las fuerzas con las acciones grandes, y para que ni las dejemos por

[396] Míst. “el primer parto...”
[397] 1 Cor. XIII, 4.
[398] Ecci XXIV, 24.
[399] Cant. IV. 4.
[400] Mat. XXVII.
[401] Míst. “hipocresías (que amarlas es de ánimos apocados y viles), no ser codiciosos, ni interesados, ni amigos de lo más útil...”

pusilánimes, ni las intentemos con presunción ni desordenada ambición ni con apetito de gloria vana, porque todos estos vicios desprecia el magnánimo.

La magnificencia también significa obrar grandes cosas, y en esta significación tan extendida puede ser común virtud que en todas las materias virtuosas obra cosas grandes. Pero como hay especial razón o dificultad en obrar y hacer grandes gastos, aunque sean conforme a razón, por esto se llama magnificencia especial la virtud que determinadamente inclina a grandes sumptos, regulándolo por la prudencia, para que ni el ánimo sea escaso cuando la razón pide mucho, ni tampoco sea profuso cuando no conviene, consumiendo y talando lo que no debía. Y aunque esta virtud parece la misma que la liberalidad, pero los filósofos las distinguen, porque el magnífico mira a cosas grandes sin atender más, y el liberal mira al amor y uso templado del dinero, y alguno podrá ser liberal sin llegar a ser magnífico, si se detiene en distribuir lo que tiene más grandeza y cantidad.

Estas dos virtudes de *magnanimidad* y *magnificencia* estuvieron en la Reina del cielo con algunas condiciones que no pudieron alcanzar los demás que las tuvieron. Sólo María Santísima no halló dificultad ni resistencia en obrar todas las cosas grandes, y sola Ella las hizo todas grandiosas, aun en las materias pequeñas, y Ella sola entendió perfectamente la naturaleza y condición de estas virtudes, como todas las demás; y así pudo darles la suprema perfección, sin tasarla por las contrarias inclinaciones, ni por ignorar el modo, ni por acudir a otras virtudes; como suele suceder a los más santos y prudentes, que cuando no lo pueden todo, eligen y obran lo que les parece mejor. En todas las obras virtuosas fue esta Señora tan magnánima, que siempre hizo lo más grande y digno de honor y gloria, y mereciéndola de todas las criaturas fue más magnánima en despreciarla y porponerla refiriéndola sólo a Dios, y obrando en la misma humildad lo más grande de esta virtud; conque estando las obras de la humildad heroica como en una divina emulación y competencia con lo magnánimo de todas las demás virtudes, vivían todas juntas como ricas joyas que, a porfia, por su hermosa variedad, ordenaban, adornaban a la Hija del Rey, cuya gloria toda se quedaba en lo interior, como lo dijo David su padre, salmo 44[402].

En la magnificencia también fue grande Nuestra Reina, porque, si bien era pobre y más en el espíritu, sin amor alguno a cosa terrena, con todo eso, de lo que el Señor le dió, dispuso magníficamente, como sucedió cuando los Reyes[403] le ofrecieron preciosos dones al niño Jesús, y después por el discurso que vivió en la Iglesia, subido el Señor al cielo. Y la mayor magnificencia fue, que siendo Señora de todo lo criado, todo lo destinase para que liberalmente (cuanto era de su afecto) se gastase en el beneficio de los necesitados y en el honor y culto de Dios. Y esta doctrina y virtud enseñó a muchos, para ser maestra de toda perfección en obras que tan a pesar de las viles costumbres e inclinaciones hacen los mortales, sin llegar a darles el punto de prudencia que deben. Comunmente desean los mortales, según su inclinación, la honra y gloria de la virtud y ser tenidos por singulares y grandes, y como este afecto e inclinación es desordenada, y tampoco enderezan esta gloria de la virtud al Señor de todo, desatinan con los medios, y, si llega la ocasión de hacer alguna obra de magnanimidad o magnificencia, desfallecen y no la hacen, porque son de ánimos abatidos y viles. Y como por otra parte quieren juntamente parecer grandes, excelentes y dignos de veneración, toman para esto otros medios engañosamente proporcionados y verdaderamente viciosos, como hacerse iracundos, hinchados, impacientes, ceñudos, altivos, jactanciosos, y como todos estos vicios no son magnanimidad, mas antes dicen poquedad y bajeza de corazón, por eso no alcanzan gloria ni honra entre los sabios, sino vituperio y desprecio[404].

---

[402] v. 14.
[403] Mat. II. 11.
[404] Míst. "Sino vituperio y desprecio, porque la honra más se halla huyendo de ella, que solicitándola, y con obras, que con deseos". Lib. II, c. 11.

PARÁGRAFO VIGÉSIMO

De la virtud de la templanza y del ejercicio que de ella tuvo María Santísima.

De los dos movimientos que tiene la criatura en apetecer el bien sensible y retirar el mal, este último se modera con la fortaleza, que, como se ha dicho, sirve para que por la irascible no deje vencerse de la voluntad[405] antes ella venza con audacia, padeciendo cualquiera mal sensible por conseguir el bien honesto. Para gobernar los otros movimientos de la concupiscible <sirve> la *templanza*, que es la última virtud de las cardinales y la menor, porque el bien que consigue no es tan general como el que miran las otras virtudes, antes la templanza inmediatamente mira al bien particular del que la tiene. Consideran los doctores y maestros a la templanza en cuanto dice una general moderación de todos los apetitos naturales, y en este sentido es una virtud general y común que comprende a todas las virtudes que mueven el apetito conforme a razón. No hablamos ahora de la templanza en esta generalidad, sino en cuanto sirve para gobernar la concupiscible en la materia del tacto, donde el deleite mueve con mayor fuerza, y consiguientemente en otras materias deleitables que imitan a la delectación del tacto, aunque no con tanta fuerza.

En esta consideración tiene la templanza el último lugar de las virtudes, porque su objeto no es tan noble como en las otras, peto con todo eso se le atribuyen algunas excelencias mayores en cuanto desvía de vicios más feos aborrecibles, cuales son la destemplanza en los deleites sensitivos, comunes a los hombres y a los brutos irracionales: y por esto dijo David, que fue hecho el hombre semejante al jumento[406], cuando se deja llevar de la pasión del deleite: y por la misma razón el vicio de la destemplanza se llama pueril, porque un niño no se mueve por la razón sino por el antojo del apetito, ni se modera si no es con castigo, como también le pide la concupiscible para refrenarse en estos deleites. De este deshonor y fealdad redime al hombre la virtud de la templanza, enseñándole a gobernarse no por el deleite, mas por la razón; y por esto mereció esta virtud que se le atribuyese a ella cierta honestidad y decoro o hermosura, que nace en el hombre de conservarse en el estado de la razón contra una pasión tan indómita, que pocas veces la escucha ni obedece; y por el contrario al sujetarse el hombre al deleite animal se le sigue gran deshonor por la similitud bestial y pueril.

Contiene la templanza en sí a las virtudes de *abstinencia* y *sobriedad* contra los vicios de la gula en la comida y de la embriaguez en la bebida; y en la abstinencia se contiene el ayuno, y son las primeras, porque el apetito lo primero que se le ofrece es la comida, objeto del gusto, para conservación de la naturaleza. Tras de estas virtudes se siguen las que moderan el uso de la propagación natural, que son *castidad* y *pudicicia*, con sus especies *virginidad* y *continencia*, contra los vicios de lujuria, incontinencia y sus especies. A estas virtudes (que son las principales en la templanza) siguen otras que moderan el apetito en otros deleites menores; y las que moderan el sentido del olfato, oído y vista se reducen al tacto y a las suyas. Pero hay otras semejantes a ellas en diferentes materias, éstas son la *clemencia* y *mansedumbre*, que gobiernan la ira y el desorden en castigar contra el vicio de la crueldad inhumana o bestial a que pueden declinar. Otra es la *modestia*, que contiene en sí cuatro virtudes: la primera es la *humildad*, que contra la soberbia detiene al hombre para que no apetezca desordenadamente la propia excelencia; la segunda es la *estudiosidad*, para que no apetezca saber más de lo que conviene y como conviene contra el vicio de la curiosidad: la tercera en la *moderación* o *austeridad* para que no apetezca el superfluo fausto y ostentación en el vestido y aparato exterior; la cuarta es la que modera el apetito desmedido en las acciones lusorias, como son juegos, movimientos del cuerpo, burlas, bailes; y aunque no tiene particular nombre esta virtud, es muy necesaria, y se llama generalmente *modestia* o *templanza*.

Para manifestar la excelencia que tuvieron estas virtudes en la Reina del cielo (y lo mismo he dicho de las otras), siempre me parece que vienen cortos los términos y palabras comunes con que

[405] Míst. "vencerse la voluntad..."
[406] Ps. XLVIII, 13. 21.

hablamos de las virtudes de otras criaturas. Mayor proporción[407] tuvieron las gracias y dones de María Santísima con las de su Hijo Santísimo, y éstas con las perfecciones divinas, que todas las virtudes y santidad de los santos con la de esta Soberana Reina de las virtudes; y así viene a ser muy desigual cuanto podemos decir de Ella con las palabras que significamos las gracias y virtudes de los demás santos[408], imperfectos y sujetos a pecado y desordenados por él. Y si de éstas dijo el Eclesiástico, capítulo 26[409] que no había digna ponderación para la excelencia del continente, ¿qué diremos de la templanza de la Señora de las gracias y virtudes y de la hermosura que tenía su alma santísima con el colmo de todas? Los domésticos[410] de esta Mujer fuerte estaban guarnecidos todos con duplicadas vestiduras, porque sus potencias estaban ordenadas con dos hábitos o perfecciones de incomparable hermosura y fortaleza; el uno, el de la justicia original, que subordinaba los apetitos a la razón y gracia. el otro, el de los hábitos infusos, que añadían nueva hermosura y virtud para obrar con suma perfección.

Todos los demás santos que en la hermosura de la templanza se han señalado, llegarían hasta sujetar la concupiscible indómita, reduciéndola al yugo de la razón, para que nada apeteciese sin modo, que después había de retratar con el dolor de haberlo apetecido; y el que a esto se adelantase, llegaría a negar al apetito todo aquello que se le puede substraer a la naturaleza sin destruirla; pero en todos estos actos de templanza sentiría alguna dificultad que retardaría el afecto de la voluntad, o a lo menos, le haría tanta resistencia que no pudiese conseguir su deseo con toda plenitud, y se querellase con el Apóstol de la infelice carga de este pesado cuerpo[411]. En María Santísima no había esta disonancia, porque sin remurmurar los apetitos y sin adelantarse a la razón, dejaban obrar a todas las virtudes con tanta armonía y concierto que, fortaleciéndola, como ejército de escuadrón bien ordenado[412], hacían un coro de celestial consonancia. Y como no había desmanes de los apetitos que reprimir, de tal manera ejercitaba las operaciones de la templanza, que no pudo caer en su mente especies ni memoria de movimiento desordenado, antes bien[413] a las divinas Personas eran sus operaciones como organizadas y deducidas de aquel supremo ejemplar, y se convertían a El como única regla de su perfección y como a fin último en que se terminaban.

La *abstinencia* y *sobriedad* de María Santísima fue admiración de los Angeles, porque, siendo Reina de todo lo criado y padeciendo las naturales pasiones de hambre[414], no apeteció jamás los manjares que a su poder y grandeza pudieran corresponder, ni usaba de la comida por el gusto, mas por sola necesidad, y ésta satisfacía con tal templanza, que ni excedía ni pudo excederse sobre lo ajustado para el húmido radical y alimento de la vida; y éste recibía, dando primero lugar al padecer el dolor del hambre y sed, y dejando algún lugar a la gracia, junto con el efecto natural del escaso alimento que recibía. Nunca padeció alteración de corrupción por superfluidad de la comida y bebida, ni por esta causa sintió necesidad ni la tuvo más un día que otro, ni tampoco sintió estas alteraciones por defecto de alimento, porque si le moderaba algo de lo que el calor natural pedía, suplíalo la divina gracia en que vive la criatura y no en solo pan[415].

Bien pudo el Altísimo sustentarla sin comida ni bebida, pero no lo hizó, porque no fue conveniente ni para Ella dejar de merecer en este uso de la comida y ser ejemplar de templanza, ni para nosotros que nos faltase tanto bien y merecimientos. De la materia de su comida, dejo dicho en la Historia de su santísima vida que he escrito. Por su votuntad nunca comió carne, ni más que sola una vez cada día, salvo cuando vivió con su esposo José, o cuando acompañaba a su Hijo Santísimo

---

[407] Véase la nota XXXI a la 1ª p., t. VI.
[408] Míst. “Santos; donde por más consumadas que fuesen, estaban en sujetos imperfectos y sujetos a pecado...”
[409] v. 20.
[410] Prov. XXXI, 21.
[411] Rom. VII, 24.
[412] Cant. VI, 3.
[413] Míst. “antes bien imitando a las divinas perfecciones, eran sus...”
[414] Míst. “hambre y sed,”.
[415] Mat. IV, 4.

en sus peregrinaciones, que en estas ocasiones, por la necesidad de ajustarse a los demás, seguía el orden que el Señor le daba, pero siempre era milagrosa en la templanza.

De la pureza virginal pudor de la Virgen de las vírgenes no pueden hablar dignamente los supremos serafines, pues en esta virtud (que en ellos es natural) fueron inferiores a su Reina y Señora; pues, con el privilegio de la gracia y poder del Altísimo, estuvo María Santísima más libre de la inmundicia de este vicio contrario, que los mismos ángeles, a quienes por naturaleza no puede tocarles. No alcanzamos los mortales en esta vida a formar concepto debido de esta virtud en la Reina del cielo, porque nos embaraza mucho el pesado barro con que a nuestra alma se le oscurece la candidez y cristalina luz de la castidad. Túvola nuestra gran Reina en tal grado, que pudo dignamente preferir a la dignidad de Madre de Dios[416], si no fuera ella quien más la proporcionaba con esta inefable grandeza. Pero midiendo la pureza virginal de María Santísima con lo que Ella la apreció y con la dignidad a que la levantó, se conocerá en parte cuál fue esta virtud en su virgíneo cuerpo y alma. Propúsola desde su inmaculada concepción, votóla desde su natividad y observóla de suerte, que jamás tuvo acción ni movimiento ni ademán en que la violase, ni tocase en su pudor. Por esto no habló jamás a hombre sin voluntad de Dios, ni a ellos, ni a las mujeres mismas miraba al rostro, no por el peligro sino por el mérito, por el ejemplo nuestro y por la superabundancia de la divina prudencia, sabiduría y amor.

De su clemencia y mansedumbre dijo Salomón, que la ley de la clemencia estaba en su lengua[417], porque nunca se movió que no fuese para distribuir la gracia que en sus labios estaba derramada[418]. La mansedumbre gobierna la ira y la clemencia modera el castigo. No tuvo ira que moderar nuestra mansísima Reina, ni usaba de esta potencia más de, como dejo dicho, en los actos de fortaleza contra el pecado y el demonio; pero contra las criaturas racionales no tuvo ira que se ordenase a castigar, ni por suceso alguno se alteró, ni perdió la perfectísima mansedumbre con inmutable igualdad, interior y exterior, sin que jamás se le conociese diferencia en el semblante, en la voz, ni movimientos que testificasen algún interior movimiento de ira. Esta mansedumbre y clemencia tuvo el Señor por instrumento de la suya, y libró en ella todos los beneficios y efectos de las eternas y antiguas misericordias; y para este fin era necesario que la clemencia de María Santísima fuese proporcionado instrumento de la que el mismo Señor tiene con las criaturas. Considerando atenta y profundamente las obras de la divina clemencia con los pecadores, y que de todas fue esta divina Señora el idóneo instrumento con que se disponían y ejecutaban, se conocerá en parte la clemencia de esta Reina, en que todas sus reprensiones fueron más rogando, enseñando y amonestando, que castigando; y esto pidió Ella al Señor, y su providencia lo dispuso así, para que en esta sobreexcelsa Reina estuviese la ley de la clemencia[419] como en original y en depósito, de quien Su Majestad[420] y los mortales deprendiesen esta virtud con las demás, que en Dios veía y conocía.

En las otras virtudes que contiene la *modestia*, especialmente en la *humildad* y *austeridad* o *pobreza*, para decir algo de lo que las ejercitó María Santísima dignamente, fueran necesarios muchos libros y lenguas de ángeles. En todas las acciones de la Reina del cielo resplandeció, sobre todas las virtudes, su incomparable humildad. Mucho temo agraviar la grandeza de esta singular Virgen[421], queriendo ceñir en breves términos el piélago que pudo recibir y abrazar al incomprensible y sin términos. Todo cuanto han conocido y obrado los santos y los mismos ángeles con esta virtud de la humildad, no pudo llegar a lo menor de la que tuvo Nuestra Reina. ¿A quién de los ángeles y de los santos pudo llamar Madre el mismo Dios? Y ¿quién, fuera de María y del eterno Padre, pudo llamar Hijo al Verbo humanado? Pues si la que llegó en esta dignidad a ser semejante al Padre y tuvo las gracias y dones convenientes para ella, se puso en su estimación en el

---

[416] Véase la nota XXXII a la 1ª Parte de "Mística C. de Dios".
[417] Prov. XXXI, 26.
[418] Ps. XLIV, 3.
[419] Prov. XXXI, 26.
[420] Míst. "Majestad se sirviese, y los mortales... con los demás, que en Dios veía y conocía".
[421] Míst. "singular virtud..."

último lugar de las criaturas, y todas las reputaba por superiores[422] y más dignas de ser beneficiadas del Señor y de los elementos y planetas con que sustentan la vida, ¿qué olor, qué fragancia, daría al gusto del mismo Dios este humilde nardo[423], comprendiendo en su pecho al supremo Rey de los reyes y Señor de los señores?

Que las columnas del cielo se encojan[424] y estremezcan en presencia de la inaccesible luz de la Majestad infinita no es maravilla, pues a su vista tuvieron la ruina de sus semejantes, y ellos fueron preservados con beneficios y razones comunes a todos. Que los más fuertes e invencibles santos se humillasen, abrazando el desprecio y abatimientos, conociéndose por indignos de cualquiera mínino beneficio de la gracia y aun del mismo obsequio y socorros de las cosas natutales, todo esto era justísimo y consiguiente, porque todos pecamos y necesitamos de la gloria del mismo Dios[425], y ninguno fue tan santo ni tan grande que no lo pudiese ser mayor, ni tan perfecto que no le faltase alguna virtud, ni tan inculpable que no hallasen los ojos de Dios que reprenden en él; y cuando fuera alguno perfectamente consumado, todos se quedaban en la esfera de la común gracia y beneficios, sin que nadie fuese superior a todos en todo.

Pero en esto fue sin ejemplo y sin segunda la humildad de María Santísima, que, siendo aurora[426] de la gracia principio de todo el bien de las criaturas, la suprema de ellas, el prodigio de las perfecciones divinas, el centro de su amor, la esfera de su omnipotencia, la que llamó Hijo y se oyó llamar Madre del mismo Dios, se humilló al más inferior lugar del todo lo criado. Y la que, gozando de la mayor excelencia de todas las obras de Dios en pura criatura, no le quedaba otra superior en ellas a que levantarse, se humilló juzgándose por no digna de la menor estimación, excelencia, ni honra que se le pudiera dar a la mínima de todas las criaturas racionales. No sólo se representaba indigna de la dignidad de Madre de Dios y de las gracias que en esto se encerraban, pero del aire que respiraba, de la tierra que la sufría, del alimento que recibía, y de cualquiera obsequio y oficio de las criaturas, de todo se reputaba indigna, y lo agradecía como si fuera la que se juzgaba.Y para decir mucho en pocas razones, el no apetecer la criatura racional la excelencia que absolutamente no le toca, o que por algún título la desmerece, no es tan generosa humildad, aunque la infinita clemencia del Altísimo la admita y se dé por obligado de quien así se humilla, pero lo admirable es, que se humille más que todas las criaturas juntas, Aquella que, debiéndosele toda la majestad y excelencia, ni la apeteció, ni buscó, ni la echó menos, pero estando en forma de digna Madre de Dios, se aniquiló en su estimación, mereciendo con esta humildad ser levantada como de justicia al dominio y señorío de todo lo criado.

A esta humildad incomparable correspondían en María Santísima las otras virtudes que se encierran en la modestia, porque el apetito de saber más de lo que conviene, de ordinario nace de poca humildad o caridad, y siendo vicio sin provecho, viene a ser de mucho daño, como le sucedió a Dina[427], que con inútil curiosidad saliendo a ver lo que no le era de provecho, fue vista con tanto daño de su honor. De la misma raíz de soberbia presuntuosa suele originarse la superflua ostentación y fausto en el vestido exterior, y las desordenadas acciones, gustos[428] o movimientos corporales que sirven a la vanidad y sensualidad, y testifican la liviandad del corazón, según lo que dijo el Eclesiástico, capítulo 19[429]: El vestido del cuerpo, la risa de la boca y los movimientos del hombre nos acusan de su interior. Todas las virtudes contrarias a estos vicios estaban en María Santísima intactas, y sin reconocer contradicción ni movimiento que las pudiese retardar o inficionar, antes como hijas y compañeras de su profundísima humildad, caridad y pureza, testificaban en esta soberana Señora ciertos asomos más de criatura divina que humana.

---

[422] En la Míst. falta desde "y más dignas..." hasta "sustentan la vida"; y también hay cambio en lo que sigue.
[423] Cant. I, 11.
[424] Job. XXVI, 11.
[425] Rom. III, 23.
[426] Míst. "autora de la gracia..."
[427] Gen. XXXIV, 1.
[428] Míst. "acciones, gestos o movimientos..."
[429] v. 27.

Era estudiosísima sin curiosidad, porque estando llena de sabiduría sobre los mismos querubines, deprendía y se dejaba enseñar de todos como ignorante. Y cuando usaba de la divina ciencia o inquiría la divina voluntad, era tan prudente y con tan altos fines y debidas circunstancias, que siempre sus deseos herían el corazón de Dios y le atraían a su ordenada voluntad. En la *pobreza* o absteridad fue admirable, pues quien era Señora de todo lo criado y lo tenía a su disposición, dejó tanto por la imitación de su Hijo Santísimo, cuanto el mismo Señor puso en sus manos, porque, así como el Padre puso todas las cosas en manos del Verbo humanado[430], así las puso este Señor todas en manos de su Madre, y Ella para hacer lo mismo, las dejó todas con afecto y efecto por la gloria de su Hijo Santísimo. De la modestia de sus acciones y dulzura de sus palabras y todo el exterior bastará decir, que por la inefable grandeza que en ellas descubría, fuera tenida por más que humana, si la fe no enseñara que era pura criatura, como lo confesó el sabio de Atenas san Dionisio[431].

[430] Joan. XIII, 3.
[431] Míst. lib. II, c. XII.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOPRIMO

De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María Santísima

Los siete dones del Espíritu Santo (según la luz que de ellos tengo) me parece añaden algo sobre las virtudes adonde se reducen, y por lo que añaden se diferencian de ellas, aunque tengan un mismo objeto. Cualquiera beneficio del Señor se puede llamar don o dádiva de su mano, aunque sea natural, pero ho hablamos ahora de los dones en esta generalidad, aunque sean virtudes y dádivas infusas, porque no todos los que tienen alguna virtud, tienen gracia de dones en aquella materia, o a lo menos no llegan a tener las virtudes en aquel grado que se llaman dones perfectos, como los entienden los doctores sagrados en las palabras de Isaías, donde dijo que en Cristo Nuestro Salvador descansaría el Espíritu del Señor[432], numerando siete gracias, que comunmente se llaman dones del Espíritu Santo, cuales son: el espíritu de *sabiduría* y de *piedad* y el de *temor de Dios*, etc.[433] Los cuales dones estuvieron en el alma santísima de Cristo, redundando de la Divinidad a que estaba hipostáticamente unida, como en la fuente está el agua que de ella mana, para comunicarse a otros, porque todos participamos de las aguas del Salvador[434], gracia por gracia[435], y don por don, y en El están escondidos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios[436].

Corresponden los dones del Espíritu Santo a las virtudes adonde se reducen; y aunque en esta correspondencia discurren con alguna diferencia los doctores, pero no la puede haber en el fin de los dones, que es dar alguna especial perfección a las potencias para que hagan algunas perfecciones[437] y obras perfectísimas y más heroicas en las materias de las virtudes; porque sin esta condición no se pudieran llamar dones particulares más perfectos y excelentes, que el modo común de obrar de las virtudes. Esta perfección de los dones incluye o consiste en alguna especial y fuerte inspiración y moción del Espíritu Santo, que vence con mayor eficacía los impedimentos, y mueve al libre albedrío, y le da mayor fuerza para que no obre remisamente, antes con grande plenitud de perfección y fuerza, en aquella especie de virtud adonde pertenece el don. Todo lo cual no puede alcanzar el libre albedrío, si no es ilustrado y movido con especial eficacia, virtud y fuerza del Espíritu Santo, que la compele fuerte, suave[438] y dulcemente para que siga aquella ilustración, y con libertad obre y quiera aquella acción que parece es hecha en la voluntad con la fuerza del divino Espíritu, como lo dice el Apóstol ad Romanos, cap. 8. Y por esto se llama esta moción instinto del Espíritu Santo, porque la voluntad, aunque obra libremente y sin violencia, pero en estas operaciones tiene mucho de instrumento voluntario y se asimila a él, porque obra con menos consulta de la prudencia común (como lo hacen las virtudes), aunque no con menos inteligencia ni libertad.

Con un ejemplo me daré a entender en algo, advirtiendo que para mover la voluntad a las obras de virtud, concurren dos cosas en las potencias; la una es el peso o inclinación que en sí tiene, que la lleva y mueve, al modo que la gravedad a la piedra o la liviandad en el fuego, para moverse cada uno a su centro. Esta inclinación acrecientan los hábitos virtuosos más o menos en la voluntad (y lo mismo hacen los vicios en su modo), porque inclinando al amor pesan, y el amor es su peso que las lleva libremente. Otra cosa concurre a esta moción de parte del entendimiento, que es una ilustración en las virtudes con que se mueve y determina la voluntad; y esta ilustración es proporcionada con los hábitos y con los actos que hace la voluntad; para los ordinarios sirve la prudencia y su deliberación ordinaria, y para otros actos más levantados sirve o es necesaria más

---

[432] Isai. XI, 2.
[433] En la "Mística" los enumera todos.
[434] Isai. XII, 3.
[435] Joa. I, 16.
[436] Colos. II, 2.
[437] Míst. "algunas acciones..."
[438] Sap. VIII, 1.

elevada y superior ilustración y moción del Espíritu Santo, y ésta pertenece a los dones. Y porque la caridad y gracia es un hábito sobrenatural que pende de la divina voluntad al modo que el rayo nace del sol, por esto la caridad tiene particular influencia de la Divinidad, y con ella es movida, y mueve a las demás virtudes y hábitos de la voluntad, y más cuando obra con los dones del Espíritu Santo.

Conforme a esto, en los dones del divino Espíritu me parece conozco de parte del entendimiento una especial itustración, con que se ha muy pasivamente para mover a la voluntad, en la cual corresponden sus hábitos con algún grado de perfección que inclina sobre la ordinaria fuerza de las virtudes a obras muy heroicas. Y como si a la piedra, sobre su gravedad le añaden otro impulso, se mueve con más presteza, así en la voluntad añadiéndole la perfección o impulso de los dones, los movimientos de las virtudes son más excelentes y perfectos. El don de *sabiduría* comunica al alma cierto gusto, con el cual gustando conoce lo divino y humano sin engaño, dando su valor y peso a cada uno contra el gusto que nace de la ignorancia y estulticia humana, y pertenece este don a la caridad. El don de *entendimiento* clarifica para penetrar las cosas divinas, y contra la rudeza y tardanza de nuestro entendimiento. El de *ciencia* penetra lo más oscuro, y hace maestros perfectos contra la ignorancia; y estos dos pertenecen a la fe. El don de *consejo* encamina y endereza y detiene la precipitación humana contra la imprudencia, y pertenece a su virtud propia. El de *fortaleza* expele el temor desordenado y conforta la flaqueza, y pertenece a su misma virtud. El de *piedad* hace benigno el corazón, le quita la dureza y le ablanda contra la impiedad y dureza, y pertenece a la religión. El don de *temor de Dios* humilla amorosamente contra la soberbia, y se reduce a la humildad.

En María Santísima estuvieron los dones del Espiritu Santo, como en quien tenía cierto respeto y como derecho a tenerlos, por ser Madre del Verbo divino, de quien procede el Espíritu Santo, a quien se le atribuyen. Y regulando estos dones por la dignidad especial de María Santísima, era consiguiente que estuvieran en Ella con la proporción debida y con tanta diferencia de todas las demás almas, cuanta hay de llamarse ella Madre de Dios y todas las demás sólo criaturas; y por estar Ella tan cerca del Espíritu Santo por esta dignidad, y juntamente por la impecabilidad, y todas las demás criaturas estar tan lejos, así por la culpa como por la distancia del ser común, sin otro respeto ni afinidad con el divino Espiritu. Y si estaban en Cristo, Nuestro Redentor y Maestro, como en fuente y origen, estaban también en María, su digna madre, como en estanque o en mar de donde se distribuyen a todas las criaturas, porque de su plenitud superabundante redundan a toda la Iglesia. Lo cual en otra metáfora dijo Salomón en los Proverbios, cuando la Sabíduría, dice, edificó para sí una casa sobre siete columnas[439] ect. y con ella preparó la mesa, mezcló el vino, y convidó a los párvulos, insipientes para sacarlos de la infancia y enseñarles la prudencia. No me detengo en esta declaración, pues ningún católico ignora que María Santísima fue esta magnífica habitación del Altísimo edificada y fundada sobre estos siete dones para su hermosura y firmeza, y para prevenir en esta casa mística el convite general de toda la Iglesia; porque en esta divina Señora está preparada la mesa, para que todos los párvulos ignorantes hijos de Adán lleguemos a ser saciados de la influencia y dones del Espíritu Santo.

Cuando estos dones se adquieren mediante la disciplina y ejercicio de las virtudes, venciendo los vicios contrarios, el primer lugar tiene el temor, pero en Cristo Señor Nuestro comenzó Isaías a referirlos por el don de sabiduría, que es el supremo, porque los recibió como maestro y cabeza, y no como discípulo que los deprendía. Con este mismo orden los debemos considerar en su Madre Santísima, porque más se asimiló en los dones a su Hijo Santísimo, que a Ella las demás criaturas. El don de *sabiduría* contiene una iluminación gustosa, con que el entendimiento conoce la verdad de las cosas por sus causas íntimas y supremas, y la voluntad con el gusto de la verdad del verdadero bien le discierne y divide del aparente y falso, porque aquél es verdaderamente sabio que conoce sin engaño el verdadero bien para gustarle, y le gusta conociéndole. Este gusto de la sabiduría consiste en gozar del sumo bien por una íntima unión de amor, a que se sigue el sabor y gusto del bien honesto participado y ejercitado por las virtudes inferiores al amor. Por esto no se

[439] Prov. IX, 1 y 2.

llama sabio el que sólo conoce la verdad especulativamente, aunque tenga en este conocimiento su deleite, ni tampoco es sabio el que obra actos de virtud por solo el conocimiento, y menos si lo hace por otra causa, pero si por el gusto, del sumo bien (a quien sin engaño conoce, y en él o por él todas las verdades inferiores) obra con íntimo amor unitivo, éste será verdaderamente sabio. Este conocimiento administra a la sabiduría el don de *entendimiento*, que la precede y acompaña, y consiste en una íntima penetración de las verdades divinas y de las que a este orden se pueden reducir y encaminar, porque el espíritu escudriña las cosas profundas de Dios, como el Apóstol dice[440].

Este mismo espíritu era necesario para entender y decir algo de los dones de sabiduría y entendimiento que tuvo la Emperatriz del cielo, María Señora Nuestra. El ímpetu del río que de la suma bondad estaba represado por tantos siglos eternos, alegró esta ciudad de Dios[441] con el corriente, que por medio del Unigénito del Padre y suyo, que habitó en Ella, derramó en su alma santísima, como si (a nuestro modo de entender) desaguara en este piélago de sabiduría el infinito mar de la Divinidad, al mismo punto que pudo llamar al Espíritu de sabiduría; y para que le llamase vino a Ella, para que la deprendiese sin ficción[442], y la comunicase sin envidia, como lo hizo; pues por medio de su sabiduría se manifestó al mundo la luz del Verbo eterno humanado. Conoció esta sapientísima Virgen la disposición del mundo, las condiciones de los elementos[443], el principio, medio y fin de los tiempos y sus mudanzas, los cursos de las estrellas, la naturaleza de los animales, las iras de las bestias fieras, la fuerza de los vientos, la complexión y pensamientos de los hombres, las virtudes de las plantas, yerbas, árboles, frutos y raices, lo escondido sobre el pensamiento de los hombres, los misterios y caminos retirados del Altísimo, todo lo conoció María Santísima, y lo gustó con el don de la sabiduría que bebió en su fuente original, y quedó hecha palabra de su pensamiento.

Allí recibió este vapor[444] de la virtud de Dios y esta emanación de su caridad sincera que la hizo inmaculada, y la reservó[445] de la mancha que coinquina al alma, y quedó espejo sin mancilla de la majestad de Dios. Alli participó el espíritu de inteligencia, que contiene la sabiduría, y es santo, único, multiplicado, sutil[446], agudo, discreto, móvil, limpio, cierto, suave, amador del bien y que nada le impide, bienhechor, humano, benigno, estable, seguro, que todas las virtudes comprende, todo lo alcanza, todo lo entiende con limpieza y delgadeza purísima con que toca a una y a otra parte. Todas estas condiciones que dice el Sabio del espíritu de sabiduría, única y perfectamente estuvieron en María Santísima después de su Unigénito Hijo; y con la sabiduría le vinieron juntos todos los bienes[447], y en todas sus operaciones le precedían estos altísimos dones de sabiduría y entendimiento, para que en todas las acciones de las otras virtudes fuese gobernada con ellos, y en todos estuviese embebida su incomparable sabiduría con que obraba.

De los demás dones está dicho algo en sus virtudes, adonde pertenecen; pero como todo cuanto podemos entender y decir, es tanto menos de lo que había en esta ciudad mística de María, siempre hallaremos mucho que decir. EI don de *consejo* se sigue en el orden de Isaías al de entendimiento, y consiste en una sobrenatural iluminación con que el Espíritu Santo toca al interior, iluminándole sobre toda humana y común inteligencia, porque elija todo lo más útil, decente y justo, y repruebe lo contrario, reduciendo a la voluntad con las reglas de la inmaculada ley divina a la unidad de un solo amor y conformidad de la perfecta voluntad del mismo bien; y con esta divina erudición deseche la criatura la multiplicidad y variedad de diversos afectos, y otros inferiores y externos amores y movimientos que pueden retardar o impedir al corazón humano, para que no oiga y siga

---

[440] 1ª Cor. II, 10.
[441] Ps. XLV, 5.
[442] Sap. VII, 13.
[443] Sap. VII, 17.
[444] Sap. VII, 25.
[445] Míst. “preservó de la...”
[446] Sap. VII, 22.
[447] Sap. VII, 11.

este divino impulso y consejo, ni llegue a conformarse con aquel ejemplar vivo de Cristo Señor Nuestro, que con altísimo consejo dijo al eterno Padre: No se haga mi voluntad sino la tuya[448].

El don de la *fortaleza* es una participación o influjo de la virtud divina que el Espíritu Santo comunica a la voluntad criada, porque felizmente animosa se levante sobre todo lo que puede y suele temer la humana flaqueza de las tentaciones, dolores, tribulaciones o adversidades; y sobrepujándolo y venciéndolo todo, adquieran y conserven[449] lo más árduo y excelente de las virtudes, y no sólo esto, pero trascienda, suba y traspase todas las virtudes, gracias, consolaciones internas y espirituales, revelaciones, amores sensibles, por muy nobles, excelentes que sean, todo lo deje atrás, y se extienda con un divino conato hasta llegar a conseguir la última e íntima y suprema unión del sumo bien, a que con deseos ardentísimos anhela; donde con verdad salga del fuerte la dulzura[450], habiéndolo vencido todo en el que la conforta[451]. El don de *ciencia* es una noticia judicativa con rectitud infalible de todo lo que se debe creer y obrar con las virtudes; y se diferencia del *consejo*, porque éste elige y aquélla juzga, el uno hace el juicio recto y el otro la prudente elección. Y el don de entendimiento se distingue, porque éste penetra las verdades divinas internas de la fe y virtudes, como con una simple inteligencia; y el don de la ciencia conoce con magisterio lo que de ellas se deduce, aplicándolas a las operaciones externas de las potencias a la perfección de la virtud[452], en la cuál el don de ciencia es como raíz y madre de la discreción.

El don de *piedad* es una virtud divina o influjo con que el Espíritu Santo ablanda, como derrite y liqueface la voluntad humana, moviéndola para todo lo que pertenece al obsequio del Altísimo y beneficio de los prójimos. Y con esta blandura y suave dulzura está pronta nuestra voluntad, y atenta la memoria para en todo tiempo y lugar y suceso alabar, bendecir y dar gracias y honor al sumo bien, y para tener compasión tierna y amorosa con las criaturas, sin faltarles en sus trabajos y necesidades. No se impide este don de piedad con la envidia, ni conoce odio, ni avaricia, ni tibieza, ni estrechez de corazón, porque causa en él una suave y fuerte inclinación con que sale dulce y amorosamente a todas las obras del divino amor y del prójimo, y a quien le tiene, le ha benévolo, obsequioso y oficioso, diligente. Y por eso dijo el Apóstol, que el ejercicio de la piedad era útil para todas las cosas[453], y tiene la promesa de la vida eterna; porque es un instrumento nobilísimo de la caridad.

En el último lugar está el don de *temor de Dios* tan alabado, encarecido y encomendado repetidamente en la Escritura divina[454] y por los santos doctores, como fundamento de la perfección cristiana y principio de la verdadera sabiduría; conque el temor de Dios es el primero que resiste a la estulticia arrogante de los hombres y el que con mayor fuerza la destruye y desvanece.Este don tan importante consiste en una amorosa fuga y nobilisima erubescencia y encogimiento con que el alma se retrae a sí misma y a su propia condición y bajeza, considerándola en comparación de la suprema grandeza y majestad de Dios; y no queriendo sentir de sí, ni saber altamente, como enseñó el Apóstol[455]. Tiene sus grados este temor santo, porque al principio se llama *inicial*, y después se llama *filial*; porque primero comienza huyendo de la culpa como contrario al sumo bien que ama con reverencia, y después prosigue en su abatimiento y desprecio, porque compara su propio ser con la majestad, su ignorancia con la sabiduría, su pobreza con la infinita opulencia. Y de todo esto hallándose rendida a la divina voluntad con plenitud, se humilla y rinde a todas las criaturas por Dios, y para con E1 y con ellas se mueve con un amor íntimo, llegando a la perfección de los hijos del mismo Dios y a la suprema unidad de espíritu con el Padre, Hijo y Espíritu Santo.

---

[448] Mat. XXVI, 39.
[449] Míst. “adquiera y conserve...”
[450] Iudic, XIV, 14.
[451] Phil. IV, 13.
[452] Míst. “aplicando las operaciones externas de las potencias a la perfección de la virtud,...”
[453] I Tim. IV, 8.
[454] Ps. II, XVIII, XXXIII, CX, CXVIII; Prov. IX, XIV, XV.
[455] Rom. XI, 21.

Si me dilatara más en la explicación de estos dones, saliera mucho de mi intento y alargara demasiado este discurso: lo que digo me parece suficiente para entender su naturaleza y condiciones. Y habiéndola entendido se debe considerar que en la soberana Reina del cielo estuvieron todos los dones del Espíritu Santo, no sólo en el grado suficiente y común que tienen en su género cada uno (porque esto puede ser común a otros santos), pero estuvieron en esta Señora con especial excelencia y privilegio, cual no pudo caber en otro santo alguno ni pudiera ser comunmente[456]. a otro inferior suyo. Entendido, pues, en qué consiste el *temor santo*, la *piedad*, la *fortaleza*, la *ciencia*, el *consejo*, en cuanto son dones del Espíritu Santo, extiéndase el juicio humano y el angélico entendimiento, y piense lo más alto, lo más loable, lo más excelente, lo más perfecto, lo más divino, que sobre lo que todos juntos conocieren, están los dones de María Santísima, y lo inferior de ellos es lo supremo del entendimiento criado, así como lo supremo de los dones de esta Señora, Reina, en algún modo, es lo ínfimo de Cristo y de la Divinidad[457].

[456] Míst. "ser conveniente..."
[457] Míst. "así como lo supremo de los dones de esta Señora y Reina de las virtudes toca (en algún modo) a lo ínfimo de Cristo y de la Divinidad." Lib II, cap. XIII.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOSEGUNDO

De los Angeles Santos que señaló el muy Alto para guarda de María Santísima.

En el tribunal de la voluntad divina, como en principio inescrutable y causa universal de todo lo criado, se decretan y determinan todas las cosas que han de ser, con sus condiciones y circunstancias, sin haber alguna que se olvide, ni tampoco que después de determinada, la pueda impedir otra potencia criada. Todos los orbes y los moradores que en ellos se contienen, dependen de este inefable gobierno, que a todos acude y concurre con las causas naturales, sin haber faltado ni poder faltar un punto a lo necesario. Todo lo hizo Dios y lo sustenta con solo su querer, y en él está el conservar el ser que dio a todas las cosas, o aniquilarlas volviéndolas al no ser de donde las dio existencia. Pero como las crió todas para su gloria y del Verbo humanado, así desde el principio de la creación fue disponiendo los caminos y abriendo las sendas por donde el mismo Verbo bajase a tomar carne humana y vivir con los hombres, y ellos subiesen a Dios, le conociesen le temiesen, le buscasen y le hallasen por amor para alabarle eternamente.

Admirable ha sido su nombre en la universidad de la tierra[458] y engrandecido en la plenitud y congregación de los santos con que ordenó y compuso pueblo aceptable, de quien el Verbo humanado fuese cabeza. Y cuando estaba todo en la última disposición en que Su Majestad lo quiso poner, y llegando el tiempo por la divina providencia determinado para criar la mujer más maravillosa y admirable que <ha> habido, vestida del sol[459] que apareció en el cielo, la que había de alegrar y enriquecer la tierra, decretó la Santísima Trinidad darle vasallos de su corte que la asistiesen, acompañasen y sirviesen del modo siguiente.

Ya se sabe, que para Dios no hay pretérito ni futuro, porque todo lo tiene presente en su mente divina infinita, y lo conoce con un acto simplicísimo, pero reduciéndolo a nuestros términos y modo limitado de entender, consideramos que Su Majestad miró a los decretos que tenía hechos de criar Madre conveniente y digna para que el Verbo se humanase, porque el cumplimiento de sus determinaciones es inevitable. Y llegando el tiempo decretado, las tres divinas Personas en sí mismas dijeron: Tiempo es ya que demos principio a la obra de nuestro beneplácito, y criemos aquella pura criatura y alma que ha de hallar gracia a nuestros ojos sobre todas las demás. Dotémosla de ricos dones, y depositemos en Ella sola los mayores tesoros de nuestra gracia. Y pues todo el resto de las demás que dimos el ser, nos han salido ingratas y rebeldes a nuestra voluntad opóniéndose a nuestro intento de que se conservasen en el primero y feliz estado en que criamos a los primeros hombres, y ellos le impidieron por su culpa, no es conveniente que quede en todo nuestra voluntad frustrada; criemos en toda santidad y perfección a esta criatura, en quien no tenga parte el desorden del primer pecado. Criemos una alma de nuestros deseos, un fruto de nuestros atributos, un prodigio de nuestro divino poder, sin que le ofenda la mácula del pecado ni le toque su contagio. Hagamos una obra que sea objeto de nuestra omnipotencia y muestra de la perfección que disponíamos para nuestros hijos, y el fin del dictarnen que tuvimos en la creación. Y pues han prevaricado todos en la voluntad libre y determinación del primer hombre[460], sea esta sola criatura en quien restauremos y ejecutemos lo que, desviándose de nuestro querer, ellos perdieron; sea única imagen y similitud de nuestra Divinidad, y sea en nuestra presencia por todas las eternidades complemento de nuestro beneplácito y agrado de nuestros afectos. Depositemos en Ella todos los privilegios y prerrogativas y gracias que en nuestra primera y condicionada voluntad destinábamos para los ángeles y los hombtes, si en el primer estado se conservaran. Y si ellos las perdieron, renovémoslas en esta criatura, y añadamos a estos dones otros muchos, y no quedará en todo

[458] Ps. VIII. 2; Tit. II, 14.
[459] Apoc. XII, 1.
[460] Rom. V, 12.

frustrado el decreto que tuvimos, antes mejorado en esta nuestra electa y única[461]. Y pues determinamos lo más santo y prevenimos lo mejor y más perfecto para las criaturas, y ellas lo perdieron, encaminemos el corriente de nuestra bondad para nuestra amada, y saquémosla de la ley ordinaria, de la formación de todos los mortales, para que en ella no tenga parte la semilla de la serpiente. Yo quiero descender del cielo a sus entrañas y en ellas vestirme con su misma sustancia de la naturaleza humana[462]. Y justo es y debido que la Divinidad de bondad infinita se deposite y encubra en materia purísima y limpia y nunca manchada con la culpa. Ni a nuestra equidad y providencia conviene omitir lo más decente, perfecto y santo, por lo que es menos, pues nuestra voluntad no tiene resistencia[463]. El Verbo, que se ha de humanar, siendo redentor y maestro de los hombres, ha de fundar la ley perfectísima de la gracia y enseñar en ella a obedecer y honrar al padre y a la madre[464], como a causas segundas de su ser natural. Esta ley se ha de ejecutar primero honrando el Verbo divino a la que ha elegido para Madre suya, honrándola y dignificándola con brazo poderoso, y previniéndola con lo más admirable, santo y lo más excelente de todas las gracias y dones; y entre ellos será el beneficio y la honra más singular, no sujetarla a nuestros enemigos ni su malicia, y así ha de ser libre de la muerte de la culpa.

En 1a tierra ha de tener el Verbo madre sin padre, como en el cielo padre sin madre. Y para que haya debida proporción y consonancia llamando a Dios padre y a esta Mujer madre, queremos que sea tal que se guarde la correspondencia e igualdad posible entre Dios y la criatura, para que en ningún tiempo el dragón pueda gloriarse fue superior a la mujer a quien obedeció Dios como a verdadera madre. Esta dignidad de ser libre de culpa es debida y correspondiente a la de ser Madre del Verbo, y para Ella por sí misma más estimable y provechosa, pues mayor bien es ser santa que ser madre sola[465] pero al ser Madre de Dios le conviene toda santidad. Y la carne humana, de quien ha de tomar forma, ha de estar segregada del pecado, y habiendo de redimir en ella a los pecadores, no ha de redimir a su misma carne como a los demás, pues unida Ella a la Divinidad ha de ser Redentora[466], y por esto de antemano ha de ser preservada, pues ya tenemos previstos y aceptados los infinitos merecimientos del Verbo en esa misma carne y naturaleza. Y queremos que por todas las eternidades sea glorificado el Verbo encarnado por su tabernáculo y gloriosa habitación de la humanidad que recibió.

Hija ha de ser del primer hombre, pero en cuanto a 1a gracia ha de ser singular y libre y exenta de su culpa, y en cuanto a lo natural ha de ser perfectísima y formada con especial providencia. Y porque el Verbo humanado ha de ser maestro de toda humildad y santidad, y para este fin son medios convenientes los trabajos que ha de padecer, confundiendo la vanidad y falacia engañosa de los mortales, y para Sí ha elegido esta herencia de las tribulaciones por el tesoro más estimable en nuestros ojos, queremos que también le toque esta parte a la que ha de ser Madre suya, y que sea única y singular en la paciencia, admirable en el sufrir, y que con su Unigénito ofrezca sacrificio de dolor aceptable a nuestra voluntad y de mayor gloria para Ella y exaltación de nuestro nombre.

---

[461] Cant. VI, 8.

[462] Después de las palabras de la SS. Trinidad, introduce la Ven. repentinamente al Verbo hablando, cambio que con frecuencia hace en todas sus obras nuestra Escritora. Pero este es precisamente según S. Jerónimo (in c 2 Nahum) el estilo de los Profetas y llenas están las Sagradas Escrituras de tales pasajes repentinos. En el texto v. gr. de Isaías, (LI, 5.) "Prope est Justus meus egressus est Salvator meus... Me insulae expectabunt", al principio habla el Eterno Padre, y después, sin transición, el Divino Hijo.

[463] Est. XIII, 9. – Rom. IX. 19.

[464] Mat. XV. 4.

[465] Esto es conforme a la respuesta que dio Cristo a la mujer que gritaba: *Beatus venter qui Te portavit*... a saber, *Quinimmo beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud* (Luc. XI, 27, 28) Por lo cual S. Justino m. (q. 136 ad Ort.) y Suárez (in 3. p. D. Th. q. 21. t. 2. disp. 1, s. 2) dijeron: "*Beatam Virginem beatiorem esse praedicandam ob virtutem quam habuit, propter quam meruerit esse Mater Dei, quam ob ipsam Matris Dei dignitatem*." Y así sintieron S. Juan Crisóstomo (in Luc.), el Ven. Beda (1. 4. c. 49, in Luc XI) y algunos otros Padres.

[466] Razón sublime para probar que la Santísima Virgen debía ser concebida sin pecado. *Caro Christi, caro Mariae*, dicen San Agustín (de Ass. B. M. V.); y de aquí concluye Arnaldo de Chartres (de Laud. Virg.) "Una est Mariae at Christi caro: atque adeo Filii gloriam cum Matre non tam communem judico, quam eamdem."

Este fue el decreto que las tres divinas Personas manifestaron a los santos ángeles, exaltando la gloria y veneración de sus altísimos e investigables juicios. Y como su Divinidad es espejo voluntario, que sobre la visión beatífica manifiesta (cuando es servido) nuevos misterios a los bienaventurados, hizo esta manifestación nueva de su grandeza, en que viesen[467] con el orden admirable y armonia tan consonante de sus obras. Y todo fue consiguiente a lo que dije que hizo el Altísimo en la creación de los ángeles, cuando les propuso habían de reverenciar y conocer por superior al Verbo humanado y a su Madre Santísima, porque, llegado ya el tiempo destinado para la formación de esta Reina, convenía no lo ocultase el Señor que todo lo dispone en medida y peso[468]. Fuerza es que con términos humanos y tan limitados, como los que yo alcanzo, se oscurezca la inteligencia que el Altísimo me ha dado de tan ocultos misterios, pero con mi limitación diré lo que pudiere de lo que manifestó el mismo Señor a los ángeles en esta ocasión.

Ya es llegado el tiempo (añadió Su Majestad) determinado por nuestra providencia para sacar a luz la criatura más grata y acepta a nuestros ojos, la restauradora de la primera culpa del linaje humano, la que al dragón ha de quebrantar la cabeza[469], la que señaló aquella singular mujer que por señal grande[470] apareció en nuestra presencia, y la que vestirá de carne humana al Verbo eterno. Ya se acercó la hora tan dichosa para los mortales, para franquearles los tesoros de nuestra Divinidad y hacerles con esto patentes las puertas del cielo. Deténgase ya el rigor de nuestra justicia en los castigos que hasta ahora ha ejecutado en los hombres y conózcase el de nuestra misericordia, enriqueciendo a las criaturas, mereciéndoles el Verbo humanado las riquezas de la gracia y gloria eterna.

Tenga ya el linaje humano reparador, maestro, medianero, hermano y amigo, que sea vida para los muertos, salud para los enfermos, consuelo para los tristes, refrigerio para los afligidos, descanso y compañero para los atribulados. Cúmplanse las profecías de nuestros siervos y las promesas que les hicimos de enviarles salvador que los redimiese, y para que todo se ejecute a nuestro beneplácito y demos principio al sacramento escondido[471].

Ya sabéis cómo la antigua serpiente, después de la señal que vio de esta maravillosa mujer, las anda rodeando a todas y desde la primera que criamos, persigue con astucia y acechanzas a las que conoce más y perfectas en vida y obras, pretendiendo topar entre todas a la que ha de hollar y quebrantar su cabeza[472]. Y cuando la conociere tan santa y perfecta como procederá, pondrá la antigua serpiente todo su esfuerzo en perseguirla, según el concepto que de Ella hiciere[473]. La soberbia de este dragón será mayor que su fortaleza[474], pero nuestra voluntad es que de esta nuestra ciudad santa y tabernáculo del Verbo humanado tengáis especial cuidado y protección para guardarla, asistirla y defenderla de nuestros enemigos, y para iluminarla, confortarla y consolarla con digno cuidado y reverencia mientras fuere viadora entre los mortales.

A esta proposición que hizo el Altísimo a los santos ángeles, todos con humildad profunda, como postrados ante el real trono de la Santísima Trinidad, se mostraron rendidos y prontos a su divino mandato. Y cada cual con santa emulación deseaba ser enviado y se ofrecían a tan feliz ministerio, y todos hicieron al Altísimo himnos de alabanza y cantar nuevo, porque llegaba ya 1a hora en que veían el cumplimiento de lo que con ardentísimos deseos habían suplicado por muchos siglos. Porque en grandes súplicas repetidas perseveraron hasta la hora que les manifestó Dios el

[467] Míst. “viesen el orden...”
[468] Sap. XI, 21.
[469] Gén. III, 15.
[470] Apoc. XII, 1.
[471] Míst. “redimiese. Y para que... al sacramento escondido, desde la constitución del mundo, elegimos para la formación de María nuestra querida el vientre de nuestra sierva Ana, para que en él sea concebida y sea criada su alma dichosísima. Y aunque su generación y formación han de ser por el común orden de la natural propagación, pero con diferente orden de gracia, según la disposición de nuestro inmenso poder.
[472] Gén. III. 15.
[473] Míst. “Y cuando atento a esta purísima e inculpable criatura, la reconociere tan santa, pondrá todo su esfuerzo en... hiciere”.
[474] Is. XVI. 6.

cumplimiento de sus deseos y operaciones por la salud de los mortales, que fue desde que los malos cayeron y los buenos fueron confirmados en gracia[475].

Por esta razón los espíritus celestiales, con la encarnación del Verbo y la nueva de ella que antes les dieron y revelación de este misterio, recibieron nuevo júbilo y gloria accidental, y dijeron al Señor: Altisimo e incomprensible Dios y Señor Nuestro, digno eres de toda reverencia, alabanza y gloria eterna, y nosotros somos tus criaturas criadas por tu divina voluntad. Envíanos, Señor poderosísimo, a la ejecución de tus maravillosas obras y misterios, porque en todos y en todo se cumpla tu justísimo beneplácito. Con estos afectos se reconocían los celestiales príncipes por inferiores para asistir a la que había de ser Madre de su Criador, y, si posible fuera, deseaban ser más puros y perfectos para ser dignos de guardarla y servirla.

Determinó el Altísimo y señaló luego quienes habían de ocuparse en tan alto ministerio, y de los nueve coros eligió de cada uno ciento, que son novecientos; y luego señaló otros doce, para que más de ordinario la asistiesen en forma corporal y visible, y tenían señales o divisas de la Redención, y éstos son los doce del Capítulo 21 del Apocalipsis[476], que guardaban las puertas de la ciudad; y después de éstos señaló el Altísimo otros diez y ocho ángeles de 1os más superiores para que subiesen y descendiesen por esta escala mística de Jacob con embajadas de la Reina a Su Alteza y del mismo Señor a Ella, porque muchas veces los enviaba al eterno Padre para ser gobernada en todas sus acciones por el Espíritu Santo, pues ninguna hizo sin su divino beneplácito, y aun en las cosas pequeñas le procuraba saber. Y cuando con especial ilustración no era enseñada, enviaba con estos santos ángeles a representar al Señor su duda y deseo de hacer lo más agradable a su voluntad santísima y saber qué la mandaba.

Sobre todos estos santos ángeles señaló y nombró el Altísimo otros setenta serafines de los más supremos y allegados al trono de la Divinidad, para que confiriesen con la Princesa del cielo y la comunicasen por el mismo modo que ellos entre sí comunican y hablan, y los superiores comunican[477] a los inferiores. Este beneficio le fue concedido a la Madre de Dios (aunque superior en la dignidad y gracia a todos los serafines), porque era viadora y en naturaleza era inferior. Y cuando alguna vez se le ausentaba el Señor o se le escondía (como lo hizo cuando se le perdió por tres días en el templo, y otras porque Su Majestad quería acrecentar su corona y merecimiento, y por deleitarse en los afectos de su amor) estos setenta serafines la ilustraban y consolaban, y con ellos confería las ansias de su ardentísimo amor por el tesoro escondido. El número de setenta tuvo correspondencia a los años de su vida santísima, porque fueron no sesenta, sino setenta, y en este número se encierran aquellos sesenta fuertes que en el Capítulo 3 de los Cantares[478] se dice guardaban el tálamo o lecho de Salomón, escogidos de los más valientes de Israel, ejercitados en la guerra, con espadas ceñidas por los temores de la noche[479].

Estos príncipes y capitanes esforzados fueron señalados para guarda de la Reina del cielo entre los más supremos de los órdenes jerárquicos, porque en aquella antigua batalla que hubo en el cielo entre los espíritus humildes contra el soberbio dragón, fueron como señalados y armados caballeros por el supremo Rey de todo lo criado, porque con la espada de su virtud y palabra divina[480] peleasen y venciesen a Lucifer con todos los apóstatas que le siguieron. Y porque en esta gran pelea y victoria se aventajaron estos supremos serafines en el celo de la honra del Altísimo, como capitanes esforzados y diestros en el amo divino, y estas armas de <la> gracia les fueron dadas por virtud de los merecimientos provistos del Verbo humanado, cuya honra, como de su cabeza y señor,

---

[475] En la Mística varía bastante este último párrafo.
[476] v. 12.
[477] En "Místic. C. de Dios" dice la Ven. con más exactitud teológica: "y los superiores iluminan a los inferiores."
[478] v. 7.
[479] Siempre se ha creído piadosamente que la Santísima Virgen fue asistida de gran número de ángeles. San Bernardino de Sena escribe (in Biblioth.) "Assistebant illi (Mariae) innumerabiles multitudines Angelorum in ejus protectionem: pie enim creditur quod plurimas legiones Angelorum habuit ad custodiam et protectionem suma, cum et Eliseus, ut legitur (IV Reg. VI), Angelorum multitudinem habuerit ad sui defensionem."
[480] Eph. VI, 17.

defendieron, y con ella juntamente la de su Madre Santísima, por esto dice que guardaban el tálamo de Salomón, y le hacían escolta, y que tenían ceñidas sus espadas en aquella parte que significa la humana generación, y en ella la humanidad de Cristo Señor Nuestro concebida en el tálamo virginal de María Santísima de su purísima sangre y sustancia.

Los otros diez serafines que restan para cumplir el número de setenta, fueron también de los superiores de aquel primero orden que contra la antigua serpiente manifestaron más reverencia de la Divinidad y humanidad del Verbo y de su Madre Santísima, que como fueron los que les mandó el Todopoderoso, que reverenciasen y admitiesen por superiores y al Verbo humanado por cabeza, así como los malos ángeles desobedecieron y no quisieron admitir este precepto, entre los buenos algunos se señalaron el afecto de su Capitán y Cabeza y de la que había de ser su Madre; pues estos diez serafines fueron de estos[481]; y para todo esto hubo lugar en aquel breve conflicto de la guerra de los ángeles. Y a los principales caudillos que allí hubo, se les dio, como por especial honra, que lo fuesen también de los que guardaban a su Reina y Señora. Y todos ellos juntos hacen número de mil ángeles entre serafines y los demás de las órdenes inferiores, con que la ciudad de Dios quedaba superabundantemente guarnecida contra los ejércitos infernales.

Y para disponer mejor este invencible escuadrón, fue señalado por cabeza el príncipe de la milicia celestial San Miguel, que si bien no asistía siempre con la Reina, muchas veces se le manifestaba: y el Altísimo le destino para que en algunos misterios, como embajador especial de Cristo Señor Nuestro, atendiese a la guarda de su Madre Santísima. Fue asimismo señalado el Santo Príncipe Gabriel, para que el Eterno Padre descendiese a las legacías y ministerios que tocasen a la Princesa del cielo. Esto fue lo que ordenó la Santísima Trinidad para su ordinaria defensa y custodia.

Todo este nombramiento fue gracia del Altísimo; pero tuve inteligencia que guardó en él algún orden de justicia distributiva, porque su equidad y providencia tuvo atención a las obras y voluntad con que los santos ángeles admitieron los preciosísimos misterios que en el principio les fue<ron> mostrados y revelados de la encarnación del Verbo y de su Madre Santísima, porque en obsequio de la divina voluntad unos se movieron con diferentes afectos e inclinaciones que otros a los sacramentos que se les propusieron: y no en todos fue una misma la gracia y la voluntad ni sus afectos, antes unos se inclinaron con especial devoción conociendo la unión de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo, encubierta en los términos de un cuerpo humano y levantada a ser cabeza de todo lo criado, otros con este afecto se movían de admiración de que el Unigénito del Padre se hiciese pasible y tuviese tanto amor a los hombres que se ofreciese a morir por ellos, otros se señalaban en la alabanza de que hubiese de criar una alma y cuerpo de tan suprema excelencia que fuese sobre todos los espíritus celestiales, y de ella tomase carne humana el Criador de todos. Según estos movimientos, en su correspondencia y como en premio accidental, fueron señalados los santos ángeles para los ministerios de Cristo y de su purísima Madre, como serán premiados los que en esta vida se señalan en alguna virtud, como los doctores y vírgenes en sus lauréolas.

Por esta correspondencia, cuando a la Madre de Dios se le manifestaban corporalmente (como luego diré), descubrían unas divisas y veneras que lo representaban, unos de la Encarnación, otros de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, otros de la misma Reina y de su grandeza y dignidad, aunque no la conoció luego que principiaron a manifestársele, porque el Altísimo mandó a todos estos santos ángeles que no la declarasen había de ser Madre de Dios hasta el tiempo destinado por su divina sabiduría, pero que siempre tratasen con Ella de estos sacramentos y misterios de la Encarnación y Redención humana para fervorizarla y moverla a sus peticiones[482].

[481] Desde “que como fueron” hasta “fueron de estos” se omite en la Míst.”
[482] “Míst. C. de Dios,” lib. I, c. XIV.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOTERCIO

De las divisas de estos Angeles y cómo se le mostraban a María Santísima.

Ya queda dicho, que los santos ángeles de guarda de la Reina del cielo eran mil, como en las demás personas particulares es uno el que las guarda. Pero según la dignidad de María Santísima debemos entender que sus mil ángeles la guardaban y asistían con más vigilancia que cualquiera ángel guarda al alma encomendada.Y fuera de estos, que eran de la custodia ordinaria y más continua, la servían en diversas ocasiones otros muchos ángeles, en especial después que concibió en sus entrañas al Verbo divino. También he dicho en el parágrafo antecedente que el Altísimo hizo este nombramiento de los mil ángeles en el principio de la creación de todos y justificación de los buenos y caída de los malos, cuando después del objeto de la Divinidad que les propuso como a viadores, les fue propuesta y manifestada la humanidad santísima que había de tomar el Verbo, y a su Madre purísima, a quienes habían de reconocer por superiores.

En esta ocasión, cuando los apóstatas fueron castigados y los buenos premiados, guardando el Señor la debida proporción en su justísima equidad, dije que en el premio accidental hubo alguna diversidad entre los santos ángeles, según los afectos diferentes que tuvieron a los misterios del Verbo humanado y de su Madre, que por su orden fueron conociendo antes y después de la caída de los malos ángeles. Y a este premio accidental se reduce haberlos elegido para asistir y servir a María Santísima y al Verbo humanado, y el modo de manifestarse en la <forma[483]> que tomaban cuando se aparecían visibles a la Reina y la servían. Esto declararé ahora, confesando mi incapacidad, porque es dificultoso reducir a razones y términos de cosas materiales las perfecciones y operaciones de espíritus inteligibles[484] y tan levantados. Pero diré algo, porque fue una de las particulares ocupaciones que tuvo María Santísima, siendo viadora, la comunicación con los ángeles. Suponiendo, pues, lo que he dicho de los órdenes, jerarquías y diferencias de estos mil ángeles, diré aquí de la forma que a su Reina se le aparecían corporalmente, remitiendo las apariciones intelectuales <e> imaginarias para otro parágrafo de adelante.

900. Los novecientos ángeles que fueron electos de los nueve coros, ciento de cada uno, fueron entresacados de aquellos que se inclinaron más a la estimación y amor <y> admirable reverencia de María Santísima. Y cuando se le aparecían visibles, tenían forma de un mancebo de poca edad, pero de extremada hermosura y agrado. El cuerpo manifestaba poco de terreno, porque era purísimo y como un cristal animado y bañado de gloria, con que remedaban a los cuerpos gloriosos y refulgentes; con la belleza juntaban extremada gravedad, compostura y amable severidad. El vestido era rozagante y como si fuera todo resplandor, semejante a un lucidísimo y brillante oro esmaltado o entrepuesto con matices de finísimos colores, con que hacían una admirable y hermosísima variedad para la vista, si bien parecía que todo aquel ornato y forma visible no era proporcionada al tacto material, ni se pudiera asir con la mano, aunque se dejaba ver y percibir[485], como el resplandor del sol que, manifestando los átomos, entra por una ventana, siendo incomparablemente más hermoso y más vistoso el de los ángeles.

Junto con esto traían en las cabezas unas coronas de vivísimas y finísimas flores, que despedían suavísima fragancia de olores no terrenos; y en las manos tenían unas palmas tejidas de variedad y hermosura, significando las virtudes y coronas que María Santísima había de obrar y conseguir en tanta santidad y gloria: todo lo cual estaban como ofreciéndoselo de antemano disimuladamente.

---

[483] Míst. “forma.”
[484] Míst. “intelectuales.”
[485] Esto debía suceder, escribe el P. Serafín, como a nosotros con el arco iris. Nuestra vista percibe toda la belleza del arco iris y todos los matices de sus diferentes colores; pero toda esta admirable variedad y belleza que hieren el ojo, están fuera de la percepción del tacto, y la mano nada puee distinguir.

En el pecho traían cierta divisa y señal, que la entenderemos al modo de las divisas o hábitos de las Ordenes militares, pero tenía una cifra que decía: *María Madre de Dios*; y era para aquellos santos príncipes de mucha gloria, adorno y hermosura; mas a la reina María no le fue manifestada esta divisa hasta el tiempo que concibió al divino Verbo. Era esta cifra admirable para la vista por el extremado resplandor que despedía, señalándose entre el refulgente adorno de los ángeles. Variaba también los visos y brillantes, significando por ellos la diferencia de misterios y excelencias que se encierran en esta ciudad santa de Dios. Contenía el más soberano renombre y más supremo título y dignidad, que pudo caber en pura criatura, *María Madre de Dios*; porque con él honraban más a su Reina y nuestra, y ellos también quedaban honrados, como señalados por suyos, y premíados como quien más se adelantó en la devoción y veneración que tuvieron a la que había de ser Madre del Altísimo.

Los efectos que hacían estos santos príncipes y su ornato en María Santísima Señora Nuestra, nadie podría (fuera de Ella misma) explicarlos. Manifestábanle maravillosamente la grandeza de Dios y sus atributos, los beneficios que había hecho y hacía con Ella en haberla criado y elegido y enriquecido con tantos dones y tesoros del cielo, con que la movían e inflarnaban en grandes incendios del divino amor y alabanza; y todo iba creciendo en la edad y sucesos, y en llegando la Encarnación del Verbo se desplegaron mucho más, porque le explicaron la misteriosa cifra del pecho oculta hasta entonces para Su Alteza. Y con esta declaración y lo que en aquella dulcísima cifra se le dio a entender de su dignidad y obligación a Dios, no se puede dignamente encarecer qué fuego de amor y qué humildad tan profunda y afectos tan tiernos se despertaban en aquel cándido corazón de María Santísima, reconociéndose desigual y no digna de tan inefable sacramento y dignidad de Madre de Dios.

70. Los setenta serafines de los más allegados que asistían a la Reina, fueron de los que más se adelantaron en la[486] admiración y unión de las naturalezas en la persona del Verbo hipostáticamente, porque como más allegados a Dios por la noticia y afecto, desearon señaladamente que se obrase este misterío en las entrañas de una mujer, y a este particular y señalado afecto les correspondió su premio de gloria esencial y accidental. Y a esta última de que voy hablando, pertenece el asistir a María Santísima y a los misterios que en Ella se obraban. Y cuando estos setenta serafinies se le manifestaban visibles, los veía María Santísima en la misma forma que imaginariamente los vio Isaías con seis alas; con las dos cubrían la cabeza, significando con esta acción humilde la oscuridad de sus entendimientos para alcanzar el misterio[487] de que servían, y que postrados ante la grandeza de su autor los creían y entendían con velo de la oculta noticia que se les daba[488], y por ella engrandecían y alababan eternamente los incomprensibles y santos juicios del Señor Altísimo. Con otras dos alas cubrían los pies, significando que siendo tan levantados serafines no podían dar paso en comparación de María Santísima y de su dignidad y excelencia.

Con las dos alas del pecho volaban o las extendían, dando a entender también dos cosas; la una el incesante movimiento y vuelo del amor de Dios, de su alabanza y profunda reverencia que le daban; y otra era que descubrían a María Santísima lo interior del pecho, donde en el ser y obrar, como en espejo purísimo, reverberaban los rayos de la Divinidad, mientras que siendo viadora no era posible ni conveniente que se le manifestase tan continuamente en sí mismo. Y por esto ordenó la Beatísima Trinidad, que su Hija y Esposa tuviese a los serafines, que son las criaturas más inmediatas a Dios, para que como en imagen viva viese copiado esta gran Señora lo que no podía ver siempre en su original.

Por este modo gozaba la divina Esposa del retrato de su amado en la ausencia de viadora, enardecida toda en la llama de su amor santo con la vista y conferencias que tenía de estos abrasados y supremos serafines. Y el modo de comunicar con ellos, a más de lo sensible, era el mismo que ellos guardan entre sí mismos, ilustrando los superiores a los inferiores en su orden,

---

[486] Míst. “devoción y admiración de la unión...”
[487] Míst. “el misterio y sacramento a que servían...”
[488] Véase la nota XXVII a la 1ª parte de la “Míst. C. de Dios.”

como otras veces he dicho. Porque si bien la Reina del cielo era superior y mayor que todos en la dignidad y gracia, pero en la naturaleza (como dice David[489]), el hombre fue hecho menor que los ángeles; y el orden común de iluminar y recibir estas influencias divinas sigue a la naturaleza y no a la gracia.

12. Los otros doce ángeles, que son los de las doce puertas de que San Juan habla en el Apocalipsis, capítulo 21 [490], se adelantaron en el afecto y alabanza de ver que Dios se humanase a ser maestro y conversar con los hombres, y después redimirlos y abrirles las puertas del cielo con sus merecimientos, siendo coadjutora de este admirable sacramento su Santísima Madre. Atendieron señaladamente estos ángeles santos a estas obras y los caminos que Dios había de enseñar para que los hombres fuesen a la vida eterna, significados en las doce puertas que corresponden a los doce tribus. El retorno de esta singular devoción fue señalar Dios a estos santos ángeles por testigos y como secretarios de los misterios de la Redención, y que cooperasen con la misma Reina en el privilegio de ser madre de misericordia y medianera de los que a Ella acudiesen a buscar su salvación. Y por esto se servía la Reina de estos doce ángeles para que ilustren, alumbren, defiendan y amparen a sus devotos en las aflicciones que tuvieren, y en especial para salir de pecado, cuando María Santísima y ellos son llamados e invocados con afecto devoto.

Estos doce ángeles se le aparecían a la Reina corporalmente, como los primeros que dije, salvo que llevaban muchas coronas y palmas conservadas[491] para los hijos afectuosos de esta Reina y Señora. Servíanla, dándole singularmente a conocer la piedad del Señor con el linaje humano para perdonarlos y enriquecerlos, y movíanla a que se lo suplicase y le alabase por su magna misericordia para con los míseros. Y en cumplimiento de esto los enviaba la divina Reina y Señora con estas súplicas y peticiones al excelso trono del Eterno Padre; y también a que inspirasen y socorriesen a los devotos que la invocaban, o Ella quería remediar o favorecer, como sucedió con los santos apóstoles, a quienes por ministerio de los ángeles favorecía en los trabajos de la primitiva Iglesia; y hasta hoy en el cielo ejercen los ángeles este mismo oficio en el cielo asistiendo a los devotos de su Reina y nuestra.

18. Los diez y ocho ángeles restantes para el número de mil, fueron los que se señalaron en el afecto de los trabajos del Verbo humanado; y por esto fue grande su premio de gloria. Aparecíanse a María Santísima con rara hermosura y admiración de Su Alteza, porque llevaban por adorno muchas divisas de la Pasión y otros misterios de la Redención; y especialmente tenían una cruz en el pecho y otra en el brazo, ambas de singular hermosura y resplandor. Y la vista de tan peregrino hábito despertaba en la Reina más tierna memoria y afectos en diversos tiempos de los misterios de la Redención y rescate de los hombres. Servíase de estos santos ángeles para enviarlos muchas veces a su Hijo Santísimo con embajadas y peticiones.

Debajo de estas formas y divisas he declarado algo de las perfecciones y operaciones de estos espíritus celestiales, pero muy limitadamente para lo que en sí contienen, porque son unos invisibles rayos de la Divinidad, prestísimos en sus movimientos y operaciones, en su virtud perfectísimos, en su entender sin engaño, inmutables en su condición y voluntad; lo que una vez aprenden, nunca lo olvidan ni pierden de vista. Están ya llenos de gracia y gloria sin peligro de perderla, y porque son incorpóreos e invisibles, cuando el Altísimo quiere hacer beneficio a los hombres de que los vean, toman cuerpo aéreo y aparente, y proporcionando al sentido y al fin para que le toman, se manifiestan según es la voluntad del Poderoso.

Todos estos mil ángeles de la guarda de la reina María eran de los superiores en sus órdenes y coros adonde pertenecen, y esta superioridad es principalmente en gracia y gloria. Asistieron a la custodia de esta Señora, sin faltar un punto en su vida santísima; y ahora en el cielo tienen gozo especial y accidental de su vista y compañía; y aunque algunos de ellos señaladamente son enviados

[489] Ps. VIII, 6.
[490] V. 12.
[491] Míst. "palmas como reservadas..."

poe su voluntad, pero todos mil sirven también para este ministerio en algunas ocasiones, según la divina voluntad[492].

PARÁGRAFO VIGÉSIMOCUARTO

Visión de la divina esencia que María Santísimatenía de paso.

La primera y sobreexcelente fue la visión beatífica de la esencia divina, que vio la Reina del cielo algunas veces siendo viadora de paso. De otros santos dudan algunos doctores, si en la carne mortal han llegado a ver la divina esencia clara e intuitivamente, pero dejando las opiniones de otros, no la puede haber de la Reina del cielo, a quien se hiciera injuria en medirla con la regla común de los otros santos. Muchos más favores y gracias, de los que en ellos eran posibles, se ejecutaron en la Madre de la gracia, y por lo menos la visión beatífica es posible de paso (sea por el modo que fuere) en los viadores.

La primera disposición en el alma que ha de ver la cara de Dios, es la gracia justificante en grado muy perfecto y no ordinario. La que tenía el alma santísima de María, desde el primer instante fue superabundante y con tal plenitud, que excedía a la de los serafines supremos. A la gracia justificante ha de acompañar para ver a Dios gran pureza en las potencias, sin haber en ellas reliquias ni afecto alguno de la culpa, y como en vaso que hubiese recibido algún licor inmundo, sería necesario lavarle, purificarle y limpiarle hasta que no le quedase olor ni reliquia de él, para que no se mezclase con otro licor purísimo que se hubiese de poner en el mismo vaso, así del pecado y sus efectos y (más de los actuales) queda el alma como inficionada y contaminada. Y porque todos estos efectos la improporcionan con la suma bondad, es necesario que para unirse con ella por visión clara y amor beatífico, sea primero lavada y purificada de suerte que no le quede remanente, ni olor, ni sabor de pecado, ni hábito vicioso, ni inclinación adquirida por ellos. Y no sólo se entiende esto de los efectos y máculas que dejan los pecados mortales, sino también de los veniales que causan en el alma justa su particular fealdad, como si (a nuestro modo) a un cristal purísimo le tocase el aliento, que le entrapa y oscurece: y todo esto se ha de purificar y reparar para ver a Dios claramente.

Además de esta pureza que es como negación de mácula, si la naturaleza del que ha de ver a Dios beatíficamente, está corrupta por el primero pecado, es menester cauterizarla del fomes, de suerte que para este supremo beneficio <quede> extincto y ligado, como si no le tuviese la criatura; porque entonces no ha de tener principio ni causa próxima que la incline al pecado ni a imperfección alguna; porque ha de quedar como imposibilitado el libre albedrío para todo lo que repugna a la verdadera santidad y suma bondad: y de aquí y de lo que diré adelante se entenderá la dificultad de esta visión[493], viviendo el alma en carne mortal. Y que se ha de conceder este altísimo beneficio con mucho tiento y no sin grandes causas y con mucho acuerdo, la razón que yo entiendo es, porque la criatura sujeta a pecado tiene dos improporciones y distancias inmensas comparada con la divina naturaleza; la una consiste en que Dios es invisible e infinito, acto purísimo y simplicísimo, y la criatura terrena, corpórea y corruptible, grosera: la otra es la que causa el pecado, que dista sin medida de la suma bondad, y ésta es mayor improporción que la primera, y su distancia más longincua; pero entrambas se han de quitar para unirse estos extremos tan distantes, llegando la

[492] M. C. de D., lib. 1º, cap. XXIII.
[493] Míst. "esta disposición."

criatura a juntarse en el supremo modo con la Divinidad y asimilarse al mismo Dios, viéndole y gozándole como El es[494].

Toda esta disposición de pureza y limpieza de culpa o imperfección tenía la Reina del cielo en más alto grado que los mismos ángeles, porque ni le tocó el pecado original ni actual ni los efectos de ninguno de ellos; más pudo en Ella la divina gracia y protección para esto, que en los ángeles la naturaleza suya, por donde estaban libres de contraer estos defectos, y por esta parte no tenía María Santísima improporción ni óbice de culpa que la retardase para ver la Divinidad. Por otra parte, a más de ser inmaculada, su gracia en el primer instante de su ser sobreexcedía a la de todos 1os ángeles y santos, y sus merecimientos eran con proporción a la gracia, porque con el primer acto mereció más que todos con los supremos y últimos, que hicieron para llegar a la visión beatífica de que gozan. Conforme a esto, si con los demás santos es justicia diferir el premio que merecen de gloria hasta que llegue el término de la vida mortal, y con él también el de merecerla, no parecerá contra justicia que con María Santísima no se entienda tan rigurosamente esta ley, y que con EIla tenga el altísimo Gobernador otra providencia y la tuviese mientras vivía en carne mortal. No sufría tanta dilación el amor de la beatísima Trinidad para con esta Señora, sin manifestársele muchas veces, pues lo merecía sobre todos los ángeles, serafines y santos, que con menos gracia y merecimientos habían de gozar del sumo bien. Fuera de esta razón había otra de congruencia para manifestarse la Divinidad claramente a María Santísima, y es por ser elegida para Madre del mismo Dios, para que conociese con experiencia y fruición el tesoro de la Divinidad infinita, a quien había de vestir de carne mortal y traer en sus virginales entrañas, y que después tratase a su Hijo Santísimo como a Dios verdadero, de cuya vista había gozado.

Pero con toda la pureza y limpieza que hasta ahora he dicho, y añadiéndole al alma la gracia que la santifica, no está proporcionada ni dispuesta para la visión beatífica, porque le faltan otras disposiciones y efectos divinos que recibía la Reina del cielo cuando gozaba de este beneficio; y con mayor razón las ha menester cualquiera otra alma si le hubiese de recibir en carne mortal. Estando, pues, purificada y limpia el alma y santificada, como he dicho, le da el Altísimo un retoque como con un fuego espiritualísimo, que la caldea y acrisola como el oro en el fuego material, al modo que los serafines purificaron a Isaías[495]. Este beneficio hace dos efectos en el alma: el uno, que la espiritualiza y separa en ella (a nuestro modo de entender) la escoria y terrenidad de su propio ser y de la unión terrena de su cuerpo material; el otro, que llena a toda el alma de una nueva luz que destierra no sé qué obscuridad y tinieblas, como la luz del alba expele a las de la noche, y esta nueva luz se queda en posesión, y la deja clarificada y llena de nuevos resplandores. A este fuego y a esta luz se siguen otros efectos en el alma, porque si tiene o ha tenido culpas, las llora con incomparable dolor y contrición, a que no puede llegar ningún otro dolor humano, que todos en comparación del que aquí se siente son muy poco penosos. Luego se experimenta otro efecto de la luz, que purifica el entendimiento de todas las especies que ha cobrado por los sentidos de cosas terrenas sensibles o visibles, porque todas estas imágenes o especies adquiridas por los sentidos desproporcionan al entendimiento y le sirven de óbice para ver claramente el sumo espíritu de la Divinidad; y así es necesario despojar la potencia y limpiarla de aquellos terrenos simulacros y retratos que la ocupan, no sólo para que no vea clara e intuitivamente a Dios, pero también para que no le vea abstractivamente, que para esta visión también es necesario purificarle.

En el alma purísima de María Nuestra Reina como no había culpas que llorar, hacían los demás efectos estas iluminaciones y purificaciones, principiando a elevar la misma naturaleza y proporcionándola para que no estuviese tan distante del último fin y no sintiese los efectos de lo sensible y dependencia del cuerpo. Y junto con esto causaban en aquella alma candidísima nuevos afectos y movimientos de humillación y propio conocimiento de la nada de 1a criatura comparada con el Criador y con sus beneficios; con que se movía su inflamado corazón a otros muchos actos

[494] I Joan. III, 2.
[495] Is. VI, 7.

heroicos de virtudes: y los mismos efectos haría este beneficio[496], si Dios le comunicase a otras almas disponiéndolas para las visiones de su Divinidad.

Bien podría juzgar nuestra rudeza que bastan para llegar a la visión beatífica, estas disposiciones referidas, pero no es así, porque sobre ellas falta otra cualidad, vapor o lumen más divino (antes del lumen gloriae): y esta nueva purificación, aunque es semejante a las que he dicho, todavía es diferente en sus efectos, porque levanta el alma a otro estado más alto y sereno, donde con mayor tranquilidad siente una paz dulcísima, la cual no sentía en el estado de las disposiciones y purificaciones primeras, porque en ellas se siente alguna pena de las culpas (si las hubo), o si no, un tedio de la misma naturaleza terrena y vil; y estos efectos no se compadecen con estar el alma tan cerca y asimilada a la misma felicidad. Paréceme que las primeras purificaciones sirven para mortificar, y ésta que ahora digo, sirve de vivificar y sanar a la naturaleza[497], así del efecto de la culpa como del escándalo y ruido que el cauterio del fuego ocasionó en las potencias; y en todas estas disposiciones procede el Altísimo como el pintor, que dibuja primero la imagen, y luego la da los primeros colores en bosquejo, y después le da los últimos para que salga a luz.

Sobre todas estas purificaciones, disposiciones y efectos admirables que causan, comunica Dios la última que es el lumen gloriae, con el cual se eleva, conforta y acaba de proporcionarse el alma para ver y gozar a Dios beatíficamente. En este lumen se le manifiesta la Divinidad, que sin él no podía ser vista de ninguna criatura, y como es imposible por sí sola alcanzar este lumen y disposiciones, por eso lo es también ver a Dios naturalmente, porque todo sobreexcede a las fuerzas de la naturaleza.

Con toda esta hermosura y adorno era prevenida la Esposa del Espíritu Santo, Hija del Padre y Madre del Hijo, para entrar en el tálamo de la Divinidad, cuando gozaba de paso de su vista y fruición intuitiva. Y como todos estos beneficios correspondían a su dignidad y gracia, por eso no puede caer debajo de razones ni de pensamiento criado, que tan altas y divinas serían en Nuestra Reina estas iluminaciones, y mucho menos se puede apear el gozo de aquella alma santísima sobre todo el más levantado de los supremos serafines y santos. Si de cualquiera justo, aunque sea el menor de los que gozan de Dios, es verdad infalible, que ni los ojos lo vieron, ni oídos lo oyeron, ni pudo caer en humano pensamiento aquello que Dios tiene preparado[498] para los santos, y el mismo Apóstol que esto dijo, confesó no podía decir loque él había oído[499], ¿qué dirá nuestra cortedad de la Santa de los santos y Madre del mismo que es gloria de los santos? Después del alma de su Hijo Santísimo que era hombre y Dios verdadero, Ella fue la que más misterios y sacramentos vio y conoció en aquellos infinitos espacios y secretos de la Divinidad. A Ella más que a todos los bienaventurados, se le franquearon los tesoros infinitos, los ensanches de la eternidad de aquel objeto inaccesible, que <ni> el principio ni el fin le pueden limitar: allí quedó letificada[500] y bañada esta ciudad de Dios del torrente de la Divinidad, que la inundó con los ímpetus de su sabiduría y gracia que la divinizaron[501].

[496] Respectivamente –añade en "Míst. C. de Dios."
[497] No están en "Míst. C. de Dios" las palabras: "así del efecto... ocasionó en las potencias;"
[498] I Cor. II, 9.
[499] II Cor. XII, 4.
[500] Ps. XLV, 5.
[501] Míst. C. de Dios, lib. II, c. XIV.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOQUINTO

Visión abstractiva de la Divinidad que tenía María Santísima.

El segundo modo y forma de visiones de la Divinidad que tuvo la Reina del cielo, fue abstractivo, que es muy diferente e inferior que el intuitivo, y por eso era más frecuente, aunque no ordinario ni incesante. Este conocimiento o visión comunica el Altísimo, no descubriéndose en Sí mismo inmediatamente al entendimiento criado, sino mediante algún velo o especies en que se manifiesta; y por haber medio entre el objeto y la potencia, es inferiorísima a la vista respeto de la visión clara intuitiva: y no enseña la presencia real, aunque la contiene intelectualmente con inferiores condiciones. Y aunque conoce la criatura, que está cerca de la Divinidad, y en ella descubre los atributos y perfecciones y secretos, que como en espejo voluntario le quiere Dios mostrar y manifestar, pero no siente ni conoce su presencia ni la goza a satisfacción y hartura.

Con todo eso este beneficio es grande, raro, y después de la visión clara es el mayor; y aunque no pide lumen gloriae más de la luz que tienen las mismas especies, ni tampoco se requiere la última disposición y purificación a que sigue el lumen gloriae, pero todas las demás disposiciones antecedentes que preceden a la visión clara, preceden a ésta; porque con ella entra el alma a los atrios[502] de la casa del Señor Dios Nuestro. Los efectos de esta visión son admirables, porque a más del estado que supone en el alma, hallándola así sobre sí[503], la embriaga[504] de una inexplicable suavidad y dulzura, con que la inflama en el amor divino, y se transforma en él, y la causa un olvido y enajenamiennto de todo lo terreno y de sí misma, que ya no vive en ella en sí[505], sino en Cristo, y Cristo en ella. Fuera de esto le queda al alma de esta visión una luz, que si no la perdiese por su negligencia y pereza y por alguna culpa, siempre la encaminaría a lo más alto de la perfección, enseñándole los más seguros caminos de la eternidad, y sería como el fuego perpétuo del santuario[506] y como la lucerna de la ciudad de Dios[507].

Estos y otros efectos causaba esta visión en nuestra divina Reina con grado tan eminente, que no podré yo explicar mi concepto con los términos ordinarios. Pero déjase entender algo, considerando el estado de aquella alma purísima, donde no había impedimento de tibieza ni óbice de culpa, ni descuido, ni olvido, ni negligencia, ni ignorancia, ni una mínima negligencia, ni inadvertencia, antes estaba llena de gracia, ardiente en el amor, diligente en el obrar, perpetua e incesante en el alabar al Criador y dispuesta para que su brazo poderoso obrase en Ella sin contradicción ni dificultad alguna. Tuvo esta visión y beneficio desde el primer instante de su concepción, como queda dicho, y después muchas veces en el discurso de su vida santísima[508].

---

[502] Ps. LXIV, 5.
[503] Thr. III, 28.
[504] Ps. XXXV, 9.
[505] Gal. II, 29. “Míst.” “no viene ella en sí,”
[506] Lev. VI, 12.
[507] Apoc. XXII, 5.
[508] Míst. ib.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOSEXTO

Visiones intelectuales que tuvo la Reina del cielo y tierra.

El tercero género de visiones o revelaciones divinas que tuvo María Santísima, fueron intelectuales. Y aunque la noticia abstractiva o visión de la Divinidad se puede llamar revelación intelectual, pero doyle otro lugar sólo y más alto por dos razones: la una, porque el objeto de aquella revelación es único y supremo entre las cosas inteligibles, y éstas más comunes revelaciones intelectuales tienen muchos y varios objetos, porque se extienden a cosas espirituales y materiales, y a las verdades y misterios inteligibles: la otra razón es, porque la visión abstractiva de la divina esencia se causa por especies infusas al entendimiento, altísimas y sobrenaturales de aquel objeto infinito, pero la común revelación y visión intelectual algunas veces se hace por especies infusas al entendimiento de los objetos revelados y otras veces no son necesarias infusas para todo lo que se entiende, porque pueden servir a esta revelación las mismas especies que tiene la imaginación o fantasía, y en ellas puede el entendimiento ilustrado con nuevo lumen y virtud sobrenatural entender los misterios que le revela Dios, como sucedió a José en Egipto[509], y a Daniel en Babilonia[510]; y este modo de revelaciones tuvo David. Y fuera del conocimiento de la Divinidad es el más noble y seguro, porque ni los demonios ni los ángeles mismos pueden infundir esta luz sobrenatural en el entendimiento, aunque pueden mover las especies por la imaginación y fantasía.

Esta forma de revelaciones intelectuales fueron comunes a los profetas santos del Viejo y Nuevo Testamento, porque la luz de la profecía perfecta, como ellos la tuvieron, se termina en la inteligencia de algún misterio oculto, y sin esta inteligencia o luz intelectual no fueran profetas perfectamente, ni hablaran proféticamente. Y por esto el que hace o dice alguna cosa profética, como Caifás[511] o los soldados que no quisieron dividir la túnica de Cristo Nuestro Señor[512], aunque fueron movidos con impulso divino no eran perfectamente profetas porque no hablaron proféticamente, que es con lumbre divina o inteligencia. Verdad es que también los profetas santos y perfectos profetas (que se llaman videntes por la luz común con que miraban los secretos ocultos), podían hacer alguna acción profética, sin conocer todos los misterios que comprendía o sin alcanzar ni conocer alguno, pero en aquella acción no fueran tan perfectamente profetas como los que profetizaban con inteligencia sobrenatural. Tiene esta revelación intelectual muchos grados, que no toca a este lugar declararlos; y aunque la puede comunicar el Señor desnudamente y sin caridad, gracia o virtudes, pero de ordinario anda acompañada con ellas, como en los profetas, apóstoles y en los justos, cuando como amigos les manifiestan sus secretos, como también sucede cuando las revelaciones intelectuales son para el mayor bien de quien las recibe, según dejo dicho. Por esto piden estas revelaciones muy buena disposición en el alma que ha de ser levantada a estas divinas inteligencias y que de ordinario las comunica Dios sólo al alma quieta y pacífica, abstraída de los afectos terrenos y que tiene bien ordenadas sus potencias para los efectos de la luz divina.

En la Reina del cielo fueron estas visiones o revelaciones muy diferentes que las de los santos y profetas, porque las tenía Su Alteza continuas, y en acto y en hábito, cuando no gozaba de otras visiones de las más altas de la Divinidad. Y a más de esto, la caridad y extensión de la luz intelectual y sus efectos fueron incomparables en Maria Santísima, porque de los misterios, verdades y sacramentos ocultos del Altísimo conoció Ella más que todos los santos patriarcas, profetas, apóstoles, y más que los mismos ángeles juntos; y todo lo conoció con mayor profundidad, claridad, firmeza y seguridad. Con esta inteligencia penetraba desde el mismo ser de Dios y sus atributos hasta la mínima de sus obras y criaturas, sin escondérsele cosa alguna en que no conociese

[509] Gen. XL, XLI.
[510] Dan. I, 2, 4, 5.
[511] Joan. XI, 49.
[512] Ib. XIX, 24.

la participación de la grandeza del Criador y su divina disposición y providencia: y sola María Santísima puede decir con plenitud que el Señor la manifestó lo incierto y lo oculto de su sabiduría, como lo afirma el Profeta, salmo 50[513]. Los efectos que causaban en esta soberana Señora las inteligencias intelectuales, es imposible decirlo. En otras almas son de admirable provecho, porque iluminan altamente el entendimiento, inflaman con increible ardor la voluntad, desengañan, desvían, levantan, espiritualizan a la criatura; y tal vez parece, que hasta el mismo cuerpo terreno y pesado se aligera y sutiliza en emulación santa de la misma alma. Tuvo la Reina en esta visión otro privilegio, que diré en los parágrafos siguientes[514].

[513] v. 8.
[514] Míst. ib.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOSÉPTIMO

Vísiones imaginarias que tuvo la Madre de Dios.

El cuarto lugar tienen las visiones imaginarias que se hacen por especies sensitivas causadas o movidas en la imaginación o fantasía, y representan las cosas con modo material y sensible, como cosa que se mira con los ojos, o se oye, o se toca, o se gusta. Debajo de esta forma de visiones manifestaron los profetas del Testamento Viejo grandes misterios y sacramentos que reveló el Altísimo en ellos, particularmente Ezequiel, Daniel y Jeremías, y debajo de semejantes visiones escribió el evangelista San Juan su Apocalipsis. Por la parte que tienen estas visiones de sensitivo y corpóreo, son más inferiores que las precedentes, y por eso las puede remedar el demonio en la representación moviendo las especies de la fantasía, pero no las remeda en la verdad el que es padre de la mentira. Con todo se deben mucho desviar estas revelaciones y visiones y examinar con la doctrina cierta de los santos y maestros, porque si el demonio reconoce alguna gloria[515] en las almas que tratan de oración y perfección, y se lo permite Dios, las engañará fácilmente, pues aun aborreciendo el peligro de estas visiones los santos, fueron invadidos en ellas por el demonio, trasfigurándose en ángel de luz, como en sus vidas está escrito, y la fortaleza con que 1e resistieron, para nuestra erudición y cautela.

Donde estuvieron estas visiones imaginarias sin peligro alguno y con toda seguridad y condiciones divinas fue en María Santísima, cuya luz interior no podía oscurecer ni evadir toda la astucia de la serpiente. Tuvo la Reina muchas visiones de este género, porque en ellas le fueron manifestadas muchas obras de las que su Hijo Santísimo hacía cuando estaba ausente, como en el discurso de su vida que he escrito, se verá. Conoció también por visión imaginaria otras muchas criaturas en ocasiones que era necesario, según la divina voluntad y disposición. Y como este beneficio con los demás que recibía la soberana Reina del cielo eran ordenados a fines altísimos, así en lo que le tocaba a su santidad, pureza y merecimientos, como en el orden de la Iglesia y en beneficio de ella, cuya maestra y cooperadora de la Redención era esta gran Madre de la gracia, por esto los efectos de las visiones y de su inteligencia eran admirables, y siempre con incomparables frutos de gloria del Altísimo y aumentos de nuevos dones y carismas en el alma santísima de María. De lo que en otras criaturas suele suceder con estas visiones, diré en la siguiente, porque de estas dos especies de visiones se debe hacer un mismo juicio, porque se parecen, aunque en algo se diferencian[516].

[515] Míst. "alguna golosina."
[516] Míst. Ib.

PARÁGRAFO VIGÉSIMOOCTAVO

Visiones Divinas corpóreas que tenía María Santísima.

El último y quinto grado de revelaciones y visiones es el que se percibe por los sentidos corporales exteriores, (que por esto se llaman corpóreas), y aunque puede suceder de dos maneras. La una es propia y verdaderamente corpórea, cuando con cuerpo real y cuantitativo se aparece a la vista o al tacto alguna cosa de la otra vida, Dios, ángel, o alma, o el demonio, ect, y formándose para esto, por ministerio y virtud de los ángeles buenos o malos, algún cuerpo aéreo fantástico, y si bien no es cuerpo natural ni verdadero de lo que representa, pero es verdaderamente cuerpo cuantitativo <del aire> condensado con sus dimensiones cuantitativas. Otra manera de visiones corpóreas puede haber más impropia y como ilusoria del sentido de la vista, cuando no es cuerpo cuantitativo el que se percibe, sino unas especies del cuerpo y color, ect., que alterando el aire medio puede causar un ángel en los ojos, y el que las recibe piensa que mira algún cuerpo real y presente, y no hay tal cuerpo, sino solas especies con que se altera la vista con una fascinación imperceptible al sentido. Este modo de visiones ilusorias del sentido no es propia de los ángeles <buenos> ni apariciones divinas, aunque es posible; y tal pudo ser la voz que oyó Samuel[517], que le llamaban, mas las afecta el demonio por lo que tienen de engaño, especialmente por los ojos; y así por esto como porque no tuvo la Reina esta forma de visiones, sólo diré de las verdaderamente corpóreas que eran las que tenía.

En la Escritura hay muchas visiones corporales que tuvieron los santos patriarcas. Adán vio a Dios representado por el ángel, (Génesis III)[518]; Abrahán a los tres ángeles, (Exodo VI, sic)[519]; Moisés la zarza[520], y muchas veces al mismo Señor. También han tenido muchas visiones imaginarias y corpóreas otros que eran pecadores, como Caín[521], Baltasar[522] que vio la mano en la pared: y de las imaginarias tuvo Faraón[523] la visión de las vacas, y Nabucodonosor la del árbol[524] y estatua[525] y otras semejantes hay en las Divinas Letras. De donde se conoce, que para estas visiones corpóreas <e> imaginarias no se requiere santidad en el que las recibe. Pero es verdad que quien tiene alguna visión imaginaria o corpórea sin alcanzar alguna inteligencia, no se llama profeta, ni es perfecta revelación, el que ve o recibe las especies sensitivas, sino el que tiene la inteligencia, que como dijo Daniel X[526], es necesario entender la visión: y así fueron profetas José y el mismo Daniel, y no Faraón, ni Baltasar, ni Nabucodonosor. Y aquella será más alta y excelente visión, en razón de visión, que viniere con mayor y más alta inteligencia, aunque no en cuanto a lo aparente, porque mayores son las que dan más luz de lo infinito e increado, que sólo está en la inteligencia y esto no lo puede percibir la vista; y en cuanto a lo visible y aparente son mayores las que representan a Dios y a su Madre Santísima, y después a los santos por sus grados[527].

El recibir visiones corpóreas, cierto es que pide estar dispuestos los sentidos para percibirlas con ellos. Las imaginarias muchas veces las envía Dios en sueños, como al Santísimo José, esposo de la Reina[528], y a los Reyes Magos[529] y a Faraón[530] ect. Otras se pueden recibir estando en los sentidos

[517] I Reg. III, 4.
[518] v. 8.
[519] Gen. XVIII, 1
[520] Exod. III, 1.
[521] Gen. IV, 9.
[522] Dan. v, 5.
[523] Gen. XLI, 2.
[524] Dan. IV, 2.
[525] Ib. II, 1.
[526] v. 1.
[527] Véase la diferencia de este último punto en "Míst. C. de Dios".
[528] Mat. I, 20.
[529] Ib. II, 12.

corporales, que en esto no hay repugnancia. Pero el modo más común y connatural a estas visiones es comunicarlas Dios en algún éxtasis o rapto de los sentidos exteriores, porque entonces están las potencias interiores más recogidas y dispuestas para la inteligencia de cosas altas y divinas, aunque en esto menos suelen impedir los sentidos exteriores para visiones intelectuales que para las imaginarias, porque están más cerca de lo exterior que las inteligencias del entendimiento. Y por esta causa, cuando las revelaciones intelectuales son por especies infusas, o cuando el afecto no arrebata los sentidos, se reciben muchas veces (sin perderlos) inteligencias altísimas de grandes misterios y sobrenaturales.

En la Reina del cielo sucedía esto muchas veces y casi frecuente, porque si bien tuvo muchos raptos para la visión beatífica (donde siempre es forzoso en los viadores), y también en algunas visiones intelectuales e imaginarias, pero aunque estaba de ordinario en sus sentidos, tenía más altas revelaciones e inteligencias que todos los santos y profetas en sus mayores raptos, donde vieron tantos misterios. Ni tampoco para las visiones imaginarias estorbó[531] a nuestra Reina los sentidos exteriores, porque su dilatado ánimo, corazón y sabiduría no se embarazaba con los efectos de admiración y de amor, que suele arrebatar los sentidos en los demás santos y profetas en sus mayores raptos, donde vieron tantos misterios. De las visiones corpóreas que tuvo su Majestad con 1os ángeles[532], consta por la Encarnación, de San Gabriel arcángel[533]. Y aunque del discurso de su vida santísima, no lo digan los Evangelistas, no puede el juicio prudente y católico poner duda, pues la Reina de los cielos y de los ángeles había de ser servida de sus vasallos corporalmente, así de los de su guarda, como de otros muchos, como diré en el parágrafo siguiente.

Las demás almas deben de ser muy circunspectas y cautelosas en este género de visiones corporales, por estar más sujetas a peligrosos engaños, ilusiones de la serpiente; quien nunca las apeteciere, excusará gran parte del peligro. Y si hallando al alma lejos de éste y de otros desordenados afectos, la sucediere alguna visión imaginaria o corpórea, deténgase mucho en creer y en ejecutar lo que le pide la visión, porque será muy mala señal y propia del demonio querer luego y sin acuerdo y consejo se le dé crédito y obediencia; lo que no hacen los santos ángeles como maestros de obediencia y prudencia. Otros indicios y señales se toman de la causa y efectos de estas visiones para conocer su verdad y engaño; pero yo no me detengo en esto por no alargar mi pequeño tratado, y porque me remito a los maestros y padres de la Iglesia Santa[534].

---

[530] Gen. XLI, 2.
[531] Míst. “estorbaban.”
[532] Míst. “de los ángeles,”
[533] Míst. “consta por la anunciación de San Gabriel arcángel.”
[534] Míst. ib.

PARÁGRAFO VIGÉSIMONONO

Otro modo y comunicación de María Santísima con los santos ángeles de su guarda.

Tanta es la fuerza y la eficacia de la gracia divina y del amor que causa en la criatura, que puede borrar en ella la causa del pecado, o su imagen, y de hombre terreno[535], y formar otro nuevo ser y celestial imagen, cuya conversación sea en los cielos[536], entendiendo y amando y obrando no como criatura terrena, pero como celestial y divina, porque la fuerza del amor roba el corazón y el alma de donde anima, y la pone y transforma en lo que ama. Esta verdad cristiana, creida de todos, entendida de los doctores y experimentada de los santos, se ha de considerar en nuestra gran Reina y Señora ejecutada con privilegios tan singulares, que ni con ejemplo de otros santos, ni con entendimiento de ángel, se puede comprender ni explicar. Era María Santísima, por Madre del Verbo, Señora de todo lo criado, pero siendo imagen única[537] de su Hijo Unigénito, a su imitación usó tan poco de las criaturas de quien era Señora, que ninguna menos parte tuvo en ellas, fuera de lo que fue preciso y necesario para el servicio del Altísimo y vida natural de su Hijo Santísimo y suya.

A este olvido y alejamiento de todo lo terreno había de corresponder la conversación en lo celestial, y ésta se había de proporcionar con la dignidad de Madre del mismo Dios y Señora de los cielos, en cuya conversación debidamente estaba conmutada la terrena[538]. Por esto era como necesario y conveniente y también consiguiente que la Reina y Señora de los ángeles fuera singular y privilegiada en el obsequio de los mismos cortesanos, vasallos suyos, y los tratase y comunicase con diferente modo que todas las criaturas humanas, por más santas que fuesen. Ya queda dicho algo de las apariciones ordinarias y divisas con que se le manifestaban a Nuestra Reina los santos ángeles y serafines destinados para guarda suya, y también quedan declarados generalmente los modos y formas de visiones divinas que Su Alteza tenía, advirtiendo que siempre en aquella esfera y especies de visiones eran las suyas mucho más excelentes y divinas en la sustancia, en el modo y efectos que causaban en su alma santísima.

Para este parágrafo <remití> otro modo más singular y privilegiado, que concedió el Altísimo a su Madre Santísima, para que viese y comunicase a los santos ángeles de su guarda y a los demás que de parte del mismo Señor en diversas veces la visitaban. Este modo de visión y comunicación era el mismo que los órdenes y jerarquías angélicas tienen entre sí mismos, donde cada uno de los espíritus soberanos conoce a los demás por sí mismos, sin otra especie que mueva su entendimiento más que la misma sustancia y naturaleza del ángel que es conocido. Y a más de esto, los ángeles superiores iluminan a los inferiores, informándolos de los misterios ocultos que a los superiores inmediatamente revela y manifiesta el Altísimo, para que se vayan derivando y remitiendo de lo supremo a lo ínfimo, porque este orden conviene a la grandeza y majestad infinita del supremo Rey y gobernador de todo lo criado. De aquí se entenderá que esta iluminación o revelación tan ordenada es fuera de la gloria esencial de los santos ángeles, porque ésta la reciben todos inmediatamente de la Divinidad, cuya visión y fruición se comunica a cada uno a la medida de sus méritos, y un ángel no puede hacer a otro bienaventurado esencialmente iluminándole o revelándole algún misterio, porque el iluminado no vería a Dios cara a cara, y sin esto no podía ser bienaventurado ni conseguir su último fin.

Pero como el objeto es infinito y espejo voluntario (fuera de lo que pertenece a la ciencia beatífica de los santos), tiene infinitos secretos y misterios que les pueda revelar y revela especialmente para el gobierno de su Iglesia y del mundo, y en esta iluminación se guarda el orden que digo. Y como estas <revelaciones> son fuera de la gloria esencial, por eso el carecer de su noticia no se llama

---

[535] I Cor. XV, 49.
[536] Phil. III, 20.
[537] Míst. "imagen viva..."
[538] Míst. "en cuya comunicación debidamente estaba conmutada la conversación terrena."

ignorancia en los ángeles ni privación de ciencia, pero llámase nesciencia o negación; y la iluminación se llama revelación, o la revelación iluminación o purificación de esta nesciencia. Y fue[539] (a nuestro modo de entender) como si los rayos del sol penetrasen muchos cristales puestos en orden, que todos participarían de una misma luz comunicada de los primeros a los últimos, tocando primero a los más inmediatos. Sola una diferencia se halla en este ejemplo que las vidrieras o cristales, respeto de los rayos, hanse pasivamente sin más actividad que la del sol, que a todos los ilumina con una acción, pero los santos ángeles son pacientes en recibir la iluminación de los superiores, y agentes en comunicarla a los inferiores y comunicando[540] estas iluminaciones con alabanza, admiración y amor, derivándose todos del supremo Sol de justicia.

En este orden admirable de revelaciones divinas introdujo el Altísimo a su Madre Santísima, para que gozase de los privilegios que tienen por propios los cortesanos del cielo; y para esto destino los serafines que he dicho que fueron de los más superiores e inmediatos a la Divinidad; y también hacían este oficio otros ángeles de su guarda, según la voluntad divina disponía cuando y como era necesario y conveniente. Y a todos estos ángeles y a otros conocía su Reina y Señora por sí mismos, sin dependencia de los sentidos y fantasía y sin impedimento del cuerpo mortal y terreno: y mediante esta vista y conocimiento la iluminaban y purificaban los serafines y ángeles del Señor, revelando a la Emperatriz del cielo muchos misterios que para esto recibían del Altísimo. Y aunque esta vista intelectual e iluminación no era continua en María Santísima, pero fue muy frecuente, en especial, cuando por ocasionarle mayores merecimientos y diversos afectos de amor se le encubría o ausentaba el Señor. Entonces usaban más de este oficio los ángeles, continuando el orden de iluminarse a sí mismos hasta llegar a la Reina, donde se terminaba.

Y no derogaba este modo de iluminación a la dignidad de Madre de Dios y Señora de los ángeles, porque en este beneficio y en el modo de participarle no se atiende a la dignidad y santidad de nuestra soberana Princesa, en que era superior a todos los órdenes angélicos, sino al estado y condición de la naturaleza en que era inferior, porque era viadora y de naturaleza humana, corpórea y mortal; y viviendo en carne pasible, y con necesidad natural del uso de los sentidos, levantarla al estado y operaciones angélicas fue gran privilegio, aunque digno de su santidad y dignidad. Yo creo ha extendido este favor la mano poderosa del Altísimo a otras almas en esta vida mortal, aunque no tan frecuente como a su Madre Santísima, ni con tanta plenitud de luz, ni otras condiciones excelentes como en la Reina. Y si muchos doctores (no sin gran fundamento) conceden la visión beatífica a San Pablo, Moisés y a otros santos, mucho más creible será tener viadores este conocimiento de las naturalezas angélicas, pues no es otra cosa este beneficio que ver intuitivamente la sustancia del ángel; y así conviene esta visión en esta claridad con la primera que dije de la vista de Dios y en ser intelectual conviene con la tercera, aunque no se hace por especies impresas.

Verdad es, que este beneficio no es ordinario ni común, sino muy raro y extraordinario; y así pide en el alma gran disposición y pureza y limpieza de conciencia. No se compadece con afectos terrenos, ni imperfecciones voluntarias, ni efectos del pecado, porque para entrar el alma en el orden de los ángeles, ha menester vida más angélica que humana; pues si faltase esta similitud y simpatía, parecería monstruosidad y desproporción de los extremos de esta unión. Pero con la divina gracia puede la criatura (aunque de cuerpo terreno) negarse toda a sus pasiones e inclinaciones depravadas y morir a lo visible, y borrar sus especies y memorias, y vivir en el espíritu más que en la carne.

Este espejo en que mirarme, he sacado de la Historia y Vida santísima que dejo escrita de la Reina del cielo, porque para mi enseñanza y consuelo lo ha deseado mi afecto ponerlo en libro pequeño y manual, y como no va entera la Historia sino a partes, y éstas sacadas de varios capítulos, no llevará orden ni el conciertonecesario.

---

[539] Míst. “y sucede (a nuestro...”)

[540] Míst. “y comunican estas... y amor, derivándose todo del... justicia, Dios eterno e inmutable.”

La Pasión del Salvador y lo que en ella le sucedió a su Santísima Madre, es también lo que <ha> aficionado mi afecto, y la pondré en un Ejercicio cotidiano y ocupación de las horas del día que aquí señalaré. Tampoco será posible escribirla toda, pero para meditaciones del ejercicio de la cruz bastará. En la Historia de la Reina del cielo está por entero.

Todo lo rindo a la corrección de la Madre Santa Iglesia, a su enmienda y a la de mis prelados, porque el errar mujer ignorante es fácil y aun consiguiente a escribir materias tan sobre mis fuerzas de entender; pero será yerro de entendimiento y no de voluntad, y daré en disculpa de mi atrevimiento el que la obediencia me ha mandado muchas veces escriba.

TRATADO CUARTO

Ejercicio cotidiano para ocupar bien las horas del día con algunas devociones y oraciones, el ejercicio de la cruz la pasión de Cristo Nuestro Señor y lo que padeció su Santísima Madre. Va entre Maestro y discípula para mayor agrado del Señor.

A imitación de David[541], levántate a media noche del sueño y a ti sobre ti: reconoce luego y busca la presencia del Altísimo; y suplícale te perdone el haberle perdido de vista por el sueño, y que levante a todos los que están caídos en el letargo y sueño de las idolatrías, herejías, falsedades, y a los católicos que están poseídos de las tinieblas del pecado; que a todos los saque a la luz del día claro de su amistad y gracia, porque de todos sea conocido, temido, alabado y amado: y ofrécete a padecer y trabajar mucho, porque esto se consiga, y deséalo con afecto.

Da principio a las obras del día adorando a Dios eterno y, postrándote ante Su Real Majestad, fija la vista interior en el ser del Muy Alto y sus atributos y perfecciones divinas, premedita y no te apartes de este objeto nobilísimo; y, confortada con la confianza en el poder de su diestra, anima tu flaqueza, y prométete, si tuvieres fe, que todo lo podrás en la confortación de Su Majestad. Ve al coro, adora el Santísimo Sacramento, y ofrece sacrificio de alabanza y cantar nuevo a Su Alteza y las obras que aquel día hubieses de hacer: y considera, que sólo él tienes de vida para satisfacer por tus culpas y merecer gloria y agrado del Señor; y como si fuera el último día de tu vida, procura lo mejor y más perfecto en todo. Haz intención de cumplir con las siete horas canónicas con perfección y únelas, con lo demás que obrares, a la pasión, vida y muerte del Redentor, a las oraciones de su Santísima Madre y a las de la Iglesia militante y triunfante.

Pide al Muy Alto te dé espíritu y afecto en sus alabanzas; y la misma súplica presenta por todos los hijos de la Iglesia santa: quédate en altísima contemplación: y en maitines está muy devota, a imitación de los ángeles, sin perder de la vista interior al objeto que ellos siempre ven cara a cara; haz actos interiores de admiración, reverencia, alabanza y de amor ferviente; convida a todos los cortesanos del cielo, a los justos de la tierra, para que alaben al Señor contigo, por su bondad y ser infinito y por lo que, sin merecerlo, has recibido de su liberalísima mano: dirás las oraciones que la Iglesia santa tiene para pedir espíritu antes del oficio divino, y para suplir las faltas que en él se han cometido después; y la misma súplica harás por todos los eclesiásticos.

[541] Ps. CXVIII, 62.

En saliendo de maitines, te ve a tu recogimiento y tribuna, y vuelve <a> adorar el Santísimo Sacramento y el ser inmutable de Dios: dale reverencia por su divinidad: y esta misma adoración repite muchas veces al día y, particularmente, todas las veces que entrares en el coro y tribuna. Y, en viéndote en tu soledad, ofrece al Señor deseo y afecto de que todos los del mundo dejasen sus pasiones, apetitos y atención a lo terreno y que, sacudidos de todo, se convirtieran a la vida contemplativa y espiritual, porque Su Alteza fuera más conocido, alabado y amado, y que todos participasen y gozasen de su trato dulce y yugo suave: suplícale haga tu deseo obra. Pídele la bendición, licencia y buen espíritu para hacer tus ejercicios; y princípialos en el nombre del Señor y para su mayor agrado, con deseo de tener, si pudiera ser, para ponerte en presencia del Altísimo, el afecto, perfección y espíritu de la Madre de Dios y de los ángeles y justos del cielo y tierra. Y advierte, que tus actos interiores han de ser tantos, tan perfectos y levantados, que no se han de reducir a doctrina y palabras, sino que tú te has de ejercitar en ellos mucho más que Yo te pueda decir; y mi consejo para cómo te has de avenir en tus obras, no es más de un despertador para que toda la república de tus potencias y sentidos se recojan al interior a obrar sin cesar y amar sin intervalo.

Principiarás el ejercicio con una disciplina para sacudir de ti el sueño y tedio natural, y, haciéndola, dirás el Rosario de la Madre de Dios de cinco dieces y las conmemoraciones de los siete santos de tu devoción: y llorarás el haber ofendido a Dios y que las demás criaturas lo hayan hecho. Pide a Su Majestad que mortifique tus pasiones y crucifique con su temor tus carnes[542]; todos los días has de hacer cinco disciplinas como se dirá adelante.

Y porque es bien que la oración vocal preceda a la mental, dirás primero las oraciones y devociones siguientes, no quedándote sólo en lo vocal, porque a Dios no le agradan las alabanzas con solos los labios. Toma el escudo de la fe y esperanza; y estas dos virtudes te harán manifiestos y claros los misterios de la Encarnación y Redención y los artículos de la fe. Pon la vista interior en la divinidad de Dios, y ofrece sacrificio y holocausto: sacrificio de tus sentidos y ejercicios corporales y oraciones vocales, y holocausto, en el afecto interior y reverencia, amor, alabanza al ser de Dios, inmutable, eterno e infinito en perfecciones y atributos.

[542] Ps. CXVIII, 120.

Oración en que el alma magnifica al Señor y le ofrece sus obras pidiéndole su auxílio divino.

Causa de todas las causas, Dios inmortal de las alturas, Rey de los reyes y Señor de los señores, el que solo ha de ser justificado por su mismo ser y naturaleza y permanecerá para siempre como rey invicto, criador de toda criatura, merecedor de toda reverencia, alabanza y gloria eterna; yo, polvo y ceniza, puesta ante Vuestra Real Majestad, os ofrezco sacrificio de magnificencia y todas las obras que hiciere este día y las que obrare en este destierro de mi patria mientras la vida me durare, con intención recta y protestando que deseo sean según vuestra voluntad y mayor agrado, y justificadas en vuestro tribunal, y tales que no las reprobéis. Y, si por castigo de mis delitos y de mis pocos merecimientos, o por mi fragilidad y malas inclinaciones y hábitos viciosos, o por la malicia de la conversación humana, o desorden de mis pasiones, o a instancia de los tres enemigos, demonio, mundo y carne, se adulterare esta mi intención manchándose mis obras; o si a mi pensamiento ocurriere cualquiera persuasión torcida, o se me ofreciere algún respeto humano para desfrutar y desvanecer mis obras, digo, Señor y Dios mío, que lo anatematizo, detesto y arrojo con fuerza de vuestro brazo poderoso, el cual me ha de confortar para salir victoriosa de mis enemigos; y a Vos, altísimo rey mío, ofrezco y dedico mis obras, palabras y pensamientos y todo lo que hiciere, enderezándolo a Vos solo, Dueño mío, y a que se cumpla lo que más gustáis y queráis de mí. Mi intención es, en todas mis acciones grandes y pequeñas, en todas las horas del día e instantes que respirare, por todas las criaturas racionales e irracionales y por mí misma daros incesantemente magnificencia, superioridad, honor, reverencia, bendición, alabanza, grandeza, gusto, agrado, beneplácito y confesión de un solo Dios, fuerte, inmortal, poderoso, santo, justo, sabio y enmendador de los más sabios, a quien quisiera no haber ofendido, por quien haber hecho todas las obras buenas y perfectas que se han obrado; daros, altísimo Señor mío, si fuera posible, el amor, alabanza y beneplácito que, con voluntad recíproca, os dais, Trinidad sempiterna, a quien adoro y doy, con deseo de darlas yo, las alabanzas que dio la segunda Persona humanada, que es el Hijo, y las que dio la Madre de piedad y Virgen pura; obrar la perfección y virtudes grandiosas de los apóstoles, la confesión y martirio de los mártires, la pureza de alma de los cándidos confesores, la castidad de las vírgenes, las penitencias de los santos ermitaños, la constancia y encendida caridad de la angélica naturaleza y todo el padecer de la humana; quisiera, por vuestro amor, que, a costa de muchos trabajos míos, se salvasen todas las almas, redimir los cautivos, consolar los tristes, padecer por los atribulados y, porque todos, Dueño mío, os conociesen, alabasen y sirviesen quisiera morir; pues sois el objeto más noble y superior que puede haber para las voluntades de todos los nacidos.

Y porque toda dádiva y perfecto don ha de venir de Vos, Padre de las lumbres[543], os suplico tengáis por bien de regir, gobernar, santificar, alumbrar mi alma, mi corazón, potencias y sentidos, mis acciones en vuestra ley y en las obras de vuestros mandamientos[544], para que por vuestra bondad y misericordia grande me tengáis fuerte para que no caiga en ningún pecado y alcance la gracia final. Y por conseguir esta dicha, ofrezco los infinitos merecimientos de mi Redentor, las obras perfectísimas de su Madre Santísima, las de los Angeles y Santos, y todas mis pobres obras, cuanto mereciere, trabajare y obrare por alcanzar mi salvación. Y si, después de haber conseguido vuestra amistad, queréis, Amado mío, para disponer de ello, mis obras y merecimientos, aunque tan limitados, disponed de ellos, que vuestra soy. Y porque aplicar las obras y ponerles altos fines es loable, yo pongo todos los que tuvo en lo que obró, mi Redentor y Señor, la Reina del cielo y todos los Santos. En cuanto a la impetración de mis obras, todo lo que Vuestra Alteza quiere y desea que se haga en todo lo criado, eso pido; y que seais, Señor, de todas las criaturas, sin quedar una, conocido, servido y amado; por la exaltación de vuestro nombre; y que en todo halléis

[543] Jacob. I 17.
[544] Ofic.. div. ad Prim.

complacencia y beneplácito; porque la redención, pues fue suficiente, sea eficaz por todos y para todos; porque la Virgen María, mi Señora, sea conocida en todas las naciones y amada de todas las criaturas, y su limpia concepción definida por fe[545]; porque yo la sirva y ame, y acierte <a> acabar de escribir su vida; por la exaltación de la Iglesia y fe santa, por la paz y concordia entre los príncipes cristianos y extirpación de las herejías; porque todos se salven y por todos mis encomendados, particularmente los padres espiritules; por el descanso eterno de los naturales y salvación de los hermanos y deudos, y por la religión, observancia, perseverancia hasta el fin de este convento; porque se salven las religiosas que son y serán en él. La satisfacción, Señor, bien deseo dárosla, por hacerme objeto más agradable a vuestros ojos y, si alguna cosa me sobrare de la multitud de mis culpas, sea por el descanso de mis padres eterno; y, si ellos no lo han menester, por los difuntos que tuviere más obligación; a que lo fuere aplicando, que sea más de vuestro agrado; y por las almas del purgatorio que estén más cerca de salir, para que por mí os alaben. En el merecimiento no dispongo, porque todo lo que es mío es vuestro y, si es posible tener gloria como el que menos porque alguno más se salve, hacedlo, Señor mío.

[545] Escribía esto la M. Agreda en 1641.

Devoción a la Virgen Santísima

Letanía y nombres misteriosos de la Reina del cielo mi Señora.[546]

Kyrie, eleyson. Christe, eleyson. Kyrie, eleyson. Christe, audi nos. Christe, exaudi nos.

Santa Marta, Emperatriz del cielo y tierra. Ora pro nobis.

Hija del Eterno Padre, ora...

Madre del Eterno Hijo, ora...

Complemento de la inefable y beatísima Trinidad, ora...

Espejo inmaculado y perfectísimo de la Divinidad, ora...

Esfera de la Divina omnipotencia, ora...

Centro de la bondad incomprensible, ora...

Aurora de la eternidad interminable, ora...

Lucero del eterno sol y luz inaccesible, ora...

Gloria de la Jerusalén triunfante, ora...

Virtud y fortaleza de la Jerusalén militante, ora...

Alegría del pueblo santo y escogido, ora...

Ejemplar de los supremos y abrasados serafines, ora...

Resplandor de los iluminados querubines, ora...

Santa y justa emulación de la angélica naturaleza, ora...

Victoria de los ejércitos del Señor Dios, ora...

Honra de la humana naturaleza, ora...

Decoro y hermosura de todo 1o criado, ora...

Triunfo y triunfadora de los enemigos del Altísimo, ora...

Nobilísimo objeto en pura criatura de los predestinados, ora...

Corona de los Santos, ora...

Laureola de las vírgenes, ora...

Flor candidísima de la castidad virginal, ora...

Bálsamo olorosísimo de la pureza corporal, ora...

Prodigio inexplicable de la pureza espiritual, ora...

Vencedora de la muerte y del pecado, ora...

Judit animosa que al príncipe de las tinieblas degollaste, ora...

---

[546] Esta letania, que se halla en cuatro obras de la Ven., fue compuesta por ella misma en una noche. El Tribunal del Santo Oficio de España examinó todos los elogios de que se compone, e interrogó a su Autora sobre el significado de ellos, no hallando en estos nombres misterioros nada censurable. Se imprimió la letanía de la M. Agreda muchas veces; se recitaba por los fieles en sus necesidades, teniendo lugar en algunas casos prodigiosos; y en las Indias, quitando otras letanías, usaban de ésta. Un Obispo diocesano la dio a luz por su cuenta y a un Romano Pontífice le agradó elogiándola, y otro prelado diocesano, varios arzobispos y otro Pontífice la enriquecieron con indulgencias. (Vigor. de Sor Mar., n. 582 a 633. - El Mens. de Mar., n. 57, 58, 60 y 65.)

Mujer fuerte cuyo precio vino de lejos de la Divinidad, ora...
Mujer invicta e invencible que a la antigua serpiente quebrantaste la cabeza, ora...
Torre de David contra el infierno, ora...
Escala de Jacob que llega al cielo, ora...
Manantial de toda gracia y vida eterna, ora...
Archivo de las riquezas del muy alto, ora...
Origen de los dones de su diestra, ora...
Restauradora de la inconstancia y culpa de Eva, ora...
Arco del cielo que el sereno de la piedad anuncias, ora...
Nave de la contratación del cielo cargada del pan que nos sustenta, ora...
Arca incorruptible del nuevo y eterno testamento, ora...
Tierra santa donde llovió el cielo el maná vivo, ora...
Tierra de promisión que mana leche y miel de gracia, ora...
Vellocino rociado con la misma Divinidad, ora...
Mesa franca del pacífico rey Asuero, ora...
Zarza no consumida y abrasada, ora...
Oculta vida que a las almas resucitas, ora...
Antídoto contra el veneno de la serpiente antigua, ora...
Glorioso fin de la sabiduría de Dios y su potencia, ora...
Ester privilegiada de la común ley de la culpa, ora...
Prudente reina que a tu pueblo libraste de la muerte, ora....
Reina sola de tus vasallos fidelísima, ora...
Retrato que engrandeces a tu Artífice, ora...
Monte santo donde se dio la ley de amor, ora...
Memorial justo que ofrecemos al justo Juez los pecadores, ora...
Pura criatura a Dios más inmediata, ora...
Custodia del escondido Sacramento, ora...
Fenix única que en tu fuego renovada regeneraste al mundo, ora...
Pelícano que con tu sangre en tu Hijo alimentas a tus hijos, ora...
Amantísima que amas hasta el fin a quien te ama, ora...
Estampa del ser divino que acredita al ser humano, ora...
Instrumento del amor inmenso y de sus obras, ora...
Atalaya que avisa al navegante, ora...
Receta para enfermos incurables, ora...
Imán que lleva a Sí los corazones, ora...
Antorcha que da luz al que va a oscuras, ora...
Refugio y sagrario para quien huye de la justicia, ora...

Terror para las furias del infierno, ora...

Jerusalén adornada con su esposo, ora...

Esposa que pacificas al verdadero Sansón indignado por los hombres culpables, ora...

Abogada que sabiamente alegas nuestra causa, ora...

Madre del amor hermoso y santa esperanza, ora...

Madre del temor discreto y grandeza del corazón, ora...

Flor del campo, ora...

Rosa mística, ora...

Lirio de los valles, ora...

Huerto cerrado, ora...

Fuente sellada, ora...

Puerta del cielo, ora...

Casa del sol, ora...

Mi dulce vida por quien vivo y por quien muero, ora...

Mi madre y mi maestra por quien me gobierno, ora...

María siempre virgen prudentísima, líbrame, Señora.

De todo mal y culpa, líbrame...

De la ira del Altísimo líbrame...

De su desgracia y ofensa, líbrame...

De la muerte súbita e improvisa, líbrame...

Del furor y saña de mis enemigos, líbrame...

De la astucia maliciosa de la serpiente, líbrame...

De la ira, odio y mala voluntad, líbrame...

Del espíritu inmundo, líbrame...

De la ofensa de mis hermanos y prójimos líbrame...

De la inconstancia en la virtud, líbrame...

De la muerte eterna por el pecado, líbrame...

De la muerte eterna por el pecado, líbrame...

De la muerte eterna por el pecado, líbrame...

En el día del juicio, líbrame...

Por tu purísima Concepción inmaculada, líbrame...

Por tu natividad santísima, líbrame...

Por tu presentación al templo, líbrame...

Por la encarnación del Verbo eterno en tus purísimas entrañas, líbrame...

Por la dignidad inefable de Madre de Dios, líbrame...

Por el gozo que de ver a Dios de Ti hecho hombre y adorado recibiste, líbrame...

Por la santa conversación y vida que con El hiciste, líbrame...

Por lo que en tu castísimo corazón con la profecía del Santo Simeón sentiste, líbrame...

Por el dolor que sentiste cuando le perdiste en Jerusalén, líbrame...

Por el dolor cuando viste su prisión, líbrame...

Por el dolor de verle con la cruz a cuestas, líbrame...

Por el dolor de verle clavar y levantar en ella, líbrame...

Por el dolor de verle espirar en ella, líbrame...

Por el dolor de verle bajar de la cruz y sepultar, líbrame...

Por todos los dolores que en toda su pasión sentiste, líbrame...

Por el gozo de su resurrección, líbrame...

Por el no conocido que tuviste en su admirable ascensión[547], líbrame...

Por la plenitud de dones que con la venida del Espíritu Santo recibiste, líbrame...

Por tu admirable asunción, líbrame...

Por tu admirable exaltación y coronación, líbrame...

Por la gloria accidental de la Divinidad que gozas, líbrame...

Por la gloria que das a los bienaventurados, gozarás y darás por todas las eternidades, líbrame...

Así te conozcan y alaben todas las naciones, líbrame...

Así te conozcan y alaben por Madre de Dios todas las generaciones, líbrame...

Así mi corazón te magnifique, te adore y eternamente te bendiga, líbrame...

Así la Santa Iglesia por verdad inefable determine tu limpia y pura Concepción, líbrame...

Así de Ti gocemos y te veamos por todas las eternidades, líbrame...

Hazme digna de que te alabe, Virger Santísima,

Dame virtud contra tus enemigos,

ORACIÓN

Santísima e inmaculada, por haberte preservado el Altísimo de toda mancha de pecado para que fueses digna Madre de su Unigénito Hijo, que de tus virginales entrañas tomó carne humana y se hizo hombre, suplícote purísima y bendita entre todas las mujeres, que me alcances de tu dilecto Hijo perdón cumplido de todos mis pecados; que sea escrita en el número de los predestinados y en esta vida alcance la gracia final con que merezca la eterna, que esperamos por Ti, Señora Nuestra, y por el mismo Señor que vive y reina por todos los siglos. Amén.

[547] Véase la meditación XV de este tratado, el cap. XXIX del libro sexto y el cap. I y sig. del libro séptimo de M. C. de Dios.

Antífona de Nuestra Señora

Debajo de tu amparo nos acojemos, Santa Madre de Dios; no deseches nuestras deprecaciones en las necesidades, más líbranos de todos los peligros, siempre Virgen gloriosa y bendita[548].

V. Ora por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de los prometimientos de Cristo

ORACIÓN

Concédenos, misericordioso, presidio y amparo a nuestra fragilidad, para <que> nosotros, que hacemos memoria de la Santa Madre de Dios, con el auxilio de su intercesión nos levantemos de nuestras maldades. Por Cristo Nuestro Señor[549].

Antífona de Nuestro Señor

Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por la cual Dios le ensalzó y le dio un nombre que es sobre todo nombre para que en el nombre de Jesús toda rodilla se humille, de los del cielo, de los de la tierra y del infierno, y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo es en la gloria de Dios Padre.

V. Adorámoste, Cristo, y bendecímoste.

R. Porque por tu santa cruz redemiste el mundo.

ORACIÓN

Rogámoste, Señor, que mires sobre esta tu familia, por la cual Nuestro Señor Jesucristo no dudó ser entregado en las manos de los dañados y padecer el tormento de la cruz; el cual vive y reina Contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén[550]

Antífona al glorioso San José

José, hijo de David, no temas; recibe a María tu esposa en tu compañía y no la desampares; porque lo que está encerrado en su divino vientre es obra del Espíritu Santo.

V. Ruega por nosotros, Santísimo José.

R. Para que seamos dignos por tu dignidad de alcanzar las promesa de Dios.

ORACIÓN

Ruégote, Señor Altísimo, que sea ayudada con los merecimientos del glorioso San José, esposo de tu Santísima Madre, para que lo que mis fuerzas no pueden alcanzar, lo consiga por su intercesión y grandes ruegos y poderosos merecimientos[551].

---

[548] Ofic. parv. Ad Compl.
[549] Ib. Ad. Sext.
[550] Feria V. in Coena Dom. Et seq.
[551] Die 19 Mart. S. Joseph, Sp. B. M. V.

Antífona al glorioso San Miguel

Príncipe glorioísimo, señor San Miguel, duque y regidor de las batallas celestiales, recibidor de las almas, vencedor de los malos espíritus, duque y regidor maravilloso después de Jesucristo en la Iglesia de Dios, de grande excelencia y virtud, <a> todos los que a ti llamamos, líbranos de toda adversidad, y haznos aprovechar en el servicio del Altísimo; y a mí, mísera criatura, líbrame de toda culpa y alcánzame la gracia y amistad del Poderoso por tu precioso oficio y dignos ruegos.

V. Ruega por nosotros, bienaventurado señor San Miguel.

R. Porque seamos hechos dignos de los prometimientos de Dios.

ORACIÓN

Todopoderoso y perdurable, Señor Dios, que por tu grande clemencia diputaste para la salud humana al señor San Miguel Arcángel, otórganos que por su ayuda saludable y grande intercesión merezcamos aquí ser defendidos de todos nuestros enemigos y en nuestra muerte libres y salvados, y a tu majestad bienaventuradamente presentados. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Antífona al Santo Angel de la guarda

Angel santo de mi custodia, que el Muy Alto te me dio y destinó para mi amparo y defensa, por la dicha y buena suerte que tuviste de ser de los que defendieron la gloria del Todopoderoso, acompañando a San Miguel, suplícote me guardes, y me patrocines, y me libres de mis enemigos y de mí misma porque no caiga en pecado ni desgracia del Señor.

V. A los sus ángeles Dios mandó de ti.

R. Que te guarden en todos tus caminos.

ORACIÓN

Poderoso Señor mío, lucero de la divinidad, por tu grande dicha de ver siempre la cara de Dios, te suplico no me dejes de tu mano y gobierno, y que me compelas, aunque yo repugne, a obrar perfectamente; no me dejes caer en culpa ni perder la gracia del muy excelso Señor; defiéndeme de todo peligro y desgracia; por el que te crió tan perfecto, en todos mis caminos me asiste y llévame por las sendas derechas hasta llegar a la Jerusalén triunfante y visión de paz.

Antífona de Nuestro Padre San Francisco

Dios te salve, Padre Santo, luz de la patria, forma y regla de los menores, espejo de virtud, camino derecho, regla de lascostumbres, llévame de este destierro de la carne al reino de los cielos.

V. Ora por nosotros, Padre Nuestro San Francisco.

R. Porque seamos hechos dignos de los prometimientos de Cristo.

ORACIÓN

Dios, que siempre extiendes y dilatas tu Iglesia con nuevos hijos por los merecimientos de Nuestro Padre San Francisco, concédenos que, imitándole nosotros, menospreciemos las cosas de la tierra, y

que nos gocemos siempre con la participación y posesión de los bienes y dones celestiales. Por Cristo Nuestro Señor. Amén[552].

Antífona de todos los Santos

Angeles, Arcángeles, Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades, Virtudes de los cielos, Querubines y Serafines, Patriarcas y Profetas, Santos Doctores de la ley, Apóstoles, todos los Mártires de Cristo, Santos Confesores, Vírgenes del Señor, Anacoretas y todos los Santos interceded por nosotros.

V. Alegraos en el Señor y regocijaos, justos.

R. Y gloriaos, todos los rectos de corazón.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, que nos concediste que venerásemos los méritos de todos los Santos debajo de una solemnidad, rogámoste que nos des la deseada abundancia de tu propiciación multiplicados los intercesores. Por Nuestro Señor Jesucristo que contigo vive y reina[553].

[552] Off. div. 4 Oct.
[553] Nov. 1. ad Vesp.

Oración para ganar las indulgencias

Altísimo Señor mío, ten por bien de concederme por la sangre derramada de tu Unigénito, que yo gane todas las indulgencias que estén concedidas a cualquiera de las obras de virtud; que yo hago intención desde ahora y las aplico por el descargo y menoscuenta de mis pecados, por el descanso eterno de mis padres y, si no lo han menester, por las almas del purgatorio.

ORACIÓN PARA LO MISMO

Padre Eterno y Dios altísimo, suplícote tengas por bien de obligarte de los infinitos merecimientos de tu Unigénito, para que aumentes la exaltación de la santa fe católica y el estado de la Iglesia, y pongas paz entre los príncipes cristianos dándoles concordia; extirpa las herejías, y da luz y salud al Príncipe romano para que acierte a gobernar tu Iglesia. Por Cristo Nuestro Señor que es cabeza de ella.

M. Visitarás los altares con esta oración diciéndola en todos, y las oraciones y peticiones de todos los Santos que tú acostumbras a decir en cada altar; y con el afecto y memoria visita los santos lugares donde Cristo redimió al mundo.

Harás la segunda disciplina en la cual dirás los himnos de Nuestra Señora y Reina, y los cinco salmos de su nombre santísimo, y las siete conmemoraciones que quedan escritas: porque siete veces al día las has de decir y clamar al Altísimo para que, por intercesión de tus devotos, te conceda la gracia final y que perfectamente le sirvas, que no seas engañada en las cosas de espíritu y que aciertes a escribir lo que la obediencia te manda.

Principiarás los ejercicios de la cruz y pasión del Redentor con gran fervor y espíritu. Y para que tomes las meditaciones que más muevas tu afecto, pon aquí la pasión del Señor como la has escrito en la Historia de la Reina: y sea tu continua consideración y el pan de tu entendimiento, el consuelo de tu alma, el sustento de tu espíritu. Y mira que leas muchas veces esta divina lección, que es la mayor enseñanza de los mortales, el libro cerrado que no le sabe abrir sino el limpio de culpa y afectuoso de corazón: no quites tu atención de este noble objeto, y te aseguro de parte de Dios que, si lo hicieres, conseguirás copiosísimos frutos para tu alma, y alcanzarás lo que deseas de la amistad del Señor.

Pasion de Nuestro Señor Jesucristo

según los cuatro Evangelistas, con algunas explicaciones devotas.

Meditación I. De la entrada del Señor en Jerusalén.

La noche antes que sucediese el triunfo y entrada de Cristo Nuestro Señor en la ciudad de Jerusalén, se fue Su Majestad a retirar a un aposento de la casa de Marta y María Magdalena, donde estaba hospedado. Y la Reina del cielo le siguió, como lo acostumbraba siempre que los dos, Madre e Hijo Santísimos, concurrían en una posada; y se ponía la humildísima Señora en el lugar más inferior y retirado del aposento, y siempre estaba de rodillas delante del Unigénito del Padre y suyo.

Sucedió, que el Verbo humanado se postró en tierra, y con profunda humildad reverenció, en cuanto hombre, a la Divinidad; confesó a su Eterno Padre y le alabó; y se ofreció en sacrificio para el cumplimiento de la divina voluntad y su cuerpo santísimo para padecer trabajos, afrentas, ignominias, penas, amarguras y muerte de cruz. Y luego, apareció el Eterno Padre en figura corpórea[554], con grande multitud de ángeles, con que aquel pobre aposento estaba hecho cielo. Aceptó Su Alteza el sacrificio y ofrenda de su Hijo, y determinó que en El se ejecutase el rigor de la justicia para perdonar a los hombres y usar con ellos de misericordia. Habló el Padre Eterno con la Madre de Piedad y la dijo: María, María, sacrifícame a tu Hijo; y pues Yo le entrego a la muerte., dámele para que redima al linaje humano.

Levantóse la divina paloma del rincón donde estaba mirando con profunda sumisión todo lo que pasaba, y postróse en tierra ante el divino acatamiento un poco más retirada atrás que Cristo Nuestro Señor, que tambien lo estaba y dijo: Aquí está este vil polvo y ceniza; no soy digna de que el Redentor del mundo sea tan mío, que le pueda como tal sacrificar. En mis entrañas le disteis carne, con que le puedo llamar legítimamente mi Hijo: Yo os le ofrezco y sacrifico; os le doy, y os suplico me recibáis a Mí con Su Majestad para que también padezca.

Admitió el Eterno Padre tan rico y precioso sacrificio, como le hizo María Santísima; y levantó del suelo a Hijo y Madre diciendo: El mejor fruto que la tierra me ha dado ni dará es éste.- Puso al Verbo humanado a su lado como en trono majestuoso ensalzándole y levantándole a grande preeminencia. Y en viendo esto la Reina, con grande júbilo, espíritu y fervor principió a decir el primero verso del salmo de David 109: *Dijo el Señor a mi Señor: asiéntate a mi diestra*.-Y sobre estas palabras alabó al Altísimo y le hizo un grandioso cántico agradable a los ojos y aceptación del Todopoderoso. Y luego prosiguió el Eterno Padre los demás versos de este salmo obrando su significación.

Hasta que ponga a tus enemigos por peana de tu pies. Que <es> como decirle. A mi diestra te asienta: Yo te levanto, porque te humillaste[555]: el superior serás de todas las criaturas: aunque te vestiste de carne humana, como una de ellas, has de estar a mi diestra, y ninguno otro se asentará en mi trono ni te llegará en dignidad: Tú reinarás sobre las gentes, como criador y redentor de ellas, y hasta que ponga a tus enemigos por peana de tus pies; y los que ahora te persiguen y no te creyeren ni obedecieren, estén en las cavernas profundas y eternales, adonde los arrojarás Tú después de haberlos juzgado con los senadores de tu pueblo, que son los que te siguen: y esos tus pies y parte inferior, que es tu humanidad tan abatida y despreciada estará sobre ellos el día de tu ira y el de su confusión. Hasta que esto sea y mientras no lo ejecuto, sepa el cielo y la tierra y todas las criaturas, que estás a mi diestra, y que cuando te humillas, te ensalzo, y que si te entrego a la disposición de su maldad y perversa intención es para que después estén por peana de tus pies, donde verán y experimentarán tu poder y justicia; pues ahora no te creyeron.

---

[554] El Eterno Padre se apareció también a Daniel (VII, 9) en forma humana visible, en la de un venerado anciano.
[555] Philip II, 8. 9.

El Señor sacará de Sión la vara y cetro de tu virtud; manda y triunfa en medio de tus enemigos. Y sepan todos, dijo el Padre Eterno, que el que sólo es Dios y Señor por esencia, que soy Yo, sacaré de mi casa y corte, donde tengo mi asiento y trono, la vara de hierro de nuestra indignación y poder; y castigaré a nuestros enemigos que te persiguen y desprecian tu ley y doctrina; sacaré el cetro de tu virtud, el que te debo por lo que has obrado en cumpliminto de mi voluntad; sacaré el cetro del triunfo que ganarás en morir por obedecer y por redimir el linaje humano; y como su libertador, cabeza, redentor, capitán y caudillo, te daré cetro merecido por tu virtud, pues la obraste y padeciste en cuanto hombre; con que justificaré más <su> causa el día último. Pero quiero que triunfes y mandes en medio de tus enemigos, y que sepan mis cortesanos que no sólo te daré cetro en mi reino, sino que desconocido, despreciado del mundo, has de triunfar de la muerte antes de padecerla de los hombres, compeliéndolos a que se rindan a reverenciarte, honrarte y conocerte; de los demonios, aniquilándolos y arrojándolos en sus cavernas; de los ángeles, adorándote; de los patriarcas y profetas del mundo, que están metidos en el limbo, adorando tu deidad y ser; pues en medio de tus enemigos has de triunfar de ellos y de todas las criaturas. En las palabras que el Eterno Padre dijo en este verso, determinó que sucediese lo que diré adelante. Prosiguió diciendo:

Contigo está el principio en el día de tu virtud en los resplandores de los santos; Yo te engendré de Mí mismo, antes que el lucero. Contigo está el principio, porque le tienes en cuanto hombre; y en el día de tu virtud, que fue el de tu encarnación, cuando principiaste a merecer y trabajar por las criaturas: con el primer acto les mereciste infinito, con que echaron resplandores los santos y lucieron, para que a Mí me glorificasen como a su padre, que estaba en los cielos: con que se debe a tu virtud toda virtud perfecta, y a tus merecimientos el haberle abierto las puertas de los cielos, para que viéndome y gozándome como luz eterna y siendo bienaventurados, echen resplandores eternos. Pero, aunque tienes principio y eres hombre para hacerlos estos beneficios satisfaciendo adecuadamente a mi justicia, eres Dios eterno, porque Yo te engendré de Mí mismo por todas las eternidades, tan perfecto e infinito en atributos y perfecciones como Yo lo soy; y antes que Yo enviara el lucero que anunció el día de la gracia, que fue la luz infusa que comuniqué a los primeros Padres y Profetas, con que declararon mi determinación; antes de todo esto, te engendré a Ti, que eres sin principio de tiempo ni duración, y figura de mi sustancia, imagen de mi entendimiento y de Mí mismo, en quien siempre me estoy mirando y recreando.

Juró el Señor, y no le pesará: Tú eres sacerdote in aeternum según la orden de Melquisedech. Juró el Señor que sólo es Señor poderoso para cumplir todo lo que quiere, y prometió que Tú instituirías la ley de gracia y los sacramentos santos en ella para la salud eterna de los mortales. Yo soy el que hice este juramento, y no me pesará ni me arrepentiré, porqué Tú eres el sacerdote primero según la orden de Melquisedech, que fue figura tuya; y sólo por tus merecimientos infinitos, y porque has de ser el que primero obre esos sacramentos, no sólo no me pesará ni me arrepentiré, sino que me complaceré y deleitaré en.que los instituyas. Y Tú serás cabeza de todos los sacerdotes y pontífices, y el de mayor dignidad entre ellos.

El Señor a tu mano derecha quebrantó el día de su enojo a los reyes. Cuando no habías tomado forma humana, Hijo mío, tenía Yo previsto que la habías de tomar, y lo infinito que habías de merecer, y el agrado que en Ti, hecho hombre, había de hallar; y mirando que las obras de tu diestra habían de ser grandiosas y la unión hipostática de tu divinidad y humanidad, y viendo que Lucifer y sus secuaces no se te habían de rendir y sujetar porque tomabas forma humana, me airé, y fué el día de mi enojo, porque los había hecho reyes por la gracia dándoles naturaleza tan perfecta, que era reina sobre la natural de los hombres que había de criar, que tenía en mi idea para formarla, y viendo su ingratitud y que no te obedecían proponiéndote humanado, los quebranté y arrojé a lo profundo para penas sempiternas, con que dejaron su reinado; porque Yo quiero todos te sirvan a Ti.

Juzgará en las naciones, llenará los asientos de las caídas, quebrantará las cabezas de muchos en la tierra. Hablaba el Eterno Padre, como en tercera persona, de la suya, porque quería hacer demostración de su enojo e ira en este modo de hablar; y en él conocía María Santisima y los ángeles santos grandes misterios: y para ellos y la Reina era esta narración, que para el Hijo

Santísimo ya se sabe no era menester, pues todo lo pretérito y futuro posible y sucedido tiene presente como el Eterno Padre. Pues dice en este verso, que el Señor, terrible y fuerte, juzgará las naciones y los pensamientos de todos los nacidos, y castigará severamente a sus enemigos; y volvióse a Cristo Nuestro Señor y le dijo: y los que ahora te persiguen castigándolos con pena eterna, y a todos los que no se aprovecharen de tu misericordia y de lo que por su salud padecerás: y entresacaré los malos de los buenos, y llenaré los asientos de los caídos colocando a los justos en los premios y gloria de los ángeles, premiando a los obedientes y levantando a los humildes, y desharé las cabezas de los soberbios de la ticrra humillándolos hasta lo profundo.

Beberá del torrente en el camino; y por eso ensalzará la cabeza. Y de la sangre de los homicidas, adúlteros, soberbios, vanos, hipócritas y malvados beberá la ira del Todopoderoso hasta saciarse, y todos quedarán aniquilados; y será en el camino en que son viandantes, cuando ellos tenían lugar de esperanza, porque no se quisieron aprovechar de ella: los dejará en manos de su consejo[556], con que caerán de abismo en abismo. Y el Señor justificará su causa llamándolos y ofreciéndoles su misericordia, pero por sus culpas se imposibilitarán para saberla hallar; con que merecerán que, atados de pies y manos[557], sean arrojados en las penas eternales. Y porque será el castigo a la vista del premio de los buenos que te siguieron y obedecieron y obraren, Hijo mío, tu virtud, quedarás Tú ensalzado, que eres la cabeza de todas las generaciones, y subirás a mi diestra y trono real.

Dificultosa cosa es reducir a términos tan cortos, como los míos, la explicación de este salmo y las palabras que el Eterno Padre habló con su Hijo Santísimo, que exceden mucho a lo que he declarado: pero no puedo ni sé decir lo que quiero ni lo que en este suceso pasó, que fueron grandiosos sacramentos y ocultos misterios. Y todo lo conoció María Santísima y lo miraba con grandiosos efectos de su alma.

Recibió el Padre Eterno el sacrificio de Hijo y Madre; y la humildísima Señora se ofreció a ser compañera de su Amado en el padecer sin dejarle, y pidió licencia a Cristo Nuestro Señor para asistirle y la bendición para ejecutarlo: y toda la noche pasaron Hijo y Madre en altísimos coloquios y alabanzas divinas.

A la mañana, que fue el día que corresponde al Domingo de Ramos, se acercó Cristo Nuestro Señor a Jerusalén. Salió de Betania con grandes actos interiores en beneficio del linaje humano: acompañábanle los Apóstoles y gran multitud de ángeles que estaban admirados de ver a su Criador tan enamorado y solicito por el bien de las almas. Caminó Su Majestad de Betania a Jerusalén tres leguas poco más o menos, y en llegando a Betfagé, en el monte Olivete envió a los dos discípulos por la jumentilla con el hijo[558]; y previnoles, que si les decían quién los enviaba, dijesen que el Señor. Trajéronsela a Su Majestad y, mientras fueran por ella, alzó los ojos al cielo, y confesó y engrandeció a su Eterno Padre y le representó que iba a ejecutar su voluntad a Jerusalén. Pidió por sus moradores y por todo el linaje humano, y luego dijo, en cuanto hombre, en nombre de mi Eterno Padre y ensalzando a la divinidad, quiero entrar dominando y triunfando en medio de mis enemigos. Usó aquí el Redentor del mundo del poder de Dios inmutable que tenía, haciendo mayores maravillas en aquel día que en todos los que había vivido según la carne, porque aunque curar enfermos, resucitar muertos y el librar a endemoniados son grandes milagros, mayores son rendir y aniquilar a todo el infierno, y mover a los ángeles a que reverenciasen y honrasen a la humanidad santísima; y aunque muchas veces lo habían hecho, ninguna como ésta: y también conmovió a los santos Padres del limbo y a los hombres con afecto muy particular; y se convirtieron muchos, y pasaron del estado de la culpa al de la gracia. Estas son las maravillas de las maravillas, porque en resucitar cuerpos muertos no hay voluntad ni culpa que resista, y en los hombres y en los demonios, sí.

En llegando los discípulos con la jumentilla, subió en ella el Rey del cielo: y, cuando Su Majestad quiere hacer alarde de sus glorias y triunfos, entra caballero en una humilde jumentilla; porque no

[556] Eccli. XV, 14.
[557] Matth. XXII, 13.
[558] Matt. XXI, 2.

quiere Su Alteza olvidar en sus mayores ostentaciones la humildad, que es la que viene a enseñar a los hijos de Adán, para que sepan que el verdadero levantarse ha de ser humillarse. No parece que supo Cristo Nuestro Señor hacer, a nuestro modo de entender, sus triunfos y ostentaciones a fuer del mundo, en caballo, coches y carrozas, porque esto manifiesta vanidad y fausto, y las glorias ostentosas de Su Majestad y los que le siguen no han de ser aparentes ni de cosas preciosas terrenas de oro, plata, ricos atavíos, coches y literas, sino de humildad, pobreza, vileza. Miremos los soberbios, el mayor de los triunfos de Nuestro Redentor según la carne, puesto en una jumenta, con vestidura pobre, el semblante grave, pero la apariencia de un hombre despreciado y humilde; y de esta manera el cielo, la tierra, el infierno y las criaturas se le rinden.

Estas son glorias de Dios, y las de los soberbios y ostentosos mundanos, del demonio; estos son triunfos de humildes, y las de los vanos de soberbia; las del Altísimo se fundan en verdad, y por eso son permanentes, ciertas y seguras; las del demonio y sus seguidores en mentira, y se acaban, perecen y pasan como el humo y la sombra.

Quiso Nuestro Redentor triunfar de la muerte y de los hombres, antes que se la diera, y con un modo admirable y peregrino mostrar su poder y deidad de Dios verdadero.

Envió a San Miguel al limbo; y dio aviso a los santos Padres, que entraba su Redentor en Jerusalén, triunfante, para ejecutar el remedio de su cautiverio y el daño del pecado: y al punto de entrar el Señor, se postraron todos en tierra, le adoraron y le vieron con visión particular.

Todos los ángeles del cielo acompañaron a su Redentor, y se postraron al tiempo del divino triunfo, y cantaron himnos y salmos con admiración de tal modo de dominar sobre todo, que tenía el Señor.

Los demonios fueron derribados y arrojados de los asientos infernales a lo profundo del infierno; y ninguno quedó en el mundo por el breve rato de la entrada del Señor en Jerusalén, aunque ordenó el Altísimo que principiasen a ver esta maravilla y sin poderla tolerar, se fueron rabiosos adonde la virtud divina los arrojó, y en lo más profundo de su miseria y de aquel desdichado lugar fueron quebrantados, oprimidos, atados y apegados a las más hondas cavernas, y desde aquella hora creyeron que el Mesías era venido, porque hasta entonces el Muy Alto se lo había ocultado, pero del todo no se desengañaron hasta al pie de la cruz.

Y también todo Jerusalén se conmovió, hombres, mujeres, pequeños y grandes: y a sus corazones envió el Señor grande abundancia de auxilios y copiosísima luz, con que muchos conocieron que Cristo Nuestro Señor era Dios y el Mesías prometido, y le reverenciaron con grandioso culto y actos heroicos de religión interiores, y lo manifestaron exteriormente diciendo los apóstoles, y los señores y pobres, grandes y pequeños y plebeyos, niños y niñas, *Benedictus qui venit in nomine Domini*, etcétera; y engrandecíanle, alabábanle y le aclamabas por su rey y señor; echábanle las ropas por el suelo para que pisase, y las madres arrojaban a sus pies los hijos que tenían en los brazos, y los hombres se postraban por tierra, y todos se deshacían en afectos admirables. Y no sólo hizo el Señor esta maravilla en Jerusalén sino en tierra de Egipto, en los justos que allí había dejado Su Majestad y convertido, y en todo el mundo, de manera que fueron visitados en sus corazones con particulares influencias divinas, y adoraron al Señor en sus interiores, y se cumplió lo que el Eterno Padre dijo a su Hijo, de que triunfase y dominase en medio de sus enemigos.

Triunfó de la muerte, y le mandó que aquel día no tocase a ninguna criatura, y obedeció; con que aquel día no murió nadie[559], aunque naturalmente habían de suceder muertes: y dió la licencia para que a su humanidad santísima le quitase la vida cuando llegase la hora de su voluntad, porque como la muerte era castigo y pena de la culpa y Nuestro Redentor era por naturaleza impecable, si Su Alteza no le diera licencia, no le pudiera tocar, y de esta manera triunfó de la muerte antes de

[559] Un milagro semejante a éste había ya hecho el Señor cuando salió de Egigto el pueblo de Israel, pues yendo más de tres millones de personas, todos iban sanos y sin la menor debilidad. “Et non erat in tribus eorum infirmus” PS. CIV, 37. –Por qué no pudo hacer el Señor una cosa semejante y aun mayor en la entrada de Cristo, verdadero Israel, en Jerusalén?

padecerla mandándola que viniese a El, porque todos obedecen a la muerte y se rinden a ella sin resistirse porque no pueden, pero el Señor la mandó e imperó sobre ella para que le quitase la vida, porque ella no le podía acometer como a los demás hombres ni por las causas que a ellos.

De la luz que el Muy Alto envió a los corazones de los moradores de Jerusalén, muchos por ella quedaron trasformados, de pecadores en justos, y perseveraron en el bien obrar, pero fueron los menos, y según la multitud que fueron excitados al bien, muy pocos los que lo obraron, y los pecadores que no correspondieron a estos auxilios se volvieron a sus vicios. Y la causa por que todos fueron conmovidos a reverenciar al Señor por la mañana y a la tarde no hubo quien le recibiese ni hospedase, fue porque cesó el influjo y auxilio fuerte que el Señor les envió, sobrenatural y milagroso, con que fueron movidos, y volviéronse a quedar en su ser natural y poco caritativo, porque veamos cuán poco podemos hacer sin Dios.

Fuése Su Alteza al templo[560], porque no hubo quien le convidase; y algunos de los réprobos, que por los auxilios divinos se habían suspendido algo en sus vicios, despreciando la luz se volvieron a ellos, y profanaron el templo; el Señor con rigor los echó de él, enojándose porque no se habían aprovechado de los llamamientos que habían tenido. No se desayunó aquel día el Señor: manifestó que tenía sed y quisiéronle dar los Apóstoles de beber, y no fue posible salir del templo ni que por él pasasen un vaso de agua, como refiere el texto, por darnos ejemplo y que sepamos que a los templos santos no se ha de llevar cosa de sustento para el cuerpo, porque están dedicados sólo para el alimento del alma, y para lo corpóreo hasta lo demás restante del mundo.

María Santísima estaba en Betania en casa de Marta y María recogida y con su acostumbrada contemplación, y en ella vio por visión muy particular todo lo que sucedió clarísima y distintamente. Y el domingo, a la noche, se volvió su Hiio Santísimo a la misma casa donde la Reina del cielo estaba[561].

[560] Marc. XI, 11.
[561] M. C. de D. lib. VI, c. VII.

Meditación II. De una junta de demonios que se hizo en el infierno, y del concilio de los escribas y fariseos contra Cristo Nuestro Señor.

Como quedaron Lucifer y sus secuaces tan arruinados y rendidos del poder de la diestra del Señor el día de su entrada en Jerusalén, les despertó nuevo cuidado y sospecha para averiguar quién era quien así los aniquilaba; y en levantándose del letargo y suspensión turbulenta que les causó fuerza tan poderosa como por ellos había sobrevenido, se miraron unos a otros, y confirieron lo que les había sucedido y lo que debían hacer. Dijo Lucifer, como presidente de aquella malévola congregación, que luego pareciesen en su presencia todos los que faltaban. Esto era el martes inmediato a la muerte de Nuestro Señor. Obedecieron todos los demonios a Lucifer y, juntos todos, hablóles él como superior; y para hacerlo se puso en lugar eminente, y con potestad de presidente les dijo.

Mirad y advertid, que no es posible que este hombre que nos persigue, no sea más que profeta, porque otros hemos visto que ha tenido el Altísimo, como Elías, Moisés, Eliseó y los demás enemigos nuestros, y ninguno ha hecho lo que éste, ni nos ha encubierto tanto sus obras y actos interiores, pues casi de ellos nada hemos conocido, y la virtud de solo hombre no pudiera hacer tantos prodigios y maravillas como las criaturas dicen hace, de las cuales vemos que le dan gloria y alabanza. Yo he conocido que se nos ha ocultado mucho de lo que en este hombre se encierra, y de lo que de él he alcanzado, me tiene rendido y deseoso de destruirle y de borrar su memoria para siempre de todos los vivientes[562], y no puedo conseguirlo. El triunfo que ha tenido entre los moradores de Jerusalén, ha sido grande, porque los ha rendido a que le reverencien y adoren, y movimiento y conmoción tal de mano poderosa es, pues no solo le han aclamado por bienaventurados los que eran suyos, mas también los que estaban rendidos a mí, y aun se alargaron a llamarle Mesías prometido. Si éste es sólo profeta y hombre, tiene a Dios muy de su parte, y si es el Verbo encarnado camina mucho en destruirnos, y jamás otro lo hizo tanto. Llévase tras de sí mucha gente y redúcela al servicio del Altísimo; ésta es causa grave, y después que caímos del cielo, no se nos ha ofrecido otra mayor. Yo había puesto todo mi esfuerzo (como vosotros bien sabéis) en que muriese este nuestro enemigo, porque vida tan perfecta es muy contraria a nuestros pensamientos, y lo tengo en buena disposición, aunque me ha costado mucho, porque cuando había diligenciado que en su patria le apedreasen y despeñasen de un monte alto[563], luego rindió a los que lo habían de hacer, con su buen proceder y blando natural, que le tiene mansísimo, y en lugar de ejecutarlo, se le rindieron algunos a su enseñanza y doctrina. Dispuse que le apedreasen[564] en Jerusalén y que le prendiesen; luego se desapareció. Y ahora he mostrado mi poder y aumentado mis diligencias para que muera: he echado en el corazón de Judas nuestro amigo, que le venda y entregue a los escribas y fariseos, y él nos obedecerá, y la envidia de los que le desean, le pondrán como queramos, porque tanto como nosotros le desean destruir. No hay dificultad en que muera, porque todas están vencidas por mi gran poder y mando.

Pero este caso pide más advertencia, porque, si es el Verbo humanado, ofrecerá su muerte por los hombres, y como con ella merecerá infinito, los perdonará y llenará de bienes, y somos perdidos; porque les dará el premio que nos ha quitado, y les abrirá las puertas del cielo, y a más de esto dará a los mortales grande ejemplo de padecer con paciencia, que jamás la perdió: es mansísimo y humilde de corazón, que es lo que más me mata de él, y enseñará a que lo sean los que tratan con él.

Después de esta proposición y de haber sacado sobre ella grandes acuerdos, juzgaron todos los demonios, que el más acertado era salir con todo su esfuerzo a impedir la muerte de Nuestro Redentor, y así lo ejecutaron, procediendo en esto como ignorantes y ciegos, que iban a deshacer lo que con tantas veras habían procurado, y en su naturaleza de ángel es más mengua que en la

[562] Jerem. XI, 19.
[563] Luc. IV, 30.
[564] Joan. VIII, 59.

nuestra. Pero los juicios ocultos del Altísimo y su poder es sobre los ángeles y los hombres y demonios, que a todos les oculta lo que quiere y les manifiesta lo que gusta.

Deshacíanse estos crueles demonios en furor y rabia; maltratábanse unos a otros, y a los condenados los afligían de nuevo en aborrecimiento de su Criador, y el infierno estaba turbulento más de lo que acostumbraba. Salieron todos juntos a impedir la muerte de Cristo Nuestro Señor. Fuéronse lo primero a Judas, y Lucifer le emprendió, y todo el esfuerzo que antes habían puesto en que vendiese y entregase a su Maestro, le pusieron en persuadirle lo contrario; y le hicieron grandes instancias, se le aparecieron corporalmente[565] ofreciéndole grandes tesoros y la ofensa que hacía a la mansedumbre de su maestro, y nada bastó para que Judas desistiese de lo que había intentado, para que conozcamos dos cosas. La una, qué poderoso es el vicio y el pecado en el corazón humano que se le da entrada, y cómo en tomando de lejos la corrida, no hay potestad criada que le detenga ni quien, sino es el criador, se oponga a este corriente tempestuoso, y, si a la luz del Poderoso para librarnos no obedecemos, nos lleva esta corriente al infierno, como pudiera llevar la del mar si se soltara una hoja de un árbol. Lo segundo que hemos de conocer es que, aunque el demonio, entregándole nuestra voluntad es poderoso para hacernos hacer muchos males, no lo es para que hagamos bienes, porque aunque tiene permisión y eficacia, no tiene la luz que ha de alumbrar el entendimiento ni virtud que reduzca a la voluntad, como lo hace la divina, y, si nosotros no queremos, ni en bien ni en mal nada puede con nosotros, que el poder de la divina diestra le tiene atado: según la ley natural, más conforme razón era no hacer mal al que le había hecho a Judas tantos bienes, ni vender al que había sido su maestro y tan manso y apacible; pero ni el demonio pudo más con Judas, ni él con la entrada que le había dado al demonio y a sus pasiones.

Viendo los enemigos esta puerta cerrada, aunque abierta para destruir aquella alma, se fueron a los pontífices y fariseos, y les arrojaron fuertes sugestiones para que no quitasen la vida a Cristo Nuestro Señor, y les sucedió lo mismo que con Judas, porque habían caminado desmedidamente en su envidia y furor, aunque los obligó a que hubiese diferentes pareceres, que fue a lo más que sus incitaciones obligaron. Fuéronse los demonios a la mujer de Pilatos, y en sueños la persuadieron, valiéndose de la piedad mujeril, a que impidiese la muerte de aquel justo, y lo mismo procuró hacer con Pilatos; y le persuadieron algo, con que le obligaron a hacer tantos reparos en la muerte del Señor. Y viendo Lucifer y sus secuaces que no pudieron salir con su intento, se enfurecieron cruelmente y se vengaron en persuadir a los fariseos que atormentasen cruelmente al Autor de la vida, como se verá el miércoles inmediato a la cena que se hizo el jueves. Sucedió que los escribas y fariseos, ciegos y poseídos de cruel rabia y envidia, que habían concebido de las maravillas del Señor y particularmente del milagro de la resurrección de Lázaró y del aplauso con que le habían recibido en Jerusalén, que se juntaron a tener el último concilio en el palacio del pontífice Caifás[566], y a determinar qué harían de hombre tan poderoso que de todas maneras se les prefería llevándose el mundo tras de sí. Y para mejor honestar su envidia, la cubrieron con capa de celo poniendo grandes fines a sus intentos, y haciéndose celadores de las leyes y grandes miradores de la república, paliando, con fines tan grandes, maldades tan inauditas. Y el buen celo, usando mal de él, son las armas con que los soberbios hipócritas hacen lo que quieren a diestro y siniestro, oprimiendo a los pobres y condenando a los justos, como si sobre su juicio y poder no hubiera otro justo recto y de mayor poder.

Después de haber sido muy ventilada la causa de Nuestro Redentor en el consilio de los potentados, se determinaron a no prenderle el día de la fiesta de la Pascua, porque no se alborotase el pueblo. Y este temor se le puso el demonio por si con él pudiera estorbar la muerte de Nuestro Redentor, y no pudo recabar más de ellos. Pero Judas, que iba caminando velozmente a su perdición y, como un caballo desbocado, corriendo al mal y, como un lobo carnicero, a querer beber la sangre

[565] Si a Cristo Jesús se apareció el demonio en forma corporal y visible, para tentarlo en el desierto, (Matth. IV I; Marc. I, 13; Luc. IV, 2), y lo mismo ha hecho con algunos Santos, como con S. Antonio, S. Martín, etc., no es ninguna maravilla que lo hiciera con Judas, pues al fin empleaba uno de los medios que caen bajo su poder, y se trataba, además, de impedir una acción que podía tener suma influencia en el bien o en el mal de las almas.

[566] Matth. XXVI, 3. 4. Marc. XIV, 1.

de su Maestro, sabiendo que se hacía concilio contra Su Majestad, granjeó a los que le podían dar entrada, para echar en aquella junta su petición. Consiguiólo fácilmente, porque al punto que los escribas y fariseos supieron que estaba allí, le hicieron entrar en su presencia y se holgaron de verle, porque cuando los malos jueces hallan testigos alevosos que testifiquen al justo que quieren condenar, se alegran. Dijo Judas grandes maldades y testimonios contra su Maestro, porque la buena acogida que halló, le ocasionó hacerlo, y les aseguró que por el interese que gustasen, les entregaría. ¡O maldad inaudita! ¡O proceder infame! ¡O suceso digno de eterna memoria para que todos los injuriados tengan paciencia!

Ofreciéronle treinta dineros de plata en precio del Criador de todo lo que tiene ser, y el desdichado discípulo dio palabra se les entregaría, y desde esta hora andaba buscando ocasión para hacerlo. De todo esto dieron aviso los santos ángeles a María Santísima, y fueron tan abundantes y copiosas sus lágrimas, que toda se convertía en ellas. Miraba el atrevimiento del discípulo y la ofensa del Maestro, y todo lo confería y lloraba con caridad perfecta la perdición de aquella alma. Y también vio el concilio de los demonios por visión; y se armó y previno para anatematizarles y detenerles en lo que intentasen contra su Hijo y Señor.

La codicia que Judas tenía de poseer los treinta dineros, le despertó el cuidado y, desde que vendió a Cristo Nuestro Señor hasta que le entregó, anduvo con más frecuencia en el apostolado buscando oportuna ocasión para su intento. Hablaba al Señor y le hacía algunas preguntas para descubrir de ellas según las respuestas a qué lugares iría a orar. Y, con fingimientos, hablaba a la Madre de piedad y le preguntaba si sabía qué peregrinaciones había de hacer su Hijo, o qué disponía de su persona aquellos días; y la pacientísima Señora le solía responder, quién podrá saber los pensamientos del Altísimo y sus órdenes divinas. Y habiendo amonestado siempre Nuestra Reina a Judas para su bien con grande conato y veras, regalándole y mirándole y reprendiéndole, en estos últimos días no le decía nada, porque, si lo hacía, se indignaba y embravecía, que era el peor estado a que pudo llegar: despreciaba la disciplina y enseñanza de la Madre piadosa, y codiciaba el dinero que le había de llevar al infierno. ¡Oh bajeza cruel y ánimo vilísimo que, por hallar ocasión de poder entregar al Autor de la vida para cobrar el dinero, le buscaba y también a su Santísima Madre, y no para pedirles remedio y misericordia para su perdición! ¡Oh pecadores del mundo, no imitéis a Judas y frecuentéis los templos para conseguir vuestras pretensiones y sensualidades, sino para vuestra salvación! Mirad, que la paciencia del Todopoderoso sufre mucho, pero después recompensa la tardanza que ha tenido en la venganza con la gravedad del castigo; mirad, que no es Dios de risa, sino fuerte, poderoso, que ha de venir a juzgar.

Pero lo que es digno de admiración es que Cristo Nuestro Señor y su Santísima Madre sufriesen aquellos últimos días a Judas teniendo ya fraguada su maldad, y su alma tan fea y abominable como de un demonio, sus pensamientos tan traidores y malvados como manifestó su determinación; y, siendo todo esto manifiesto no sólo al Redentor del mundo, que todo le es patente, sino también a su Santísima Madre, que le veía claro su interior, le sufrieron, toleraron y llevaron, y la mansísima Paloma, traspasada de dolor no le mudó el semblante sino que siempre se le mostró apacible, ni quiso hacer acción por donde con los demás apóstoles fuese descubierto ni deshonrado. Aprendan de aquí los fáciles en deshonrar a sus prójimos[567].

[567] M. C. de Dios, ib. c. VIII.

Meditación III. De la despedida de Cristo Nuestro Señor con su Santísinia Madre para irse a padecer.

Cuando el Redentor del mundo se volvió el domingo de Ramos a Betania, se aposentó en la casa de Marta y María, donde fue recibido de las dos hermanas amorosísimamente. Y la prudentísima Reina salió al encuentro de su Santísimo Hijo, diólé toalla para que se limpiase el sudor, que los tenía muy grandes, de sangre, en los últimos afectos de su vida por llegar a darla por los hombres, postróse a sus pies y reverencióle, mientras se limpiaba el Señor; dióle de cenar con grande copia de lágrimas, considerando cuán pocas veces había de ser, y aquella noche y los cuatro días que restaban hasta la celebración de la Pascua, lo pasaron Madre e Hijo santísimos juntos y en admirables ocupaciones y coloquios, y sólo se dividían para ir Nuestro Redentor al Templo de Jerusalén, que fue todos los días, excepto el miércoles.

Descubrió admirables sacramentos y ocultos secretos el Señor a María Santísima, y los depositó en su pecho, fiando de su prudencia los mayores negocios de la Iglesia santa y de la salvación de los hombres. Ordenóla todo lo que había de hacer en el tiempo de su pasión y muerte, y la previno con amor severo, porque no era tiempo de gozar de los dulces abrazos de su Hijo, Esposo y Señor, y esto mismo pidió y quería la piadosa Madre; y deshacíase en afectos de amor y de amargura, ofrecíase muchas veces a morir por su Amado y hería el corazón del Hijo Santísimo, porque amaba tiernamente a su prudente Madre.

Llegó el jueves de la cena, y este día, antes de salir la luz del día, llamó Cristo Nuestro Señor a María Santísima, y Ella respondió presta a la voz de su querido. Postróse a sus pies, como tenía de costumbre siempre que la llamaba, y díjole: -Habla, Señor, que tu sierva oye.-Y el Altísimo la levantó y la dijo: -Madre mía, la hora oportuna y saludable para el linaje humano es llegada y determinada por mi Eterno Padre: razón es que ejecutemos el sacrificio que tantas veces le hemos ofrecido. Dadme, Señora, licencia para ir a morir y padecer, y tened por bien que me entregue a mis enemigos, para que sea hecha la salud eterna de los hombres. Cooperad en esta grande obra rindiendo vuestro querer al de mi Eterno Padre. El ser humano y forma que tengo, la recibí de la materia que administrasteis al Espíritu Santo con vuestros afectos divinos. Yo la recibí para padecer, y esto se ha de cumplir. Y como en mi encarnación disteis el fíat[568], le habéis de dar ahora en mi muerte; y el retorno de haceros mi madre, quiero que me le déis en sacrificarme a mi Padre, que me envió a que padeciese por las ovejas perdidas de su casa[569].

Estas y otras razones que dijo el Señor a María Santísima, 1e traspasaron el corazón y fue presa en la más ajustada prensa que jamás pudo haber, porque veía la hora llegada de tan grandes tribulaciones para su amado Hijo, la voluntad del Eterno Padre determinada sin esperanzas de apelación, porque no había tribunal más superior; considerábale Dios eterno en perfecciones y atributos e hijo suyo, engendrado en sus entrañas; confería su alteza y dignidad con la humilde obediencia que le había tenido, la liberalidad con que la había favorecido y comunicado, y que había de carecer de su amable presencia, y, posponiendo su causa, consideraba la del Señor que le despedía para ir a padecer crueles tormentos, ignominias y muerte de cruz, y entre el amor de madre y el rendimiento de hija del Eterno Padre se deshacía en pena y, como pudo, se volvió a postrar a los pies de su Amado y, besándoselos muchas veces, dijo: -Altísimo Señor mío, Rey de los reyes y Señor de los señores, hijo de mis entrañas, mirad a mi corazón, y él manifestará lo que mi lengua no puede; muero de pena de que no he de morir con Vos, y pues no merezco la obra de mi deseo, recibid la amargura de que no se ejecute; de Mí no tengáis pena, dueño mío, pues en esta ocasión el mayor padecer ha de ser más alivio: razón es que este vil gusanillo a quien la diestra divina levantó del polvo por sola su piedad, se rinda a sus órdenes y querer. Yo me ofrezco a vuestro Eterno Padre, para que de Mí disponga y ordene lo que gustare: el mayor sacrificio que tengo que hacer es lo que

[568] Luc. I, 38
[569] Matth. XVIII, 1

habéis de padecer, y que no se truequen las suertes. Amado de mis deseos e Hijo de mis ojos, decidme cómo os aliviaré. ¡Oh crueldad inaudita de la naturaleza humana! pues ha de quitar la vida a mi manso cordero. ¡Oh inhumana culpa, que tantas penas y trabajos le has de ocasionar! Cielos, planetas, elementos, tierra, plantas árboles, ángeles, patriarcas, profetas, ayudadme a llorar la muerte de mi amado Dueño. Y Vos, Señor, dadme la bendición y licencia para que os acompañe, y padezca más mi corazón a la presencia de vuestro sacrificio: dad fortaleza a vuestra lastimosa Madre, y admitidla en vuestra pasión para que sea sacrificada con Vos: suplícoos, lumbre de mis ojos y ser de mi ser, vida de mi esperanza y alegría de mi desconsuelo, me déis licencia para presentaros una petición; y pues mi deseo os es manifiesto, decidme si gustáis os la diga.

Dio el Señor a su Santísima Madre la licencia que le pedía, y la prudentísima Reina habló a Su Majestad con más caricia que solía, por aliviar a su humanidad santísima en los últimos días de su vida con este linaje de regalo.

Díjole: Dueño mío, amado de mi afecto, luz de mi entendimiento, vida de mi espíritu, decidme, si gustaréis, aunque Yo no lo merezca, de favorecerme con que Yo os reciba sacramentado cuando instituyáis tan grandioso sacramento, para ensalzaros y alabaros y teneros en mi pecho. Bien veo, Dueño mío, pido mucho para lo poco que merezco, pero estando, Rey mío, de partida, tiempo es de mostraros magnífico y liberal. No tengo que daros para disposición sino lo que me habéis dado, vuestra bondad y la unión hipostática de las dos naturalezas, divina y humana, y vuestros infinitos merecimientos, y mis pobres obras, que ya me acuerdo que al punto que me manifestéis, luego que vinimos de Egipto, que os habíais de quedar en especies de pan y vino sacramentado para que os recibieran los hombres, con otros muchos misterios que me mostrastéis, puse intención y deseo de que todo lo que hiciese, fuese encaminado a disponer y preparar esta pobre morada para recibiros en ella. Ya, Dueño mío, lo sabéis; volvedme a restituir tan grande tesoro, que nueve meses de asistencia algún derecho puede alegar, no Yo a Vos, sino Vos a Mí, que Yo no os merezco; pero Yo soy vuestra por muchos títulos, que mi ser de naturaleza y de gracia os le debo y, siendo vuestra, derecho tengo a pediros me sustentéis en el ser de gracia que me pusísteis, y qué alimento mejor que el pan de los Angeles?; pues, buscad vuestra posada, entrad en la morada de vuestra madre, en el huerto de vuestra esposa, en la choza de vuestra esclava, allí estaremos juntos en el aposento que os formó la que a Mí me concibió, donde me exceptuasteis y librasteis de culpa y del contagio común de ella para hacerme limpia morada vuestra, allí os tendré, Amado mío, y no os dejaré, y os pondré como hacecico de mirra entre mis pechos.

Respondió el Redentor del mundo: Hágase, Madre mía, como pedís: sacramentado me recibiréis.- Consolóse grandemente la Madre de piedad y fue haciendo grandes ejercicios y actos de amor y de todas las virtudes para disponerse. Y díjola el Señor, que en saliendo Su Majestad de Betania fuese tras El con las mujeres que la quisieren seguir, y que llevase a las que habían venido de Galilea, porque el Altísimo las amaba afectuosamente, y que caminasen para el cenáculo donde estaría el Señor. Echó la bendición con gran ternura a su Madre, y despidiéronse con increible dolor y amargura.

Principió el Redentor del mundo la última jornada para Jerusalén, jueves a mediodía poco más o menos, y a los primeros pasos que dio, levantó los ojos al cielo, y confesó y engrandeció de nuevo a su Eterno Padre y se le ofreció con grande y ardiente celo de obediencia y de la salud de los hombres, y dijo: Voy, Padre mío, a padecer y morir por vuestras ovejas, y a entregarme por vuestro amor a las ignominias, angustias y dolores, voy a congregar tesoros para mis queridas las almas, <a> abrirlas las puertas del cielo y a enriquecerlas de bienes eternos.

¡Oh qué fiel amante y verdadero amigo de las criaturas se mostró nuestro dueño en esta determinación y qué digna es de fiel correspondencia! ¿Quién más amó y quién más padeció, por amar, que Nuestro Redentor? Voluntades humanas, de justicia debéis ser fieles, y si os preciáis de serlo con un sujeto igual al vuestro, éste es objeto tan superior y divino y tan liberal en favorecer que, si no amáis a quien tanto lo merece, sois reprensibles y dignas de pena eterna.

Acompañaban a Cristo Nuestro Señor sus apóstoles, y en esta ocasión los habló con toda claridad, y los previno con entrañas de padre amoroso; los amonestó y previno que el demonio les perseguiría y rodearía como león hambriento y como ovejas sin pastor; y ellos respondían según su afecto presente; y no obraron lo que propusieron, porque las tribulaciones y tempestades que pasaron, los turbó.

Salió María Santísima de Betania con la congregación de mujeres, de quien Ella siempre cuidaba, y entre ellas iba María Magdalena, y todas juntas hicieron su jornada. Iba la Madre de Dios exhortando a sus discípulas y previniéndolas, a imitación de su Hijo Santísimo, y les dijo la muerte que había de tener Su Majestad.

Iban los mil ángeles de guarda corpóreamente asistiendo a su Reina, porque así se lo mandó el Señor cuando se despidió de su Santísima Madre. La Magdalena ofreció a su divina Reina, que le acompañaría todo el tiempo de sus trabajos sin dejarla, y así lo cumplió; en que se manifestó la nobleza de su ánimo y el afecto de su amor que le lleva ardentísimo[570].

[570] M. C. de D. lib. VI, c. IX.

Meditación IV. De la última cena que el Señor hizo con sus Apóstoles; cómo les lavó los pies; y de la inteligencia que de todo tuvo María Santísima.

Antes de llegar Cristo Nuestro Señor a Jerusalén, le hicieron los Apóstoles algunas preguntas sobre los grandiosos misterios, de que les había dado luz, y entre ellas fue una, que dónde quería celebrar la Pascua[571]. Respondióles Su Majestad con semblante amorosísimo y entrañas de amoroso padre, porque estaba afectuosísimo con ellos, y sentía el dejarlos y lo que habían de padecer con su pasión y muerte, porque en Cristo Nuestro Señor hacían contrarios efectos los trabajos que en los demás hombres terrenos, que el verse morir los obliga a olvidarse de todo, y el mucho padecer los desabre y los hace intratables, y el verse perseguidos les da mohina y enojo; pero Nuestro Redentor está amorosísimo, suave y dulce, y procedía como un cordero.

En respuesta de lo que le dijeron al Señor, que dónde quería celebrar la Pascua, envió a San Pedro y a San Juan a Jerusalén, para que previniesen lo necesario para la celebración, y señalóles la casa del Cenáculo, que era de un hombre devoto, que con buen afecto había oído la doctrina del Señor. Adelantáronse a obedecer a Su Majestad los dos apóstoles, y dieron al dichoso hombre la legacía de su divino Maestro, y él, con liberalidad, ofreció un cuarto de casa, el mejor y más retirado de ella: limpióle y desocupóle y le adornó de colgadura y estrado, porque era rico; ayudáronle los dos apóstoles Pedro y Juan, y prepararon lo necesario según Nuestro Redentor se lo había ordenado. Llegó Su Majestad y los apóstoles y discípulos, a la dichosa casa y, dentro de poco tiempo, entró María Santísima[572] con las mujeres. Fue luego la Madre de piedad a tomar la bendición de su Hijo, como acostumbraba, y Su Majestad la dijo se retirase con sus compañeras y discípulas a un aposento del cuarto aderezado, el más inmediato a donde Su Majestad estaba; y la dijo informase a las mujeres y las diese luz de los misterios que se habían de celebrar. Obedeció puntualmente María Santísima y dio altísima doctrina a su congregación, y las informó y alumbró de grandes misterios.

Entró el Redentor del mundo a una sala bien adornada del cuarto y los doce apóstoles y otros discípulos; y éstos no percibieron todas las palabras que habló Cristo Nuestro Señor, ni entendieron todos los misterios, pero los doce apóstoles, sí, excepto Judas, que las tinieblas que le poseían, no daban lugar a la luz, porque estaba muerto a todas buenas operaciones; pero no le apartó el Señor de los demás, porque hasta lo último quiso justificar su causa y guardarle la honra por la dignidad que tenía, y hasta las amonestaciones y reprensiones que le dio algunas veces, fue a solas.

Hizo Su Majestad la cena del cordero legal con todas las ceremonias y requisitos que la ley mandaba[573], y dio luz a sus apóstoles de todas las figuras que los Padres y Profetas antiguos habían hecho, las cuales representaban lo que Su Alteza había de obrar, y díjoles cómo su Eterno Padre había dado la ley de Moisés con término y orden de que cesase cuando Su Majestad instituyese la ley de gracia, quedando los preceptos de la ley natural perfeccionados por la divina, y que con aquella cena del cordero y celebración de la Pascua daba fin a todas las leyes del testamento viejo, y fundaba la de gracia para salud eterna de las almas: de estos y otros misterios dio inteligencia clara el Todopoderoso a sus apóstoles. Hizo Su Majestad un cántico engrandeciendo a su Eterno Padre por todos los misterios, figuras, sacrificios y leyes antiguas, y cómo las selló y acabó con glorioso fin. Y luego, para principio de la ley de amor, hizo una larga oración a su Padre; postróse en tierra y, pegado con el polvo, dijo: Padre Eterno, tened por bien y concededme que Yo funde la ley de gracia para que mis discípulos la establezcan, y convertid vuestro rigor en amor, vuestra justicia en misericordia, con mis queridas las almas: quiero, Padre mío, abrirles las puertas del cielo para que lleguen a ver vuestro rostro; por mis hermanos y amigos os pido y por los miembros de mi Iglesia, de quien he de ser cabeza y redentor.

---

[571] Matth. XXVI, 17; Marc. XIV, 12; Luc. XXII, 9.

[572] Que la Santísima Virgen estuvo con Jesús en el cenáculo en esta ocasión, lo afirman también Metafraste, Barradio, Cristóbal de Castro, Silveira (lib. VII. c. VII. q. 26, núm. 178). Y esta afirmación está muy conforme a lo que dispone el Exodo, XII, 3. Véase la nota correspondiente a esta cuestión, en el tomo VI, de M. C. de Dios.

[573] Exod. XII, 3 y sig.

Y Nuestra Reina y Señora, desde el recogimiento en que estaba, veía con toda distinción y claridad todos los actos interiores que ejercitaba Nuestro Redentor y las peticiones que hacía, y tenía visión particular de todos los misterios que Su Majestad obraba, y altísimas inteligencias para entender lo que significaban, y en su alma santísima sentía efectos admirables, y componía por todo cánticos de alabanza, y con estar tan cerca la pasión de su Hijo Santísimo y tan pensado y premeditado en su corazón lo que había de padecer, no la impedía para los actos heróicos que hacía, ni la turbaba ni quitaba la paz, aunque era traspasada de dolor y pena. Y después que salía de la alteza de las inteligencias divinas que tenía de tan magníficos misterios y se humanaba a la parte inferior[574] esforzaba, amonestaba y alumbraba a la congregación de mujeres, y les daba luz de los misterios de la 1ey de gracia.

Ya que estaba la cena del cordero hecha y los apóstoles ilustrados de luz divina, se levantó Cristo Nuestro Señor[575], hizo en su interior actos heróicos de humildad reconociéndose inferior en la humanidad a la divinidad con grandiosas sumisiones, y miró cuán eminente lugar tenía en su aceptación la virtud de la humildad y cuán importante era para la salud de los hombres, y dijo a su Eterno Padre: Padre mío, por la puerta de la humildad quiero entrar a la celebración de tan altos misterios, que después de haberme ofrecido en sacrificio a vuestra divina disposición y a pagar con mi muerte la culpa de los hombres, satisfaciendo a vuestra justicia, no puede hacer otra cosa mi humanidad, que más gusto os dé, que humillarme hasta el polvo, en contraposición de la soberbia y altivez de Lucifer. Y para obligaros, os ofrezco los actos que hiciere de esta virtud; quiero dar ejemplo de ella a mis apóstoles y humillarme, siendo el mayor, a lavarles los pies; imagen de vuestro entendimiento soy, y figura de vuestra substancia[576], y el Verbo hecho carne, y me quiero poner a los pies del menor por su maldad, que es Judas, y, porque ofrecerle mi amistad, siendo el mayor enemigo que en la naturaleza humana tengo, será más excelente agrado de humildad, quiero abrirle los brazos de mi piedad y perdonarle, en cuanto a mi deseo; y, si no le admitiere, le vendrá su castigo por la rebeldía de su voluntad.

¡Oh qué fervoroso y sediento iba Nuestro Redentor a buscar la virtud de la humildad! Como la cierva herida de la sed se entrega a saciarse en las fuentes de las aguas, y como la velocidad de la piedra baja a su centro, y el fuego para subir a su esfera, así se entregaba el verdadero maestro de la humildad a ejercitarla. Pero qué es lo que digo?, que agravio al deseo de humillarse el Señor en compararle a cosas humanas y naturales, pues excedía infinito a todas; no hallo cómo ponderarle, y quiero más reconocerme insuficiente de manifestarle que ofender a Su Majestad en no saberlo declarar. El grandioso afecto de humillarse le hizo inventar tal linaje de humanarse, como lavar los pies a sus discípulos, pues fue lo más eminente y perfecto de la humildad, porque lo más despreciable de un hombre y lo más inferior son los pies, pues en ellos puso Su boca el Señor, que es lo más superior en los demás, y por Ser Cristo Nuestro Señor hombre y Dios, fue juntar lo más eminente y altísimo con lo más bajo y abatido: y, aun en sentido espiritual, fue el mayor acto de humildad el que el Altísimo hizo, porque no hay cosa más inmunda e inferior que el pecado, y El fue el que en la significación limpiaba y lavaba su mancha.

¡Oh qué para mirar y considerar de sus esposas, las almas, estaba nuestro dulce Dueño! ¡Qué hermosísima y perfeccionada su forma, qué propicio y liberal para amar! Mirémosle, en cuanto a la divinidad, Hijo unigénito del Padre, tan infinito en atributos y perfecciones como El, engendrado por la fecundidad de su entendimiento, criador, conservador, vivificador de todas las criaturas, a las cuales podía aniquilar y destruir: y esta deidad, humanada en forma humana, con una alma santísima y hermosísima, criada con mayor eminencia de perfecciones y copia de virtudes que todas las demás, bienaventurada desde el instante de su concepción, y con un cuerpo perfectísimo, su rostro grave, sereno, apacible, hermoso, dulcísimo y escogido entre millares, el cabello nazareno, agraciado y de color entre dorado y castaño, los resplandores de sus ojos enamoraban, y los tenía

[574] Es decir, descendía en lo exterior a esforzar, amonestar...
[575] Joan. XIII, 4.
[576] Heb. I, 3.

rasgados, grandes y graves, la nariz perfectísima, la boca agraciada, y todo El tal que robaba los corazones.

Estaba Su Alteza en pie, y quitóse uno como manteo que llevaba, y quedóse con una tunicela morada, que María le tegió en Egipto para calzarle y creció con el santísimo cuerpo: llevábala ceñida y un poquito alzada de los pies, que se le descubrían; llevaba las sandalias que le hizo su Madre Santísima, cuando la tunicela, y también crecieron lo que los divinos pies; y no se las había quitado de ellos sino es cuando andaba en la predicación, que por más padecer se las quitaba algunas veces y andaba descalzo.

Las vestiduras, que dice el Evangelista[577] se quitó, fueron el manteo, y recibió un lienzo largo, y con el un extremo de él se ciñó, y el otro dejó pendiente. Echó agua en una vacía[578], y comenzó a lavar los pies a sus apóstoles, y a limpiarlos con el lienzo pendiente.

Llegó Su Majestad a Simón Pedro y, viendo el humildísimo y afectuosísimo apóstol puesto a sus pies a su Dios y Señor, representósele la alteza de su deidad y la pequeñez de su persona, porque el divino Maestro no sólo les lavaba los pies materialmente, sino que les iluminaba sus almas, y con la luz de su 1ucerna, que era el Cordero, reparó Pedro en lo que le hacía, y dijo[579]: Tú, Señor, me lavas a mí los pies? Respondióle Su Majestad: -Lo que Yo hago, tú lo ignoras ahora, pero sabráslo después. Que fue como darle a entender, obedece primero y humilla tu dictamen contra lo que sientes según tu razón, y después de creer por fe que hago lo que conviene, y en habiendo obedecido, entenderás los fines ocultos y altísimos para que Yo obro estos misterios; porque para conocerlos es menester tener fe y obediencia primero, y entrar por la puerta de la humildad a su inteligencia. Pero San Pedro quiso anteponer la humildad a la obediencia, y dijo: -No me lavarás los pies jamás.- Y Su Majestad respondió: -Si no te lavo, no tendrás parte Conmigo. Que fue como decirle: ¿Qué es esto Pedro? Ninguno será perfectamente humilde, si no es obediente primero.

Y también quiso el Señor, que no se le antepusiese San Pedro en la humildad ni que le impidiese aquel acto de ella, y con desear tanto Su Majestad darse a Pedro y a todos los vivientes, no sólo en parte sino entero, le amenaza con que no tendría parte en el misterio de la Eucaristía, que había de celebrar, si no obedecía, porque es mesa propiamente de obedientes. Respondió San Pedro con grande temor: Señor, no sólo lavarás mis pies sino manos y cabeza. Dijo el Altísimo: El que está lavado no tiene necesidad de lavarse sino los pies, antes está todo limpio; vosotros limpios estáis, aunque no todos; -porque tenía Su Majestad presente al que le había de entregar, y sabía cuán sucia estaba su alma por el pecado.

Fue lavando los pies de todos sur apóstoles, infundiéndoles mucha luz en sus almas. Llegó a Judas: hizo con él más demostraciones de amor que con los demás, pero aquellas medicinas saludables las convertía en veneno, porque no quiso arrepentirse ni retroceder atrás. Estaba Lucifer en el corazón de Judas y, aunque era trono de su agrado, estaba violentado entre tantos justos y actos heróicos de humildad que veía hacer, y quiso salirse, pero el poder divino le hizo estar allí para atormentarle y quebrantarle la cabeza con las armas de la obediencia y humildad. Y es de advertir, que desde que Judas perdió la gracia, no podía mirar al rostro de Nuestro Redentor, ni atender a El, aunque veía su divina persona, porque tan infinita bondad era penosísima a su mal, y por esto no le miraba: y lo mismo era a la Reina Nuestra Señora. Dio fin Cristo Nuestro Señor al lavatorio de los pies: volvió a tomar sus vestiduras y asentarse, y dijo a sus discípulos: -¿Sabéis lo que he hecho? Vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien, porque lo soy; pues si Yo, siendo vuestro señor y maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros los debéis lavar unos a otros, pues os he dado ejemplo para como lo he hecho lo hagáis[580]).

---

[577] Joan. XIII, 4.
[578] Ib. 5.
[579] Ib. 6. y sig.
[580] Joan. XIII, 23 y sig.

Todos los discípulos fueron llenos de luz y particular el discípulo amado San Juan, que le descubrió grandes secretos en esta cena del cordero y en la otra; y lo que hizo el Señor al pie de la cruz en público, hizo aquí en secreto de darle título de hijo de su Madre Santísima, y por eso dijo[581] después: Ves ahí a tu hijo; y al discípulo; Ves ahí a tu Madre. Y no dijo él será tu hijo, y Tú serás su madre, porque no era determinarlo de nuevo, sino confirmar lo que estaba hecho.

Dijo el Altísimo un regalado y grandioso sermón a sus discípulos, que San Juan lo refiere en su evangelio, y les dio a entender con palabras e inteligencias altísimas muchos misterios, y particular el de la Santísima Trinidad, Encarnación y Eucaristía. Todo lo conoció y vio María Santísima desde donde estaba, y se disponía con actos fervorosos para recibir al Señor, e iba informando y dando luz a sus discípulas como el divino Maestro a los suyos[582].

[581] Joan. XIX, 27.
[582] M. C. de D. lib. VI, c. X.

Meditación V. De la institución del Santísimo Sacramento; y cómo le recibió María Santísima.

Después del lavatorio de los pies, mandó Cristo Nuestro Señor que se preparase una mesa alta, como las que ahora usan para comer. Y no quiso Su Majestad celebrar en la que había hecho la cena del cordero legal, porque no era más alta que de seis dedos y acomodada para comer recostados, como lo acostumbraban los judíos[583]; y así lo hicieron el Señor y sus apóstoles para dar fin a aquellas sombras y ceremonias legales y principio a la caridad de la ley de gracia; y fue en mesa alta[584]. Adornáronla con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato[585] o salvilla y un vaso a modo de cáliz, que era de una piedra preciosa, al modo de esmeralda, y todo precioso y rico, que se le ofreció al Señor el dueño de la casa del Cenáculo con devoto afecto, para que siempre sirviese de cáliz. Sentóse el Todopoderoso a la mesa con los doce apóstoles, pidió Su Majestad un pan cenceño, sin levadura, y púsole en el plato, y echó vino en el vaso; y antes de consagrar hizo un regaladísimo razonamiento a sus discípulos, y les declaró ocultos sacramentos; encomendóles la paz[586] y se la dejó por vínculo y herencia en su testamento, ofrecióles los amaría, como su Padre Eterno le amaba a El, y que así quería se amasen unos a otros, y dióles luz que los elegía para establecer la ley de gracia, que Su Majestad fundaba. Estaban en aquel dichosísimo cenáculo grande multitud de Angeles, y muchos en figura corpórea, y todos con grandiosa reverencia y acatamiento. Apareció la person a del Eterno Padre y del Espíritu Santo, como en el río Jordán, cuando Nuestro Señor fue bautizado, y como en el monte Tabor cuando se transfiguró: y la Madre de Dios, San Juan y otros apóstoles le vieron, pero no todos. Enoc y Elías, por providencia divina, los trajeron dos ángeles de donde estaban en éxtasis, porque quiso el Altísimo fuesen testigos de aquellos divinos sacramentos, el uno de la ley de naturaleza, y el otro de la escrita. Y después de estar a la vista del suceso, el Rey Altísimo, sus vasallos, la Reina Madre, los apóstoles y los dos patriarcas y profetas antiguos, y todos como aguardando a lo que Nuestro Redentor había de hacer, principió Su Alteza con amor encendido del linaje humano <a> hacer actos heróicos de confesión, alabanza y magnificencia a su Eterno Padre y grandes peticiones por el bien de las almas en cuanto hombre y redentor de ellas, y dijo:

Padre Eterno y Dios Altísimo, a todo el linaje humano os presento, y por su salud eterna os suplico, y que tengáis por bien que me quede con ellos era especies de pan y vino hasta el fin del mundo, porque así se lo tengo prometido. Ya es hora de pasar de este mundo a vuestra presencia; querría, Padre mío, irme y quedarme, porque el amor ardentísimo que tengo a los que me encomendasteis, no me deja hacer otra cosa. Concededme, que hagamos con nuestro poder y sabiduría una demostración de nuestra primera voluntad, que la teníamos de comunicarnos a los hombres con particular unión, para que participasen de nuestras perfecciones y atributos, y pues por su desobediencia se indispusieron y se pervirtieron y estragaron del altísimo estado en que los pusimos cuando los criamos, determinemos (mirando a nuestra bondad y perdonando su maldad) de darles medicina oportuna y remedio para su pérdida: levantémoslos del atolladero y precipicio a que se arrojaron por el pecado, y pongámoslos en altísimo lugar de nuestra aceptación y gracia. Dadme licencia, Padre mío, para fundar y establecer mi testamento eterno y para dejar a mis ovejas sacramentos santos, con los cuales comuniquemos a sus almas unas señales sagradas y efectos con que se adornen y justifiquen en nuestra presencia: dejaréles unas memorias y prendas de mi infinito amor y de mi pasión y muerte y de la gloria que después les daré, si se aprovecharen de medicinas tan saludables: quiero dárselas para que participen de la gracia justificante y que recuperen su pérdida.

---

[583] Todavía conservan los judíos esta costumbre.

[584] La mesa, o tabla, en la que instituyó Jesús la Sagrada Eucaristía, se halla en Roma, en S. Juan de Letrán. Tiene tres metros de larga, y uno y medio de ancha, y es de cedro del Libano.

[585] El sagrado plato (o fuente) de piedra, semejante a la esmeralda, sobre el que consagró Cristo, en la actualidad se encuentra en la Catedral de Génova y se halló o descubrió en la toma de Cesarea de Palestina, en el año 1101.

[586] Joan. XIV, 27.

1º El sacramento del bautismo les instituiremos para remedio del pecado original y para que restauren lo que perdieron por el primero pecado, y los que son hijos de ira queden hijos de bendición, recibiendo en sus almas el don precioso de la gracia, con que se hagan miembros del cuerpo de mi Iglesia, de que Yo soy cabeza, y capaces para recibir los demás sacramentos que instituyere, y queden amigos nuestros, herederos de nuestra gloria. En este sacramento les infundiremos disposición para comunicarles auxilios particulares, con que cumplan con las obligaciones de fieles cristianos, armarémoslos de fortaleza para que resistan en los movimientos naturales e imperfectos, que el ser concebidos en pecado les engendrará, y para que detengan las pasiones que la naturaleza depravada les fomentará; alumbrarémosles con este sacramento los entendimientos, para que sin engaño ni disculpa puedan hacer elección del bien o del mal, con que justifiquemos nuestra causa en sus siniestras determinaciones y mal obrar; pondrémosles caracteres y señal perpétua, para que se conozcan por hijos de nuestra gracia y concebidos en nuestra aceptación entre los esclavos del pecado y del demonio; infundirémosles perfectos hábitos, para que ejerciten la fe, esperanza y caridad en nuestro conocimiento, amor y alabanza. Y este primero sacramento le recibirán, antes que la razón y discurso hagan su oficio y ejercite sus operaciones, porque con la esperanza de que serán después limpios, no las cometan antes del bautismo.

2º Y porque se confirmen, cuando ya tengan uso de razón, de lo que sin él recibieron, fundaremos el segundo sacramento de la confirmación, para que queden los hombres obligados a creer y defender, con todas sus fuerzas, la fe que en el bautismo recibieron, y sean capaces de lo que contiene y en que consiste[587].

3º El tercero sacramento será el de la penitencia, porque tengan las almas con qué lavarse de las culpas que por la fragilidad y malicia de la naturaleza humana cometieren, y de las que reincidieren, porque habiendo dejado a las criaturas con libre voluntad para que con ella hiciesen elección del bien o del mal, y porque mereciesen por sí mismos el premio o castigo de sus malas y buenas obras (pues no es según nuestra bondad tener siervos violentados) estando esta voluntad en vasos tan quebradizos e inconstantes, será llevada y arrastrada tras de las pasiones y apetitos, y persuadida del común enemigo que se embrabecerá de nuevo contra los hijos de la ley de gracia; por todo lo cual han menester medicina oportuna, y cómo lavarse ampliamente de su delito, con que se restituyan a nuestra amistad y gracia, la cual conseguirán con el sacramento de la penitencia.

4º El de la eucaristía instituiré, para que en especies de pan y vino me reciban, y por este modo nos comuniquemos las tres divinas Personas a los hombres haciéndolos nuestras moradas y participantes de nuestros bienes y tesoros, y nos unamos por amor con ellos. Quiero, Padre mío, que no les falte mi presencia real el tiempo de su cautiverio, por lo cual no me iré sin quedarme.

5º El quinto sacramento será el de la extremaunción, para que cuando se dividan las almas de los cuerpos, queden sellados con señales santas, que les sirvan de prendas de su resurrección y gloria que se les espera.

6º Y para que estos sacramentos se los administren a los hijos de mi Iglesia y profesores de mi ley, es necesario el sexto sacramento, el cual instituyo nombrando por mis sucesores legítimos a mis apóstoles, y por su cabeza y pontífice a Pedro, para que, siendo sacerdotes, ordenen, nombren y elijan a otros para que les sucedan; con que se haga el sacramento de la orden, y todos los que fueren sacerdotes en el mundo futuro, los elijo y acepto en mi mente divina para tan alta dignidad.

7º El séptimo sacramento es el matrimonio, para que, con nuestra bendición, propaguen el linaje humano, crezcan y se multipliquen los hombres. Padre Eterno, éste es mi testamento y en él hago donación y herencia a mis criaturas de todos mis bienes y tesoros infinitos y de mis grandes merecimientos, para que con ellos, por medio de estos sacramentos, consigan la vida eterna.

Esta oración hizo Cristo Nuestro Redentor a su Eterno Padre antes de la consagración del pan y del vino, y por inteligencia la vio María Santísima, y desde donde estaba acompañó en ella a su Hijo

[587] S. Fabián Papa, escribe, que Cristo instituyó la Confirmación en la última cena, y que esto lo aprendieron sus antecesores de los mismos Apóstoles. (Ep. ad Epis. Orient.) Así dice también el Catecismo Romano.

Santísimo; hizo la misma petición postrándose en tierra, y con suspiros del alma aplacaba a la justicia divina y fomentaba con sus piadosos ruegos el uso de la misericordia para el bien de los hombres, porque su caritativo afecto hería el corazón del Señor.

Hizo en esta ocasión Nuestra Reina una grande obra, y fue que Lucifer y sus secuaces, del desaliento y quebranto que sentían, coligieron que el Señor y sus apóstoles hacían alguna cosa para su perdición, e intentaron entrar en la sala de la institución mucha multitud de malos espíritus, y la divina Princesa, conociendo que no era voluntad del Señor que ellos asistiesen a aquellos misterios, los arrojó, anatematizó y fue tan poderosa, que los lanzó en las profundas cavernas[588], y también al demonio que estaba en el corazón de Judas, y pegados en lo profundo estuvieron hasta que el Señor les dio licencia que se levantasen para ver su pasión y tener el último[589] de que era el Verbo encarnado; y los ángeles santos cantaron a la Reina, como a otra Judit, la gala de su triunfo, dándole gloria y honor; y en quebrantando la cabeza al dragón, se levantó a más alta contemplación de aquellos misterios; y no estuvo ningún demonio en la institución del Santísimo Sacramento, aunque en el lavatorio, sí.

Después de todo esto y de haber hecho Cristo Nuestro Señor a su Eterno Padre la oración de 1os sacramentos que he dicho, y un cántico en alabanza del fíat que le daba para instituirlos, tomó el pan, que estaba en el plato, en sus divinas manos y, humillándose la humanidad santísima por la inferioridad que tenía a la divinidad, pidió como licencia o como dignación, de que en cuanto hombre había de obligar a Dios, a que con las palabras de la consagración, y no sólo había como obedecer el Altísimo en aquella ocasión que Su Alteza se lo suplicaba, sino en otras muchas que los hombres, hechos sacerdotes, pronunciarían las mismas palabras, y por todas las que habían de ser, pidió Su Majestad una general licencia y perdón de que la criatura tenga superioridad para que la obedezca el criador en este misterio.

Y teniendo Nuestro Redentor el pan en sus manos, levantó los ojos al cielo, con tan grande gravedad y semblante reverencial que hizo temblar y estremecer a los ángeles, a la Reina del cielo y los apóstoles, que le estaban mirando: dijo las palabras de la consagración en el pan, y quedó hecho sacramento transubstancial en el cuerpo, y el vino quedó convertido en su sangre santísima. Y al punto dijo el Eterno Padre, señalando el pan y el cáliz, y confirmándolo el Espíritu Santo: Este es mi Hijo muy amado en quien Yo me he de complacer y deleitar hasta el fin del mundo, y ha de estar con los hombres todo lo que durare su destierro. Y Cristo, en cuanto hombre, reverenció profundísimamente a la divinidad sacramentada; y la divina Reina, su Madre, desde donde estaba, se postró en tierra y adoró al Santísimo Sacramento con grandioso espíritu, culto y reverencia más que pura criatura jamás hizo; y todos los ángeles del cielo y los de la guarda de María Santísima hicieron lo mismo; Enoc y Elías, por sí mismos y en nombre de los patriarcas y profetas de la ley de naturaleza y de la escrita, hicieron grandiosas postraciones y dieron culto altísimo a Dios sacramentado, y obligaron a Su Majestad para que no se quedaran en ayunas del pan divino; los apóstoles también reverenciaron al Santísimo Sacramento con grande afecto, señalándose unos más que otros, según la mayor fe y caridad que tenían.

Después de esto, levantó Cristo Nuestro Señor el pan sacramentado que tenía en sus manos, para que de nuevo le adorasen los que le habían de recibir, y en esta elevación nuestra divina Reina conoció el modo cómo estaba su Hijo Santísimo sacramentado profundísimamente y los milagros que contenía la Eucaristía; vio por ilustración divina, que en el pan y en el cáliz estaba real y verdaderamente el cuerpo y la sangre y el alma santísima de Cristo Nuestro Señor juntamente con la divinidad, y por la unión indivisible de las tres divinas Personas, estaban con el HIjo, el Padre y el

---

[588] El bocado que Cristo dio a Judas, después del cual entró Satanás en éste (et post buccellam introivit in eum Satanas) fue durante la cena usual, antes de la institución de la Eucaristía, como afirman S. Hilario (Can. 30 in Matth.), Ruperto (1. VII in Joan. c. VI), Inocencio III (Lib. VII de Myst. Miss. c. 13) y otros. Véase la not. XX de la 2ª parte de "Míst. C. de Dios".

[589] Desaliento y quebranto.

Espíritu Santo con tan admirable y excelente modo, que sólo el amor ardentísimo que tuvo Dios a los hombres, y su sabiduría lo pudo inventar y sólo su poder ejecutar.

Obrando que la sustancia del pan se convirtiese en el cuerpo de Cristo, y la del vino en la sangre preciosa, por las palabras que dijo Su Majestad de la consagración, a las cuales dio aquella grandiosa y poderosa virtud, de manera que por toda la duración del mundo tuviesen tan divina eficacia y fuerza en cualquiera sucesor de Cristo que tuviese intención de consagrar, y esto se determinó con tan grande infalibilidad y certeza, que antes faltará el cielo y la tierra y todo lo que tiene ser que el ministro legítimo deje de consagrar, si es sacerdote, en materia y forma debida.

1. Quedáronse los accidentes del pan y del vino en la consagración de por sí y sin sustancia ni sujeto, porque se convirtió la sustancia en el cuerpo de Cristo, y luego faltó esta sustancia, con que se quedaron los accidentes sin ella, de por sí, porque en el cuerpo santísimo que estaba debajo de estos accidentes, no pudieron sujetarse ni sostenerse, porque estaba el cuerpo indivisiblemente todo en el todo, y todo en cualquiera parte, y los accidentes estaban extendidos, como se ve en un panecillo, o ahora en la hostia consagrada, que tiene tanta blancura y tan extendida como lo está en la circunferencia de un pan o de una hostia.

2. Y porque este misterio fuese común a todos y se dilatase, ordenó la divina Providencia, que el cuerpo de Cristo estuviese en muchos lugares, y que se hiciese tan grande milagro que, siendo finito y limitado, estuviese en todas las partes que consagren; y a esto se obligó el Altísimo.

3. Y también obró que el cuerpo y la sangre de Cristo Nuestro Señor estuviese en este sacramento indivisiblemente, que es estar todo en cualquiera parte de la hostia, y todo en ella. Pidiendo el cuerpo santísimo de su naturaleza extensión en orden al lugar, como los demás cuerpos, de manera que la cabeza ocupase diferente lugar que los pies, y los brazos que el pecho, hizo el Todopoderoso, que todas las partes de este purísimo cuerpo estuviesen en un solo lugar cualquiera de la hostia, y que de tal manera se conservase el cuerpo de Cristo debajo de las especies y accidentes del pan, y la sangre en las del vino, que en faltando estos accidentes o corrompiéndose, dejase de estar allí el cuerpo del Redentor y sangre preciosa.

4. Ordenó también la divina diestra que, en recibiendo estas especies de pan y vino en el estómago o pecho, que alimenten y sustenten a la criatura, lo cual naturalmente no puede ser, porque la substancia del hombre no puede crecer sino con otra parte nueva de substancia que se le añada, y los accidentes no pueden sustentar ni alimentar la substancia, porque no son ellos substancia, para lo cual dispuso Dios, que en el último instante en que las especies estén dispuestas para alimentar el estómago, cría Su Majestad una substancia y materia, en la cual se introduce la forma del hombre, que es el alma racional, y así se hace la nutrición, criando el Señor aquella materia de nuevo, y lo mismo sucede cuando se corrompen las especies sacramentales.

¡Oh qué de maravillas recopiló el Todopoderoso en este divino sacramento, y qué favor digno de grandísima correspondencia es éste para el linaje humano! La que dio María Santísima es indecible; porque conoció con los demás misterios la ingratitud de los hombres para agradecerlos, tomó por su cuenta el hacerlo, y hacía actos altísimos para disponerse para recibir al Señor.

Después de haber levantado el Redentor del mundo su cuerpo y sangre, para que le adorasen, tomó el pan en sus manos, y partióle, y comulgóse a Sí mismo, el sumo y primero sacerdote, y al recibirse hizo actos heróicos, y se reconoció en cuanto hombre inferior al ser de Dios, y, con un linaje de encogimiento y humildad grandiosa, tembló la parte inferior, al tiempo de recibir a la divinidad; y este efecto hacía en el Verbo humanado mirar la poca consideración con que los mortales habíamos de llegar a este ínclito y divino Sacramento. ¡Oh qué admirable misterio era ver al cuerpo de Cristo recibir al mismo cuerpo suyo, alma y divinidad! qué operaciones tan altísimas ejercitaba, qué efectos tan divinos redundaban en aquella humanidad santísima y parte inferior como materia perfectamente dispuesta. Hizo un cántico altísimo a su Eterno Padre el Verbo humanado, porque se había recibido sacramentado dignamente, y se ofreció en sacrificio y holocausto por la salud de los mortales; y lo mismo hizo María Santísima que ejercitaba, como podía, todas las operaciones y

actos de su Hijo y Señor, porque tenía inteligencia de ellos. Partió el Altísimo, después de haberse comulgado a Sí mismo otra parte del pan, y diósela a San Gabriel, el cual con grandiosa reverencia tomó las especies sacramentales y, acompañado con gran multitud de ángeles, caminaron para donde estaba la Reina del cielo y tierra, que así se lo ordenó la divina Providencia; y quedaron estos santos Angeles como pagados y satisfechos, con esta vez que tuvieron en sus manos el Santísimo Sacramento, de la emulación que les podía causar (a nuestro modo de entender) el no darles a ellos la dignidad excelente de sacerdotes, que se les comunicaba a los hombres.

Comulgaron los ángeles a María Santísima[590], y fue a tiempo que antes recibió esta divina Señora al Santísimo Sacramento que los apóstoles; y determinó la Santísima Trinidad, para que no faltase este celestial pan del mundo y de la Iglesia, como lo tenían prometido, que quedase depositado en el pecho de esta divina Reina, como tabernáculo santo, hasta que otra vez se consagrase[591] , sin que el calor natural de su corazón alterasen las especies ni las consumiesen, que fueron nuevos milagros, porque el querer ir el Señor al corazón de María Santísima fue cosa nueva y no sucedida en otros, y milagrosa el que el calor de él no alterasen las especies, porque más calor tiene el corazón que lo restante del cuerpo, y aunque no es calor para gastar las especies con nutrición, que este oficio sólo le tiene el estómago, pero mayor calor era el del corazón para consumirlas, y aumentábale los ardientes afectos de amor que tenía la divina Reina; cuando los ángeles llegaron con el Altísimo Sacramento, ya estaba esta Señora postrada en tierra, de donde se levantó a recibirle y le depositó en su corazón, donde le tuvo hasta que se volvió a consagrar: dio altísimas y fervorosísimas gracias al Señor.

Y después de comulgar el Señor y su Santísima Madre, les dio del divino pan a los Apóstoles[592], y les mandó que entre sí se le repartiesen, y en esta palabra les dio dignidad sacerdotal. Y ellos principiaron a ejercer el oficio; repartieron el pan y comulgáronse cada uno a sí mismo con grande afecto y muchas lágrimas. Y después de haber recibido el Santísimo Sacramento los doce apóstoles, porque se les dio preeminencia de antigüedad por ser sacerdotes y de la ley de gracia como fundadores de ella[593], tomó San Pedro del pan celestial por mandato del Señor y comulgó a Enoc y a Elías, los cuales quedaron todos espiritualizados y confortados con este divino pan, para pasar el largo camino que les restaba: hicieron grandes gracias y alabanzas al autor de estas maravillas.

Y porque el misterio de la encarnación y de la institución del Santísimo Sacramento son prendas de la justificación y de la resurrección de los muertos, quiso la divina providencia dárselas en el modo que pudieron recibirlas Enoc y Elías, y en ellos a la ley de naturaleza y escrita, para que después tengan parte de la gloria que a los profesores de la fe y de la ley de gracia se les ha de dar, y les ha de redundar de la humanidad santísima del Redentor. Al tiempo que los apóstoles recibieron el cuerpo y sangre de Cristo, los estaba la Madre de Dios mirando con la inteligencia divina que Dios la comunicaba para ver todos los demás misterios, y veía los interiores de todos y la disposición que tenían para recibir a tan alto Señor; y cuando Judas le iba a recibir, conoció la divina Princesa que estaba pensando y discurriendo cómo haría para no comulgar, sino coger el pan a excusa de los demás, y llevársele a los escribas y fariseos, y decirles que mirasen qué maestro tenía, pues decía que estaba en aquel pan y que le recibían; y viendo la Madre del Altísimo tal maldad, mandó a un ángel de los de su guarda, que tomase las especies sacramentales de Judas y las llevasen adonde el muy Alto les ordenase. Condescendió Su Majestad con tan santo celo, y en su ejecución dio a entender a los ángeles, <que> con el derecho de Madre que María Santísima tenía y con la superioridad de reina, pudo defender que no le maltratasen a su Hijo con aquél linaje de

---

[590] Silveira (lib. v. c. XXXV, q. 19. n. 138); Novato (De emin. Virg., tom. III, c. XVII, q. 10) Véase la nota en el VI tomo.

[591] Así piensan Alejandro de Ales, Suárez, Mayor, Ocanio, Aversa, Arriaga, Poncio y otros. –Este fue un darse Cristo bajo la especie sacramental *modo impassibili et immortali*, como dice Hugo de S. Víctor (De Sacr. p. 8, lib. 22, c. 3) con el Papa Inocencio III que añade: Ex hypothesi quod pars aliqua Sacramenti per triduum mortis Christi reservata fuiste idem Hábeas simul et jacebat mortuum in sepulcro, et manebat vivum in Sacramento (De Sacr. Alt. L. 3. c. 12.) c. t. VI.

[592] Luc. XXII, 17.

[593] Eph. II, 20.

ofensa, que intentaba Judas. Obedecieron los ángeles a su Señora, y tomaron sucesivamente las especies sacramentales de pan y vino, que el mal apóstol había recibido, antes que las acabase de tragar, y las pusieron con las demás que los apóstoles habían de recibir, que faltaban algunos de comulgar; y Judas recibió antes al Señor por más antiguo en el apostolado que los más modernos, y otros le recibieron primero que él, con que se consumieron aquellas especies sin percibirlo los apóstoles, porque hasta lo último guardó Dios la honra de su enemigo; y él conoció que le había faltado el pan y vino, que había dudado de pasar de la boca; restituyéronle los ángeles en el mismo estado que antes tenía purificándolas y juntándolas. Hizo el Redentor del mundo gracias y alabanzas por todos aquellos misterios: lo mismo hizo María Santísima, los ángeles y los dos profetas, los cuales fueron vueltos a su lugar[594].

[594] M. C. de D. lib. VI, c. XI.

Meditación VI. De la oración que hizo Cristo Nuestro Señor en el Huerto.

En dando el Redentor del mundo fin a los misterios de la cena y de la institución del Santísimo Sacramento, salióse de la sala, donde todo se había hecho, y la Reina del cielo que siempre estaba solícita de que las bendiciones de su Hijo fuesen duplicadas, llena de dolor y amargura, salióle al encuentro, arrojóse a sus pies, y el Rey del cielo la dijo, Madre mía, Contigo estaré en la tribulación; y con la bendición de su Amado volvióse a su aposento con los mil ángeles de guarda que la asistían corpóreamente, y algunas de aquellas devotas mujeres: púsose en contemplación altísima de los misterios de la pasión de su Amado.

Salió Cristo Nuestro Señor del Cenáculo, acompañado de todos los hombres que le habían asistido en la celebración de los misterios divinos; fuéronse por diferentes caminos, unos a sus casas, otros <a> atender en negocios temporales, y los doce apóstoles siguieron a su divino Maestro. Encaminó Su Majestad su viaje y hermosos pasos al monte Olivete, fuera de la ciudad, aunque no lejos de ella. Y luego se imaginó Judas[595], que iba a orar como acostumbraba, y dijo entre si; buena ocasión es ésta para cumplir mi palabra entregando a este hombre, y cobraré mi dinero. Y quedóse atrás con este mal pensamiento y, viendo que Nuestro Redentor y sus apóstoles caminaban adelante, corrió acelerado y orgulloso, sobresaltado y mal seguro, que son propios efectos de quien obra mal, tembló de pensar si se le frustrarían sus intentos. El demonio le detenía con <el> fin que se ha dicho, y le rogaba no vendiese a su Maestro, y se le apareció en figura de un fariseo, amigo suyo, que muchas veces le había persuadido vendiese a Cristo Nuestro Señor, y Lucifer, en su figura, quiso contradecirle lo que antes el verdadero hombre le había instado, y para mejor salir el demonio con su intento y más disimular su fingimiento, le dijo que había pensado más sobre aquel negocio, y que le parecía mal caso vender a su Maestro, y porque no lo hiciese, le daba los treinta dineros. Salióle mal la ficción a Lucifer, porque Judas estaba ya tan llevado del interese y su corazón tan habituado a la codicia, que le pareció dinero más seguro el de los escribas y fariseos, los cuales estaban preparándose para prender al Señor, desde que se hizo el concilio. Llegó a ellos Judas y díjoles, que quería cumplir su palabra y entregarles a su Maestro; alegráronse con estas palabras, porque eran a medida de sus deseos envidiosos, buscaron armas y preparáronse para prender al Autor de la vida.

Iba Su Majestad, esta última jornada, con sus once discípulos, gozoso y alegre de que se llegaba la hora de padecer por el linaje humano y de poner en ejecución sus deseos, y también le aliviaba entre sus penas, que dejaba tan bien ordenado su testamento, y depositado en el arca incorruptible de María Santísima, y escrito en las tablas del corazón candidísimo de su Madre; y la concedió, que por visión conociese todo lo que Su Majestad había de padecer; y cuando entendió la divina Señora el apartamiento de Judas de la santa congregación, y que él y los escribas y fariseos disponían a armas y se ponían en orden de ejército para prenderle, fue traspasada de dolor y angustia.

En entrando el Redentor del mundo en el huerto, dijo a sus apóstoles; asentaos aquí, entre tanto que voy hasta allí a orar[596]; que fue como decirles, con compasión de lo que por ellos había de pasar; estad firmes y estables en la fe, afirmad vuestro dictamen y juicio sobre la doctrina que os he dado, y sed constantes en la fe, esperanza y caridad, orad porque no entréis en tentación[597]; y con San Pedro y los dos hijos del Zebedeo, San Juan y Santiago[598], se apartó de los demás hasta que no le pudieran ver ni oir hablar.

Y en estando con los tres a solas, levantó los ojos al cielo y confesó a su Eterno Padre y le alabó, y en su interior hizo actos heróicos, y dijo: ya ha llegado la hora en que he de ser entregado a mis enemigos, para que me quiten la vida: Yo abrazo las penas y tribulaciones y las doy licencia para que me posean, y a la muerte la mando, que venga para que, muriendo Yo inocente, satisfaga a las

[595] Véase la nota XXII a la 2ª parte de la M. C. de D.
[596] Matth. XXVI, 36.
[597] Luc. XXII, 40.
[598] Marc. XIV, 33.

culpas de mis siervos: quiero redimirlos con el más fino modo de padecer, para lo cual ha de quedar la parte inferior de mi humanidad desamparada de consuelo ni alivio. Y en dando licencia el Señor a las tribulaciones para que le cercasen, principió, delante de los tres apóstoles, a entristecerse y acongojarse, para que le viesen angustiado los que le habían visto transfigurado: y díjoles, triste está mi alma hasta la muerte[599]; que fue darles a entender, no que está triste por la muerte, sino hasta padecerla.Y esta tristeza fue en la parte inferior y sensitiva, que es en el apetito natural de vivir; y también la tuvo Su Majestad según la porción superior con que miraba la voluntad de su Eterno Padre y su ley, porque conociendo en su divina voluntad la reprobación de los precitos y que no les aprovecharía su muerte, se entristeció grandemente, y quiso que pasase milagrosamente a lo superior de su alma[600], con que lo miraba; porque caso tan lastimoso para la ardiente caridad de Nuestro Redentor, de que tantas almas se habían de perder, lo quiso Su Majestad sentir y lamentar con todos los modos de tristeza que natural y milagrosamente eran posibles en cuanto hombre[601], porque, viendo con su ciencia prevista las muchas almas que habían de despreciar su sangre no aprovechándose de ella, soltó la corriente de su pena y angustia, y la dejó caminar sin detenerla hasta todo lo posible de su potencia.

Después de esto, queriéndose Cristo Nuestro Señor apartar de los tres discípulos, les dijo: esperad aquí y velad Conmigo[602]. Apartóse de ellos, como un tiro de piedra, y puestas las rodillas en el suelo, derribó su rostro sobre la tierra y oró profundísimamente diciendo.

Padre, si es posible pase de Mí este cáliz[603], mas no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres. En esta proposición que hizo el Verbo humanado a su Eterno Padre, no quiso rehusar el cáliz de la pasión, que eran las penas y deshonras, ni la muerte de cruz que tanto amaba y había deseado treinta y tres años con fervores ardientes y se la había pedido a su Eterno Padre, porque más fuerte era en Su Majestad el amor que se la hacía apetecer, que la flaqueza natural que se la podía hacer rehusar, y presuponiendo esto, es de advertir que la oración que hizo Nuestro Redentor en el huerto, fue misteriosísima, porque entre el Eterno Padre y Cristo Nuestro Señor se trabó la ejecución del negocio más arduo que Su Majestad pretendía por su pasión y muerte, que fue el fruto de ella en la oculta predestinación de los justos, y así el cáliz que pidió a su Padre pasase, si era posible, fue que en poniéndose Su Majestad en oración, miró con la ciencia de su santísima alma, con que tiene presente todo lo pretérito y futuro, la obra que iba a hacer de redimir al linaje humano y todas las criaturas <a> que se habían dado ser y se habían de criar, tuvo presentes sus pensamientos, palabras y obras, y todas las culpas que habían de cometer, y lo poco que se habían de aprovechar de su pasión y muerte, y los muchos que se habían de condenar; pues el conocimiento actual de estas verdades llamó cáliz, porque en aquellos tiempos acostumbraban los hebreos a llamar cáliz algún trabajó o pena que tenían, como se colige de lo que el mismo Señor dijo a los hijos del Zebedeo[604], cuando le pidieron lugares preeminentes: el cáliz amargo para Nuestro Redentor, fue las almas que conocía se habían de perder, que la pasión y muerte dulce y suave le era y, hablando con su Eterno Padre dijo, Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz, de que tantas ovejas de las que me encomendaste, se hayan de perder, aflígeme que el número de los precitos sea tan grande y el de los justos tan pequeño, mi afecto es que todos se salven, pues por todos en general padezco, para todos deseo la salud, y si no la consiguen, por su culpa será. Luego que hizo Nuestro Redentor su oración, como vigilante maestro y ejemplar, que quiso ser de los prelados, y viendo que sus discípulos y súbditos dormían, y que por el lugar que habían dado al tedio y <a> 1a flojedad, estaban en evidente peligro de caer, dejó la oración por avisarles, fuése adonde estaban los tres más favorecidos, y por serlo eran más reprensibles, y, antes de hablarles, estuvo Su Alteza un poco de tiempo mirándoles y lloró sobre ellos mirando en el sueño la figura de

[599] Ib. 34.
[600] Suar. (in 3. p. t. I. disp. 33, sect. 3.
[601] S. Thm. III, q. 46.
[602] Matth. XXVI, 38.
[603] Ib. 39.
[604] Ib. XX, 22.

la muerte, cuando a todos se les acaba la hora de hacer penitencia, y veía cómo del paso de la muerte los más saltarían al infierno y los menos subirían al cielo; lloraba y se entristecía de la pérdida de sus queridas las almas, y con suavísimas palabras dijo: Simón, duermes; una hora no pudiste velar Conmigo-[605] Reprendió a los demás en Pedro, porque era cabeza y los que lo son, no han de dormir jamás, y también porque era el que más propósitos de morir con el Señor había hecho. Continuó el Muy Alto la amonestación, diciéndoles; velad y orad, porque no entréis en tentación. Tres veces despertó a los tres discípulos, dejando la oración, para hacerlo, y volvíase a ella en amonestándolos. Y en esta oración que hacía Su Majestad, alcanzó grandes bienes para el linaje humano, que tenían desmerecidos los muchos pecados de los hombres: suplicó a su Eterno Padre por todos y por su salud, y que pasase el cáliz de que no la consiguiesen todos, y viendo que según su equidad y justicia, no era posible, dijo: el espíritu está pronto para morir por todos, pero la carne flaca, porque ha de padecer por los precitos que han de despreciar mi sangre, pero por Mí no faltará en mi infinita caridad no ha de haber límite: rehusaba Cristo Nuestro Señor condicionalmente, sintiendo el padecerla por lo que no se habían de aprovechar, pero recibióla en orden a la suficiencia. En esta oración padeció Cristo Señor Nuestro (a nuestro modo de entender) una contienda, en cuanto hombre, con la divinidad, porque Su Alteza se inclinaba por el amor que tenía a sus hermanos, de cuya naturaleza estaba vestido, a que todos se salvasen, y el ser divino le representaba lo que estaba decretado, de que ya los predestinados estaban escritos y aceptados en la mente divina, y que cómo se había de dar bien tan precioso, como la gracia y salvación, a quien la despreciase. Finalmente era la caridad de nuestro Maestro tan ardiente, que puesto en agonía, como dice el texto[606], oró con prolijidad, clamó y pidió por todos. Ya que no era posible alcanzar la salud eterna por todo el linaje humano en general, le concedió el Eterno Padre que a los que obrasen bien y se justificasen con su pasión, les diesen copiosos auxilios y grandes tesoros, riquezas y regalos; pero viendo, que no se habían de salvar todos, sino los menos, aquella santísima humanidad se congojó y sudó gotas de sangre, gruesísimas, que corrían hasta el suelo, y quedó la tierra bañada[607].

Envió el Eterno Padre a San Miguel Arcángel[608] y confortó la humanidad santísima de Nuestro Redentor, y aunque no le dijo cosa que ignorase ni obró en Su Majestad cosa interior[609], porque ni lo uno ni lo otro le convenía por mano de ángel, con todo eso le confortó, porque estaba Cristo Nuestro Señor por su voluntad padeciendo y desamparada su carne santísima de consuelo por más padecer por el hombre, que por esto dijo Su Majestad en la cruz: Padre, por qué me has desamparado? y tenía suspendidos los alivios y gozos que en el cuerpo le podían redundar de ser bienaventurada su alma santísima y de su ciencia infusa, por esto le confortó el ángel, que representaba como embajador del rey la real y divina persona que le enviaba, y dijo, hablando a Nuestro Redentor en cuanto hombre, que no era posible que todos se salvasen, como Su Majestad bien sabía, pero que su ardiente deseo y agonía de que todos se justificasen, le representaba lo mucho que en su aceptación valía el número de los justos, aunque fuesen menos que el de los pecadores, y que entre ellos estaba María Santísima, que excedía en perfección a todos, y también muchos Patriarcas y Profetas de la ley antigua, que eran fruto de su Redención, y que había de haber los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y otros muchos santos fundadores de las religiones, y entre ellos le representó a Nuestro Padre San Francisco, y que se había de ajustar, cuanto fuese posible, a seguir sus divinas pisadas y doctrina. Y aunque Cristo Nuestro Señor tenía a todas estas almas presentes, con todo eso se confortó su humanidad santísima, oyendo por el sentido los nombres y relaciones de sus amigos, con quienes había de tener sus regalos y delicias, y sobre todo el nombre de su Madre Santísima le dio algún gozo y alegría por medio de los sentidos, porque estaba suspendido el que la tuviese y recibiese por medio de su ciencia.

---

[605] Marc. XIV, 37, 38.
[606] Luc. XXII, 43.
[607] Ib. 44.
[608] Ib. 43.
[609] Del mismo modo que nuestra Escritora se expresa Cornelio a Lapide (in Luc. XXII, 43).

Dijo Nuestro Redentor: Padre mío no se haga como Yo quiero, sino como Tú en la aceptación de los predestinados, y en que Yo padezca por todos. En esta palabra que dijo nuestra cabeza Cristo, se hizo y se efectuó la salud del cuerpo de la Iglesia santa, que son los predestinados. La Madre de Dios y Señora Nuestra estaba en el cenáculo en su recogimiento, y miraba todo lo que pasaba, que se lo mostraba el Muy Alto, con toda claridad y distinción; y esto mismo sucedió en toda la pasión de su Hijo Santísimo; lloró mucho la huida y determinación de Judas y el que se separase de los buenos. Y cuando Nuestro Redentor se apartó de los ocho discípulos, con los tres, hizo lo mismo María Santísima dejando a la congregación de mujeres y llevando consigo a las tres Marías, las cuales eligió para sus secretarias y para que la acompañasen en la pasión de su Hijo, como lo hicieron; y a María Magdalena hizo cabeza, como San Pedro de los apóstoles, y en estando con las tres apartada y sola, les manifestó su pena y les dijo: triste está mi alma por la muerte de mi Hijo y porque no he de morir con El. Y alejóse de ellas y púsose en oración, derribó su rostro sobre la tierra como su amado y sintió lo que El, de que no se salvasen todos, y lloró mucho los que se habían de condenar; afligióse tanto que lloró sangre y la sudó, y fue confortada por el ángel San Gabriel, y dióla para consuelo nuevas de que la Santísima Trinidad había determinado que padeciese los mismos dolores en su cuerpo purísimo que su Hijo Santísimo en la pasión, y esto la consoló grandemente. Y fue providencia divina este decreto, porque estos dolores que recibió por voluntad divina, fueron fiadores de su vida, y aunque fueron tan grandes que ellos se la pudieran quitar, si de milagro no la confortaran, con todo eso fueron de alivio a la Reina, porque más cruel y violento padecer fuera para su ardiente amor ver morir con tan crueles tormentos a su Hijo Santísimo y no padecer Ella.

Amonestó tres veces a las tres Marías, dejando la oración, como Cristo Nuestro Señor a los tres discípulos, y las avisó que orasen y velasen, porque no entrasen en tentación. En todo lo que pura criatura, ayudada con mucha gracia, pudo, imitó al divino Maestro, y por abreviar en este pequeño tratado tanto la Pasión, no puedo poner ni declarar todos los misterios, que son altísimos. En la Vida de la Madre de Dios que dejo escrita, están más dilatados, aunque mujer ignorante y de limitados términos poco puede[610].

[610] M. C. de Dios, lib. VI, cap. XII.

Meditación VII. Del prendimiento de Cristo Nuestro Señor.

Cuando el Redentor del mundo vio que se allegaban sus adversarios muy cerca, dijo a sus discípulos[611]: Ya basta lo que habéis dormido, sabed que viene la hora en que el Híjo del hombre será entregado en las manos de los pecadores; levantaos y vamos a recibir a Judas y a los que son de su favor y particioneros en su pecado, advertid que cerca está el que me tiene vendido y viene a entregarme.

Era esta la tercera vez que había despertado a los tres apóstoles, a los cuales, junto con los ocho y con todos juntos, estuvo un poco animándolos y les dijo: Salgamos al encuentro de nuestros enemigos. Y mientras no llegaban, hizo el Señor altísimos, gozosísimos y excelentísimos actos de gusto para recibir a los que le querían dar la muerte; hizo razones amorosas; dijo en cuanto hombre; Pasión mía, ven, que con los brazos abiertos y voluntad rendida te aguardo, con grande conato te he deseado treinta y tres años, ven, amiga mía,ven; penas, aflicciones, dolores, angustias, llegad al que entre los nacidos os hará mejor recibimiento, venid a Mí, que Yo sé vuestro precio y estima, y os compro con mis ansias y suspiros, que valen infinito, para poneros en eminente lugar de mi voluntad y aceptación; venid, trabajos, a ser mis compañeros cuando todos mis amigos me desamparan y los enemigos me cercan, que quiero, en mi soledad, tener el alivio de las tribulaciones y angustias; venga la muerte, que aunque de ella he de triunfar, quiero que me rinda quitándome la vida, la cual deseo sacrificar por la salud de las almas.

Llegaron a juntarse los dos ejércitos más dignos de admiración que jamás <ha> habido para definir la causa de mayor importancia que el linaje humano ha tenido. Iba el escuadrón de Cristo Nuestro Señor, pobre, desvalido y despreciado a los ojos humanos, pero próspero y poderoso a los divinos: Su Majestad como cabeza y capitán, y muy grande multitud de ángeles que le seguían y asistían; los once discípulos llenos de temor y tristeza.

Y en el escuadrón de maldad, iba Judas, como autor de la maldad, y Lucifer con muchos demonios que, viendo que no habían podido reducir al mal discípulo para que dejase de entregar a su Maestro (como queda dicho) determinaron mudar de intento y trabajar por tentar fuertemente a los que habían de prender al Señor, para que con crueldad le castigasen, y con la opresión perdiese la paciencia o descubriese quién era, y así lo ejecutaron; y para este fin entraron en el ejército y junta de los malos. Iban también muchos hombres hebreos y otros armados de los gentiles, cuyo oficio era prender a los criminosos y malhechores, con um tribuno y capitán que los gobernaba. Llevaban lanternas[612] y hachas encendidas, armas, lanzas sogas y cadena de hierro, para prender al Autor de la vida. Dijo Judas al ejército, antes de entrar en el huerto, que fuesen advertidos de poner a buen recado a su Maestro, porque se les desaparecería, que era excelente en arte mágica, y que aquél a quien él llegare al rostro, habían de prender. Esto decía Judas de temor de volver a ver a Cristo Nuestro Señor, porque según las especies que tenía de su majestuoso semblante, le parecía imposible ponérsele otra vez delante, y por no encontrarle, habiéndole sido traidor, deseaba le quitasen la vida. Entró Judas con los demás en el huerto, y sabiendo Jesús todas las cosas que sobre El habían de venir, adelantóse (como dice San Juan) de su propia voluntad a recibirlos, siguiéronle los discípulos llenos de cobardía de oír tal estruendo, y el celestial Maestro les dijo: no los temáis, que sobre Mí viene esta ira y furor. Ya que estaban los dos ejércitos a la vista, uno de otro, dijo Cristo Nuestro Señor[613]: A quién buscáis?; Y ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Y su Majestad dijo con animoso esfuerzo:Yo soy el que queréis. Qué palabra tan feliz y dichosa, en la cual se señaló el Rey del cielo por redentor de los cautivos del pecado. Y Su Majestad dijo esta razón (Yo soy el que buscáis) con virtud de la divinidad, y fue tan poderosa que todo el ejército, con su cabeza Judas, se retiró un poco atrás, y cayeron[614] de cerebro, sin quedar uno en pie y los demonios que los

[611] Marc. XIV, 41.
[612] Joan. XVIII, 3.
[613] Joan. XVIII, 4. 5.
[614] Joan. XVIII, 6.

acompañaban, fueron constreñidos y quebrantados. Y así derribados en tierra, estuvieron un rato hasta que fue voluntad del Señor que se levantasen, y mirándolos Su Majestad con piadoso semblante y doloroso corazón de ver en ellos castigados los réprobos o figurado lo que les ha de venir, les mandó que se levantasen, que sus piadosas entrañas no los dejaron mucho tiempo así.

¡Oh qué admirable espectáculo fue ver a tantos hombres armados caer miserablemente en tierra, con los caballos en que iban, y estarse medio cuarto de hora sin rebullirse ni poderse levantar del suelo! y hasta las cabaldaduras y perros que llevaban, fueron arrojados en tierra, y todos parecían muertos. Estas son las fuerzas del mundo, éste el poder de sus valedores, éste el ejército de Babilonia, arruinado con sola una palabra, la cuál aniquiló tantos hombres y demonios, y destruyó la vanidad y fausto, con que venían: una palabra dicha con humildad y mansedumbre fue tan poderosa que arrojó a todo aquel ejército al polvo de donde había sido formado. Mandóles el Altísimo que se levantasen y si, por su voz y voluntad, no les comunicara virtud, no lo pudieran hacer. Y en estando en pie, les dijo Su Majestad segunda vez[615]: ¿A quién buscáis? Y temerosos respondieron, como la primera vez: -a Jesús Nazareno.- Dijo Su Alteza[616]: Ya os he dicho que soy Yo. Pues si a Mí buscáis, dejad ir libres a estos que están Conmigo.- Y dióles licencia para que le prendieran.

Llegó Judas y saludó al Señor diciéndole[617]: -Dios sea contigo:- y besóle el rostro. Su Majestad cumplió en esta ocasión y traición con lo que David[618] dice: *Con aquellos que aborrecieron la paz, era yo pacífico*. Recibió Su Majestad el ósculo de Judas y le dijo[619]: Amigo, a qué veniste? ¿con beso de paz entregas al Hijo del hombre?- En este contacto que tuvo el mal discípulo con la humanidad de Cristo Nuestro Señor, llegando a su divino rostro, se acabó de justificar la causa del Altísimo y de sustanciar el proceso de Judas[620], porque en tocándole infundió en su alma una luz clarísima, con la cual conoció el mal estado en que estaba, la traición que había hecho, la condenación que se le esperaba, si no hacía penitencia, y también se le mostró la misericordia de Dios para perdonarle y recibirle, y esta inteligencia y últimos auxilios fueron grandiosos y no tuvo otros, sino que le sucedió lo que adelante diré. Los demonios conocieron la gran potestad del Señor en derribar el ejército y quedaron llenos de confusión y sospechas, si era el Mesías prometido.

Un siervo de los que asistían en aquella junta, llamado Malco, se desmidió más que los otros, y con desenvoltura quiso llegar a prender al Salvador antes que sus compañeros. San Pedro, con el afecto de defender a su Maestro, le cortó la oreja[621], y el amago sin duda se encaminaba a más; pero Nuestro Redentor no quiso que en su pasión muriese nadie, por pagar lo que todos debíamos y que fuese sola su sangre la derramada; por lo cual detuvo el cuchillo para que hiciera menos mal que pudiera; y dijo a San Pedro[622]: -Vuelve el cuchillo a la vaina, que los que son mis discípulos, no se han de defender con armas sino con humildad y mansedumbre, paciencia y caridad; esta es la ciencia que Yo vengo a enseñar de que, recibiéndose ofensas y agrabios, se den beneficios en retorno. ¿No sabes, que todo aquél que matare con cuchillo, con cuchillo morirá? Muchas legiones de ángeles tan poderosos y cursados en la guerra, tengo que uno solo de ellos mató en una noche ciento y sesenta mil hombres: Yo quiero morir por los pecadores; el cáliz que me dio mi Padre, no quieres que le beba?- Tomó el Señor la oreja y volvióla a su lugar, sanando perfectísimamente la herida para confirmar con obras lo que había dicho por palabras. Pero quiso Su Alteza hablar a los culpados según su insipiencia, porque no quedase la injusticia aprobada y, volviéndose a las compañías, con admirable severidad, mansedumbre y paciencia, les dijo[623]: -Como a ladrón me

---

[615] Ib. 7.
[616] Ib. 8.
[617] Marc. XIV, 45.
[618] Ps. CXIX, 7.
[619] Matth. XXVI, 50.
[620] Véase la nota XIX a la 2ª p. (M. C. de Dios).
[621] Joan. XVIII, 10.
[622] Ib. 11.
[623] Matth. XXVI, 55; Marc. XIV, 48; Luc. XXII, 53.

salisteis a prender, con espadas y lanzas; estando cada día con vosotros en el templo enseñando y predicando, no me prendisteis, pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.- Su hora era, porque el Señor había dado licencia a aquellos ministros de maldad, y el poder de las tinieblas, porque también los demonios estaban irritados y entendían con los hombres en afligir a Cristo, y quiso ser paciente de los unos y de los otros. Por lo cual el tribuno, los soldados y demás oficiales de los hebreos y ministros de justicia se llegaron al mansísimo cordero y, como lobos carniceros con cruel rabia e ira le prendieron, atándole sin piedad: pusiéronle una gruesa cadena de grandes eslabones de hierro por la cintura y echada al cuello con artificio de que los extremos cogían dos argollas, en las cuales metían las manos divinas y las llevaba atrás. Esta cadena servía de levantar unas puertas levadizas en la casa del pontífice Anás, que eran de unos calabozos y cárceles, y las quitaron de donde estaban para prender al Señor con más seguridad. Y con un oficial hicieron que de nuevo le echase las argollas y una llaves o candadillos, porque los milagros que el Señor había hecho, los incitaba a estas prevenciones, como si su poder y fuerzas fuera sobre el divino, queriendo sujetar con cadenas y cerraduras al Todopoderoso y fuerte sobre los fuertes. Pusiéronle dos sogas muy gruesas y largas, la una echada a la garganta y cruzada por el pecho, y luego le rodearon con ella la cintura, y los extremos que sobraba mucho de ellos, tomaron dos ministros de maldad para ir tirando. Con la otra soga ataron los brazos, muñecas y cintura, y también iban tirando otros dos sayones de los cabos, de manera que llevaban al divino Rey por donde gustaban y adonde el demonio los encaminaba, que iba con ellos rabioso de tal paciencia, como la de Cristo Nuestro Señor; y tales violencias le hacían a Su Majestad que, en las muñecas y brazos y en la garganta se le hicieron grandes llagas de las ligaduras, y le saltó la sangre por los ojos y las uñas y por la boca divina.

Todo esto veía María Santísima y se le dividía el corazón y sentía los dolores de las sogas y cadena, y echaba también sangre por los ojos y uñas y estaba llena de amargura y dolor[624].

[624] M. C. de D., lib. IV, c. XIII.

Meditación VIII. De la impiedad con que llevaron al Señor a la casa del pontífice Anás; lo que en ella le sucedió; del fin desastrado de Judas y su perdición.

No hay lengua humana que pueda ponderar lo que padeció Cristo Nuestro Señor desde el huerto hasta la casa del pontífice, porque los que le llevaban, estaban llenos de rabia y envidia, y en sus acciones tan desmedidos, que parecían locos y sin talento, y los demonios los ayudaban, porque Lucifer, rabioso, llamó a todos sus súbditos y díjoles, que pusiesen todo su cuidado en destruir aquel hombre, porque tal paciencia y mansedumbre le destruía y era imposible sufrirle; con que irritaban a los sayones sus ministros, y les hacían intentar muchas crueldades; y a los cuatro que iban llevando de los extremos de las sogas, les hacían tirasen desigualísima y desatinadamente, poniéndoselo en la imaginación, y su locura y envidia se lo hacia ejecutar luego, alegrándose de que les ocurriese nuevas crueldades al pensamiento; pero lo que es más digno de admiración es que, con hacer estos crueles ministros del demonio en Nuestro Redentor tantas violencias y desigualdades ajenas de su deidad y de su majestuoso proceder, estuvo tan sujeto a ellas y tan obediente, que no hizo acción ninguna para resistirse ni para detenerse a dejar de hacer movimientos tan ajenos a su ordinario modo de proceder, sino que se sujetó como un cordero que llevan a degollar, pudiendo Su Majestad aniquilar todo lo que tiene ser con la fuerza de su brazo poderoso.

Entró Cristo Nuestro Señor con toda aquella inhumana turba en casa de Anás[625], y le hicieron padecer mucho de atropellamientos, con que le obligaron a caer muchas veces, no sólo en el camino, sino también en la entrada del palacio. Pusieron a Su Alteza en presencia de Anás, y le dijeron aquellos ministros de maldad: -Ya, Señor, traemos aquí al turbador de Jerusalén: esta vez no le han valido sus embustes, ni arte mágica. -Estaba el juez muy soberbio, hinchado, lleno de vanidad, en una sala grande, asentado en su ostentoso trono, con muchos criados que le estaban mirando para obedecerle en lo que les mandase, bueno o malo, y con gran multitud de demonios que le cercaban para arrojarle sugestiones perversas para que errase los juicios de su oficio, y particularmente le incitaron en esta ocasión contra el divino cordero; y Su Majestad, que era el Rey de los reyes y Señor de los señores y juez sobre los jueces estaba humilde, despreciado de todos, como malhechor y reo, sus ojos bajos, su semblante agradablemente severo, afligido, preso y oprimido, rodeado de enemigos, ausentes sus amigos y su Santísima Madre. ¡Oh Altísimo Señor mío, y qué incomprensibles son tus juicios, y qué infinito tu amor! Ruego yo a los que mediten este paso, desciendan y miren adelante, y consideren cuál fue el fin del juez y pontífice potentado y del que en la apariencia era reo; miren a Anás cuán infelizmente acabó y cómo fue a las cavernas eternales, donde estará en eternas penas y tormentos sin ninguna redención; y nuestro divino Maestro acabó en una cruz por salvar a los hombres, está asentado a la diestra del Eterno Padre con infinita majestad y gloria, acompañándole todos los fieles que libertó. ¿Quién no elegirá con alegre rostro el ser despreciada, afligida, trabajada y condenada con Cristo en esta vida por ser libre en la otra? Mejor es la pena breve por el descanso que es eterno, que no admitir el breve y transitorio alivio, y después tener castigo sempiterno.

Estando el Rey del cielo atado en la presencia de Anás, le preguntó por la calidad de sus discípulos y doctrina, no para creerla ni recibirla, sino para ver si le podía coger en alguna falsedad y calumnia; y con humildad profunda y mansedumbre severa se estuvo sin responder nada a la primera pregunta de la calidad de los apóstoles, porque entonces no estaban en estado de abonarlos; y a la segunda de su doctrina habló, porque era causa y negoció de su Eterno Padre, y no la quiso abandonar por Sí, porque sabía que no le habían de creer, pero porque era doctrina verdadera y santa, dijo[626]: Yo manifiestamente he hablado y siempre enseñé en el templo, adonde todos los hebreos se ajuntan y ninguna cosa he hablado en secreto para que no fuera manifestada a muchos, y pues es así ¿para qué me preguntas a Mí eso? pregúntaselo a los que la oyeron, que ellos sabrán lo que he dicho.

---

[625] Joan. XVIII, 13.
[626] Ib. 20, 21.

Entonces un ministro del pontífice dio a Cristo Nuestro Señor una bofetada diciendo[627]: Así respondes al pontífice? El Señor dijo: -Si hablé mal, da testimonio de ello; y si bien ¿por qué me hieres?- Qué cosa pudo haber ni más blanda ni más justa que esta respuesta. Y pues con ella no se ablandaron los corazones de aquellos ministros de maldad, más duros los tenían que diamantes.

Cuando prendieron al divino Señor, huyeron[628] todos los apóstoles, y tristes, desconsolados y afligidos se escondieron, excepto San Pedro y San Juan, que seguían al Señor de lejos[629], y uno de aquellos discípulos a quien el Señor amaba, que era San Juan entró en el atrio del pontífice, porque era su familiar y conocido[630]. Habló con una criada que servía de portera, y le pidió dejase entrar a San Pedro, el cual de temor estaba fuera de la puerta del atrio, el cual era un zaguán donde se recogían los ministros del pontífice. Inmediato al atrio estaba una sala donde tenía su trono y asiento Anás, y San Pedro entró y se sentó a calentar con los demás en el atrio, al fuego, y una criada que era portera, le principió a correr y afrentar diciéndole algunos oprobios acerca de que seguía a Cristo y que era su discípulo, y él negó el serlo, y recelándose de estar más entre los judíos salió fuera y siguió a su divino Maestro, cuando fue a la casa del pontífice Caifás, donde negó las otras dos veces. Y en casa de Anás, la primera, de más pena le fue a Cristo Nuestro Señor la culpa de Pedro y el daño que su alma había recibido que la bofetada que le dio el criado del pontífice, y al punto que negó, oró a su Eterno Padre por él. Y María Santísima, que por visión conocía todo lo que pasaba, con gran amargura, y padeció el dolor de la bofetada, porque se cumplió lo que el Señor la prometió, de que le había de dar a sentir todos los dolores que Su Majestad padeciera, y oró mucho por todos los apóstoles, convirtiéndose a su propiciatorio, donde tenía al Señor sacramentado que era su pecho, y allí le decía afectos dolorosos y tiernos.

El mal discípulo siguió al tropel de la gente, y como le vio ir tan maltratado y afligido a su Maestro, se compungió algún tanto y se apartó del bullicio: convirtióse a su interior en viéndose solo, y dióle cruel melancolía, y con arrepentimiento de esclavo por temor y no por amor, le pesó de lo que había hecho: trajo al pensarniento los milagros que el Verbo humanado había hecho, y lo atemorizó el poder de su diestra, que había conocido, porque le podía destruir, y llenóse de confusión y tinieblas y de desconfianza, y como había despreciado tan grandiosos auxilios, no fue digno de que le favoreciese la divina gracia en este aprieto con que se deshacía; unas veces, quería dar gritos y decir su culpa a voces; otras, arrojarse de unas torres abajo, abríasele el corazón porque la sangre del Justo de los justos daba voces y clamaba hasta lo alto del cielo, con que su conciencia, como alguacil, le ejecutaba y le atormentaba y comía las entrañas: decía mordiéndose de los brazos y de las manos, ¡Oh infeliz suerte la mía! Estando en este estado, fue Lucifer a Judas e intentó con él si podía impedir la muerte de Cristo Nuestro Señor, para lo cual le arrojó al pensamiento que fuese a los príncipes de los sacerdotes y magistrados del pueblo y les diese su dinero, diciéndoles, que le tomasen, porque él había errado. Judas lo hizo con diligencia, y los arrojó en el Templo, viernes por la mañana, y allí dijo a voces, que había errado[631]. Respondiéronle, qué se nos da a nosotros, de lo que tú has hecho?; miráraslo primero. Y estas palabras pusieron peor disposición a Judas, y al demonio más airado, con que le persuadió que no tenía ya remedio, que se quitase la vida, y admitió este partido por aliviarse de tal pena. Salió fuera de la ciudad y en un árbol se ahorcó[632], a las doce horas del día viernes, antes que el Señor muriese, porque no cayese sobre él la redención, y su alma se la llevaron al punto gran multitud de demonios al infierno, y su cuerpo quedó allí para que todos viesen el castigo de su maldad; y fue cosa notable y digna de admiración

---

[627] Joan. XVIII, 22, 23.
[628] Matth. XXVI, 56.
[629] Ib. 58; Joan XVIII, 15 y sig.
[630] "Propter *nobilitatem generis*, escribe S. Jerónimo (Ep. 16, n. 5. seu in Epitaphi. Marcellae ad Princip.) erat notus Pontifici, et Judaeorum insidias non timebat, in tantum ut Petrum introducerem in atrium, et staret solus apostolorum ante Crucem, Matrenque Salvatoris in sua reciperet."
[631] Matth. XXVII, 4.
[632] Ib. 5.

que en tres días no hubo quién le pudiese quitar del árbol[633] en que se había colgado, aunque lo intentaron los judíos, porque por aquel camino no se conociese que había sido injusticia lo que había hecho: y al tercero día fueron los demonios por el cuerpo y le llevaron para juntarle con su desdichada alma, al profundo del infierno, donde le dieron cruelísimos tormentos, y lo llevaron los espíritus malignos, por voluntad divina, a un lugar o caverna profundísima, adonde había penas mucho mayores y varias que en todo lo restante del infierno[634]: y en este extraordinario calabozo o lago no había entrado ninguna alma, y los mismos demonios se maravillaban de ello, y deseaban saber para quién se guardaban tan crueles penas, porque aunque su rabia había intentado echar algunas almas en ellas, no habían podido, y a Judas sí: la causa de esto fue que, desde que el Muy Alto crió a la tierra y al infierno, en ella señaló aquella profunda caverna con más senos y tormentos que lo restante del infierno, para los malos cristianos que no obedecieron a la doctrina de su Maestro y Redentor y se aprovecharon de su sangre y de los sacramentos de la Iglesia santa[635], y como Judas estuvo tan a la vista de los misterios de la redención y vio la institución de los sacramentos, y tuvo tantas amonestaciones del Señor y de su Madre Santísima, fue el que entró primero en aquellos crueles castigos, que son los mayores de todo el infierno, y de ellos le dieron los demonios la posesión como cabeza y fundamento de los despreciadores de la ley de gracia, porque primero la admitió con buen afecto, siguiendo a Cristo y haciendo milagros como los demás, hasta que perdió la gracia, y después la despreció y no se aprovechó de tantos tesoros, bienes y auxilios[636].

[633] Sabemos que Dios hizo inmovibles a Santa Lucía ya otros Santos por motivos razonables. ¿Por qué no podría obrar lo mismo, aunque por otros fines, con el cuerpo del peor de los traidores, para vergüenza e insulto de los judíos, sus cómplices? Por otra parte, convenía que el cuerpo de Judas testimoniase la inocencia de Cristo hasta que Este resucitase.

[634] Si Coré, Datán y Abirón, como dice la Escritura (Núm. c. XVI) fueron precipitados en el infierno en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo, ¿qué inconveniente hay en que hiciera Dios lo mismo con Judas, mucho peor que estos tres? Acaso las circunstancias y la necesidad de dar un terrible ejemplo, no lo demandaban tanto en Judas, como en Datán y Abirón? Por esto escribe también Suárez (III. Par. q. 53 comm. ad art. 3): Sunt in inferno aliqui homines corpore et anima, ante generalem resurrectionem."

[635] S. Tomás en su comentario sobre el cap. XVI, 19, del Apocalipsis, escribe que en el infierno los condenados "Distincti sunt secundum diversitatem locorum:" y el más bajo de estos lugares es el de los malos cristianos, según S. Agustín (Ser IV, de Ad. Ad. In,) el cual sobre las palabras del Apocalipsis "Facta est civitas magna in tres partes" escribe: Per tres partes civitatis debemus intelligere paganos, postea judaeos, ultimo falsos cristianos qui amplius sunt cruciandi."

[636] M. C. de D. lib. VI, cap. XIV y XV.

Meditación IX. De cómo llevaron a1 Señor de la casa de Anás a la de Caifás; y lo que en ella le sucedió a su Majestad.

Mandó el pontífice Anás que, atado y preso, llevasen a Cristo Nuestro Señor a la presencia del pontífice Caifás[637], que la examinación de la causa especial pertenecía a él y a los sacerdotes, escribas, ancianos, y sabios de la ley, que eran jueces ordinarios; por lo cual se juntaron y, congregados consultaron el caso[638], y su envidia les ofrecía muchas razones para condenar al Autor de la vida. Llevaron a Su Majestad desde la casa de Anás hasta la de Caifás con grande ignominia, acompañado de mucha gente malvada y de muchos demonios, que estaban perdidos y atónitos del proceder del Señor; y decían entre sí; -Perdidos somos, ¿es posible que este hombre ha de vencer a todos con sufrimiento y humildad, y ha de ganar más insignes victorias que todos los hijos de Adán? ¿Insufrible es para nosotros que sufra tanto que, siquiera quejarse o dar algún alivio a la naturaleza suspirando, no lo haga, ni demostración de sentimiento? ¿Qué esto que vemos? en qué pensamos? Hagámosle que se pierda y precipite, y que le den crueles tormentos. ¿Este es hombre o qué es? Pero cuerpo natural tiene; aquí no puede haber engaño. -Y Nuestro Redentor iba muy gozoso que alcanzaba victoria y triunfo del infierno en las virtudes que tanto Su Alteza amaba, de mansedumbre, humildad y paciencia; y decía a su Eterno Padre: -Padre mío, lo que el mundo tanto desprecia el demonio aborrece, esto amo Yo, que es el desprecio, el padecer injurias, baldones y persecuciones; lo que los soberbios arrojan, abrazo Yo. Esta es la doctrina y enseñanza que he de llevar a mis hijos carísimos, éstos son mis trofeos y las victorias que he de llevar a vuestro reino. - Fue Cristo Nuestro Señor presentado al consejo de los malvados y se alegraron con él, como el lobo con la presa del corderillo, y como los envidiosos cuando ven rendido al que se les prefiere y adelanta. Recibiéronle con grandes risas e ironías y honras fingidas; y pusieron mucha diligencia los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio en buscar testimonios contra el Señor, y no los podían hallar; y aunque muchos testigos falsos se juntaron para ello, apenas podían componer lo que deseaban[639]; pero, porque no hallaron testimonios verdaderos, buscaron los falsos[640]. Y a todo lo que acusaban a Cristo Nuestro Señor ninguna cosa respondía, porque no estaban en disposición de oir su declaración ni salir de su engaño. Y mirando Caifás, príncipe de los sacerdotes y pontífice de aquel año, que Cristo Nuestro Señor callaba, le dijo[641]: -¿Ninguna cosa respondes a lo que éstos contra ti han puesto y testificado?- Y esto lo decía con rabiosa turbación, porque le parecía que no eran bastantes los testimonios falsos para condenarle. Caifás estaba en la cátedra sacerdotal y en semblante y palabras mostraba su indignación, y quería obligar al Señor a que dijese algo para condenarle, y por eso le volvió a decir: ¿Ninguna palabra respondes a lo que éstos de ti han testificado?- Y Su Majestad callaba y ninguna cosa decía. Y el príncipe de los sacerdotes, enfurecido de que no podía conseguir lo que quería, dijo[642]: Conjúrote por Dios vivo, que nos digas si tú eres Hijo de Dios bendito.- Cristo Nuestro Señor, en oyéndose conjurar por Dios vivo, reverenció el nombre de su Padre, aunque pronunciado por boca tan inmunda, y dijo[643]: -Tú lo dijiste, que Yo soy; mas Yo os digo que de aquí adelante veréis con los ojos corporales al Hijo del hombre, que soy Yo a quien vosotros menospreciáis ahora, asentado a la diestra de la virtud de Dios.- En oyendo esto el pontífice, se levantó de la silla y, con furor y rabia, rompió sus vestiduras y dijo a voces[644]: -Blasfemado ha, blasfemado ha, para qué hemos menester testigos? ¿no habéis oído la blasfemia? ¡O infeliz príncipe, qué mala disposición tenías, pues la mayor verdad y católica proposición que confesamos los cristianos, te hizo tan mal efecto? Tú fuiste el que blasfemaste, pues le quitaste a Nuestro Redentor lo que le es natural de ser Hijo de Dios y le atribuiste lo que en

[637] Joan. XVIII, 24.
[638] Matth. XXVI, 57.
[639] Marc. XIV, 56.
[640] Matth. XXVI, 59.
[641] Ib. 60, 61.
[642] Matth. XXVI, 63.
[643] Ib. 64.
[644] Ib. 65.

Su Alteza es imposible cometer, que es la culpa de blasfemia. La pasión cegó a este juez y le hizo hacer tan errado juicio; él mismo había dicho que convenía que un hombre muriese porque los demás no pereciesen[645], dándole Dios luz para que profetizase por el oficio que tenía, y él condena al que hizo libertador de los hombres para que no pereciesen. Ocultos son los juicios del Señor e investigables sus secretos.

Oyéndose llamar blasfemo el Hijo del Eterno Padre y criador del universo, no habla palabra en su defensa, antes bien dando beneficios por agravios, oró por el juez a su Padre, y le suplicó le mirase con piedad; y alegrábase (a nuestro modo de entender) de verse humillado y abatido, y que ejercitaba la mansedumbre y paciencia, contrarias de la soberbia que Lucifer sembraba en los corazones de los hombres. Y mientras estaban ultrajándole aquellas jueces y dándole algunos ministros de justicia bofetadas y puñadas, que por vengar la blasfemia que ellos decían, llegaron a herirle, y Su Majestad decía en su interior, mirando a los humildes que le habían de imitar en la tierra, presentes y futuros, y los bendecía y daba título de hijos carísimos, oraba por ellos a su Padre Eterno, y les concedía las bienaventuranzas, que en su doctrina antes les había prometido[646], diciendo:

1. Con mi humilde padecer he de merecer a los pobres de espíritu del reino de los cielos, y, si en serio me imitaren, con lo que por ellos padezco que es de valor infinito, les he de vincular como posesión suya el reino de mi Padre y descanso eterno.

2. Y a los que fueren mansos a mi imitación, en sus tribulaciones, no sólo les hago donación del cielo para cuando mueran, sino también de la tierra y voluntades de los hombres, mientras sean viandantes, porque fueron columbinos y mansos con todos.

3. Y a los que lloraren y sembraren con lágrimas[647], determino que sean consolados en su peregrinación, hallando don de entendimiento en su aflicción, y que después cojan con alegría el sempiterno consuelo, porque me siguieron en afligirse.

4. Y los que desearen padecer por la justicia y por ella ser ultrajados, despreciados y desconocidos, como Yo lo soy, Yo los saciaré y hartaré de manera que exceda incomparablemente el premio al trabajo y el descanso infinito a su deseo, y con mis tribulaciones les merezco de justicia todo lo que les prometo, si por sí no lo desmerecieren, ofendiéndome sin arrepentirse.

5. Y los que fueren misericordiosos y se compadecieren de los pecadores y afligidos y de los que los persiguen, como Yo lo hago, no deseándoles castigo sino remedio del daño de sus almas y mi misericordia para perdonarlos, Yo les doy mi real palabra de usar con ellos de misericordia liberal y magna.

6. Y a los que conservaren limpio su corazón, en medio de los peligros del valle de lágrimas, y crucificaren sus carnes con mi temor, y tomaren mi cruz y padecieren, Yo les ofrezco que verán mi cara y visión de paz y conseguirán premio eterno.

7. Y los pacíficos que no quieren contiendas, ni saben buscar su derecho en la venganza, sino que se sujetan al padecer, como Yo lo <he> hecho con amigos y enemigos, esos serán mis hijos, y en el amor con que padezco por la exaltación del nombre de mi Padre, los concibo y engendro, para que sean hijos carísimos de mi virtud, asentándolos en mi aceptación divina y escribiéndolos en mi memoria eterna.

8. Bienaventurados serán los que padecen por la justicia y por mi imitación, y los perseguidos conseguiran el reino eterno y todo lo que es mío será suyo, porque los hago participantes de mis tesoros.

---

[645] Joan. XI, 50.
[646] Matth. v. 3 y sig.
[647] Psalm. CXXV, 5.

Alegraos, pobres; consolaos, tristes; pequeñuelos, saltad de placer; despreciados, celebrad vuestra dicha, porque seguís mis caminos y andáis las sendas de la verdad; dejad las vanidades y faustos de Babilonia y venid por el fuego y por la sangre de las tribulaciones a Mí, que soy luz y camino para el eterno descanso, donde os están guardados premios copiosos e infinitos tesoros. Como Cristo Nuestro Señor experimentaba la ciencia del padecer, se compadecía de los que le habían de imitar y se los estaba mirando, porque a todos los tenía presentes con su ciencia infinita, y se regalaba con ellos, los elegía por carísimos y para colocarlos en eminente lugar; y entre ellos y sobre todos, sublimaba a su Santísima Madre, que le estaba mirando, imitándole y padeciendo sus mismos dolores según pura criatura; y desde el cenáculo, por inteligencia, veía a su amado Hijo estar entre los jueces, y ejercitaba excelentísimos actos de todas las virtudes y despreciaba las vanidades y elegía por su posesión y hacienda a los trabajos, desprecios y tribulaciones, y, conociendo las promesas que su Hijo Santísimo hacía a los pobres y humildes, quiso hacer los mismos actos, que por inteligencia conocía hacía el Señor: hízose madre y amparo suyo, porque los pobres y despreciados tuviesen todas las dichas juntas.

Y en diciendo el pontífice Caifás, que para qué buscaban ni querían testigos, pues ellos le habían oído blasfemar; que qué les parecía; respondió todo el concilio y gente malvada lisonjeándole[648]: -Digno es de muerte, digno es de muerte:- Que los príncipes, prelados y reyes han menester mucho mirar lo que hablan, que se llevan fácilmente tras de sí a sus súbditos y vasallos.

En esta cruel junta eran ellos los jueces, examinadores y acusadores, porque la rabiosa e inmensa envidia, que según criaturas ardía en su pecho, les hacía usar de todos los oficios para condenar al justo de los justos: escupiéronle su divino rostro, maltratáronle, tiráronle de los cabellos y de las sogas y cadenas, y le traían en el aire de una parte a otra, y los demonios les ayudaban y a voces decían por hacérselo de su maldad: Blasfemado ha, blasfemado ha; y tratándole torpísima y abominablemente, no volvió su cara de la confusión de las salivas, como dice Isaías[649], ni de los que le maltrataban; antes bien se alegró con las contumelias mucho más que el que halla lo que mucho desea y apetece, abrazaba las persecuciones amorosamente, porque sabía su valor, hirieron a Su Majestad el pescuezo como a hombre ordinario y de baja suerte, porque entre los judíos usaban maltratar con este linaje de oprobio a los que eran sediciosos y de mala sangre y suerte; finalmente tales oprobios, maldades y tormentos, jamás se dieron a hombre humano. Y sucedió, algunas veces, del gusto que Cristo Nuestro Señor tenía en padecer tales crueldades, redundarle en el rostro y despedir de él algunas vislumbres de deidad y hermosura, y <a> aquellos ministros de maldad les era tan insufrible que los deslumbraba, porque las tinieblas no pueden comprender la luz ni estar dos contrarios en un supuesto, y por esto le cubrieron la cara con un paño sucio, y aquellos resplandores que salían del divino rostro, les quitaba las fuerzas para herirle, y lo atribuían a arte mágica.

Tuvo la Reina del cielo dolores correspondientes a todos estos tormentos, y los veía como si estuviera presente, porque quiso el Señor fuese en la pasión su compañera y cooperadora en el negocio de la redención.

Estando Nuestro Redentor en la casa del pontífice Caifás, fue, como queda dicho, San Pedro a buscarle con amor ferviente, y aunque en la parte inferior reinaba el temor natural harto; y púsose a calentar donde otra criada de Caifás puso en él los ojos, y dijo a los circunstantes[650]: -A este hombre he visto yo acompañar a Jesús Nazareno:- Y todos le afligieron con razones, y él negó con juramento[651], y salióse fuera otra vez[652]; y en pasándose como una hora, volvió a entrar, y algunos de aquellos ministros, instigados por el demonio, le dijeron oprobios y que era galileo, porque su habla lo manifestaba; y principió a maldecir y jurar diciendo[653]: Yo no conozco a ese hombre que

[648] Natth. XXV, 66.
[649] L. 6.
[650] Marc. XIV, 67, 71.
[651] Matth. XXVI, 72.
[652] Marc. XIV, 68.
[653] Matt. XXVI, 72.

vosotros me decís:- y luego cantó el gallo la segunda vez, y cumplióse lo que Nuestro Señor le dijo, que le negaría tres veces[654] antes que el gallo cantase. La primera negación fue simple de solo palabra; a la segunda añadió juramento; a la tercera juntó al juramento maldición. Y al punto la Reina del cielo oró por él postrándose en tierra en la casa del cenáculo, desde donde veía todo lo que se pasaba, como se ha dicho; y movióse de misericordia el Señor por los ruegos de su Madre Santísima, y miró a su apóstol con ojos de benignidad, enviándole al interior grandes reprensiones e inspiraciones, con que San Pedro se sobresaltó y volvió en sí, convirtióse al interior reconociendo lo que había hecho, y lloró amarguísimamente, y no tardó de como perdió la gracia a volverla a cobrar, sino tres horas; salióse fuera del palacio y de entre los malos, en cuya compañía había pecado, y fuése a una cueva, que ahora es llamada del Gallicanto, y lloró tan dolorosamente que rompía su corazón. Y aunque el divino Maestro estaba tan afligido y maltratado, no se olvidaba de enviarle grandiosas inspiraciones y sentimientos dulces de contrición al interior; y María Santísima le envió a visitar con un ángel, aunque le dio orden que no se le manifestase, porque había poco que había pecado, sino que ocultamente le consolase, animase y confortase, enviándole al corazón esperanzas de perdón y a la memoria los muchos pecadores que el Señor había perdonado; el ángel hizo puntualmente lo que su Reina y Señora le mandaba, y quedó el apóstol confortado[655].

[654] Marc. XIV, 30.
[655] M. C. de D. lib VI, c. XVI.

Meditación X. De lo que padeció el Señor lo restante de la noche en la casa de Caifás, y de un concilio que hicieron el viernes por la mañana.

Fueron a dormir y descansar los príncipes de los judios y otros ministros de justicia que los asistían, cansados de injuriar al Rey del cielo; y pues la envidia y furor de esta gente malvada llegó a cansarse de ofender a quien morían por quitarle la vida, se puede colegir qué sería lo que habían hecho hasta llegar a saciar su sed infernal. Y por ir más quietos a su descanso y sin sobresalto, que se les iría el divino preso de entre las manos, determinaron de dejarle en una cárcel tenebrosa y asotanada que tenían para encalabozar a los facinerosos, sediciosos y mayores ladrones. Era oscura y tan sucia que había mucha multitud de años que no la habían limpiado, y estaba tan profunda que, aunque tenía muchas causas de inficionarse, ni el aire era posible purificarla, ni las gentes limpiarla fácilmente; y como su horror por ser profunda, no ofendía al palacio, por esto la dejaban con su bascosidad.

En este indecente lugar depositaron al criador de cielo y tierra, y le bajaron con grandísimo oprobio e indecibles injurias de palabras, llevándole arrastrando y sin quitarle las prisiones, que en el huerto le pusieron, con que no podía aliviarse en resistir ni tenerse a los encontrones que le daban, ni a las fuerzas que hacían con las sogas tirando, y como hombre flaco se dejaba a la voluntad de todos ocultando el poder de su divinidad. Entráronle en la cárcel, adonde estaba una esquina de peña tan dura como mármol, y por serlo no la habían podido allanar, y a ella le ataron los ministros de justicia muy a su satisfacción, porque no se les fuese; y dejaron al gran Rey en pie y con postura tan penosa que le fue tormento de parte, porque estaba inclinado y sin tener las ligaduras sueltas para poderse levantar ni sentar. Cerraron la cárcel y entregáronle la llave a un hombre, el cual, al punto que los más principales del consejo se fueron, llamó a los que habían puesto de guarda y armados para que tuviesen cuenta con la cárcel, que era gente moza y llenos de vicios, y los convidó para que entrasen en la cárcel y tuviesen una noche de grande gusto y entretenimiento, haciendo burlas y escarnios al que nos crió y nos ha de juzgar a todos. Aceptaron el partido, y los de la guarda llamaron a otros confidentes suyos de tan pocas obligaciones y temor de Dios como ellos: entraron todos a la cárcel, cerraron muy bien la puerta y cercaron todos al Autor de la vida. Y cierto que halló conveniencias en no proseguir más adelante en este paso; lo primero, porque la consideración y discurso piadoso puede ponderar más de lo que yo puedo manifestar, y lo segundo porque faltan las fuerzas para decirlo, si la divina diestra no las da, porque el ánimo desfallece a la vista de este espectáculo. ¡Ay de mí, cómo podré dar descargo delante del divino Juez de haber conocido estos sacramentos ocultos y no haber muerto de pena, y mirándolos deshecho mi corazón en contrición de mis culpas, pues fueron causa de padecer tanto mi Dueño y Señor! ¡O fealdad del pecado! qué conocida puede quedar tu horredura <horribilidad> mirando lo que le costaste a mi Redentor! Confieso al cielo, a la tierra y a sus moradores, que seré <la> más ingrata que las mujeres, si desde hoy cometo más culpa, y si no me pegare con el polvo a que todos me ultrajen y pisen. Diré algo de lo que en este paso sucedió, aunque no conviene manifestarlo todo.

En dejando a Cristo Nuestro Señor en la cárcel el tiempo que pasó antes que los ministros de maldad volviesen a abrirla, grande multitud de ángeles se postraron ante el acatamiento de Su Real Majestad reconociéndole por más admirable cuanto más amarrado, rendido y preso estaba: diéronle profundísima reverencia y le alabaron y cantaron algunos himnos y salmos que la Reina del cielo había compuesto aquella noche; y Ella envió algunos de los ángeles de su custodia con lastimosos afectos al Señor de los señores; y todos los ángeles le suplicaron de parte de la divina Princesa tuviese por bien de aliviarse, y que, ya que no quería mostrar el poder de su diestra ni dejar de padecer por los hombres, que por lo menos les diese licencia a ellos para que le desatasen y aliviasen algo a su santísima humanidad, y que mostrasen, con los que le habían puesto así, que tenía ministros angélicos que le servían y asistían. Respondió el divino Cotdero: -Espíritus de mi Padre, no quiero que me defendáis; consolad a mi Madre y decidla, que el tiempo de la tribulación se pasará y vendrá el de los alivios y consolación; que recibo sus afectos, y trabaje por el bien de las

almas. Yo quiero satisfacer en padecer, al afecto que las tengo, y quiero trabajar sobreabundantemente para merecerles a mis amigos tesoros eternos, porque a los que han de ser fieles y aprovecharse de mi sangre, quiero llenarles de bienes. -Quedaron los ángeles admirados y la Reina de los ángeles rendida a la voluntad de su Amado y a la vista de lo que pasaba, porque aunque más la afligía, no se apartó de la inteligencia que el Señor le dio de todo.

Entraron en la cárcel los de la guarda y otros criados de los pontífices, que de ambas casas se juntaron, y, como he dicho, después de cerrar la puerta dijeron al Señor muchas injurias y baldones; le escupieron en el rostro divino, le abofetearon e hicieron muchas descortesías y groserías. Y no les respondía palabra ni hizo mudanza en su divino rostro, ni alzó sus hermosísimos ojos; y esto los indignó, porque quisieran entretenerse con oírle hablar. Desatáronle para mejor injuriarle, y andaron <anduvieron> al derredor dándole de bofetadas a cada vuelta; vendáronle los ojos y le persuadían a decir cuál era el que le dio. Quisieron desnudar a Su Alteza, pero no pudieron y yendo <a> hacer algunas acciones indecentes, se les olvidaba y se pasmaban con que no lo conseguían; y estaban tan ciegos que no sabían qué virtud los impedía. Y la Reina del cielo suplicaba al Eterno Padre, desde donde estaba mirándolo, que impidiese en sus desmedidos intentos a estos ministros del demonio: y condescendió Su Majestad con estas súplicas: y el Cordero divino quiso estar mansísimo por más humildad y padecer, y cometer a su Santísima Madre la causa de su defensa en las cosas que no eran decentes a su divina persona.

Lo que padeció Nuestro Redentor esta noche del jueves es indecible, y todo no se puede declarar, ni se sabrá hasta el día del juicio. Volvieron a atar a Su Majestad los criados, para que los ministros le hallasen como le dejaron. Quedó solo el Rey del cielo de hombres, y acompañado de muchos ángeles: hizo Su Majestad una larga oración pidiendo a su Eterno Padre por la Iglesia, por Su Madre Santísima, por San Juan, San Pedro y los demás apóstoles.

Y la Virgen Santísima hizo la misma, y con estar tan dolorida y viendo las crueldades que con su Hijo Santísimo se hacían, jamás se quejó ni dijo mucho es lo que padezco, ni desfalleció ni se enojó con ninguno de aquellos ministros de justicia, sino que antes bien decía; el Señor os de luz y os convierta, os detenga, ilustre: hasta esto se extendía la ira de la paciente oveja, madre del mansísimo cordero.

Viernes, luego de mañana[656], se juntaron en la casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes, que eran más señalados en dignidad, los ancianos del pueblo y los escribanos, que eran tenidos en más estimación por la doctrina de la ley; y todos, congregados en uno, deseaban la muerte del Autor de la vida y se la procuraban con todo conato: tomaron de acuerdo que le sacasen de la cárcel, y le llevasen a su presencia; bajaron los ministros de justicia con grande mofa y risa y le dijeron: ¡Oh Jesús, qué poco te han valido los milagros para contigo mismo? no fuera bueno que te hubieras librado a ti? dónde están tus fuerzas y potestad? en tres días habías de reedificar el templo? aquí pagarás tus vanidades y se humillarán tus altos pensamientos; ven, vean, que te aguardan los principales del pueblo, que quieren dar fin a tus falsedades y entregarte a Pilatos, para que te quite la vida.-

Desataron al Rey del cielo y le subieron a la junta de los potentados: iba nuestro amado Dueño, como un cordero mansísimo, tan desfigurado y flaco que les causó espanto a los del consejo, porque no parecía hombre, ni era posible tenerse. Dijéronle los del concilio[657]: Si tú eres Cristo y nuestro ungido rey, dínoslo.- Respondióles Su Majestad[658]: Si os dijere lo que me preguntáis, no me creeréis, como otras veces lo habéis hecho, que no habéis creido a mis palabras ni a mis obras; y si os preguntare alguna cosa, no me responderéis, como otras veces no me habéis respondido; pero os digo de verdad que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la virtud de Dios.- Respondieron ellos: Luego, según esto, tú hijo de Dios eres.- Dijo el Señor: Yo no lo digo, mas vosotros lo decís.- Siempre Cristo Nuestro Señor daba sus respuestas llenas de humildad y

[656] Matth. XXVII, 1; Mar. XV, 1; Luc. XXII, 66; Joan. XVIII, 28.
[657] Luc. XXII, 66.
[658] Ib. 67, 68, 69, 70.

sabiduría, y de tal manera templaba sus razones, que dijo la verdad; y por ella no le pudieron formar acusación, no porque rehusaba el morir por el hombre, que ya sabía con su ciencia divina que estaba decretado y que se había de cumplir; pero no quiso por sus palabras dar ocasión a tan gran mal y desdicha, pero no quiso negar la verdad. Y en oyéndola dijeron[659] los príncipes y los demás: Para qué deseamos ya otro testimonio. Pues a sí mismo hemos oído lo que deseamos conocer.- Y decretaron que le llevasen a Pilato, presidente romano y emperador, al cual pertenecía todo juicio y causa de sangre. Y esto hicieron por dar a entender, que era Nuestro Redentor digno de muerte, y porque la culpa se la echasen a Pilato, de manera que cometían la maldad y eran tan hipócritas, que la querían honestar de su parte cometiéndola a otro[660].

[659] Luc. 71.
[660] M. C. de D., lib. VI, cap. XVII y XVIII.

Meditación XI. Llevaron al Señor a la casa de Pilato, y en el camino le encontró su Madre Santísima

Llevaron a Cristo Nuestro Redentor preso y atado, las manos atrás, con las cadenas y sogas que le pusieron en el huerto. Iba por medio de la ciudad con grande ignominia y con gusto de los malos y admiración y aflicción de los buenos; y por la novedad se llegó gran multitud de gente; unos decían, muera muera, este embustero; otros, por justo y santo padece, y de él buenas obras recibíamos; pero pues le castigan, causa debe de tener. Los demonios no le dejaban un punto, porque deseaban ver el fin de tal hombre y ver quién era el que tal guerra les hacía; y, aunque se alentaron a creer que no era el Mesías, por verle tan flaco y descaecido, con todo eso les maravillaba tal sufrir y padecer sin quejarse, y decían; si éste fuera Hijo de Dios, comunicara la virtud divina a la naturaleza humana y no padeciera tanto; y por esto podemos creer no lo es.

La divina y celestial Reina, que estaba atenta (como se ha dicho) a lo que pasaba, en teniendo inteligencia que su Hijo Santísimo iba de la casa del pontífice Caifás a la de Pilato, y que era ya entrado el día, determinó con afecto ferviente de ir a buscar a su querido y a encontrar con la lumbre de sus ojos; y al mismo tiempo el evangelista San Juan, que había estado en el palacio del pontífice Caifás, y fuera también, inquiriendo lo que pasaba, fue a darle cuenta a la Madre de Dios. Llegó al cenáculo al tiempo que la Reina iba a salir, la encontró, echóse a sus pies y suplicóla le perdonase el haber ido con los demás apóstoles, cuando prendieron a su Santísimo Hijo, debiendo él por tantas razones seguirle y morir con El: y principió a darle cuenta de todo lo que pasaba. La Virgen Santísima, con grande dolor y lágrimas, le oyó sin decir sabía nada, pero admiróse el Evangelista de verla tan desfigurada, y decíala lo mucho que lo estaba su Hijo, y que apenas le conocería, y fuéle diciendo, en el camino, lastimosas relaciones. Y las santas mujeres que acompañaban a María Santísima, lo oían y lloraban amarguísimamente; y todos decían apresuremos el paso, porque le veamos, y oyeron el tropel y grita de la gente; y los ángeles de guarda de María Santísima dispusieron cómo la Madre Purísima encontrase con el Hijo a la vuelta de una esquina, sin que la multitud los impidiese. Y al punto que le vió, se arrojó a sus pies, y le reverenció con el culto mayor que pudo. Miráronse el Rey y la Reina ternísima y lastimosísimamente, y quedaron sus corazones traspasados de dolor; y retiróse María Santísima un poco atrás, y fue siguiendo a su Amado con el Evangelista las Marías. Decía la divina Señora, hablando con el Eterno Padre: -Altísimo Señor mío, mirad a vuestro Hijo y mío, cuán atropellado va. ¿Es posible que el atributo de vuestra justicia no esté ya harto satisfecho, y que el amor de mi Amado no esté ya pagado de tanto padecer por los hombres? Su deidad ha de estar tan ultrajada, su majestad tan olvidada, su poder tan oculto, su forma tan lastimada, su hermosura tan borrada y cubierta de salivas? ¡No ha habido corazón humano, que haya llegado a quitárselas, ni su lastimosa Madre lo ha podido hacer! Angeles del Señor, pues sois prestos en vuestra ligereza, haced lo que Yo deseo y no puedo. Ay de Mí, que no hay dolor que se iguale a mi dolor.- Quedáronle a la Purísima Reina tan fijas las especies de su lastimadísimo Hijo, que jamás se le olvidaron ni borraron de la memoria mientras vivió.

Llegó el Rey del cielo a la casa de Pilato, y presentáronle al pretorio que era donde tenía el asiento y silla de la judicatura, y los hebreos que le llevaban, no entraron al pretorio[661] por no ser tenidos por irregulares y contaminados entrando en la casa de Pilato, que era gentil; y esto hicieron, porque pudiesen la Pascua comer del pan ceremonial, para el cual habían de estar limpios; pero harto sucios e inmundos los hacía su culpa, y reparaban en poner los pies en la casa del juez extraño y no en derramar la sangre del justo.

Y como estuviese el Señor dentro del pretorio, Pilato quiso dar lugar a las ceremonias de los judíos, que no querían entrar en su casa, saliendo luego fuera, y díjoles[662]: Qué acusación traéis contra este hombre delante de mi juicio, que me parece le traéis ya juzgado como merecedor de

[661] Joan. XVIII, 28.
[662] Joan. 29, 30.

muerte?- Y esto decía porque venía atado, que era señal entre ellos que estaba ya la causa definida, y que se le llevaban para que pronunciase la sentencia: y quiso en esto Pilato proceder según el uso de los romanos, que eran quienes le habían enviado a él allí, y acostumbraban de no condenar a ninguno, sin oír primero su acusación, y que el acusado tuviese lugar de volver por sí y defenderse.

Respondiéronle: -Si éste no fuera malhechor no te lo trajéramos a tu poder, que de tanta autoridad y religión somos, que procedemos justificadamente: y advierte, que Dios ha mandado en nuestra ley, que no consintamos viva hombre tan malo como éste.- ¡Oh maldad abominable, y qué maliciosamente pintas el celo en presencia del juez! Respondió Pilato, conociendo que le acusaban por envidia[663]: -Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley.- Y quiso darles a entender, que su sentencia le bastaba, porque él no se ajustaba con su dictamen a darla. Dijeron: -No nos pertenece ni tenemos licencia de matar a ninguno, que el poder que teníamos de quitar la vida, ya se traspasó a los rornanos.- Y todo esto fue hecho, porque se cumpliese la palabra de Cristo Nuestro Señor, que había dicho significando de qué muerte había de morir. Y comenzáronle <a> acusar de muchas cosas falsas, y entre ellas de tres, diciendo: Hallamos, que éste engaña a nuestra gente y la retrae del culto de la ley, sembrando falsa doctrina, y defiende que no se pague tributo a César[664], y hace división y disensión causando escándalo en el pueblo, y hallamos que dice ser verdadero Jesucristo y rey, de donde se colige que quiere usurpar y tomar el reino de los judíos.- Y hablaban de esta manera, porque los reyes de los judíos se llamaban cristos por unción, mas levantando estos falsos testigos que se llamaba rey, por declarar más su intención, porque Pilato era gentil, y los gentiles no ungían sus reyes, como los ungían los judíos, y si estas malignas gentes no añadieran a la palabra de Cristo, que quería decir ungido rey, Pilato no lo entendiera, y así no decían bien en decir: hallamos que dice que es verdadero Cristo y Rey, porque lo que acriminaban no era verdad sino fingimiento criminoso y malicioso.

Y entraron a Cristo Nuestro Señor en el pretorio; y la Madre Santísima con Sau Juan y las Marías se quedaron fuera; la humildísima Señora, como la oveja que delante sus ojos le llevan el corderillo lastimada de perderle de vista, y se retiró con la compañía adonde había menos bullicio de gente.

Pilato entró en el pretorio y preguntóle al Redentor del mundo diciéndole[665]: Tú eres rey de los judíos?- Y retiróse del bullicio de los que se le entregaron, por hacer más a su salvo las preguntas y con más caricia; y el decirle, si era rey de los judíos, era por saber si lo era de derecho, que de hecho ya veía no lo era. Y respondió Cristo Nuestro Señor[666]: Díceslo eso de tuyo o te lo dijeron otros de Mí?- Dijo Pilato: Por ventura soy yo judío, que he de andar en estas preguntas? Yo no hablo de mí, porque no puedo saber de mío estas cosas, mas tu gente y tus pontífices, que te debieran de defender de los jueces extranjeros, te pusieron en mis manos por malhechor, y pues así es, dime lo que hiciste, y si eres rey.- Respondió el Señor con más claridad que en otras ocasiones que había sido preguntado, porque Pilato procedía con más piedad y menos culpa que los príncipes de los sacerdotes y que los pontífices Anás y Caifás; y por esto dijo: Mi reino no es de este mundo, que si de este mundo fuera mi reino, mis siervos y mis ministros me defendieran que no fuese dado a los judíos; mas la verdad es que mi reino no es de aquí.- Y dijo a Su Majestad Pilato: -Luego, según eso, rey eres tú, pues que dices, que de otra parte es tu reino.- Dijo Jesús[667]: -Tú lo dices que yo soy rey.- Tomó el Señor este estilo de decir, porque no quería confesar ni negar ni dar ocasión a que con más grave culpa le condenasen; y dijo el Señor a Pilato determinando su reino: -Yo en esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad, y todo aquél que es de verdad, oye mis palabras. En que le quiso dar a entender, Yo en esto nací, según temporal natividad, y para dar testimonio de la verdad tomé carne y para asentar en los corazones que la admiten, la fe de los

---

[663] Ib. 31
[664] Luc. XXIII, 2.
[665] Joan. XVIII, 33.
[666] Ib. 34, 35 y 36.
[667] Ib. 37.

testimonios divinos, que es la verdad eterna. Dijo Pilatos[668]: -Qué es verdad?- Y no aguardó la respuesta de esta pregunta, o el Señor no se la dio.

Salió Pilato luego, fuera del pretorio, a los acusadores que estaban fuera, a alternar con ellos sobre la inocencia de Cristo Nuestro Señor, y díjole: Yo no hallo en él causa digna de muerte.- Y, porque Pilato no hacia caso de las demás acusaciones, que a Nuestro Redentor le imputaban sino del reino temporal, y a esta duda quedó satisfecho con lo que dijo el Señor, que su reino no era de este mundo, por eso dijo que ninguna cosa de crimen hallaba en él. Con lo cual los judíos fueron más estimulados y movidos de envidia; con que pusieron más diligencia para condenar al justo Rey; pero como no hallaban con qué poder favorecer su acusación y calumnia, daban voces y clamores diciendo: -Conmueve y alborota al pueblo[669] predicando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta esta ciudad, es engañador de la gente y turbador de la paz común.- ¿Qué sentiría la afligidísima Señora con estas voces y clamores, y sus discípulas las Marías, que se les deshacía el corazón en afectos tiernos?

[668] Joan. 38.
[669] Luc. XXIII, 5. M. C. cap. XVIII.

Meditación XII. Remitió Pilatos a Cristo Nuestro Señor a Herodes, y con una vestidura blanca se le volvió a remitir.

Estaba en Jerusalén, cuando sucedió la pasión de Nuestro Redentor, Herodes, que había ido por celebrar la Pascua; que tenía algo de nación judío; y la causa era porque su padre[670], por amor de su mujer, que era del linaje de Israel, se pasó al judaísmo, y se hizo circuncidar. Pues Pilato, en oyendo que Cristo Nuestro Señor era natural de Galilea, quiso favorecer y honrar a Herodes, como príncipe de la provincia de Galilea, y envióle[671] al Autor de la vida con gran gusto, por librarse de la priesa, que los judíos le daban de que le quitase la vida, porque por una parte le compelía el dar gusto a los malos, por otra, la inocencia de Nuestro Redentor, y por esto quiso desonerarse y ahorrarse de la pena, que por esto sentía.

Y parecióle, que siendo Herodes hebreo, le libraría por ser su vasallo; y cuando llevaron a Su Majestad de blos, que le iban atormentando y burlando de Su MaPilato a Herodes, sobrevino una gran multitud de puejestad. La Reina del cielo procuró salir de un rincón donde estaba, para ver a su amado Dueño, y fue de nuevo herido y atormentado su divino corazón, y le siguió como pudo. Y como Herodes viese a Cristo Nuestro Señor, holgóse mucho, porque le había deseado grandemente ver desde el tiempo que había degollado a San Juan Bautista[672], porque le habían informado de sus maravillas, doctrina y milagros, y deseaba que en su presencia hiciese alguna[673], no con fin devoto sino curioso y vano nacido de natural fácil. Preguntóle las cosas que deseaba saber, y Cristo Nuestro Redentor no le respondió palabra, ni quiso hacer en su presencia ningún milagro, porque Herodes no creía que era Cristo Nuestro Señor salvador sino encantador, por lo que no mereció ni ver ningún milagro, ni que Su Majestad le respondiese, y por su vicio y pecado; y tenía el Señor presente la muerte de su Precursor, y la sangre suya estaba clamando, y quiso vengarla en callar, que es el mayor castigo que Dios le puede dar no hablarle al corazón. Y estaban con Herodes los príncipes de los sacerdotes y los escribanos del pueblo y la demás gente acusadora, diciendo[674] las mismas calumnias y acusaciones que a Pilato, pero de todas nada decía el Señor. Y viendo Herodes que Su Alteza no había hecho ningún milagro ni había respondido palabra, ni excusádose de las calumnias que le ponían, le tuvo por idiota y de falto juicio, que es la propia censura que el mundo hace de los mansos y humildes. Despreció le Herodes y toda su caballería, y escarneciéronle, y Herodes con ironía y mofa mandóle poner una vestidura blanca, figura de pureza y de su inocencia, pero era vestidura de mucho desprecio y que usaban ponérsela a los locos furiosos, porque huyesen de ellos. Y Herodes tampoco halló causa de condenar a muerte al Señor, y como Pilato le había honrado y hecho favor en enviársele, quísole hacer el mismo agasajo, y volviósele enviándole a decir, que le remitía su vasallo[675] para que dispusiese de él. Hiciéronse amigos[676] aquel día Herodes y Pilato por la cortesía y reverencia que el uno con el otro tuvieron en la remisión y presentación de Cristo Nuestro Señor, porque antes de esto eran enemigos, y esta enemistad se había causado porque Pilato mandó quitar la vida a unos galileos, que eran de la jurisdicción de Herodes, mezclando la sangre de ellos con los sacrificios que hacían[677].

Iba el Muy Alto, desde el palacio de Herodes hasta el de Pilato, fatigadísimo por estar tan mal parado de tantos tormentos, y con el bullicio de la gente no le dejaban andar. Y los judíos iban tirando desmedidamente y la Madre piadosísima derramando lágrimas de sangre, porque veía muchas veces a la lumbre de sus ojos caer en tierra, y que el corriente de la gente ni quería ni podía

[670] Este, es decir, el Herodes padre, fue el que antes había degollado a los Inocentes (Matth. II, 16; Míst. C. de D., lib. VI, n. 1314.
[671] Luc. XXIII, 7.
[672] Marc. VI, 27.
[673] Luc. XXIII, 8, 9.
[674] Ib. 10.
[675] Luc. XXIII, 11.
[676] Ib. 12.
[677] Ib. 1.

detenerse ni aguardarse, y pasaban por encima, y para que se volviese a levantar era menester mucho tiempo, muchas voces y que todos se retirasen atrás, que era una dificultad que traía grandes penas para la afligidísima Reina, y la gente muchas veces le daba por muerto, porque juzgaban que tales tormentos y ahogos era fuerza acabasen la vida.

Llegó Nuestro Redentor otra vez a la casa de Pilato, y declaró cómo él ni Herodes no hallaban delitos ni causa para que Su Majestad muriese, pero cuanto más Pilato se desvelaba en disculpar al Señor, tanto más criminosos, terribles y furiosos estaban los hebreos, y de nuevo los príncipes de los sacerdotes y los ancianos acusaban al Señor y clamaban por infamarle, y Su Majestad ninguna cosa respondía en su defensa. Díjole Pilato: -No oyes cuántos testimonios éstos dicen contra ti[678]- Pero el Señor ninguna cosa respondía.

Y tenía costumbre Pilato de soltar un preso[679] por la fiesta a petición del pueblo, cualquiera que ellos gustasen y sin diferencia de merecimientos, en memoria de que fueron librados los hijos de Israel de la servidumbre de Egipto. Y esta memoria se celebraba en la solemnidad de la Pascua, porque en tal día como aquél habían salido del cautiverio de Faraón, y esta ceremonia o libertad no se hacía en las demás fiestas; pero porque en la noche de la Pascua el ángel del Señor libró a los hebreos y mató a los primogénitos de Egipto[680], para celebración y agradecimiento de este beneficio libraban los judíos un preso, el que más merecedor era de muerte, y también se la daban a otros malhechores, y esto hacían en memoria de que pasaron el mar Rubro en seco[681], en el cuál fueron librados los hijos de Israel y pereció Faraón con la gente de Egipto; y cuando se dieron en sujeción a los romanos ganaron del emperador que les fuese guardada esta costumbre, como era antes que Judea fuese tributaria al señorío de Roma.

Pues Pilato, que deseaba librar a Nuestro Redentor propuso a los judíos, que en su festividad miraran a cuál de los dos querían librar, a Cristo o a Barrabás[682], el cual era ladrón famoso y alborotador del pueblo y matador de hombres; y pensando Pilato que por sus maldades le condenarían a éste, la mujer de Pilato quería librar al Señor, porque el demonio la echó sugestiones, como se ha dicho.

Respondieron los judíos, a grandes voces, a la proposición que Pilato les había hecho: No queremos a éste sino a Barrabás; a Barrabás libra[683].- Y Pilato, queriendo soltar a Cristo Nuestro Señor, hablóles otra vez diciendo: Pues, qué haré de Jesús Nazareno, Rey de los judíos, que ninguna cosa hallo en él digna de muerte?- Y ellos clamaban y decían: Crucifícale, crucifícale[684].- Pero viendo Pilato que ninguna cosa aprovechaba sino que iba creciendo el escándalo del pueblo y que no le podía librar, tomó agua en presencia suya y dijo: -Dadme testimonio cómo yo soy inocente de la sangre del Justo, que yo lavo mis manos[685].- Y respondieron: Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.- Y como Pilato no hallase causa en el Señor para condenarle a muerte, volvió a hablar con los príncipes de los sacerdotes y letrados de la ley y con la demás plebe: Corregiréle y, bien disciplinado, lo soltaré[686].- Y con crueldad obstinada respondieron: No queremos sino que muera: crucifícale, crucifícale.- Pues mirando Pilato, que según aquellas voces no podía librar al Señor y dejarler satisfechos, y atendiendo a que era cosa fuerte condenar al justo a muerte, tomó de acuerdo el mandarle azotar[687] y escarnecer, para que mostrándosele al pueblo hebreo lastimado, moderase su ira. Llevaron al Criador del universo adonde acostumbraban dar tormento a los malhechores, y sucedió lo siguiente.

---

[678] Marc. XV, 4, 5.
[679] Joan. XVIII, 39.
[680] Ex. XII, 29.
[681] Ib. XIV, 28.
[682] Matth. XXVII, 17.
[683] Luc. XXIII, 18.
[684] Ib. 23.
[685] Matth. XXVII, 24.
[686] Luc. XXIII, 22.
[687] Joan. XIX, 1.

Meditación XIII. Cómo azotaron al Señor, le pusieron corona de espinas y le condenaron a muerte, y cómo su Majestad llevó la cruz a cuestas.

Fueron algunos ministros de justicia y llevaron consigo a mucha gente de la casa de Pilato a un aposento bajo, a manera de patio con algunas columnas de mármol al derredor, que sustentaban el edificio, y llevaron a Cristo Nuestro Señor con grande ignominia y furor a este lugar, y con rabia desmedida le quitaron la vestidura blanca que Herodes le había hecho poner, y luego le quitaron la cadena y sogas, y por quitárselas con impiedad, se abrieron mucho más las llagas que ellas habían hecho. Mandaron a Su Majestad que se desnudase su túnica, y apenas podía de quebrantados y entumecidos los brazos, como había tanto tiempo que estaban apretadísimamente atados; ayudáronle cruelmente a desnudar, y escondiéronle la tunicela y quedóle al Señor unos paños que la Reina del cielo le puso en Egipto cuando la vestidura que Ella le había tejido, y tampoco se los había quitado Su Majestad y también crecía con la túnica, y era como saya de lienzo, aunque corta. Esto pretendieron quitar los ministros de maldad, y la divina providencia los impidió, y ellos lo atribuían a arte mágica, porque se probaron muchas veces y no lo consiguieron. Ataron a Nuestro Redentor a una columna de mármol[688] inhumanamente, de manera que se le hizo una llaga en el pecho grandísima de hirmar sobre el mármol, porque era poco alta, y las manos se las ataron a una argolla que tenía baja, con que quedó inclinado y penoso mucho. Y seis mozos, de grandes fuerzas y de inpíos e inhumanos ánimos, tomaron azotes, y principiaron los dos con unos cordeles retorcidos a dar al Rey del cielo hasta que se cansaron, y alzaron en aquella carne santísima grandes ronchas y bultos que se habían llenado de sangre. Y luego entraron los otros dos, con apuesta de que no habían de ser tan flojos y de pocas fuerzas como los que habían acabado, y con unas como correas dieron fuertemente, y abrieron todas las ronchas e inflamaciones que los primeros habían levantado en aquella inocentísima carne; y corrió sangre hasta el suelo y hasta mancharse los sayones inhumanos, indignos de tal bien, y los demás la pisaban porque corrían arroyos de ella. Pasaron los terceros ministros con unos azotes de nervios de animales, que tenían para castigar a los delincuentes, y dieron tan soberbiamente, por ganar en la apuesta a los cuatro, que se abrieron las llagas hasta romperse la divina carne, y cayó pedazos de ella, grandes, en el suelo y descubriéronse muchos huesos[689]. Y la Reina de los ángeles les mandó cogiesen todas aquellas reliquias, y Ella sintió por modo dicho los dolores de los azotes que estaba lastimadísima y fatigada, y más de ver tal estrago en el Hijo altísimo del Eterno Padre. Desatáronle y no se podía tener, y por esto y las burlas que con Su Majestad hacían, cayó muchas veces en el suelo desnudo y se lastimó. Dijéronle los crueles ministros, que buscase la vestidura, con ironía, pero la Madre de Dios mandó a un ángel de los de su guarda, que se la llevase, y lo hicieron; y no tuvieron estos malvados hombres ojos para ver este milagro, sino que lo atribuyeron a lo que solían de arte mágica. Y cuando el Autor de la vida se acabó de vestir, le dijeron, que se aguardase, que pues se había querido hacer rey, le querían vestir como tal: pusiéronle una vestidura colorada, rota y rnanchada, y una corona de espinas[690] y un cetro de caña en su mano, y burlaron del criador del universo delante de Pilato, que estaba sentado como juez, y toda la gente de su palacio le hicieron ignominiosas burlas[691]. Aquí el corazón y el afecto es el que ha de obrar y callar la lengua, y por esto pongo esto tan a la letra y sin explicación, que no hay ninguna que no sea limitada. Las espinas de la corona pasaban muchas hasta los ojos y los oídos, porque eran como leznas y la corona de juncos.

---

[688] S. Beda dice también que aquella columna era de mármol. E igualmente lo afirman S. Jerónimo, S. Paulino, Prudencio y otros citados por Gretsero (Lib. I de Cruce). Esta columna se conserva en Roma en la iglesia de Santa Práxedes.

[689] Aunque Santa María Magdalena de Pazzis enumera 60 los soldados de la flagelación, pudo la Santa referirse a los soldados asistentes o participantes de la flagelación, no a los que la ejecutaron, o pudo caber que algún amanuense añadiese un cero demás al número señalado por la Santa; pues más probable parece emplearse 6 verdugos en azotar a un solo hombre, que 60. Véanse los Bolandos (Acta ss. tom. 8. pág. 108) sobre la Vida de Santa Francisca Romana, visión 8, al fin.

[690] Joan. XIX, 2.

[691] Ib. 2, 3.

Salió Pilato con el Autor de la vida a una ventana del pretorio y mostróle a sus acusadores diciéndoles[692]: Ecce homo, mirad qué castigado os le traigo, y para muerte no hallo causa en él.- Y con verle tan lastimado, que las piedras pudieran hacer sentimiento, dijo aquel pueblo maligno[693]: Crucifícale, crucifícale:-. y hacían ironía en él. Pilato, mirando su inocencia, volvió a decir: Tomadle, vosotros, y crucificadle, que yo no hallo en él causa de muerte.- Y ellos daban voces diciendo: Nosotros tenemos ley, y según ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios y blasfemó.- Llevó Pilato a Cristo Nuestro Señor de la ventana al pretorio y volvióle <a> hablar sin el estruendo de la gente, y díjole[694]: De dónde eres tú.- Y Jesús no decía nada. Pilato: -Y a mí no me respondes? no sabes que tengo poderío para crucificarte o darte la vida?- Dijo Su Majestad: No tuvieras contra Mí poder ninguno sino te fuera dado de arriba; mas el que me entregó a ti y me puso en tus manos, mayor pecado hizo.

Parecióles a los judíos que no podían atraer al juez a lo que querían, y pusiéronle miedo diciendo altas voces[695]: Si a éste sueltas, no eres amigo de César.- Esto decían, porque los emperadores romanos habían quitado a los hebreos la dignidad real, por lo cual el que se llamaba entre los judíos rey, iba contra la orden del emperador. Y como temiese Pilato respetos humanos, sacó fuera del pretorio a Cristo Nuestro Señor, y asentóse en el tribunal[696] o silla de la judicatura, que en lengua hebrea se llama Gabatha, en lengua griega Lithostrotos, y era el día de Parasceve, casi a la hora de sexta, y mandó que le presentasen al Señor a juicio, y díjoles a los judíos[697]. -Veis aquí a vuestro rey.- Y ellos decían: No tenemos otro rey sino a César.- Y luego Pilato pronunció la sentencia siguiente[698]:

4 Yo Poncio Pilato, presidente de la baja Galilea, aquí en Jerusalén regente por el imperio romano, dentro del palacio de archipresidencia, juzgo, sentencio, pronuncio que condeno a muerte a Jesús, llamado de la plebe nazareno, y de patria galileo, hombre sedicioso, contrario de la ley, de nuestro senado y del grande emperador Tiberio César. Y determino por la dicha mi sentencia, que su muerte sea en cruz, fijado con clavos a usanza de reos, porque aquí, congregando y juntando cada día muchos hombres pobres y ricos, no ha cesado de mover tumultos por toda Judea, haciéndose hijo de Dios y rey de Israel, con amenazarles la ruina de esta tan insigne ciudad de Jerusalén y su templo, y del sacro Imperio, negando el tributo a César y por haber tenido atrevimiento de entrar con ramos y triunfo, con gran parte de la plebe, dentro de la dicha ciudad de Jerusalén y en el sacro templo de Salomón. Mando al primer centurio, llamado Quinto Cornelio, que le lleve por la dicha ciudad de Jerusalén a la vergüenza, ligado así como está, azotado por mi mandado con una corona de espinas puesta sobre la cabeza, porque se hizo rey de los judíos; y le saquen fuera de la ciudad donde le ponían la cruz, en que ha de morir, a cuestas, y vaya en medio de los dos ladrones que asimismo están condenados a muerte por hurtos y homicidios que han hecho, para que de esta manera sea ejemplo de todas las gentes malhechoras. Mando asimismo por esta mi sentencia, que en voz de pregonero vayan por las calles públicas diciendo todas estas culpas, que aquí en esta mi sentencia van expresadas, y en sacándole de la ciudad por la puerta Pagora, la que ahora es llamada Antonina, le lleven al monte que se dice Calvario, adonde se acostumbra hacer y ejecutar la justicia de los malhechores, facinerosos; y allí, fijado y crucificado en la misma cruz que llevare, quede su cuerpo entre los dos ladrones colgado. Y sobre la cruz, en lo más alto de ella, le

---

[692] Ib. 5.
[693] Ib. 6
Joan, XIX, 6, 7.
[694] Ib. 9, 10, 11.
[695] Ib. 12.
[696] Ib. 13.
[697] Ib. 14, 15.
[698] Hicieron mención de esta sentencia S. Epifanio (Haer. 50), S. Juan Crisóstomo (Hom. 7. in Pasch), y al fin del siglo 2.º San Justino (Apolog. 1). Véase en Alfonso Paleoto (De Chr. Stigm. c. 10) lo que acerca de esto dice Daniel Mallonio.

sea puesto el título de su nombre en las tres lenguas que más ahora se usan; conviene a saber, hebráica, griega y latina; y que en todas ellas diga: Este es Jesús Nazareno, Rey de los judíos; para que todos lo vean y de todos sea conocido. Y asimismo mando, pena de perdición de bienes y de la vida y de rebelión al imperio romano, que ninguno de cualquiera condición que sea, se atreva temerariamente a impedir esta dicha justicia, por mí mandada hacer, pronunciada, administrada y ejecutada con todo rigor, según decretos y leyes romanas y hebreas. A 25 de Marzo.

Testigos de esta mi sentencia por los tribus de Israel = Rabín del Tribu de Judá, y Daniel Rabín segundo, y Joaquín Bonical.

Del tribu de los Fariseos, testigos Rulia, Senex Simeon, Robol, Raban Nodaqui, Bonifossi.

De los sacerdotes, Roboam, Judas Boncasalo, Barbansa Repetuculari. Notarios que fueron de esta causa y publicación de este criminal proceso, por el imperio romano, Julio Sextillio, Amaciaba EIio. Por los hebreos, notario, Berta.

Poncio Pilato, judex et gubernator Galileae inferioris pro Romano imperio, quia sua propria manu ect.

Dada la sentencia, retrajeron a Cristo Nuestro Señor dentro de la casa del juez, y quitáronle la vestidura de escarnio, y púsose la tunicela, que era propia suya, y no se la volvieron a quitar más hasta el pie de la cruz. Llevaron por todas las calles de la ciudad a la vergüenza, leyendo en voz alta, en todas las calles públicas, la sentencia. Cuando María Santísima le vio salir tan lastimoso y desfigurado, fue traspasada de dolor y, si la divina providencia no le diera milagrosamente fuerzas, hubiera perdido muchas veces la vida. Fue siguiendo a su Hijo amado hasta el monte Calvario, ejercitando actos heróicos de amor, compasión, reverencia y alabanza: acompañábanla algunas mujeres santas, y particular las tres Marías y el Evangelista. Y lo que el divino Redentor padeció en este camino no hay lengua humana que lo pueda ponderar, de cansancio, fatiga, encontrones; y con el peso de la cruz dio muchas caídas, y el tropel de la gente caía sobre Su Majestad y le oprimían, y por temor de que muriese le dieron a Su Alteza quien le ayudase a llevar la cruz[699].

Seguían a Cristo Nuestro Señor mucha compañía de pueblo y de mujeres que lloraban y lamentaban, y volvióse Su Majestad a ellas, y díjoles[700]: Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre Mí, mas llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque vendrán días en que diréis, bienaventuradas son las que nunca parieron ni criaron, y entonces comenzarán a decir a los montes, caed sobre nosotras, y a los cerros, cubridnos, porque si en el madero verde se hace esto, qué hará en el seco?-- Esto dijo procediendo un poco por el camino adelante.

El demonio resistía ya en ir siguiendo al Redentor del mundo, y se quería ir a lo profundo, porque se hallaba atajado y perdido[701]; y el poder de la divina diestra dispuso que la Reina del cielo los compeliese a ir dominando sobre ellos, y mandó a todos los demonios, que viniesen al calvario, y como perros atados los compelió a ir; y les fue esto penosísimo, porque sentían el poder de Dios sobre ellos, y que Su Majestad tomase por instrumento a una mujer para detenerlos que no se fuesen a esconder a las cavernas profundas.

Llegó Cristo Nuestro Señor al lugar que es llamado Gólgota, que quiere decir calvario, con mucho estruendo de pueblos y ministros de justicia, que como a malhechor le seguían y asistían, y determinaron dar al Redentor una bebida de vino mezclado con hiel[702], que acostumbraban a dársela a todos los que habían de ser crucificados, para fortalecerlos y que pudieran sufrir los tormentos: pero fue tan inhumana su crueldad que, dándosela a los demás de vino confeccionado con mirra y otras cosas aromáticas y confortativas, porque así lo había ordenado y declarado Salomón[703], al

---

[699] Matth. XXVII, 32.
[700] Luc. XXIII, 27-31.
[701] "Hoc signo conspecto, adversariae Potestates conterritae trementesque recedunt". D. Eph. Ser. de Cruce.
[702] Matth. XXVII; Marc. XV, 23.
[703] Prov. XXXI, 6.

Redentor del mundo se la dieron de vino con hiel, por atormentarle la boca, pero Su Majestad no hizo sino gustarla[704].

Meditación XIV. Cómo crucificaron al Señor y descendió a los infiernos y sacó a las ánimas de los Santos Padres.

Cerca de la hora de sexta, que era a mediodía, desnudaron al Autor de la vida con grande impiedad, y por estar la túnica pegada y la sangre seca, se volvieron a renovar las llagas y a dividirse el corazón de María Santísima, que lo estaba mirando todo, y con la vestidura arrancaron la corona, y después se la volvieron a poner y a renovar las heridas de las espinas, y hacer unas sobre otras. Y este linaje de tormento se le dieron siempre que le desnudaban y vestían, que fueron cuatro veces; la primera, para azotar a Su Alteza; la segunda para ponerle la púrpura; la tercera, cuando le desnudaron la misma púrpura para volverle a poner sus vestiduras; y la cuarta, ésta para nunca más vestirse. Al punto que Cristo Nuestro Señor vio la cruz, que estaba preparada para ponerse en ella, se alegró más que todos los hombres del mundo cuando hallan lo que más desean, y según su esfuerzo y regocijo le pareció iba a bodas. Ofrecióse en sacrificio por todo el linaje humano a su Eterno Padre, y dijo a la cruz lo mismo que le había dicho cuando se la puso a cuestas, que fue: Cruz mía tan deseada de mi afecto, a buscarte bajé del cielo a la tierra, por ponerme en ti tomé carne humana, treinta y tres años ha que te deseo y busco, ven a Mí que en ti he de triunfar de mis enemigos, pero Yo quiero ir a ti para hacer las paces entre mi Padre Eterno y el linaje humano; he de abrirles las puertas del cielo y darles ejemplo de padecer a mis amigos.

Mandaron los ministros de justicia a nuestro amado Dueño con una superioridad infernal, que se extendiese en la cruz, y el que crió el cielo y la tierra obedeció con humildad increíble, tendióse en la cruz, y tomáronle la medida para hacerle los barrenos, y con malicia de quebrantarle, los hicieron más lejos. Levantóse el divino Señor; hicieron los barrenos, y luego le mandaron se volviese a echar. Enclavaron la mano diestra, que tantas maravillas había hecho, y para que alcanzase la siniestra, ataron o pusieron la argolla de la cadena de hierro, que se ha dicho, y tiraron hasta que llegó al barreno, y pusieron otro clavo gruesísimo, y con ellos rompieron las venas, cortaron los nervios, y apartaron los huesillos que concurrían a aquellas divinas manos. Y éste fue tan cruel tormento que traspaso el corazón del Señor y de su lastimosa y purísima Madre. Y los hombros se desgobernaron apartándose los huesos. Y con la misma cadena y violencia tiraron de los pies santísimos, y puesto el uno sobre el otro los clavaron con un clavo más grueso[705], y con mayores y más lastimosos golpes y mayores dolores por ser los pies más corpulentos. Quedó el divino cuerpo sin poderse mover, afligido, lastimado, y como la piedad humana le puede juzgar, que decirlo es imposible.

Ya que estaba clavado el Criador del universo, se hallaron con perplejidad aquellos ministros del infierno cómo volverían las puntas de los clavos por las espaldas de la cruz, para que no se cayese el Señor con el peso del cuerpo, porque los barrenos venían muy holgados e intentaron una crueldad impía, y fue que volviesen la cruz y quedase el lastimadísimo cuerpo debajo a la tierra y piedras del monte, y ellos lo ejecutaron[706]. Pero en entendiendo María Santísima tal, fue milagroso no morir de pena, clamó al Eterno Padre que no consintiese tal, y pidió a los ángeles de la guarda que,

[704] M. C. de D., lib. VI, cap. XX y XXI.

[705] Que el Salvador fue crucificado con solo tres clavos, lo escribieron Rufino (1. 2. c. 8), Nicéforo (lib. 8 c. 23), S. Anselmo (in dial. De Pass. Ch.), S. Buenaventura (lib. de Med vitae Chr., c. 78) y otros.- Santa Brígida (Rev. 1. IV, c. 70) no piensa así. Pero en el corazón de Santa Clara de Montefalco, en el que el Señor con milagro permanente imprimió en forma visible todos los instrumentos de la Pasión, se vieron sólo tres clavos y no cuatro.

[706] Este bárbaro hecho de los judíos le fue también revelado después a Santa Verónica de Julianis, como consta en las Actas del proceso, fol. 237 al 245.

detuviesen el cuerpo, para que no llegase a la tierra, y que cegasen aquellas gentes para que no lo viesen, porque de rabia de que no se cumplía su deseo, no inventasen otros tormentos. Hiciéronlo los ángeles, y las gentes no lo vieron. Levantaron al Señor en alto, en redoblando las puntas de los clavos, y estuvo tres horas con increíbles e indecibles dolores. Principió a decir las siete palabras, y en ellas le conocieron los demonios por Hijo de Dios y bajaron a las cavernas eternales quebrantados, perdidos y pegados en lo profundo del infierno; estuvieron por mucho tiempo rabiando y mordiéndose unos a otros, y vengándose en el desdichado Judas.

Hubo algunas maravillas en la muerte del Señor, y fue que muchos de los que allí estaban, salieron en público hiriendo sus pechos y diciendo: Justo es el crucificado y digno de reverencia y alabanza[707].- Y no fue esta conversión de solos los que antes le conocían, sino también de otros que no le habían visto jamás: y éste fue efecto de la Redención. También puso Pilato un título honroso sobre su cabeza en tres lenguas, que son hebrea, griega y latina, que decía[708]: Jesús Nazareno Rey de los judíos. Y aunque los judíos reclamaron a Pilato y le instaron a que no dijese sino que había dicho que quería ser rey, no lo quiso quitar, sino decir lo escrito sea escrito.

El sol se oscureció[709], el velo del templo se rompió de arriba a bajo, las piedras se dieron unas con otras, los sepulcros se abrieron, y era muy justo que las criaturas irracionales hicieran esta demostración, pues los judíos eran tan crueles que estaban diciendo al Señor[710], cuando estaba clavado en alto, muchas blasfemias, con meneos desmedidos; y otros le tiraban tierra y piedras, y otros decían: Tú, que destruyes el templo de Dios en tres días, y le vuelves a reedificar, sálvate a ti mismo ahora.- Otros decían: Rey de Israel, desciende de la cruz, y creeremos en ti.- Y los ladrones que estaban crucificados con Cristo, blasfemaban y decían: Si es verdad, que eres Hijo de Dios, sálvate a ti y a nosotros.

Cogieron las vestiduras de Cristo Nuestro Señor los soldados, y después de haberle crucifícado, las dividieron en cuatro partes[711], y la túnica inconsútil y sin costura echaron suerte de quién se la llevaría por no romperla.

Principió hablar el Redentor del mundo en la cruz y dijo:

1. Padre perdona a éstos que no supieron lo que se hicieron[712].

De esta primera palabra se convirtió el buen ladrón, y pidió a Dios misericordia diciéndole[713]: Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu reino.- Y Su Majestad, respondiendo a su afecto, habló la segunda palabra diciéndole[714]:

2. De verdad te digo, que hoy serás Conmigo en el paraíso.

3. La tercera dijo a su Santísima Madre, que estaba con San Juan al pie de la cruz[715]: Mujer, ves ahí a tu hijo.- Y al discípulo: Ves ahí a tu Madre.

4. La cuarta palabra dijo viéndose cercado de tormento, a la hora de nona, con grande clamor y voz, hablando con su Padre, y fue: Dios mío, Dios mío, por qué me desamparaste[716]?

5. La quinta: Sed tengo[717].- Y esta sed era por bien de las almas[718].

---

[707] Matth. XXVII, 54; Luc. XXIII, 48.
[708] Joan. XIX, 21, 22. La inscripción de Pilato en la cruz se conserva en Roma en la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén.
[709] Luc. XXIII. 45; Matth. XXVII, 51, 52.
[710] Matth. Ib. 39, 42, 44.
[711] Joan. XIX, 23, 24.
[712] Luc. XXIII, 34.
[713] Luc. XXIII, 42.
[714] Ib. 43.
[715] Joan. XIX, 26, 27.
[716] Matth. XXVII, 46.
[717] Joan. XIX, 28.
[718] "Sitis mea salus vestra est. Plus animarum vestrarum, quam corporis mei sitis me cruciat". S. Ag. In Ps. 61.

6. La sexta dijo[719] Consumatum est.

7. Y la séptima[720], alzando los ojos al cielo: -In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.- E inclinó la cabeza y dio su espíritu.

Quedó María Santísima con San Juan en pie, junto a la cruz, los ojos puestos en su amado y lastimado cuerpo. Y estando así vio venir un tropel de gente armada de la ciudad, que la sobresaltó mucho, porque echó de ver que encaminaban sus pasos hacia el monte Calvario. Y era el caso que los judíos, en dejando crucificado a Cristo[721], se fueron a Pilato a rogarle que les diese licencia, porque estaba cerca la celebración de la Pascua, para quebrantar las piernas a Jesús con los dos ladrones, para quitarles los cuerpos y que no quedasen allí. Y vueltos de esta legacía, quebrantaron las piernas de los ladrones[722], y como vieron que estaba el Señor muerto, le dejaron; pero uno de aquellos soldados le abrió el costado, y luego salió de él sangre y agua[723], y el que lo vio da testimonio de ello.

Luego como espiró Cristo Nuestro Señor, sucedió lo que dicen los artículos de nuestra santa fe, que descendió a los infiernos y sacó de allí las almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento. Y para mayor inteligencia de estos santos lugares, adonde Su Majestad bajó, es de advertir que la tierra tiene de canto, desde una superficie hasta otra, 2502 leguas, y hasta la mitad que es el medio donde está el infierno, hay 1251 leguas de profundidad[724]. En este medio y corazón de la tierra está el infierno de los condenados. En este centro y medio de la tierra dejó la divina providencia, cuando crió a la tierra, tres grandes cavernas o apartados distintos en esta forma[725]. El infierno es una caverna que en sí contiene y encierra muchas tenebrosas y terribles; en este lugar estaban los demonios con los condenados. Y a un lado del infierno está el purgatorio, adonde se purifican los que mueren sin haber acabado de satisfacer a la pena debida de sus culpas, pero mueren en gracia; y también es este lugar tenebroso y de penas, pero no hay comunicación de los del infierno a él. A otro lado del infierno estaba el limbo de los santos Padres, adonde ahora van los niños inocentes[726]. A este lugar es adonde bajó el alma santísima de Cristo, unida con la divinidad. Y dícese en los artículos, que descendió a los infiernos, porque se tomó el término de la mayor y más dilatada caverna, porque lo es mucho más que el limbo ni el purgatorio, y porque ha de permanecer para siempre, porque los del purgatorio han de subir al cielo, y los niños salir a este mundo cuando sus moradores hayan tenido fin. A esta profundidad del limbo bajó el alma santísima de Cristo hermosísima, y sacó a todos los santos Padres, y vino al sepulcro, como se dirá.

La Reina del cielo dio a su Hijo Santísimo grandes gracias por este favor que había hecho a los santos Padres, que lo vio por inteligencia.

Y José ab Arimatia era rico y hombre principal entre los de la corte, y alcanzó licencia de Pilato para quitar el cuerpo del Señor de la cruz[727], y con los instrumentos necesarios fue a hacerlo. Y llamó para que le ayudase, a un discípulo del Señor también oculto, llamado Nicodemus: y José compró una sábana limpia y blanca[728]. Era Nicodemus el que había venido a hablar a Jesús de noche[729]. Y compró casi cien libras de una mixtura olorosa, hecha de mirra y áloes[730], y también

---

[719] Joan. XIX, 30.
[720] Luc. XXIII, 46.
[721] Joan. XIX, 31.
[722] Ib. 32.
[723] Ib. 33.
[724] Esta es la medida aproximada que el diámetro medio terrestre ha resultado a los geodestas más renombrados, en las distintas mediciones que han hecho durante el último siglo. (Cantú, Hist. Univ. Geogr.- Rohrbacher, H. U. de la Ig. Católl. Tom. I, n. 14, Edic. de Casa E. de S. Francisco de Sales, 1898.- Véase tom. VI M. C. de D.)
[725] S. Th. Suppl. q. 69, a. 5. cf. q. 100. a 2.
[726] Supp. q. 69. a. 5. cf. q. 100. a 2.
[727] Joan. XIX, 38.
[728] Esta sagrada Sábana se halla en Turín.- Matth. XXVII, 59.
[729] Joan. III, 2.
[730] Joan. XIX, 39.

llevaban instrumentos de martillo y escalera. Y llegaron al pie de la cruz, recibiólos María Santísima y el Evangelista con gran benignidad, benevolencia y agradecimiento; y muy piadosamente quitaron el cuerpo del Señor de la cruz con muchas lágrimas y dolor de la purísima Reina: y sepultáronle muy honoríficamente acompañándolos gran multitud de ángeles. Y pusieron el cuerpo del Señor en un sepulcro nuevo de José[731], que estaba en un huerto; y antes de cubrir el santo cuerpo, le adoró la Reina y todos los que allí estaban; y cubriéronle y volviéronse todos al cenáculo, donde María Santísima les dio las gracias, y se quedó retirada en despidiéndolos; y llorosa premeditó lo que había visto y pasado. El sábado los judíos pidieron a Pilato[732], que pusiese guardas en el monumento, porque sus discípulos no le hurtasen, y dijesen que había resucitado, y Pilato las puso[733].

[731] Joan. XIX, 41.
[732] Matth. XXVII, 62.
[733] M. C. de D., lib. VI, cap. XXII, XXIV y XXV.

Meditación XV. De la resurrección del Señor: cómo se apareció a su Santísima Madre, a las Marías y a los Apóstoles.

Después de haber estado el alma santísima de Cristo Nuestro Señor en el limbo, desde el viernes a las tres y media que espiró Su Majestad, hasta domingo a las tres de la mañana, poco más o menos, salió acompañado de gran multitud de ángeles y de las almas que había rescatado del cautiverio, dejando aquel lugar despojado y desierto, y también el del purgatorio, y a los príncipes del infierno quebrantados y gloriosamente vencidos. Y toda aquella lucida compañía, con su cabeza y capitán Cristo, vinieron al sepulcro donde estaban muchos ángeles aguardando, porque, por mandado de su Reina y Señora la Virgen, habían recogido con admirable reverencia toda la sangre derramada del Redentor, los cabellos que le habían arrancado de su barba y cabeza divina, y algunos pedazos de su carne santísima que se habían caído, por haber sido las llagas tantas, y unas sobre otras; de manera que todas las reliquias que pertenecían a la integridad de la humanidad santísima[734], tenían los espíritus santísimos, y cada uno estaba gozosísimo con la parte que le había caído. Y en llegando el Rey celestial al sepulcro, todos los patriarcas y profetas vieron el santo cuerpo desfigurado, lleno de llagas, descoyuntado y tan mal tratado, como la crueldad humana le había dejado, y fueron testigos de que estaba muerto: adoráronle y reverenciáronle diciendo, aquí descargó la justicia divina el golpe que merecían nuestros pecados. Miraba Eva el estrago que había hecho su desobediencia en el lastimado cuerpo, y Adán cuánto le había costado al Rey del cielo su pecado, y en los efectos que gozaban sus almas, conocían la eficacia del Redentor; alabábanle todos, porque tan misericordiosamente había remediado lo que ellos habían destruído. Consideraban los santos Padres sus profecías cumplidas, sus esperanzas en posesión, sus ansiosos deseos saciados, sus peticiones concedidas, y todos gozosos cantaban cánticos nuevos, y veneraban su cabeza, capitán, redentor y verdadero libertador, adorábanle y le engrandecían. Y estando presentes al cuerpo santísimo, vieron cómo en un instante los ángeles le restituían todas las reliquias que tenían de su integridad, y que el alma santísima le daba nueva vida inmortal y gloriosa, desnudándole de la sábana <con> que le habían amortajado y de todas las unciones que le habían ungido, y vistióle de los cuatro dotes de gloria, que son *claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad*, dejando el cuerpo purísimo glorioso, resplandeciente, porque participó luego de la redundancia de la gloria del alma santísima. Y con toda la gloriosa compañía fue al cenáculo a visitar a su Santísima Madre y que le viene triunfante[735] y sus penas convertidas en alegría, para que Ella también cogiese el fruto de lo que con lágrimas había sembrado, Y fue así, porque se unió y transformó con su Amado, y vio la esencia divina[736] por el modo que dejo dicho, con que descansó adecuadamente esta paloma divina.

Después de resucitado Nuestro Redentor, siempre anduvo acompañado de todas las almas santas que había rescatado del limbo y purgatorio, y nunca le dejaron sino que le asistían en todas las apariciones que hizo Su Majestad a los apóstoles y a las Marías, pero donde estuvieron de asiento fue en el cenáculo con María Santísima. Y la divina Reina, en los cuarenta días no salió de la sala donde instituyeron al Santísimo Sacramento, y allí gozaba de la celestial corte de los patriarcas y profetas y de todos los santos, que desde Adán hasta aquel día habían muerto, y a todos los conocía distintamente, y con todos tuvo sus particulares coloquios, porque la divina diestra así lo disponía.

El Rey del cielo quiso, como buen padre y pastor, consolar a sus ovejas y congregarlas, porque con la tempestad y tribulación que había pasado de su muerte y pasión, andaban descarriadas, y principió por la parte más flaca de las mujeres, aunque no en fe, ni esperanza, ni en la perseverancia, ni amor, y por eso merecieron ser las primeras que vieran al Señor resucitado.

---

[734] S. Th. 3 p. q. 54, a. 2.

[735] Así lo dicen también S. Ambrosio, S. Buenaventura, Ruperto abad, S. Anselmo, S. Bernardino de Sena, Benedicto XIV, Suárez, el Cardenal Toledo, Cornelio a Lapide, S. Teresa, santa María Magdalena de Pazzis, S. Brígida, Emmerick, S. Paulino de Nola, Sedulio, etc., etc.

[736] S. Tomás de Villanueva afirma también (Serm. 1º de la resurr. del Señor), que después de la resurrección, María Santísima, al aparecérsele Jesús, vio *intuitivamente* la divinidad.

Sucedió, que el sábado salieron María Magdalena, María Salomé y María Cleofe y las demás mujeres devotas que salieron de Galilea en seguimiento del Señor, dejando a la Madre de Dios en su retiro y contemplación, y fuéronse a comprar preciosos ungüentos para ungir de nuevo el cuerpo de Cristo Nuestro Señor, y en teniéndolos se fueron al sepulcro; y por el camino iban dificultando, que quién les quitaría la piedra que estaba en la puerta del monumento, ignorando que Pilato la hubiese mandado sellar. Este día salió el sol tres horas antes que los demás, por milagro, y porque habiéndose oscurecido en la muerte de su criador, quiso en la resurrección adelantarse: y cuando salieron las Marías de la ciudad, estaba el mundo tenebroso, y luego que salieron, con la aceleración del sol quedó claro; con que se conforman los dos evangelistas, San Juan[737] y San Marcos[738]; que el uno dice, salieron las Marías habiendo tinieblas; y el otro, salido el sol. Era el monumento una cueva o aposentico pequeño, con su puerta de losa, y a un lado tenía un sepulcro del tamaño de un hombre, algo levantado del suelo. Y llegando las Marías cerca, bajó un ángel del cielo y quitó con gran ruido la puerta del monumento[739], y a este ruido los soldados que guardaban el sepulcro, cayeron como muertos en tierra, y no fue este espanto porque vieron a Cristo resucitado ni porque le oyeron, que ya Su Majestad había salido sin quitar la losa del sepulcro, sino que al ruido del ángel cayeron despavoridos[740].

Las Marías llegaron con grande afecto, el cual las moderó el temor, y vieron a un ángel vestido de blanco[741], hermosísimo y en figura de mancebo, y estaba asentado sobre la losa[742] que había revuelto, y díjolas. Bien sé, que buscáis a Jesús Nazareno crucificado; resucitado ha, entrad y veréis el lugar donde fue puesto.- Entraron las Marías dentro del monumento y vieron dos ángeles que estaban sentados a los lados del sepulcro, y éstos tenían vestiduras resplandecientes, hablaron a las Marías y dijéronles[743]: Para qué buscáis al que vive entre los muertos? Veis aquí el lugar donde fue puesto y no está aquí. Acordaos que, estando en Galilea, os dijo, que había de ser crucificado y que resucitaría al tercero día; pues os dijo verdad, como veis en lo uno, también os lo dirá en lo otro. Idlo a decir a sus discípulos y particular a Pedro[744]. Ellas, oyendo y viendo esto, salieron de allí, llenas de temor y de alegría; y estaban las guardas por aquel suelo, y sin hablar palabra, volvieron a la ciudad, y hallaron a los apóstoles y algunos de los discípulos en el cenáculo, y diéronles nuevas de lo que pasaba. Parecióles a ellos que desvariaban[745] porque su fe estaba muerta, pero San Pedro y San Juan, para certifícarse de lo que oían, fuéronse al monumento[746], las Marías volvieron con ellos, aunque anduvieron más los apóstoles, y cuando llegaron, las guardas habían vuelto en su acuerdo, y se fueron a dar aviso de lo que pasaba a los príncipes de los sacerdotes, los cuales, después de haber tenido consejo sobre el caso, como dice San Mateo[747], les dieron dineros a los guardas, porque dijesen que, estando durmiendo, sus discípulos habian hurtado de allí el cuerpo, dándoles palabra que no les vendría daño de Pilatos por ello, y esto se publicó entre los judíos. Fueron, pues, los discípulos al monumento, San Juan corrió y llegó primero, aunque no entró, sino que se quedó a la puerta mirando desde allí lo que había dentro[748], hasta que San Pedro llegó, y en llegando entraron dentro, primero San Pedro, y luego San Juan[749], y vieron las sábanas con que había sido envuelto el cuerpo de Nuestro Redentor, y el sudario de la cabeza a otra parte, y visto esto, dice el Evangelista San Juan, que creyó el misterio de la resurrección.- Quedó San Pedro muy admirado consigo mismo, y los dos se volvieron a la ciudad, las Marías se quedaron junto al sepulcro, y la Magdalena

[737] Joan. XX, 1.
[738] Marc. XVII, 2.
[739] Matth. XXVIII, 2.
[740] Ib. 4.
[741] Matth. XXVIII, 3.
[742] Marc. XVI, 5.
[743] Luc. XXIV, 4, 5.
[744] Marc. XVI, 7.
[745] Luc. XXIV, 11.
[746] Joan. XX, 3.
[747] Matth. XXVIII, 11-14.
[748] Joan. XX, 5.
[749] Ib. 8.

apartóse por su parte a buscar a su Maestro. Con grandísima ansia y deseo de hallarle, volvió a entrar en el monumento, y vio a los dos ángeles que estaban al lado del sepulcro, y los dos apóstoles San Pedro y San Juan no los vieron. Preguntáronle a la Magdalena[750]: Mujer, por qué lloras?- Porque me han llevado a mi Señor y no sé adónde.- Salió de allí y vio a Cristo Nuestro Señor, aunque no le conoció, antes le pareció hortelano, el cual le dijo[751]: Mujer, por qué lloras?- Y ella le dijo[752]: Señor, si me le habéis llevado, decidme adonde le pusisteis, para que yo vaya por él.- Díjole Cristo Nuestro Señor[753]: María.- Y conociéndole en la voz, se volvió y con grande regocijo le dijo: Maestro mío.- Fuéle a besar los pies, y el Señor le dijo[754]: No me toques; que no he subido a mi Padre. Ve a los apóstoles y discípulos mis hermanos, y diles que me has visto, y que estoy de camino para mi Padre.- Fuése la Magdalena muy contenta, alcanzó a las Marías que se iban a la ciudad, y dióles cuenta cómo ella ya había visto a su Maestro resucitado, y ellas, estando atentísimas a lo que las decía, de repente se les apareció el Señor, de manera que todas le vieron, y se arrodillaron y le adoraron y besaron sus santos pies[755]. Díjolas el Altísimo: No temáis, sino id a los apóstoles mis hermanos, y decidles que a Galilea pueden ir a verme[756].- Y así lo hicieron las Marías.

Y en obedeciendo al Señor e informando a los apóstoles, fueron prestas y alegres a ver a la Madre de Dios y diéronla cuenta de todo. Y la prudentísima Señora las oyó con grande espera y afecto, por lo que la contaban de su amado Hijo, y con saberlo todo por inteligencia divina, no se dio por entendida. El Evangelista San Lucas[757] cuenta otra aparición del mismo día que resucitó el Señor, en esta manera. Dos discípulos suyos, el uno llamado Cleofás y el otro el mismo San Lucas, iban a un castillo llamado Emaús, que estaba sesenta estadios de Jerusalén, que hacen poco menos de cuatro leguas de las de Palestina y dos de España, e iban tratando los dos de lo que había sucedido en la ciudad acerca de su Maestro. Admirábanse grandemente de que Dios hubiese permitido tal en persona de tal vida, y los espantaba la crueldad de los príncipes de los sacerdotes y la malignidad de los judíos. Y de todo sacaban varios conceptos y formaban razones según sus afectos, renovando el uno al otro lo que había pasado. El uno decía: ¿Quién jamás vio tal apacibilidad como la de nuestro Maestro; qué paciencia y sufrimiento hubo como el suyo?- Y el otro: Que una palabra airada no le oyésemos! ¡qué semblante tan majestuoso y agradable tenía, qué doctrina tan alta decía, qué suavidad y facilidad en el decir! Otro decía, qué maravillas obraba, el mar y los vientos, le obedecían, las enfermedades curaba, y resucitaba muertos, gran profeta era, esto nadie lo puede negar. Volvía a repetir el primero: Sí, pero díjonos, que había de resucitar al tercero día, y esto no se ha cumplido. Dijo el otro: Al fin dijo, que le habían de crucificar y que había de recibir muerte y pasión, y vemos que sucedió, como lo prevenía. Lloraba el uno y el otro, y el corazón se les afligía. En dando fin a estas razones, se les apareció el Redentor del mundo en traje de peregrino, y díjoles[758]: -Qué razones son ésas que ibais hablando, que os hace ir tristes y llorosos?- Respondió Cleofás: ¿Tú solo eres peregrino entre todos los que han venido esta pascua a Jerusalén? Pues todos han visto lo que ha pasado.- Dijo el Señor: Qué ha pasado?- Dijeron los apóstoles: Lo que tratamos entre nosotros y ha sucedido en Jerusalén es de Jesús Nazareno, que fue gran varón, profeta, poderoso en obras y palabras acerca de Dios y a los ojos del pueblo, al cual nuestros príncipes y sacerdotes le procuraron la muerte, y se la dieron lastimosísima de cruz. Nosotros pensábamos que había de resucitar hoy, que es el tercero día, por haberlo él dicho así, y unas mujeres de nuestra compañía quisieron sobresaltarnos, porque habiendo ido de mañana al sepulcro, afirmaron haber visto unas visiones de unos ángeles, que les dijeron había resucitado, y en confirmación de esto

[750] Ib. 13.
[751] Ib. 15.
[752] Ib. 9.
[753] Ib. 16.
[754] Ib. 17.
[755] Matth. XXVIII, 9.
[756] Ib. 10.
[757] XXIV, 3.
[758] Luc. XXIV, 16 y sig.

dijeron que el cuerpo no le habían hallado allí. Fueron algunos compañeros nuestros a ver sí era así, y aunque no estaba allí el cuerpo, no vieron los ángeles. Mientras esto pasa, nos vamos al castillo de Emaús, y en él nos estaremos hasta ver en qué paran estos negocios, porque si los que quitaron la vida al maestro, se la quieren quitar a los discípulos, por haber sido de los de este número, seamos allí libres de semejante peligro.

Dijo el Redentor del mundo: O estultos y de corazón tardío para creer en las cosas que los profetas dijeron. ¿No sabéis, que era necesario que Cristo padeciese y que con trabajos entrase en su gloria y su nombre fuese glorificado? Esto fue lo que quiso decir Moisés[759], cuando mandó que en semejante pascua se sacrificase un cordero blanco, sin mácula, cuya sangre derramada por los fieles los librara del demonio; y también fue figura de esto la muerte de Aarón[760] que fue en un monte, y la del Redentor en el monte calvario; Sansón[761] también fue figura de esto, que padeció muerte por industria de su querida Dálila, así Cristo, por la sinagoga. De esto habló David en muchos salmos[762], y en uno escribe el concilio que hicieron los judíos contra Jesús condenándole a muerte; en otro que había de morir y resucitar, y en otro que no había de ser detenida su alma en los infiernos, ni su cuerpo resuelto en polvo. Salomón, en la Sabiduría[763], que le darían una muerte torpísima; e Isaías[764], que dio sus mejillas a quien se las abofetease y el rostro a quien se le escupiese: y en otra parte dice, que le miró y no tenía color ni hermosura, que estaba como leproso y que, como oveja, había de ser llevado al matadero, no abriendo su boca para quejarse. Lo mismo dicen otros mismos profetas[765]. Y Zacarías[766], que le vio el rostro y los pies y las manos, traspasados de muchas heridas. Todas estas y otras muchas profecías les iba el Muy Alto diciendo a los dos discípulos en aquel camino con tanta dulzura, que les iba deshaciendo el corazón en amor y alumbrando el entendimiento, de manera que quedaron confirmados en todos los misterios de la fe, e iban absortos del discreto razonar del peregrino, pero no le conocían aún. Llegaron al castillo y siendo hora de ponerse el sol, les dio a entender que quería pasar adelante; detuviéronle los discípulos y rogáronle que se quedase allí. Concedió con ellos: entraron en el castillo y contentísimos los discípulos de tan buen huésped, quisieron regalarle y servirle, pusieron la mesa y asentaronse a cenar. Tomó Cristo Nuestro Señor el pan en sus divinas manos, bendíjole y partióle, y dióles de ello, y al punto abriéronseles los ojos y conocieron quién era: y al instante se desapareció de su presencia. Quedaron atónitos y admirados, y en cobrando esfuerzo, con muchas lágrimas volvieron a referir lo pasado, y el fuego divino que sentían en sus corazones, y alabándole y glorificándole, se volvieron a la ciudad[767], y el fervor que llevaban les hacía acelerar los pasos. Llegaron tarde a la ciudad, y hallaron juntos los apóstoles y a otros discípulos que estaban tratando, cómo Cristo Nuestro Señor había resucitado.

Aparecióse el Señor a San Pedro y le consoló y vivificó. Y <los> dos del castillo contaron a sus compañeros todo lo que había pasado y cómo le conocieron en el partir del pan. Y después de esto llegó Tomé, y oyendo lo que los dos discípulos habían dicho y confirmándolo San Pedro con lo que había visto, no bastó para creerlo, antes bien se fue Santo Tomás de allí muy desconfiado. Y estando él fuera y las puertas cerradas por temor de los judíos, se les apareció Cristo Nuestro Señor a los demás apóstoles, que estaban juntos, y púsose en medio de todos, alegre y gustoso, y les dijo[768]: Paz sea con vosotros, Yo soy no temáis.- Y los discípulos que antes no le habían visto, quedaron espantados y pensaron si era fantasma, y díjoles Su Majestad[769]: Qué os turbáis, qué

[759] Ex. XII, 7.
[760] Núm. XX, 29.
[761] Jud. XVI, 30.
[762] Ps. XXI, 17, 19, XV, 10.
[763] Sap. II, 20.
[764] Is. LIII, 2.
[765] Jer. XI, 19.
[766] Zac. XIII, 6.
[767] Luc. XXIV, 33.
[768] Ib. 36.
[769] Luc. 38, 39.

pensamientos son los vuestros? mirad mis manos y pies, que la fantasma no tiene carne ni hueso, como veis que Yo la tengo.- Llegaron a tocar y mirar las llagas; dejóselas tocar con grandiosos efectos que recibieron en sus incrédulos corazones; y viéndoles el Salvador del mundo que aun no estaban harto reducidos, les preguntó[770] si había algo que comer. Y diéronle parte de un pez asado y un panal de miel[771]; y comió de ello en su presencia, no porque tenía necesidad de sustento, sino por la que ellos tenían de confirmarse en su resurrección. Hablóles y díjoles: Mirad que no debe causaros novedad verme resucitado, pues entre otras cosas que os signifiqué y declaré antes de mi muerte fue ésta de que había de resucitar al tercero dia.- Abrióles los sentidos, ilustróles el entendimiento para que conocieran los dichos de los profetas que afirmaban ser conveniente que Cristo resucitase, y que en su nombre se predicase la penitencia en remisión de los pecados, e inspiró o sopló en ellos y díjoles[772]: Recibid al Espíritu Santo; aquellos a quienes confesados sus pecados absolviereis, sean absueltos y queden perdonados, y a los que no absolviereis, queden ligados y sin perdón.

No estaba Tomás con los apóstoles, cuando Cristo Nuestro Señor dijo esto. Ido Su Majestad, vino y dijéronle los apóstoles. O Tomé, lo que has perdido. Sabe que hemos visto a nuestro maestro resucitado, hermoso viene y resplandeciente más que el sol, alegre y gozoso, y aunque trae Consigo las llagas, no le afean. Hablónos a todos dulcemente, comió de lo que le dimos para que viésemos que no era espíritu ni fantasma; diónos poder para absolver y perdonar pecados; no parece que ha pasado por El ni está ofendido de lo que le desamparamos.- Respondió Tomé: Habéis dicho? pues yo digo, que si no viere con mis propios ojos sus llagas, y si no las tocare con mis dedos, y pusiere mi mano en la llaga del costado, no le tengo de creer[773].- En esta duda e incredulidad estuvo ocho días, después de los cuales, estando juntos los apóstoles y con ellos Tomé, cerradas las puertas, se les apareció el Señor, y púsose en medio de todos diciendo su acostumbrada salutación[774]: Paz sea con vosotros.- Llegóse a Tomé, y díjole[775]: Seamos amigos. Ves aquí las llagas de mis pies y manos y costado, tócalas a tu voluntad, y no seas incrédulo sino fiel.- Tocólas y, cierto ya de la resurrección del Señor, postróse en tierra y dijo[776]: Señor mío y Dios mío, confieso a Cristo por Dios.- Dijo el Redentor[777]: Creísteme, Tomás, porque me has visto, pero Yo te digo que serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren.- Quedaron todos los apóstoles consoladísimos y Tomás, iluminado el entendimiento y confirmado en la fe, y desapareciendo el divino Maestro fuéronse todos a la Madre de Dios, y diéronle cuenta de todo lo que había pasado; y oíalos, tomando ocasión de lo que decían, para confirmarlos y enseñarlos como Maestra de la Iglesia.

Muchas apariciones hizo el Redentor del mundo los cuarenta días después de su resurrección[778], pero una entre otras cuenta el evangelista San Juan[779], y es que fueron a pescar al mar de Tiberiades, el apóstol San Pedro con Santo Tomé y Natanael, natural de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, San Juan y Santiago con otros dos discípulos. Anduvieron arrojando la red al mar toda la noche y probándose a pescar toda la noche sin provecho. Venida la mañana, vieron a la ribera al Redentor, aunque no le conocieron de luego. Preguntóles sí tenían algún pescado. Respondiéronle que no. Díjoles; pues echad la red al lado derecho del navío y sacaréis pesca.- Hiciéronlo así, y fue tanta la abundancia de pescado que cogieron, que con dificultad la pudieron sacar al navío. San Juan, el discípulo a quien Jesús amaba, dijo a San Pedro, que era el Señor el que estaba en la ribera. Y como lo oyó, arrojóse al agua y fuése adonde Su Majestad estaba, porque su afecto no sufrió más dilación. Los demás apóstoles y discípulos llegaron con el navío hasta salir a tierra, de la cual no

[770] Ib. 41.
[771] Ib. 42.
[772] Joan. XX, 21, 22.
[773] Ib. 25.
[774] Ib. 26.
[775] Ib. 27.
[776] Ib. 28.
[777] Ib. 29.
[778] Ib. 30.
[779] Joan. XXI, 1-23.

estaban muy apartados. Pidióles Nuestro Señor de los peces que habían prendido, y San Pedro muy diligente subió al navío y trajo la red a tierra, llena de grandes peces, en número de ciento cincuenta y tres. Y hace reparo el Evangelista con admiración, de que siendo tantos no se hubiese roto la red. Cristo Nuestro Señor comió con ellos familiarmente de un pez que vieron los apóstoles en el fuego, cuando saltaron a tierra, y pan junto a él. Y en dando fin a la comida, preguntó el divino Maestro tres veces a San Pedro, si le amaba. Respondióle a todas tres: Tú sabes, Señor, si te amo; aunque a la última se entristeció un poco, y Cristo le decía siempre que le respondía San Pedro, apacienta mis corderos, y a la tercera, apacienta mis ovejas. Aquí le dio la dignidad de Sumo Pontífice: hízole papa universal, vicario suyo y vicecristo en la tierra, cabeza y gobernador de toda la Iglesia. Y para entreteger la honra y dignidad con la pena, le dijo que le había de seguir y morir en una cruz como él. Preguntó San Pedro por San Juan Evangelista, y qué sería de él. Respondióle el Señor, que desistiese de querer saber lo que sólo le pertenecía a Su Majestad, y si él quería, podía hacer que no muriese hasta la segunda venida al mundo a juzgar vivos y muertos, y que de él estuviese cierto había de morir en cruz. De estas razones que el Altísimo dijo, cuenta el Evangelista que se levantó plática entre los apóstoles de si había de morir el mismo San Juan, y añade que era superflua esta plática, porque el Señor no dijo absoluta y determinadamente que no moriría, sino que si Su Majestad quisiese, podía hacer no muriese.

Llegó el dichosísimo día, en que el Hijo Eterno que salió del Padre a redimir a los hombres, después de haberlos sacado de cautiverio, se volvió a su Padre. Y para subirse a El, después de haber comido amigablemente con sus discípulos y los once apóstoles, y hécholes una dulcísima plática, los sacó del cenáculo a todos, y llevando más cerca de Sí a su Santísima Madre, a San Pedro y San Juan y la Magdalena; y encaminó su jornada a Betania, que estaba en la falda del monte Olivete y distante de Jerusalén como media legua corta. Iba una procesión bien ordenada, los modernos adelante, y el Rey y la Reina atrás, con grande multitud de ángeles que los iban acompañando.

Llegaron al monte y subieron a la cumbre todos. Púsose el Señor en medio y la Virgen Santísima a su lado, y todos los demás en circuito, que eran en número de ciento y veinte personas, porque estaban los once discípulos, las tres Marías, los sesenta y dos discípulos, Marta y Lázaro, hermanos de Magdalena, y otras mujeres, que vinieron de Galilea; y también acompañaban al Señor los patriarcas y profetas y de más almas que había sacado del limbo, y los que habían resucitado con sus cuerpos estaban hermosísimos; pues hecho un coro de los bienaventurados, y otro de los fieles vivos, y todos atentísimos, la Madre de Dios salió de su lugar, y se puso delante de su Hijo, postróse en tierra y 1e adoró con grandioso culto, y le pidió la bendición. Esto hizo por enseñar a sus hijos nuevos los fieles, los cuales, al punto que la vieron, hicieron lo mismo. Dióles el Muy Alto la bendición clementísimamente: puso sus manos y los ojos en el cielo; fuése moviendo y levantando, y como al movimiento del primer cielo se mueven los demás inferiores, así Cristo Nuestro Señor, al moverse de la tierra para irse al cielo, se llevó tras de Sí al coro de los bienaventurados patriarcas y profetas y demás almas que eran gran multitud, y muchos con cuerpos gloriosos, y caminaron al cielo siguiendo a su capitán y redentor. Y el afecto que tenía a su Santísima Madre le hizo disponer de que *un ángel quedase en su lugar*[780], para consuelo de los que quedaban huérfanos, que no estasen un instante sin la presencia de su Madre[781], y Ella subió a la celebración del sentar a la diestra de su Eterno Padre al Redentor, y se halló en ella donde gozó lo que es increible decir, y la dio el Padre Eterno, delante de todos los de la corte celestial y su Hijo con el Espíritu Santo, título de Madre, amparo y maestra de la Iglesia, y con la bendición de las tres divinas personas bajó del cielo a ejercer su oficio, pero nadie, sino es el Evangelista, conoció este secreto. Por eso dijo él después en el Apocalipsis, que había visto descender del cielo la ciudad santa del Señor, renovada y llena de tesoros para sus hijos y fieles. Volvió al cenáculo[782].

---

[780] Las palabras subrayadas y otras que no podemos descifrar están tachadas en el autógrafo, pero con diferentes letra y tinta de las de la Ven.

[781] Aquí también hay dos palabras tachadas del mismo modo que las anteriores, e indescifrables.

[782] Véase este sacramento extensamente expuesto en *Mística Ciudad de Dios*, 1. VI, c. XXIX y las notas en el t. VI.

Y aunque los de la tierra que miraban al Señor subir al cielo le habían perdido de vista, no por eso pudieron quitar los ojos de donde se les ocultó su bien y tesoro, y así se estuvieron por mucho tiempo; y desde las alturas, por intercesión de María Santísima, que suplicó al Altísimo que consolase a los huérfanos, despachó Su Majestad dos ángeles con vestiduras blancas, hermosísimos y resplandecientes; y les dijeron[783]: Varones de Galilea no hay para qué estéis así mirando, porque Jesús, que salió de entre vosotros, está en el cielo, y con la majestad que le visteis subir, volverá a juzgar a todos: con que se fueron al cenáculo, y en unidad y contemplación perseveraron[784] con María Madre de Jesús hasta la venida del Espíritu Santo.

Estos misterios he sacado de la Historia que dejo escrita de la Virgen Santísima. Están imperfectos, porque no están enteros sino en partes, y no se puede colegir la causa y razón adecuada de unos prodigios y maravillas si no se ven otros. Pero yo lo he hecho para memoria de los misterios de la vida del Redentor del mundo y de su Madre Santísima; y por ponerlo en volumen manual los he acortado tanto. Para mi intento basta, y desde hoy, Pascua del Espíritu Santo a 19 de Mayo de 1641, principio con el favor divino a seguir al Señor y a mi divina Maestra, la Reina del cielo, según mis flacas fuerzas alcanzaren y a ejecutar la doctrina de este librillo.

. . . . . .

[783] Act. I, 11.
[784] Ib. 14.

De estas meditaciones de la Pasión de tu Redentor cogerás lo que más lleve tu afecto, y continúa el ejercicio, a imitación del Señor toma la cruz que tienes de hierro[785], llévala a cuestas algún rato, y después póstrate en tierra en cruz y pon tu vista interior en el Unigénito del Padre Eterno: considérale como reo aguardar a que le claven en la cruz para morir en ella: advierte cómo ofrece el mundo al Padre, y a Sí mismo en sacrificio por su remedio: ofrécete de corazón, y todas tus palabras, pensamientos, obras y afectos: haz aquí actos heróicos de las virtudes, pues te aficiona y conmueve este paso, y ten presente a la Madre y Virgen pura.

Y luego te levantarás y te pondrás en la cruz[786] en alto, donde estarás un rato crucificada con el Señor, considerando el que tuvo Su Alteza tan penoso en la cruz, y medita mucho las siete palabras que habló, el dar el espíritu a su Eterno Padre, su sepultura, y soledad de su Santísima Madre, y dirás la oración siguiente y las demás, con que te quedarás en contemplación ardiente.

Oración para en bajando de la cruz

Altísimo Señor mío, Dios inmortal y eterno, de todo mi corazón y alma os ofrezco sacrificio de alabanza y cantar nuevo por el beneficio de la redención y porque le hicisteis tan a costa de Vuestra Majestad; yo, pobre, os adoro y os reverencio, os magnifico y engrandezco porque se dignó vuestra divinidad encubrirse con nuestra naturaleza para haceros pasible y satisfacer al Padre por nuestros pecados, tan abundante y amorosamente: yo os doy las gracias por todas las naciones, y quisiera daros las que Vuestra Majestad merece; os doy las que dio vuestra humanidad santísima y las de la Puirisima María, las que os han dado darán por todas las eternidades en la Iglesia militante y triunfante. Y os alabo por los tesoros riquísimos que nos merecisteis y granjeasteis por el bálsamo divino de vuestra Sangre para curar las llagas de nuestras culpas y blanquear nuestras almas, derivada y aplicada por los arcaduces de vuestros sacramentos; por ellos os alabo y doy afectuosísimas gracias, y por las veces que con ellos me habéis perdonado y restituido a Vuestra amistad y gracia, y también os magnifico por la ley pura e inmaculada que nos pusisteis suave, justa y agradable; yo rindo mi corazón y mi afecto a ella, y la recibo como ley de gracia, y la creo como articulada por Vos y dicha por vuestra boca; y todos sus preceptos admito, y a ellos de voluntad me rindo, y os suplico, divino Cordero mío, que mis graves pecados y pocos merecimientos no pongan óbice a la redención sino que, pues es suficiente para todos, la hagáis para mí eficaz, y que me compeláis aunque yo repugne; y todas las naciones y generaciones gocen de este bien, sálvense todas las almas, no se malogre vuestra sangre y vuestros amorosos afectos; a ese piélago de infinitos merecimientos y a ese mar de vuestra sangre arrojo a todas las almas del mundo, y al Eterno Padre ofrezco vuestra vida, pasión y muerte, porque todas las almas alcancen la vida eterna. Amén.

---

[785] Esta cruz de hierro se encuentra en la tribuna llamada de la Venerable, y pesa cincuenta y dos kilos. *Reconocimiento y Traslación...* pág. 51.

[786] También se conserva esta cruz de madera en la misma tribuna. Rec. y Tra. p. c.

Símbolo de San Atanasio,

y protestación de los artículos de la santa fe

Cualquiera que quisiere ser salvo, ante todas cosas le es necesario que tenga la fe católica, la cual si cada uno no la guardare enteramente y sin quebrantarla, sin duda ninguna perecerá para siempre.

Esta es la fe católica; que confesamos a un Dios en la Santísima e individua Trinidad, y que reverenciemos tres divinas Personas en la unidad de una esencia.

No confundiendo las personas, ni apartando la sustancia.

Una y distinta es la persona del Padre, otra y distinta es la del Hijo, otra y distinta es la del Espíritu Santo.

Pero una es la divinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; igual la gloria y juntamente eterna la majestad.

Cual es el Padre, tal es el Hijo y tal el Espíritu Santo.

Increado es el Padre, increado es el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Inmenso es el Padre, inmenso es el Hijo, inmenso el Espíritu Santo.

Eterno es el Padre, eterno es el Hijo, eterno es el Espíritu Santo.

Pero no son tres eternos, sino uno eterno.

Como no son tres increados ni tres inmensos, sino uno increado y uno inmenso.

De la misma manera omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo.

Ni tampoco son tres omnipotentes, sino uno omnipotente.

Así también el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios.

Y con todo eso, no son tres dioses, sino un Dios verdadero.

También el Padre es Señor, el Hijo es Señor y el Espíritu Santo es Señor, y no son tres Señores, sino un Señor.

Porque así como por la verdad católica somos constriñidos, forzados y obligados a confesar a cualquiera persona de por sí por Dios y Señor, así de esa manera la Religión.católica nos prohibe el decir hay tres dioses o tres señores.

El Padre, de ninguno es hecho, ni es criado, ni engendrado.

El Hijo trae su origen de solo el Padre ab aeterno, no es hecho ni criado, sino engendrado por la fecundidad del entendimiento del Padre Eterno.

El Espíritu Santo no es hecho, ni criado, ni engendrado, sino que procede del Padre y del Hijo.

Y así no hay sino un Padre y no son tres los Padres, un Hijo y no son tres los Hijos, un Espíritu Santo y no son tres los Espíritus Santos.

En esta individua Trinidad no hay cosa que se pueda decir postrera ni primera, ni mayor ni menor, sino todas tres Personas en sí son igualmente eternas y juntamente iguales.

Y esto de tal suerte que, como dijimos, por todas las cosas lo que se ha de hacer es reverenciar una unidad de esencia en la Trinidad de personas.

Y así el que quisiere ser salvo, de esta manera ha de sentir de la individua Trinidad.

Pero es también necesario para la salud eterna, que cada uno crea el misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo fielmente.

Es, pues, fe verdadera y recta, que creamos y confesemos a Nuestro Señor Jesucristo, que es Hijo de Dios y que es hombre siendo juntamente Dios.

Dios es engendrado de la sustancia del Padre, antes de los siglos, esto es, ab aeterno; en cuanto hombre, es nacido, en este siglo, de la sustancia y purísimas entrañas de su Santísima Madre la Virgen María.

Es perfecto Dios y perfecto hombre, y subsiste y consta, como nosotros, de alma racional y carne humana.

Es igual al Padre según la divinidad, y menor que el Padre según la humanidad.

El cual, aunque es Dios-hombre, no son dos supuestos sino uno que es Cristo.

Uno es, no por la conversión de la divinidad en la carne humana, sino por haber sido la humana naturaleza levantada al ser de Dios.

Uno es, no por la confusión y mezcla de sustancia, sino por la unidad de la persona.

Porque, así como el alma racional y carne, que es el cuerpo, hacen un hombre, así Dios y hombre hacen un Cristo, el cual padeció por darnos salud, bajó a los infiernos, al tercero día resucitó de entre los muertos.

Subió a los cielos, está asentado a la diestra del Eterno Padre todopoderoso, y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y muertos.

Para cuya venida todos los hombres han de resucitar con sus mismos cuerpos, y han de dar razón y cuenta de sus vidas y obras.

Y aquellos que hubieren hecho buenas obras, irán a la vida eterna; pero los que las hubieren hecho malas, irán al fuego eterno.

Esta es la fe católica, la cual si cada uno no la guardare fiel y católicamente, y con firmeza la creyere, no podrá ser salvo.

Señor y Dios inmortal de las alturas, yo confieso y creo sois increado y Criador de todas las cosas visibles e invisibles; en Vos mismo y de Vos mismo glorioso y bienaventurado, sin necesitar de nadie para ser infinita y eternamente glorioso; y por ser eternamente bueno, sois comunicativo; y para hacerlo criasteis al hombre de nada, levantándole a vuestra gloria y bienaventuranza, para lo cual os humanasteis tomando carne humana. Creo y confieso, que Vos, Dios mío, en cuanto hombre, constáis, como nosotros, de carne humana y alma racional, y según la divinidad sois igual al Padre; padecisteis, Dueño mío, muerte y pasión por el linaje humano; y por este beneficio levantasteis al pecador del polvo de la tierra; y, siendo digno de odio y aborrecimiento por la ofensa hecha contra vuestro ser inmutable, santo y bueno, le hicisteis idóneo y capaz de la gracia, satisfaciendo a esta ofensa digna de muerte eterna y de privación de la vista beatífica; quisisteis satisfacer sobreabundantemente, y no siendo necesario, quisisteis padecer para la copiosa redención, pues sólo bastaba un afecto o querer y con sola una pequeña obra pudisteis librar al hombre de la culpa y merecer infinito más que él pecó.

El tálamo donde se obró este misterio, fue en las virgíneas entrañas de María Santísima; fue virgen antes del parto, en él y después de él, y digna Madre del Cordero, superior en gracia y merecimientos a todos los ángeles y santos, y sola inferior a Dios. Merece esta purísima Reina reverencia, alabanza y gloria eterna. Confieso, juro y protesto que fue concebida sin mancha de pecado original, y por esta verdad daré la vida, y en mi interior la reverencio y creo como de fe, aunque la Iglesia Santa no la tiene definida: pido a Dios eterno lo haga por <el> bien que a la

Iglesia se le ha de seguir[787]. Confieso todas las verdades reveladas a la Santa Iglesia, la fe que hay en ella, la santa encarnación, natividad, vida, doctrina, milagros, pasión, muerte, resurrección, ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, con todos los demás artículos de la santa fe católica. De todo mi corazón los confieso, y todos los sacramentos, definiciones, ritos, tradiciones apostólicas y eclesiásticas de la santa Iglesia romana, como ella lo enseña, unida con su Cabeza Cristo Nuestro Señor y gobernada por el Espíritu Santo. Y asimismo creo y admito de todo mi corazón la Sagrada Escritura como divina, santa, admirable, loable, y la creo en aquel sentido que la ha tenido y tiene la santa Madre Iglesia, a la cual pertenece juzgar del sentido verdadera e interpretación.

Confieso, que son siete los sacramentos de la nueva ley de gracia, instituídos por Cristo Nuestro Señor, y no todos son a cada uno necesarios; sonlo el bautismo, la confesión, eucaristía; éstos son forzosos y obligatorios. El de la confirmación y extremaunción es obligación confesarlos y reverenciarlos, y, si hay oportunidad, recibirlos. El orden y matrimonio son para los que hicieren elección de ellos, según la vocación de cada uno. Los cinco son pertenecientes y necesarios a todos los fieles; los dos últimos del orden y matrimonio necesarios, pero no obligatorios.

Admito y creo tiene Dios vírgenes en el cielo, y que sobre todas lo fue la Virgen y Madre de Dios, y que el serlo es cosa muy loable, y al Altísimo muy agradable, y quien eligiere esta suerte elige la mejor parte; las vírgenes tienen particular gloria en el cielo por esta virtud y acompañan al Cordero.

Recibo y confieso, que en la Misa se ofrece a Dios verdadero y propio sacrificio propiciatorio por los vivos y difuntos, y que en el santísimo sacramento de la Eucaristía está verdadera y realmente el cuerpo y sangre de Cristo juntamente con el alma y divinidad, y se convierte toda la sustancia de pan en el cuerpo santísimo y el vino en la sangre, a la cual conversión llama la Iglesia católica transubstanciación, y creo que en cualquiera de las dos especies se recibe todo Cristo y todo el sacramento en la menor partícula de la Hostia.

Confieso hay purgatorio, y las almas que allí están detenidas satisfacen por sus culpas, y hasta que han pagado la pena debida a ellas están allí detenidas por el Señor y su justicia, y son ayudadas con sufragios de los fieles; y asimismo confieso hay infierno, adonde van los condenados pertinaces, que no hicieron penitencia de sus culpas. Confieso la comunión de los Santos, y que los que están en la celestial Jerusalén son bienaventurados, y fueron primero viandantes, y para estar gloriosos y ver la cara de Dios fue necesario que el Altísimo usara de su misericordia y les perdonara sus culpas, y que ellos se dolieran de ellas y se confesaran, y el perdón de pecados le da Dios sólo, y nos lo tiene prometido después de la penitencia, y los confesores que están en su lugar, nos le administran a quien Su Alteza dio potestad.

Confieso y creo, que para ser uno fiel católico e hijo de la Iglesia militante y colocarle en la triunfante, le es necesario creer, confesar todos los artículos de fe; y que los Santos hacen súplicas e interceden en el cielo, y merecen ser reverenciados, honorados, y sus reliquias. Admito que las imágenes de Cristo y su Santísima Madre y las de los Santos merecen ser reverenciadas, veneradas y honoradas, y a la santa cruz en que Cristo murió, se le debe adoración latría. Confieso hay autoridad en la Iglesia para conceder indulgencias y gracias, y que el uso de esta potestad es muy saludable para los fieles, y que esto se concede y da valor de los méritos de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y de los Santos los que no habían menester para satisfacción de sus culpas cometidas siendo viandantes. Reconozco y confieso a la Santa Madre Iglesia Romana, maestra de todas las Iglesias; admito la obediencia verdadera que se le debe al Príncipe y Pontífice Romano, sucesor del apóstol San Pedro, príncipe de los apóstoles.

Todo lo dicho en esta protestación indubitablemente confieso, y todo lo que es contrario y cualesquiera herejías condenadas por la Igjesia, las anatematizo, detesto, condeno, particularmente al demonio y antigua serpiente y sus secuaces. Todas estas verdades y artículos de fe que contiene la Santa Madre Iglesia, creo y protesto ahora y para in aeternum, y, si alguna persuasión falsa me hiciere dudar o titubear perdiendo el juicio, y si estando sin él dijere algo que desdiga a fiel cristiana

[787] Desde el año de 1854 ya está definida.

e hija de la Santa Iglesia Romana, desde ahora me desdigo y declaro mi última y entera voluntad expresamente, que es creer, confesar, reverenciar, recibir y honorar estas verdades, y particular hago esta confesión para la hora de mi muerte, y pido a Dios eterno por su infinita clemencia me conceda que yo muera confesando y conociendo su santa fe y todos sus artículos. Amén. Amén.

Renovación de los cuatro votos

Esposo y Señor mío, puesta a Vuestros pies y postrada ante vuestro acatamiento y Real Majestad, hago sacrificio de mí misma y de mi voluntad y afecto con los votos de mi profesión. Yo Sor María de Jesús, por amor y servicio del Muy Alto y de la Concepción sin mancilla de su Santísima Madre, hago voto y prometo a Dios eterno y a la Virgen Santísima y a Nuestro Padre San Francisco y a todos los Santos, de vivir todo el tiempo de mi vida en *obediencia, sin propio, en castidad y perpetuo encerramiento*, so la Regla del Señor Papa Julio segundo a nuestra orden confirmada y concedida.

Oración a la Santísima Trinidad en alabanza de sus atributos

Oh Santísima Trinidad, divinidad inmensa, Dios y Señor Altísimo, omnipotente sabio, santo en vuestra esencia y perfecciones, eterno, infinito, inmenso e incomprensible, en Vos mismo, de Vos mismo infinitamente bienaventurado, sin necesitar de nadie para serlo; y todo lo que tiene ser, de Vos lo ha recibido y tiene dependencia, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas en una unidad indivisible, cuya grandeza y hermosura alaban las estrellas matutinas, cuya majestad y excelencia adoran las denominaciones, y en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo y se postran los que gobiernan y mueven el orbe, y con los supremos y abrasados serafines incesantemente dicen, santo, santo, santo Dios de Sabaot.

Divinidad y majestad, suma trinidad, una virtud indivisa, yo, polvo y ceniza, y la más párvula de vuestra Iglesia, reverencio y engrandezco a Vuestra Alteza, alabo a Vuestro ser inmutable, os confieso y glorifico, con debido sacrificio de alabanza y fe viva, por Dios verdadero, criador de todo, santo y todopoderoso, una, simple, incorpórea, invisible e inmensa naturaleza, en quien no hay cosa indivisible superior, mayor ni menor, de todas maneras perfecto, hermoso sin fealdad, grande sin cantidad, bueno sin cualidad, eterno sin tiempo, vida sin muerte, fuerte sin flaqueza, verdadero sin mentira, presente en todo lugar llenándole sin ocuparle, estando en todas las cosas sin extensión, acudiendo a ellas sin contradicción, todas las mueve sin moverse, está dentro de ellas y no fijo, las cría sin necesidad, las da principio sin ellas tenerle, las gobierna sin cansarse, las sustenta sin trabajo, las hace mudables sin mudarse, es en bondad sumo, en sabiduría inestimable, en consejos terrible, en juicios justo, en pensamientos secretísimo, en palabras verdadero, en obras santo, en misericordias rico, para los flacos piadoso, para los soberbios rígido, a quien ni el espacio ensancha, ni la estrechez de lugar es angosto ni la voluntad es varia, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes turban, ni las alegres mudan, a quien ni quita el olvido, ni pone la memoria, ni las cosas pasadas pasan, ni suceden las que están por venir, a quien ni dio el origen principio, ni el tiempo fin.

M. A la mañana irás a Prima; y antes, harás la tercera disciplina dando fin al ejercicio de la cruz; y en ella rezarás la camándula y corona de Nuestro Señor, ofreciéndosela en hacimiento de gracias del beneficio de la redención, las conmemoraciones de los santos que acostumbras; y entrando en el coro para decir prima, adorarás al Altísimo profundamente, dale culto grandioso, y esto harás siempre que vayas al coro; y luego suplícale que salga el lucero de las inspiraciones divinas a tu alma y que le amanezca el día claro de la gracia, sin que en tu interior haya más noche de culpa; y lo mismo pide por todos los nacidos ofreciéndote a padecer muchos trabajos porque todos lo consigan, y al Señor el gusto y agrado de que todos le conozcan, alaben y sirvan.

Y luego harás un ejercicio de la muerte, para que te industries y habitúes para cuando llegue esta hora, y rinde tu voluntad a la divina en sacrificio de tanto dolor y amargura, como es pasar de esta vida a la eterna; y en lugar de la lección para la oración de la comunidad, leerás las meditaciones de la muerte y juicio final, y considerarás que todo se acaba y perece, y que no tienes de vida más de aquel día presente. Disponte como a quien le falta tan poco para dar cuenta de tu vida, pensamientos, palabras y obras, y haz actos fervorosos de contrición y propósitos de enmienda, como la que no ha de tener potencias ni sentidos para vivir a la culpa.

Aviso que se le da al alma
de que el Todopoderoso la llama a juicio

M. Altísimos son los secretos del Señor y dignos de ser temidos y reverenciados, Su Majestad es autor de la vida y de la muerte y el que llama para sí a las criaturas que crió y formó por su mano. Advierte, alma, que es natural el morir y deuda debida de la naturaleza humana al que la crió. El Todopoderoso da su voz, la cual es como de trompeta fuerte, que dice: María, María, ven a juicio y dame cuenta de tu vida y obras. Alma cristiana, el que te crió, te llama; el que te ha de juzgar, te espera; el que te dio los talentos, pide cuenta de ellos; el que te enriqueció, pide el retorno; el que muchas veces te perdonó por medio de sus sacramentos, hace pesquisa de lo que te aprovechaste; a tribunal recto vas, y no hay apelación para otro; la muerte te cerca, la hora última se llega, el color se turba, el pecho se levanta, los ojos se quiebran, las fuerzas se consumen, el cuerpo se desgobierna, la lengua está tartamuda, y sola una vez has de morir. Este es el punto y 1a hora considerable, en la cual solas tus buenas obras te valdrán; de este juicio ha de resultar o pena eterna o gloria eterna; un día tienes de vida, y toda la que tiene el hombre no es más, pues, como dice David[788], nace por la mañana, al mediodía florece, a la tarde ya está seca y sin vida. Ea, alma, anímate a este paso, el cual es de la vida mortal a la eterna; ¿qué disposición tienes para ponerte delante el Sol de Justicia, adonde los más pequeños átomos se ven y en su presencia ninguno se justifica sino es con su misericordia?, ¿qué te detiene?, ¿qué te ocupa? Acaba ya, ¿qué te turba?, déjalo todo, aparta de ti lo terreno y todo afecto humano, que es lo que agrava y tira para no responder: niégate a ti, y no te seas para contigo grave y pesada; perezca todo para ti, y libre responde al juez que te llama, y a su voz y voluntad no hay resistencia ni dilación.

Respuesta que da el alma al Señor

D. Mi Señor y Juez de toda criatura, confieso esta deuda de la muerte y el ser tan penosa fue castigo del pecado: yo he hecho tantos que no merezco una sola sino muchas y el trabajo de todas las de los mortales. Considero y oigo vuestra voz, a la cual mis huesos se han conturbado, mi pensar se ha suspendido; vuelvo los ojos a lo mal que he pasado mis días, los cuales han sido vacíos de obras buenas; mis delitos me cercan, la gravedad de mis pecados me desfallece, ¿qué hará este vil gusanillo? ¿qué hará la que disipó la parte de su herencia gastándola en vanidades? ¿qué hará la que se entregó en el mar amargo de las miserias terrenas? ¿qué hará la que se hizo sorda a infinitos llamamientos de su padre y pastor, que con dulzura la llamó y volviéndole las espaldas huyó, y siguió a sus enemigos? ¿qué hará la que ha enojado y disgustado muchas veces al que la ha de juzgar? ¿qué hará la que fue formada del polvo por las manos del juez? Pero nadie me dirá qué haré, ni me puede remediar, ni el cielo, ni en la tierra, ni en toda la circunferencia de los abismos, me puede favorecer nadie en esta ocasión, sino el que me crió y me ha de juzgar: a sus pies me arrojaré, a su piedad clamaré, a su misericordia alegaré con las palabras de Job[789].

Dueño mío, del polvo me formasteis con vuestras mismas manos, visitáisteme por la mañana dándome ser y de repente principiáis a precipitarme quitándome la vida. ¿Hasta cuándo, Señor, no me perdonaréis ni me dejaréis que trague la saliva? Conozco que pequé pues ¿qué queréis que haga en recompensa? Pondré en vuestra presencia mi podredumbre y necesidad para que se muevan vuestras entrañas de padre. ¿Por qué me pusisteis contraria a Vos? Porque a mi alma le pesa de mi vida, pronunciaré mi palabra contra mí, hablaré en amargura de mi pecado. Ruegoos, amor mío, os acordéis que me habéis hecho como el lodo y me volveréis en polvo, me vestisteis de pellejo y carne, y me compusisteis de huesos y nervios; disteisme vida y misericordia, no se pierdan vuestras

[788] Ps. LXXXIX, 6.
[789] Job. VII, 18 y sig.; X, 1 y sig.; XIV, 4 y en otros lug.

miseraciones con la que más las ha experimentado, no mostréis vuestro poder contra la hoja que arrebata el viento. Decidme, Señor, al que fue concebido de semilla sucia, quién le podrá limpiar? Levantadme como a pobre del estiercol y ponedme junto a Vos, y cualquiera mano pelee contra mí; lavadme y purificadme en vuestra sangre; y cuando me juzgareis, acordaos del sacrificio del Cordero que murió por mí, y con este descargo y con vuestra misericordia venga la muerte; con los brazos abiertos la aguardo; ven, amiga mia, ven, enemiga de la naturaleza, porque la destruyes, y por esto eres mi amiga; ven, azote del cuerpo, castiga el mío que tanto ha ofendido a su Criador y Señor; ven, muerte y cáliz de amargura, que te quiero pasar para retribuir al Señor algo por lo mucho que me ha dado; ven, muerte mía, que con gusto te admito, por el que te pasó sin culpa suya por las mías ¡Oh, si yo muriera cada día muchas veces en descuento de mis muchos pecados! Aquí estoy, Señor, enviadme la muerte cuando sea vuestra voluntad, que la mía es la vuestra; dispuesto está mi corazón para recibirla; ven, muerte, puerta de la vida, yo te admito con voluntad, tus angustias, agonías, dolores, y te recibo como prenda dada de la mano de mi esposo a la mía, y te abrazaré y pondré en mi pecho como hacecico de mirra saludable para mis culpas y pecados.

Oración pidiendo los sacramentos para la hora de la muerte

Señor y Dios inmortal, mis delitos me arguyen, mis pecados me conturban, el conocer os he ofendido me aflige y desalienta el corazón, pero está mi alma sedienta por las aguas de la gracia, que dice Isaías[790], saquemos de las fuentes del Salvador; por vuestra gran bondad y misericordia os suplico, Padre Eterno, por lo que amáis a Vuestro Hijo y a su Madre Santísima y a todos Vuestros Santos y amigos, que yo muera con todos los Sacramentos de vuestra santa Iglesia y suba por esta verdadera escala de Jacob, para que al fin de ella y de mi cautiverio halle a Vuestra Alteza como a mi último fin y bien.

Confieso de corazón los siete sacramentos, ahora y para mi muerte, y os suplico, Señor mío, me aproveche de ellos cumpliendo el deseo ardentísimo de mi alma de ser de las escogidas, pues soy de las llamadas; levantadme, si estoy caída, y sea miembro de este cuerpo cuya cabeza es Cristo mi Señor.

1. El sacramento del Bautismo me hizo hija de la Iglesia santa, señalándome como oveja vuestra con el carácter e iluminación de los hijos de Dios: y porque este sacramento se administra por manos de hombres, digo, Señor y Rey Altísimo, que si por descuido o falta de intención, o por otra cualquiera causa, no hubiere conseguido este bien y dicha, que con mucho afecto y gusto padeceré el bautismo del martirio, y si éste me falta por estar en tierra de cristianos, mi voluntad y deseo es grande de ser bautizada, y el fuego de este afecto arde en mi corazón.

2. El sacramento de la Confirmación renuevo, y me confirmo y afirmo en la fe que me dieron en el bautismo, y la confieso de corazón con todos sus artículos.

3. El sacramento de la Penitencia abrazo de corazón, y le admito con todo lo que a él es perteneciente; lavadme, Señor, ampliamente, y esta vil criatura no ponga óbice a la gracia que por este sacramento se comunica, y a la hora de mi muerte dadme, Señor, lugar para confesarme bien muchas veces.

4. El sacramento de la Eucaristía reverencio y confieso de corazón; pues como vuestra carne y bebo vuestra sangre, vivid, Señor, en mí y yo en Vos, y recíbaos yo en gracia por vuestra piedad a la hora de mi muerte, para que con este Pan, mejor que el que Elías comió, reciba la muerte y con este viático camine adonde me llevareis.

[790] XII, 3.

5. El sacramento de la Extremaunción os pido, Amado mío, para mi última hora con ansia de mi corazón, para que esta alma vaya sellada y lo quede mi cuerpo como cosa que ha de ser vuestra con la resurrección de la carne, y el enemigo no tenga osadía de llegar a él.

6. El sacramento de la Orden admito, y os alabo, Señor, porque nos disteis ministros de vuestro evangelio; no muera yo, Dueño mío, sin sacerdotes a mi cabecera que me asistan.

7. El sacramento del Matrimonio confieso, y os alaba mi alma porque para la propagación humana apartasteis la culpa, y porque se han criado tantas criaturas para la eterna bienaventuranza y otras para demostración de vuestra justicia.

MEDITACIONES

del juicio del Justo y del réprobo

Al justo y santo la muerte le es preciosa y suave, porque acabó con trabajos y angustias y se le da el premio eterno.

Al réprobo le es terrible y dura, y su memoria amarga, y es principio de su castigo eterno por sus delitos.

El justo teme, pero la conciencia no le aflige y la esperanza le vivifica.

El condenado teme y tiembla sin esperanza, la conciencia le remuerde y come las entrañas.

El justo no le lleva ni tira ni detiene lo terreno, porque de voluntad lo repudió.

El pecador le es pesado dejar lo que tanto amó, y lo que gustó le oscurece el entendimiento.

El justo sus angustias, ansias y padecer le alegra, el Todopoderoso le asiste y está con benignidad con él en su tribulación; sus lágrimas son pan y serán enjugadas y limpias por el Señor.

El impío en su dolor le posee la amargura, y la pena está conglutinada con él, la impaciencia temerosa le enfurece contra sí, y le conturba sin esperanza, y aunque le asiste el Señor prometiéndole su misericordia, mientras vive, para más justificar su causa, es para mayor dolor ver el bien y sentir imposibilidad para alcanzarle.

El justo aguarda el premio de los apetitos y pasiones que venció, y conoce que es sobre sus fuerzas la ponderación de cuán grande es.

El réprobo impenitente aguarda el castigo de sus pecados y pasiones y apetitos cumplidos y aun no saciados ni satisfechos.

Al justo las oraciones de la santa Iglesia, la compañía del Señor, de los ángeles le espera, le es favorable y consuela ayudándole.

El réprobo, ni las oraciones de la Iglesia, ni la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, ni la intercesión de su Santísima Madre, ni la de los Santos le aprovechan, porque no hizo penitencia.

¿Quién podrá ponderar el júbilo, alegría, delectación del justo? Bendito seas, justo; dichoso eres, pues alcanzaste tantas bendiciones como para ti tiene la santa Madre lglesia, y llevas tantas del que te crió; todos los bienes hallaste juntos.

¿Quién podrá ponderar la angustia, la pena, la ansiedad del réprobo a la hora de la muerte? ¡Qué turbado, qué despavorido! ¡Ay del pecador! todos los males halló juntos. ¡Oh infeliz suerte la suya! mejor fuera no haber nacido ni sido.

Al justo le aguarda el Altísimo para colocarle en los bienes eternos y premios celestiales; los ángeles, para portarle en sus palmas, porque nada le ofenda, y para llevarle a aquella ciudad santa de Sión; los santos, para recibirle; la Santísima Trinidad, para abrazarle con aquella vista beatífica adonde no ha de haber dolor ni angustia ni llanto ni clamor.

El réprobo, le aguardan los demonios con inmensa ferocidad y crueldad indecible para llevarle a aquellas eternas cavernas infernales donde le principia la angustia, dolor y clamor para no acabarse, pues, según la ley ordinaria, en el infierno no hay redención.

Meditación

del juicio general que se ha de hacer con todos

Al. Atiende, alma, y medita aquel juicio final, al Señor airadísimo; aquél ha de ser su día y hora, y sus enemigos estarán por escabel de sus pies; ha callado y sufrido ofensas e injurias y muerte ignominiosa de cruz con magna paciencia para hablar en esta ocasión. Dará una voz que se oirá de todo el mundo, y dirá: Muertos, levantaos a juicio.- Y será tan fuerte y eficaz, que todos los huesos, por repartidos que estén y más deshechos, se juntarán y organizarán componiéndose todos los cuerpos muertos, y en un instante con gran velocidad se pondrán en la presencia de su Juez, del cual será tal su ira, que las columnas del cielo temblarán. Y de esta hora dijo Job[791]: ¿Quién me esconderá en el infierno mientras pasa la ira de Dios? Mira aquel tribunal de bondad, indignado, y usando de justicia, dando a cada uno según sus obras; mira a los muertos levantados, a los vivos caídos de pavor; los cielos turbados echarán de sí rayos de fuego, los elementos se encontrarán, y enfurecidos y desconcertados formarán y echarán de sí espantosos y crueles rayos y relámpagos con estruendo irreparable, obedeciendo al Juez, que es quien lo hace; las estrellas saldrán de su lugar y se convertirán en llamas, el sol y la luna se oscurecerán y, dejando el mundo tenebroso, se convertirán en sangre; el mar se embravecerá, los peces perecerán, los animales morirán, las aves alteradas y desaladas no hallarán donde hacer su asiento, las riquezas tan codiciadas se consumirán, la tierra echará de sí volcanes de fuego y todo lo criado perecerá, y cada criatura mostrará su indignación contra el hombre, porque ofendio a su Criador.

Adónde volverán los ojos los condenados? Considéralos a todos ante aquel tribunal, turbadísimos, temerosos, despavoridos, porque conocen ya públicas sus culpas, que con amor propio encubrieron, y que el Juez fue siempre, es y será sin culpa, que es otro linaje de reprensión justificada. Los ángeles, por mandado del Señor, apartarán a los buenos de los malos[792], y Su Alteza dirá a los justos: Venid, benditos de mi Padre, al premio eterno[793].- Y los ángeles dirán: Estos son los que lavaron y blanquearon las estolas con la sangre del Cordero[794].- A los prescitos dirá el Señor: Andad, malditos de mi Padre, al fuego eterno[795].- Y ellos dicen[796]: ¡Oh insensatos de nosotros, que no supimos lo que nos hicimos! aquellos que teníamos por necios, vemos que están reputados entre los hijos de Dios;- y con arrepentimiento irremediable maldecirán su desdicha. ¡Con qué presteza los ángeles acompañarán a los justos, dándoles coronas y palmas, y los colocarán en las moradas celestiales! ¡Con qué fiereza los demonios cojerán a los desdichados y, adelantándoles con su vista el tormento, los maltrataran y apalearán como el trigo para el infierno, y los echarán en aquel fuego eterno donde no hay ninguna redención! Y con una gran losa a la puerta del infierno quedarán allí sellados y cerrados para in aeternum, y todas las bocas y volcanes que de aquel lugar corresponden a la tierra, quedarán cerradísimos; y principiará luego su amargura, llanto y dolor, una pena sempiterna que trae innumerables penas con un fuego lamedor.

. . . . . .

M. Después de haber leído y premeditado estas consideraciones, tendrás una hora de oración en la cuenta que has de dar a Dios. Acúsate al principio de ella, y júzgate en vida, para que el Juez se muestre misericordioso en la muerte. En esta oración, que será la de la comunidad, considera quién es Dios y quién eres tú, cómo se ha avenido Su Majestad contigo y cómo tú con Dios.

---

[791] XIV, 13.
[792] Matth. XIII, 49.
[793] Ib. XXV, 34.
[794] Apoc. VII, 14.
[795] Matth. XXV, 41.
[796] Sap. V, 4.

Examina bien tu conciencia y escudriña tus culpas, haz actos de contrición y propósitos de la enmienda.

Y en acabando la oración, confiésate con grande afecto y como para morir, y recibe el Santísimo Sacramento como por viático; y el mayor documento que te quiero dar para que uses bien de estos santos sacramentos, es que te persuadas y creas puede ser la última confesión y comunión; y como si fuera ciertísimo, te has de disponer para que de tu parte no pongas óbice a la gracia, que Dios te puede comunicar en estos santos sacramentos; y para que la confesión sea bien hecha, advierte las circunstancias siguientes:

Advertencias para la confesíón

l. Sencilla, sin doblez ni cautelas.

2. Humilde, tratando al confesor con reverencia.

3. Pura, no mezclando historias impertinentes.

4. Fiel, diciendo por palabra lo que dicta la conciencia y lo que está en el corazón.

5. Frecuente, confesándose a menudo.

6. Desnuda de retóricas que oscurecen la verdad y gravedad del pecado.

7. Discreta, sin palabras torpes.

8. De buena voluntad, aunque amargue.

9. Vergonzosa, con confusión, humildad y esperanza.

10. Entera, sin dejar ningún pecado.

11. Secreta, sin descubrir con quién se ha pecado.

12. Abreviada, sin cansar.

13. Con contrición y lágrimas.

14. Fuerte, sin desmayo ni deliquio de ánimo.

15. Acusarte sin decir excusa de los pecados.

16. Propósito firmísimo de la enmienda, con dolor eficaz y rendimiento del confesor.

. . . . . .

M. Y en recibiendo al Señor, vete a tu recogimiento, y adórale y derrama tu corazón en su presencia, y como a padre, juez, esposo, amigo y maestro, dile todos tus cuidados; y después de haber estado en afectuosos actos de reverencia, alabanza y amor algún rato, vete a la sepultura que para estos ejercicios tienes, y puestos delante tus ojos los huesos de tu padre, ponte en figura de agonizante y medita las consideraciones siguientes, y después de todo dite la recomendación del alma.

M. Considera, alma, y mira que de este valle de lágrimas no has de tener otra cosa que la tierra que ha menester tu cuerpo para cubrirle, porque su olor no ofenda y cause horror su vista; ponte en la sepultura y a tu lado los huesos del que, después de Dios, te dio el ser, y advierte cómo le conociste, cómo está, y estará, y óyele, que los muertos callando dan voces; la tierra ha de ser tu casa, la podredumbre y putrefacción tu posesión, los gusanos tu padre, madre y hermanos.

D. ¡Ay de mí, ay de mí, Señor! Aquí haced y deshaced de mí, porque para siempre sea salva; perdonad, Señor, mis culpas; no os indignen mis muchos delitos; en vuestras manos encomiendo mi espíritu; mirad que me redimisteis, Señor Dios de la verdad.

M. Considera., alma, tu salida de este mundo al eterno, la división del alma y cuerpo, las ansias, agonías y congojas que este paso cuesta: tu alma va ante el tribunal de Dios a dar cuenta de sus obras; tu cuerpo fue polvo y en tierra se ha de convertir, y la duda y perplejidad de qué suerte te ha de caer, buena o mala, pena o gloria, que es lo que conturba, aflige y contrasta.

D. ¡Ay de mí, ay de mí! ¡qué mal he pasado los días de mi vida! ¡quién así me engañó! ¡quién borró de mi entendimiento estas verdades! ¡quién hizo remisa mi voluntad! ¡cómo miré tan de lejos lo que tan presto me esperaba! ¡cómo tenía por tan contingente lo que tan cierto es! ¡Oh engaño de los hijos de los hombres! terrible eres, pues tan tardo haces el corazón.

M. Ea, alma, una hora tienes de vida, y según la eternidad menos es toda la que vive el hombre; restaura lo perdido, haz actos de contrición, mira que en muriendo no puedes ganar lo que ahora pierdes; ea, anímate, aviva la fe y mira con ella que hay juez recto, cielo, infierno, premio y castigo.

D. Señor, Señor, Dios mío y Juez eterno, no queráis mostrar vuestra ira con el polvo ni vuestro enojo con la hoja que arrebata el viento, mirad la muerte de Vuestro Unigénito, dejadme un poco que llore mis culpas antes que vaya y no vuelva, y dad lágrimas a mis ojos y amargura a mi corazón.

M. Alma, di Jesús muchas veces, invócale con afecto.

D. Jesús mío, Jesús mío dulcísimo, visitad mi corazón, confortad mi espíritu; amor mío dulcísimo, poned vuestra pasión y muerte en la presencia de vuestro Padre, y acordadle que sois mi hermano, mi esposo, mi señor, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús, Jesús.

Purísima María, Madre de piedad, Esposa del Juez, Madre de mi Redentor, en tal aflicción socorredme, amparadme, interceded por la más pobre, inútil, por la que es de vuestro nombre, lleva vuestro hábito y ha sido vuestra esclava; volvedme esos vuestros ojos misericordiosos. Madre sois de Dios por los pecadores; pues mirad que me debéis a mí mucha parte, porque soy mayor que todos los hijos de Adán, y más que ellos he menester este remedio; presentadme al que me crió, y granjead esta gloria accidental para Vos, dulcísima Madre mía; miradme y no me dejéis, que pereceré sin vuestro amparo; aplacadme al Juez.

Angel santo de mi guarda, ayudadme, defendedme del dragón y de mí misma, favorecedme, amparadme, no me dejéis de vuestra mano, dad buena cuenta de mí al que os me encargó, y presentadme a vuestro Criador y mío.

En vuestras manos encomiendo mi espíritu: redemísteme, Señor Dios de la verdad.

RECOMENDACIÓN DEL ALMA

que se ha de hacer en la agonía y salida de esta vida

a la eterna

Kyrie eleyson, Christe eleyson, Kyrie eleyson.

Santa María, ora por ella.

Todos los ángeles y arcángeles, orad por ella.

Santo Abel, ora...

Todos los coros de los justos, orad...

Santo Abrahan, ora...

San Juan Bautista. ora...

Todos los Santos y Profetas y Patriarcas, orad...

San Pedro, ora...

San Pablo, ora...

San Andrés, ora...

San Juan, ora...

Todos los Santos Apóstoles y Evangelistas[797], orad...

Todos los Santos Discípulos del Señor, orad...

Todos los Santos Inocentes, orad...

San Esteban, ora...

San Laurencio, ora...

Todos los Santos Mártires, orad...

San Silvestre, ora...

San Gregorio, ora...

San Agustín, ora...

Todos los Santos Pontífices y Confesores, orad...

San Benito, ora...

Padre mío San Francisco, ora...

Todos los Santos Ermitaños, orad...

Santa María Magdalena, ora...

Santa Lucía, ora...

Todas Vírgenes y Viudas, orad...

Todos los Santos de Dios, orad...

Se favorable y propicio, y líbrala, Señor.

Se favorables propicio, y líbrala, Señor.

---

[797] En el autógrado se omite este verso, que tomamos de "Ejercicio cotidiano..."

Se favorable y propicio, y líbrala, Señor.

De tu ira, líbrala...

Del peligro de la muerte, líbrala...

De la mala muerte, líbrala...

De las penas del infierno, líbrala...

De todo mal, líbrala...

De 1a potestad del diablo, líbrala...

Por tu natividad, líbrala...

Por tu cruz y pasión, líbrala...

Por tu muerte y sepultura, líbrala...

Por tu gloriosa resurrección, líbrala...

Por tu admirable ascensión, líbrala...

Por la gracia del Espíritu Santo Paráclito, líbrala...

El día del juicio, líbrala...

Los pecadores, te rogamos óyenos...

Ten misericordia de nosotros, te rogamos óyenos.

Kyrie eleyson, Christe eleyson, Kyrie eleyson.

ORACION

Alma cristiana, parte de este mundo en el nombre de Dios Padre omnipotente que te trió, en el nombre de Jesucristo Hijo de Dios vivo que por ti padeció, en el nombre del Espíritu Santo que en ti se infundió, en el nombre de los Angeles, Arcángeles, de los Tronos y Dominaciones, en el nombre de los Principados y Potestades, en el nombre de los Querubines y Serafines, en el nombre de los Patriarcas y Profetas, en el nombre de los santos Apóstoles y Evangelistas, en el nombre de los santos Mártires y Confesores, en el nombre de los santos Monjes.y Ermitaños, en el nombre de las santas Vírgenes y de todos los Santos y Santas de Dios: hoy sea tu lugar en paz y tu habitación en la ciudad santa Sión, por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

Dios misericordioso, Dios clemente, Dios que, según la muchedumbre de tus miseraciones, borras los pecados de los penitentes y deshaces las culpas de los crímenes y delitos pasados con el perdón de la remisión, mira favorable sobre esta tu sierva María, y pues te ruega, oye a quien te pide perdón de sus pecados con toda confusión; renueva en ella, piadosísimo Padre, todo lo que está violado y manchado con el engaño diabólico o corrompido con la fragilidad terrena, y enlaza y junta este miembro de la redención a la unidad del cuerpo de la Iglesia. Ten, Señor, misericordia de sus gemidos, ten compasión de sus lágrimas, y admite al sacramento de tu reconciliación a quien no tiene confianza sino en tu misericordia. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Carísima hermana, encomiéndote al Dios omnipotente, y te encargo a Aquel cuya criatura eres, para que cuando pagares la deuda de la humanidad viniendo la muerte, te vuelvas a tu autor, el cual te formó del polvo de la tierra, y así tu alma cuando salga del cuerpo, le salgan al encuentro la congregación resplandeciente de los ángeles, y venga el senado de los Apóstoles que son jueces; el ejército triunfador de los Mártires cándidos se te allegue, el escuadrón lleno de lilios y azucenas de

los Confesores rutilante te rodee, recíbate el coro de las alegres Vírgenes, y te apriete el abrazo de una quietud bienaventurada en el seno de los Patriarcas; el apacible y festivo semblante de Jesucristo se te aparezca, el cual determine y decrete que estés presente a El siempre entre los que le asisten; e ignores todo lo que da horror en las tinieblas, lo que da rechinar de dientes en las llamas, lo que aflige en los tormentos. Ríndasete a ti el pésimo Satanás y feísimo dragón con sus secuaces, tiemble en tu salida acompañándote los ángeles, tiemble y huya aquel caos confuso de la eterna noche. Levántese Dios y sean disipados y destruídos sus enemigos; huyan de su semblante los que le aborrecieron y, como el humo falta, falten ellos, y como la cera se derrite delante del fuego, así los pecadores perezcan delante el semblante de Dios, los justos sean convidados y regalados, regocíjense a la vista de Dios. Confúndanse y avergüéncense todas las legiones del infierno, y los ministros de Satanás no se atrevan a impedir tu camino. Líbrete del tormento Cristo, que tuvo por bien de morir por ti; Cristo Hijo de Dios vivo te coloque dentro de las verduras y florestas siempre amenas de su paraíso, y aquel Pastor verdadero te conozca entre sus ovejas: El te absuelva y libre de todos tus pecados, y te constituya y ponga a su mano derecha en la suerte de sus escogidos; veas cara a cara a tu Redentor; asistiéndole siempre presente, mires la verdad manifestísima con ojos bienaventurados; puesta entre los escuadrones de los escogidos, goces de la dulzura de la contemplación divina, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Recibe, Señor, a tu sierva para el lugar de esperar para sí la salvación por tu misericordia.

Líbrala, Señor, de todos los peligros del infierno y de los lazos de las penas y de todas las tribulaciones. Amén.

Libra, Señor, al alma de tu sierva, como libraste a Enoc y a Elías de la común muerte del mundo. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Noé del diluvio. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Abrahán del fuego de los Caldeos. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Job de sus pasiones. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Isaac del sacrificio de la muerte de su Padre Abrahán. <Amén.>

Libra Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Lot de los de Sodoma y de la mano del fuego. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva como libraste a Moisés del poder de Faraón.Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Daniel del lago de los leones. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a los tres niños del horno del fuego ardiente y de la mano del inícuo rey. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a Susana del testimonio de los viejos. Amén.

Libra., Señor, el alma de tu sierva, como libraste a David de la mano del rey Saul y de Goliat. Amén.

Libra, Señor, el alma de tu sierva, como libraste a San Pedro y a San Pablo de las cárceles. Amén.

Y como libraste a la bienaventurada Tecla, tu virgen y mártir, de tres tormentos atrocísimos, así tengas por bien de librar el alma de tu sierva y hagas que goce Contigo en los bienes celestiales. Amén.

ORACIÓN

Encomendámoste, Señor, el alma de tu sierva María, y te rogamos a ti, Señor Jesucristo Salvador del mundo, que no te detengas en ponerla y colocarla en los senos de tus Patriarcas, por quien misericordiosamente bajaste a la tierra. Conoce, Señor, a tu criatura, no criada por dioses ajenos, sino por ti solo, Dios vivo y verdadero, porque no hay otro Dios fuera de ti, y no es según tus obras condenarla. Alegra, Señor, su alma en tu vista, y no te acuerdes de sus maldades antiguas y de sus movimientos y embriagueces, que despertó el furor y fervor del mal deseo, porque, aunque ha pecado, no ha negado al Padre ni al Hijo ni al Espíritu Santo; mas antes bien lo ha creído y tenido en sí el celo de Dios, y adorado con fidelidad a Dios que ha hecho todas las cosas.

ORACIÓN

Señor, rogámoste no te acuerdes de los delitos de su juventud ni de sus ignorancias, mas antes según tu gran misericordia te acuerdes de ella en la gloria de tu claridad, ábransele los cielos, regocíjense con ella los ángeles. Recibe Señor en tu reino a tu sierva, recíbala San Miguel, Arcángel de Dios, que mereció principado y cabeza de la milicia celestial; sálganle al encuentro los santos Angeles de Dios y llévenla a la ciudad Santa de Jerusalén; recíbala San Pedro apóstol, al cual se le entregaron las llaves del reino celestial; ayúdela San Pedro apóstol, que fue digno de ser vaso de elección; interceda por ella San Juan apóstol escogido de Dios, a quien fueron revelados los secretos celestiales; rueguen por ella todos los santos Apóstoles a quien por el Señor fue dado poder de ligar y absolver; intercedan por ella todos los santos y escogidos de Dios, los cuales padecieron tormentos en este siglo por el nombre de Cristo, para que libre y desnuda de las ataduras de la carne, merezca llegar a la gloria del reino celestial, concediéndolo Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre vive y reina por todos los siglos. Amén.

RESPONSO

Socorredla, santos de Dios; ángeles del Señor, salid al encuentro recibiendo su alma y ofreciéndola ante la vista del Altísimo.

Recíbate Cristo que te llamó.

Y los ángeles te lleven al seno de Abrahán.

Recibiendo su alma y ofreciéndola ante la vista del Altísimo.

Dale, Señor, descanso eterno y luz perpétua le alumbre.

Ofreciéndola ante la vista del Altísimo.

Kyrie eleyson, Christe eleyson, Kyrie eleyson. Pater noster.

Señor, oye mi oración.

Mi clamor llegue a ti.

ORACIÓN

A ti, Señor, te encomendamos el alma de tu sierva María, para que muerta al siglo viva para Ti, y Tú con el perdón de la piedad misericordiosísima limpia los pecados que cometió por la fragilidad de la conversación humana, por Cristo Nuestro Señor, que con el Padre vive y reina por todos los siglos. Amén.

Oración y suspiros del corazón para llegar al fin deseado y los estrechos abrazos del dulce Esposo y Señor.

¡Oh ciudad santa de Sión, cuándo entraré por tus puertas! ¡Oh mansión de paz, cuándo te poseeré! ¡Oh luz sin noche, cuándo me alumbrarás! ¡Oh tabernáculo Santo, adonde no hay muerte ni llanto, ni clamor, ni angustia, ni dolor, ni culpa! donde es saciado el sediento y el hambriento refrigerado, adonde se desea bien y se cumple todo deseo! ¡Oh ciudad Santa de Jerusalén, que eres como un vidrio purísimo! tus fundamentos son adornados de piedras preciosas; no necesitas de luz, porque la claridad de Dios te ilumina, y tu lucerna es el Cordero; casa santa de Sión, no entra en ti cosa manchada, porque has de permanecer en pureza y claridad para siempre, ¿cuándo estaré en tu posesión? El Todopoderoso me perdone, lave y purifique, para que yo goce de tus florestas siempre amenas y deleitables; ¿cuándo veré a la causa principal de tu gloria? ¿cuándo veré a mi padre, mi amigo, mi esposo, mi pastor, mi dueño, mi alegría, mi único objeto de mi afecto? Dulcísimo amor mío, llevadme tras del olor de vuestros ungüentos; enseñadme, adónde tenéis la siesta al mediodía y día sin noche. Padre mío, echadme la estola de la inmortalidad y apriétenme vuestros brazos, goce de vuestra vista sempiterna, ¿cuándo, cuándo os veré, bondad infinita? ¿cuándo os poseeré, gloria mía, cuándo os me manifestaréis, hermosura mía, esposo mío, causa de todos los gozos? ¿Cuándo me daréis el ósculo de vuestra boca para que quede mi alma unida con el abrazo eterno de vuestra divinidad? Amor mío suavísimo y dulcísimo, llegue mi afecto a su fin último, y hable mi corazón y cese mi lengua, que no sabe decir lo que quiero, y nadie me despierte hasta que yo quiera; dejadme hijas de Jerusalén, con el Esposo.

Oración para después de este ejercicio de la muerte, pidiendo al Altísimo misericordia y enmienda de la vida.

Señor, justo juez, recto juez, bien conozco que por mis pecados merezco el infierno y aquella tremenda sentencia; vete, maldita de mi Padre al fuego eterno; -porque os ofendí atrevidamente, pero aunque soy polvo y ceniza y la peor de los hijos de Adán, me pongo a vuestros pies, y, porque Vuestra Alteza quedase vengado y pagado de esta desagradecida oveja, admitiera el infierno. Pero no es según vuestra piedad arrojar a los pobres que os llaman: yo os suplico, piadosísimo Padre, me miréis con ojos de misericordia, y que no arrojéis al infierno a esta hija pródiga, pues no os alaban los muertos; no vaya yo adonde no os reverencie, vea y adore. Mirad, piadoso y clemente a esta desvalida oveja que, como buen Pastor habéis traído tantos tiempos a vuertros hombros; no me arrojéis de vuestro rostro, Padre Eterno; mirad los merecimientos infinitos de Vuestro Hijo y mi Redentor, poned los ojos en su nacimiento, peregrinación, sudor de sangre, ignominias, azotes, aflicciones y en su muerte de cruz, que, puesto y clavado en ella, sacrificio es que puede aplacar vuestra justicia y obligaros a vuestra misericordia; oidle decir: -Padre, perdona a éstos que no saben lo que se hicieron[798]-; yo soy una de las que no supe lo que me hice en ofenderos; pues mirad los merecimientos de mi Señor y hermano, y si lo es (pues dijo Su Alteza[799], voy a mi Padre y a Vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios) en estas palabras nos hizo coherederos de este tesoro y patrimonio; todos sus merecimientos son míos, descontad por ellos mis pecados que yo sé me sobrará de qué pagar; lavad, Eterno Dios, mi alma en la sangre del Cordero, y con eso quedaré limpia. También ofrezco el tesoro de la Iglesia, los merecimientos de mi Señora y Madre la Virgen y de todos los Santos. Vengan a esta hechura de vuestras manos, Señor, vuestras liberalísimas misericordias y, si después de haber hecho este ejercicio, sois servido de darme algún día más de

[798] Luc. XXIII, 34.
[799] Joan. XX, 17.

vida, sea para mejorarla y para que, muerta a todo lo terreno, no tenga otro querer, vivir ni operaciones, sino en Vos, por Vos y según vuestro agrado y voluntad. Amén.

M.- Para fin de este ejercicio harás la cuarta disciplina en la cual has de decir el rosario de la muerte y las conmemoraciones de los Santos de tu devoción, y luego irás a Tercia y a las demás Horas, en las cuales has de estar con mucha devoción. Ten presente siempre que estés en el coro el ser inmutable de Dios y sus atributos y perfecciones; imita a los ángeles en que la fe te haga manifiesto el objeto que ellos tienen presente y ven claro, y el conocerlo te de temor y reverencia, pues ellos tiemblan en presencia del Altísimo, y el temor y el amor te espiritualicen de manera que no tengas afectos ni operaciones de criatura humana, sino angélica, levantándote sobre todo pensamiento e imaginación terrena, ocupándote en perfectísima contemplación divina. Pedirás al Todopoderoso que ponga en tu corazón el aprecio que David tenía en el suyo de la ley del Señor, y en tu entendimiento su inteligencia, pues no hay verso en las Horas que no diga algo de los testimonios y ley del Altísimo; y esta misma petición haz por todos los del mundo, y particular por los eclesiásticos.

En el sacrificio de la Misa está devotísima y atenta a sus grandes y místicos misterios, y más ha de obrar la fe y tu afecto que Yo te puedo decir de palabra. Ofrece aquel sacrificio con todos los del mundo y la muerte de Cristo Nuestro Señor al Padre Eterno por menoscuenta de tus pecados y de todos los del mundo, porque se salven todas las almas, y por el aliviode las del purgatorio, y por todas las necesidades y aflicciones de los mortales, por la exaltación de la fe; extirpación de las herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, y para que en todo el orbe se cumpla la voluntad y beneplácito del muy alto Señor.

Siempre que estés en el coro y que hagas estos ejercicios, tengas oración o reces, has de estar inviolablemente de rodillas, o en pie, y con toda reverencia.

Todos los días que no sean de fiesta, has de hacer algún acto de humildad y mortificación. Lunes, postrarte en tierra, acordándote que eres polvo y en polvo te has de convertir. Y esta postración has de hacer en el refectorio para que todas las religiosas te pisen, humillándote de corazón a todas, y conociendo que, aunque el oficio de prelada te hace mayor a ellas, eres muy inferior en la virtud; y en las ocasiones que se te ofrecieren de mortificación, ha de corresponder este conocimiento y humildad.

El jueves besarás los pies a las religiosas, imitando lo que hizo Cristo Nuestro Señor con sus apóstoles, y creyendo que Su Majestad se humilló a sus criaturas e inferiores, y tú a tus superioras y señoras, porque de todas has de ser sierva.

El viernes estarás de rodillas con la comunidad pidiendo a Dios misericordia de tus culpas.

Otros días dirás tus culpas con dolor de no haber cumplido con tus obligaciones y de que no has dado buen ejemplo a las religiosas. Y en los demás días de la semana harás algún acto de humildad, porque ninguno se pase sin trabajar en mortificar tus pasiones, y será hacer algo en servicio de las enfermas, barrer o limpiar la casa; y esto ha de ser con consideración de que eres la menor e inferior criatura de las del mundo, y que por eso se te debe a ti de justicia que las sirvas a todas en las cosas más humildes y despreciadas, porque eres criada y esclava de todos, y en casa de los señores, por cuenta de las que lo son corren los oficios bajos; esclava eres de la casa del Señor e inferior a todos, y así de oficio te toca hacer todos los que hay de humildad y desprecio.

Siempre te has de satisfacer y contentar con lo que te den de vestuario y comida, considerando que nada mereces ni se te debe de justicia, porque recibiste el ser de balde, con que quedaste cargada y obligada; y, aunque tú toda te ofrezcas a Dios, no le pagas ese beneficio, porque le deberás demás haberte criado con más amor que tú te ofreces a él después de criada, y el que principió Su Majestad primero; pues si al primer beneficio quedas corta y obligada, ¿qué pagarás por los demás, y qué se te deberá, cuando tú estás tan empeñada? Y pues esta es verdad, considera cuando se te de lo peor y

más desechado, que a ti de justicia nada se te debe, y recíbelo con agradecimiento como dado de favor, de limosna, de gracia y de misericordia del Señor, que así lo dispone y provee. Si te dan lo mejor, resístelo, si puedes; si te falta algo, alégrate por tener que ofrecer a tu Dueño y Señor.

Cuando vayas a visitar las enfermas, sírvelas, anímalas y con efecto presenta al Señor tu afecto y deseo, y sea de servir, consolar, curar a todos los enfermos del mundo, y a los más inficionados mejor, por dar gusto a tu Amado.

En todas las cosas que hicieres, considera que tienes Señor a quien agradar, dueño a quien servir, objeto de tu voluntad a quien amar, y endereza todas tus acciones a Su Alteza, tu intención y afecto, y repite muchas veces apartándote de toda afición humana: -Ya, ya tengo a quien amar; ya, ya está mi voluntad ocupada; tiempo es ya, tiempo es ya, que corresponda a quien tan dulce y eficaz es en amar; tiempo es ya de disponer mi jornada y de despedirme de todo.

A mediodía examina tu conciencia, escudriña tus culpas, duélete de ellas y para obligar al Señor a que te las perdone, dirás la oración siguiente, juzgándote en vida para que en la muerte seas mirada del juez con ojos de piedad.

Introducción que hace una pobre alma para pedir remedio de sus llagas y perdón de sus culpas

Atended, cielos y tierra; criaturas criadas por el Muy Alto, mirad todas a la rea más culpada del universo y a la más ingrata de las hijas de Adán, que soy soy. Y deseosa de acusarme y alcanzar misericordia, me pongo a los pies del justo juez, y presento mis delitos ante su tribunal, al cual me llego toda turbada, la lengua enmudecida, desalentada y despavorida, porque la luz de lo alto me manifiesta, pobre, desandrajada, desvalida, llena de llagas ulceradas, con una cadena de gruesos eslabones al cuello que traigo arrastrando, hecha de mis grandes hierros y culpas, calafateada con mis pasiones y apetitos mal mortificados. El proceso que presento es de grandes delitos y crímenes contra la real majestad, dignos de muerte eterna; ya mi causa está sustanciada, porque muchas veces me han hecho cargos y ninguna he dado descargos, y de misericordia me han perdonado, y repetidas veces he vuelto a reincidir. Aflígeme esta causa, oprímeme lo pasado, temo lo que está sin venir, y, así conturbada, estoy mirando al tribunal haciendo mil mudanzas de confusión, turbación; no oso ni determino hablar, no sé a quién he de volver los ojos, al Juez tengo ofendido, y estándolo él, lo están todas sus criaturas, racionales e iracionales, a las cuales considero articular muchas voces, que dicen: Digna es de muerte, digna es de muerte. Y con ira terrible se vuelven todas contra mí, vengando la causa de su criador; los ángeles con enojo justo considero que quieren ejecutar su poder contra la atrevida a su Señor, los cielos convertir sus influencias en inclemencias, los hombres perseguir a la que faltó a la lealtad de Dios, la tierra no sustentar a la que indignamente la pisa, los elementos embravecidos convertirse contra la infiel esclava de su Criador, los animales mostrar su fiereza contra la que lo fue más que ellos en su tibieza, los campos y las plantas negar sus operaciones y suavidad a la que volvió las espaldas a quien a ellos viste de hermosura, y todos a una voz veo que dicen: Perseguirla, perseguirla; muera, muera la que más ha recibido y menos ha pagado, la ingrata, desconocida e inútil, que come el pan de balde en la casa de nuestro rey, la que le dio la luz en los ojos y no se ha aprovechado, a la que han llamado tantas veces y no ha respondido, digna es de muerte y de castigo.

Altísimo Señor mío, acosada de estas voces que la razón y mi delito forman en mis oidos, vengo a clamar a los vuestros de piadoso padre y juez benigno, y confieso de justicia se me debe esta mala correspondencia y castigo de todas las criaturas, y otras mayores penas que las del infierno; pero, postrada a vuestros pies y Real Majestad, os suplico me deis licencia y valor para formar alguna palabra y derramar en vuestra presencia mi corazón, y a vuestros ministros, los ángeles, hombres y

demás criaturas ruego con humildad detengan un poco su ira, y que me den lugar para pedir misericordia: mandádselo, Vos Señor mío, y que reprirnan su enojo; y pues sois caridad y en Vos están todos, no les falte con la que más la ha de menester; imperad sobre todos para que amansen sus fuertes olas, y yo quede en tranquilidad pidiendo misericordia.

Altísimo Señor mío, enojado os tengo y ofendido, no lo puedo ni quiero negar; pero, aunque lo estéis, mejor sois que todos para perdonar; justo juez sois, yo lo confieso, pero no me negaréis, que también sois padre piadoso; pues tened misericordia de mí, que soy una y pobre, pues como yo no hay segunda en maldad; mis delitos sólo Vos los podéis perdonar, en sola vuestra bondad hallarán cura mis llagas, y ellas son las primeras que alego en mi causa, y que para descargo de mis delitos nada tengo que ofrecer, porque mi ser os le debo, que me le disteis de nada, y después de tener vida y misericordia, me he perdido y me habéis redimido; pues si por el primer beneficio de la creación me debo toda a Vos, por el segundo de la redención, ¿qué os daré? y si a dos beneficios solos me hallo tan alcanzada de cuenta, ¿qué haré si numero los infinitos que me habéis hecho? pues sólo puedo confesar y decir, que de vuestra piedad e infinita bondad y de Vos sólo ha de tener principio y movimiento esa misericordia.

Ea, Señor, usad de ella, que fama tenéis que hacéis grandes cosas. Yo sé, que Vos sois el que tenéis potestad y dominio sobre todo lo que tiene ser; que tenéis las llaves de los abismos y de la ciudad Santa de Jerusalén, donde habitáis con todos los vuestros; las de las cavernas eternales, abriéndolas para los que vuestra justicia quiere arrojar en ellas, y cerrándolas para que sus príncipes no salgan sino cuando es vuestra voluntad, porque vuestra potestad rinde y aniquila la suya; tenéis las llaves de la cárcel de vuestros amigos que están pagando lo que os deben y purificándose para ponerse en vuestra presencia; mandáis a la muerte y le decís: Corta los pasos y consume a éste, y deja a éste otro;- tenéis en vuestra mano los corazones de los reyes y sabéis los secretos de todos los de los hombres; vuestra potestad y mando es sobre todos los poderosos, y a ellos y a todos podéis aniquilar y nadie os puede decir mal habéis hecho, porque en todo acertáis; sabéis cuándo está dispuesto el corazón del hombre para enviarle la semilla de vuestra palabra en sazón que dé buen fruto, hacéis cosas grandes, pues de piedras hacéis hijos de Abrahán, de un pescador sacasteis un príncipe de la Iglesia, de un publicano un evangelista, de un perseguidor de la Iglesia un doctor de ella, y de un ladrón el primero bienaventurado; perdonasteis a David su adulterio, a Pedro su negación, a la Magdalena remitisteis su culpa, a la Samaritana rescatasteis, a la Cananea disteis el pan de entendimiento de vuestra real mesa, a la adúltera librasteis de la confusión de los que la acusaban, resucitáis a muertos, enriquecéis a pobres, vuestras victorias son éstas y levantar al menesteroso del estiércol de sus pasiones. Pues a las puertas de vuestra misericordia llamo, no cesaré, siquiera porque por porfiada me deis lo que pido; y es cierto en mí sola se encierran las culpas que en otros muchos habéis perdonado, las enfermedades que habéis curado, soy la leprosa por mis delitos, la difunta por haber perdido vuestra gracia, la ciega por mis pasiones, la paralítica por mi remisión, la impedida por mi flojedad. Ea, Señor, haced esta misericordia ostentosa, tanto más cuanto menos lo merezco. Ea, Señor, conozcan todos quién sois Vos y quién soy yo; que habéis hecho como quien sois y yo como quien soy; yo sé que seré el motivo mayor de vuestra grandeza y bondad, usad de ella con la peor de las hijas de Adán, y Vos, Señor mío, conseguiréis el que todos conozcan en mi maldad vuestra bondad y en mi pequeñez vuestra grandeza. ¡Ay de mí, Rey mío, qué grande fue mi atrevimiento! pues siendo polvo y ceniza, os ofendí; ¡qué endurecido tengo mi corazón! pues mis ojos no producen ríos de lágrimas mientras la sierva habla con su Señor, la criatura con su Criador, la que fue hecha de barro con el que todo lo hizo de nada; ¡cómo el oprobio del mundo tuvo osadía de ofender a su Redentor, cómo la esclava se atrevió al rey, la que fue criada contra su hacedor, la que fue vivificada contra su bienhechor, la que fue perdonada, encubierta y no castigada efectivamente contra el que la perdonó, disimuló y libró de las cavernas infernales muchas veces! ¡ay de mí¡ ¿qué haré? ¿hay dolor que se iguale a mi dolor, que es dolor de culpa y aflige la conciencia! bienaventurados del cielo, justos de la tierra, criaturas compuestas por la mano de mi Amado a quien he ofendido, ayudadme a llorar; sentidos y potencias mías, que concurristeis a la maldad, concurrid todos a la penitencia y hagamos sacrificio de dolor y amargura a mi Señor con

renovación de nueva vida; corazón mío, razón es que de dolor te dividas y te conviertas a tu bienhechor con aceleración fervorosa y humillada. Amado Dueño mío, ea, recibidme; ante vuestra real presencia me presento con toda la república de mis potencias y sentidos, y con dolor y pena de que se hayan ejercitado en otra cosa fuera de vuestro servicio; yo os los entrego con afirmación segura de no ser más ingrata, desleal, ni de otro; gobernadme y favorecedme, hacedlo y mirad que no sé decir lo que quiero, pero quiero lo que gustáis de mí; mi gemido no es a Vos escondido, yo os le presento y lo que siento de mí en lo más escondido del corazón confieso a vuestros oídos de padre. Vos sois juez, yo rea; misericordioso, yo llena de miserias; médico, yo enferma; rico, yo pobre; fuerte, yo flaca; justo, yo injusta; padre, yo hija pródiga; sois el remediador, yo la necesitada. Rey magnífico, no os causen horror mis llagas, a Vos, lumbre de mis ojos, quiero contar mis miserias, que quien murió por remediarme, no me negará la gracia. ¡Ay de mí! ¿quién me dará dolor? pero ¿dónde le busco? Vos, Señor, me le habéis de dar. ¡Ay de mí! ¡qué os he ofendido siendo la misma bondad! pésame mucho de haberos ofendido, siendo el que me ha de juzgar: ¡ay de mí! ¡que mal ocupé los días de mi vida, pues siempre ha sido recibir misericordias y obras de padre, y yo dar desagradecimientos de esclava! Dueño mío, lumbre de mis ojos, ya bastan para escarmiento 1as caídas que he dado; tenedme, Señor, tenedme, dadme la mano, sembradme el camino de espinas y abrojos, porque no siga la vanidad; abrid mis ojos para que la vean, y cerrad el corazón porque no entre en él afición humana, tiradme el cayado, padre y pastor mío, crucificad mis carnes con vuestro temor[800], y se alegrará mi espíritu en las victorias de lo terreno; haced que tema mi alma pecadora como vuestro siervo Job, que dijo:[801] -Siempre temí a Dios, corno unas olas hinchadas que venían sobre mí-. Señor Dios de Isaac y Jacob, dador de todos los bienes, dadme entre vuestras alabanzas una fuente de lágrimas acompañada con pureza de corazón y alegría de mi espíritu: bienaventurado el varón a quién Vuestra Alteza da la mano en este valle de lágrimas en que le pusisteis, y hace escala en su corazón para llegar a Vos. Bien sabéis, Padre de las lumbres, que no murió vuestro Hijo Jesús por sus pecados, que no los tuvo, sino por los míos, y más mereció Su Alteza que os he ofendido yo; no se han disminuido vuestras misericordias ni vuestro poder, no sea yo la desventurada y mal librada; pues a tantos habéis abierto las puertas, no se cierren cuando yo llegue; el mismo sois, altísimo y Dios eterno; dadme el Espíritu Santo vuestro, que disteis a los justos y santos con que pudieron librarse del peligro y fuego de los maldicientes, y merecieron ver vuestra cara y gozar de vuestra eterna gloria; no se extinga vuestro manantial cuando yo llegue con la multitud de mis pecados, pues las muchas aguas no pudieron extinguir la caridad[802]. Mi mala conciencia me dice, desconfíe y que he de ser condenada en este recto tribunal y que no han de ser oídos mis ruegos, pero no lo pido por lo que soy, sino por lo que Vuestra Alteza infinita sois. Cumplid magnífico rey, lo que dijisteis:[803] El que viniere a Mí, no le daré con la puerta en los ojos-. A ella me pongo, no me desamparéis, Esposo mío, ni me deis desabrida despedida, que enflaquecerá mi esperanza. David dice:[804] -Cerca está el Señor de los que le llaman-; de veras dejaos, Señor mío, amar y vencer de este vil gusanillo, no me volváis las espaldas, que dirán los incrédulos, que perece la hechura de vuestras manos, no permitáis que triunfen vuestros enemigos y míos, de vuestra esposa y digan: ¿Dónde, dónde está tu Dios? No tardéis tanto, electo y amado mío, que en mi aflicción luego es tarde, apresurad el paso que desfallezco; qué ¿es posible que males y miserias como las mías, no hagan mella y señal en tales entrañas como las vuestras? Si, Vos querido mío, volvéis el rostro, harán asalto los enemigos, y presa en vuestra desvalida oveja los lobos; mirad Señor, que vengo cansada de servir a la vanidad, ya aborrezco a Babilonia, desengañada de que no hay justo, sino en vuestra casa. Ea, Dueño mío, que palabra tengo vuestra dicha por un profeta:[805] Que si el pecador gimiere y llorase su pecado, tendrá nueva vida de gracia-; y también sé que no

[800] Ps. CXVIII, 120.
[801] Job. XXXI, 23.
[802] Cant. VIII, 7.
[803] Joan. VI, 37.
[804] Ps. CXLIV, 18.
[805] Ezech. XVIII, 21.

queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva,[806] y que gustáis más de uno que haga penitencia que de noventa y nueve justos.[807] Yo soy tan grande pecadora, que mi miseria os puede obligar a usar de vuestra misericordia. Ea, Señor, recibidme, y tengan alegría los ángeles y santos, porque os mostráis piadoso con criatura tan ingrata. Vuestro profeta[808] dice: -Aunque hayas pecado con muchos amadores, ven a Mí, que no te volveré el rostro.-Obrad, Señor, en mí vuestra palabra y no me precipitéis, que soy pobre; no me echéis de vuestra casa, no vean mis ojos tal desdicha, crucificadme y enderezad mis caminos, dejadme para esclava de vuestras esclavas, dadme una migajuela de pan de vuestra real mesa; bien veo no me habéis menester, pero a mí sin Vos me va muy mal, querido mío, por quien vivo muriendo. Lleguemos a la ejecución de lo que mi alma desea, y os pide, y no son tesoros ni riquezas, que no los quiero, ni dignidades, ni amor de criaturas, ni cosa humana, que esto todo lo niego por lo que quiero, y es vuestra amistad y gracia y jamás ofenderos. Esta es mi petición, esto, esto es lo que presento en vuestro tribunal; despachadme bien, alcance mi deseo su ejecución, y vuestra esposa esta dicha, y por conseguirla moriré, y si es menester para alcanzarla, castigadme, afligidme, aniquiladme y corregidme. Hacedlo, Señor, venid luego, venid luego, Señor y mi Dueño, y con vuestro poder castigadme; divídase mi corazón, rómpanse mis huesos, disminúyanse los días de mi vida; venid, amado de mis deseos, tomad las armas de vuestro poder, y no sea como Abrahán, que haya quien las detenga; muera este Isaac, muera a la culpa y viva a la gracia; acábense ya los enojos, esté yo en vuestra amistad, no os ofenda jamás. Ea, mi luz, iluminadme y concededme vuestra gracia por intercesión de la Madre de piedad, en cuyo tálamo os humanasteis para reparo de mis culpas; por la intercesión de los ángeles y santos, y por todo lo que os puedo obligar, os suplico me concedáis esta dicha y vuestra eterna bendición. Amén.

[806] Ib. XXXIII, 11.
[807] Luc. XV, 7.
[808] Jer. III, 1.

M. -Luego irás al refectorio, y antes de principiar a comer, haz muchos actos fervorosos de admiración de que el Altísimo tiene hecho convite y preparada mesa, no sólo cuarenta días, como cuenta la Escritura[809] por cosa memorable de Asuero, sino todos los siglos y tiempos de los hombres, saciando y satisfaciendo no sólo con cinco panes y dos peces a cinco mil hombres, sino que sin nada dio ser a todas las cosas; y como en aquel milagro[810] acrecentó los panes y peces, ahora concurre con las causas naturales, y cría tantos árboles y plantas que den varios y regalados frutos, tantas hierbas provechosas de las cuales se sustentan los hombres, y tanta variedad de ganados, de animales para su regalo, tantas fuentes y mares para saciar la sed, y variedad de peces y aves; mira esta rica mesa y a millares de millares de convidados a ella, chicos y grandes, los cuales se sustentan sin haberles faltado día ninguno su porción abundantísima. Haz actos de amor fervoroso de tan magnífico rey y de agradecimiento con infinitas gracias por ti y por todos los nacidos, ricos y pobres, que aquel día sustenta. Suplica al Altísimo los mueva a agradecimiento y a servirle fielmente, pues lo merece éste y otros muchos favores que les hace. Alábale por los atributos de criador y gobernador, conservador y vivificador de todas las cosas. Haz actos de humildad conociendo que no mereces lo que has de comer, ni que se criase para ti, y el Muy Alto lo previno tan de antemano para tu sustento. Considera cuántos ganan la comida con el sudor de su rostro y afán de atención a ello, que han pecado menos que tú. Haz actos de caridad deseando con tu sustento dar de comer a los pobres, servirlos, consolarlos, remediarlos y reducirlos a que sirviesen al que los sustenta y vivifica.

Pasarás lo restante del día con toda perfección, ocupándote en oficios de Marta; sin perder vista el objeto de tu amor, ejercítate en la caridad con los prójimos, pero advierte a los peligros, que en esto se te pueden ofrecer, y mira con desvelo que todo está lleno de lazos; no te salgas de tu interior, guardando la doctrina que la Reina del cielo te tiene dada, de que estés retirada en el castillo de tu interior cerrando las puertas de tus sentidos; y en ellos has de tener muchos escudos pendientes donde combatan todos los tiros y golpes de los enemigos; tus ojos no han de mirar a criatura humana, hombre ni mujer; tus oídos no han de atender a las fabulaciones terrenas, ni alabanzas, ni lisonjas humanas; si no puedes excusarlas, no te has de turbar, pues ni te quita, ni te pone, ni te importa la lengua dolosa. De tu voluntad no has de ir a hablar a nadie por curiosidad, pero si te lo manda la obediencia, será con breves, severas y discretas razones, resplandeciendo en ti la humildad religiosa y la caridad para con todos, consolándoles, animándolos y amonestándolos a lo mejor con prudencia y espera. No te alabes a ti jamás en cosa, ni con porfía defiende a otro; para todo lo que has de decir, pide licencia al dueño de tu voluntad y afecto, y consúltalo con Su Majestad, que esta es obligación de fiel esposa; y pídele la bendición, y también a tu Reina Señora y Maestra la Virgen María; y el mandato, que de Su Alteza tienes de que no toques ni llegues a la mano a hombre ni mujer, ejecútalo inviolablemente.

Ejercita el oficio de prelada con sabiduría y humildad; conoce eres inferior a todas tus súbditas; en el interior las estima como tus señoras, y en el exterior las gobierna con severidad blanda y con autoridad humilde. Repréndelas, si lo han menester alguna vez, y consuélalas siempre; trátalas con amor de madre y caricia de amiga, y no las des lugar a que cobren osadía. Remédialas sus necesidades como las tuyas, y ámalas con igualdad sin aceptación de ninguna; para ti sé áspera, para ellas suave y benigna. Las ofensas de Dios castiga, las tuyas remite y perdona no dándote por entendida; toma consejo de todas, y obedece alguna vez a las inferiores; a tu confesor en todo lugar, tiempo y ocasión, y jamás hagas cosa humana sin consejo, obediencia y orden suya; y todas tus faltas e imperfecciones le di, aunque no sean culpas de confesar, porque ejercites la humildad y seas fiel en lo poco y en lo mucho con tu Esposo; y al confesor que ha de ser tu juez, ha de estar tan patente el corazón como a Dios manifestándoselo sin rodeo de engaño, sino con sinceridad y lisura;

---

[809] En la *Mística Ciudad de Dios*, lib. I, n. 136 y lib. III, n. 64, 65 y 66, habla más extensamente la Ven. del convite de Asuero, pero no señala el tiempo que duró el banquete.

[810] Matth. XIV, 17 y sig.

honra a tus confesores, prelados, sacerdotes y superiores, trátalos con reverencia como a ministros del Altísimo.

Irás a vísperas con afecto devoto, y mientras rezas las de Nuestra Señora considera su gran dignidad, sus excelentes y eminentes virtudes y perfecciones; alaba al Altísimo, porque la crió criatura tan ostentosa y maravillosa para exaltación de su nombre santísimo; y ten coloquios amorosos con Ella, pués es tu madre y maestra; obedécela en su doctrina para que alcances la vida eterna.

En vísperas y completas, y en todo el oficio divino, has de estar en altísima contemplación avivando la fe, y atendiendo sólo aquel negocio que es el que importa sin divertimiento a otros terrenos.

A la oración de la tarde, en lugar de lección para ella, dirás la siguiente oración de la conformidad con la voluntad de Dios y sea toda la hora dar gracias al Señor por los beneficios recibidos.

Oración en que el alma se conforma con la divina voluntad y sacrifica la suya al Muy Alto con afectos caritativos y fervorosos.

Señor y Dios de las misericordias y justicias, a quien lo pasado, presente y futuro todo es manifiesto y patente, mi suerte y la de todos está en vuestras manos, yo, vil gusanillo y lo reprobado del pueblo, me presento ante vuestra real majestad y en la presencia de la Reina Madre del Cordero, de los ángeles, santos y de todos los bienaventurados del cielo y justos de la tierra, a los cuales pongo por testigos de este mi ofrecimiento y sacrificio, que de todo afecto y alma hago a vuestra majestad invicta, de mi alma, de mis potencias, sentidos y ser, de mi voluntad y afecto; y desde esta hora afirmo no soy mía, ni lo he de ser jamás, y quiero que todos lo entiendan así, sino de mi Señor y Dueño, a quien ofrezco de todo mi corazón mis acciones y querer; todo lo rindo a vuestra santísima voluntad; la pobre mía manifestaré por esta oración, pero la vuestra sea, Señor y Rey mío, sobre todo. No me dejéis errar, compeledme a que haga vuestro gusto, porque aunque me matéis y destruyáis y me aflijáis, he de ser vuestra, y Vos, Señor, habéis de ser mi dueño, mi Dios, a quien he de magnificar y bendecir eternamente.

Yo me conformo, Señor y Rey altísimo, y me alegro que seais Dios increado, y me lo mandéis creer y confesar; y mi voluntad es que todos conozcan esta verdad, desde Oriente a Poniente y desde el Septentrión al Mediodía; y porque esto sea así, daré la vida con acerbísimos tormentos, y si otras mil vidas me dierais, las sacrificara por esta causa y porque todos os conozcan y amen.

Rey magnífico, confórmame con vuestro querer, que seais incomprensible para las criaturas, y que vuestros juicios lo sean, y que me mandéis conformar con ellos y reverenciarlos, porque es gusto y voluntad vuestra; la mía es que todos los nacidos lo hagan perpétuamente, conociendo que es sobre sus fuerzas y entender vuestros órdenes y juicios; y que, aunque los afligís, los amáis; y que ellos amen el objeto que la fe les enseña, sin cuya virtud no se puede conocer; y que se persuadan que, aunque conozcan mucho, ignoran lo más; y porque esto se ejecute, quisiera, Señor, padecer los tormentos de todos los tentados y afligidos.

Yo me conformo, Señor, que la determinación y ejecución de todas las cosas y disposición de ellas esté a vuestra voluntad y querer, y admito todos los trabajos que se padecen, cuando el apetito pide otra cosa de lo que Vos, Señor, ordenáis; mi voluntad es que todas las criaturas lo estén y os den este gusto; y porque sea así, es mi afecto de padecer las penas que padecen todos los viandantes cuando ejecutáis, Señor, lo que ellos más sienten y es contra su apetito de trabajos, honra, muertes de hijos, de amigos, enfermedades, dolores, contradicciones, contumelias. Dadme, Amado mío, este gusto, y a ellos el fruto; queden todos sin penas y conformes con vuestro querer, y dadles el premio que merecieran, si padecieran ellos, lo que yo deseo padecer.

Señor Altísimo y mi Dueño, yo me conformo con que me mandéis os ame sobre todas las cosas porque es vuestra voluntad; y 1a mía es morir antes que la ponga en otro, porque no quiero amar cosa que la vista termine, ni que el discurso alcance y los sentidos comprendan; para objeto más superior quiero y dedico mi voluntad, que es para el que es infinito e incomprensible; esto quiero, y amaros con todas mis fuerzas, y que todos los nacidos lo hagan; y porque conozcan todos que sois el más noble objeto del afecto, quisiera padecer todo lo que los hijos de Adán, por haber amado desordenadamente, tomando la pena y dejando la culpa; padezca yo las penas, y mis prójimos y hermanos el gozo de amaros, y experimenten la suavidad de vuestra ley y yugo.

Yo me conformo, Señor y Criador mío, de que dieseis ser a los espíritus angélicos de superior naturaleza que la mía, y que siempre vean vuestra cara, porque así fue vuestra voluntad; y la mía es, que en mi naturaleza flaca esté la fortaleza y constancia de la angélica, y tener yo el amor y gracia de todos los ángeles, y que mis hermanos y todas las criaturas alcancen esta dicha; y porque así sea, padeceré lo que todos los mortales han padecido en la fuerza que padecen por el reino de 1os cielos: padezca yo la violencia, y mis prójimos alcancen el premio, la virtud y fortaleza.

Yo me conformo, Señor y Dios de las alturas, que levantéis los humildes y abatáis a los soberbios, y que castigaseis a Luzbel y sus secuaces, porque quisieron levantar su trono a las alturas, y que los lanzaseis en el profundo, porque así fue vuestra voluntad. Y la mía es, que Vos, Altísimo, me favorezcáis, en cuya virtud todo lo podré para quebrantarles la cabeza, y que no aflijan a mis hermanos ni sean vencidos de estos enemigos: y porque consigan este bien, me ofrezco, siendo vuestra voluntad y asistiendo vuestra gracia, la cual me basta, de padecer todas las tentaciones y aflicciones que padecen todos los tentados y criaturas, y que estos demonios se vuelvan contra mí, porque mis hermanos no sean afligidos ni vencidos.

Yo me conformo, Señor, en que criaseis al hombre, en el campo damasceno[811] y de limo de tierra, en tan perfecto estado, dándole alma idónea para conoceros y amaros, y con cuerpo perfecto para ayudar a este fin, porque así fue vuestra voluntad; la mía es, Señor mío, que yo me disponga para vuestra gracia y que me la deis y perseverancia en ella, y que mis hermanos alcancen esta dicha; porque la consigan todos, si puede ser de provecho padecer todos los tormentos que Vos, Altísimo, me podéis dar, aquí estoy, ejecutad, Señor mío, haced obra mi deseo.

Yo me conformo y apruebo el mandato y precepto que pusisteis a nuestros primeros padres, de que no comiesen del árbol, y que permitieseis, por vuestros ocultos juicios, que traspasasen y quebrantasen este precepto y cayesen de vuestra gracia, de donde nos vino nuestro daño, porque así fue vuestra voluntad; la mía es, Dueño mío, llorar esta culpa y la de todos los nacidos y satisfacer por ellas a Vuestra Alteza; y si queréis, Rey mío, que yo padezca por esta causa, sean mis huesos quebrantados y humillados con tormentos y dolores, porque Vos, Amado mío, quedéis desenojado y satisfecho con todo el linaje humano.

Yo me conformo, Señor, y admito el castigo del pecado, que fue irascible y concupiscible, apetitos e inclinación, la contradicción de la mala naturaleza para lo bueno, porque fue así vuestra santa voluntad darnos este azote; la mía es, Amado mío, tener sujetas mis pasiones a la razón, y los apetitos bien ordenados, y reinar sobre ellos, padecer el tormento y pena y no cometer culpa, alcanzar el fruto sin ser vencida. Esta misma dicha conceded, Señor, a mis prójimos, a mí la pena, y a ellos la victoria, gloria y premio eterno.

Yo me conformo y admito el castigo que disteis al hombre por el pecado, de que comiera con el sudor de su rostro y que padeciera dolores y penas, afanes y angustias, y que lo criado se le convirtiese contra él, las inclemencias de los tiempos, las iras de las bestias, la crueldad de los animales, hambre, desnudez y sed, porque fue esta vuestra voluntad: la mía es, que yo padezca

[811] Que Adán no fue criado en el paraíso terrenal lo afirma S. Tomás (1. q. 102). Que lo fue en el campo Damasceno lo dicen muchos Hebreos: Adán, dicen, fue formado en el campo Damasceno *ex Adamah*, esto es, de tierra roja, como es la tierra todavía no cultivada, la que vulgarmente se llama tierra virgen. San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios, también escribe que "Adán fue criado en el campo Damasceno." O sea, añade el P. Ferrusola, en donde más tarde se edificó la ciudad de Damasco.

todas estas aflicciones y amarguras, pues os he ofendido; y a costa de muchas aflicciones mías y trabajos, remediad, Señor, las de mis prójimos; dándome hambre, dad sustento a los hambrientos; desnuda yo, vestid a los desnudos; presa, libertad a los encarcelados; cautiva, libertad a los que lo están entre enemigos; padezca yo contumelias, y todos sean remediados, consolados; y después dadles, Señor, la gloria que les dierais, si cada uno padeciera todo esto.

Yo me conformo y admito que Vos, Señor, repartáis vuestros bienes y dones de gracia, naturaleza, haciendo superiores a unos, a otros inferiores, y que les deis luz, auxilios, a unos eficaces, a otros remisos, y que unos sean pobres, otros ricos de bienes temporales y de dones naturales, como hermosura, entendimiento, gracia y a otros fealdad y desgracia; a unos, salud; a otros, enfermedad; a unos estimación y gravedad, y a otros desprecio, porque así es vuestro gusto, y como dueño de todo y Dios justo, hacéis lo que más conviene: mi voluntad es, Señor mío, dar el retorno de lo que he recibido y ser fiel en el descargo de los talentos, y me conformo con lo que me habéis dado, aunque fuera como el que menos, porque menos lo merezco; mi voluntad es, Dueño mío, que me guieseis para que dé retorno y sea fiel sierva, en lo poco y en lo mucho, y que todos lo sean porque no se frusten vuestras obras: y porque los nacidos alcancen esta dicha, padezca yo dolores y trabajos, aflicciones.

Yo me conformo y admito las contumelias, trabajos que permitís me den las criaturas, y que unos sean en su estimación superiores a otros, y que los humildes padezcan alegrándome de su merecimiento y pesándome de la culpa de los que los humillan, pues Vos lo permitís; yo deseo padecer con paciencia y tener todos los trabajos que afligen a los mortales, para que con vuestra gracia los tolere y mis hermanos se alivien de lo muchos que padecen; afligidme a mí dándoles a ellos el alivio, y después la gloria que merecieran, si los padecieran con paciencia.

Yo me conformo y admito, Señor mío, que, pues permitís en las criaturas el pecado, nos mandéis arrepentir y dolernos de la ofensa que contra Vuestra Alteza hemos cometido, pues es así vuestra voluntad: la mía es, Esposo amado, llorar mis pecados con amargura, y satisfacer por ellos y por los de todas las criaturas; y para que sea obra mi deseo, os suplico me deis verdadera contrición, y porque todos la alcancen, dolores, trabajos y penas, angustias para satisfacer a vuestra justicia y obligar a vuestra misericordia, y que todos estemos en vuestra gracia.

Señor y Padre de las lumbres, yo me conformo con que ordenasteis que las criaturas fuéramos mortales, y criadas y compuestas de los cuatro humores, colérico, melancólico, flemático y sanguíneo, con que viene a padecer corrupción y putrefacción, quitando el hilo a la vida, porque es vuestra voluntad: la mía es, que desde ahora para cuando llegare la hora de que yo muera, me conforme, y admito la división del alma y cuerpo con gusto, y los trabajos que trae; y porque todas las criaturas alcancen conformidad y buena muerte, me ofrezco a padecer por todos, y os ruego, Dueño mío, me deis todas las ansias que en aquella hora han padecido y padecerán todos los hijos de Adán: muera yo por todos y gocen ellos de la dicha que se le sigue a una buena muerte, pues es puerta de la vida y para entrar en la bienaventuranza y gloria.

Señor y Dios inmortal, yo me conformo, con que haya purgatorio adonde se satisfagan las culpas con las penas, que se cometieron en la vida mortal, satisfaciendo a vuestra justicia, y que en aquel fuego y llamas se pague todo lo que ha sido ofensa vuestra, pues es vuestra voluntad; y la mía es merecer ser alma de purgatorio por vuestra gracia, y aliviar a las que allí están, con muchos dolores míos para que lleguen a gozaros en la bienaventuranza.

Yo me conformo, Señor Dios mío, y admito que haya infierno, y que la pena sea eterna para los que condenáis a ella, porque no se aprovecharon de vuestra misericordia y ofendieron a vuestra bondad, ni respondieron a vuestros llamamientos y redención copiosa: yo deseo que en esta vida hagáis y deshagáis de mí, queméis, corrijáis afligiéndome y matándome, como yo no me condene, ni tampoco ninguno de mis prójimos. Señor y Padre piadoso, ninguno sea condenado, no han de carecer de Vos ni de ver vuestra cara; por vuestra bondad os lo suplico, y que me pongáis en la puerta del infierno, y que allí esté padeciendo atravesada, porque ninguno pase ni entre en aquellas penas; padézcalas yo todas, y no se condene ninguna hechura de vuestras manos, ni entren más en

aquellas cavernas; yo estaré padeciendo todas las eternidades el fuego y penas; yo lo admito desde luego, y pido que descargue vuestra justicia en mí con condición que no sea por culpa cometida sino con vuestra gracia y amistad, y que ninguna alma se condene.

Señor Dios de las alturas, yo me conformo con que en la celestial Jerusalén premiéis a los Santos y les deis más grados de gloria a unos que a otros, porque es vuestra voluntad: la mía es, querido mío y velo de ardor, que, si yo puedo en esta vida aplicando mis pobres obras que se salve alguna alma, después de alcanzar la gracia final para mí, yo las ofrezco y todo lo que mereciere, y la satisfacción dejadla, Señor, para la otra vida, porque se salve alguna alma y todas y que no carezcan de ver vuestra cara ni yo tampoco por vuestra gran bondad y misericordia. Amén.

M. -Luego te queda en oración y agradece con afecto rendido lo que a Dios debes, da cánticos de alabanza y bendición.

Y a la noche te postrarás ante el acatamiento de tu Señora y Maestra, la Reina del cielo, y dale cuenta de cómo has pasado el día, y di tu culpa, de todas las que hubieres cometido, y aguarda la reprensión; propón eficazmente la enmienda y procura que cada noche sean menos las culpas y mejor la cuenta de las buenas obras. Y aunque el principal fin de ejecutar esto ha de ser Dios, te puede obligar y muchísimo el que has de ir a decir la culpa a tu divina Maestra y Señora; y en penitencia de las culpas cometidas, harás la quinta disciplina. Y recójete a tu celda siendo observante en el silencio de regla; pide licencia al Señor y a su Madre Santísima para descansar; y sea con consideración de que muchos se echaron a dormir y no se levantaron vivos; y atiende a qué disposición tienes para dar cuenta a Dios. Y un ejercicio quiere el Señor que hagas, y es, que hagas juicio de tus obras, y las pongas a la vista de las del Redentor del mundo y las de su Santísima Madre, y comparando unas con otras, verás si has correspondido en tus operaciones a esposa de Cristo y a hija de María Santísima; y cuanto te halles de corta en esto y de menos comparable, que será infinito, tanto más procura correrte, y humillarte, y estimular tu afecto a más trabajar, amar y servir al Muy Alto. Y medita el dicho y sentencia siguiente, que es sentenciosa para que con ella te quedes durmiendo, despiertes y andes siempre.

Con pasos lentos camina la ira divina a la venganza, y la tardanza del castigo recompensa con la gravedad de la pena.

La Magdalena, porque amó mucho, se le perdonó mucho. Yo protesto desde la víspera de su festividad a 21 de julio de 1642 de tener sólo un amor, un objeto de mi voluntad, un cuidado sólo, y un fin, que es de dar gusto a mi Señor y Amado, observar las leyes de este libro, por haberme manifestado Su Majestad son de su agrado, y me las ha dado por arancel de mi vida y enseñanza de mi ignorancia.

Propósitos de perfección
que enseñan al alma para con Dios

1º Pon fija la vista interior en el ser inmutable de Dios y sus perfecciones.

2º Reconózcale tu entendimiento por causa de todas las causas; reverénciale, témele y ámale, y atiende a sus atributos y perfecciones eternas.

3º Amale mucho, porque pecaste mucho; emplea tu voluntad sólo en tan noble objeto.

4º Haz sacrificio a Su Alteza de todo tu ser, dejándote a la disposición de su divina voluntad, sin querer o no querer.

5º Pon todos los cuidados prósperos o adversos en sus manos y la buena suerte de tu salvación.

6º Oye en el interior la voz de tu Pastor y Esposo; conócele y haz obras para que Su Majestad conozca su oveja.

7º Sé agradecida a los beneficios recibidos, da gracias por los particulares que recibes y por los generales.

Para con Nuestra Señora

1º Engrandece y alaba al Altísimo, porque la eligió por madre.

2º Conócela, reverénciala y ámala, como a la más perfecta y superior criatura, y sola inferior a Dios.

3º Alégrate con júbilo de espíritu por su dignidad y dicha, y dale muchas enhorabuenas por ella.

4º Dila lo que San Agustín a Dios: Si por imposible pudiera ser, que esta vuestra esclava fuera Madre de Dios, dejara de serlo porque lo fuérais Vos.

5º Elígela por madre, amparo y por maestra, por fiadora, por intercesora de tu salvación y por prelada.

6º Obedécela e imítala en su vida y altísimas virtudes como tus fuerzas flacas alcanzaren.

7º Sela muy devota y procura que muchos lo sean.

Para consigo misma

1º Limpieza de pecado mortal.

2º Pureza de pecados veniales.

3º No hagas imperfección conocida.

4º Presencia de Dios contínua.

5º Intención actual en las obras.

6º Altos pensamientos y ejecución de los buenos deseos.

7º Imitación verdadera de Cristo.

Para con las pasiones

1º Desarraigar el amor propio.

2º Mortificación interior y exterior.

3º Aborrecimiento propio.

4º Silencio perpétuo y discreto.

5º Clausura y recogimiento de las potencias y sentidos.

6º Contrición y penitencia.

7º Discreción en las ocasiones.

Para con el prójimo

1º No hacer ni decir ni desear mal a nadie.

2º No aficionarse demasiadamente a ninguno.

3º Dar buen ejemplo, sin escandalizar a ninguna criatura.

4º Amor íntimo a los enemigos.

5º Mirar a los prójimos como a imágenes de Cristo Nuestro Señor.

6º Amor y respeto a todos, cada uno en su grado.

7º Tomar las cosas de los prójimos como propias.

Para alcanzar la paz nterior y exterior

1º Trabajar antes de hacer la voluntad ajena que la propia.

2º Escoger siempre tener menos que más.

3º Busca en toda ocasión el lugar más bajo y sujétate a todos.

4º Desea en todo tiempo se cumpla en ti la voluntad de Dios.

5º No te turbes ni inquietes por nada, pues no lo puedes remediar por estarlo; si es hecho, no lo puedes excusar; si ha de ser, no lo podrás resistir, y pierdes el mayor bien que es la paz, por lo que te importa menos que ella.

6º En cualquiera tribulación y suceso mira luego si tienes culpa; si la tienes y has caído, levántate luego y lávate; si no la has cometido, no te turbes, pues todo se muda y se acaba, y cualquiera trabajo sin culpa es párvulo.

7º Advierte siempre que lo próspero y lo adverso y cualquiera suceso viene del Padre de las lumbres, que te ama con amor eterno y, si te mortifica, te vivificará.

Conclusión de lo dicho

1º Guarda los sentidos exteriores de la vanidad terrena.

2º Los interiores de las sugestiones falsas del demonio.

3º Cree con firmeza inmutable al Señor.

4º Espera con seguridad invencible, ama con caridad fervorosa e incesante.

5º Adora al Altísimo en todo tiempo, lugar y suceso.

6º Humíllate sin desconfianza hasta lo profundo del abatimiento.

En que consiste la verdadera contrición

La contrición es una cosa tan preciosa, que el que verdaderamente la tuviere, aunque haya cometido los más graves pecados que hay en el mundo, alcanzará perdón de ellos y su alma será restituida a la gracia y amistad de Dios y a la virtud y dones del Espíritu Santo que había perdido, y si muriere súbitamente, sin confesarse por no poderlo de ninguna manera hacer, alcanzará la salvación y vida eterna.

Esta contrición, supuesta la verdadera fe en Jesucristo Nuestro Señor, principalmente se funda en el amor de Dios sobre todas las cosas, y contiene tres actos.

1º El primero es un dolor sobre todos los dolores de haber ofendido a la majestad de Dios, por ser El quien es y tan digno de ser amado, temido y reverenciado sobre todas las cosas. Y este dolor se confirma y aumenta lo primero con la ponderación del bien, que por solo un pecado mortal se pierde, que es la gracia y amistad de Dios, el mayor bien de todos los bienes, y por esto su pérdida ha de causar mayor dolor que la pérdida de todos los bienes juntos, de honra, salud, vida y hacienda. Lo segundo, con la ponderación del mal y daño que un pecado mortal nos causa, pues nos hace enemigos de Dios, esclavos de Satanás, feos y abominables como los demonios, y condenados al infierno para siempre, que son mayores males, daños y tormentos de este mundo, ni que nos puede dar y ocasionar toda criatura angélica ni humana, ni los mismos demonios; pues si tanto mal hace un solo pecado mortal, mayor dolor y pena ha de haber por él, que por todos los males juntos.

2º El segundo acto es un propósito firmísimo de nunca más pecar por ningún caso del mundo, ni por amor de cualquiera bien que se puede esperar pecando, ni por temor de cualquiera mal que pueda temer no queriendo pecar, pues el bien que pecando pierdo, es mayor que todos los demás bienes juntos que pecando puedo alcanzar; y los daños y males que el pecado me causa, son mayores que todos los daños y males juntos, que por no querer pecar me pueden venir. En este propósito general ha de entrar propósito de la restitución, si hay obligación de ella, y el de la observancia de toda la ley de Dios y del cumplimiento de las obligaciones del estado y propio ofício. determinándose cumplirlo todo de allí adelante con toda ejecución; y en particular de proponer de confesarse sacramentalmente cuando haya ocasión oportuna, y de evitar todas las ocasiones de pecar, porque un Dios tan bueno no sea ofendido, y de cumplir la penitencia, y para más satisfacción ofrecer todos los trabajos y penas que padeciere.

3º El tercero acto es de petición y esperanza del perdón de todos sus pecados y de la gracia para enmendarse y para perserverar en ella hasta la muerte. Y esta petición y confianza se ha de fundar en la bondad y misericordia infinita de Dios Nuestro Señor y en los merecimientos de la vida, pasión y muerte de Nuestro Redentor y Salvador Cristo Nuestro Señor.

Sentencias para gobernar

perfecta y prudentemente las acciones

Todo pecado es acción; toda acción es voluntaria, honesta o torpe; luego voluntario es todo pecado; no te excuses, nadie peca sin querer.

No importa la intención, si lo que se hace es vicioso; vense los hechos y no el pecho.

No es alabanza no hacer lo que no puedes; sufre con gusto lo que es fuerza.

El dolor con paciencia se vence.

Espera aquello, con que nunca te pese.

¿Cuáles son los mayores enemigos del hombre? El hombre y sus pasiones y apetitos.

No cuides a cuántos agradarás, sino a cuáles.

En esto pon todas tus fuerzas, que gustes más de escuchar que de hablar.

Muchos solícitos de dilatar la vida, pusieron junto a sí la muerte, por lo cual se ha de tener cada día por el último.

No admitas, si puedes, tristeza; a lo menos no la des a entender.

Reprende a los amigos en secreto; alábalos en público.

Las palabras se han de estimar por lo que contienen, no por quien las dice.

Júzgate orador, si a ti te persuades y vences el primero a lo que te conviene.

Como a esclavos licenciosos has de mandar, tener con imperio y a raya el ánimo, la lengua y la gula y lujuria.

Lo que deseas que esté callado, no lo digas: ¿cómo quieres alcanzar de otro lo que de ti no pudiste?

Viciosa cosa es por odio del dañado destruír al inocente.

Y como mónstruo es en viejo avaricia, porque ¿qué necedad mayor que al fin de la jornada aumentar el viático o provisión?

Todos los hombres desnudos recibe la tierra, porque le corresponde el nacer y el morir.

Qué gusto mayor que tener amigo, con quien te atrevas a hablar cosas como contigo mismo?

De grandes fuerzas es despreciar al que ofende; lo que importa es lo que eres, no lo que tienes.

Aun no llegaste a ser dichoso, si no hace de ti burla el mundo.

Si quieres ser bienaventurado, piensa primero en despreciar y ser despreciado.

Antes que prometas, piénsalo, y en prometiéndolo cúmplelo.

Procura que nadie te aborrezca con causa, que hartos enemigos te causará la envidia, sin que los granjee la injuria.

Vayase a los yermos el que quiere vivir con inocentes.

El buen ánimo es hermosísimo reverenciador de Dios.

Y el dilatado corazón emprende grandes cosas.

Huye de la crueldad y de la que administra la ira.

No vivas en la soledad diferentemente que en público.

No pidas lo que negaste, ni niegues lo que pediste.
Ten paz con los hombres, con los vicios guerra.
Esto tiene todo afecto, que en lo que él es loco, piensa que lo son todos.
Gran vicio es aquél del que no quiere agradar a los mejor<es>, sino a los más.
¿Quieres hacerte conocido de todos? Procura no conocer.
Bueno es no ser alabado y ser digno de la alabanza.
Y necedad, temer lo que no puedes huir.
No hay cosa grande, si no la desprecias con ánimo grande.
Las riquezas mayores son no codiciarlas.
Quién es el que más tiene? El que menos desea.
Qué es hacer bien? Imitar a Dios.
Más honesta y loable cosa es amar, después de haber deliberado, que deliberar habiendo amado.
La disensión comience de otro, la reconciliación de ti.
Socorre la pobreza de los amigos, anticípate y sadle al encuentro.
La prosperidad granjea amigos, la adversidad con certeza los conoce y averigua.
Peores son los oídos encubiertos, por eso daña menos e1 enemigo hablador que el callado.
La limosna no aprovecha tanto al que la recibe como al que la da.
La esperanza del premio es gusto del trabajo.
Cuál es la mayor pobreza? La avaricia.
Mandar conviene al dinero, no servirle.
A nadie temas tanto que sepa tus pecados, como a ti; de otro puedes encubrirte; de ti, no.
Quién es pobre? El que se juzga pobre.
A muchos teme quien de muchos es temido.
Levanta al infeliz, humilla y esconde la felicidad.
La inocencia es dicha verdadera, pena de sí misma es la maldad.
La conciencia poco segura muchas veces se libra, porque nunca se asegura.
Refrenará a los principios la lujuria, quien pensare los fines.
Nunca es bien olvidarse del beneficio recibido; del hecho, luego.
Fea victoria es vencer a los suyos, harto contigo es merecerla.
Sé tardo en enemistarte, y ejercita con moderación las amistades.
Las palabras son imágenes del alma; cual es el hombre, tal su conversación.
Gran cosa es la prudencia en callar y la templanza en hablar.
Malo es el que de buena gana se junta con los malos.
A nadie alabes ni acuses presto, piensa siempre que testificas con Dios.
Vicio es creerlo todo, y vicio es no creer nada.
Bien se ha de usar de las riquezas, y no mal.
Piensa que no hay lugar sin testigo; el vicio excusa busca.

Más fuerte es el que vence al apetito que al enemigo.

Dificultosísimo es vencerse a sí mismo, pero fructuoso.

Mal se enoja quien con los suyos se enoja.

Así comienza amar, como si no fuera lícito dejar.

Empresa grande, aun sin efecto, es digna de alabanza.

Nobleza del ánimo es la generosidad del sentido.

Nunca te entristezcas por el bien de otro.

Siendo hombre, ¿cómo excusarás la envidia de la prosperidad? Desestimando la felicidad serás rico y loable con muchos.

Como conservarás el poder es con no poder en la ocasión.

El lugar más próximo a la inocencia es la confesión.

Adonde hay confesión, hay perdón.

Viciosa es la severidad de la ira.

El buen juez dispensar debe, no sólo en lo que se ha de condenar, sino en cuanto la severidad es modo próximo a la justicia.

Quietísimamente vivirán los hombres, si de la naturaleza de todas las cosas quitaren estas palabras *mío* y *tuyo*.

El que teme la pobreza, debe ser temido; porque hará vilezas, por no serlo.

El dinero no harta a la avaricia, antes la irrita.

Créeme, no puedes ser rico y dichoso.

Usa con más frecuencia de las orejas que de la lengua.

Cualquiera cosa que hubieres de decir, dítela a ti primero.

No hay diferencia entre el airado y el loco, mas de que él con la pena es cuerdo y el airado más se irrita.

Fácilmente te gobernarás para gozar de los bienes, si huyeres de lo que vituperas en otros.

Cuanto temes los extraños, te recela de ti, porque muchas veces puedes estar sin otros; sin ti nunca.

Si te instruyes bien, avergüénzate de obrar peor.

Lo que persuadieres, será durable; lo que forzares, será en ocasión.

Perdona a otro siempre; a ti mismo, nunca.

Tanto añadirás a la virtud, cuanto quitares de deleite.

Tanta necedad es deleitarse con el sueño, como solicitar la muerte.

Daña a los buenos, quien perdona a los malos.

Quien mal dice de otros, a sí mismo se injuria.

No hay mayor torpeza, que poner a otro la culpa que él tiene.

Muchas veces lo que no pudo la razón sanó el tiempo.

El que por deleite o dinero se muere, muestra que no vivió por su causa.

No hables cosas indecentes, porque poco a poco se pierde por las palabras la vergüenza.

De tal manera habita, que antes alaben el dueño que la casa.

Ser condenado con razón, es pena; sin ella, es calamidad del que condena.

Quieres que todos te vean, nunca la buena honestidad se disimula mucho tiempo.

Lo que tratas de los extraños juzga de los tuyos.

Muchos se han de obligar; ofender ninguno, porque la memoria de los beneficios es fácil; la de las injurias tenaz.

Siempre a la reprensión mezcla algo de blandura, porque más fácilmente penetran las palabras blandas que las ásperas.

Todas las veces que has de decir algo por escrito, sabe que das a los hombres cédula de tus costutnbres.

El que se enoja y es cruel con sus domésticos, muestra que le falta poder contra los extraños.

El que no sabe callar, no sabe hablar.

Más fácil cosa le es al pobre huir del desprecio, que al rico la envidia.

El bueno goza de buena conveniencia; a los malos más seguro les es huir presto.

No hay cosa pequeña en la injuria de los amigos.

No hay cosa párvula, en que se granjean muchos amigos.

Saber usar bien de la pobreza es gran felicidad.

La solicitud aviva y vivifica; la flojedad y descuido quebranta el ánimo.

Nunca una maldad se ha de vengar con otra.

Buen varón es aquél que no sólo no quiere pecar, pero ni puede.

Mucho más riesgo corren los que mandan, que no los que son mandados; porque éstos tienen a uno; aquellos, a todos.

Huirse y apartarse deben, y cortar con fuego y hierro, y arrojar con todo artificio la flojedad del cuerpo, la pereza del ánimo, la lujuria del pensamiento, la sedición de la comunidad, la discordia de la casa y la desternplanza de todo.

Todas las cosas de los amigos son comunes, y el amigo es otro él.

Esta primera ley se asiente en la amistad; que ni pidamos a los amigos cosa ilícita ni inhonesta, ni persuadidos de ellos las hagamos.

A todos tiempos se ha de tener grande atención de lo que hemos de hacer y de lo que hicimos.

Venera, después de Dios, a la verdad, que sólo pone a los hombres junta a Dios.

Sentencias para lo mismo

Cualquiera que deseas gobernarte con prudencia, entonces llegarás a vivir con rectitud, si primero piensas y pesas todas las cosas. Si quieres llegar a ser prudente, pon la mira en lo de adelante, y premedita todo lo que te puede suceder, y ninguna cosa te sucederá de repente, porque todo lo tendrás con tiempo prevenido. Nunca el prudente dice: nunca pensé que tal cosa me sucediera; porque no la duda sino que la aguarda, no la sospecha.pero la cautela y previene.

Si fueres prudente, siempre serás uno mismo en la variedad de muchas cosas, porque te acomodarás a lo que pidiere el tiempo. Tus palabras nunca sean en vano, sino para amonestar, persuadir, consolar o rogar. Alaba poco, vitupera menos, porque así es culpable la nimiedad en

alabar a nadie como en condenarle; porque lo primero tiene sospecha de adulación, y lo segundo de malignidad de corazón.

Si eres prudente, dispensa tu entendimiento a tres tiempos: 1º ordenando lo presente; 2º previniendo lo futuro; 3º y acordándote de lo pasado; porque si no premeditas lo que otras veces te ha sucedido, te hallarás incauto para todo. Propón en tu ánimo los males y los bienes que pueden venir, para que sufras con paciencia los males y te moderes con humildad en los bienes.

No siempre debes estar en el acto y trabajo, pero alguna vez tome tu ánimo el descanso; aunque le has de tener lleno de ciencia y de buenos pensamientos, porque el prudente no es negligente en el ocio, y aunque parezca de ánimo remiso, pero nunca disoluto. No te mueva todo lo que oyeres, pero atiende, no que te lo dicen, sino lo que te hablan, y no pienses cómo agradarás a muchos sino a cuáles.

Modo de conocer la criatura los objetos

De dos maneras conoce el entendimiento algún objeto, o estando presente o estando ausente. Si le conoce presente y como presente, el conocimiento se llama intuitivo, que es lo mismo que mirar o ver con los ojos; porque intuitivo o intuición se llama la vista con que miramos o vemos lo presente a los ojos; porque esta vista o intúito depende de la presencia del objeto, y a este modo el conocimiento intuitivo pende también de la misma presencia; por esto tomó el acto del entendimiento el mismo nombre de intúito o conocimiento intuitivo, de lo que conoce presente. El otro modo de conocer las cosas ausentes se llama abstractivo, porque está abstraído y como apartado de la presencia del objeto, y no la mira ni depende de ella. Y este modo de conocer es muy universal, y el de todas las ciencias, y el de la fe, porque 1a tenemos de todo lo que no vemos; y por ciencia alcanzamos muchas cosas que ya pasaron y otras que serán. Y también las especies que nos quedan de lo que alguna vez vimos y nos hacen conocerlo, se llaman abstractivas, y su conocimiento abstractivo. De donde se entiende, que si Dios infundiese especies de su divinidad, como de otras cosas criadas, aquel conocimiento se llama abstractivo, porque si bien Dios está presente por su ser en todas partes, pero no está presente como objeto, porque no se descubre claramente, y aquellas especies le presentan y le representarán aunque no estuviera presente, porque no dependen de su presencia como dependen las especies de la vista del objeto presente.

De los dotes de gloria

En la gloria de los Santos se consideran dos cosas, la una de parte de Dios, la otra de los bienaventurados. De parte de Dios, está <la> divinidad con todas sus perfecciones, que se llama objeto beatífico o gloria, felicidad y bienaventuranza objetiva y último fin, en que se termina y descansa toda criatura que consigue esta dicha. De parte de los Santos, hay operaciones de visión clara y amor, y todas las demás cosas que de éstas redundan concurren en ellos en aquel felicísimo estado, que ni ojos vieron ni oídos oyeron ni puede venir en pensamiento humano.

En este amor de la divinidad clara consiste la gloria y bienaventuranza formal; y llámase formal a diferencia de la objetiva que está de parte de Dios.

Entre los dones de esta gloria que reciben los Santos, hay algunos que se llaman dotes: y son aquellos que se le dieron a cada uno, como a la esposa, para el estado del matrimonio espiritual que ha de gozar y consumar eternamente en la vida eterna, que por la similitud que tienen estos dones con la dote de la esposa corporal y temporal, se llaman dotes[812]. Y así como no se llama dote de la esposa cualquiera don sino aquellos que recibe principalmente para la conservación y estabilidad del matrimonio, así también se llaman dotes de la gloria aquellos dones que recibe el Santo, principales para la estabilidad y firmeza de la gloria y conservación de ella y de la vida gloriosa que le dan; y como la esposa tiene el dominio y señorío de su dote, y el uso-fruto es para el esposo y para ella, así en la gloria los dotes se le dan a los Santos como haciéndolos señores de ellos, y el uso-fruto que es la gloria, para Dios en cuanto se glorifica en los Santos, y para ellos en cuanto gozan de Dios; y según los méritos y dignidad de cada uno, son más o menos los dotes de gloria que le dan, porque se proporcionan con las obras y con la vida gloriosa que han merecido por ellas. Estas dotes se dan sólo a los Santos que son de la naturaleza del esposo, que es Cristo Dios y hombre, y no a los ángeles[813], que no hizo el Verbo humanado desposorio con ellos, como le hizo con la humana naturaleza en aquel grande Sacramento, que dijo el Apóstol[814] había encerrado entre

[812] S. TOM. Supp. q. 95. a 1.
[813] Ib. a. 4.
[814] Eph. V, 32.

Cristo y la Iglesia. Y como los hombres se forman de alma y cuerpo y entrambos han de ser glorificados, por eso las dotes de la gloria pertenecen a alma y cuerpo; y todos son siete, tres del alma y cuatro del cuerpo. Los dotes del alma, según el más común sentir de los doctores[815], son *visión, comprensión y fruición*; los del cuerpo son *claridad, impasibilidad, sutilidad y agilidad*. En cuanto a los del alma, la *visión*, que es el conocimiento intuitivo y claro de la divinidad, corresponde a la virtud de la fe, por la cual, siendo viadores le creímos sin verle; la comprensión, que aquí significa lo mismo que tensión o aprensión, o tener ya conseguido el fin, corresponde a la esperanza con que ahora vamos siguiéndole o buscándole para llegar a conseguirle y tenerle y nunca dejarle según aquello de la esposa (Canticor, 3):[816] Tenui eum, nec dimittam; la fruición corresponde a la caridad, que no se evacua, mas se perfecciona en la gloria, porque la fruición consiste en amar el bien por sí mismo; pero como ni le ve claro ni le tiene poseído ni seguro en esta vida mortal, no se quieta ni tiene perfecta dilatación la voluntad, que es la que ama por medio de la caridad; mas en la gloria, como tiene presente al sumo bien y objeto de su amor, conócele claramente, tiénele y le posee, y así le ama por quien es, tan perfectamente que descansa y sosiega en amar con afecto quieto, seguro, inmutable y no defectible; y a esto se sigue suma delectación de verle, poseerle y amarle por la infinita bondad y perfecciones que en El conoce.

Fuera de esta correspondencia de las tres dotes de gloria a las tres virtudes teologales, consideran los doctores otra correspondencia que tienen con las tres divinas Personas apropiándole a cada una una dote; al Padre Eterno se le apropia la comprensión por la omnipotencia, al Hijo la visión o conocimiento por la sabiduría, al Espíritu Santo la fruición por el amor; y con la visión tiene el alma presente a la Beatísima Trinidad, con la comprensión la toca (a nuestro modo de entender), con el amor la abraza y se une y transforma con ella; y así, el objeto de estas dotes según estas condiciones, de presencia, tangibilidad y unibilidad. Y esto baste para las dotes del alma.

En cuanto a los del cuerpo, también hay su variedad en explicarlos, y la razón por qué son cuatro; pero dejando opiniones, la más clara es que las dotes del cuerpo sirven para que esté perfectamente sujeto y dispuesto en servir al alma y participar la redundancia de la gloria, que se le comunica, sin tener impedimento para esta sujeción ni para la gloria que le toca. Y porque este impedimento le podía tener en el sentir o en el moverse, por eso ha menester dotes que le perfeccione en el sentido y en el movimiento. Para el sentido ha menester dos dotes, una para que reciba bien las especies sensibles, y para esto sirve la claridad; otra para que no reciba las pasiones nocivas y corruptibles, y para esto sirve la impasibilidad.

Otras dos dotes ha menester para el movimiento; una para quitarle la resistencia o inclinación contraria de la gravedad propia, y esto le concede la dote de agilidad: otra ha menester para que no le impida la resistencia ajena de otros cuerpos, y para esto se le da la sutilidad. También se considere en estas cuatro dotes la correspondencia a los cuatro elementos y a los cuatro humores que de ellos resultan y a la composición, contrariedad, que de todo esto resulta. Pero todos los impedimentos que de aquí nacen, son los que se quitan con las dotes para los fines que habemos declarado; y así se entiende mejor la razón por qué son cuatro. Mayor es la diferencia de opiniones sobre si todas estas cuatro dotes son calidades puestas en el cuerpo glorioso, y si alguna de ellas, particularmente la agilidad y sutilidad y penetración nace de la manutención y poder divino. No me detengo en esta dificultad porque no es necesario; basta saber que, para ser dotes, no es necesario que según todo lo que contiene, se reciba en el cuerpo; porque la dote tampoco está siempre en la esposa según todo lo que contiene. Y conforme a esto, puede ser dote de gloria aquella segura asistencia del poder divino para que el cuerpo glorioso se mueva y penetre con todos los cuerpos que quisiere y como quisiere, supuesto que no puede querer nada que no sea conforme a la divina voluntad.

Los efectos que tiene cada una de estas dotes corporales, se entienden por la razón que dijimos de lo que servía cada una; y declarándolo más en particular digo que: 1º La *claridad* de los cuerpos

[815] S. Th. Supp. q. 95. a. V.
[816] v. 4.

gloriosos quitará la densidad y opacidad impura que ahora tenemos, y quedará el cuerpo trasparente para recibir la luz como un finísimo cristal; y además de recibirla, la causará y derramará de sí, que entrambas cosas le dará la dote de claridad[817].

2º La *impasibilidad* causará en los cuerpos gloriosos una disposición por la cual ningún agente, fuera de Dios, por poderoso que sea, podrá alterar ni inmutar al cuerpo glorificado; y así no sólo podrá no padecer pero no podrá padecer, que es diferente cosa no poder padecer de poder no padecer[818].

3º La *sutilidad* quitará del cuerpo la grosería o impedimento, que tiene por ser de materia y cuantidad, para no poderse penetrar con otro cuerpo; y quitando este impedimento, quedará el cuerpo glorioso, sutil y tan delicado que sin dificultad pueda penetrar cualquiera otro cuerpo no glorioso, y pasar y estar en él, como pasó el cuerpo de Cristo Nuestro Señor por el sepulcro, o por el virginal vientre; pero no se penetrará un cuerpo glorioso con otro glorioso, no porque no pudiera, sino porque no es conveniente para aquel dichoso estado; y así no lo hará ni lo deseará, ni Dios se lo mandará[819].

4º La *agilidad*, que es la cuarta dote, le dará al cuerpo presente de que tratamos glorioso tanta potencia y facilidad para moverse, que en un brevísimo tiempo se pueda poner y mover donde quisiere, como dice San Agustín; advirtiendo, como dice San Buenaventura, esta voluntad de moverse estará en los Santos tan regulada y ajustada a la divina, que ninguno puede querer moverse más ni con más presteza de como le conviene; y así el Santo de menos mérito y agilidad no quiere que su cuerpo se mueva tan ágil como el cuerpo de otro mayor Santo[820].

Viernes Santo a 19 de Abril de 1647, día en que obró el Salvador del mundo nuestra redención muriendo en la cruz, volví a renovar los propósitos de perfección que contiene este libro, y ofrecí de no dejar los ejercicios de devoción cada día que he escrito; aunque la obediencia me ha ordenado que modere las oraciones vocales y que medite algunas, y otras diga vocalmente, y he de obedecer.

Y de este día poner término con el favor divino a mis culpas y enmendarme de ellas, confesarme generalmente como para morir, y tener cada día por el último de mi vida y morir desde luego a todo lo criado.

———

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Juan Bta. Codina

———

Barcelona, 7 de julio de 1920.

IMPRÍMASE:

El Vicario general,

Francisco de P. Parés

Por mandado de su Sría.

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scrío. Canc.

[817] S. Th. Supp. q. 85.
[818] S. Th. Supp. q. 82
[819] S. Th. Supp. q. 83.
[820] Ib. q. 84.

TABLA DE CONTENIDO

Observaciones Preliminares 2
Introducción a Las Leyes de la Esposa 11

TRATADO PRIMERO
Parágrafo Primero. Da el Altísimo al alma luz para que vea el mal y la fealdad del pecado: amonéstala que huya de él y obre el bien. 14
Parágrafo Segundo. Muestra el Altísimo al alma el efecto del pecado por una consideración de San Bernardo, y la inconstancia de las cosas terrenas, para que de todas se desnude, aunque sean lícitas y honestas. 17
Parágrafo Tercero. Amonesta el Señor al alma a que se 1evante de lo terreno y trabaje por las culpas que ha cometido, para obligar a Su Majestad a que la perdone y libre del peligro del pecado y miserias de esta vida. 19
Parágrafo Cuarto. Muestra el Altísimo al alma la suavidad de su yugo, la hermosura de su ley, la verdad, pureza y feliz fin del camino de la virtud. 21
Parágrafo Quinto. Declara el Altísimo al alma que la quiere levantar a estado de perfección: pónela una parábola para que conozca lo que debe a Su Majestad y lo mucho que la ha favorecido y regalado. 23
Parágrafo Sexto. Da el Todopoderoso al alma luz de la perfección y alteza del estado de religiosa, y amonéstala a cumplir con las obligaciones de él. 24
Parágrafo Séptimo. Da el Señor doctrina al alma para que mejor observe los documentos que le ha dado, y los oficios que ha de ejercitar en este valle de lágrimas para alcanzar la perfección. 26

TRATADO SEGUNDO
Parágrafo Primero. Amonesta la Emperatriz de las alturas al alma para la verdadera renunciación de todo y para la eficacia de los impulsos divinos. 29
Parágrafo Segundo. Renueva la Reina del cielo en el alma una muerte a lo terreno que tuvo, y la da doctrina para las propiedades de muerta. 32
Parágrafo Tercero. Amonesta la Madre de Dios al alma para que se lave y purifique y que se desnude de las vestiduras viles, sucias y antiguas. 34
Parágrafo Cuarto. Manifiesta la Reina del cielo al alma las vestiduras que el Señor la pone y el cuidado de no mancharlas. 35
Parágrafo Quinto. Doctrina de los cuatro votos de la profesión por la Madre de Piedad. 37

TRATADO TERCERO
Introducción a la Mistica Ciudad de Dios 44
Parágrafo Primero. Del decreto que tuvo el Altísimo de criar todas las cosas. 46
Parágrafo Segundo. Distribúyense por instantes los divinos decretos acerca de la comunicación de Dios ad extra. 48
Parágrafo Tercero. De una duda que el alma propuso al Señor sobre la doctrina antecedente, y su respuesta. 52
Parágrafo Cuarto. Da el Altísimo principio a sus obras: Y todas las cosas materiales crió para el hombre, y a los ángeles y hombres para el Verbo divino. 55
Parágrafo Quinto. Que en la creación de todas las cosas tuvo el Señor presentes a Cristo Nuestro Señor y a su Santísima Madre. 61
Parágrafo Sexto. Declárase cómo eligió y favoreció el Altísimo a su pueblo figurado en la ley de gracia. 65

Parágrafo Séptimo. Cómo habiéndose propagado el linaje humano, crecieron los clamores de los justos por la venida del Mesías, y los pecados para desobligar al Señor. 69
Parágrafo Octavo. De la inmaculada concepción de María Santísima por la virtud del poder divino y altísimo..... 71
Parágrafo Nono. De los hábitos de virtudes con que dotó el Señor el alma de María Santísima, y las primeras operaciones que obró. 79
Parágrafo Décimo. De algunos beneficios que recibió la Madre de Dios en el vientre de santa Ana: de su nacimiento y niñez. 85
Parágrafo Undécimo. De algunos efectos del amor de la divina niña María, Nuestra Señora, y cómo comenzó a hablar, y otras perfecciones suyas..... 89
Parágrafo Duodécimo. De algunas perfecciones en general de María Santísima y de su alto modo de proceder en todo. 94
Parágrafo Terciodécimo. De las virtudes de María Santísima en común, y cómo 1as iba ejecutando altísima y eminentemente. 97
Parágrafo Cuartodécimo. De la virtud de la fe y su ejercicio, que tuvo María Santísima..... 99
Parágrafo Quintodécimo. De la virtud de la esperanza y el ejercicio que de ella tuvo María Santísima. 103
Parágrafo Decimosexto. De la virtud de la caridad de María Santísima Nuestra Señora..... 105
Parágrafo Decimoséptimo. De la virtud de la prudencia y comó la ejercitó la Reina del cielo. 109
Parágrafo Decimoctavo. De la virtud de la justicia y del ejercicio que de ella tuvo María Santísima. 115
Parágrafo Decimonono. De la virtud de la fortaleza y del ejercicio que de ella tuvo María Santísima. 120
Parágrafo Vigésimo. De la virtud de la templanza y del ejercicio que de ella tuvo María Santísima. 123
Parágrafo Vigésimoprimo. De los siete dones del Espíritu Santo que tuvo María Santísima..... 128
Parágrafo Vigésimosegundo. De los Angeles Santos que señaló el muy Alto para guarda de María Santísima..... 133
Parágrafo Vigésimotercio. De las divisas de estos Angeles y cómo se le mostraban a María Santísima. 138
Parágrafo Vigésimocuarto. Visión de la divina esencia que María Santísima tenía de paso 141
Parágrafo Vigésimoquinto. Visión abstractiva de la Divinidad que tenía María Santísima..... 144
Parágrafo Vigésimosexto. Visiones intelectuales que tuvo la Reina del cielo y tierra..... 145
Parágrafo Vigésimoséptimo. Vísiones imaginarias que tuvo la Madre de Dios. 147
Parágrafo Vigésimooctavo. Visiones Divinas corpóreas que tenía María Santísima..... 148
Parágrafo Vigésimonono. Otro modo y comunicación de María Santísima con los santos ángeles de su guarda. 150

TRATADO CUARTO
Oración en que el alma magnifica al Señor y le ofrece sus obras..... 156
Devoción a la Virgen Santísima..... 158
Pasion de Nuestro Señor Jesucristo 166
Meditación I. De la entrada del Señor en Jerusalén. 166
Meditación II. De una junta de demonios que se hizo en el infierno, y del concilio de los escribas y fariseos contra Cristo Nuestro Señor. 171

Meditación III. De la despedida de Cristo Nuestro Señor con su Santísinia Madre para irse a padecer. 174
Meditación IV. De la última cena que el Señor hizo con sus Apóstoles; cómo les lavó los pies; y de la inteligencia que de todo tuvo María Santísima. 177
Meditación V. De la institución del Santísimo Sacramento; y cómo le recibió María Santísima. 181
Meditación VI. De la oración que hizo Cristo Nuestro Señor en el Huerto. 187
Meditación VII. Del prendimiento de Cristo Nuestro Señor. 191
Meditación VIII. De la impiedad con que llevaron al Señor a la casa del pontífice Anás; lo que en ella le sucedió; del fin desastrado de Judas y su perdición. 194
Meditación IX. De cómo llevaron a1 Señor de la casa de Anás a la de Caifás; y lo que en ella le sucedió a su Majestad. 197
Meditación X. De lo que padeció el Señor lo restante de la noche en la casa de Caifás, y de un concilio que hicieron el viernes por la mañana. 201
Meditación XI. Llevaron al Señor a la casa de Pilato, y en el camino le encontró su Madre Santísima 204
Meditación XII. Remitió Pilatos a Cristo Nuestro Señor a Herodes, y con una vestidura blanca se le volvió a remitir. 207
Meditación XIII. Cómo azotaron al Señor, le pusieron corona de espinas y le condenaron a muerte, y cómo su Majestad llevó la cruz a cuestas. 209
Meditación XIV. Cómo crucificaron al Señor y descendió a los infiernos y sacó a las ánimas de los Santos Padres 212
Meditación XV. De la resurrección del Señor: cómo se apareció a su Santísima Madre, a las Marías y a los Apóstoles. 216
Oración para en bajando de la cruz 223
Símbolo de San Atanasio y protestación de los artículos de la santa fe 224
Renovación de los cuatro votos 227
Oración a la Santísima Trinidad 227
Aviso que se le da al alma de que el Todopoderoso la llama a juicio 229
Respuesta que da el alma al Señor 229
Oración pidiendo los sacramentos 230
Meditación del juicio del Justo y del réprobo 232
Meditación del juicio general que se ha de hacer con todos 233
Advertencias para la confesión 234
Recomendación del Alma 236
Oración para después de este ejercicio de la muerte, pidiendo al Altísimo misericordia y enmienda de la vida 240
Introducción que hace una pobre alma para pedir remedio de sus llagas y perdón de sus culpas 242
Oración en que el alma se conforma con la divina voluntad y sacrifica la suya al Muy Alto con afectos caritativos y fervorosos. 247
Propósitos de perfección 252
En que consiste la verdadera contrición 254
Sentencias para gobernar perfecta y prudentemente las acciones 255
Sentencias para lo mismo 258
Modo de conocer la criatura los objetos 260
De los dotes de gloria 260